

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA INGLESA II



TESIS DOCTORAL

**Crisis de la masculinidad hegemónica: (re)escrituras finiseculares de la
batalla de los sexos en Estados Unidos**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Juan González Etxeberría

DIRECTORES

**Félix Martín Gutiérrez
Joanne Neff van Aertselaer**

Madrid, 2016

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA INGLESA II



TESIS DOCTORAL

**CRISIS DE LA MASCULINIDAD HEGEMÓNICA:
(RE)ESCRITURAS FINISECULARES DE LA BATALLA DE LOS
SEXOS EN ESTADOS UNIDOS**

JUAN GONZÁLEZ ETXEBERRÍA

DIRECTORES:
DR. D. FÉLIX MARTÍN GUTIÉRREZ
DRA. DÑA. JOANNE NEFF VAN AERTSELAER

2015

A María Jesús, que me
recuerda lo que de verdad
significa ser hombre, ser persona.

Agradecimientos

Cuando uno escribe los agradecimientos, todo parece indicar que se ha llegado al final de un proceso, largo y complicado en este caso, y que se puede echar la mirada atrás y disfrutar del momento de recordar desde la distancia a la gente que ha estado ahí, que te han acompañado desde el principio y que, sin duda alguna, te han ayudado, pero yo lo que quiero es que esto no acabe, pues, una vez terminada la tesis, sigo necesitando su presencia en mi vida. Yo todavía me acuerdo de cuando JoAnne me dio a leer un artículo de Pleck sobre el poder del hombre y ese fue el principio de este trabajo. Por tanto, mi primer agradecimiento, como no podía ser menos, para JoAnne, que desde que la primera vez que la vi en un aula que ya no existe del edificio A de Filología hasta el día de hoy ha estado siempre ahí. No hubiese llegado hasta aquí sin su persistente interés en ser una maestra de la profesionalidad y la rigurosidad, además de tener una capacidad personal para ayudar y solucionar problemas de la que me he beneficiado muy especialmente en la última etapa de esta tesis. En eso se parece a Félix, el hombre feminista como le definió alguna vez JoAnne, a quien tanto tiene que agradecer el departamento al que pertenezco y que no ha cejado de trabajar por el bien común a lo largo de su carrera. A él, y a su conocimiento y ganas de comunicarlo bajo esa mezcla de seriedad y timidez, le debo mi interés profesional por la cultura norteamericana y mi voluntad por entrar a formar parte de un departamento en que su presencia siempre ha significado buen funcionamiento y voluntad de trabajo y mejora. A los dos, mis profesores siempre, les debo mucho más que esta tesis, yo lo tengo claro, y espero que ellos también. No puedo tampoco olvidarme de mis compañeros de departamento que me han acompañado con simpatía y respeto en estos años. Para no alargarme mucho, resaltar a María, mi compañera de despacho y mi sustento de energía, entusiasmo y optimismo permanentes sin los que seguramente tampoco habría llegado aquí, y, desde

luego, no de la misma manera. Espero seguir compartiendo con ella la lucha diaria, el afán por el trabajo bien hecho y la preocupación por los estudiantes muy por encima de la obligación. Tampoco quiero olvidarme de Isabel y Carmen que han ayudado siempre que han podido y de Juanpe que, desde fuera del departamento pero tan cerca, lo ha hecho cuando ha podido y cuando no, es decir, siempre. Antes de pasar al agradecimiento de familia y amigos, extender mi gratitud a todo el personal de la facultad que me ha ayudado en el día a día, especialmente a Rosa y Yelena. Por último, quisiera acordarme de mis alumnos porque sin ellos yo no estaría aquí.

Y ahora, acordarme de mis amigos, de todos ellos pero muy especialmente de Juantxo, por toda una vida juntos, y por las que nos quedan por vivir, y de Luisito que desde Harvard me ha hecho llegar a lo largo de todos estos años su calor humano caribeño. Pero creo que ya es el momento de reconocer públicamente el agradecimiento y mucho más a las dos personas que han hecho esto posible, no porque me han ayudado, sino porque lo han hecho posible literalmente. La primera, mi madre, gran culpable de mi existencia y de mi insistencia en luchar por lo que merece la pena. Puedo decir con plena seguridad que sin ella no hubiese llegado ni a aquí ni a ningún otro buen puerto. Esta tesis es, en buena parte, suya. Y también de María Jesús, a la que nunca podré agradecer suficiente lo que ha hecho por mí desde que apareció en mi vida. Sin su saber, su fuerza y su generosidad esta tesis no estaría terminada. Su tiempo, su esfuerzo y su estímulo han sido constantes desde el principio hasta el final y me ha dado suficientes razones para hacer esto y mucho más. Sin ella, no hubiera merecido la pena. Gracias, ahora y siempre.

¡¡Agradecido, señores!!

ÍNDICE

Resumen en inglés / i

Introducción / 1

PRIMERO

*Modelo de masculinidad:
de la ideología a la biología / 13*

SEGUNDO

*Crisis de la masculinidad:
del oxímoron a la redundancia / 103*

TERCERO

*Reacciones a la crisis:
movimientos y grupos de hombres / 207*

CUARTO

*Testamentos hegemónicos:
la masculinidad como psicopatía / 315*

Conclusiones / 419

Bibliografía / 431

TABLA DE CONTENIDOS

RESUMEN EN INGLÉS.....	i
0. INTRODUCCIÓN.....	1
0.1. Marco teórico.....	3
0.2. Objetivos y estructura.....	6
1. MODELO DE MASCULINIDAD: DE LA BIOLOGÍA A LA IDEOLOGÍA	13
1.1. Introducción	15
1.2. Aproximaciones al género	16
1.2.1. Naturaleza del género	17
1.2.1.1. Esencialismo	18
1.2.1.2. Construccionismo.....	21
1.2.1.3. Superación de los dualismos	24
1.2.2. Identidad genérica.....	27
1.2.2.1. El género desde la psicología	29
1.2.2.2. El género desde la sociología	32
1.2.2.3. Teoría de los roles	34
1.3. Masculinidad e ideología.....	38
1.4. Masculinidad hegemónica	49
1.4.1. Morfología de la masculinidad hegemónica.....	60
1.4.2. Tipología y significado de la(s) masculinidad(es).....	75
1.4.3. Intereses de poder: masculinidad, patriarcado y capitalismo	78
1.4.4. <i>Yuppies</i> : la materialización de la ideología	97
2. CRISIS DE LA MASCULINIDAD: DEL OXÍMORON A LA REDUNDANCIA.....	103
2.1. Introducción	105
2.2. Aproximaciones al concepto de crisis	106

2.2.1. (Ir)realidad de una crisis	106
2.2.2. Breve historia de una crisis eterna	107
2.2.3. Las paradojas críticas	124
2.3. Crisis de los años ochenta	129
2.3.1. Manifestaciones sintomatológicas de la crisis	129
2.3.2. Crisis del modelo esencialista	133
2.3.3. Consecuencias de la hegemonía	140
2.3.3.1. La otra cara del sistema	140
2.3.3.2. El coste del sistema en cifras	146
2.3.4. Crisis patriarcal	165
2.3.5. Crisis capitalista	180
2.3.5.1. Introducción	180
2.3.5.2. Crisis económica	183
2.3.6. Crisis política: la administración Reagan	187
2.3.7. Crisis existencial postmoderna finisecular	200
3. REACCIONES A LA CRISIS: MOVIMIENTOS Y GRUPOS DE HOMBRES.....	207
3.1. Introducción	209
3.2. Posicionamientos ante la crisis	210
3.2.1. Estudios de masculinidad	217
3.3. Grupos	236
3.3.1. Grupos profeministas	238
3.3.2. La revolución de Reagan: su persona, sus políticas y su modelo de cultural oficial	245
3.3.3. Grupos antifeministas	266
3.3.4. Grupos espirituales	272
3.3.4.1. Promise Keepers	274
3.3.4.2. Million Man March	278
3.3.4.3. Mythopoetics (Mitopoéticos)	282
3.3.4.3.1. <i>Iron John: A Book about Men</i>	290
3.3.4.3.2. Conclusiones	298

4. TESTAMENTOS HEGEMÓNICOS: LA MASCULINIDAD COMO PSICOPATÍA	315
4.1. Introducción.....	317
4.2. Reaganismo cultural y Blank Generation	318
4.3. Individuo y sociedad	326
4.3.1. La perversion de la mirada	330
4.4. De las corporaciones a las corporalidades	363
4.4.1. Imágenes y/o cuerpos: imágenes como cuerpos y cuerpos como imágenes	367
4.4.2. Superficies corporales fragmentadas	377
4.4.2.1. Cuerpo masculino	389
4.4.2.2. Diferencia e igualdad.....	402
4.4.2.3. Búsqueda estéril.....	405
 5. CONCLUSIONES	 419
 6. BIBLIOGRAFÍA	 431

RESUMEN EN INGLÉS

THE CRISIS OF HEGEMONIC MASCULINITY: (RE)WRITINGS OF THE LATE 20TH CENTURY BATTLE OF THE SEXES IN THE UNITED STATES

Introduction

The present dissertation explores the concept of masculinity as power, paying special attention to the production and resistance of the rigid narratives of masculinity. Such configuration has prescribed the role of men in society—both at an individual and collective level—placing man at the centre of the patriarchal system and thus conferring upon men superiority over women. Such ideological construction is based on an essentialist view of the world, where biology determines destiny. As Men's Studies have been advocating since their emergence, the victims of such an inegalitarian system are mainly women, but there are others, such as marginalized groups of men and hegemonic men themselves.

Our focus is centered on the so-called crisis of masculinity that North American men went through in the last two decades of the twentieth century, the consequences of which have not yet been completely overcome. While from an essentialist point of view such a crisis is questionable, the political, economic and sociological reality of the Reagan's Age made visible the downsides and pitfalls of toxic masculinity. In order to face the problems derived from the damaging nature of a construction that constrains men, three broad responses to the problem were taken: pro-feminist, anti-feminist and spiritual. Except for pro-feminists, the main reaction of these groupings consisted of victimizing themselves and of defending their essentialist supremacy—lulled by the fantasy world fostered by the “politics of symbolism” (Dallek, 1999 [1984]) of Reagan's escapist policies. Opposing this reassuring image of the United States, the Blank Generation addressed the crisis of masculinity from a nihilist perspective. Through the analysis of *American Psycho*, this dissertation will illustrate the darkest side of the hegemonic model of masculinity.

Structurally, the dissertation is divided into four main chapters, each of which attempts to look at the notion of masculinity from a different perspective: first, ideological; second, historical; third, sociological; and, fourth, literary. The theoretical framework for the analysis is developed mainly in the first two chapters, whereas chapters three and four attempt to address the issue through specific examples taken from reality and fiction. Discarding biological determinism, social constructivism is used to consider the real causes and the most relevant consequences of the crisis of masculinity in both fictional and non-fictional worlds.

Summary and Objectives

In the first chapter, emphasis is placed on the problems of categorizing human beings into opposed groups using biology as the only criteria to distinguish males and females. Without ignoring obvious physical differences, it is also undeniable that life is predicated upon more than nature. We live, as Anthony Giddens (1991) has noted, an “existential contradiction” in which biology and culture, nature and nurture, rationality and irrationality, animal and human and flesh and spirit interact. Strong binary oppositions imply the hierarchical order of gender structure, as feminist theories have made evident. An ideological point of view is taken to consider how gender constructions apply sexual division to political, social and economic aspects. In such way, the construction has become an omnirelevant feature leading to an interpretation of human existence, which may not be enough to explain every aspect of reality but can no longer be ignored.

The discursive nature of masculinity contributes to furthering the divisions among different groups of men, where patriarchy is supporting and supported by capitalism. Using Gramsci’s concept of hegemony, we will examine how power classifies men into different positions, whereby it is no longer possible to consider masculinity a unitarian concept; but rather, with Connell (1987), we should study it as “masculinities” and take into account the differences between the hegemonic group and the other forms of masculinity (subordinate and marginalized masculinities). In this dissertation, we shall be interpreting the morphology of the hegemonic group, based on Brannon’s (1976) four characteristics, in order to reveal that the ultimate goal of the construct is to preserve the *status quo*, which positions its members as representatives of

power against the Other (women, but also other men in terms of economy, race, class and sexuality). The actual formulae in which masculinity claims power are as follows: 1. “No Sissy Stuff”, to assert men’s opposition to any sort of feminine weakness; 2. “Be a Big Wheel”, to encourage men to prioritize success and status; 3. “Be a Sturdy Oak”, to define themselves through stoicism, toughness and self-confidence; 4. “Give ‘em Hell”, to teach them to react aggressively to any attempt to attack their masculinity and to prove their gender identity through violent means.

In the second chapter, the specific incarnations of what has come to be known as the crisis of masculinity are discussed in detail. In the first place, the complex meaning of the concept of “crisis”—which can be interpreted both positively and negatively—is explored by delving into its double connotation, which includes the idea of opportunity, on the one hand, and of threat, on the other. Taking a diachronic stand, we put forward the idea that the history of masculinity in the United States can be seen as a never-ending crisis; yet, this has not been used as an opportunity for change. On the contrary, we contend that the crisis has been instrumentalized to revitalize the same old model. When it comes to the analysis of the latest version of the crisis of masculinity, it is necessary to give consideration to the different aspects that summarize the Reagan decade. In general, attention will be paid to issues concerning how during the years he was in power, patriarchal and capitalist values were emphasized as the only way to make the president’s revolution possible, identifying male rhetoric and strategies with national interests.

More specifically, man’s traditional stability suffered the consequences of a new capitalist system where individuals’ interests were substituted by corporative benefits. Politics of extreme liberalism increased the economic gap, which resulted in reinforcing the social and gender contrast. Inequalities encouraged significant increase of social and individual violence, in which men, as we shall show with empirical data, attacked women, other men and themselves. The extent and nature of violence against women will be studied as a strategy to defend themselves from what they perceive as a feminist attack: the situation created by the entry of women to the labour market. Additionally, social and economic conditions provoked an outburst of violent crimes against men, overcrowding jails and causing an epidemic of street homelessness. Lastly, masculinity

showed its suicidal nature in the United States, where the rate for suicide among men is four times higher than for women.

The social reactions to such a disheartening situation are examined in the third chapter. In an attempt to parallel feminist movements, a number of men organized themselves into groups with a three-fold objective: pro-feminist, anti-feminist, and spiritual. Though not the most numerous, pro-feminists are responsible for having contributed to the creation of the academic field of Men's Studies, fighting for an equalitarian society with no violence both from practical and theoretical stands. Their limited success was due to the opposition they encountered from the vast majority of men, who accused them of playing the enemy at home as gender traitors, and from the feminist groups who were upset about being cannibalized by their media success and by money-funds diverted to men's cause. As for anti-feminist, it included radical groups of the New Right such as Patriots, White Aryan Resistance, or the Ku Klux Klan who aimed at feminists as part of their anti-system conception. However, the most relevant groups were those Men's Rights and Fathers' Rights that sought for the legal recognition of fathers' rights in divorce cases, accusing feminists of abusing the system and manipulating the concept of equality for the sake of obtaining child custody.

The most popular movement is that of Spirituals, which included Promise Keepers, Million Man March and Mythopoetics. These three groups share the main idea of restoring men's place in society, assuming as natural the patriarchal role traditionally given by religion and culture to men, completely ignoring women. Another of the commonalities between these three groups is that self-analysis made them fully-aware of the irresponsible behavior with regard to their social duties. Religion played a key role for both Promise Keepers and Million Man March, guiding their way back to regaining power. Whereas the latter was exclusively made up by black men who came together in covenant to rebuild solidarity among them, the former, Christian evangelists, were basically united by their white, middle-class, heterosexual and liberal background. The same identitarian features and similar negative attitude opposing the advancement of second-wave feminism define Mythopoetics and both groups share their final aim, which was to make themselves feel better as men, that is, as breadwinners and gentlemen. *Iron John*, the foundational book written by their leader Robert Bly and national non-fiction best-seller of the year, served their *communitas* purpose of

strengthening their moral identity inside with Jungian archetypes, healing their wounds in New Age spirituality and building up outside male solidarity through soul-binding rituals such as drumming.

The objective of the fourth and last chapter is to reflect on the representation of the crisis of masculinity in literature, particularly in the fiction written by the Blank Generation and, more specifically, by Bret Easton Ellis. Their critique of the system's shortcomings as far as its capacities to satisfy individual existential needs are concerned, is the driving motto of their nihilistic writing. A range of literary and cinema references, including mainly intertextual readings of late nineteenth-century Dostoyevsky's *novella Apuntes del subsuelo* (1864) and Hitchcock's cinema, including *Psycho* (1960), will be used to stress the importance of the individual as the anti-heroic figure in his self-conscious inability to fit into the model of masculinity and paying a high price for it.

Ellis's alienated outcast in *American Psycho*, Patrick Bateman, brings together the violence of the economic system and his own pathological need to prove his masculinity through physical violence. His yuppiedom and his mental instability build up to describe at its most extreme the consequences of the hegemonic model, dominated by his obsessive search of success and his hypersensitivity episodes and anxiety attacks, all of which are triggered by low self-esteem. Drawing an analogy between corporative damage and sexual violence and highlighting its satirical purposes, we propose to disentangle the real meaning of the novel and thereby to go beyond its common misinterpretation to allow the postmodernist interplay between the image and its content, the superficial and the deep.

Conclusions

Based on this literary example, the main conclusion is identifying how the model of self-made man, historically the prototype of America manhood, has turned into what could be seen as a self-destroying paradigm. Hegemonic values cannot stand any longer for social stability since it requires a single dominant subject to enforce the rules of the system. Unexpectedly, masculinity and its crises underline the postmodernist idea of gender as performativity (Butler, 1990), whereby if a person is what s/he does, being a man ends up by being, literally, nothing.

INTRODUCCIÓN

I dare do all that may become a man; / Who dare do more is none.
—William Shakespeare, *Macbeth*

0.1. Marco teórico

La masculinidad no existe. La masculinidad es poder. Ser un hombre de verdad, “*a real man*”, no quiere decir nada, pero, a la vez, puede significarlo todo. Cuando a finales de los años ochenta un hombre llamado Marc Lépine entró en un aula de la escuela de Ingeniería de Montreal, pidió educadamente a los hombres que salieran y disparó contra las mujeres, matando a 14 e hiriendo a otras 10 al grito de “I want the women. You’re all a bunch of feminists. I hate feminists” (en Levin y McDevitt 2013 [1993]: 90), se pudo ver con claridad que algo no funcionaba, y no era un problema personal, aunque al final quien se tildara de “erudito racional” en su nota suicida se matara de un disparo; se trataba, en cambio, de la omnipresencia de las construcciones genéricas. La problemática alrededor del hombre—no como especie sino como género—se ha convertido, en efecto, en debate académico y popular en los últimos tiempos, cada vez con mayor rigor y profundidad. Estas reflexiones, pero, sobre todo, las formas específicas en que todo momento histórico establece en cada coordenada espacial un modelo de ser hombre constituyen una fuente de información inestimable acerca del funcionamiento de las sociedades y de sus individuos. Los prejuicios, las ideas y las consecuencias individuales y colectivas de lo que la masculinidad implica tienen efectos concretos en el devenir de la vida cotidiana y, a la vez, son también de capital importancia a la hora de ayudar a engendrar la mayoría de los planteamientos y procesos mentales que se muestran en expresiones artísticas, los textos literarios y cinematográficos que aquí se abordan.

Esta Tesis Doctoral tiene como objeto principal identificar y analizar la paradójica naturaleza del constructo ideológico que prescribió la manera en que debían comportarse los hombres en los Estados Unidos en las décadas finales del siglo XX con la finalidad de mantener su posición privilegiada en lo que respecta a la autoridad social, el poder económico o el disfrute en las relaciones sexuales y cuya intención última, en la mente de su presidente, Ronald Reagan, era que el país entero se beneficiara de sus éxitos y pudiera disfrutar de la primacía mundial. En especial, se busca dilucidar el significado verdadero de la popular colocación léxica “crisis de la masculinidad” que ha llegado hasta nuestros días y, para ello, se adoptará un enfoque multidisciplinar en el que, siguiendo la senda de los Estudios culturales, se pueda apreciar la unión de información y datos provenientes de varias disciplinas, entre ellas la política, la economía, la historia, la sociología o la psicología, a la hora de contribuir a crear una situación que es la que las diferentes expresiones artísticas reflejan desde un punto de vista más o menos crítico.

Más específicamente, el trabajo se enmarca dentro de los Estudios de masculinidad, un campo que desde los años setenta se desarrolla en ciertas universidades estadounidenses, empezando por Berkeley, y que aplica los presupuestos feministas a la figura del hombre para establecer así la posibilidad del cambio como alternativa real. El trasvase crítico completa la labor revisionista que la segunda ola de feminismo llevaba a cabo como denuncia de las desigualdades que se seguían dando en nombre de las diferencias entre mujeres y hombres. Había llegado por fin el momento de poner al individuo masculino bajo el foco del análisis del que hasta entonces había escapado y efectuar la primera gran revolución al pasar de la invisibilidad de sus privilegios a la visibilidad de la denuncia. El poder, en sus múltiples extensiones, pero principalmente en sus microformas disciplinarias, se había ejercido en el pasado en la penumbra, lo que había hecho más difícil reconocer sus mecanismos, según había señalado ya Foucault. La labor efectuada en estos casi cincuenta años ha sido importante tanto a nivel teórico como práctico. Sin embargo, aún queda mucho camino por recorrer, y de ahí que sean necesarias aportaciones como la que aquí se plantea para dar a conocer y expandir el conocimiento sobre un asunto que afecta a muchos aspectos de las sociedades contemporáneas. La vigencia de la temática se puede comprobar con la noticia de la creación de un máster en Estudios de masculinidad en Nueva York

promovido por el profesor de sociología y prolífico experto en la materia, Michael Kimmel, fundador y director del Center for the Study of Men and Masculinities en la Universidad Stony Brook de Nueva York. A esto añadiremos que la decisión de un diario nacional como *El País* de dedicar el espacio de su contraportada el miércoles 21 de octubre de 2015 a un artículo titulado “Qué es ser un hombre en el siglo XXI”, donde se anuncian los cursos que esta universidad impartirá por primera vez en 2017, prueba el interés no solo en Estados Unidos, sino en el conjunto del mundo occidental por una disciplina aún en procesos de consolidación en la sociedad.

Desde sus inicios los Estudios de masculinidad reconocieron su base feminista tanto en los presupuestos de la construcción de género—constituida en centro neurálgico del discurso social—como en la necesidad de aplicar dichos postulados a la lucha por una sociedad más igualitaria y paritaria que acabara con pensamientos y situaciones propias de otras épocas. Dicha lucha—aprendida asimismo de las reivindicaciones de los grupos en pro los derechos civiles y de los movimientos por los derechos de los homosexuales—por desenmascarar los beneficios y privilegios ha pasado por diferentes estadios: desde el originario, de deslumbramiento y focalización en torno a la figura masculina, hasta la actualidad, en que se considera que ser un hombre constituye una fantasía ideológica que estructura la propia realidad y que el carácter unitario de su denominación no se corresponde con la multiplicidad de referentes a los que pretende describir—una colectividad variada y dispar en lo referido a la economía, la raza, el color o la sexualidad—por lo que se prefiere hablar de masculinidad(es). Ahora bien, el reconocimiento de la pluralidad de las formas no es suficiente para que se den relaciones de igualdad entre ellas y, de la misma manera, que ser un hombre supone a priori una ventaja social con respecto a ser una mujer, también existe desigualdad entre los miembros de un género y se dan divisiones entre el grupo llamado hegemónico por Connell (1987) y el resto de las formas subordinadas y marginalizadas de ser hombre, de donde se deduce que se sigue persiguiendo la diferencia convertida en otredad.

La propia naturaleza de los estudios predispone a que la mayoría de las contribuciones tengan un carácter interdisciplinar, pues no podía ser de otro modo cuando se intenta abordar el significado del hombre en todas sus dimensiones, lo que permite dar a conocer mejor una realidad muchas veces desconocida o directamente

ignorada. La exploración de un campo donde las ciencias y las humanidades se complementan a la hora de acercarse al conocimiento y la valoración de las construcciones de género persigue evitar caer en posiciones sesgadas y repetir errores del pasado. Las diferentes (re)formulaciones se han alimentado de ideas provenientes de los diversos ámbitos del conocimiento y han contribuido a (re)mover los fundamentos de alguno de ellos, acercándolos a la realidad más empírica. El enfoque de la transversalidad obliga a concebir el género desde puntos de vista que se van sumando y, sobre todo, permite una aproximación más rica y profunda a la (re)presentación del género que se da en la ficción. Desde planteamientos psicológicos que tienen su origen en Freud y Lacan, pero, normalmente, también como punto de partida del debate sobre sus aportaciones, hasta los políticos, con posicionamientos neo-marxistas e ideológicos, la riqueza de los acercamientos no ha impedido que exista una actitud decididamente crítica con respecto a la identidad, su configuración y su significado último. Llegándose incluso a negar su esencia para, en la teoría postmodernista de la performatividad de Judith Butler (1999), entenderla en su naturaleza más pragmática, según la cual somos lo que hacemos y nuestros repetidos y rituales actos y actuaciones representan la única posibilidad de crear una identidad, aunque sea *“the Big Impossible”* (Gilmore 1990).

0.2. Objetivos y estructura

Una vez establecido el marco teórico general en el que se encuadra esta Tesis Doctoral, se pasa a señalar los principales objetivos específicos de la misma. En primer lugar, se pretende reforzar la categorización problemática del hombre como constructo cultural y mostrar la parcialidad de los discursos esencialistas. En este sentido, hay que incidir en el hecho de que la reducción del concepto de “hombre” a mera biología resulta del todo falsaria y, sin pretender olvidar la parte corporal, no se puede prescindir de la contradicción existencial que, según defiende Giddens (1991), define a las sociedades humanas, a las que cabe entender como la mezcla de lo natural y lo cultural. No en vano, estas tienen la necesidad de contar con los cuerpos de base, pero se ven obligadas al mismo tiempo a someterlos a procesos de aprendizaje y evolución. El construccionismo presupone, pues, la eliminación de universales en cuanto que características humanas innatas en las que basar la separación y jerarquización de

hombres y mujeres como se hacía históricamente identificando sexo con género. Se entiende asimismo la posibilidad de cambios en el tiempo y en el espacio de la manera que ha quedado demostrado por los estudios antropológicos, y a lo largo de la vida de cada persona como estudian los modelos psicológicos y sociológicos a través de la teoría de los roles y su correlación entre el reparto de las diferentes funciones y la edad.

La polisemia del género es la causa de la omnirelevancia de un término que no puede explicarlo todo, pero sin el que casi nada se comprende. Su definición como conjunto de valores culturales adscritos a cada uno de los sexos ha hecho posible una lectura ideológica de la categoría, descriptiva, en principio, y que, sin embargo, ha derivado en una concepción prescriptiva. La ideología, entendida por Althusser en términos de sistema de representación de la relación del individuo con la sociedad, ha utilizado el género para construir el discurso con el que imponer una visión del mundo desde un modelo capitalista y patriarcal. El sujeto cartesiano ocupa el centro de una estructura de poder que establece la figura autoritaria del *pater familias*, en su calidad de personaje fundamental en los círculos familiares y sociales, y por eso todo aquello que dice y hace conecta con la estructura de poder, como analiza Foucault. Prototípicamente americano, el individualismo del *self-made man* se erige como arquetipo de una sociedad que cree en sí misma y tiene un optimismo desbordante, basado en el esfuerzo y la capacidad de trabajo. Tal y como se argumentará en esta Tesis Doctoral, se trata de una concepción con la que se identificó Roosevelt y que a partir de él ha caracterizado a la mayoría de los hombres de éxito, aquellos que responden a lo que la sociedad espera de ellos.

Además de resaltar el contraste entre planteamientos esencialistas y construccionistas con el fin de desenmascarar el conservadurismo de los determinismos biológicos, otro objetivo importante es examinar el uso de la identidad de género como herramienta que estratifica a los hombres en diferentes grupos y lo hace desde su uso ideológico de lo que significa ser un hombre. Según se verá en más detalle en el primer capítulo, Connell, valiéndose del concepto de Gramsci, establece la masculinidad hegemónica como fantasía ideal, un modelo público más cercano a Humphrey Bogart, John Wayne o Sylvester Stallone que a la realidad y con el que se pretende asegurar la ascendencia y los beneficios de dominio del hombre sobre la mujer, pues se corresponde con el grupo que detenta el poder y que fija los parámetros en los que se recrea la

realidad social. A partir de la idea general de que ser hombre significa no ser mujer, en términos de identidad como relación negativa de exclusión, el ideal masculino se equipara con los principios que rigen las sociedades; es decir, con los discursos patriarcales y capitalistas. La vinculación entre los tres se basa en el restringido acceso al poder, y el apoyo que se prestan tiene, como se argumentará por medio de datos empíricos y análisis textual, una finalidad única: preservar el *statu quo*. La presión para especificar en términos prácticos la contribución de la ideología dominante a la identidad del hombre obliga a resumir la morfología de la masculinidad en las cuatro características que Brannon (1976) describe, consolidando la protección frente a las dos grandes amenazas, la feminidad y la homosexualidad: “*No Sissie Stuff*”, para desterrar cualquier vestigio de debilidad; “*Be a Big Wheel*”, para perseguir el éxito profesional; “*Be a Sturdy Oak*”, para resaltar la dureza, confianza y autoestima necesarias; y, “*Give’em Hell*”, delineando la agresividad, el coraje y el atrevimiento como pautas fundamentales.

Como se verá, el empeño por separar y enfrentar a los dos géneros no hace más que acentuar el carácter político e ideológico que la construcción genérica implica y llevar al ámbito del poder las formas que deben regirlos, promoviendo una acelerada carrera hacia la hegemonía en la que se trata tanto de obtenerla como de evitársela al otro. Las relaciones de género, vistas como relaciones de poder, se complican desde el momento en que la mujer reivindica su derecho a disfrutar de los mismos privilegios y beneficios que el hombre, y de ahí que la lucha entre los unos y las otras se haya encarnizado. En esta guerra sin vencedores, se ve cada vez más clara la opresión a la que está sometido el hombre por el mero hecho de ser hombre. En ese sentido, habría que decir que en el momento en que los atributos que se utilizaban para describir lo que a priori constituía algo positivo pasan a funcionar como rígidas estructuras de las que el individuo no puede liberarse con facilidad, adquieren un valor negativo para su condición personal. Si tradicionalmente la masculinidad se asociaba con aquellos rasgos que denotaban actividad, autoridad y dominio mientras que la feminidad se identificaba con todo aquello que implicaba pasividad, sumisión y subordinación, la evolución del sistema capitalista ha hecho que en los años ochenta, en comparación con la situación histórica anterior, el hombre pierda poder y la mujer lo adquiera.

El tono imperativo y el grado de exigencia de los principios que rigen el modelo hegemónico promueven el objetivo prioritario del segundo capítulo de esta Tesis Doctoral: el de profundizar en la crisis de la masculinidad. Antes de detallar la estructura del capítulo, nos gustaría resaltar que esta crisis es la que supuestamente explica datos como que el género suicida en Estados Unidos sea el masculino, con cifras que multiplican por cuatro las del número de mujeres que deciden quitarse la vida, aunque quizás lo más atractivo sea la imposibilidad de establecer la existencia real de la tan comentada crisis, lo que la acerca a la propia masculinidad. Según el método que se propone en este trabajo, se estudia, en primer lugar, el complejo significado que se esconde detrás del concepto de crisis, interesante mezcla de peligro y oportunidad y que, tal y como se verá, se presta a una doble lectura—una progresiva y la otra, retrógrada. Seguidamente el capítulo se centra en la regularidad con la que se han dado crisis de masculinidad a lo largo de la historia de la masculinidad norteamericana. Leemos ese carácter repetitivo como una eterna crisis, sin principio ni final, lo cual, según defendemos, haría dudar de la aplicación de tal concepto para describir la realidad. Y, finalmente, se desglosa la crisis de los años ochenta en diversos motivos que llevaron a la unión de un estado de ánimo con un estado de hecho que hace entender mejor lo sucedido. La transformación experimentada al entrar en el triunvirato refuerza el papel que tienen los elementos políticos, económicos y culturales que permiten a una minoría dominar sobre la mayoría. Entre las estrategias más exitosas para conseguirlo, cabe referirse a la recurrencia periódica a la amenazante presencia de la crisis—una fórmula creada con la intención de detener el peligroso desarrollo de nuevas concepciones—puesto que, en la mayoría de las ocasiones, los momentos críticos se utilizan para restablecer el orden, reforzando así el antiguo régimen y, de paso, para mantener los beneficios a nivel colectivo.

Analizar las causas específicas de la última de las crisis en el contexto estadounidense a finales del siglo XX significa entrar de lleno en el Reaganismo, por ello dedicaremos buena parte del capítulo a considerar los esfuerzos empleados por Reagan con el objetivo de ofrecer una unidad de criterio. Según se verá, el presidente defendió para ello un capitalismo patriarcal que se apoyó en la salida de la crisis nacional a través del énfasis en la recuperación económica y moral de un país que antepuso el interés social de la clase media al individual, tal y como recordaba el propio

Reagan: “In this present crisis, government is not the solution to our problem; government is the problem” (Dallek 1999 [1984]: 63). Sin embargo, las repercusiones de sus medidas, por acción u omisión, fueron el aumento de las diferencias entre los distintos grupos sociales y añadieron tensión a las relaciones entre hombres y mujeres, una tirantez que acentuó su carácter histórico de lucha de clases. Por otra parte, el capítulo pretende llamar también la atención sobre el hecho de que el fortalecimiento del discurso oficial, a través fundamentalmente del cine propagandístico como medio de masas y de la proliferación de literatura de autoayuda, dio lugar a la creación de una realidad paralela. A nivel individual, se hace hincapié en que la incapacidad para mantener en marcha una narrativa propia deriva en el sentimiento de crisis, una sensación que se une a síntomas físicos manifestados en las varias dependencias, adicciones y comportamientos de riesgo, así como mentales, entre los que se incluyen depresiones, ataques de ansiedad y episodios de estrés, que conducen a la mayoría de los problemas de la sociedad estadounidense. Y es que si los conflictos con la identidad de género no siempre los causan, al menos contribuyen y desde luego, no ayudan.

Prisioneros del género, los hombres, sometidos a un test continuo y con el miedo al miedo como principal consigna de autocontrol, exclusión y escape, por primera vez, y como parte de la toma de conciencia con sus problemas, se agrupan, tal y como se verá en el tercer capítulo de esta Tesis Doctoral, en los años ochenta. Pretenden, de esta manera, defenderse y protegerse de lo que entendían estaba acabando con ellos. Al repasar las reacciones sociológicas que han provocado la crisis hay que examinar qué consecuencias tuvo la popularidad de unos grupos que tuvieron en el hombre el centro de sus preocupaciones. A este respecto cabría señalar que no es la primera vez que se da una crisis de la masculinidad y las repercusiones reales suelen ser siempre las mismas: una amplia mayoría se inclina por apoyar una vuelta a la versión más tradicional, mientras una minoría se esfuerza por intentar una vía de cambio que pueda aportar algo diferente. En este caso, la contribución más novedosa fue la de los grupos profeministas, quienes, por primera vez, consiguieron la creación de grupos de apoyo a mujeres y hombres afectados por la crisis, así como la expansión del campo académico, lo que sirvió, por un lado, para ahondar en la profundidad de la crisis, pero, por otro, aportó algunas de las soluciones que todavía hoy en día siguen utilizándose. Mientras tanto, la explosión que conocieron los llamados grupos espirituales, divididos

principalmente en los Mitopoéticos, los Promise Keepers y los Million Man March y que fueron muy populares en los inicios de los años noventa, ha caído, con el tiempo, en el olvido, a pesar de que algunas de sus enseñanzas han pasado a la cultura popular en forma de manuales de autoayuda, e incluso, en 2015, todavía se celebre el 20 aniversario de la solidaridad que alcanzaron los hombres de color que tomaron Washington y siguen a día de hoy luchando por ser reconocidos como ciudadanos de plenos derechos, en un país que no logra desprenderse del racismo.

En el análisis que en el tercer capítulo se lleva a cabo de los Mitopoéticos, se pone especial énfasis en el éxito editorial de *Iron John: A Book about Men* (1990) por cuanto el texto es representativo de la ambigüedad que caracterizó a quienes se querían alejar del discurso oficial de Reagan, pero no podían tampoco aceptar los planteamientos feministas hasta sus últimas consecuencias. A fin de conseguir un término medio, Robert Bly, su autor, luchó hasta la extenuación intentando buscar referentes culturales que justificaran la mayoría de sus ideas—una amalgama de sus recuerdos contraculturales del poeta *hippie*, que luchó contra la guerra de Vietnam, más toda la filosofía New Age con la inclusión de la cultura americana nativa y la impronta de la filosofía de Jung. Lo mejor y lo peor fue la enorme aceptación que su mensaje obtuvo, de donde se puede extraer su conexión con parte del dolor que anidaba en sus conciudadanos, pero también su cuadratura del círculo para no perder ni un solo lector, comprador o participante en sus retiros.

El análisis del híbrido que es *Iron John* permite la entrada, en el cuarto y último capítulo de la apoyatura artística de esta Tesis Doctoral, donde también se quiere ilustrar el contenido de las principales ideas a través de ciertos ejemplos tomados de la literatura y el cine. No obstante, más allá de la mera ilustración, se pretende descubrir los caminos que se siguieron en la ficción con textos que produjeron parte de la ideología de la época o la criticaron. En este capítulo, se defiende la idea de que, bajo el paraguas de etiquetas como “Generation X” o “Blank Generation”, los escritos de autores entre los que cabe citar a Bret Easton Ellis, Chuck Palahniuk o Dennis Cooper y otros más consagrados, como Tom Wolfe, tuvieron muy presentes varios de los temas fundamentales que conciernen a la crisis de la masculinidad. Desde cuestiones de índole práctica, como la implantación del consumismo y el incremento del significado del cuerpo o el papel de la actividad profesional en la vida de un *yuppie*, hasta interrogantes

más profundas concernientes a la identidad individual o la ética social. En este sentido, el personaje de Patrick Bateman, el antihéroe de *American Psycho* (1991) que se ha querido leer como el heredero bastardo de Holden Caulfield y Norman Bates, se toma como representación llevada al extremo de la problemática situación del hombre perteneciente al grupo hegemónico. Su personalidad, o ausencia de la misma, lo emparenta con otros psicópatas de Dostoyevski o Hitchcock aun cuando tiene un fuerte componente contemporáneo que sirve para no solo ponerlo en relación con asesinos múltiples reales de la cultura estadounidense sino también con el mundo empresarial que lo rodea y del que es perfecto espejo en sus obsesiones competitivas por triunfar, enriquecerse y ser reconocido.

**MODELO DE MASCULINIDAD:
DE LA BIOLOGÍA A LA IDEOLOGÍA**

“When I use a word”, Humpty Dumpty said in a rather scornful tone, “it means just what I choose it to me—neither more nor less”.

“The question is”, said Alice, “whether you can make words mean so many different things”.

“The question is”, said Humpty Dumpty, “which is to be the master—that’s all”.

—Lewis Carroll, *Alice through the Looking-Glass*

1.1. Introducción

A la luz de los Estudios de género—tanto en su primera fase feminista, aplicada exclusivamente a las mujeres, como en la segunda, ampliándose sus presupuestos a los hombres—el primer capítulo de esta Tesis Doctoral examina el paso del modelo esencialista al construccionista para explicar de forma más profunda los significados del modelo norteamericano de masculinidad hegemónica en los años ochenta, identificado con los *yuppies*. Se trata de una época lo suficientemente alejada en el tiempo como para poder ser considerada con distanciamiento crítico, pero además muy atractiva por ser fundamental a la hora de afrontar problemas y temas que aún determinan el presente. Desde la desestimación del determinismo biológico, por su reduccionismo y su marcado carácter tradicional, se reflexiona sobre la naturaleza ideológica de la construcción de género con el objetivo de ofrecer una aproximación a la masculinidad como uno de los elementos claves que configuran la identidad individual y social en el contexto de los Estados Unidos. La importancia de vincular elementos de la psicología individual, en especial la adquisición de la identidad en los primeros estadios de la vida, a comportamientos sociales que sirvan para que esos individuos entren a formar parte del colectivo, ofrece una visión integral sobre el conjunto de valores unidos al género. Se

pretende también discernir la presencia de otros elementos que complementan la identidad del hombre, como pueden ser la clase, la raza, la religión o la sexualidad, lo que conduce a establecer distintos grupos. La jerarquización entre ellos, de acuerdo a prioridades definidas por el sistema imperante, deriva en la categorización de una masculinidad hegemónica, frente a otras marginadas y subordinadas. Solamente la primera detenta una posición de poder y, para ello, ha de responder a los criterios de idoneidad marcados por la sociedad que los resume de forma muy simple con el objetivo de priorizar el interés colectivo sobre el individual.

1.2. Aproximaciones al género

Al predominio decimonónico del estudio del concepto “clase” como clave para explicar las diferencias económicas y políticas, las ciencias sociales añadían la raza como cuestión relevante a mediados del siglo XX, obligadas por los movimientos pro igualdad de los derechos civiles en Norteamérica. A partir de los años sesenta, se sumaba el género, parámetro utilizado primero como herramienta de trabajo en los análisis feministas sobre la mujer, pero más tarde ampliado también al hombre en los Estudios de género para describir y evaluar la identidad masculina y, por ende, la sociedad contemporánea en su conjunto. Desde entonces, junto a las tradicionales explicaciones genéticas o económicas, se ha reconocido su papel como una de las estructuras de diferenciación social, hasta alcanzar una gran importancia: “[...] gender is omnirelevant” (1996: 107), ha afirmado Michael Schwalbe. La omnipresencia del género hace que, si bien por sí solo no aclare el panorama sociológico en toda su magnitud, sea necesario tenerlo en cuenta para entender cualquier realidad social, puesto que hay pocas parcelas de la experiencia vital al margen de esta construcción relacionada con la lingüística, la filosofía, la psicología o la educación. Está, además, contextualizada por la estructura social, económica y política de cada realidad—por citar solo algunos de los campos que la conforman. Sobre su valor basta señalar que la más mínima sospecha de ataque en su contra es tomada como una amenaza a toda nuestra persona o nuestro sistema social; de ahí que se pueda afirmar, con Michael Messner, que existe una visión “genérica” del mundo: “Gender is pervasive in society

and operates at multiple levels. Gender shapes identities and perception, interactional practices, and the very forms of social institutions, and it does so in race-and-class-specific ways” (1997: ix-x). Más allá de establecer una jerarquía entre clase, raza y género, lo verdaderamente acuciante es observar y estudiar la forma en que interactúan, al ser los tres ejes de la identidad individual y social del individuo, desde la interseccionalidad de la que escribe Crenshaw por primera vez en 1989.

1.2.1. Naturaleza del género

Es necesario empezar, pues, por la noción de género, cuya polisémica naturaleza ha sido utilizada en distintas disciplinas hasta llegar a su concepción de futuro como establece Connell (2005 [1995]), quien tilda la masculinidad y la feminidad de “*gender projects*”, o Weeks (1991), que se refiere a ellas como “*invented categories*”. Desde sus orígenes clásicos se aprecian sus dos significados fundamentales: el descriptivo, usado en la lógica para definir el concepto general complementado por la diferencia específica o el intento aristotélico de denominarlo como el atributo esencial que distingue individualidades dentro de un conjunto, y su uso prescriptivo, en la gramática para los tres géneros aplicados al léxico. Ambas acepciones están presentes en la aplicación que aquí más nos interesa para su definición: “[T]he sets of cultural meanings and prescriptions that each culture attaches to one’s biological sex” (Kimmel 1996: 3), un principio de análisis convertido en una categoría metafísica que estructura el mundo entre lo masculino y lo femenino en términos culturales, siguiendo la división supuestamente natural. Su cualidad como expresión de la conceptualización dualista básica ha sido cuestionada tanto por quienes no creen en la limitación de la realidad humana a dos únicos grupos como por los que, según hace Foucault, niegan que la separación biológica sea capaz de explicar y, aún menos, causar las diferencias y asimetrías culturales entre hembras y machos, “[...] the notion of ‘sex’ made it possible to group together, in an artificial unity, anatomical elements, biological functions, conducts, sensations, and pleasures, and it enabled one to make use of this fictitious unity as a causal principle, an omnipresent meaning: sex was thus able to function as a unique signifier and as a universal signified” (1990 [1976]: 154).

Desde los esfuerzos de Freud por evitar la división reduccionista de la biología humana, “in human beings pure masculinity or femininity is not to be found either in a psychological or a biological sense” (1975 [1962]: 86), han sido numerosos los estudios que han optado por huir de los términos absolutos. Algunas de las intuiciones del padre del psicoanálisis, “Every individual on the contrary displays a mixture of fhte character-traits belonging to his own and ot the opposite sex” (1975 [1962]: 86), prologan el debate científico o pseudocientífico que ocupa a la medicina, y que salpica a los medios de comunicación de masas de vez en cuando, sobre las diferencias entre los cuerpos y cerebros de mujeres y hombres, si bien Stoller insiste en lo siguiente: “[...] there is much evidence that there is no such thing as an exclusively masculine or exclusively feminine mammal” (1994: 6). Los trabajos de autores como Thomas Laqueur (1990) desenmascaran el acercamiento pretendidamente científico al cuerpo humano: superado el modelo clásico de unidad corporal—donde el femenino no era sino una versión negativa inferior en ausencia del masculino—se descubre la anatomía femenina casi al tiempo que Colón inventaba el nuevo continente; el dualismo biológico, en consecuencia, no puede utilizarse como argumento para intentar explicar las diferencias en las jerarquías sociales entre hombres y mujeres. Laqueur señala, sin embargo, que los avances científicos no han repercutido en cambios cualitativos notables con respecto a la consideración de la mujer: “Two incommensurable sexes were, and are, as much the products of culture as was, and is, the one-sex model” (1990: 153). Y, si nos atenemos a lo puramente objetivo, Anne Fausto-Sterling (1993) llega a proponer sustituir el actual sistema de dos sexos por otro de cinco, basándose en la existencia de hermafroditas y aparatos genitales donde se mezclan elementos masculinos y femeninos, lo que recuerda a la introducción en 2014 de una tercera posibilidad en la casilla del sexo para los documentos de identidad en algunos países.

1.2.1.1. Esencialismo

La insistencia en la cuestión binaria justifica la popularidad de razonamientos basados en la diferenciación entre los órganos genitales, los desiguales tamaños corporales, la distribución de la musculatura, o el resto de los aspectos que elevan hasta el 3%, desde el punto de vista genético, el diferencial presente en todas y cada una de

nuestras células. Para autores como Louann Brizendine, en sus obras *The Female Brain* (2006) y *The Male Brain* (2010), es la estructura del órgano cerebral en términos de peso la que explicaría los distintos comportamientos, siendo de media el masculino cien gramos más pesado que el femenino al nacer hasta alcanzar un 10% de diferencia a los 30 años—sin que eso signifique un mayor o menor número de neuronas. Si a lo físico se añade el predominio entre los hombres del hemisferio izquierdo, donde se concentra el control sobre la racionalidad y el pensamiento abstracto, mientras que las mujeres se subordinan más a su lado derecho, donde la creatividad y la afectividad sentimental dominan (Goldberg, 1975 y 1986; Trivers, 1972; Wilson, 1976), se reincide en la oposición entre los dos sexos. Se entra así en la polaridad psicológica, otra vieja batalla que mezcla argumentos anatómicos y mentales con la intención de resaltar las diferencias, a pesar de que la imposibilidad de dividir a la especie humana en dos grupos perfectamente delimitados ha sido confirmada de forma científica en los últimos tiempos. Como asevera Connel “[...] the main finding, from about eighty years of research, is a massive psychological similarity between women and men in the populations studied by psychologists. Clear-cut block differences are few, and confined to restricted topics” (1987: 170). Establecida la vinculación del *continuum* entre hombres y mujeres, dado que tanto física como psicológicamente son más parecidos que distintos, se vuelve a evitar la interpretación simplista de las teorías de Freud, que el propio autor quiso aclarar añadiendo una nota a pie de página a su edición de 1915 que leía así: “The concepts of ‘masculine’ and ‘feminine’, whose meaning seems so unambiguous to ordinary people, are among the most confused that appear in science” (1975 [1962]: 86).

Una vez analizada la postura de la dualidad, cuyos presupuestos no son solo debatibles, como se ha visto, sino sobre todo sospechosos por su verdadera relevancia, coincidimos con Patrick Grim en que su papel se ha sobredimensionado:

Let us suppose that in some case we do have firm and unambiguous empirical evidence of differences between the sexes; let us suppose that we can *prove* that men are characteristically more aggressive, that women are generally more “communicative”, and the like. What follows from suitably hard data revealing suitably fundamental differences even if we have it? Not as much, I think, as is often assumed (1996: 12).

Esto constituye un paso previo para ahondar en la naturaleza enfrentada de machos y hembras. Ninguna de las diferencias puede justificar que el desigual desarrollo de

distintas partes del cuerpo o del cerebro se utilice como argumento para la diferenciación social entre machos y hembras o cómo esta se deba establecer. Y es que la dualidad desemboca en la lectura interesada del concepto de binarismo, que Derrida (1978) denomina “jerarquías violentas”—un mecanismo utilizado por el pensamiento moderno para favorecer el dominio de uno de los términos sobre el otro. La distancia que separa a hombres y mujeres supone, además de la división, la subordinación de las segundas a los primeros: convierte lo masculino en norma y modelo y lo femenino en la anormalidad, identificada con la otredad para los segundos, añadiendo al valor descriptivo entre varones y hembras, los respectivos papeles y responsabilidades prescritos para hombres y mujeres. Aquello que se planteaba como una cuestión de observación científica y objetiva redundaba en una defensa del determinismo biológico, donde la categoría natural del sexo se sustituye por el modelo de “*sex/gender system*”, que la antropóloga Gayle Rubin propuso, sobre la base de los estudios del psiquiatra Robert Stoller (1968) y fundador de la Gender Identity Research Clinic, para describir “the set of arrangements of which society transforms biological sexuality into products of human activity, and in which these transformed sexual needs are satisfied” (1975: 159).

Se empieza así un camino reconocido legalmente años más tarde incluso por el Tribunal Supremo estadounidense: “[...] in a 1994 case, Justice Antonin Scalia wrote: The word ‘gender’ has acquired the new and useful connotation of cultural or attitudinal characteristics (as opposed to physical characteristics) distinctive to the sexes. That is to say, gender is to sex as feminine is to female and masculine is to male” (en Kimmel y Aronson 2004: xvi). Si se conserva la equiparación entre sexo y género, se da lo que Kimmel define como: “interplanetary theory of gender difference” (2007 [2000]: 15). Se refiere el crítico a la popular concepción de “*boys will be boys*” que Gayle Rubin definió en 1975: “Essentialism is the doctrine that sees differences in men’s and women’s thought, feeling, and behavior as resulting from biology” (1975: 180). Para quienes creen en tal orden, las diferencias químicas, hormonales y cromosómicas son la causa fundamental que permite explicar los distintos roles que unos y otros asumen en la sociedad, manteniendo como axioma que nuestra anatomía es responsable de nuestro destino.

1.2.2.2. Constructuccionismo

Frente al esencialismo más tradicional se posicionan los construccionistas sociales, aquellos que, sin negar el peso de la naturaleza, “If the first main finding of this work is that gender identity is primarily learned, the second is that there are biological forces that contribute to this” (Stoller 1994: xi), defienden una concepción del ser humano en tanto que sometido a eterno proceso de evolución y cambio. Así, se sostiene en la mayoría de los Estudios de género contemporáneos desde que Simone de Beauvoir estableciera el principio feminista, “On ne nait pas femme, on le devient” (1949: 648). Esta perspectiva otorga un papel principal a la sociedad como construcción propia de cada cultura, responsable última de crear definiciones de identidad de género. Estas reflejen su discurso social y sus luchas políticas y responden a las expectativas que cada comunidad consensua, a la vez que los convierte en productos de la acción y la intervención humana, y no en características existentes al margen de hombres y mujeres concretos.

Por otro lado, el acuerdo social supera en mucho el ámbito del contrato social rousseauiano. Los términos “hombre” y “mujer” trascienden su significado individualizador y psicológico para adquirir valores culturales, que adoptan un contenido moral diferente y configuran distintas expectativas para cada uno, hasta alcanzar la definición total de género según el construccionismo social, “the individual, cultural and institutional ways in which biological sex is given social existence in any particular context and period” (en Segal 1990: 92). Se denuncia con ello la falsedad de posicionamientos retrógrados que identifican lo natural como única explicación al comportamiento humano sin escuchar la voz de los que hace tiempo desenmascararon este artificial criterio de naturalidad, tanto desde la antropología, “the socially decreed behavior is natural for one sex and unnatural for the other” (Mead 1963 [1935]: 299), como desde el arte, cuando se pone en duda incluso tal posibilidad al exclamar Clov en el escenario, “Ya no hay naturaleza!”, en la obra *El Final de la Partida* de Samuel Beckett (en Argullol 1990: 363).

A pesar de que tanto antropólogos como artistas han negado la centralidad de la naturaleza como factor diferencial, el determinismo biológico sigue vigente, con dos graves consecuencias. En primer lugar, entender el género como universal, puesto que

la identificación unívoca de nuestro sexo con nuestro género y la consiguiente correlación entre los distintos niveles no permite variables significativas y simplifica la identidad de manera que anatomía y comportamiento social, laboral y sexual coincidan desde la cuna hasta la sepultura. La obra fundacional de Margaret Mead, que muestra la variabilidad de las identidades de género en varias culturas y demuestra la primacía del factor cultural, no ha impedido que se sigan publicando estudios, entre los que cabe destacar *Manhood in the Making* (1990) de David D. Gilmore, que abordan las cuestiones de género desde la universalidad de sus diferencias. Se trata del mismo recurso que justifica el éxito de obras como *Men Are from Mars, Women Are from Venus* (Gray, 1992), en este caso abogando por la existencia de dos mundos donde hombres y mujeres “think, feel, perceive, react, respond, love, need, and appreciate differently” (Gray 1992: 5). Se continúa así con esa línea conservadora que no solo desestima la variación sincrónica sino también la diacrónica, la que implica analizar la masculinidad y la feminidad en tanto que productos históricos en permanente devenir ligados a las condiciones de cada momento. Sin embargo, este reduccionismo genético se ha visto cuestionado mayoritariamente desde las investigaciones médicas y sociales, rechazando explicaciones simplistas a la complejidad humana que se manifiesta más allá de los límites impuestos por la biología. La aplicación de criterios teóricos a un entorno específico tiene como consecuencia enfatizar que cualquiera que sea la configuración genérica siempre es susceptible de ser modificada, por lo que con Kimmel y Aronson hay que pensar que, “these ‘essential’ differences between women and men are socially constructed and thus subject to change” (2004: xx). En segundo lugar, además de establecer una manera única de ser hombre y mujer, la negación de la evolución determina la imposibilidad de cambio y, por tanto, la aceptación del *statu quo*; es decir, la desigualdad entre los géneros. Los estudios esencialistas justifican, defienden y fomentan la inferioridad de la mujer basada en la supuesta diferencia que se describe como hecho biológico, se considera propiedad distintiva de los individuos y se extrapola a toda su simbología social. Y eso a pesar de que ya Freud dudó de que esas tres acepciones pudieran existir en estado puro: “Every individual on the contrary displays a mixture of the character-traits belonging to his own and to the opposite sex; and he shows a combination of activity and passivity whether or not these last character-traits tally with his biological ones” (1975 [1962]: 86).

Con el objetivo de paliar las desigualdades que se derivan del esencialismo, los defensores del construccionismo cuestionan el valor absoluto de la biología y abogan por procesos culturales como base de la identidad de género. Quienes, como por ejemplo Stoller, en los debates entre el gen y el medio, inciden en el peso de lo cultural frente a las hormonas y la fisiología sexual niegan la fundamentación de los argumentos físicos y su carácter universal, al concebir la naturaleza humana como superior a la de los animales más primarios:

The more complex the animal, the more variability in response is provided by these systems, until imperceptibly one enters a sphere in which, first, learned (postnatal) behavior becomes prominent and, finally, in which conscious choice plays a part. The higher the animal, the more difficult it is to trace the course of a piece of behavior from its biological origins to its ultimate action (1994: 8).

Por tanto, la naturaleza propone pero es la cultura la que dispone las prácticas, los valores y las normas que configuran los paradigmas consensuados por cada sociedad. Por medio de estos procesos, el simbólico e institucional significado del género se convierte en arquetipo para validar su dominio, aunque para ello recurra, señala Butler, a universalizar lo artificial y local, “Gender is thus a construction that regularly conceals its genesis; the tacit collective agreement to perform, produce, and sustain discrete and polar genders as cultural fictions is obscured by the credibility of those productions—and the punishments that attend not agreeing to believe in them; the construction ‘compels’ our belief in its necessity and naturalness” (Butler 1999a: 420). En definitiva, si los genes no son los que producen las desigualdades, habría que conceder, con autores como Bourdieu y Kimmel, que son motivos de índole social y político los que conducen a unos resultados que mantienen la misma problemática que la anterior división biológica, y así concluir, igual que hace Risman, que: “The very creation of difference is the foundation on which inequality rests” (1998: 25).

El discurso científico ha permitido perpetuar las desigualdades al amparo de su presunción de neutralidad. Ahora bien ni se corresponde a la institucionalización de las diferencias genéricas ni puede explicar los distintos grados de desigualdad que se dan a lo largo del espacio y el tiempo. Partiendo de una misma realidad biológica, son decisiones sociales y políticas las que redundan o no en la falta de similitud; así, de manera paradójica, en los contextos donde las divergencias biológicas se equiparan con desigualdades genéricas, se crea una jerarquía entre lo natural y lo cultural que conlleva

la opresión de un género hacia el otro. Más allá del acercamiento puramente científico, la construcción sociocultural del género establecida por antropólogos, sociólogos y otros estudiosos sociales presupone el final del género como categoría natural derivada del sexo, pero no pretende ni ignorar la constitución física ni crear dicotomías excluyentes, rechazando cualquier tipo de determinismo y dando lugar a algo más complejo que Beneke aclara, “One’s biology [...] is given a cultural meaning that constrains who one is, prescribing that one be culturally defined as a man or a woman” (1997: 189). Sus presupuestos superan posiciones ideológicas conservadoras o, al menos, algunas de las lecturas más retrógradas de modelos como el determinismo biológico, el materialista o el psicoanalítico, limitados por su tendencia a la universalización paradigmática de un modelo único para cada sexo. Ni la diferencia genital ni su lectura freudiana se pueden utilizar como fundamento epistemológico de las prescripciones sociales, pero tampoco es posible negarlas. Hacerlo supondría caer en el determinismo social, dada la complejidad de las relaciones entre el individuo y la colectividad, influidas tanto por el desigual peso de la pluralidad de constituyentes como por la presencia de una parte subconsciente que difícilmente se subordina en su totalidad a dichas prescripciones.

1.2.1.3. Superación de los dualismos

Estudiar la dialéctica entre lo biológico y lo cultural significa acercarse de una manera más integral a la naturaleza humana, y desde esta perspectiva reconocer la capacidad del individuo para superar sus límites biológicos. Para Carol Gilligan (1982) esa franja entre lo genético y lo social constituye el espacio de la libertad individual:

I find the question of whether gender differences are biologically determined or socially constructed to be deeply disturbing. This way of posing the question implies that people, women and men alike, are either genetically determined or a product of socialization—that there is no voice—and without voice, there is no possibility for resistance, for creativity, or for a change whose wellsprings are psychological (1982: xix).

Y es el uso de la libertad del ser humano lo que permite construir una realidad más allá de su estado primigenio. Es, en efecto, así cómo la vida de hombres y mujeres en su devenir histórico adquiere una dimensión diferente en la experiencia social que redunde

en beneficio de su especie y los aleje de un comportamiento pautado exclusivamente por el aparato genital, en lo que Judith Butler denomina “*the biology-is-destiny formulation*” (1990).

Descartados los modelos universalistas y desechadas las explicaciones simplistas y maniqueas de la realidad, los extremos natural y cultural se entienden en la medida en que se analicen desde su existencia como constructos culturales donde hay una base biológica, pero donde cada sociedad establece imposiciones—por conveniencia práctica—para definir la normalidad, distinguiendo lo permitido de lo prohibido de manera arbitraria. En este sentido, resulta necesario descifrar las claves de la identidad y el comportamiento humanos teniendo en cuenta la teoría de la estructuración de sir Anthony Giddens (1991). Entre los logros de este sociólogo cabe destacar la superación de los tradicionales dualismos cartesianos con los que el ser humano moderno trabaja, tanto para prescindir de la separación absoluta entre natural y cultural como para matizar la división entre individuo y sociedad. Sustentándose en la idea de que la naturaleza ha llegado a su final en la modernidad, Giddens defiende que existe una “*existential contradiction*” (1991), una incongruencia que, según argumenta, explica la forma en que el ser humano y la naturaleza se relacionan: “the contradictory relation of human beings to nature, as finite creatures who are part of the organic world, yet set off against it” (1991: 242).

En ese inevitable encuentro y desencuentro de lo natural con lo cultural, se da también su interacción compleja entre el individuo y las estructuras sociales. A pesar de lo complicado de dicha relación, Norbert Elias, que publicó en 1939 *The Civilizing Process*, habla sobre el individuo y la sociedad como procesos distintos pero inseparables, al ser las estructuras económicas, sociales y simbólicas las que marcan las pautas generales a seguir por los seres humanos. La realidad social no es algo diferente a otras construcciones y constituye un ejemplo más de consenso colectivo, decidiendo otorgar la cualidad de real a ciertas entidades mientras se la niega a otras, siempre a través del acuerdo, que además legitima y, por tanto, materializa lo que ya no queda solo en pensamiento individual sino que pasa a formar parte del imaginario colectivo. El género y los otros principios que organizan nuestra vida en comunidad tienen el sentido que el conjunto de individuos que integra la sociedad le quiera conferir, y no a la inversa. Aunque quizás lo más correcto sería decir, con Jeffrey Weeks, que una gran

minoría de individuos impone un modelo social a la pequeña mayoría, por lo que, “Masculinities, like femininities, are social practices, not eternal truths. They are shaped in the interaction between the biological, the social and the psychological” (1991: 111).

Es en el momento en que lo biológico deja espacio a lo aprendido cuando el macho y la hembra se convierten en masculino y femenino, y de esa categoría cultural es de donde nace el proyecto feminista, al articular un discurso que sirve para pasar a lo político y alcanzar la lectura que integra las reivindicaciones de igualdad. Su intención última consiste en desmontar la visión androcéntrica a través de un análisis transversal de la producción de las desigualdades, sean de género, de clase o de raza, que justifican la opresión. La multiplicación de las variantes tras las interacciones del género con las otras categorías sociales dan cuenta de diferencias que, más allá de la feminidad o la masculinidad, tienen que ver con la raza, la religión o el grupo socioeconómico, además de la cultura dominante en que se enmarcan, así como la evolución biográfica individual, y hace que reducir las identidades genéricas a un sistema dual no sea más que una simplificación para asignar estatus social y posiciones distintas en la sociedad. Connell (1987: 64) ha criticado el “*categoricalism*” de la forma de reduccionismo que intenta explicar en términos genéricos las diferencias individuales y sociales, anteponiendo al resto de variantes dicha dualidad hombre-mujer.

Al priorizar el género, se sobredimensiona además una tendencia ya denunciada por Rubin, “Far from an expression of natural difference, exclusive gender identity is suppression of natural similarities” (1975: 180). Kimmel, por su parte, advierte que se olvida de esta manera la configuración relacional de ambos géneros: “one cannot understand the social construction of either masculinity or femininity without reference to the other” (Kimmel 1987a: 12). Así, lejos de los parámetros de conocimiento que conducen a la sistematización binaria y más próximos a planteamientos estructuralistas para los que ningún signo tiene validez por sí mismo sino que fija su valor como parte de la relación contrastiva con su opuesto, las categorías de hombre y mujer aisladas carecen de sentido porque solo adquieren dimensiones semánticas significativas al denotar presencia o ausencia de unos rasgos. Por ello, porque establecer el hombre como un no-mujer es un ejemplo de cómo los opuestos además de contenerse, se necesitan y se generan el uno al otro, Kimmel defiende que el estudio del género debería ser siempre relacional, “we understand what it means to be a man or a woman in

relation to the dominant models as well as to one another” (Kimmel 2007: 97). Sin embargo, la vinculación no implica términos de igualdad; por el contrario, tal y como el feminismo posmoderno sostiene, esta es diferencial: “asymmetrical binary of masculinity and femininity” (Butler 1990: 31). Es precisamente su relación uno de los motivos por los que en la construcción de ambos sujetos todo lo que suponga ser masculino tiene implicaciones en el significado de lo femenino y graves repercusiones para un mundo donde ambas experiencias se forjan de manera simultánea.

Este hecho de reciente comprensión, “masculinity in the 1990s has finally been recognized as, at least in part, a construction by female—as well as male—born people” (Halberstam 1998: 13), permite concluir que, dado el carácter aprehendido y relacional del género y reconocida la posibilidad de una participación activa en la construcción de nuestra identidad y realidad, la evolución de la mujer invita no solo a contemplar la probabilidad del cambio en el hombre, sino a suponerlo. Kimmel es optimista al respecto, al reconocer que esto deja espacio para la esperanza: “Men, both individually and collectively, can change” (1997: 224). Si se pierde la idea de una masculinidad homogéneamente primitiva y se insiste en la transformación de los significados genéricos que los construccionistas han demostrado, se puede terminar afirmando, de nuevo con Kimmel, que el conjunto de expresiones que los hombres aprenden para actuar de acuerdo a las normas sociales constituye la base de su naturaleza genérica y, por tanto, un primer acercamiento necesario para desentrañar qué es la masculinidad:

Masculinity as a constantly changing collection of meanings that we construct through our relationships with ourselves, with each other, and with our world. Manhood is neither static nor timeless; it is historical. Manhood is not the manifestation of an inner essence; it is socially constructed. Manhood does not bubble up to consciousness from our biological makeup; it is created in culture. Manhood means different things at different times to different people (1997: 224).

1.2.2. Identidad genérica

Tras haber abordado el carácter construccionista del género, hay que profundizar en su papel integral para la configuración de nuestro ser en sus dos principales áreas, que Isaksen explica de esta manera: “gender reigns as one of the most potent features to not only organize our lives but also to determine our individual and collective identity”

(2011: 147). Los cuestionamientos postestructuralistas y postmodernos en torno a la visión esencialista de la identidad y la presión a la que se ve sometida la categorización ontológica del ser, “there is no fixed subject unless there is repression” (Deleuze y Guattari 1983: 26), a través de la negación, por los primeros, y de su definición como heterogénea y contradictoria, por los segundos, no puede ser suficiente para ignorar la necesidad de su existencia. Su reconocimiento apoya lo que ya Stoller definió como su naturaleza: “the product of postnatal interpersonal and intrapsychic experiences” (1994: xvi). Su problemática paradoja como parte fundacional de nuestra individualidad genética y a la vez constructo social navega hacia lo indeterminado e inestable de un ser fragmentado y fragmentario sin una característica identificadora y en constante construcción, destrucción y reconstrucción. En estos procesos de deconstrucción, donde reducir esa mezcla de naturaleza y cultura a algo unidimensional se considera un ataque a la libertad subjetiva y a su posibilidad de evolución, se reniega de cualquier modelo esencialista sobre la identidad, aunque no se puede invalidar el hecho en sí: “One’s biology is given a cultural meaning that constrains who one is, that is, a gendered identity” (Neff van Aertselaer 2008: 320).

Más allá, su complejidad no se deriva solamente de su doble proveniencia, individual y colectiva, sino también de los diferentes niveles a los que funciona, desde el corporal y físico al psicológico, pasando por el laboral, el económico, el político o el afectivo y sexual. El análisis de una categoría conformada por una serie tan complicada de elementos naturales y culturales y desde la que de forma continua entramos en contacto con el mundo debe—según incide en recordar Stoller—tener en cuenta todos sus componentes y evitar a la vez las lecturas reduccionistas para entender su relevancia en la adquisición de una identidad, “Gender identity is the most basic, far-reaching and permanent aspect of an individual’s personality” (1968: 15-16). En su formación intervienen los dos ejes alrededor de los cuales se articula la identidad, “Gender is a psychological and cultural term” (Duczek 1988: 169), lo que no significa su separación en dos esferas diferentes sino su interacción a la hora de definir nuestra conducta personal y social.

1.2.3.1. El género en la psicología

Empezando por los aspectos psicológicos, la tesis de Michael Kaufman, “Gender is the central organizing category of our psyches” (1994: 144), resume con claridad las ideas que gran parte de la crítica feminista ha investigado. Es aquí donde tienen cabida las escuelas de psicoanálisis en torno al legado freudiano, y, sobre todo, al lacaniano, desde Francia (Luce Irigaray, Julia Kristeva o Helene Cixous) a Estados Unidos (Juliet Mitchell, Elizabeth Grosz, Jane Gallop, Nancy Chodorow, Dorothy Dinnerstein o Jessica Benjamin). Sus fundadoras defienden el carácter básico de la fase de la adquisición del género en la ontología de las diferencias, que viene dada por la capacidad del inconsciente para conectar nuestro sexo con nuestra subjetividad y por las estructuras simbólicas que están más allá de la capacidad del individuo. Todo ello en un proceso que, según apunta Carol Gilligan, se inicia aproximadamente a los seis meses de vida y que deriva en la formación de un núcleo duro de nuestra personalidad genérica algo más tarde: “with rare exception firmly and irreversibly established for both sexes by the time a child is around three” (1982: 7). Hemos de decir, por otra parte, que la cronología coincide con los resultados del Instituto Kinsey, “an individual’s gender identity (‘I am a boy’ or ‘I am a girl’) becomes established between 18 months and three years of age” (Reinisch 1990: 242).

Una vez asentada la conciencia genérica como individualidad propia, se cuenta, señala Kimmel, con una categoría analítica para valorar todo aquello que nos rodea, “After age six, the child sees the world in gender terms” (Kimmel 2007: 84), y este elemento de análisis se refuerza con su empleo como medio de conocimiento durante el resto de nuestra vida. Si bien parece consensuado que nos asomamos al mundo y a la vida a través de una mirada cargada de nuestra identidad genérica, más complejo es el proceso en el que el desarrollo de la personalidad y la configuración genérica se mezclan e interrelacionan a tan temprana edad y, en especial, la manera en que todo ello se constituye fatalmente como algo fijo e inalterable. En otras palabras, la implicación del género en el desarrollo personal es evidente, pero han existido diferentes enfoques para explicar la adquisición del género y su carácter. Así, a pesar de coincidir en que tiene su primer espacio en el entorno de las relaciones familiares, donde se encuentran los modelos con los que identificarse para sentirse hombre o mujer, la psicodinámica

freudiana ofrece, sobre la base de la propia conciencia genital, una identificación con una figura adulta que permita la adopción de un rol tanto social como sexual adecuados. Frente a esta escuela, los defensores del aprendizaje social enfatizan la intervención del mundo adulto para incidir en el significado colectivo de la genitalidad infantil de manera diferencial. Por otra parte, la teoría cognitiva, en una posición alejada de ambos extremos, tiene como base la genitalidad, aunque trata el desarrollo desde la conciencia que de ella tienen los demás.

En la complicada relación entre lo biológico y lo social, el ámbito psíquico configura nuestra identidad. De forma más específica perfila y reprime fobias y filias, gracias a procesos de individualización que se inician con la desvinculación del espacio en el que nacemos, como ya habían estudiado autores entre los que cabe destacar a Sigmund Freud, Karen Horney, Heinz Kohut y Carl Jung, y que Chodorow explica con estas palabras: “[...] core male gender identity is an early, non-verbal, unconscious, almost somatic sense of primary oneness with the mother” (1989: 109). Se trata de una obsesión y se ha utilizado como origen para explicar las consecuencias artísticas de la actitud rebelde entre quienes deciden luchar contra el efecto castrante de la relación entre madre e hijo. En lo literario, Henry Miller incluye en su trabajo sobre Arthur Rimbaud una cita, “Forever outside! Sitting on the doorstep of the mother’s womb” (1956: 50), suficientemente gráfica como para ejemplificar la relevancia de ese lugar y su interpretación en clave de masculinidad.

Son principalmente los acercamientos psicoanalíticos desde Chodorow y su *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender* (1978) los que han ahondado en cómo desde la fase lacaniana del espejo el niño convierte su separación del cuerpo de la madre en determinación por diferenciarse de ella y lo han priorizado a la hora de la distinción genérica. En palabras de Jessica Benjamin, “the core feature of the gender system—promoting masculinity as separation from and femininity as continuity with the primary bond” (1988: 217). En gran medida, la relevancia de dicha etapa, cuyo desarrollo se produce alrededor de los seis meses de vida, se debe al carácter imaginario que el ego capta de sí mismo de manera especular. Esta imagen supone la primera constitución como identidad, basada en la visualización de unas fronteras y límites corporales que contribuyen a una concepción equivocada de independencia y autosuficiencia. La insuficiencia motora del cuerpo y la incapacidad

para sobrevivir a esa edad no son suficientes para superar la naturaleza contradictoria de esa impresión, que el propio cuerpo y sus procesos desmienten. Lo que obedece a una falsa percepción de la imagen se toma como forma inicial de identidad estable y sólida en una fase pre-edípica y se puede considerar el comienzo de una serie de erradas percepciones que coadyuvan al culto de una personalidad genérica basada en la oposición.

Estamos entonces ante la gran paradoja de la identidad masculina: si bien es irrefutable el papel de la estructura familiar en la disposición genérica internalizada a tan corta edad y su aportación a la estructura psíquica del individuo, lo cierto es que la ruptura—inicialmente física y después emocional—del niño con la madre, no responde a parámetros de la realidad natural. Es, por tanto, la primera ocasión en que la masculinidad como individualidad y oposición a lo femenino se construye de forma innecesaria y falsa. La arbitrariedad de defender una esencia masculina, que no existe como tal desde el punto de vista psicológico, opuesta a la figura materna ayuda a entender la configuración de la masculinidad adulta, considerada la manera en que los condicionantes naturales se convierten en componentes identitarios. Huelga decir que estos procesos de aprendizaje de masculinidad son traumáticos y tienen como consecuencia la contradictoria sensación de hacerse hombres a través de una amputación. Por otra parte, ello obliga al colectivo masculino a demostrar constantemente lo alejados que se encuentran sus integrantes del mundo femenino, sumiéndoles a la vez en el sufrimiento de mantener a lo largo de sus vidas un inconsciente anhelo de recomponer esa fusión original con la madre. Los mecanismos a los que se recurre para recrear ese momento son la represión o la sustitución por la relación sentimental con otras mujeres, en el mejor de los casos, una lucha que lleva a Chodorow a afirmar lo siguiente: “Maleness is more conflictual and more problematic” (1989: 109). Otra implicación relacionada con la primera es la excesiva importancia que, por contraste, se le da a la figura paterna y a la necesidad de buscar referentes de los que aprender dentro del propio género. Por ejemplo, Robert Bly propone lo siguiente: “Women can change the embryo to a boy, but only men can change the boy to a man” (1990: 16). Esta insistencia hiperbólica puede derivar en nuevos traumas tanto por una abrumadora presencia, de cuya sombra es difícil escapar, como por su más que habitual significativa ausencia, y ambas suelen conducir al paradójico efecto de

vengarse en el mundo femenino y en la opresión de la mujer como único paliativo al no poder enfrentarse ni directa ni indirectamente al padre. Josep María Armengol Carrera resume el proceso de esta manera: “Children in absent-father or remote-father households often end up idealizing masculinity as superior to women and femininity” (2006: 230).

La denuncia por parte de las especialistas norteamericanas en psicoanálisis y feminismo—desde Nancy Chodorow a Carol Gilligan—del mantenimiento de esquemas patriarcales a la hora definir el carácter normativo de la masculinidad en estos procesos de desarrollo ha desenmascarado dos de los problemas básicos del acercamiento psicoanalítico a la configuración de género. Por un lado, el esencialismo con que aún en nuestros días se examina la oposición entre niños de ambos sexos y se defiende como exclusivo y suficiente el esquema de imitación o rechazo en esa fase especular para alcanzar una identidad genérica—algo muy parecido y tan dudoso como el análisis freudiano de una feminidad explicada por la envidia del pene y por sus consecuencias para las mujeres; pues en ambos casos se obtiene una única forma de identidad genérica. Por otro, aún reconociendo sus decisivas contribuciones, la insuficiencia de los trabajos psicológicos para incluir cuestiones que van más allá del reduccionismo individual en su contexto mental o familiar y que tienen que ver con asuntos sociales y políticas culturalmente construidas que deben tenerse en cuenta a la hora de explicar cómo entendemos nuestros cuerpos e identidades.

1.2.3.2. El género en la sociología

La necesidad de recordar que existen esas fuerzas externas y que se encuentran con las pulsiones inconscientes y estructuras simbólicas analizadas en una relación que no puede calificarse ni de independencia ni de causalidad, nos acerca a los aspectos sociológicos. Esta postura no pretende enfrentar binomios opuestos sino hacerlos complementarios, donde los individuos construyen su yo subjetivo marcados por las instituciones sociales en que aprenden a convivir, algo que reafirma nuestro sentimiento de autoestima mediante la interacción con los demás y la presión social. No en vano, la identidad pasa por pertenecer a una comunidad y romper así nuestro aislamiento.

Si bien ya el psicoanálisis descifró la manera en que nuestra cultura se inscribe consciente e inconscientemente en nuestra subjetividad a través de procesos iniciados y encauzados por la figura materna en un primer momento y seguidos luego por el padre y la familia, es la sociología moderna y su construccionismo social la que termina de desnaturalizar nuestro cosmos al reconocer como única verdad la imposibilidad de conocer con certeza la naturaleza de la verdad. Es más, toda verdad se convierte, según recalca Janis S. Bohan, en un consenso que cada sociedad crea, intercambia y acepta: “[W]hat we call knowledge is simply what we agree to call truth” (1997: 38). En este marco teórico nuestra identidad se perfila como un constructo con un origen múltiple y un destino que pasa siempre por lo acordado por el entorno de la colectividad, ya que premia o castiga conductas, limitando nuestra posición en términos de aceptación o rechazo social: “Our sex may be male, but our identity as men is developed through a complex process of interaction with the culture in which we both learn gender scripts appropriate to our culture and attempt to modify those scripts to make them more palatable” (Kimmel & Davis 2011: 4). El peso de todo ello sobre la identidad genérica no se puede desvincular de la posición de autores como Ben Knights, “Subjectivity [...] is socially valued and produced” (1999: 14), quien explica la vinculación con lo que nos rodea como una relación dialéctica que permite nuestra construcción dentro de la realidad de cada momento—sin por eso caer en ningún tipo de determinismo social. David Gutterman se refiere de forma sucinta a dicha posibilidad: “the social subject is constituted but not determined by cultural forces” (1994: 233).

Partiendo de esta base, que entiende la identidad social como lo que debemos y no debemos hacer y que asume que esta se aprende en contextos de socialización, nuestro organismo se interpreta en clave sociológica y biológica, donde las hormonas y la fisiología sexual desempeñan un papel secundario. Por tanto, la identidad adquiere mayoritariamente un significado de producto cultural en el que interviene la acción combinada de la naturaleza y el entorno, lo que conlleva un sistema de identidades relacionales y procesuales. Dos son las principales consecuencias: su naturaleza anti-universalista y su devenir histórico como resultado de procesos sociales, lo que produce sujetos condicionados por los patrones por los que se rige un orden social determinado. Lejos del carácter inmutable e innato (Segal, 1990; Connell, 2005 [1995]) que se supone a las categorías de hombre y mujer, los términos concretos en que se apoyan son los

construidos y adquiridos por cada contexto cultural (Kimmel 1994: 224), y están, por tanto, limitados en el tiempo y el espacio. En relación a esto hay que decir que los cambios a lo largo de la geografía y la historia mutan las relaciones con nosotros mismos y con los otros a la hora de asumir una identidad de género, emprender las prácticas que se corresponden a tal identidad y entender los efectos de todo ello en nuestros cuerpos, mentes y sociedad.

La variabilidad del conjunto de significados creados por cada cultura para representar tanto los macroprocesos—de tipo estructural y cultural—como los microprocesos—de tipo relacional—produce un individuo, a partir de una serie de condicionantes como el género, la edad, la raza, la clase o la religión, que aprende a ser parte de un colectivo. Al primer entorno familiar le siguen las distintas instituciones, como la escuela, la iglesia o la empresa, donde nuestra identidad se perfila, transformando a unos seres nacidos con características individuales en miembros de una determinada realidad histórica y geográfica. De ahí que pueda afirmarse, con Goldner, Penn, Sheinberg y Walker, que “gender acquisition is a process of social learning rather than an expression of natural givens” (2013 [1997]: 581). Al obviar las divergencias individuales y priorizar la creación de grupos donde integrar a los distintos miembros, cada realidad cultural determina las prácticas que guían lo que se considera el comportamiento apropiado—sin que ello conlleve ningún criterio de verdad. No en vano, son estos procesos de socialización los que marcan las diferencias genéricas, que Kimmel resume de esta forma: “Men and women are different because we are taught to be different” (2007: 3).

1.2.3.3. Teoría de los roles

La posibilidad de elegir y decidir el significado que se otorga a cada una de las construcciones genéricas no solo no ha redundado en beneficio de un modelo paritario sino que ha dado lugar a una interpretación pseudocientífica que distingue un conjunto de aptitudes, actitudes, atributos y comportamientos como propios de uno de los géneros y, por consiguiente, los establece como base de su función social. Se trata de la teoría de los roles, que, aún explicitándose en el siglo XX, retoma concepciones clásicas. A tal respecto cabe señalar, por ejemplo, que desde Aristóteles se asociaba la

feminidad a la materialidad, al ligar a la mujer a su función reproductora identificada con la matriz y su posibilidad de crear vida, y la masculinidad a la forma concreta que esa materia adquiere en la realidad. Desde entonces, y siguiendo con dicotomías derivadas, que sitúan lo masculino vinculado con la actividad y la agresividad y lo femenino con la pasividad y la asistencia o el cuidado, se vienen formulando los paradigmas de conductas que tradicionalmente se reproducen generación tras generación.

En 1936 Lewis Terman y Catherine Cox Miles iniciaron una investigación recogida en su *Sex and Personality* enfocada hacia la educación del individuo y que, según documenta Kimmel, asumió un destacado papel, cuyo cometido el propio Kimmel explica así: “an inventory of behaviours, attitudes, and traits that enabled parents and teachers to monitor a child’s successful acquisition of masculinity or femininity” (2007: 81-82). En referencia a este modelo de educación, Stoller sostiene que constituye la base de la teoría de los roles de los años cuarenta, “Gender role is the overt behavior one displays in society” (1994: 10), pues propone un sistema de funciones complementarias dentro de la familia y la sociedad que se estructura con poco margen de variación y que ofrece recompensas y castigos, según el comportamiento individual se aproxime a los códigos establecidos. Para Joseph Pleck, ello redundaría en el refuerzo mutuo de la identidad genérica individual y la categoría social, un proceso al que atribuye las siguientes consecuencias: “Reinforcement is the most intuitively obvious of the hypotheses accounting for the development of sex-typed characteristics” (1981: 58).

Nuestra posición en relación a los demás y la evaluación resultante están integradas por normas que someten la acción individual a los estrechos márgenes determinados por la colectividad, prescribiendo y proscribiendo lo que los individuos deben o no hacer y sentir. Apoya esta postura Reinisch, quien afirma: “A person’s enactment of gender role includes everything he or she says or does which suggests to others that he or she is a male or a female. This includes the outward expression of what society expects as maleness or femaleness of clothing, hair styles, interests, careers, and so forth” (1991: 242). Sin embargo, como estableciera Joseph Pleck, pionero en los Estudios de masculinidad, a pesar o precisamente por ser un producto cultural, la contribución de los roles a la identidad es innegable, “the individual is programmed to

learn a traditional sex role as part of normal psychological development” (1981: 4). Sea como fuere, según el mismo autor, uno de los problemas del actual modelo de roles es que se aplica tanto al significado común de la concepción genérica como a las normas que dictan su forma ideal de manera atemporal.

En efecto, con independencia de su supuesto carácter cambiante, reflejo de cada periodo, en el caso del modelo contemporáneo de los Estados Unidos se sigue con el formato que adquirió en un momento histórico concreto, “The MSRI paradigm can be interpreted as the product of the interaction between late 19th and 20th century social concerns about masculinity in the United States and an early, immature stage of psychoanalytic thought” (Pleck 1981: 158). Probablemente la consecuencia más negativa de esa herencia histórica sea la separación total entre el significado social de ser hombre o mujer, como atestiguará Alexis de Tocqueville, “In no country has such constant care been taken as in America to trace two clearly distinct lines of action for the two sexes, and to make them keep pace with the other, but in two pathways which are always different” (1840: 225). Si ya entonces sorprendía tal diferencia, una vez que los condicionamientos históricos han evolucionado y ya no son obligados por normas sociales o legales Nungesser no entiende que siga existiendo la necesidad de conservar roles tradicionales: “In American society, sex roles are among the most important standards of behaviour” (1979: 24).

Dada la contradicción inherente al empeño por conciliar, por un lado, la variación diacrónica adaptada a las coordenadas espacio-temporales que, con su constante redefinición y renegociación a través de la socialización, convertiría al género en un modelo de cambio, y por otro, el empecinamiento por mantener un patrón a lo largo de un periodo tan rico en transformaciones, la teoría americana de los roles demuestra sus limitaciones; y eso a pesar de haber sido utilizada en una gran variedad de manuales de auto-ayuda que instrúan a los padres sobre cómo hacer que sus hijos/as crecieran como hombres o mujeres saludables. Debe, por tanto, quedar claro que, si bien conformar la identidad genérica significa asumir los varios modos de ser hombre o mujer, la pretensión de conservar los roles tradicionales con la excusa de ser la mejor estrategia para el desarrollo psicológico en respuesta a universales de una esencia transhistórica se ha cuestionado por parte de la crítica feminista. Sus representantes han denunciado tales prácticas porque fomentan ideales que, bajo su aparente utilidad social,

solo preservan la posición de grupos favorecidos y legitiman la falta de igualdad junto con comportamientos abusivos que promueven la invisibilidad de las diferencias e injusticias. En la medida en que toda regulación social tiene un carácter antinatural *per se*, anunciado ya germinalmente por las dudas que Kafka transmitía sobre nuestra convivencia, “Nuestras leyes no son conocidas por todos, son un secreto reservado al reducido grupo de nobles que nos domina [...]. Pudiera ser que estas leyes que intentamos adivinar, ni siquiera existan” (en Argullos 1990: 363), es entendible que esta sea la principal responsable de imponer las normas que rigen las relaciones entre los géneros y de mantener los privilegios para quienes se benefician de ellos.

El proceso que se inicia concibiendo como paradigmas de conducta aquellas actitudes que hacen corresponder tradicionalmente la masculinidad a todo lo relacionado con la racionalidad y el control, y la feminidad con la intuición, la emoción y la irracionalidad, continúa por el predominio masculino de la tecnología, la agresión, la competitividad, mientras que la feminidad se asocia a la empatía, la sociabilidad y la pasividad; y termina por implicar la autoridad y dominio masculinos sobre la subordinación de lo femenino, para lo que Horowitz y Kaufman tienen problemas a la hora de encontrar una justificación: “The split between activity and passivity, so fundamental to our appreciation of masculinity and femininity, is a creation of culture and society out of the undifferentiated unity of human being” (1987: 88). Pleck subraya que nuestro empeño en fomentar las diferencias a lo largo de la educación puede dar lugar a los siguientes comportamientos: “as encouraging aggression in boys but not girls [...] parents talking less to male than female infants [...] in the chores parents assign or the expectations they hold” (1981: 58). Y esa actitud refuerza la concepción de un sistema donde la masculinidad atraviesa de forma transversal la sociedad y establece, según jerarquía, una aristocracia que organiza el mundo en torno a la oposición entre, según lo expresa Segal, “the symbolic equation of ‘masculinity’ with power, and ‘femininity’ with powerlessness” (2006: 273).

1.3. Masculinidad e ideología

El feminismo, en especial su segunda generación, ha denunciado el reparto de poder que la teoría de los roles encubre. De ahí que, todo intento por justificarlo argumentando pruebas biológicas o de otras ciencias, incida—tal y como sentencia Judith Butler—en debates que tienen más que ver con cuestiones sociales y morales, “It becomes impossible to separate out ‘gender’ from the political and cultural intersections in which it is invariably produced and maintained” (1990: 3). Habría, en consecuencia, que buscar la respuesta más acertada a la pregunta inicial formulada por Pierre Bourdieu, que representa la auténtica base de su breve pero imprescindible obra, “il faut alors se demander quels sont les mécanismes *historiques* qui sont responsables de la *déhistoricisation* et de l’*éternisation relatives* des structures de la division sexuelle” (1998: 8). Tal objetivo requiere adentrarse en un camino que evite los extremos: ni las posiciones más conservadoras, ya mencionadas, ni las más avanzadas, que abogan por la deconstrucción de cualquier certidumbre siguiendo los parámetros de la postmodernidad, pueden negar nuestra identidad, si bien tampoco es posible creer en su existencia desvinculándola de los presupuestos de las doctrinas imperantes.

Es por ello que, sobre la definición de Josep María Armengol de la naturaleza genérica, “socially constructed, context-specified and culture-bound” (2006: 6), hay que analizar los motivos de la desigualdad política, económica y social entre hombres y mujeres y de los escasos cambios que se han dado, a pesar de las posibilidades dialécticas que existen entre individuos y colectividad. A tal respecto, es necesario una aproximación no solo interdisciplinar, que aúne todos aquellos aspectos concretos explicados por los modelos biológicos, psicológicos, sociológicos o antropológicos que históricamente se han utilizado, sino, sobre todo, crítico, con el fin de acabar con lo asumido como inamovible por imperativo.

El rechazo de los criterios biológicos o antropológicos que defienden la universalidad de las identidades genéricas ya se demostró en la obra de Margaret Mead *Sex and Temperament in Three Primitive Societies* (1935), y a partir de entonces queda claro el verdadero origen de las relaciones jerárquicas, “The gender order is not and never has been immanent in biology. Rather it represents a particular historical response to human reproductive biology” (Connell 1987: 286). Como tal lo estudia, entre otros,

Connell, para quien es fundamental una teoría de prácticas que contextualice las acciones dentro de la dinámica estructural de grupos sociales en ciertos momentos. Se puede así comprender mejor cómo se inicia el vínculo de la identidad de género con los otros ejes de poder; es decir, clase, raza, sexualidad o edad, lo que constituye el sistema ideológico que determina las implicaciones de las identidades genéricas y sustenta las diferencias sociales que reflejan las condiciones materiales de vida y sirven de representaciones colectivas, “gender becomes a political concept with the potential to account for power in the exchanges between individuals and allow for political analysis and action” (Rondo 1994: 51).

Analizar el género desde esta perspectiva puede verse como una de las consecuencias del acercamiento de la Escuela de Frankfurt a la realidad como sistema en términos ideológicos. En otras palabras, supone entenderlo desde lo que para Habermas implica, “a form of communication systematically distorted by power—a discourse which has become a medium of domination, and which serves to legitimate relations of organized force” (Eagleton 1991: 128). Sea la división del trabajo, sea el prestigio social o una cuestión de estatus el hecho es que el género—siempre en relación con otros parámetros—se erige en eje de poder en torno al cual la economía, política y cultura establecen un sistema jerarquizado que se traduce en el desigual ejercicio de autoridad, su naturaleza ideológica, “Ideology has to do with legitimating the power of a dominant social group or class” (Eagleton 1991: 5). El grado en que la diferenciación se plasme en materia económica o social no puede para Butler ocultar la auténtica naturaleza del discurso genérico normativo: “Gender is a system of power and not just a set of stereotypes or observable differences between women and men” (1990: 3).

Foucault, en obras que van desde *Le mots et les choses* (1966) a *The History of Sexuality* (1976), estudió las múltiples maneras en que el poder se configura en nuestras sociedades a través de una red de significados difícil de detectar, y aún más de desenmarañar:

[...] power must be understood in the first instance as the multiplicity of force relations immanent in the sphere in which they operate and which constitute their own organization; as the process which, through ceaseless struggles and confrontations, transforms, strengthens, or reverses them; as the support which these force relations find in one another, thus forming a chain or a system, or on the contrary, the disjunctions and contradictions which isolate them from one another; and lastly, as the strategies in which they take effect, whose general design or institutional crystallization is

embodied in the state apparatus, in the formulation of the law, in the various social hegemonies (Foucault 1990 [1976]: 92-93).

Desde la descripción de los niveles a los que el poder actúa y la imbricación en la constitución de los propios elementos con que está en contacto, se percibe además su significado principal: el de definir la realidad como máximo ejercicio de poder. De forma más específica, se trata de fijar el vínculo que lo identifica con el conocimiento y la necesidad humana de usar esa serie de datos para la ordenación y el control de nuestro mundo gracias a su definición y clasificación, “It provides the language and meanings whereby the members of that group can interpret and construct reality” (Collin 2001: 56). Con ello se facilitan los medios y los modos de expresión para que actúe como un ideal coercitivo, cuya misión última es preservar el orden establecido desde su desigual reparto.

Con ese mismo objetivo, la unión del poder con el discurso científico conforma un paradigma que para Michel Foucault (1976) optimiza su ejercicio, al asociarse con las características de su imparcialidad, su neutralidad y su universalidad y ganar en consecuencia una autoritaria naturalidad. Lo más peligroso del binomio entre ciencia y poder es precisamente la forma en que el conocimiento se puede ver sometido a las presiones de la autoridad, de manera consciente e inconsciente. En *The History of Sexuality*, la diferenciación sexual se postula como resultado del discurso dominante de heterosexualidad, cuestionando así su necesidad, al igual que harán los estudios de Adrienne Rich (1980) o Monique Wittig (1981). Lejos de responder a una configuración aséptica, se considera que el epítome de la intervención del discurso es substancializar el cuerpo humano y convertirlo en masculino o femenino con sus otras “lógicas” implicaciones. Judith Butler, continuando con la idea foucaultiana del cuerpo en tanto que discurso investido de una sexualidad “natural”, propone adoptar el concepto nietzscheano de “*metaphysics of substance*” para explicar que, “the body is not only ‘gendered’ but also ‘sexed’” (1990: 20). Asumir la morfología corporal como consecuencia y no causa principal de la construcción social y acabar con este reducto natural rompe las barreras y los puentes unidireccionales entre sexo y género, y, al no ser este último el correlato cultural o jurídico del sexo, también entre naturaleza y cultura, “gender must also designate the very apparatus of production whereby the sexes themselves are established” (Butler 1990: 7). Con ello se pone en duda no solo la

naturalidad del sexo y su carácter neutral prediscursivo, transformándolo, como había argumentado Foucault, en un efecto del poder y no en su causa, sino que, además, se explicita su desaparición: “there is no sex, only gender” (Butler 1990: 6-7).

Todo lo contrario pretenden los posicionamientos esencialistas, que niegan la posibilidad de introducir la acción y el devenir históricos en la interacción entre los sexos. A este respecto, hay que decir que al anular el factor temporal, se esfuerzan por instituir un sistema natural y, por ende, eterno de valores sociales, económicos y éticos. Wetherell nos recuerda que las prácticas discursivas, unidas a las formas más tradicionales de poder, utilizan esta estrategia para imponer una realidad atemporal que no es más que el fruto del esfuerzo constante por parte de la sociedad a través de instituciones tales como la familia, la escuela, la iglesia o el estado por sacralizar el *statu quo*, “Femininity and masculinity are ideological practices all the more effective because they appear as natural and inevitable results of biology or experience” (1997: 149). Por tanto, el sistema de géneros, señala David Savran, se transforma en algo más próximo al orden mental que al corporal, “It is based not on an allegedly universal sexual dimorphism but on fantasy” (1998: 8), produciéndose una relación tan caprichosa entre el objeto y su categorización como la que se da en la definición genérica gramatical del léxico en las lenguas. Además, esta conexión entre la construcción genérica y el lenguaje va mucho más allá, puesto que la sistematización de un principio arbitrario que termina por atribuir propiedades individuales a cada uno de sus miembros otorga la coherencia necesaria y reafirma el carácter prescriptivo y normativo del efecto ideológico.

La serie de expresiones e ideas que conforman los signos lingüísticos y no lingüísticos que establecen la división de comportamientos, sentimientos, experiencias y valores entre lo masculino y lo femenino es el discurso que da aliento a la imagen de una realidad como sistema dual de categorías opuestas y autoexcluyentes, siendo esto a su vez lo que conduce a un patrón de ficción dominante o realidad ideológica. Las subjetividades derivadas están basadas en soportes ideológicos y en una noción de poder que excede los términos tradicionales que los asociaban única y exclusivamente con las leyes y las instituciones a través de la fuerza y la intimidación. Desde esta multiplicidad de formas y aplicaciones, la ideología—literalmente “teoría de las ideas”—se presenta más compleja que el conjunto de creencias que desde la Ilustración

sustenta en términos políticos el predominio de una minoría de forma autoconsciente y asegura su permanencia en el poder de manera ya analizada por Hobbes o Spinoza. Con el paso del tiempo, el concepto de ideología ha evolucionado y así lo reconoce Terry Eagleton, para quien, “It is with Gramsci that the crucial transition is effected from ideology as ‘system of ideas’ to ideology as lived, habitual social practice” (1991: 115).

Desde el punto de vista sociológico, la ideología dominante justifica las acciones por ser fruto de las relaciones entre el individuo y el poder. Se trata de una concepción marxista del modelo social burgués consolidado gracias a su legitimación interna, cuyo mantenimiento evita discrepancias y acaba con las alternativas para no modificar su carácter coyuntural. Es este el momento en que se debería empezar a hablar del final de las ideologías, ya que, por un lado, se une en su sentido menos riguroso al conjunto de ideales trasnochados por su rigidez, como en el caso de la ideología comunista, y, por tanto, no se contemplan como posibilidad real; y, por otro, los nuevos mecanismos y formas en que los discursos circulan y se imponen crean una opacidad estructural que impide detectarlos y restringirlos, por lo que se presupone su inexistencia.

Con la intención de vislumbrar su importancia, y a pesar de que para Eagleton sea una misión imposible, “Nobody has yet come up with a single adequate definition of ideology” (1991: 1), se incluyen aquí los principales significados, que él mismo se atreve a resumir, desde los más tradicionales a los más novedosos:

The general material process of production of ideas, beliefs and values in social life [...] ideas and beliefs (whether true or false) which symbolize the conditions and life experiences of a specific, socially significant group or class [...] the production of certain useful effects for political purposes [...] the activities of a dominant social power [...] ideas and beliefs which help to legitimate the interests of a ruling group of class specifically by distortion and dissimulation [...] beliefs as arising not from the interests of a dominant class but from the material structure of society as a whole (1991: 29-30).

El vínculo entre ideología y realidad, reforzado por el significado del poder, se ha estrechado tanto que la definición de Foucault para esta última, “it is the name that one attributes to a complex strategical situation in a particular society” (1978: 93), es difícil de diferenciar de la visión de Althusser para la primera, “Ideology represents the imaginary relationship of individuals to their real conditions of existence” (2009 [1970]: 100). En efecto, ambas ofrecen un sistema de representación con el fin de conciliar la experiencia subjetiva con las formas de conocimiento más objetivas.

Desde entonces la ideología adquiere una dimensión que afecta la conducta individual, y no solo el sistema de ideas teóricas que Jean-Georges Cabanis, Destutt de Tracy y sus contemporáneos estudiaron desde el punto de vista social. Por lo que respecta a Eagleton, este analiza tal estructura en sus dos niveles. Por un lado, “Viewed psychologically, it is less a system of articulated doctrines than a set of images, symbols and occasionally concepts which we ‘live’ at an unconscious level” (Eagleton 1991: 148-149). De acuerdo con esta visión, los diferentes elementos que contribuyen a crear una identidad personal coherente hacen que individuo e ideología sean inseparables, algo que ya Althusser había especificado: “the category of the subject is constitutive of all ideology, but at the same time [...] the category of the subject is only constitutive of all ideology insofar as all ideology has the function (which defines it) of ‘constituting’ concrete individuals as subjects” (2009 [1970]: 104). Eagleton incide en que, junto a este aspecto individual, existe otro nivel, el colectivo, “Viewed sociologically, it consists in a range of material practices or rituals (voting, saluting, genflecting and so on) which are always embedded in material institutions” (1991: 149), lo que hace que nuestra identidad pase también por la experiencia de relacionarnos con los demás y con las estructuras que constituyen el entorno social que habitamos.

La relevancia de todos estos factores a la hora de conformar la identidad, “Power, ideology, sign systems, differences and discourse are the spaces where subjectivities are produced and determined” (Middleton 1992: 117), define un ser humano donde la dicotomía entre lo individual y lo colectivo se transforma, combinando su paradójico carácter innato, “man is an ideological animal by nature” (Althusser 2009 [1970]: 104), con su concreción y actualización dependiendo de variables sociales. Nuestra constitución ideológica, al igual que nuestro sistema de género, depende de la relación que se establece entre lo psicológico y lo social, un vínculo que, según nos recuerda Kaja Silverman, es mucho más estrecho de lo que en principio se podía sospechar: “Ideology is sustained through the maintenance of collective belief [...]. In order for ideology to command belief, then, it must extend itself into the deepest reaches of the subject’s identity and unconscious desire” (1992: 16).

El difícil equilibrio entre el nivel sociológico y la profundidad psicológica se mantiene y protege a través de los aparatos del estado: tanto los represivos, constituidos

por órganos, cuerpos e instituciones así como por medios de poder y de regulación sobre el individuo, al que se le constriñe e impone la fuerza de la ley, como los ideológicos, entre los que destaca la familia, la legislación, la religión, el sistema educativo, los partidos políticos, los sindicatos, los medios de comunicación y los aparatos culturales, donde se incluyen las artes y los deportes, entre otros. Ambos tipos, subraya Althusser, comparten la función principal del control del poder a través de la ideología y la represión, si bien los ideológicos se diferencian por su complejidad, “multiple, distinct, ‘relatively autonomous’ and capable of providing an objective field to contradictions” (2009 [1970]: 94), y su sutil y engañoso carácter privado, que aparentemente individualiza, aún cuando ambos persiguen un mismo objetivo conservador y tradicional, “sympathetic to the aims of the state and the political status quo” (Althusser 2009 [1970]: 95).

Desde el marxismo se insiste en que la relación existente entre estos dos represores permite a la clase preponderante manejar los medios de producción y a la vez establecer la ideología que legitima su dominio, pues actúan conjunta e indivisiblemente, entremezclándose en una causalidad temporal, “the State apparatus secures by repression [...] the political conditions for the action of the Ideological State Apparatuses” (Althusser 2009 [1970]: 95). La imposibilidad de una sociedad sin un orden ideológico como parte integrante de su misma realidad descarta la ideología como una construcción ajena, y la dota de un componente discursivo, a partir del cual lenguaje y realidad social crean un nuevo instrumento para la dominación. Conviene señalar que su articulación mantiene semejanzas con las vías tradicionales de poder y añade, además, otros elementos, incluida la mencionada ritualización. De esta manera se implica al individuo en procesos de interiorización de la autoridad bajo muestras de respeto y amor hacia ideales como la patria y sus símbolos, bandera e himno. La aceptación de estos supone el control de opinión, base de todo gobierno para Hume, y, por tanto, marginar o negar discursos por subjetivos y nocivos, o, aún más peligroso, traidores y antipatrióticos, en una moderna versión de excomunión que condena de forma temporal o definitiva a la inexistencia, por encarcelación, o al silencio a aquellos que se nieguen a ser tratados como objetos y reivindiquen su naturaleza de sujetos. Señalaremos, por último, que se consigue así que la presencia e incidencia de ideas contrarias a la ideología prevalente sea mínima y se instituye un discurso dominante que

uniformiza el pensamiento y contribuye al conocido final de las ideologías, de acuerdo a una de las definiciones de poder que da Foucault: “Power is anything that tends to render immobile and untouchable those things that are offered to us as real, as true, as good” (1988 [1980]: 1).

Este conservadurismo político y social atestigua la falta de pluralismo y la tendencia al pensamiento único, acentuando el poder de su ubicuidad al impedir que toda expresión, acción o comportamiento que se pueda decir, hacer o tener esté libre de carga ideológica; de ahí que Eagleton concretice el concepto de ideología en torno al uso real del lenguaje en una comunicación particular entre sujetos específicos que tiene un efecto determinado: “Ideology is [...] a question of who is saying what to whom for what purposes” (1991: 9). En la misma línea de identificar la ideología con su función lingüística comunicativa en un contexto social, Göran Therborn considera imposible sustraerse a la potencia con que se introduce en todos y cada uno de los rincones de nuestras vidas: “Ideological interpellations are made all the time, everywhere and by everybody” (1985: 85). La materialidad y cotidianidad de la ideología son claves para entender su relevancia en nuestro día a día; pues, además de homogeneizar nuestros actos, la convierten en el vehículo que une a los individuos con sus condiciones de vida a través de una rutina social y unos ritos definidos por los aparatos ideológicos. Eagleton recalca su importancia: “Discourses, sign-systems and signifying practices of all kinds, from film and television to fiction and the languages of natural science, produce effects, shape forms of consciousness and unconsciousness, which are closely related to the maintenance or transformation of our existing systems of power. They are thus closely related to what it means to be a person” (2011 [1983]: 183).

La función principal de la ideología, que está detrás no solo de nuestra realidad sino también de los impulsos y anhelos con los que la construimos, consiste en dotar de un significado social a nuestra forma de vida. A la hora de analizar su papel en la realidad, Slavoj Žižek retoma en *The Sublime Object of Ideology* la definición lacaniana de realidad: “‘Reality’ is a fantasy-construction which enables us to mask the Real of our desire” (1989: 45). Esa concepción la aplica a la ideología, “Ideology is a fantasy-construction which serves as a support for our ‘reality’ itself” (1989: 45), con la intención de que la relación entre ambas se materialize de manera sorprendentemente novedosa al estar conectadas: “Ideological fantasy structures reality itself” (1989: 44)—

a pesar de su aparente oposición. El resultado es característico de la concepción de la ideología como realidad misma e implica su existencia y esencia basadas en la ignorancia y la inconsciencia de los individuos, lo que para Žižek nos reconduce a la definición más simple de ideología, la que Marx escribió en *Das Kapital*: “Sie wissen das nicht, aber sie tun es” [“Ellos no lo saben, pero lo están haciendo”] (1989: 28).

El valor de que exista, subraya Žižek, no viene dado por el deseo de escapar de la insoportable realidad, aunque sí ayuda a suavizar sus contenidos, transformándola en la herramienta necesaria para sobrevivir en un entorno social que comparte la paradójica acepción lacaniana de lo Real, “an entity which, although it does not exist (in the sense of ‘really existing’, taking place in reality), has a series of properties—it exercises a certain structural causality, it can produce a series of effects in the symbolic reality of subjects” (1989: 163). De entre sus efectos reales—prueba concluyente de la naturaleza de la ideología—el principal es su optimización, al superar las barreras entre imaginación y realidad para llegar incluso a conformar las fantasías que regulan el contexto en el que interactúan los sujetos. La combinación de hechos reales y simbólicos como estrategia ideológica subraya el proceso de transformación de lo que empieza siendo arbitrario, subjetivo y minoritario y acaba convirtiéndose en algo aceptado como lógico, objetivo y mayoritario; es decir, en la forma, según Žižek, de ideología exitosa: “An ideology is really ‘holding us’ only when we do not feel any opposition between it and reality” (1989: 49). La superación de este tipo de contradicciones—a través de términos medios, pseudosoluciones y otros mecanismos impuestos—destierra los criterios ontológicos y epistemológicos que distinguen entre lo existente y lo inexistente, entre lo verdadero y lo falso y entre lo individual y lo general. Es significativo en ese sentido que de esta manera se crean espacios para lo polivalente, lo fluido y lo contradictorio de un éxito ideológico que pasa por ser capaz de cambiar a su favor los argumentos supuestamente en su contra, al mismo tiempo que afianza la imposibilidad de autorreflexividad en tanto en cuanto impide, en palabras de Eagleton, actuar en un contexto ideológico y a la vez poder reconocerlo como tal: “Ideologies are discourses unable to curve back critically upon themselves” (1991: 60).

Retomando el concepto de interpelación de Althusser, según el cual la perpetuación de un sistema basado en la concentración de poder y riqueza en manos de unos pocos es solo posible gracias al engaño colectivo, es prioritario transmitir

sensación de libertad a los sujetos. Aun cuando la pertenencia de estos a una comunidad impone unos rigurosos condicionamientos que reducen el espectro de decisiones posibles, lo paradójico es que el poder se considere algo personal y fortalezca la sensación de triunfo individual, como ya denunciaba Althusser: “Thus, each of us feels that we are freely choosing what is in fact being imposed upon us” (2009 [1970]: 95). Gayatri C. Spivak va un paso más allá al poner el acento en que las estrategias ideológicas no necesitan recurrir a la violencia física como arma fundamental y en su carácter omnipresente: “One cannot choose to step out of ideology” (1988: 120). Dicha imposibilidad viene dada por el hecho de que, según lo establecido por Foucault, “Power is everywhere” (1990 [1976]: 93). Eso sí, hemos de señalar que la validez de la ecuación está sujeta a que la jerarquía entre quien lo ejerce y quien lo sufre reconozca la capacidad de uno para imponer su voluntad sobre el otro sin dañar el discurso de una visión única de la realidad, del que todos participan de forma activa.

Tratándose de la parte fundamental del sistema que teje las relaciones entre géneros y entre personas dentro de un mismo género, así como las del individuo con su propia identidad, los elementos cognitivos, conductuales y afectivos de nuestra identidad genérica se conforman de manera tal que no se reconocen conscientemente—un rasgo que, a juicio de Eagleton, comparte con otras construcciones ideológicas: “Ideology, like halitosis, is [...] what the other person has” (1991: 2). La contribución de la identidad genérica a la concepción de la realidad y su determinante función legitimadora de la misma la identifican con la ideología; máxime cuando la acercan a otras formas de interpretación del entorno de carácter ilusorio, como la religión, señalada por Freud al identificar su forma de representación inconsciente de la verdad, y, sobre todo, la vinculan a la acepción de poder de Foucault ya analizada. Esta visión relacional del poder, donde texto y contexto son imposibles de distinguir, impide la división entre individuos en tanto que sujetos y objetos, puesto que el propio poder produce las diferencias definidas por los roles familiares, sociales y culturales que nos influyen y constituyen individualmente. La dificultad para reconocer lo personal dentro de lo colectivo y la imposibilidad de separar nuestras biografías de la historia o nuestra psicología de la política, según el eslogan feminista, “The personal is political” (Hanisch 1970: 76), es la base de la masculinidad ideológica y lo que, según defiende Kaufman, le da su existencia, más allá de los argumentos físicos: “It [masculinity] exists

as ideology” (1987: 13). Weeks, por su parte, añade que otro de los rasgos que comparte con la concepción foucaultiana de poder es la múltiple concurrencia de factores interconectados: “‘masculinity’ [...] is at the same time a place in gender relations (that is defined by its placing in relation to the parallel shaping of femininity), the practices through which men and women place themselves in relation to gender, and the effects of these practices in bodily experiences, personality and culture” (1991: 111).

Debería quedar claro, por lo tanto, que la definición puramente descriptiva de cualquier diccionario, en su acepción de lo propio o exclusivo del sexo masculino y sus cualidades, no es suficiente para desentrañar el contenido último del concepto. La amalgama de significados y, sobre todo, el análisis de sus connotaciones ha dado diferentes aproximaciones, desde la muy completa de Steven Cohan, aunando distintos aspectos bajo la construcción de género, “linked gender (manhood) and male psychology (maturity) to a heterosexual goal (mating) and economic obligation (breadwinning) functioned to secure the cultural hegemony of the professional-managerial class” (1997: 35), a otras que, casi desde los mismos elementos, son más críticas, pero no por ello menos claras o acertadas. Entre estas se encuentra la ofrecida por Germaine Greer, que lee así: “To be male is to be a kind of idiot savant, full of queer obsessions about fetishistic activities and fantasy goals, single-minded in pursuit of arbitrary objectives, doomed to competition and injustice, not merely towards females but towards children, animals and other men” (1999: 181). En ambas, al igual que en otras muchas, se comprueba el carácter poliédrico de la interacción de categorías que afectan no solo al hombre en su individualidad—mezcla de factores emocionales e intelectuales—sino al conjunto de la sociedad y sus instituciones, cuyo resultado, es, en opinión de Berger, Vallis y Watson, imposible de separar: “Masculinity should be seen as always ambivalent, always complicated, always dependent of the exigencies of personal and institutional power” (1995: 3). Kaufman es contundente a la hora de explicitar el objetivo de dicha imposibilidad, que, a su modo de ver, busca crear un sistema de relaciones asimétricas desde el que llegar a la simpleza de la equivalencia: “Masculinity is power” (1987: 13).

En este ejemplo de simbiosis, y no obstante su característica vinculación al contexto, la masculinidad, asevera Connell, “is in itself a culture bound concept that makes little sense outside Euro/American culture” (1993: 605). Su permanencia e

inmovilidad, de un lado, y su autogeneración y repetición a través del reconocimiento social, de otro, forjan un consenso que forma parte de la configuración del individuo y no hace sino complicar un constructo multidimensional, interseccional y multiforme. Más allá de una declaración de principios, su fuerza se reafirma al conseguir que la mayoría interiorice y comparta las expectativas sociales de una servidumbre que, como se ha visto, no es del todo voluntaria ni consciente. En su dimensión socioeconómica, desde el acercamiento construccionista más colectivo que individual, la identidad genérica constituye un ideal coercitivo cuya misión fundamental es proteger la realidad desde una perspectiva masculina sesgada. La creencia en la esencia natural de las identidades genéricas es un acto de fe, puesto que se trata de una categoría de carácter artificial construida socialmente en un interesado ejercicio de voluntad que busca, afirma Stoltenberg, mantener un orden: “the social system of rigid dichotomization by gender through which people born with penises maintain power in the culture over and against the sex caste of people who were born without penises” (2005 [1989]: 41). En definitiva, el modelo binario impide que el individuo, al margen de en cuál de los dos grupos se inscriba, llegue a la máxima expresión de sus capacidades.

Y es de esta manera como la dominación masculina sigue abusando de su incuestionada vigencia: al no tener ni que justificarse, es la piedra angular del patriarcado, perpetuando injusticias y causando—por medio de la intransigencia y la violencia necesarias para defender tal modelo—conflictos. A tal respecto, hay que decir que contribuye a la confianza ciega y asegura una pasiva sumisión a las instituciones que propugnan valores que apuntalan la unidad familiar y la estructura laboral. Excluye, además, la posibilidad de modificación significativa alguna, cimentando así la base de un sistema que Michael Kaufman considera fácil de identificar: “In a world dominated by men the world of men is, by definition, a world of power” (1999: 75).

1.4. Masculinidad hegemónica

La concepción del género como causa de poder hasta completar un sistema de jerarquías apuntala un orden social donde el individuo se subordina a un conjunto de normas institucionales y donde el concepto, según apunta Wittig, deviene, en

consecuencia, en una ideología de opresión: “the linguistic index of the political opposition between the sexes and of the domination of women” (1986: 64). Con el fin de entender cómo se forja tal dominación a través de la desigualdad propiciada por el patriarcado, es necesario abordar el estudio de la ideología dominante y su uso de la noción de hegemonía. Si, en palabras de Michael Schwalbe, “Ideologies are belief systems that justify inequality, make it appear natural and immutable, keep people from seeing how they’re exploited, or make the interests of a dominant group appear to be the interests of all” (1996: 213-214), la razón de ser de tal ecuación se debe principalmente al dominio del discurso hegemónico.

El análisis de la manera en que la consolidación de esta fuerza represiva ha contribuido a mantener la división social se viene dando desde Marx hasta nuestros días; es más, a finales del siglo XX llega a imponer su ley bajo el paraguas del conservador pensamiento único que acaba con la coexistencia de la multiplicidad de discursos, afectándose y contaminándose recíprocamente. Domina nuestro día a día gracias al control de la comunicación verbal, las estructuras institucionales y las expresiones culturales, cuyo sometimiento a unos comunes valores, códigos y convenciones rigen el pensamiento, el habla y el comportamiento. Su transformación en axiomas que conforman la base tanto de la parte consciente e inconsciente de la identidad personal como de la proyección social desde la que nos relacionamos con el mundo constituye la norma que produce y es producida por la sociedad.

De los años setenta en adelante, diversas aproximaciones críticas, entre las que se incluyen los estudios estructuralistas y las prácticas discursivas, se han acercado a la idea de hegemonía que había desarrollado Antonio Gramsci (1891-1934) en toda su amplitud, desde la estructura económica y la organización política hasta el modo de pensar y conocer. Para el italiano, es la ideología la que tiene la capacidad de unificar y de mantener unida la heterogénea y contradictoria realidad y el concepto de hegemonía sirve para atestiguar su utilidad en la medida en que impide el estallido del conflicto entre fuerzas con intereses dispares dentro del bloque social. Parece conveniente apuntar aquí que en su interpretación no existe una diferencia clara entre el poder—como la fuerza externa de normas que aseguran el control político a través de la violencia—y la internalización de su significado, definido por Raymond Williams así: “the whole lived social process as practically organized by specific and dominant meanings, values and

beliefs of a kind which can be abstracted as a ‘world-view’ or ‘class outlook’” (1977: 101). A diferencia de Althusser, que concebía por separado las estructuras represivas y las ideológicas, Gramsci las entiende de manera más interrelacionada, algo que se mantuvo en Foucault.

La hegemonización gramsciana es un principio organizador que, como toda escala de valores, sostiene el orden establecido y los intereses económicos, políticos y sociales de las clases dominantes. Los aspectos más interesantes de su tesis se pueden resumir en que inciden, por un lado, en la capacidad del sistema para transformar estratégicamente lo que son privilegios de una minoría en supuestos beneficios comunitarios, y, por otro, en la sutileza de los medios con los que penetra en nuestras vidas. Por lo que respecta a la primera, bajo su aspecto de racionalidad y ciencia, que tanto ayuda a infundir la sensación de necesidad y obligación, la estructuración de una construcción ideológica explícita, en opinión de Collin, la justificación de una minoría, “Ideology purports to explain reality objectively, but within a pluralist society it actually represents and legitimates the interests of members of a subgroup” (2001: 54). La obtención del reconocimiento por parte del resto de la colectividad redundaba en que esa élite se erija en cúpula de poder, lo que no tiene por qué corresponder en exclusiva con una clase social. Ya C. Wright Mills en *The Power Elite* (1956) separó la división tradicional en clases sociales de la más contemporánea idea de unidad de poder por cuanto hay intereses comunes por encima del nivel de ingresos o de cualquier otro criterio seguido para instituir las diferencias de clase. La cúpula—personas y colectivos con influencia—se asocia para formar una unidad de poder que controle la sociedad y preserve el *statu quo*. Sin embargo, el inmovilismo no puede darse ni de manera monolítica ni violenta y, por ello, es labor de todos los activos de la élite, desde los grupos de presión y los movimientos sociales a los partidos políticos, el buscar las fórmulas para extender su liderazgo entre el mayor número posible de adeptos que internalicen y acepten el estado de las cosas, aunque sea precisamente lo que les impide acceder a una mejor vida.

La consecución de tal objetivo pasa, más que por la negación al cambio, por la adaptación progresiva, una estrategia que evita la necesidad de permanecer alerta ante fuerzas externas. Si bien la base ideológica preconiza una acción colectiva e invoca una unanimidad que invita a identificarse con un nosotros, la defensa del interés propio crea

el rechazo de lo ajeno; esto es, de lo “otro”. La causa común exige distinguirse de la amenaza de lo diferente, convertido en adversario, y, como tal, definido por su peligrosa perversidad. La oposición entre nuestra normalidad y su anormalidad es una batalla constante y la clave de la victoria está en la división y fragmentación del otro para que no represente un gran enemigo y en la lenta dialéctica de asimilación de algunos de sus más cercanos presupuestos. Se da entonces un cambio obligado por las circunstancias de un presente que predomina sobre las herencias del pasado y que es inevitable si se quiere mantener el orden jerárquico en el futuro. La impugnación de lo “otro” no puede ser la causa fundamental de un conflicto que ponga en riesgo el estado de bienestar; de ahí que el incesante juego de interacciones con el enemigo entrañe cierta permeabilidad de un sistema que ha de permanecer por encima de los enfrentamientos particulares entre los subgrupos que pugnan por dirigir el destino de una sociedad. La lucha por el poder implica la complejidad de una evolución que rara vez se explica por un motivo único, lo que provoca la multiplicación e interdependencia de factores que, de modo relativo y específico, van condicionando el cambio. Con su ejercicio de dominio, se marca el devenir histórico, ocupándose y preocupándose por tomar decisiones o expresar y simbolizar ideas y emociones que ofrezcan la mejor solución para unos intereses inmediatos y minoritarios. En definitiva, si la orientación de la ideología dominante es dirigir la acción histórica e influir en el comportamiento con sus propuestas para justificar la situación de un grupo que detenta el poder, es predecible que se trate de unas directrices generalmente conservadoras, y, en ocasiones, reaccionarias.

Se llega así a la forma en que Gramsci entendió que la hegemonía intervenía en nuestras vidas; el modo en que los valores, las ideas y los juicios de ese minúsculo centro de poder se describen y explican para probar con razones convincentes su propia condición y, sobre todo, para imponer su interpretación de la realidad. La estrategia presupone la capacidad de seducción y reproducción del poder, ya que la autoridad sobre los menos poderosos se ejerce más por el atractivo que el acceso a ese territorio de legítima y natural hegemonía provoca entre quienes están fuera que por la precisión con que las distinciones económicas, políticas y sociales se evidencian y cuya explícita separación provocaría una llamada a la acción para acabar con el sistema. La cuidada definición de los objetivos y la claridad con que se indican las vías así como las

facilidades para proporcionar los medios y la exactitud con que se puede seguir el proceso a través del cual se accede al poder estructuran el consenso de una mayoría con vocación de minoría; de reducido elitismo. La ideología apela a fenómenos psicosociales que tienen en la voluntad individual su mayor aliado y en los estados de ansiedad y agresividad colectivos su mejor caldo de cultivo. Y es que nuestra conducta nos puede acercar o alejar de las posiciones de poder según asumamos o cuestionemos los valores imperantes, por lo que el individuo, en sintonía con el grupo, consigue refuerzos que le premian y le animan a continuar, mientras que, en caso contrario, recibe toda clase de castigos—desde la marginación o la expulsión a la reclusión.

La tradición historicista marxista lleva al rechazo del determinismo por entender que la realidad es la construcción del sistema capitalista burgués impuesta no solo como natural sino también como máxima aspiración colectiva. La importancia de Gramsci dentro de esa escuela de pensamiento estriba en reconocer el papel primordial que la cultura desempeña en toda estructura de poder. El uso de la violencia física, laboral o económica, pese a no poder suprimirse, no es suficiente a la hora de imponer el modelo hegemónico, por lo que la utilización ideológica de la producción cultural en el análisis y defensa de las relaciones de clases ayuda, según apunta Connell, a que estas últimas adquieran autoridad y las formas de dominio queden justificadas: “‘hegemony’ means [...] a social ascendancy achieved in a play of social forces that extends beyond contests of brute power into the organization of private life and cultural processes” (1987: 184). La sincronía entre las dos prácticas coercitivas, desde el empleo del ejército y la política al de los medios de comunicación y las artes, (re)produce los valores sociales dominantes, otorgándoles su naturaleza imperecedera; aunque, como se ha señalado, siempre existe cierta permeabilidad entre opuestos: “Hegemony [...] does not mean total cultural control and obliteration of alternatives” (Connell 1987: 251). El estudio de los vínculos entre los factores ideológicos culturales y las condiciones materiales específicas de cada momento lleva a Gramsci a denunciar la forma de manipular las ideas y de distorsionar el conocimiento a favor del poder político, económico y militar de la clase dirigente, cuyo carácter efímero pasa desapercibido y se fortalece al utilizar vías tan poco convencionales. Es así como las injusticias se extienden en el tiempo, al naturalizarse y dejar de cuestionarse, asegurando, a la vez, el consentimiento social. Desde la perspectiva gramsciana, la hegemonía ideológica—como principio básico del

dominio burgués para justificar y sublimar sus imperfecciones—debe ser rechazada y combatida por las partes de la sociedad victimizadas en razón de su género, raza, etnia o cualquier otro parámetro para ofrecer formas alternativas. De forma más específica, contra la supremacía ideológica imperante, el teórico italiano propone el uso de la lucha cultural en tanto que arma para romper con la aceptación y pasividad de la internalización del mensaje dominante y mejorar las condiciones de vida.

Siguiendo la estela de pensadores como Gramsci, buena parte de la crítica feminista ha empleado el concepto de hegemonía, aplicándolo a la relación entre los dos géneros con el objetivo de demostrar la conexión existente a nivel personal y político. La aproximación supone analizar el poder basado en el control del pensamiento y decretar la supremacía de determinados constructos como verdades absolutas y naturales que configuran el universo masculino, reduciendo, tal y como señala Chodorow, cualquier forma de desviación a algo impensable por ir contra natura: “Both in everyday life and in theoretical and intellectual formulations men have come to define maleness as that which is basically human” (1989: 111). La capacidad de la dominación ideológica para marcar el inconsciente colectivo sirve para distinguir entre los dos géneros y, a la vez, es la base de la jerarquía como orden neutro entre individuos. La unión del discurso patriarcal con el racista, el homofóbico, el clasista o el nacionalista termina de crear el modelo dominante que se sitúa ofensivamente a la defensiva en procesos de diferenciación y de oposición al otro, una categoría que reúne en su entorno elementos de diversa proveniencia ligados a una idea de feminidad ampliada como paraguas que da cobijo a todo tipo de personas alejadas del poder.

Este distanciamiento, cuyo origen radica en la desconfianza, la inseguridad, el rechazo y el miedo con respecto a lo que se ubica en la posición femenina, protege el poder masculino como forma autoritaria y violenta de superioridad. Su definición por lo que excluye y su falta de respeto hacia lo divergente sitúa a la masculinidad hegemónica en estrecha conexión con esos otros esquemas clásicos de poder basados en imágenes y normas con las que aspirar al dominio a través del control de las relaciones personales y colectivas, algo que desde finales de los setenta la crítica feminista ha ido desenmascarando (Chodorow, 1978; Gilligan, 1982) para rebatir las explicaciones más tradicionales sobre las diferencias de género: “In all the social sciences, these feminist scholars have stripped these early studies of their academic facades to reveal the

unexamined ideological assumptions contained within them” (Kimmel y Aronson: 2004: xxi).

Ante tal polarización, no es casual que a partir de mediados de la década de los ochenta trabajos como *Theory and Society* (Carrigan *et al.*, 1992 [1985]) y hasta nuestros días diversos críticos (Connell, 1987 y 2005 [1995]; Harper y Harris, 2010; Laker y Davis, 2011; Kilmartin, 2007; Kimmel, 2007; Kimmel y Aronson, 2004) planteen una aproximación más cercana a la realidad desde el concepto de masculinidades múltiples. Esto supone un claro rechazo de la masculinidad única del hombre blanco heterosexual de clase media y mediana edad que se dibujaba en la teoría frente a la pluralidad de formas que, como señalan Tarrant y Katz, corresponden a las variaciones derivadas de las intersecciones de la categoría de hombre con otros parámetros: “Masculinity comes in many forms and packages and these multiple masculinities are informed, limited, and modified by race, ethnicity, class background, sexual orientation, and personal predilections” (2008: 10). Se suma, por tanto, una nueva evidencia de lo irreal que resulta hablar del modelo universal y eterno de hombre para cualquier lugar y época, ya que a la variación diacrónica y geográfica se añade la sincrónica, con variantes sociales, históricas y culturales.

Desde entonces, la falta de unidad y la variedad que identifican a la masculinidad y a la feminidad se consideran necesarias para entender la realidad de los individuos con diferentes versiones de la identidad de género. La unanimidad de los Estudios de género en aceptar la pluralidad se reafirma y progresa unos años más tarde con la contribución de Connell en *Gender and Power* (1987), quien acuñó el término “masculinidad hegemónica” para denominar la fórmula por antonomasia del poder masculino. En referencia a este patrón de masculinidad Connell asegura que no solo institucionaliza el poder del hombre sobre la mujer sino que además prioriza las prácticas que sirven para ejercer el dominio de unos hombres sobre otros: “‘Hegemonic masculinity’ is always constructed in relation to various subordinated masculinities as well as in relation to women” (1987: 183). Su acercamiento novedoso, aunque claramente derivado de Gramsci, analiza cómo la masculinidad hegemónica domina nuestras sociedades, más allá de leyes y castigos, gracias a la jerarquización que ordena a los individuos en los diferentes grupos que conforman el género, de los que solo uno se considera superior por ocupar una posición privilegiada: “the dominant cultural ideal

of masculinity, the model that enjoys power over others” (Connell en Kaufman 1993: 42). La importancia de este ideal estriba, por un lado, en los beneficios que reporta a los que logran alcanzarla y, por otro, en su perjudicial influencia sobre las otras formas de masculinidad, que sienten los efectos negativos de tratar de imitarla por considerarla la guía.

Sobre la base de la naturaleza ideológica de esta construcción cultural, “The hegemonic definition of manhood is a man in power, a man with power, and a man of power” (Kimmel 1997: 228), el modelo hegemónico contemporáneo (Pleck, 1981; Brod, 1987; Connell, 1987; Kilmartin, 2007; Kimmel y Messner, 2007) se perfila por medio de unos parámetros, prácticas, comportamientos y acciones que—aunque Connell lo niegue, “Hegemonic masculinity, then, is very different from the notion of a general ‘male sex role’” (1987: 184)—podrían considerarse comunes a ambas, solo que llevados al extremo en la versión hegemónica. Por lo tanto, se define desde una perspectiva aun menos realista, motivo por el que Connell la diferencia de la teoría de roles que realmente constituye el día a día. Lo cierto es que tanto una como la otra entienden la identidad como un proceso donde nos constituimos enfrentándonos a los demás. Y es que la subjetividad, dotar de contenido al yo, significa revestirle de una identidad propia en la dicotomía frente al otro. Esto se manifiesta de manera especialmente notoria en su dimensión genérica por antítesis, siguiendo una configuración de origen freudiano en formas de identidad negativa según las cuales fundar una identidad implica una serie de exclusiones.

En el caso del género masculino, los términos son más concretos y, de la idea descriptiva de una masculinidad siempre en comunión, se pasa, como hace John McInnes al parafrasear la definición propuesta por Connell (2005 [1995]: 44), a interpretarla en oposición, “masculinity can be defined only negatively as that which femininity is not” (1998: 62). Entender lo masculino como la otra cara de lo femenino supone dividir el mundo entre ambos; entre dos polos no solo en cuanto a la construcción de las identidades y las relaciones sociales sino también en la extensión de esos rasgos al resto del universo humano. Esto significa, por ejemplo, insistir en el modelo de héroe de la tradición occidental, que gusta de la acción en dosis extraterrenales y que desde su origen judeocristiano rechaza la pasividad debido al extraordinario valor de la capacidad de intervenir así en nuestras vidas, forjando un

parámetro que, o bien distingue los dos géneros, “One of the binaries out of which masculinity is constructed is the active/passive set” (Knights 1999: 190); o bien reduce a la mujer al mundo de las emociones y la desprestigia, con la consiguiente opresión, explotación, control y subordinación: “Men are made to feel they must earn their manhood by suppressing emotion, perpetuating their superiority over women” (Pleck y Sawyer 1974: 135). El desprecio misógino por lo femenino, al que se refiere Beneke, tiene como segunda lectura el desarrollo de una masculinidad que se deshace de una parte de nuestra humanidad por medio de un proceso individual y social forzado que, lejos del supuesto carácter innato con el que se aborda su estudio científico, parece poco natural y nocivo, “Men are expected to repress whatever is considered feminine” (1997: 189).

Desde un punto de vista antropológico, la mayor parte de las sociedades conocidas han establecido una diferenciación en función del género. Sin embargo, es en el transcurso del siglo XIX cuando la oposición adquirió en occidente unas connotaciones más fácilmente identificables con el modelo contemporáneo. No en vano, fue en esa época cuando, por un lado, el patriarcado eliminó cierta ambigüedad entre los conceptos de masculinidad y feminidad, desvinculándolos por completo y confinándolos a esferas separadas, y, por otro y estrechamente relacionado con lo anterior, los grandes avances científicos y tecnológicos, que derivaron en la exhaustiva exploración y explotación de la tierra, terminaron de perfilar el modelo hegemónico de un ser de género masculino, sexualidad heterosexual, raza blanca y religión cristiana, por lo que a partir de entonces para Lynne Segal queda claro lo siguiente: “To be ‘masculine’ is *not* to be ‘feminine’, not to be ‘gay’, *not* to be tainted with any marks of ‘inferiority’—ethnic or otherwise” (1990: x).

En la medida en que es obvio que, tanto en la teoría de roles como en el modelo hegemónico, ser mujer significa suprimir de igual manera cualquier rasgo de masculinidad, esta representación de un sistema dicotómico ayuda a instaurar a la vez su complementariedad. En efecto, no se puede concebir el uno sin el otro—según el modelo clásico que atribuye la perfección de la esfera a la unión de sus dos mitades. El hecho de que se exijan mutuamente podría explicarse por la necesidad de que imperara el componente reproductor en un estadio muy primitivo de la humanidad. No obstante, mantener el privilegiado uso de la sexualidad sobre cualquier otro parámetro en la

configuración de la identidad genérica, cuando ya el principal motivo ha desaparecido, solo puede tener una argumentación social interesada, como subraya Connell: “The most important feature of contemporary hegemonic masculinity is that it is heterosexual, being closely connected to the institution of marriage” (1987: 186). Para que el significado cultural de ser hombre pase por su identidad sexual se debe producir la coincidencia entre la división biológica—que distingue hombres de mujeres—con la psicológica y social—que separa lo masculino de lo femenino—y reforzar la unión de sexo y género con la tendencia sexual. Entre las diferentes opciones, heterosexual, homosexual, bisexual o transexual, se prioriza la primera como la normal por entenderla como natural, estigmatizando cualquier otra conducta sexual por ser anormal. La elección no está exenta de polémicas desde distintas tendencias críticas, que Máirtín Mac an Ghaill resume así:

A tension between materialist, deconstructionist and psychoanalytic critiques of sexual/gender identity formation. In materialist accounts, gender and sexuality are viewed as a matrix of power relations [...] deconstructionist theorists have emphasized that the living of sexual/gender categories and divisions is more contradictory, fragmented, shifting and ambivalent than the dominant public definitions of these categories suggest [...]. Psychoanalysis has developed highly productive accounts of the complex psychic investments that individuals have in dominant sexual and gendered discourses (1996: 3).

Evidentemente, las implicaciones ideológicas no se detienen ante posibles complejidades o contradicciones entre constructo y realidad. Es más el modelo de roles y el hegemónico hacen perdurar los sistemas tradicionales basados en la distinción radical de valores esencialistas, definiendo el primer vínculo con el entorno social donde la relación entre individuos y la norma necesita imponer la dominación de unos grupos sobre otros en razón de su contribución a la conservación de la misma. La diferencia entre hombres y mujeres y entre hombres de verdad y quienes la sociedad no considera tales fomenta un sistema de desigualdades basado en el binarismo que domina una realidad en blanco y negro, tal y como señala Edwards: “whiteness, masculinity and heterosexuality as the defining norms of race, gender and sexuality, while blackness, femininity and homosexuality are constructed both as other and as problematic” (2006: 76); hasta dar por hecho el carácter fundacional del deseo y el odio: “Heterosexuality and homophobia are the bedrock of hegemonic masculinity” (Donaldson 1993: 645).

Aunque es cierto que la asociación del concepto de hombre con el de un adulto con pene que mantiene relaciones sexuales con mujeres no dista demasiado de la opinión general, no es necesario unir las tres categorías de manera unívoca. En ese sentido hay que decir que es difícilmente predecible el modo en que fisiología, sexualidad, psicología y sociología se relacionan, dado su carácter fluido e inestable. Si la unión de masculinidad y sexualidad obliga, en general, a pensar en la reproducción, menos imperioso es asignarle al instinto sexual heterosexual la capacidad para transformarse en el atributo masculino por antonomasia. Hacerlo tiene dos consecuencias: por un lado, se sobredimensiona algo natural, convirtiéndolo en un ejercicio para resolver conflictos emocionales, carencias personales e inseguridades sociales; y, por otro, desvirtúa el instinto, transformándolo en lo que cada cultura considera la norma para el encuentro de los cuerpos con la intención de reproducirse. Por otra parte, vincular lo genérico y lo sexual y hacerlos interdependientes refuerza la idea de la obligatoriedad de participar en uno de los dos géneros destinados a satisfacer el deseo natural de reproducir el modelo de unidad familiar tradicional con roles asignados. Al hilo de esto, parece conveniente recordar que la regularización y reglamentación del deseo sexual se ha considerado desde Foucault como uno de los métodos de control social más eficaces porque llega donde ni el sistema educativo, ni el legislativo ni el judicial pueden; de ahí que Butler use la expresión “*compulsory heterosexuality*” (1990) para denominar la institucionalización de las identidades genéricas. Hay que señalar que esta presenta una coherencia total por fijar la relación masculino/femenino como dos mundos definidos en su oposición que se encuentran—nos recuerda Kimmel—en la práctica heterosexual: “Women and gay men become the ‘other’ against which heterosexual men project their identities, against whom they stack to deck so as to compete in a situation in which they will always win, so that by suppressing them, men can stake a claim for their own manhood” (1994: 134).

Alejado de una configuración física, el campo semántico de lo femenino se amplía hasta englobar actitudes y/o comportamientos que no muestren los reconocidos valores de masculinidad, acusándolos, advierte Anthony Clare, de sospechosos de afeminamiento: “Los hombres abominan de lo femenino no sólo en las mujeres, sino en ellos mismos” (2002: 284). En línea con esto, la homofobia—reacción desmesurada de descalificación contra todo lo que se desvíe del modelo heterosexual en lo que respecta

a las normas de la masculinidad dominante—se concibe como una defensa de nuestra sociedad y sus valores ante el peligro a caer en actitudes de fragilidad, para lo cual—según señala Edwards—se atribuye a la homosexualidad una carga moral enfermiza por alejarse de la única forma natural, normal y legítima: “[M]asculine identification depends on a prior formation of sexual orientation and, in particular, a rejection of homosexuality” (2004: 51). Edwards prosigue haciendo hincapié en el hecho de que la equivalencia homofóbica entre una orientación diferente del deseo y lo “afeminado”—en tanto que sinónimo de ausencia de virilidad—hace despreciable todo aquello que rompe con la división categórica entre la fortaleza masculina y la debilidad femenina, a la vez que considera imposible la presencia de las dos en una misma persona: “gay masculinity is seen to disrupt both the essentialism and the stability of masculine identity” (2006: 108).

La combinación de miedo e intolerancia homófoba ha sido objeto de diversas explicaciones: en términos freudianos, como una variación del desarrollo sexual; en términos religiosos, como un pecado antinatural; en términos científicos, como una enfermedad mental hasta hace unas décadas; y en términos sociales, como una amenaza, primero por la consolidación, a partir de los años setenta, del movimiento gay en los Estados Unidos, cuyos miembros reforzaron en los ochenta sus foros de opinión y lucharon por la aprobación de sus derechos legales, consiguiendo algún reconocimiento público, como la retirada oficial por parte de la APA (American Psychiatric Association) de la lista de enfermedades mentales en 1973 o la celebración en 1982 de los primeros Juegos Olímpicos gay, con la participación de 1300 atletas de 12 países diferentes. Todo esto, junto a la penetración en círculos sociales, culturales y académicos de integrantes de la comunidad gay, contribuyó a que el miedo a la homosexualidad se expandiera a todos los ámbitos de la sociedad y a que dicho sentimiento se disparará con la identificación de homosexualidad y S.I.D.A., asociación que apercibía del peligro real de muerte ligado a esa forma de sexualidad.

1.4.1. Morfología de la masculinidad hegemónica

Sobre la capacidad de la masculinidad hegemónica, “the culturally idealized form, of masculinity in a given historical and social setting” (Connell 1987: 184), para

legitimar la vida en sociedad y, especialmente, sobre el fuerte maniqueísmo con el que se premia a aquellos cuya lealtad beneficia al sistema y se castiga a quienes lo dañan con su cuestionamiento había tratado ya el psicólogo Robert Brannon en un artículo titulado “The Male Sex Role and What It’s Done for Us Lately” (1976). En él resumió el ideario masculinista en cuatro fórmulas imperativas autodefinitorias: “*No Sissy Stuff!*” sobre la oposición a la idea de feminidad que se tiene; “*Be a Big Wheel*” sobre la lucha por el poder; “*Be a Sturdy Oak*” sobre la necesidad de autocontrol; “*Give’em Hell*” sobre el recurso a la violencia. Con ellas, Brannon sintetiza los más relevantes calificativos sobre la sexualidad y la independencia, la fortaleza y la dureza, la acción y el éxito, la contención emocional y el estoicismo, la agresividad y la competitividad, el riesgo y el desafío y la confianza y la autosuficiencia.

En la primera de ellas, la antifeminidad, Brannon incluía el rechazo hacia cualquier acercamiento a ese mundo para ser un hombre, y, como se ha visto, se identifica con la base de la masculinidad en el sentido de proceso de construcción identitaria contrastiva: “Subjectivity, historically constructed and expressed through the phenomenological equation self/other, necessarily rests masculine ‘selfhood’ upon female ‘otherness’” (Waugh 1989: 8). Tal inexcusable necesidad, que subyace a la mayoría de las acciones y omisiones del hombre, transforma lo masculino en norma, priorizando la división genérica por encima de criterios universales de igualdad y justicia. De esta manera se hace, tal y como advierte Herbrechter, de la exclusión y opresión del otro el fundamento de la ideología patriarcal, “a process which feminist theories have come to perceive as the fundamental mechanisms of hegemonic Western heterosexual masculinity” (2000: 117)—instituida inicialmente dentro del ámbito de la familia, con la división de roles, pero aplicada al resto de espacios sociales y profesionales. No ser mujer en su más amplia significación, “A boy’s masculine gender identification must come to replace his early primary identification with his mother” (Chodorow 1989: 50), además de la pasividad o la emotividad, significa la reafirmación de lo masculino por encima de lo femenino en todas las fases de nuestras vidas, pero singularmente, subrayan Kimmel y Davis, cuando las identidades se están construyendo: “Boys learn how to be a man from an early age in their homes, schoolrooms, playgrounds, and religious institutions, and are taught by their parents, peers, teachers, coaches, media—just about everywhere and from everyone” (2011: 7).

El distanciamiento del mundo infantil ha sido una constante en la adquisición de la masculinidad, hasta el punto de que ser un hombre se ha considerado a lo largo de la historia como una cualidad interior que permite la autonomía y la responsabilidad, oponiéndose a la dependencia y la irresponsabilidad del niño. En la cultura anglosajona esta diferenciación temporal y psicológica produjo el uso hasta el siglo XX del término “*manhood*” como sinónimo de “*adulthood*” en contraste con “*boyhood*”, tendencia que—como explica Kimmel—varió al modificarse el referente frente al cual se creaba su significado: “At the turn of the century manhood was replaced gradually by the term masculinity which referred to a set of behavioral traits and attitudes that were contrasted now with a new opposite, femininity” (1996: 120). El cambio lingüístico refleja el miedo neurótico a la feminización del hombre que estudió Freud y que aparece retratado en publicaciones populares norteamericanas a partir de 1893, según Pleck (1981: 157).

Es entonces cuando la excesiva presencia de figuras maternas en la vida de los jóvenes varones se denuncia y algunos años más tarde se acuña incluso un término, “*momism*”, en el *best seller* *Generation of Vipers* de 1943. Este texto, escrito por Philip Wylie y definido por Reynolds, “a virulently misogynistic tirade against the degeneration of American culture at the hands of ‘the destroying mother’” (1995: 4), será reeditado más de veinte veces en espacio de poco más de diez años. No fue esta la única obra sobre una temática que, aún en nuestros tiempos, sigue preocupando por los códigos y máscaras que obliga a adoptar a quienes sienten que deben esconder todo síntoma de vulnerabilidad y ofrecer el rostro impenetrable de la independencia, lo que acaba generando rutinas de crueldad social y desinterés por la experiencia escolar, más propia de niñas. Cabe, en ese sentido, referirse a *Real Boys: Rescuing our Sons from the Myths of Boyhood* (1988) de William Pollack. Curiosamente, estudios como el de Pollack, sobre el mundo de la infancia, revelan que los niños nacen siendo más emocionales que las niñas, y es solo el denominado “*Boy Code*” el que se encarga, según argumenta Chodorow, de ir eliminando cualquier vestigio de expresividad emocional cuando llegan los primeros años de escolarización y desaparecen todas las señales de un mundo asociado con lo femenino: “it [the attainment of masculine gender identity] involves the repression and devaluation of femininity on both psychological and cultural levels” (1989: 52).

El esquema de castigos dantescos a los condenados en el infierno, impuesto por contraste y analogía a sus pecados para toda la eternidad, puede tomarse como arquetipo de las características de la masculinidad hegemónica. A la oposición de la primera, “We come to know what it means to be a man in our culture by setting our definitions in opposition to a set of ‘others’—racial minorities, sexual minorities, and, above all, women” (Kimmel 1994: 124), la comparación funciona en las otras tres siguiendo el sistema de binomios jerarquizados que resulta de la división dominante entre lo masculino y lo femenino y que tiene su origen en la huida de y el terror hacia la mujer—tanto a nivel individual como colectivo.

La segunda propiedad, “*Be a Big Wheel*”, confirma la obsesión masculina por el éxito profesional, entendido como fórmula de poder, y cuantifica la capacidad de los hombres para competir en el mundo laboral y para alcanzar el estatus económico y social que el dinero puede ofrecer. Paradójicamente y a pesar de su origen bíblico y de su posible etimología, unidos ambos por la idea de castigo, derivada, en el primer caso, del pecado original y, en el segundo, del instrumento de tortura, *tripalium*, la actividad laboral se ha concebido en occidente como medida de las personas y parte fundamental de su identidad. Es, además, la razón de diferencias económicas y sociales en la modernidad, cuando los individuos han de labrarse un destino por su cuenta y riesgo. La tradición calvinista, de gran raigambre en territorio anglosajón, considera que la responsabilidad profesional no es la fuente de salvación de las almas, garantizada por la grandeza de Dios, sino la mejor respuesta ética porque dignifica y santifica al ser humano. En lo concerniente al denominado “cristianismo de la era capitalista”, nombre con el que Max Weber se refiere a esta doctrina (1905), hemos de decir que es una de las claves para la equiparación de masculinidad y trabajo que, además, en los Estados Unidos tiene una explicación histórica por ofrecer la única oportunidad que los pioneros tuvieron para sobrevivir y construirse un mundo mejor. La cultura del esfuerzo no hizo más que incrementarse tras la Declaración de Independencia (1776), cuando al orgullo personal y familiar, se sumó el nacional. En su *Manhood in America: A Cultural History* (1996), Kimmel describe los diferentes modelos de masculinidad que se han sucedido en el tiempo y certifica que giran fundamentalmente en torno a la actividad laboral del icono hegemónico: al “*Genteel Patriarch*”, basado en la posesión de la tierra, se enfrenta el “*Heroic Artisan*”, fundamentado en un contexto mucho más

urbano, aun cuando ambos enseguida darán paso a otro nuevo: este adopta una fórmula protocapitalista, “By the 1830s, though, this casual symbiosis was shattered by the emergence of a new vision of masculinity, Marketplace Manhood” (Kimmel 1994: 123), donde la identidad viene dada por el éxito profesional, que, además de dinero, otorga estatus y poder social. Buena prueba del peso que la profesión tiene en la identidad masculina es la creación de la palabra “*breadwinner*” para el proveedor familiar, cuyo documentado origen, “Between 1810 and 1820, the term breadwinner was coined to denote this responsible family man” (Kimmel 1996: 20), subraya el rol masculino e inicia una tendencia que, según atestigua Rotundo, se extendió durante todo el siglo, “It was a common observation in the nineteenth century that American men had a passion for work” (1993: 175), a lo largo del cual las luchas de poder en el interior de los hogares se hacían cada vez más evidentes.

El hombre como medida de todas las cosas pierde su sentido antropocéntrico renacentista para adoptar el significado androcéntrico contemporáneo, donde lo humano viene a distinguir dos esferas, la íntima y la social, y la relación entre mundo laboral y espacio público eleva, argumenta Kimmel, al individuo a una posición de dueño y señor de la segunda: “Marketplace Masculinity describes the normative definition of American masculinity. It describes his characteristics—aggression, competition anxiety—and the arena in which those characteristics are deployed—the public sphere, the marketplace” (1994: 124). Para Connell esta dimensión representa el auténtico sello de identidad de la masculinidad “to occupy space, to have a physical presence in the world” (1983: 19); pues en ella reside gran parte de su valor como barómetro social. Además de definirse por medio del desempeño de una actividad profesional, la visibilidad que esta comporta permite una identificación con una posición económica, de ahí que Kimmel afirme que mostrar y aparentar pasen a ser características de este modelo: “a manhood that required proof, and that required the acquisition of tangible goods as evidence of success” (1994: 124). La confianza adquirida a través de la capacidad de triunfo laboral reafirma el deseo de dominio y los rendimientos obtenidos facilitan dicha tarea. Esto explica a su vez la obsesión por la autonomía económica, que gobierna el proceso de formación de la identidad masculina para controlar las instituciones y definir la organización social.

Con la llegada al universo laboral, el individuo marca su entrada en la sociedad e inicia un proceso de socialización, facilitado en épocas anteriores por el entorno familiar, y que, con la era industrial, adquiere, tal y como afirma Rotundo, cierto dinamismo: “Only in the early nineteenth century, did a man’s work take on a separate meaning and provide the chief substance of his social identity” (1993: 167). El nuevo rito de iniciación al mundo de los adultos, que transforma al joven en hombre a los ojos de los demás, le ofrece también la posibilidad, subraya Brittan, de llegar a ser persona: “For most men in capitalist societies, their careers, their professions, their trades, their skilled and unskilled jobs are the prime focus of identity” (1989: 189). Y es que la demostración exterior del estatus influye en la manera en que somos vistos. En ese sentido hay que decir que la opinión pública se basa en lo que mostramos y, en un juego de espejos, nuestra autoestima crece ante la admiración suscitada entre los demás: se nos percibe como poderosos y así nos sentimos, con lo que se simplifica el proceso por el cual pasamos a ser depositarios de la confianza de los demás y del poder que eso nos da.

El nuevo significado del trabajo, donde se estrecha su relación con la identidad masculina, invierte la relación existente entre el hombre y la actividad laboral, y ya no es que este adapte el trabajo a su forma de ser, sino que su personalidad y su estilo de vida se ven moldeados por la tarea desarrollada, identificando el éxito profesional con el personal. El proceso conlleva extender los límites y confundir los atributos entre los dos ámbitos: al tradicional sentido del deber (responsabilidad, sacrificio, seriedad, constancia, y demás cualidades que acompañaban a la capacidad física del trabajador ideal), se han añadido otras que aseguran el éxito profesional: liderazgo, espíritu emprendedor, ambición, competitividad y autoridad, un perfil que de los círculos laborales se propaga al resto de las actividades diarias para configurar al hombre perfecto. Tal compenetración acentúa el protagonismo social y otorga a la vida pública una visibilidad marcada por el poder económico y la normativa de unas instituciones que definen el prestigio del éxito a través de la fortaleza de una conducta guiada por la explosiva mezcla de comedida racionalidad y desmesurada ambición.

La obstinación por llegar a lo más alto en el mundo laboral pasa a ser la clave por dos motivos: primero, porque representa éxito económico y social y, segundo, porque evidencia la posesión de las cualidades necesarias para triunfar como hombre en

cualquier otro espacio. La promesa del viaje a las alturas empuja al individuo y, a su vez, refuerza una visión de lo masculino en tanto que eje principal en torno al cual gira la sociedad entera, una posesión inalienable cuya organización y mando no pueden verse empañadas por otro reparto de poder. Las biografías de los grandes hombres pueden describirse, en ese sentido, como colecciones de retos superados donde es imposible distinguir lo personal de lo profesional, dado que algunas carreras—y especialmente a ciertos niveles—dejan de ser trabajos y se identifican con formas de vida. Y es que a los hombres se les enseña a considerar el éxito profesional como fuente principal de felicidad y, por tanto, se deben al trabajo, una obsesión que difícilmente puede explicarse solo desde la remuneración económica obtenida. Una vez cubierta la responsabilidad familiar, el proveedor—arquetipo del padre de familia hasta los años cincuenta y visto como un arcaísmo más tarde, pero aún hoy representando su imagen más común—se enfrenta a la carrera profesional con la agresividad, la dedicación y la constancia del que lucha por algo más que un puesto de trabajo, y los trastornos personales y sociales que la pérdida del mismo provocan exceden la mera manutención de la familia.

El fenómeno no es exclusivo de la cultura anglosajona, aunque algunos autores resalten un carácter especialmente acentuado para los Estados Unidos (Kilmartin, 2007). De hecho, en todas las sociedades occidentales la definición de masculinidad está muy ligada al mundo laboral, y tanto más cuanto más sigan modelos capitalistas. En el marco de este sistema económico, la tendencia a entender la vida como sucesión de objetivos y a convertir la superación de pruebas en la satisfacción del deber cumplido deriva en la aplicación de criterios laborales a la vida privada. Esta pasa a medirse por los logros conseguidos, con lo que se refuerza el perfil profesional del patrón de masculinidad. En efecto, el desempeño del papel de proveedores de la familia, el alejamiento de la esfera doméstica y la búsqueda de autoridad social a través de la remuneración que la actividad laboral reporta contribuyen a la asociación entre el hombre y la élite. Dicha identificación se extiende a todos los niveles, desde el político al económico, constituyendo un binomio, “Class and gender converge in the concept of ‘Hegemonic masculinity’” (Morgan 2004: 170), que redundo en la estructura jerárquica de una filosofía de vida basada en la competitividad al adquirir su dimensión material y concreta en individuos. No parece necesario insistir mucho en que se trata de un proceso

peligroso para sus propios miembros, puesto que descarta cualquier contradicción interna.

Sumadas a las dos primeras propiedades identificadas por Brannon, que ilustran qué significa ser hombre, “social structural dominance over women as well as over other men” (Messerschmidt 2004: 43), la tercera y la cuarta explican cómo llegar a serlo y mantenerlo. La forma más adecuada de poner en práctica tanto la característica negativa de oponerse a lo femenino como la positiva de triunfar es, según los psicólogos, priorizar la capacidad racional y no dejarse superar por las emociones, explicitada en “*Be a Sturdy Oak*”—como fórmula de inexpresividad e independencia. Por un lado, es quizás lo más apremiante del proceso de adquisición de la masculinidad y, por otro, una vez conseguida, refuerza, según subrayan Pleck y Sawyer, su relación con el éxito, “We males are supposed to seek achievement and suppress emotion. We are to work at ‘getting ahead’ and ‘staying cool’” (1974: 3), adjudicando al control emocional un papel clave. Existe, sin embargo, una cierta ambigüedad sobre lo que Pleck y Sawyer denominan “*hairychest syndrom*” (1974: 3), ya que el distanciamiento con respecto de los sentimientos ofrece la duda de si esa dureza y autosuficiencia debe ser mera apariencia o, en efecto, el estoicismo masculino pasa por conseguir no experimentar emoción alguna. También puede tratarse simplemente de una cuestión de índole temporal: los hombres empiezan no mostrando lo que sienten y acaban por no sentir o no saber reconocer y expresar lo que les sucede ante escenas que les implican desde el punto de vista sentimental—una situación que, en cualquier caso, deriva en el mismo final de renuncia emocional.

El control, cuyo mantenimiento es una cualidad indispensable como principio en el hombre, es un término recurrente en la bibliografía especializada. Según Victor J. Seidler, “We assert our masculinities and define our sense of male identity by learning to control our inner nature just as much as we learn to control the social world around” (2003 [1989]: 64). El autocontrol sería, por lo tanto, el primer paso hacia el triunfo social y la *conditio sine qua non* para garantizar la autonomía y la propia libertad; de ahí que si el hombre no domina una situación, sienta que corre el peligro de ser controlado por ella. Parece conveniente señalar aquí que tener bajo control, sin dejarse llevar por extremismos, cualquier suceso—ya sea interno o externo—está directamente emparentado con el estoicismo del mundo clásico, doctrina convertida en referente para

la representación del héroe y que dura hasta nuestros días. La figura del triunfador que somete al mundo caótico (necesitado de su presencia para volver al orden “natural” de la jerarquía ideológica) adopta la figura de personajes como Ulises, quien muestra su grandeza por sojuzgar el impulso inicial (el apasionamiento del momento) y por contar con la capacidad de medir su interior en un sinfín de circunstancias. Esta virtud, practicada en todos los órdenes, adquiere dimensiones insospechadas, comenzando por la represión de movimientos físicos instintivos, como la respiración, y continuando por la contención de las respuestas verbales y las reacciones sentimentales, a través del silencio o la interrupción del llanto. Hay que decir que esta fortaleza representa el ideal masculino de regular el corazón de una manera cuasisobrenatural, una capacidad que permite al hombre dominar su físico desde su poderío mental, y le facilita buscar la propia conveniencia y estar emocionalmente equilibrado, por lo que ni la debilidad ni el fracaso ni ningún otro tipo de sentimiento pueden desviarlo de su heroico curso.

El control de nuestro interior ayuda a afianzar la relación entre masculinidad y razón, base argumentativa de los discursos misóginos. A ese respecto, cabe subrayar que la racionalidad es la cualidad que demuestra la superioridad masculina, al rechazar la emotividad y la impetuosidad femeninas. En el reparto discriminatorio del universo, donde el dominio mental del hombre se impone sobre la fisicidad de la mujer, su oposición reafirma la diferencia jerárquica de las esferas en que sus actividades se desarrollan. La consolidación del poder del hombre pasa por su unión contra cualquier forma de otredad femenina minusvalorada donde se sientan y expresen emociones, un rechazo que Seidler analiza de la siguiente manera: “[E]motions and feelings are systematically denied as genuine sources of knowledge [...] often they are indications of weakness and a lack of self-control. [...]. Rationality has to do with coolness and control. [...]. As men we learn to treat emotions and feelings as signs of weakness” (2003 [1989]: 168; 134; 157). Para enfrentar la fragilidad y vulnerabilidad femeninas, el colectivo masculino reafirma sus virtudes ligadas al raciocinio. Así, el socrático “conócete a ti mismo” de Delfos busca que el ciudadano de Atenas sea su propio oráculo y pierda el temor a pensar por sí mismo, una sabiduría que pasa por el autocontrol y la identificación con la razón pública, visible y objetiva y, en consecuencia, el rechazo del carácter privado, interno y subjetivo de las emociones. En línea con esa filosofía, los esfuerzos por evitar tener un comportamiento en público que

ponga en peligro la fortaleza masculina implican suprimir las manifestaciones de sentimientos, porque, además de debilidad, su peligro reside en ser incontrolables y permitir que otros las utilicen para dominarnos. Según el ideario hegemónico, es esta la causa por la que a las mujeres se las denomina el sexo débil, ya que su emotividad les hace presa fácil del hombre, y son consideradas inferiores por ser ellas mismas víctimas de unas pasiones contra las que no pueden luchar, si bien para Timothy Beneke no está demasiado clara la forma de relacionarse con esa supuesta debilidad: “Straight men especially have a strange paranoia about feelings, and they fear what they perceive in themselves and in gay men as weakness: femininity, softness, crying too easily” (1997: 143).

El empeño por mantener el control, que busca eludir el peligro de dependencia porque está estigmatizado con la pérdida de poder, exige la vigilancia de los mensajes que se emiten al exterior a la vez que ahonda en la aceptada dificultad masculina para verbalizar y encontrar gestos adecuados en cantidad y calidad para la comunicación oral, llegando a lo que Andrew Tolson (1977) denomina “*the masculine mask of silence*”, y que Nancy McCampbell Grace define en estos términos: “the invisible shield that makes it extremely difficult for men to talk about personal feelings of weakness or jealousy, that conceals the emptiness of emotional lives” (1995: 215). La escasa confianza que el hombre muestra en la palabra y su proverbial inexpresividad, la “cultura del silencio” de Kimmel (2008), se transforman en una herramienta de poder, empleada sobre todo en situaciones adversas como, por ejemplo, cuando la información ofrecida puede utilizarse en contra de sus intereses. En estos casos el papel de hombre pasa, de nuevo, por la necesidad de servirse del control como medida de protección, con especial atención al lloro, identificado con la vergüenza y el escarnio públicos desde la infancia, etapa en la que al niño se le enseña a no caer en tal debilidad ajena a su género y al grupo al que acabará perteneciendo con el familiar “*Big boys don’t cry*”; asimismo, el reincidir en dicho comportamiento conlleva la acusación de ser un “*crybaby*”, uno de los insultos más ofensivos. Sea como fuere, la peor amenaza acecha en el mundo adulto, donde se valora mucho la capacidad para proteger los intereses propios bajo un velo de estereotípica frialdad, que demuestra inaccesibilidad y que la cultura anglosajona describe con el cliché del “*stiff upper lip*”, mecanismo por medio del cual el hombre

mantiene su privilegiada posición sin dar muchas pistas sobre lo que se esconde bajo ese rictus.

Para atestiguar su relevancia nada mejor que observar su incidencia en la sociedad contemporánea, cuyas manifestaciones artísticas han explotado este problema utilizando las formas de masculinidad más atractivas que existen de los tipos duros: los detectives de las novelas de Chandler (1944); ya sean en su versión en papel o los inmortalizados en las pantallas por Humphrey Bogart interpretando al Sam Spade de Dashiell Hammett para deleite de los espectadores masculinos, “the male fantasy of impeccable virility—the toughie, the roughie, the kind of guy who’s incapable of being eloquent about it” (en Cohan 1997: 80). El silencio, causa y consecuencia del poder, redundando en su beneficio y se antepone a la imperfección de las palabras, que, en caso de problemas, son demasiado lentas e innecesarias ante la celeridad, claridad y eficacia de las acciones, en especial las más violentas. No obstante el hecho de que la inexpresividad, rayana en la insensibilidad, tenga tanta aceptación, “Toughness is the most highly prized virtue” (Barnet 1971: 55), es necesario considerarla, como hace Villalba un proceso, “Masculine stoicism is learned” (1999: *en línea*). Ello tiene un efecto hegemónico claramente buscado, lo que pone en evidencia la contradicción entre su pertenencia a la pretendida naturalidad del mundo masculino y su difícil aprendizaje, que requiere tiempo y ofrece resultados variables: ni iguales para todos sus miembros ni siempre los esperados relacionados con el invulnerable mantenimiento del poder.

En aquellos casos en que el hombre es incapaz de responder a este criterio, “a concept of masculinity characterized by self-reliance, Independence, emotional control and a deep suspicion of intimacy” (Gilmore 1990: 19), entonces la cuarta consigna, “*Give’em Hell*”, constituye la única expresividad que se considera real y exclusivamente masculina: la agresividad. Se trata de una reacción que implica aspectos positivos, una actitud vital ante los riesgos que exuda atrevimiento y osadía con respecto a aquello que se propone, pero también negativos, una respuesta física que usa la violencia promoviendo un peligroso ideal de ultramasculinidad, donde la competitividad y el ímpetu se unen, señala Roberta Spark, para crear una posición de supremacía y dominación: “Hegemonic masculinity encourages men to use violence on an individual level in asserting their control over women, or between each other as they negotiate hierarchies of power” (1997: *en línea*). Tampoco en este caso se trata de una

característica novedosa; es más, forma parte de la cultura occidental desde sus albores, de tal manera que si Ulises simboliza el autocontrol, la épica clásica recrea la explosividad de la ira masculina en Aquiles, el guerrero y amante que venga su honor con la fuerza bruta. Es el mejor exponente de una tradición continuada en sagas, baladas, épica medieval o renacentista y otras narrativas de violencia, incluidos el *western* y el *thriller*, que lidian en clave alegórica con problemas mundanales y muestran la forma tan natural en la que el héroe es capaz de presentar la desconexión de la masculinidad hegemónica entre la emoción y la acción, en lo que puede interpretarse como una suerte de alienación.

El personaje de Aquiles, en efecto, aúna el reducido número de emociones que se suponen propias del hombre, “Men in our culture are pretty much limited to a menu of three strong feelings: rage, triumph, lust” (Pollack en Diamond 2005: 168), y que, incluso, aumentan su masculinidad cuando se dan en abundancia y hacen dudar de su hombría si no aparecen en cantidad suficiente. Su naturaleza física conecta al hombre con su parte más primitiva: lo corporal, entendido en su dimensión bélica y sexual en conexión con lo social. El recurso a la testosterona es recurrente en los casos en que los ropajes culturales no funcionan y es necesario enfrentarse desnudos a un peligro que pone en riesgo su bienestar o el orden social. Sin embargo, más allá de lo fisiológico, elemento clave del modelo de masculinidad tradicional para responder a las demandas sexuales, laborales y territoriales en beneficio de la colectividad, se evalúa con esta característica la capacidad del hombre para, aun consciente de la importancia de conocer los límites, saber cuándo es necesario superar barreras y olvidarse de convenciones en la búsqueda de una solución que imponga claridad, solidez o firmeza.

Ser un hombre implica, en definitiva, ese valor de atreverse con todo, de exponerse a riesgos y de actuar en contra de la razón, siguiendo el instinto animal cuando la masculinidad está en juego. En esos momentos, el intelecto individual y el mantenimiento del *statu quo* social pierden valor frente a los deseos más íntimos. A pesar de que la mencionada capacidad de apreciación conduzca al descontrol personal o al desorden colectivo, provocados por la agresividad y violencia de las reacciones, llegando a representar una barrera insuperable, la llamada de la naturaleza no se puede eludir, hasta el punto de que no escucharla—por miedo o comodidad—redunda en contra del hombre y lo acercan a la domesticación femenina. Se incrementa así el

atractivo de la transgresión, procesos en los que los miembros del colectivo masculino se saltan las reglas en defensa de su individualidad en tanto que hombres, y en ese supuesto lo hiperbólico y lo excesivo de las emociones, al contrario que en el de las mujeres, expresan la salida de toda la energía y fuerza que el modelo de masculinidad tradicional supone, “the manly emotions are lust and anger” (Beneke 1997: 47); pues, en el fondo, se hace con la intención de salvaguardar el poder hegemónico.

Sin embargo, hay ocasiones en que la fórmula del “*Give’em Hell*” trasciende la transgresión dentro del sistema y se torna en una forma de aislacionismo, cuyos componentes de individualismo, masoquismo y salvajismo se encuadran en la visión del hombre como polo alejado de la mujer, obsesionado con el control y ajeno a la expresión cultural de sus necesidades. Si la sociedad no respeta, permite o castiga este ideal, el hombre puede recurrir a la huida—entendida como rechazo de una colectividad con la que no se siente identificado y como proceso de búsqueda personal. Tal conducta, parte fundamental de una trilogía establecida por Kimmel casi como piedra angular y a la que la masculinidad estadounidense desde su origen vuelve en caso de duda, “men return to self-control, exclusion and escape in their efforts to ground a secure sense of themselves as men” (1996: 9), rechaza el consenso social y busca un contexto natural donde encontrarse a sí mismo. Este recurso se ha querido ver emparentado, según defiende Taylor, con el destino manifiesto de la nación, “Americans have built on the earlier Puritan tradition of ‘leaving home’” (1989: 39). Además su interpretación recoge los dos extremos: desde el más positivo, que no solo identifica el abandono de hogar en su sentido de madurez y capacidad sino que enfatiza, como pone de manifiesto Gary, su especial conexión con la naturaleza norteamericana, “[the] peculiar American relationship to nature—the twin myths of the limitless frontier and of inexhaustible resources—allows us to continue to see the New World as the state of nature, ruled by natural law, unrestrained by the historic obligation to civilization” (1987: 236).

Frente al reflexivo intelectualismo europeo, el hombre de acción norteamericano encuentra su lugar en contacto con esa tierra que ha entrado a formar parte de su acervo cultural, al ser cantada por los trascendentalistas del siglo XIX y celebrada aún en nuestros días en otros testimonios, entre los que podría citarse la película de Sean Penn *Into the Wild* (2007). La madre naturaleza imprime carácter a quien la respeta, la conoce, la domina y la sobrevive, como bien atestiguaron los aventureros pioneros de la

conquista del oeste. Hemos de subrayar, en ese sentido, y esa esencia masculina natural se identifica con la incorporación del espíritu americano al optimismo antropológico de las cualidades del buen salvaje rousseauiano, un proceso atestiguado por la creación de los Boy Scouts of America en 1910, con su clara declaración de principios: “we must depend upon the Boy Scout movement to produce the MEN of the future” (Beard en Kimmel 2012a: 98). Menos optimista, pero quizás por ello, incluso, más atractivo, resulta, en el plano personal, la huida del adulto, que se mezcla con la necesidad de crearse un pequeño mundo donde encontrarse a sí mismo, alejado de los demás. Dicho distanciamiento se puede emprender dentro de los límites de la ley, a la manera de un aislamiento voluntario y de independencia sentimental, pero también más allá del marco legislativo, en forma de marginalidad y delincuencia; o como en el caso del mito americano por excelencia, el *cowboy*, también es posible combinar las dos, viviendo al margen de la sociedad dentro de una legalidad al límite, tal es el caso de los Daniel Boone, Davey Crockett, Kit Carson y tantos otros héroes.

Junto con el componente panteísta, y con muchas dificultades para dibujar sus contornos, se da la versión menos transcendental; esto es, la que considera el abandono del hogar como la única opción de mantener la masculinidad. La supuesta forma de reconciliarse con uno mismo es excluirse de la sociedad, puesto que las ventajas y comodidades de la vida en comunidad hacen, a modo de trampa, caer en la pasividad y aletargamiento—tan contrarios a la actividad y fuerza propias del hombre. Este extremo menos positivo insiste en la construcción genérica por oposición: frente a la feminización como destino del hombre en manos de una civilización gobernada por las figuras de la madre o la profesora, se busca la libertad de lo salvaje. Una nueva lectura esencialista de la oposición “*nature/nurture*” obliga a encarar a lo femenino, en consonancia con la primera de las consignas de la masculinidad, y dicha interpretación se reafirma con la visión freudiana de la madre naturaleza—el escenario virgen idóneo para probar su hombría, subyugada por su capacidad de dominio en el mantenimiento de una nación arquetípicamente masculina. Además, la huida será siempre la última escapatoria que le queda al hombre cuando llega al límite, tanto el propio como al de sus circunstancias, en palabras de Kimmel y según un esquema que se repite: “American men try to control themselves; they project their fears onto others; and when feeling too pressured, they attempt an escape” (1996: 9).

Las resonancias culturales de esta particular forma de afrontar el miedo a la feminización han funcionado de exorcismo colectivo a una patología que ha nutrido a la literatura norteamericana, tanto en su principio aceptado, “flight is a recurrent motif in narratives about men” (Knights 1999: 113), como, sobre todo, en la parte no digerida. Es precisamente en el marco de dicha dimensión en el que, a pesar de los esfuerzos por mostrar al héroe épico avanzando hacia su independencia y convirtiéndose en adulto al poder ser dueño y señor de su destino en un viaje como espejo de su proceso de búsqueda, conocido como “*quest*”, según el crítico literario Leslie A. Fiedler, “the typical male protagonist of our fiction has been a man on the run [...] anywhere to avoid ‘civilization’, which is to say, the confrontation of a man and a woman” (1960: 6). Así, la tradición literaria de los Estados Unidos está asentada en personajes como Rip Van Winckle, Huckleberry Finn, Tom Sawyer, el capitán Ahab, los protagonistas de los relatos de Jack London o los miles de solitarios héroes de Zane Grey, y tantos otros, que sirven de vehículo para dar rienda suelta a las fantasías masculinas de libertad y de independencia. No es de extrañar, por ello, que desde Hemingway a Kerouac y de este a Updike su ficción se siga nutriendo de seres que mantienen tal fantasía, aunque el papel de la naturaleza no sea ya el mismo; por no hablar de otras formas, en especial el cine y géneros tan genuinamente americanos como las *road movies*, donde el movimiento es el sustrato narrativo.

El resultado es que la relación entre el escapismo y lo femenino se puede entender, desde una perspectiva más general, como el miedo al compromiso, lo que desemboca en una serie de personajes que, en realidad, muestran su inmadurez o su incapacidad para resolver sus tensiones homoeróticas; todo ello disfrazado bajo el rechazo a las responsabilidades familiares, vilipendiadas porque coartan la libertad individual, tan apreciada por el norteamericano. Knights denomina “retórica misógina” a la serie de narrativas que tiene la autonomía masculina y los procesos de conocimiento y descubrimiento de uno mismo entre su temática preferida, aún cuando insisten en la misma base, “the assertion of male freedom is achieved in opposition to the strait-jacket of the feminised domestic sphere” (Knights 1999: 91). En cuanto a las estrategias desarrolladas por los miembros del grupo hegemónico con el fin de ocultar y protegerse del miedo a lo diferente, estas incluyen la decisión de poner en marcha una doble operación, consistente en asegurar la lealtad y afinidad de sus valedores y en excluir a

aquellos que sitúan en oposición permanente—una utopía que, en opinión de Kimmel, redundaría en la fantasía de lo auténticamente masculino desde la ausencia de contacto con el mundo real: “It reconstituted itself by the exclusion of ‘others’—women, nonwhite men, nonnative-born men, homosexual men—and by terrified flight into a pristine mythic homosocial Eden where men could, at last, be real men among other men” (1994: 194). Frente a la amenaza misógina y homófoba, el motivo constituyente de la masculinidad hegemónica, “how particular man inhabit positions of power and wealth and how they legitimate and reproduce social relationships that generate dominance” (Carrigan, Connell y Lee 1987: 179), ha obligado a variar los términos de inclusión en torno al comportamiento adquirido propio del hombre, que la mayoría aprendía, sustituyéndolos por otros de diferenciación, exclusión y negación que preservaran el criterio jerárquico.

1.4.2. Tipología y significado de la(s) masculinidad(es)

La consecuencia inmediata de la ampliación del significado ideal de masculinidad hegemónica es su contraste con otras formas alternativas y disidentes de masculinidades, que, en grados de proximidad, negocian un posicionamiento con respecto al modelo hegemónico y contra el miedo al rechazo y ostracismo públicos, aunque se trate de colectivos tan numerosos en Norteamérica como los afroamericanos, los hispanos o los gays. Connell (2005 [1995]) analiza esas otras variedades de hombres y añade a la versión dominante tres tipos: subordinada, marginal y complaciente, siguiendo un esquema que mezcla factores raciales, económicos y sexuales. Teniendo en consideración elementos de su actitud y acercamiento a posiciones de poder, se reconoce una escala de valores con respecto a cuestiones materiales y emocionales, además de las circunstancias específicas de cada momento.

El primero de ellos, la subordinada, se encuentra en los antípodas de la hegemónica en cuanto que aprecia el mundo de los afectos y prioriza las emociones en el contexto familiar y laboral. Se aproxima peligrosamente al ámbito femenino, tanto en su orientación profesional—con trabajos de cuidado y atención de otras personas—como en la política—con la defensa de consignas que incluyen la solidaridad y la equidad de derechos y deberes entre ciudadanos—y, en lo referente a la orientación

sexual, el respeto a otras formas de sexualidad como puede ser la homosexualidad: “a key form of subordinated masculinity is homosexual” (Connell 1987: 186). El rechazo frontal que provoca entre los miembros del grupo hegemónico la coloca siempre al límite de la ilegalidad, con conductas consideradas por lo menos ilegítimas e impropias de un hombre porque representan una amenaza para el bienestar social. La marginal es una forma de masculinidad situada a medio camino entre la masculinidad hegemónica y la subordinada, puesto que si bien sus colectivos están excluidos de los círculos de poder, en determinados casos se permite un acceso restringido a alguno de ellos, como en la minoría de color en los Estados Unidos. Y, por último, la masculinidad complaciente y complacida, cercana a la dominante, pues, a pesar de no tener acceso al poder político y de no gozar de una buena posición económica o social, sus integrantes se alían con la hegemónica, impidiendo que se ponga en duda el sistema y los dividendos patriarcales de los que disfrutaban, al estar incluidos en el género privilegiado. Su pertenencia a la clase media baja o a la trabajadora estimula sus aspiraciones a subir en la escala social y blindar su discurso ante cualquier posible crítica dada su inocencia, que roza la candidez por lo peligrosa que resulta la facilidad con la que se abusa de sus miembros.

Hecho el repaso a las diferentes masculinidades hay que reconocer que ni la relación entre individuos y grupos ni la de estos con el hegemónico está fijada o es inamovible. De hecho, su condición se puede denominar situacional en tanto que depende del contexto y el mismo hombre que se muestra sumiso en un ámbito laboral puede cambiar completamente de registro y comportarse como macho dominante en el entorno familiar, adoptando actitudes intransigentes y despóticas. La categorización y posicionamiento responden a criterios generales donde lo prioritario es el buen funcionamiento del sistema. Así, por ejemplo, a pesar de la innegable discriminación del colectivo gay a lo largo de la historia, la incorporación de sus miembros más pudientes al sistema es un hecho desde los años noventa. Desde entonces cada vez más comparten elementos con el grupo hegemónico, aunque está claro que generalidades aceptadas como las recogidas por Beneke, “gay men are failed men” (1997: 48), o Fanon, “I will say that the black is not a man” (1967: 10), siguen siendo comunes. Connell defiende que dicha desigualdad y falta de respeto y valoración social no imposibilita, sino más bien contribuye a que las masculinidades se construyan unas a

otras y que las conexiones entre las variedades que interactúan sean bidireccionales: “Hegemonic masculinity is always constructed in relation to various subordinated masculinities as well as in relation to women” (1987: 183). Las permeables fronteras entre unos y otros varían según diversos parámetros, incluido el contexto, pero es evidente que el sistema prefiere el equilibrio de fuerzas vivas en una situación controlada a la desaparición de alternativas que pueda dar origen a lo desconocido; de ahí que posamos concluir con Connell lo siguiente: “Other patterns and groups are subordinated rather than eliminated” (1987: 184).

En cualquier caso, el significado más difícil de fijar a un significante es siempre el del modelo hegemónico, por la compleja relación dialéctica que se entabla entre su mencionada diferencia con los otros tipos de masculinidad y la que se da con respecto al ejercicio del poder. En este sentido, la creación de estereotipos con la intención de reforzar la jerarquía social y servir de contención ante quienes atentan contra su estabilidad debe contar con el apoyo de un número suficiente de individuos que puedan acercarse, al menos en teoría, al ideal; pero, por otro lado, no se puede crear un molde para todos los hombres debido a su nula capacidad discriminatoria, dado que, para que las características propias del grupo hegemónico se hagan realidad, han de impedir que esos atributos estén al alcance de todos. La singularidad del modelo favorece las exigencias de un sistema que se aprovecha del reparto de poder entre una minoría frente a una mayoría que mantiene dicha estructura con su trabajo y su deseo de formar parte del selecto grupo, lo que provoca nuevas distinciones dentro del género masculino.

En efecto, la masculinidad hegemónica—sean cuales sean sus marcadores externos—persigue, tal y como señala Spark, sostener ulteriores distinciones internas entre los hombres que vayan más allá de su primer objetivo, “hegemonic masculinity is a force that compels ranking of other masculinities against its tenets” (1997: *en línea*), y consigue crear imágenes estereotipadas de los otros hombres radicalizándose. El prototipo de hombre heterosexual de raza blanca se demuestra insuficiente por seguir englobando a demasiados individuos y es el mismo sistema, sometido a fenómenos de reestructuración, el que incorpora sucesivos ingredientes en la receta del éxito con el fin de ofrecer un modelo cercano a la cambiante realidad y sus necesidades. El proceso acaba en el absurdo, como advirtió el sociólogo Erving Goffman en 1963: “In an important sense there is only one complete umblushing male in America: a young,

married, white, urban, northern, heterosexual, Protestant, father, of college education, fully employed, of good complexion, weight, and height, and a recent records in sports” (1963: 128). Hoy deberíamos añadirle aún más elementos definitorios, alguno, incluso, en clara contradicción con lo existente, algo que sucede, tal y como señala Connell, en la propia configuración genérica: “So hegemonic masculinity can contain at the same time, quite consistently, openings towards domesticity and openings towards violence, towards misogyny and towards heterosexual attraction” (1987:186).

A partir de esa tendencia a la mezcla—próxima a la incoherencia, y que, con toda probabilidad, es más producto de su búsqueda fantasiosa que reflejo de las tensiones y ambivalencias reales—se construye la base de un arquetipo que ha ido incrementando la distancia existente entre el ideal regulatorio de género y las experiencias personales de cada hombre. De esta manera puede seguir manteniendo sus diferencias, aunque para ello ahogue a los individuos, quienes, a pesar de, o precisamente por, saberse miembros del género privilegiado y considerarse con derecho a participar de los beneficios del poder, se ven excluidos, lo que los hace sentirse incompletos e inferiores, y reaccionar con violencia ante un sistema que Kilmartin (2007) denomina “*deficit model*” por cuanto deja muchos más individuos fuera del estereotipo que los que se ven reflejados en él. No ser capaces de representar el tipo de masculinidad identificado por la mayoría social como la norma a la que aspirar y preservar como ejemplo, generación tras generación, tiene, para Kimmel, un significado evidente: “the image of masculinity of those men who hold power, which has become the standard in psychological evaluations, sociological research, and self-help and advice literature for teaching young men to become ‘real men’” (1994: 125).

1.4.3. Intereses de poder: masculinidad, patriarcado y capitalismo

El repaso al patrón de masculinidad, con su confluencia de la teoría de roles y la versión hegemónica, confirma, sentencia Kay Inckle, la vigencia del concepto: “traditional/normative masculinity—which is defined in opposition to femininity as strong, rational, dominant, invulnerable, powerful, independent, sexually aggressive, and so on—remains dominant” (2014: 5). Esta conceptualización se inculca desde la infancia e implica una forma de relacionarse con el mundo exterior que prescribe, de

manera expresa, un ideal que se delinea a través de numerosas obligaciones e imposiciones, pero que conlleva, subrayan Edward H. Thompson y Joseph H. Pleck, las mismas obsesiones—sea cual sea su orden, “The traditional male role is a three-dimensional standard (status, toughness, antifemininity)” (1987: 35). La receta aportada por estos dos críticos asegura la posición hegemónica de la fórmula dentro del sistema y poco importa si detrás de dicha noción de hombre verdadero no existe nadie o si no se corresponde con la realidad de los individuos nacidos dentro del grupo; es más, es posible que sea eso lo que facilite su éxito.

Convertida en aspiración cultural, la masculinidad hegemónica tiene más que ver con los sueños encarnados por las figuras de las novelas y películas que alimentan las fantasías de sus lectores y/o espectadores, desde John Wayne a Sylvester Stallone pasando por Humphrey Bogart. De hecho, su iconografía y su imagen pública—despreocupada por lo que se esconda detrás de las apariencias o por las consecuencias reales de ese tipo de comportamiento—no es casual, y es precisamente esa función publicitaria la que se ha ganado la confianza y la aprobación de todo el colectivo. Además de la gratificación mental individual, que sirve de refugio y terapia ante la frustración y agresividad acumulada por la incapacidad de concretizar en la totalidad de sus dimensiones la fórmula que define a la masculinidad normativa en el día a día, el apoyo público hacia esta configuración mantiene con vida valores obsoletos en la realidad, que, sin embargo, siguen alimentando la idea de un mundo dividido entre hombres y mujeres, siendo su mejor apoyo y beneficiando así la continuidad del sometimiento de la mujer y de las prácticas que lo institucionalizan y regulan.

La polarización de los géneros, que cuenta con el consentimiento y el acuerdo social, implica una simplista categorización esencialista que contempla como única posibilidad de desarrollar una identidad social la definición de Foucault para la subordinación; esto es, “the way in which an individual establishes his relation to the rule and recognizes himself as obliged to put it into practice” (1987: 27). Organizada a través de la división en grupos y de la consiguiente exclusión de quienes se consideran una amenaza para la sociedad, la clasificación científica de la normalidad regula todos los aspectos y funciones de nuestro cuerpo—sea el género, la sexualidad, la salud o la enfermedad, física y mental; así como el comportamiento ideóneo de hombres y mujeres, lo que Butler denomina, “a grid of cultural intelligibility through which bodies,

genders and desires are naturalized” (1990: 151). Por supuestas razones biológicas, aún cuando la modernidad hace tiempo que ha sustituido la subordinación del ser humano a las leyes de la naturaleza por las suyas propias, y evidentes motivos ideológicos, “a collective project of oppression”, en expresión de Connell, cuya materialización, más que en acciones individuales, se da en el terreno de la colectividad, “building up, sustaining and defence of an institutional order that generates inequalities impersonally” (1987: 215), las desigualdades giran en torno a la norma hegemónica de la misoginia y el heterosexismo. Amparadas en la institucionalización y otras estrategias de normalización, estas eluden el análisis por parte de los sujetos, quienes aceptan el estado de las cosas sin plantearse si es el modelo ideal, lo que confirma, por otra parte, su preponderancia.

La ausencia de responsabilidad individual redunda en el sometimiento a una forma de “ideología abusiva”, utilizando la terminología de Donna J. Haraway (1984), sobre cuya base, invisible por estar habilitada por mecanismos como la ciencia objetiva, se construyen los intereses parciales. Bajo esa coartada, son estos los que actúan mostrando aquello que Cohan denomina “a ‘regulatory fiction’ of normality” (1997: 24). No en vano, hacen de la masculinidad hegemónica una unidad de medida para ambos sexos y la instituyen en parámetro principal—sin dejar nada al margen, tal y como destaca Spark: “masculine practices and values are embedded in everything from religious doctrine to public policy, physical planning to social policy, wage structures to one’s social value” (1997: *en línea*).

Los modelos lingüísticos, conductuales e institucionales propios de cada cultura articulan los códigos contextualizados en los que se apoya el comportamiento del hombre, pero siempre inscrito en estructuras de poder que fusionan tipos de dominación divergentes. Se pone así de manifiesto uno de los mayores aciertos de la crítica feminista al denunciar el género como eje en torno al cual se establecen las desigualdades sociales, culturales, y sobre todo económicas, legitimando un sistema opresor a través de un discurso que objetiviza la mirada masculina como expresión de la natural diferenciación sexual. Shulamith Firestone ya se lamentaba de ello en *The Dialectic of Sex* en 1970 y treinta años más tarde, Pierre Bourdieu ahonda en la crítica:

La force de l’ordre masculin se voit au fait qu’il se passe de justification: la vision androcentrique s’impose comme neutre et n’a pas besoin de s’énoncer dans des discours visant à la légitimité. L’ordre social fonctionne

comme une immense machine symbolique tendant à ratifier la domination masculine sur laquelle il est fondé (1998: 15).

Según este autor, el orden jerárquico de las relaciones de género gira en torno a tres formas de dominación: institucional, económica y simbólica, que pueden solaparse con las tres estructuras básicas: el poder, el trabajo y la catexis, como plano sentimental de atracción y concentración en una persona. También para Connell (1987) constituye esto la piedra angular de las relaciones entre hombres y mujeres.

El androcentrismo, en su enfrentamiento antagónico y consiguiente desigual distribución de responsabilidades y beneficios, domina las sociedades occidentales. La dicotomía creada histórica y culturalmente marca unas funciones sociales y unos estereotipos bien definidos que favorecen comportamientos como el prototipo del proveedor, diferencian con claridad campos de acción y representa—según señala Kimmel—el primer paso para la opresión genérica: “putting down women, both by excluding them from the public sphere and by the quotidian put-downs in speech and behaviors that organize the daily life of the American man” (1994: 134). Lo femenino está, además, permanentemente perseguido también entre los hombres, estigmatizado desde la ridiculización del niño incapaz de salir de debajo de las faldas de su madre a la condena de los homosexuales. El mecanismo de exclusión, que aglutina las diversas masculinidades—con independencia de su clase, raza, etnia, sexualidad, religión y edad—frente al colectivo femenino en su propio interés y estimula la competitividad, se materializa en estrategias que adquieren forma institucional y estatuto legal, cuando la ideología y el modelo de masculinidad dominantes se apoyan mutuamente a la hora de determinar una visión del mundo, “If ideology is central to the maintenance of classic masculinity, the affirmation of classic masculinity is equally central to the maintenance of our governing ‘reality’” (Silverman 1992: 16).

La masculinidad equiparada al poder se encuadra en ese imaginario colectivo aceptado, cuya única necesidad se reduce a fijar los términos específicos de su jerarquía en cada momento. Lo primero, por tanto, es considerarla no solo una parte de la construcción compartida y represora que es la sociedad, sino el rasgo común a cualquier manifestación de dominio, y además una determinación social; pues, en última instancia, son los miembros de la sociedad los que reconocen el éxito como categoría y definen la vía para alcanzarlo. Para Pierre Bourdieu (1998) la dominación simbólica es

la manera paradójicamente más sólida del orden que permite la supremacía del hombre sobre la mujer; es decir, la que contribuye con mayor ímpetu e influye en la “*éternisation de l’ arbitraire*” (1998: 7)—sus palabras para describir la sumisión a unas condiciones de vida insoportables y que, sin embargo, se mantienen con relativa facilidad. Este tipo de relación, denunciada por Foucault, obtiene el consentimiento entre quien la ejerce y quien la sufre de forma casi inconsciente, hasta el punto en que la parte más desfavorecida la asume e interioriza como natural, inmutable y positiva—por lo menos para el conjunto social. La capacidad de la ideología es tal que lo que en principio responde a criterios políticos y es, por tanto, parcial y subjetivo, se transforma en universal e imperecedero. El hecho de sentirse parte de un sistema transmite estabilidad a los individuos, aunque sea un modelo viciado de jerarquías. Eso explicaría la razón por la que buena parte de las mujeres acepta y refuerza la definición masculina de realidad en todos los ámbitos; incluidos los procesos de socialización, al amparo de los cuales los hombres que buscan el poder reciben estímulos y premios, convirtiéndose en objeto de deseo por el interés que ese estatus y esa actitud despiertan entre las mujeres.

Es, por ello, necesario el análisis transversal ya mencionado, el que desenmascare los diferentes componentes encubiertos bajo la visión androcéntrica. No en vano son estos los que hacen que la masculinidad hegemónica adquiera relevancia política y económica al interactuar y fomentar el mantenimiento de otras estructuras ideológicas y al proteger tanto la forma institucional de poder, el patriarcado, como su mecanismo de producción más efectivo en la contemporaneidad, el capitalismo. La búsqueda de la supremacía es el elemento común a todos ellos, que, traducido al ideal de masculinidad, representa la base ideológica de un sistema que prescribe el comportamiento adecuado y las habilidades y los conocimientos necesarios para alcanzar la cumbre y ejercer el control, por encima de circunstancias, individuos o acontecimientos específicos.

Tal y como estudia David Leverenz (1994), históricamente, la interconexión ideológica entre categorías ha posibilitado que los cambios en patriarcado y capitalismo sean, a la vez, el desencadenante que promueve diferentes etapas en la noción imperante de masculinidad hegemónica y viceversa. Su fusión constituye la fuente primordial desde la que ofrecer una visión globalizadora del mundo social y dotar de sentido a las

vidas de los individuos, que obtienen la tranquilidad necesaria al cumplir satisfactoriamente los objetivos marcados, mientras creen que conservan su individualismo y su libertad, sintiéndose dueños de su propio destino. En las teorías de Chodorow, los hombres han llegado incluso a vencer su miedo inconsciente a la unión materna a través de este proyecto social: “Men have means to institutionalize their unconscious defenses against repressed yet strongly experienced developmental conflicts” (1989: 111). Y es que el hecho de compartir un discurso sólido sobre el poder contribuye a forjar la identidad individual y colectiva, porque este, dice Mosse, legisla el comportamiento que liga sus éxitos y fracasos a conceptos de estado o nación y hace, por ende, que sus ideales perduren en el tiempo de una forma inalterable, “The importance of modern masculinity as part of the cement of modern society makes the manly ideal difficult to defeat. History cannot so easily be undone” (1998: 193). Se frenan así el desarrollo social y los procesos de evolución y se impulsan las correspondientes expresiones culturales que lo apoyen para estabilizar al individuo y a su comunidad, al ofrecerles héroes que representan perfectas personificaciones de las dinámicas de poder.

En cuanto a la dominación institucional, el patriarcado, término que Max Weber aplica inicialmente a las ciencias sociales, instituye la legitimidad de la ley del padre y describe la posición central ocupada dentro de la unidad familiar y de su comunidad, que el hombre asume como propia por su condición masculina. Para el sociólogo alemán, la autoridad de la biología y la paternidad se convierte tradicionalmente en una productiva fuerza política que le da al hombre derecho a gozar de privilegios exclusivos en su forma de “patrimonialismo patriarcal”. Más específicamente, lo vincula a un sistema económico que incluiría relaciones que se extienden desde las políticas del rey con sus vasallos a las sociales y económicas de los señores con los criados. Tal concepción rige en occidente desde hace al menos siete mil años y sería difícil excluir algún aspecto personal y colectivo, ya que, como afirma Demetriou Z. Demetrakis, aún hoy en día nuestra actitud debe mantenerse alerta, “avoid falling into the trap of believing that patriarchy has disappeared simply because heterosexual men have worn earrings” (2001: 355). Este sistema sitúa el poder en torno a la inviolable identificación entre pene y falo, “The penis becomes more than just a part of our body, it becomes a

phallus, the symbol of patriarchal power” (Kaufman 1993: 76), un símbolo que en términos históricos y sociales ha sostenido la relación entre masculinidad y patriarcado.

Más allá de las limitaciones orgánicas de la parte del cuerpo a la que sustituye, la omnipotencia del falo es su representación simbólica como significante, cuyo significado se equipara obviamente al dominio masculino. Para Bersani el ejercicio de magia que, rompiendo con lo corporal, erige a los varones en portadores del poder adquiere su mayor relevancia cuando la civilización se vincula a la superioridad de unos valores que simbolizan la autoridad fálica, “el falocentrismo [...] sobre todo, es la negación de cualquier valor a la ausencia de poder tanto para hombres como para mujeres” (1995: 107). Se entiende así que, en la concepción lacaniana, el falo ocupe la centralidad alrededor de la cual se organiza la subjetividad—una categoría que siempre depende del equilibrio consensuado entre lo personal y lo social—y convierta a los hombres en agentes de creación del lenguaje necesario para el control de las esferas privada y pública, tanto en sus estructuras concretas como en las simbólicas. Y es que el paso del nivel individual al colectivo se produce, asegura Beneke, desde el interior de cada uno: “Power/ knowledge functions by the internalization and pursuit of truth—one is in fact precisely controlled by power through the pursuit of a deep truth about the self” (1993: 14).

El proceso de aprendizaje de las cuatro características mencionadas sobre la masculinidad hegemónica concluye con la adquisición de una identidad genérica que tiene sentido desde la siguiente perspectiva: ejercer el poder continuamente y ensalzar así el arquetipo de la virilidad. Sus formas y fórmulas estructuran el mundo exterior y mimetizan los intereses de los hombres con los del conjunto de la sociedad, en perjuicio de las mujeres, pero es en nuestro interior, sentencia Duczek, donde su efecto es más pernicioso: “Patriarchal values and attitudes not only are embedded within our institutions, but also permeates our language and our very ways of thinking; they provide the male perspective from which history has been written and rewritten, making the struggles, sufferings, and contributions of women largely invisible” (1988: 170). En contra del progreso universal, el legado material y cultural del sistema patriarcal apoya, subraya MacInnes, la discriminación y justifica la posibilidad de constituirse en excepción a lo que representa la base de las sociedades modernas: “the last ideological defence of male supremacy in a world that has already conceded that men and women

are equal” (1998: 59). Para ello recurre a diferentes filtros que lo distinguen de los demás mecanismos de poder y que sirven como estrategia para fijar su dominio. Este, por un lado, se basa en la asumida superioridad natural del hombre sobre la mujer en lo físico, lo mental, lo social y lo profesional, pero, por otro, se entiende también como herramienta de defensa de esa realidad contradictoria que diferencia el plano de la igualdad teórica de la cantidad de experiencias diarias que, en la práctica, hacen del refuerzo del patriarcado una realidad. Con el mismo fin de preservar el orden existente, se insiste, además, en la interesada negativa a buscar un sistema que satisfaga mejor las expectativas de todos sus miembros, y a condenar al silencio a todo aquello que reaccione y se salga de la temerosa y cobarde actitud de la mayoría cómplice, con la que, según señala Eagleton, generalmente el androcentrismo consigue entablar un vínculo emocional que le otorga sentido: “The most efficient oppressor is the one who persuades his underlings to love, desire and identify with his power” (1991: xiii). Se neutraliza así la capacidad del ser humano para crear su propio mundo y ser responsable de su perseverancia o cambio, y hacer de la separación entre lo aceptable y lo inaceptable el límite en que reside la diferencia entre lo posible y lo imposible.

El hecho, cada vez más incuestionable, de que el pene representa una autoridad cuya vinculación con lo físico es escasa no impide que cuando se habla de que el poder tiene género se eluda el elemento biológico, puesto que, tal y como manifiesta Larry A. Morris, no todos los hombres son iguales: “The most powerful group of people in the United States: male heterosexuals” (1996: 2). La sexualidad provoca la primera gran selección “natural”, tal y como destaca Hare-Mustin: “Masculinity is defined largely by the male sexual drive discourse, a set of prescribed personality and behavioural characteristics associated with heterosexual men” (2013 [1997]: 561); a ella le siguen otros criterios: raciales, económicos o sociales. Estos acaban por reducir al máximo el verdadero grupo patriarcal, que se identifica con la forma hegemónica y sus fórmulas de dominio al priorizar—asegura Wittig—el elemento político vinculándolo al social: “gender, as a concept, is instrumental in the political discourse of the social contract as heterosexual” (1986: 64).

Las conexiones entre patriarcado y heterosexualidad se extienden a todos los planos, desde el político y económico al social y cultural, de manera que, en opinión de Hare-Mustin, llegan a unirse en su objetivo: “The male sexual drive discourse is a

discourse of patriarchal heterosexuality whereby male domination is expected and endorsed” (2013 [1997]:561). La visión heterosexuada del mundo, definida por el instinto sexual reproductivo, se articula en exageradas formas que, aprovechando su naturalidad, justifican un comportamiento misógino y homófono, algo ya denunciado por Gerda Lerner en *The Creation of Patriarchy* (1986). En concreto, Lerner acusa a las jerarquías sociales de ser el producto de la subordinación a una cultura ideológicamente basada en la superioridad del hombre, lo que implica tener una organización política, jurídica y económica orientada a una sociedad sexista, como explica Chodorow: “Institutionally and culturally, men have often managed to overcome the dread of women through a devaluation of whatever women do and are” (1989: 36). En esa misma línea, Buchbinder advierte de que, entendida como la única vía realmente masculina, la heterosexualidad refuerza la integridad de la hegemonía, “maintaining the power of the patriarchy in British and American societies” (1998: 127), y desprecia lo que pueda ponerla en peligro—sea en forma de abuso hacia las mujeres o la mezcla de odio y miedo hacia los homosexuales, que entran a formar parte indisociable del sistema de desigualdades que se toma por norma social y que constituyen las señas de identidad más significativas de la mirada androcéntrica.

Es precisamente el ejercicio de poder heterosexual en su doble dimensión lo que provoca que las diferencias entre hombres y mujeres tengan más peso que las que se dan entre los distintos grupos de hombres heterosexuales. Esta circunstancia, a su vez, explica que, a pesar de que a nivel individual no exista siempre un beneficio claro, se mantenga la conexión provechosa de una situación que se perpetúa en el tiempo. En relación con esto, Connell defiende que la resistencia al cambio reconoce la posibilidad de entender el constructo narrativo de la masculinidad hegemónica como discurso con un significado uniforme y unánimemente valorado, “Hegemonic masculinity can be defined as the configuration of gender practice which embodies the currently accepted answer to the problem of the legitimacy of patriarchy” (2005 [1995]: 77). En este contexto de intransigencia la construcción cultural de hombres y mujeres sostendrá los intereses de la ideología patriarcal y no facilitará la evolución de ninguno de los dos géneros, puesto que, como en todo sistema binario, el significado de uno existe solo en relación con el otro y cualquier modificación experimentada en uno tendría una inmediata repercusión en el otro. Se justifica, por lo tanto, el discurso mayoritario de

preconizar la feminidad de las mujeres y exaltar la masculinidad de los hombres tal como se entienden, dice Craig, tradicionalmente: “Masculinity is what a culture expects of its men. In modern American culture [...] participate in and support patriarchy” (1992: 3).

Las principales consecuencias de la insistencia en el orden patriarcal son la desigualdad, la opresión y la violencia, que, lejos de desaparecer, van en aumento. La rígida separación entre lo masculino y lo femenino desemboca en la oposición entre la vida profesional, para la que la sociedad enfoca y prepara al hombre, y la vida doméstica y familiar, que pone los límites a la libertad individual de las mujeres. Señalaremos en este punto que históricamente han sido los libros de conducta los que han fijado los parámetros y han ofrecido pautas sobre aquello que se considera un comportamiento permisible para ambos sexos. En dichos textos, como en este ejemplo de manual puritano de John Dod y Robert Cleaver (1630 [1603]), *A Godly Forme of Householde Gouernment*, se remarcaban en contraposición los espacios femeninos, “Keep the house”, su vinculación con el dinero, “Do not vainly spend it”, su relación con los demás, “Talk with few” y su mejor virtud, “Boast of silence”, frente a los espacios masculinos, “Dispatch all things out of outdoors”, su vinculación con el dinero, “Get goods, Travel, Seek a living, Get money and provisions”, su relación con los demás, “Deal with many men, Be ‘entertaining’, Be skillful in talk” y su mejor virtud, “Be a giver” (Armstrong y Tennenhouse 1987: 8-9).

De forma contraria a la racionalidad desde la que se supone que está construida, y aunque es evidente que la ideología condiciona el desarrollo de ambos géneros, la masculinidad deriva en una mayor represión emocional del hombre. Ante el peligro de contaminación femenina, este reacciona a la defensiva. Hay que decir que la diferenciación se hace cada vez más profunda y permite que la afirmación de una pase por el absoluto rechazo hacia el otro, visto solo, según apunta Chodorow, como representación de lo negativo, “A boy [...] often comes to define his masculinity largely in negative terms, as that which is not feminine or involved with women” (1989: 51). Se insiste, por tanto, en la necesidad masculina de reafirmarse frente al mundo en una suerte de aislamiento, lo que contrasta con una feminidad desarrollada en relación a otros miembros, sea definiéndose como hijas de sus progenitores, esposas de sus maridos, madres de sus hijos o compañeras de sus amantes. Esta es una particularidad

ya señalada por Carol Gilligan en su obra *In a Different Voice* (1982), en la que se analiza la manera en que, a lo largo de la historia, se ha identificado mucho más a las mujeres que a los hombres con esta actitud relacional ante la vida. La contraposición, que también propugnaba Chodorow, “Girls emerge with a stronger basis for experiencing another’s needs or feelings as one’s own” (1999 [1978]: 167), conlleva un difícil proceso de socialización en el que al hombre, más que asociársele con unos valores, se le castiga si cae en actitudes propias del otro sexo por ser un síntoma de debilidad y fragilidad. Para demostrar su hombría y naturalizar la inevitabilidad de la dominación masculina, el hombre tiene que ser capaz de sacrificar parte de su humanidad por su afán de triunfo, su espíritu de conquista y su apelación continua a su superioridad, lo que hace de él un ser más vulnerable en el terreno de lo personal y menos preparado en lo social.

Resulta imprescindible entender, por consiguiente, que la dominación del patriarcado define un marco cuya rigidez e inmovilidad reduce a hombres y mujeres a sus víctimas. Para Joseph H. Pleck se trata de una opresión múltiple, “Patriarchy is a *dual* system, a system in which men oppress women, and in which men oppress themselves and each other” (1995: 10), a la que se someten los individuos sin ningún otro tipo de distinción. La indudable relación entre ambos modos de opresión, “two halves which are intimately related to each other” (Pleck 1995: 10), no los equipara en su totalidad, puesto que, al racional interés propio en subyugar a las mujeres y así obtener privilegios exclusivos, hay que añadir otros elementos para poder explicar la necesidad de dominar a otros hombres y a sí mismos.

Giddens sostiene que es de este modo cómo se unen las dinámicas de poder y las jerarquías de tipo físico, económico o sexual que existen entre hombres, “Men want status among other men, conferred by material rewards and conjoined to rituals of male solidarity” (1992: 60). Kimmel, por su parte, defiende el hecho de que las estructuras de dominación patriarcal recurren a una variedad de formas de agresividad y violencia para comunicar que la lucha por el poder debe restringirse y no incumbe a las mujeres: “Masculinity as ‘homosocial competition’” (2012b: 108). En relación con esto hay que decir que, si bien las mujeres han logrado con sus reivindicaciones reducir poco a poco el peso del patriarcado en sus vidas, más complicado parece cambiar la mentalidad de quienes, a pesar de no acceder al poder, saben que reúnen la principal condición teórica

para alcanzarlo y no renuncian a dicha aspiración, luego la implicación para Pleck parece evidente: “the patriarchal oppression of men may be untouched” (1995: 10). Las consecuencias de dicha circunstancia se analizarán con detalle en el siguiente capítulo, pero hay que aclarar ahora que la sumisión del hombre al patriarcado, que es la expresión del orden y el bienestar social, necesita que el individuo cumpla su papel dentro del sistema económico y laboral y, en una época donde el mundo profesional hace que se sienta más controlado que controlador, el verdadero resultado de la dominación institucional es, advierte Pleck, el opuesto: “most men have very little power over their own lives” (1995: 10).

Influida quizás por esa carencia a nivel individual, pero evidentemente causada por los elementos hasta aquí examinados sobre la dominación institucional, la acción patriarcal insiste en sus patrones de conducta habituales y desencadena reacciones violentas como estrategia para defender la relación de sumisión que se mantiene con los demás. El sociólogo noruego Johan Galtung (2003) lleva años estudiando el fenómeno y utiliza la imagen del iceberg para identificar el triángulo de la violencia, donde la expresión más visible y conocida es la denominada directa, que esconde otras dos, la estructural, que niega las necesidades básicas del individuo y es, por ende, la más dañina, y la cultural, en la que se crea un marco legitimador idóneo donde se concretan estas actitudes. El patriarcado propicia unas relaciones agresivas al alimentar la desigualdad y la opresión en los procesos de socialización. Cabe apuntar en esa misma línea que lo que la cultura patriarcal fomenta en forma de sexismo son valores como el dominio, la fuerza, el poder o el orgullo dentro de unos esquemas de virilidad que se ajustan al prototipo de John Wayne, establecido como norma universal—aunque derive en muchas ocasiones en su síndrome, un desorden mental nacido de la imposibilidad de aplicar ese tipo de heroísmo al día a día.

Dicha asunción de la violencia, una realidad explotada en el ámbito cultural, se transmite de manera abierta en contextos donde la competitividad y el triunfo son los principales objetivos y está algo más oculta en aquellas situaciones en las que el desprecio hacia los débiles se ajusta con precisión a la validación de cualquier medio. A pesar del conocimiento de lo que Michael P. Johnson (1995) denomina “terrorismo patriarcal”, que incluye una amplia gama de ataques verbales, físicos o sexuales por parte del hombre hacia sus víctimas—mujeres y niños principalmente—su, por

desgracia, extendido territorio a nivel global no puede evitar la sorpresa ante lo que Kimmel (2007) describe como naturalidad en la relación que existe en los Estados Unidos entre masculinidad y agresividad, con el efecto de que pasa desapercibida. Katz sostiene que el hecho de que se llegue a tomar como algo identificativo del sistema, “The mistreatment of women is such a pervasive characteristic of our patriarchal culture” (2006: 9), no es óbice para que los lazos entre ambas sean más complejos, según señala Connell, “The connection between hegemonic masculinity and patriarchal violence is close, though not simple” (1987: 184), y así se defenderá en el último capítulo de esta Tesis Doctoral.

Con el objetivo de profundizar en el sometimiento de las mujeres y teniendo en cuenta su vínculo con elementos económicos, que ya sugiriera Claude Lévi-Strauss, “I would go so far as to say that even before slavery or class domination existed, men built an approach to women that would serve one day to introduce differences among us all” (en Chodorow 1989: 99), habría que introducir aquí el concepto de “*intersectionality*”. En el término, acuñado por Kimberlé Crenshaw en 1989 a propósito de las mujeres afroamericanas, concurren varios factores: raciales, económicos y de género, que explican la dificultad de estas para acceder al mundo laboral. Se evidencia así que, dentro de la naturaleza múltiple del poder y junto a los condicionantes culturales propios del patriarcado, hay que estudiar otros, como los económicos.

A tal respecto, debe señalarse que el dominio capitalista hace de los hombres blancos heterosexuales un colectivo que, a su triple forma de privilegio—por género, raza y sexualidad—puede añadir un cuarto motivo que los distingue del resto de la población: su bienestar económico. El hecho de que, además de existir por separado, estos elementos puedan confluir pone los cimientos de un espacio hegemónico aún más restringido; pero también más sólido, donde las conexiones que se dan en dicho grupo conforman lo que bell hooks (1981) ya había denunciado como patriarcado blanco, capitalista y supremacista. En este sistema de control, en el que patriarcado y capitalismo se estrechan la mano, las estructuras de poder no solo se mezclan sino que multiplican sus efectos, algo que contribuye a que la versión contemporánea del patriarcado tradicional se acerque a lo que la teóloga Elisabeth Schüssler Fiorenza (1992) bautizó como “*kyriarchy*”. El concepto, que une al vocablo griego para denominar al señor, *kyrios*, el verbo para dominar, *archein*, expresa la convicción de

que las condiciones privilegiadas se fusionan para ejercer la opresión, asumida como natural e internalizada de manera inconsciente; y es que su poder es tal que coloniza nuestro espacio mental.

El éxito de la concepción patriarcal obliga a una forma de convivencia muy condicionada por otros factores: principalmente la actividad económica y la división laboral. No existe mejor argumento por el cual preservar la sumisión social y sexual de la mujer que reducir de entrada en algo más del cincuenta por ciento los beneficiarios del poder y la riqueza, lo que revela el interés común de los hombres por dar continuidad a un sistema que les asegura ese privilegio. Lo que en su origen pudiera estar fundamentado en la desigualdad física como explicación de la distribución de tareas por sexos adopta, con el paso del tiempo, tintes de anacronismo sonrojante, como señalaba Gayle Rubin: “The division of labour by sex can be seen as a taboo against the sameness of men and women which divides the sexes into two mutually exclusive categories and thereby creates gender” (1975: 180). A pesar de que el esfuerzo por sustentar la división entre hombres y mujeres en la actividad que desempeñan tiene unos límites muy definidos, la vinculación entre ambas construcciones es tal que John MacInnes aclara la relación material causa-consecuencia entre género y mundo profesional: “Gender should be seen as the ideological result of a material struggle over the sexual division of labour; to imagine that gender identity causes the sexual division of labour is mistaken and ultimately expresses the modern form which patriarchal ideology takes” (1998: 2). Entre las razones que el mismo autor aduce se defiende la contingencia histórica y se subraya el interés económico en el origen del modelo hegemónico, tal y como se infiere de la siguiente cita: “masculinity was an ideology produced by men as a result of the threat posed to the survival of the patriarchal sexual division of labour by the rise of modernity” (1998: 45).

La transformación radical que la modernidad supuso para el sistema de producción tuvo sus repercusiones en el plano social, puesto que no se puede seguir apelando a diferencias físicas para explicar la concentración de poder en manos de los hombres. Se procederá entonces a incorporar nuevas virtudes que conformen el modelo social de masculinidad: la fortaleza física y la capacidad de esfuerzo en tanto que herramientas de trabajo se sustituirán por actitudes mentales que representan el mundo burgués, tales como la responsabilidad y seriedad en la preparación académica y

profesional así como aptitudes de liderazgo y control en el espacio laboral, que permitan prosperar social y económicamente, quedando la cuestión de la fuerza bruta como motor de trabajo solo para las clases bajas. Y todo ello porque desde mediados del siglo XVIII en Europa y un siglo más tarde en los Estados Unidos se desarrolla el concepto de patriarcado capitalista, que sustituye a un primer momento precapitalista basado en un sistema de producción más artesanal. Su evolución deriva en ese segundo estadio, identificado con una planificación social que viene marcada por el régimen industrial capitalista propiamente dicho. El nuevo orden se instala para reconciliar extremos que ya en esa época empezaban a resultar, tal y como revela Eisenstein, contradictorios: “capitalist patriarchy, by definition, breaks through the dichotomies of class and sex, private and public spheres, domestic and wage labour, family and economy, personal and political, and ideology and material conditions” (1979: 23). Si con Marx se prioriza el interés económico en tanto que eje central de la crítica materialista para resolver los conflictos de clase y, además, según el principio freudiano económico, “The motive of human society is in the last resort an economic one” (Freud 1991: 353), se colige que el nacimiento del *homo oeconomicus* iba a sostener el beneficio y la utilidad como formas racionales de buscar hacer de la posesión de riqueza un estímulo vital, necesitando, por ello, de todas las defensas posibles.

A pesar de que los criterios para pertenecer a una determinada condición social siguen dependiendo de la división de la población en tres grandes grupos, según sus ingresos anuales sean, por ejemplo, de más de 500.000\$ para la clase superior, “*upper class*”, más de 60.000\$ para la clase media alta, “*upper middle class*”, y menos de 12.000\$ para la clase inferior, “*poverty*”, y de que la tendencia histórica de los estudios sociológicos sea la de preguntar siempre por la clase, a veces por la raza y nunca por el género, se hace difícil dibujar el mapa de los rasgos fundamentales que definen a la población en términos de distribución de riqueza, manteniéndola al margen de la información derivada de otros parámetros. Dentro del marco de la breve historia de los Estados Unidos, que abarca poco más de dos siglos, y dado su nivel económico, a la cabeza del mundo durante buena parte del siglo XX, la relación mutua existente entre identidad y política ha contribuido, entre otros motivos, a la pérdida de la conciencia de clase, considerada, generalmente, una consigna marxista decimonónica trasnochada; y a que se prime la individualidad por encima de la colectividad. Al amparo del paulatino

crecimiento del modelo burgués, que ha invadido el espacio social, la ideología hegemónica ha redefinido su naturaleza. La transformación se ha materializado por medio del desarrollo entre los integrantes de la población de una serie de distinciones que superan el esquema de la estructura de clases, basada de manera exclusiva en cuestiones económicas; y, así, para la mayoría de los norteamericanos, etnia, religión o raza, además de educación, edad o estado civil, ofrecen datos más destacables que los relativos a la clase.

Con la finalidad de analizar el modelo ideológico contemporáneo, los estudios feministas han situado la diferencia genérica y sexual en relación a la preponderancia de la economía. Desde entonces se hace imposible el acercamiento a la masculinidad, y sobre todo al modelo hegemónico, entendiéndolo como constructo aislado. Es necesario, en ese sentido, valorar su función social así como la ideológica y no puede, por tanto, considerarse independiente de los otros parámetros con los que interactúa. Estas investigaciones ponen el acento en examinar la forma en que género, sexualidad y clase se unen en su discurso a los otros elementos a lo largo de la historia en los diferentes grupos. Tras comprobar cómo patriarcado y capitalismo están vinculados dialécticamente, su apoyo mutuo convierte al género en clase social dentro del patriarcado capitalista, y se podrían dar las cifras que indican que las mujeres producen las dos terceras partes de la riqueza mundial pero solo poseen un 1% de ella o que representan el 75% de los más pobres.

Aunque pretendemos evitar caer en discursos demagógicos o en cuestiones meramente nominalistas, lo cierto es que lo anunciado por Monique Wittig, “Masculine/feminine, male/female are the categories which serve to conceal the fact that social differences always belong to an economic, political, ideological order. Every system of domination establishes divisions at the material and economic level” (1992: 124), encuentra confirmación en visiones como la de Connell, que es contundente, “Gender divisions are a fundamental and essential feature of the capitalist system; arguably as fundamental as class division [...] capitalism is run by, and mainly to the advantage of men” (1987: 104). No se trata de una concepción del género completamente nueva, pues ya el crítico literario Leslie A. Fiedler identificaba en 1960 una de las características nacionales, “In this country the only class war is between the sexes” (1960: 90). Esto redundaría en observar las categorías genéricas desde una

perspectiva ideológica, que aclare, por un lado, que el género se mezcla con los otros parámetros que constituyen nuestra identidad, y, en palabras de Judith Butler, no implica univocidad ontológica, “If one ‘is’ a woman, that is surely not all one is” (1990: 3). Por otro lado, tampoco el significado de “hombre” es único y universal, como ya se ha visto, y de ahí se deriva, como hace Tarrant, lo siguiente: “*All men do not dominate all women equally*” (2013: 14).

Por consiguiente, asumiendo que la identidad masculina está a nivel general tan estrechamente vinculada a las estructuras del capitalismo, en especial a la competitividad, es necesario, como hacen Carrigan, Connell y Lee, ir al caso específico, “how particular groups of men inhabit positions of power and wealth, and how they legitimate and reproduce the social relationship that generate their dominance” (1987 [1985]: 92). La consecuencia más extrema de la convergencia de los intereses de los modelos patriarcales y capitalistas es que el propio sistema obliga a que su matriz sea permeable a los reajustes que permiten su continuidad y, paradójicamente, la diferencia deja de ser la presencia o ausencia de pene. Se prioriza, en cambio, la denominada economía fálica masculina (hooks, 1984) o economía política falocapitalista (Fouque, 2008) que tiende hacia un único modelo. Esto es, hacia una sola economía que integrará a todos aquellos que contribuyan a su crecimiento, sea cual sea su género o sexualidad, siempre y cuando se conviertan y comporten dentro del orden donde las nuevas fórmulas no pueden maquillar—insiste Giddens—el fondo de la cuestión: “Capitalism, one of the great driving forces in the expansion of modernity, is a class system which tends to generate major material inequalities” (1991: 228).

La evolución en paralelo y la confluencia de intereses entre masculinidad hegemónica y capitalismo con la finalidad de obtener el control y el poder se puede apreciar en la preponderancia de dos de sus características: el individualismo y la función del mundo laboral, desentrañadas por los estudios feministas postestructuralistas. Por lo que respecta al primero, se considera basado en el pensamiento empírico de John Locke (1690), quien en sus ensayos escribió sobre la identidad personal diacrónica en continuo proceso de construcción biográfica gracias a la memoria que permite la continuidad psicológica en diferentes tiempos y lugares. También tiene influencias de René Descartes (1637 y 1641), el fundador de un individualismo moderno que ya en el siglo XVII buscó en la racionalidad la clave para

llegar a la verdadera naturaleza de las cosas. Su concepción del individualismo racional caló en la forma de entender la naturaleza del ser humano, y más tarde se extendió entre los estadounidenses, que lo hicieron suyo y lo llevan practicando, tal y como pone de manifiesto Rotundo, más de 200 años: “In the United States, individualism emerged as a governing idea in economics, politics, and law during the late eighteenth century” (1993: 279).

Cuando en el siglo XIX la palabra “individualismo” adquiere su connotación de independencia intrínseca y de liberación de una tradición colectiva que ahogaba al individuo, la organización política y económica añadirá la carga ideológica necesaria para transformar las formas puritanas del calvinismo y el modelo protocapitalista en el sueño americano, como lo conocemos hoy en día. La conciencia individual internalizada y su traspaso a la democratización de la moralidad social en la batalla diaria se recogen en movimientos culturales como el Transcendentalismo, con su mezcla de idealismo romántico, casi neoplatónico, y de orientalismo místico panteísta. La celebración de la libertad, la autosuficiencia y la igualdad hizo de la obra teórica de Emerson y de la práctica de Whitman o Thoreau un producto genuinamente norteamericano. Se trata, tal y como insiste Schwalbe, de una filosofía fundamental para entender el estilo de vida que define a los Estados Unidos, donde se somete claramente el sentido de la colectividad al individuo:

American individualism is a hodgepodge of ideas. Its basic tenets are these: individuals freely choose their perspectives, values, attitudes, and paths through life—it is good and right for individuals to make such choices; the workings of society can be understood as arising from the choices made by individuals endowed with roughly equal amounts of information and other resources; social problems can be understood as the freely-made individual choices; and solving social problems is primarily a matter of convincing individuals to act more decently and responsibly (1996: 214).

Su vigencia es absoluta en la modernidad tardía: alejada de una concepción esencialista, da lugar a una construcción dialéctica entre el individuo y la sociedad. Para teóricos de la postmodernidad como Anthony Giddens (1991) es un proceso en movimiento, cuyas sucesivas reelaboraciones van preservando una narrativa propia dentro de las estructuras de poder. Las políticas de identidad contemporáneas han hecho posible la exploración de identidades colectivas de acuerdo con género, etnia o religión, primero, y, después, según otras características, desde la lengua a la profesión o la

proveniencia geográfica, donde la persona puede encontrarse a medio camino entre lo individual y lo grupal. Todo ello constituye, para los dirigentes políticos, una gran ventaja, puesto que mientras la gente se pregunta por quiénes son desde el punto de vista de la historia, el credo y la raza, se evita que se ocupen de lo que sucede y de que se unan con la intención de cambiar lo que no funciona.

La explotación del individualismo ha dado pie incluso a lo que Schwalbe denomina “*therapeutic individualism*”, definido por su gran valía y que este mismo crítico equipara con un método de autoayuda: “This form of individualism holds that in every person there is a unique, true inner self which springs from a divine or mystical source; that every person has an inalienable, even sacred, right to express his or her true inner self; and that the true inner self—being untainted by the corruptions of culture—is a reliable intuitive guide to moral judgement” (1996: 215). Llegados así al extremo de lo que Michel Foucault llamó “*Californian cult of the self*”, que pretendía ser el descubrimiento de la verdadera identidad a través de la psicología y el psicoanálisis, Gilles Lipovetsky ha analizado el culto al individualismo en el orden social moderno en tanto que atributo fundamental de nuestra época, algo que ha provocado que la apode la era de Narciso como sinónimo de *L’ère du vide* (1983), sobre la que escribe.

Este nuevo tipo de individualismo se debe principalmente al paso de una forma capitalista autoritaria a lo que cabría llamar capitalismo hedonista, que se corresponde con una inédita configuración de las relaciones del individuo consigo mismo y con los demás, con su propio cuerpo y con los cuerpos de los otros, pero siempre desde el aislamiento de un narcisismo indiferente a lo que le rodea—sea desde el punto de vista político, económico o artístico. Al compromiso institucional de la modernidad y a su consiguiente nihilismo, la postmodernidad enfrenta el desinterés y el apático egocentrismo como único remedio a la enfermiza inseguridad personal. Bajo esa máscara de debilidad puede esconderse la reacción psicópata del miedo al miedo y del miedo al vacío, que intentan compensarse a través de sucedáneos de identidad como el consumismo a distintos niveles—desde el de productos hasta el de relaciones sociales o sexuales, cuya lógica terminará victimizándolos en mayor grado.

1.4.4. *Yuppies*: la materialización de la ideología

Poco podía imaginar Christopher Lasch, que llamó “me-decade” a los años setenta en su *The Culture of Narcissism* (1979), que en 1991, al reeditar esa obra, iba a tener que aceptar que no solo no hubo una vuelta al espíritu altruista de los sesenta sino que los ochenta habían propiciado el nacimiento de una nueva representación de masculinidad egocéntrica, “yuppies were known for their selfish devotion to themselves” (1991: 237). El nombre de este colectivo, versión actualizada de la eterna obsesión elitista que en otras épocas estuvo identificada con otro acrónimo, W.A.S.P. (iniciales inglesas de “blanco”, “sajón” y “protestante”), será la fórmula que identifique a los Young Urban Professional, quienes encarnan las tres virtudes de la década en cuanto a edad, cultura e identidad. Si el factor edad es seguramente su elemento más novedoso, por responder a una cultura que infantiliza la vida, la identidad y el éxito los equipara prácticamente a producciones de Walt Disney a la vez que acerca su naturaleza heroica a mitos clásicos—pobre descubrimiento es buscar la identidad en la actividad laboral. No debemos olvidar, tal y como nos recuerda Sawyer, que es la misma base tradicional sobre la que se cimenta la construcción de la masculinidad: “Men are breadwinners, and are defined first and foremost by their performance in this area” (1974: 172). En el contexto empresarial anglosajón esta cualidad definitoria se identifica con la figura del llamado “*man in the grey flannel suit*”, cuyo estatus responde a su responsabilidad profesional y familiar, que le otorgan el reflejo de su poder. La ausencia de novedad se refleja también en el hecho de ser una versión modernizada y actualizada del mito norteamericano del *self-made man*, definido por Kimmel con rasgos muy claros: “success in the market, individual achievement, mobility, wealth” (1996: 23). Para Kimmel, se trata de un fenómeno típicamente estadounidense tanto en su denominación, “The term self-made man was an American neologism, first coined by Henry Clay in a speech in the U.S. Senate in 1822” (1996: 26), como en su concepción, “this notion of manhood—rooted in the sphere of production, the public arena, a masculinity grounded not in landownership or in artisanal republican virtue but in successful participation in marketplace competition—this has been the defining notion of American manhood” (Kimmel 1994: 122). Construirse uno mismo conlleva exaltar la determinación, la confianza, la autoestima y el sentido de la independencia, valores que, según sostiene

Kimmel, alcanzaron su cénit con uno de los personajes más representativos de ese modelo, el presidente Theodore Roosevelt: “America’s self-proclaimed and self-constructed real man, Roosevelt was, as he proclaimed, a completely self-made man” (1996: 181).

Casi 100 años más tarde, otro presidente, Ronald Reagan, soñó con una nueva América y, en su recuperación de mitos, fomentó un modelo de identidad masculina hegemónica que llevó al extremo la competitividad en todos los ámbitos: desde el personal al profesional, confundiéndolos muchas veces—como en el caso del *yuppy* de Wall Street, la encarnación del mito del éxito. A este respecto hay que decir que la cultura estadounidense separa de forma brutal al triunfador del perdedor, el *loser*, algo que se inculca desde las primeras etapas de la educación, “In the United States, winning is the central theme in the making of a boy’s self-image” (Shatan en Craig 1992: 135). El fenómeno es si cabe más notorio en momentos de crisis, cuando, con la promesa de la felicidad, el sistema utiliza todos los medios a su alcance para incidir en las ventajas de la mentalidad ganadora. Como paliativo a los peligros de la época, enriquecerse en poco tiempo y mostrarlo se convierte en la respuesta neoliberal conservadora de una era en que el peso de la economía en la política y la sociedad se había acrecentado y el país estaba cambiando el modelo desde uno industrial a otro más financiero. En relación con esto, cabe señalar que los mercados de valores dieron la posibilidad de hacerse con grandes fortunas en un espacio de tiempo mínimo, lo que multiplicó las nuevas formas de un capitalismo avanzado, supeditando cualquier tipo de moral al mundo de los negocios. Nunca había estado tan clara la fórmula para lograr la hegemonía social, el poder económico y el triunfo político. Tampoco antes el éxito había tenido un carácter tan marcadamente materialista: gracias a la especulación bursátil, el triunfador del mundo de los negocios puede obtener su recompensa sin atender a criterio de moralidad alguno.

La figura del *yuppy* promueve el instinto depredador, hasta el punto de que su trabajo adopta el patrón de un ejercicio de acoso y derribo de enemigos, donde la obsesión por competir le hace moverse por Wall Street con las mismas estrategias que por una jungla, siendo los negocios el referente contemporáneo de las luchas primitivas por la supervivencia. Los valores de estos prototipos de la masculinidad hegemónica no varían con respecto al modelo del guerrero del Neolítico, como atestigua uno de los

mejores representantes de la época, Donald J. Trump, en su libro *Trump: The Art of the Deal* (1987), escrito con Tony Schwartz. El trabajo indaga en lo que el autor piensa que son sus primeros ejemplos y sus primeras muestras de personalidad y de la misma manera que habla con orgullo de que robaba a su hermano pequeño, también menciona que fue a una escuela militar y allí encontró ejemplos a los que admirar, “in particular [...] a former drill sergeant in the marines, [who was] the kind of guy who could slam into a goalpost wearing a helmet and break the post rather than his head”, y a los que considera representantes del “*Real Man*”; es decir, un ideal del tipo de hombre capaz de “go for the jugular if he smelled weakness”, pero que te tratan “‘like a man’ if you ‘finessed’ him with respect” (Trump y Schwartz 2009: 73-74).

De hecho, el *yuppy* retoma la retórica de la masculinidad en lo referente a la afirmación de la propia personalidad a través del coraje, la dureza y la seguridad en sí mismo para alejarse de la debilidad femenina, y mezcla la fuerza atávica de esos mitos con las circunstancias más cotidianas de su actividad laboral. La permanencia de tales comportamientos marca el carácter de los triunfadores, lo que puede interpretarse como una creación hiperbólica de una tendencia guiada por las directrices del poder, que exige, como señalan Pleck y Sawyer, el éxito siempre con los medios propios de su género:

“Tough decisions” are made not only in the Pentagon and the White House, but also in Wall Street and Detroit. Business executives succeed in their ability to make decisions that promote the interests of the corporation [...]. The need to choose corporate profit over social need is made easier by an emotional insensitivity that permits men at the top who make those decisions not to feel too directly the pin of the people whose unmet needs they could but not serve (1974: 124-125).

La agresividad y prepotencia de la llamada “*small boy mentality*”, que impera entre los dirigentes y centros de poder norteamericanos, significa anteponer los intereses corporativistas a cuestiones personales. De ahí que respeto y lealtad ciegos a la política de empresa identifiquen al buen trabajador, que sacrifica su subjetividad y criterio en aras de un mejor funcionamiento colectivo, hasta el punto de que nada ni nadie debe ser obstáculo para que la decisión que se tome sea la mejor desde el punto de vista económico. En consecuencia, negar los sentimientos y ocultar las emociones son los medios adecuados para ser más competitivos, por la relación existente, subrayan Strikwerda y May, entre la inexpresividad sentimental y la capacidad de opresión: “The

social practice of men failing to develop and express their feelings does have the consequence that men in general are more able to oppress than would be true otherwise” (1996: 80). Los *yuppies*, en efecto, actúan de una forma marcada por el control, el cálculo y el análisis con el objetivo de ser capaces de tomar decisiones bajo la presión de conocer los multimillonarios beneficios o el descalabro económico para sus empresas. Y es que, a fin de escalar en el organigrama empresarial, deben convertirse en modelos de racionalidad, un comportamiento donde no hay espacio para dejarse llevar por sentimentalismos. Contar con la capacidad de controlar la mente y el cuerpo y mantener la calma sin mostrar la más leve señal emocional se inserta a la perfección en el ideario de masculinidad. Normalmente esta conducta—fundamentada en la misma actitud hegemónica—responde a la dialéctica de la competitividad, otro concepto, nos recuerda Rotundo, decimonónico, “The word competitive did not even enter the English language until the early nineteenth century” (1993: 245-6), que el capitalismo vincula con la masculinidad—utilizando la ética del trabajo y la satisfacción del deber cumplido como una forma de control.

A pesar de ser individuos integrados de manera plena en el sistema, en el sentido de que, tal y como señala Kimmel, su seña identitaria está asociada con la vida pública, “the central characteristic of being self-made was that the proving ground was the public sphere, specifically the workplace” (Kimmel 1996: 26), la exaltación de las virtudes masculinas en el puesto de trabajo recompensa un comportamiento irrespetuoso e individualista para terminar de configurarlo como núcleo de su identidad. Esto es algo que Trump aprendió de joven, según revela en el libro antes citado:

Even in elementary school, I was a very assertive, aggressive kid. In the second grade I actually gave a teacher a black eye—I punched my music teacher because I didn’t think he knew anything about music and I almost got expelled. I’m not proud of that, but it’s clear evidence that even early on I had a tendency to stand up and make my opinions known in a very forceful way. The difference now is that I like to use my brain instead of my fists (Trump y Schwartz 2009: 71-72).

Dicha actitud, en un ámbito donde, por encima de los conocimientos académicos, se valora el riesgo y la capacidad de afrontarlo y dominarlo, conduce a primar la determinación y la osadía personal como fórmula hacia el éxito. Una vez que el espacio en el que la testosterona impera y que la aceptación de las directrices impuestas por el mundo financiero se redefinen en una nueva versión de los viejos estereotipos, el mayor

peligro no reside en identificarse con el trabajo, sino en equiparar la satisfacción por ser capaz de proveer con una cuestión vinculada con la masculinidad y hacer de las métodos laborales fuente de normas y mecanismos de defensa para aplicarlos al resto de las facetas de la vida. Al no ser una práctica única, como ya se ha dicho, aunque sí llevada al extremo por los *yuppies*, se puede usar la advertencia, que ya hacía el matrimonio Pleck (1974), sobre la relación de la mayoría de los hombres con su profesión, puesto que “a job that denies our full humanity” (1974: 125) plantea dificultades a la hora de aislarlo del resto de las facetas y de poner límites para que esa deshumanización en el trabajo no se haga extensiva a un entorno más personal o familiar. El hecho de trasladar los criterios laborales a nuestras vidas en un intento por controlar y optimizar los resultados es una idea que propuso Nozick en 1974 en su obra *Anarchy, State and Utopia*, donde compara a los individuos con empresas en miniaturas. Aunque ha sido más recientemente cuando la socióloga eslovena Renata Salecl en *On Anxiety* (2004) ha incidido en las consecuencias de la idea de poder gestionar la vida con mentalidad de gestor empresarial, una actitud que desemboca en el aumento de nuestra ansiedad y frustración.

En el caso de los *yuppies*, la expansión del carácter obsesivo que define su personalidad—ejemplificado en la creación de léxico como “*workaholic*” para designar su dependencia física y mental de la actividad laboral—a otros espacios y tiempos tuvo repercusiones en el día a día así como en la transformación del anterior reparo puritano a hacer ostentación pública de la riqueza en una edad de oro para el consumismo. La configuración de una identidad social necesitó de referencias visibles que sirvieran de signos de poder para la identificación del fin conseguido, erigiendo a sus protagonistas en la imagen perfecta de la sociedad consumista y justificando su forma de vida. La presión del éxito y los deseos de triunfar internos se compensaron, a escala mayor, con la versión más espectacular de un sueño americano tan palpable, manifiesto y reconocible que su naturaleza mental se hizo realidad en un eterno presente de felicidad comprada con tarjeta platino. La competitividad y el individualismo hicieron el resto en el juego de divinización del dinero y el poder acumulados y redujeron el hedonismo a una transacción comercial de un individuo convertido en consumidor cuyo lema, “compro luego existo”, reformula el cogito cartesiano para presentar al nuevo sujeto de la postmodernidad.

Tal reterritorialización de los deseos en una sociedad conservadora (Deleuze-Guattari, 1980) fue la prueba más evidente de la buscada ambigüedad ideológica. Dicha dualidad compaginó un discurso tradicional sobre el poder, que otorgó a los hombres la seguridad de defender intereses comunes y justifica toda clase de tensiones, presiones y coacciones, con una mentalidad liberal, que les infundió el valor para temer y evitar la intervención política que pusiera límites a sus aventuras financieras y negocios. El doble discurso, o la mezcla de conveniencia individualista y carencia de principios con la cercanía a posiciones de un estatuto privilegiado de autoridad y poder, hizo que este colectivo elitista representase a la perfección la unión material de patriarcado, capitalismo y masculinidad hegemónica. En definitiva, el mundo de Wall Street y el capitalismo feroz que simboliza se identifican plenamente con la extrapolación de la máxima que dio Jung sobre el significado de ser un hombre y ayudan a entender su aplicación a un contexto donde la prioridad de una concepción egoísta no implica una subjetividad responsable, “Masculinity is knowing what one wants and doing what is necessary to achieve it” (Jung en Ryce-Menuhim 1996: 68-69).

**CRISIS DE LA MASCULINIDAD:
DEL OXÍMORON A LA REDUNDANCIA**

“The greatest enemy of man is man”.

—Robert Burton, *The Anatomy of Melancholy*

2.1. Introducción

En el presente capítulo examinaremos la crisis de masculinidad que, desde los años ochenta, se percibe en los Estados Unidos. Con la finalidad de comprender mejor la auténtica naturaleza de la crisis, se aborda primero el significado de dicho concepto no como final sino como transformación. Asimismo, se revisa brevemente la historia de la masculinidad norteamericana para identificar síntomas y causas que se repiten en el tiempo y comprobar que esta construcción conduce de forma periódica a estados críticos de ansiedad masculina, que, si bien ponen de manifiesto la dificultad de dar respuesta a las exigencias de la masculinidad, también demuestran que, en su caso, las diferentes crisis no han conllevado su desaparición. En la segunda parte del capítulo, se profundiza en la crisis de los ochenta, donde se unen, por un lado, factores que dificultan el mantenimiento de una ideología basada en una idea de género tan trasnochada, el análisis último de lo que tal modelo entraña y la realidad del patriarcado hoy en día; y, por otra parte, el estudio específico de hechos que afectaron a la realidad del hombre medio norteamericano: más concretamente, la situación política y económica del país en esa década. Todo ello dentro del clima crepuscular de final de siglo y el peso de la crítica postmoderna, que impidieron preservar la seguridad en certezas tradicionales, un acercamiento que ocupa el resto de un capítulo donde se visibilizan los problemas derivados de la ideología hegemónica.

2.2. Aproximaciones al concepto de crisis

2.2.1. (Ir)realidad de una crisis

Ante la cada vez más extendida popularidad de la crisis de la masculinidad se hace necesario un estudio detenido del significado de lo que ha pasado a ser una “colocación” lingüística, detrás de la cual se halla un complejo mundo de intereses entre los que destacan los de quienes, lejos de ver peligrar su hegemonía, buscan aprovechar dichos momentos de dificultad para reforzar su poder. A pesar de su entrada en el imaginario colectivo, la crítica especializada no es tan unánime a la hora de atestiguar su existencia o, al menos, ofrece distintas visiones sobre su realidad. Así, desde la afirmación sin mayor matización, “[M]asculinity itself is in a crisis” (1977: 123) o “A genuine and profound crisis of masculinity is sweeping North America and Europe” (1993: 6), propuesta por Tolson y Kaufman respectivamente, hasta su negación por parte de Whitehead, quien solo acepta su dimensión discursiva: “At the level of factual ‘truth’ the crisis of masculinity does not exist; it is speculation underpinned by mythology. Nevertheless, what is factual is that such a discourse exists in the public domain” (2002: 62). También se dan posiciones intermedias, que la ponen en duda, “Modern manhood, so it seems, is in a state of crisis” (Krimmer 2000: 30), que la matizan, “Although some men in some situations are perhaps in some kind of crisis [...] this does not equate with a crisis of masculinity as a set of characteristics, values or dispositions” (Edwards 2006: 3), o que se atreven, como hace Connell, a aplicar la crisis al sistema de género en su totalidad—aunque ello no conlleve su desaparición: “It [masculinity] is rather a configuration of practice within a system of gender relations. We cannot logically speak of a crisis of configuration; rather we might speak of its disruption or its transformation. We can, however, logically speak of the crisis of a gender order as a whole, and of its tendencies towards crisis” (2005 [1995]: 84). Muy similar a la concepción de Horrocks, para quien la crisis de la masculinidad occidental es un todo inseparable: “I shall suggest that masculinity *is a crisis* for men today” (1994: 1).

Todos estas aproximaciones son compatibles; y lo son, en parte, por la propia naturaleza del concepto de crisis. En concreto, por su riqueza semántica, que permite entablar un diálogo entre las ciencias y las humanidades y, de forma más específica, entre la medicina y la psicología moral, y por lo híbrido de su significado, derivado del término griego *κρίσις*, que se refiere a la discriminación, y de *κρίν-ειν*, que significa “decidir”, tanto para referirse a un momento malo como para indicar su superación o, por lo menos, la percepción positiva de que así sea. Citando a Derrida, Harman recrea el encuentro entre lo positivo y lo negativo al que se presta la dualidad de ciertos términos clásicos:

It is also possible to draw parallels here with Derrida's discussion in *Plato's Pharmacy* of how translations have rendered the Greek *pharmakon* into either ‘remedy’ or ‘poison’ even though the term can equally mean both, covering over the double meaning and ambiguity of the term. The *pharmakon* marks the point where ‘the good’ and ‘the bad’ are to be decided, but the decision covers over the contingency of the choice (2011: 34).

Esta mezcla de enfermedad y curación le otorga un estatus de punto de inflexión entre la hecatombe y la esperanza, una acepción de cambio que gráficamente se expresa en mandarín combinando los caracteres de peligro y oportunidad, y que popularizó Churchill al enfatizar que toda crisis encierra un tanto por ciento de desastre, pero otro tanto de posibilidad de mejora. Queda claro, por todo ello, que el elemento psicológico y la reacción social ante las dificultades son las claves para hacer que prevalezca uno de los componentes de su ambigua y ambivalente condición, y que se pueda hablar del poder curativo de las crisis.

2.2.2. Breve historia de una crisis eterna

Desde que emergiera en tiempos de la Ilustración, el concepto de crisis se convirtió en la piedra angular para entender la época moderna y, en especial, su manera de afrontar las sacudidas sociales y culturales hasta nuestra contemporaneidad. No en vano permite procesos de transformación racionales en los que los nuevos paradigmas sociales sustituyan a los antiguos sin efectos traumáticos. Aplicando otro de los preceptos de la modernidad, enunciado por el científico francés Antoine Lavoisier como, “Nada se crea y nada se destruye; todo se transforma”, se puede intuir que

subyace el mismo mecanismo de conservación de energía como principio ecológico. Ante el peligro de la disolución de la moral y el orden, las sociedades avanzadas optan por la adaptación a los cambios y por la revisión de alguno de los parámetros que se considera superado o insuficiente con la intención de aceptar las crisis como fases de un ciclo de eterno retorno donde toda forma de futuro está predeterminada por la revisión de un presente anclado en el pasado. Las modificaciones no suponen una ruptura con lo anterior sino una mutación obligada por la insostenibilidad de una situación a la que hay que hacer frente con medidas. La idea de que el sistema continúe funcionando conlleva hallar técnicas de resolución novedosas y aplicar reajustes ante problemas inminentes, por lo que al carácter absoluto, dramático y drástico, se sustituye una toma de decisiones y una serie de fenómenos que, perfectamente orquestados y secuencializados, producen el efecto deseado: transformar la amenaza en eficacia.

Las crisis no responden, por lo tanto, al desconcierto esporádico de un sistema de valores sino a mecanismos de autorregulación aceptados e incluso, a veces, fomentados por la propia maquinaria de poder. Las posibilidades de desarrollo que cada crisis encierra evitan el desequilibrio y otorgan un carácter relativo y de duración determinada, haciendo de ellas un fenómeno que remueve y agita, pero rara vez rompe e implica un inicio desde cero. Muy al contrario, la tendencia es la siguiente: las medidas adoptadas en los momentos más difíciles se dirigen a salvaguardar el *statu quo*, optando por la versión conservadora del concepto de crisis. Se abusa así de su acepción más negativa y se apela directamente a su función de alarma social, aquella que se utiliza desde posiciones reaccionarias para advertir de grandes desgracias derivadas de la supuesta decadencia moral y sus catastróficas consecuencias. Tal es el caso de la retórica de la New Right, que, valiéndose de la amenaza del colapso del país, aupó al poder a Ronald Reagan en los ochenta. Se afirma, con ello, la imperiosa necesidad de reducir todo cuestionamiento pluralista a la defensa a ultranza de una ortodoxia tradicionalista autocomplaciente—permitiendo que el monocolor del pensamiento único domine. En otras palabras, lejos de buscar el bienestar social, se elige fortalecer el interés individual o grupal hegemónico minoritario.

Es, por consiguiente, poco productivo hablar de crisis de la masculinidad en clave apocalíptica, sobre todo si tenemos en cuenta que, como se demuestra a continuación, la historia de la masculinidad estadounidense es la breve historia de una

crisis eterna. La perspectiva histórica pretende aportar luz sobre la dimensión de la crisis contemporánea para, por un lado, descartar su naturaleza única y, por otro, comprender el significado de la sucesión de crisis, que no han dado lugar a la desaparición del constructo de género sino que han insistido en su conexión con criterios políticos, económicos y sociales. Es esta una de las finalidades de Michael Kimmel cuando en sus primeras palabras de *Manhood in America: A Cultural History* atestigua lo que él considera un grave déficit: “American men have no history” (1996: 1). Sin entrar en si cualquier obra histórica que no mencione con carácter explícito a las mujeres en su título es una historia del hombre como término no marcado equivalente a ser humano y como protagonista absoluto de la historia tal como se ha entendido hasta nuestros días, el novedoso ensayo, que trata al hombre como género y no como especie, tiene entre sus mejores virtudes llamar la atención sobre el vínculo entre ambas nociones, un aspecto al que Kimmel se refiere de esta manera: “We cannot understand manhood without understanding American history. But I believe we also cannot fully understand American history without understanding masculinity” (1996: 2). Y esto implica que la historia de los Estados Unidos y la masculinidad se conciben ahora unidas por sus relaciones de poder—sean estas de tipo económico, político o social—y por sus búsquedas y apoyos para conseguirlo.

Hay que destacar que su historia cultural surge de la necesidad de verlas en su conjunto. A tal respecto, Kimmel apunta que experimentaron un proceso de convergencia desde su origen mismo, “The birth of a nation was also the birth of a New Man” (1996: 20), al considerarse—como sugiere Leslie Fiedler—fruto del espíritu de la racionalidad y de la modernidad tras la Revolución Francesa: “America [...] has been shaped by the ideals of the Age of Reason” (1960: 36). Eso sí, de una forma interesada, ya que se rechazó de plano lo que la Ilustración había provocado en Europa, aquello a lo que Badinter se refiere en estos términos: “feminization of customs and of men” (1992: 12). Frente a la denostada decadencia física y moral europea, emerge la figura del estadounidense como su superación, una fórmula que toma lo mejor del modelo europeo—el control racional—y rechaza su debilidad, imbuyéndose en un espíritu salvaje y aventurero. A partir de 1620 el carácter mesiánico había prevalecido entre quienes fueron en busca de un nuevo mundo para dejar atrás los males del viejo continente, como ya habían denunciado los puritanos y trabajos como *Anatomy of*

Melancholy (1621), donde Robert Burton trata el excesivo contacto entre el cuerpo masculino y los fluidos femeninos como causa de enfermedad humoral que contribuye al lamentable estado de aquello que analiza.

Su obsesión había sido alejarse de un modelo en crisis por afeminado y débil y donde las ridículas pelucas, símbolo de autoridad, no podían—según advierte Kimmel—seguir ocultando sus grandes miserias: “If men were feminized, they might as well be French” (2012a: 140). Se puede decir, en definitiva, que la masculinidad del nuevo continente se desarrolla a partir de una crisis de la europea, que tuvo su máxima expresión en la Inglaterra de la Restauración (1688-1714); y que, en oposición a sus inseguridades, era la expresa voluntad de los sanos colonos abrirse paso y encarar los peligros de la naturaleza y de los indígenas con una actitud vital diferente en un momento en el que si bien, “Early New Englanders rarely used words like manhood and masculinity” (Rotundo 1993: 10), la dimensión política, económica y religiosa de su causa estaba refrendada por una retórica masculinista beligerante.

A finales del siglo XVIII la lucha edípica de una sociedad guerrera condujo a la independencia política y a la creación de un modelo de hombre, dos circunstancias que favorecieron el desarrollo de un nuevo sistema económico. Hay que decir, con Kimmel, que hasta entonces el colono no había tenido la oportunidad de romper con los lazos de una madre patria que lo infantilizaba desde el punto de vista psicológico y en el terreno económico lo castraba, manteniéndolo en un estado de semiesclavitud: “The real problem was that as long as the colonies remained in British hands, it seemed to all that manly autonomy and self-control were impossible. Being a man meant being in charge of one’s own life, liberty, and property” (1996: 18). Desde su nacimiento, masculinidad y estado han ido de la mano para subrayar la importancia del momento fundacional, y el binomio que une la virilidad a los ideales de los guerreros continuará vigente por la necesidad de defender su comunidad y de hacerla crecer para asegurar su permanencia. Ya en 1782 Hector St. Jean de Crèvecoeur se pregunta qué es este americano, afirmando que los Estados Unidos había engendrado una raza formada por individuos de todas las naciones que, a través del trabajo, iban a transformar el mundo, convirtiéndose en la sociedad perfecta.

Desde entonces, la relación entre masculinidad y estado ha sido una de las claves históricas que ha conformado el imaginario colectivo estadounidense sobre el

comportamiento propio del género. A tal respecto, hay que recordar que América se construye esencialmente como utopía teológica, un proyecto nacional con una misión divina ya identificada con claridad en el texto fundacional de Cotton Matter *Magnalia Christi Americana* (1702), donde reflexiona en torno a la recreación de la tierra prometida, y que se unirá poco después a la expresión que creó en 1845 John L. O'Sullivan, "Manifest Destiny", según el cual: "[O]ur country is destined to be the great nation of futurity" (1839: 430). A pesar de ser la imagen del futuro de una humanidad que avanza, en forma de marcha militar, hacia el imperialismo (representado en la primera persona plural del pronombre personal y en la creencia de que el expansionismo territorial equivale al progreso), su lenguaje, que apela a valores como la independencia y la autonomía en su doble lectura de lo individual masculino y lo colectivo nacional, delata, según advierte Mosse, el marco histórico en que nace: "The manly ideal corresponded to modern society's felt need for order and progress and for a countertype that would serve to increase its self-confidence as it emerged into the modern age" (1996: 77).

No es casual que, junto con otros rasgos de modernidad, este patrón de masculinidad se vea propiciado por dos circunstancias históricas: la primera, de índole social y, la segunda, racial. El desmantelamiento del orden medieval, basado en la jerarquía piramidal y el estatus, dio origen al individualismo, que se instauró en Norteamérica y se desarrolló como uno de sus principales valores, por representar capacidad y poder. Allí recibió el beneplácito de Emerson, que no concebía la modernidad sin el novedoso modelo de individualismo: "The modern mind believed that the nation existed for the individual, for the guardianship and education of every man [...] the individual is the world" (1883: 308). Por un lado, esta lectura de las enseñanzas de Adam Smith fue dejando atrás el concepto tradicional de estado paternalista y protector. Por otro, la masculinidad en los Estados Unidos se construye desde sus inicios en contacto con el mundo no europeo o, mejor dicho, en contraposición de ese Otro, que se asocia con inferioridad y subordinación. El rechazo de lo diferente por razones raciales y la idea binaria de identidades se erigen en uno de los parámetros de la construcción genérica que se irá ampliando a otros contextos: las relaciones con el mundo femenino—motivo de ansiedad en cuanto a su perniciosa cercanía y la consiguiente feminización de los hombres—y, por extensión, con el

homosexual, siempre acotando un reducido espacio de lo definido como la normalidad defendida a la fuerza y desde la exclusión para mantener el poder.

El refuerzo mutuo de la utopía que une estado y masculinidad norteamericanos en su ideal de hegemonía blanca, entendida como híbrido entre lo salvaje y lo civilizado, adquiere en los últimos decenios del siglo XIX su mejor definición en lo que se conoce por tesis de Turner, basada en la conferencia que el historiador estadounidense Fredrick J. Turner pronunció en 1893 con el título de “The Significance of the Frontier in American History” (1963) y con la que estableció la frontera como principio fundacional del vigor de sus compatriotas, al representar “the meeting point between savagery and civilization” (2011: 2). En una década que había visto el final de la frontera del oeste, el autor anuncia el derecho a preservar ese espíritu conquistador en aras de un expansionismo que ampliará por voluntad divina sus territorios, siendo este límite, “the line of most rapid and effective Americanization” (Turner 2011: 2), y sus implícitos beneficios, “The most important effect of the frontier has been the promotion of democracy in here and in Europe” (Turner 2011: 19), la narrativa que mejor conserva el carácter pionero, al que subyacen evidentes intereses territoriales y económicos.

La virilidad guerrera del imperialismo tuvo en su mito más autóctono, en estado de permanente renovación, tal éxito que permanecerá vivo entre sus descendientes—tanto a nivel personal como político. Eso sí, rodeado siempre, según advierte Turner, del mismo dudoso objetivo, “frontier individualism has from the beginning promoted democracy” (2011: 19), y su si cabe más sospechosa derivación, “the growth of nationalism and the evolution of American institutions were dependent on the advance of the frontier” (Turner 2011: 15), una circunstancia que ha prolongado la necesidad de contar con un patrón de masculinidad donde violencia y marcialidad ocupen una posición central. El representante por excelencia de dicha unión del ideario masculinista y la política, especialmente exterior, fue Theodore Roosevelt, quien aplicó su *big stick* para salvaguardar la paz y el orden; primero, en el conjunto del continente, como corolario de la doctrina Monroe, y, más tarde, en el resto del mundo. Entre la realidad y la ficción, su conversión de urbanita asmático a intrépido vaquero se produce en el marco del gran mito norteamericano: el lejano oeste, donde la historia, con sus motivaciones políticas y económicas, y la masculinidad, con parafernalia propagandística, se dan la mano, según destaca Roger Horrocks: “One only has to think

of Theodore Roosevelt who led his ‘Rough Riders’ in the Spanish-American war, and wrote books extolling the manly virtues found in the West” (1995: 19).

Por medio de los recuerdos que de su vida de *cowboy* dejó, entre 1889 y 1896, en *The Winnings of the West* y del aliento que inyectó a sus compatriotas para redescubrir el significado de ser hombre a través de la acción y la voluntad de vencer, dotó a esta narrativa de energía y forjó una imagen que combinaba dos elementos principales: “the top rung of the ladder of social aspiration and the gladiatorial animal arena sensed at the bottom” (Roosevelt en Leverenz 1994: 33). Hay que sumar a ello su contribución al mito de “The Last Real Man”. El “coronel” encarna lo que Leverenz retrotrae a los protagonistas de las novelas de James Fenimore Cooper como *The Last of the Mohicans* (1826), donde se expresa la preocupación por la decadencia de un modelo de hombre de la frontera que se despidе con nostalgia de un mundo a punto de desaparecer, el mundo del honor. Para Leverenz, sus características, “To be aggressive, rebellious, enraged, uncivilized: this is what the frontier could do for the European clones on the East Coast” (1994: 32), se pueden reconocer en personajes del tipo de Davy Crockett; y también en todos aquellos que aunaran esa mezcla de hombre civilizado de clase alta y bestia que se guía por sus instintos más salvajes. El fundador en 1812 del partido National Progressive, más conocido como Bull Moose Party, es su representante más elocuente en cuanto que se identifica con los valores estadounidenses que ponen en contacto la nación y la masculinidad, tal y como se desprende de su definición de 1899 sobre el hombre del oeste como epítome de “stern, manly qualities that are invaluable to a nation” (Buscombe 1993: 181).

No obstante su optimista visión, el intento de naturalizar y universalizar el poder del hombre tiene un claro mensaje ideológico, de reminiscencias pro-capitalistas y fundamentado en relaciones de poder. Leverenz desglosa su verdadera dimensión en seis aspectos que anuncian, desde posiciones críticas, la mayoría de los problemas del modelo establecido de masculinidad: van desde cuestiones de homosociabilidad hegemónica, “ideologies of manhood have functioned primarily in relation to the gaze of male peers and male authority” (1994: 40), a la homofobia, “the myth has become more homophobic and more ambiguously playful about sexual identity” (1994: 41), y la misoginia, “the myth continues to idealize, marginalize, and mutilate women” (1994: 41); o aspectos de clase como: “a middle-class man’s sense of being powerless or

unreal, or incoherent at the edges of his gender construction, can be produced by a workplace-fostered obsessionality in which the safest way to feel embodied desire is to hyperventilate about homosocial achievement or dominance” (1994: 42) o “upper-class status seems stereotypically inadequate to empower masculine privilege” (1994: 42), y, para terminar, el eterno dilema: “an ambivalence about the powers of the female body saps the strength yet girds up the loins of these Last Real Men” (1994: 42).

Lo más preocupante no reside en la fantasía infantil de unos planteamientos que simplifican el dominio patriarcal y que llevan a la confusión y la frustración del individuo sino, y esto a pesar de la progresión que el propio autor ve en el mito, la tenacidad y la vigencia de todos estos temas no resueltos, que son la base de las diferencias entre individuos aun hoy en día. La persistencia del mencionado mito se explica con una segunda lectura a la cita inicial de Kimmel sobre la ausencia de historia de los hombres norteamericanos: la reticencia a evolucionar por parte de los hombres que ostentan el poder y la consiguiente falta de cambios profundos dentro de la masculinidad hegemónica, que se resiste a la modificación hasta tener asegurada su continuidad. Huelga decir que el origen de dicha negativa reside en el temor a la pérdida de poder, un hecho que, a su vez, da pistas de por qué, solo ante factores externos y la inminencia de peores consecuencias, el modelo acepta alguna transformación para seguir detentando su posición de fuerza.

La vinculación existente entre atributos del modelo de masculinidad (por ejemplo la fuerza, el coraje y la agresividad) y del económico (el individualismo, la competitividad y la independencia) conforma, según sostiene Mosse, los estereotipos tan propios de la pasión moderna por un sistema de clasificación que ayuda a crear grupos homogéneos: “to determine, and was in turn influenced, by what were considered normative patterns of morality and behavior, that is to say, typical and acceptable ways of behaving and acting within the social setting of the past centuries” (1998: 4). Desde el inicio de su andadura como país, se unieron en territorio estadounidense los discursos más transcendentales de la mentalidad puritana, que lo asociaron al voluntarismo y la lucha, y los intereses más prácticos, como los comerciales, que buscaron el proyecto político idóneo. Bret Carroll considera que dicha homogeneización—reflejo de unas circunstancias históricas, políticas y económicas específicas—no aporta elementos que no hubiesen estado en concepciones anteriores,

pero ayuda a desvincularse de un pasado de servidumbre y a optar por un futuro de autonomía y prosperidad política y económica, explicándose así su perpetuación y su identificación con la idea nacional y con la retórica de la masculinidad en el denominado sueño americano: “Like American national identity itself, the so-called American Dream began and remains, ideologically linked to white masculinity” (2003: 3).

La relevancia del contexto histórico, político y económico conforma los modelos de masculinidad hegemónica, y hace que se pueda examinar su evolución en paralelo. La mayor parte de los autores que se ocupan del estudio diacrónico de la masculinidad norteamericana se remiten a esos parámetros. Así, Kimmel distingue una configuración inicial, el “*Genteel Patriarch*”, que comprende desde el año 1776 al 1865 y donde dominan los primeros terratenientes; de ahí se pasa al “*Heroic Artisan*”, que se extiende hasta 1900 y que está encarnado por los trabajadores de la tierra y por pequeños comerciantes; y, finalmente, al “*Marketplace Man*”, cuya identidad se basa en el éxito económico comercial, “Manhood-rooted in the sphere of production, the public arena, a masculinity grounded not in landownership or in artisanal republican virtue but in successful participation in marketplace competition” (1994: 122). En una línea similar, Rotundo, reconociendo el carácter elitista del estereotipo hegemónico, “the experience of the Northern middle class, a small proportion of the American population who used their vast economic and cultural power to imprint their values on the nation” (1993: 2), sugiere también tres fases en su cronología: primero, “*communal manhood*”, que se corresponde a la época colonial de Nueva Inglaterra antes de 1800 y está fundamentada en la superioridad del hombre sobre la mujer y en la identificación del proyecto masculino con la comunidad; la segunda etapa sería la llamada “*self-made manhood*”, donde los cimientos de la masculinidad se establecen en el trabajo y lo que individualmente se es capaz de alcanzar; y el tercer momento, a finales del siglo XIX, “*passionate manhood*”, cuando se priorizan de manera tan positiva las características consideradas masculinas (dureza, competitividad o ambición), que, además de aplicarse al mundo laboral, se extrapolan a ámbitos personales y sociales. Siguiendo las mismas pautas que elevan a posiciones de dominio la interacción entre masculinidad y sistema político-económico, el matrimonio Pleck divide en cinco periodos la evolución del modelo hegemónico norteamericano, “*the Agrarian Patriarchy*” (1630-1820), “*the*

Commercial Age” (1820-1860), “*the Strenuous Life*” (1861-1919), “*the Companionate Providing*” (1920-1965) y “*after 1965*” (Pleck y Pleck 1980: 6).

En este rápido repaso por diferentes periodizaciones, Leverenz va un paso más allá a la hora de considerar la relación entre género y modelo social, puesto que para él cada etapa viene determinada por la ideología dominante hasta la Guerra Civil: patricia, artesana y emprendedora. Además, su sucesión se interpreta en clave de lucha de clases, en que la élite aristocrática sucumbió ante el imparable avance del individualismo emprendedor de la burguesía, un fenómeno que, según afirma este mismo autor, perdura hasta nuestros días: “The new middle class won, and its ideology of manhood as competitive individualism still pervades American life” (1989: 3).

Cualquiera de estas divisiones pone de manifiesto una paradójica realidad. Por un lado, es imposible discutir, en palabras de Roberta Spark, que “masculinity has changed over time” (1997: *en línea*). Esa evolución es una prueba más de la construcción cultural en detrimento de determinismos biológicos o psicológicos. Pero, por otro lado, no se puede negar la preponderancia y el dominio del modelo hegemónico, gracias a su capacidad de adaptación a las exigencias del devenir histórico. Ante el error de pensar que los grupos dominantes no sufren y están afectados por problemas, lo más inteligente es comprobar el modo en que se afrontan esas situaciones y retomar así el concepto de crisis con el objeto de explicar las transformaciones necesarias que permitan continuar. Al analizar las sucesivas crisis y a pesar de la variedad de elementos que otorgan un matiz específico a cada una de ellas, desde cambios estructurales en la sociedad y reformas en la organización económica—sobre todo, en el mundo laboral—hasta otros más generales, como el modelo social o político imperante, sin olvidar la importancia que muchas veces tiene el desarrollo evolutivo de los marcadores externos de la masculinidad, podemos comprobar cómo el concepto de masculinidad a lo largo de la historia estadounidense ha estado siempre vinculado a la idea de crisis. Para Bret Carroll el fenómeno guarda, incluso, paralelismo con sus regímenes económicos, una relación que explica así: “The establishment and ongoing erosion of the power of white men and white masculinity as an initially preindustrial and agrarian American society became modern and industrial, and then postmodern and postindustrial” (2003: 2).

Si ya quedó claro que la masculinidad de los primeros colonos se construyó, en gran medida, a consecuencia de la crisis europea, también hay que decir, con Slotkin, que el momento del nacimiento del mito del Oeste y del espíritu de la frontera introdujo en el imaginario americano una de sus claves, “violence and savage war were the necessary instruments of American progress” (1992: 77), con la que personajes mencionados, léase Roosevelt, intentaron salvar la primera gran crisis en el modelo estadounidense. Todo aquello que se había podido mantener en auge, utilizando mitos como el de la frontera, el destino manifiesto o el “*strenuous life model*”—con respecto a un patrón de masculinidad sólido y que se corresponde con el bienestar de la economía capitalista—se empieza a resquebrajar a finales de siglo. A ello contribuye el cierre de la frontera y el avance del movimiento por los derechos de la mujer y, además, tal y como apunta Bret Carroll, estos otros factores: “social and economic changes, including urbanization, the transitions from entrepreneurial to corporate capitalism, the rise of bureaucratic structures, and changing career paths for middle-class men” (2003: 117). En suma, puede afirmarse que la combinación de todos esos ingredientes disminuyó las perspectivas vitales y económicas de muchos hombres.

Kimmel considera que es en plena mitad del siglo XIX cuando “[f]or the first time in American history, young men experienced ‘identity crises’” (2012a: 39). Para Harry Brod, en cambio, el momento es, si cabe, más específico: “The 1890s were widely perceived as embodying an acute ‘crisis of masculinity’” (1987b: 267). Las discrepancias con respecto a la fecha de inicio se repiten en lo referente a su finalización, pues para Joe Dibbert habría que extenderla desde finales del XIX hasta bien entrada la siguiente centuria, “A crucial identity crisis for the American male during the period 1880-1920” (1974: 444). La dificultad a la hora de consensuar unos límites cronológicos, para los que se ha sugerido un periodo que abarca desde mediados del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial, no es tal cuando se buscan las causas. Desde las posiciones más progresistas de Kimmel (1996: 52-59) hasta algunas más ligadas a los modelos pasados, tal es el caso de Robert Bly (1990), las principales razones se encuentran en la polarización que se da en las familias debido a que la revolución industrial promovió una separación total de las esferas en que cada uno de los miembros de la unidad familiar debía realizarse, “the strictness and the degree to which women and men were now seen as having a separate sphere” (Kimmel 1996: 52),

radicalizándose el enfrentamiento entre la dureza del universo masculino y la dulzura del femenino.

La agudización de las diferencias entre lo que supone ser hombre o mujer y la consiguiente dicotomía de elementos confrontados fomenta un sentimiento de pánico y paranoia colectivos. Ello provoca, a su vez, un estado de alerta entre los defensores de las viejas costumbres, que ven, al poco tiempo, el peligro que amenaza con desestabilizar las bases del sistema: el eterno problema que de forma recurrente, señala Rotundo, aparece en todas las crisis: “Male commentators wrote that society in the United States was becoming ‘womanized’” (1993: 252). La feminización significa la degeneración del hombre y tal pérdida acarrea la decadencia física, moral y espiritual del país. El temor al crecimiento de una burguesía acomodada que dejara de lado la parte más impulsiva del hombre—por no ser necesaria en la refinada cultura urbana—contribuyó a la mitificación del territorio salvaje. En su nombre se insta a abandonar las comodidades del día a día en las ciudades, que terminan atrofiando las capacidades del hombre, para animarle a sobrevivir en un territorio inexplorado, primitivo y bárbaro, porque en él será posible recuperar la pasión por la vida—asociada con la lucha contra la naturaleza.

Las dudas y los miedos masculinos derivaron en una acentuación del ideario hegemónico agresivo, una situación a la que se llegó con la disculpa de que era necesario rescatar la tradición a través del culto a la masculinidad, entendida como ejemplo del “*cult of strenuous life*”. Roosevelt le dedicó en 1898 un discurso, en el que exaltaba el trabajo, el esfuerzo, la lucha y el espíritu de superación como los valores clave en la historia del público al que se dirigió: “men who preeminently and distinctly embody all that is most American in the American character” (en Cushman 2010: 205). Invitaba así a los ciudadanos a rechazar una vida entendida en estos terminus: “A life of slothful ease, a life of that peace which springs merely from lack either of desire or of power to strive after great things, is as little worthy of a nation as of an individual” (en Cushman 2010: 206). En relación con esto, Bret Carroll señala que los vínculos entre política y masculinidad, tan importantes luego, se subrayan en esta época “Ideologies and rhetorics of masculinity became central to American political culture” (2003: 3), cuando Andrew Jackson se presentaba, recurriendo para ello a su hombría, con un perfil ganador a sus votantes: “[A]s a frontier-dwelling, Indian-fighting, heroic military

general with a decided penchant for physical confrontation and defending his wife's honor" (Carroll, B. 2003: 3). El mismo Roosevelt, que creó la unidad de los Rough Riders y que luchó contra España en 1898, vio crecer organizaciones que se ocupaban del desarrollo de los jóvenes como los Knights of Columbia y The Improved Order of Red Men a finales del siglo. A la vez se recuperaron los valores de la antigua Grecia que inspiraron un resurgimiento del movimiento olímpico moderno en 1896. Y en 1912 se fundan los Boy Scouts de América, un hecho que recoge la intención de personificar los códigos de honor masculinos basados en lo que Mosse (1996) denomina "*normative masculinity*", entre los que Joane Nage incluye los siguientes: "willpower, honor, courage, discipline, competitiveness, quiet strength, stoicism, sangfroid, persistence, adventurousness, independence, sexual virility tempered with restraint, and dignity, and they reflected masculine ideals such as liberty, equality, and fraternity" (1998: 245).

El resurgir de la preocupación por los cuerpos y comportamientos de los jóvenes propició incluso cambios pedagógicos. Con ellos se pretendía evitar la sobreexposición de los niños a las leyes de la civilización, por el peligro de que dicho contacto implicara la pérdida de sus atributos masculinos. Al mismo tiempo, se favorecía que abandonaran la protección de las faldas maternas, aun a riesgo de que su conducta siguiera un camino que los alejara de la ley. El éxito de estas reformas se refleja en la consolidación de la oposición entre los términos "*sissy*", en relación a un niño con una actitud inapropiada para su género, una acepción del vocablo que no aparece hasta la última década del siglo en el *Oxford English Dictionary*, y los primeros "*bad boys*", independientes y con valor suficiente para desafiar las reglas, y que acabarán convirtiéndose en algo tan atractivo que Fiedler afirma con contundencia lo siguiente: "The Good Bad Boy is, of course, America's vision of itself" (1960: 270).

Por último, si bien desde el siglo XVIII la masculinidad moderna ya estaba definida, en gran parte, a través de la exclusión de la homosexualidad, es también a finales del XIX, y con la misma intención de evitar el debilitamiento masculino, cuando se instituye el rechazo expreso y frontal hacia los homosexuales. En efecto, a partir de ese momento, las reuniones celebradas entre los integrantes de grupos cada vez más establecidos en determinadas zonas de algunas ciudades del este contribuyen a que pase de ser una práctica sexual a constituir una identidad socialmente reconocible. La división binaria, que aún hoy en día domina nuestra forma de pensar la sexualidad,

influyó en el cambio de opuestos que marcan los límites de la masculinidad, una evolución de la que Rotundo da fe: “Where the defining opposites of manhood had once been womanhood and boyhood, now they were womanhood and male homosexuality (the identity of a man who is a woman)” (1993: 278-279). Se radicalizó así la oposición hacia un esencialismo que redundaba en estereotipos, imágenes y creencias y se acotó en mayor grado el significado de la construcción genérica y sus parámetros de normalidad. Al entrar en el siglo XX, la masculinidad hegemónica siente la creciente amenaza de la presencia de los otros hombres, no solo los homosexuales sino también los pertenecientes a otras razas, por lo que, en clave colonialista, la exaltación de la raza blanca se extiende, advierte Mayer, desde discursos políticos y económicos a imágenes icónicas como las de Tarzán y el cazador blanco, asegurando el dominio caucásico sobre el territorio africano: “In the early twentieth century, being male and being white turned into an achievement, an agenda to be acted out over and over again” (2000: 247).

El resto de la centuria puede describirse como una serie prácticamente ininterrumpida de crisis. Mientras los ecos de la crisis de la Primera Guerra Mundial seguían en el aire, se produce, señala Cohan, una nueva oleada, “Widespread apprehension of a masculinity crisis began right after World War II and [...] it remained strong during the entire decade” (1997: x). Las causas radican una vez más en cambios económicos y sociales que los hombres no supieron asimilar al finalizar la contienda. A pesar del crecimiento económico derivado del conflicto bélico y que terminaría, en palabras de Howard y Louis, de instaurar la supremacía de los Estados Unidos en el mundo, “A finales de los cuarenta, con el siete por ciento de la población mundial, poseía el cuarenta y dos por ciento de los ingresos del mundo, representaba la mitad de la producción manufacturera mundial y poseía las tres cuartas partes de las reservas de oro del globo” (1999: 270), y del enaltecimiento del discurso patriótico y masculinista, este clima de euforia no produjo una eclosión tal que sirviera para tapar los problemas sociales de la época y crear una estabilidad duradera. Todo ello se recrudeció ante la imposibilidad de soportar el ritmo de producción de la guerra, mientras se mantuvieron los gastos—entre otras razones debido a una política exterior, agravada por la posterior Guerra de Vietnam y los 160 billones de dólares que costó (Morris, Nevins y Commanger 1992: 569)—lo que frenó el desarrollo económico a finales de los sesenta con el aumento de las presiones inflacionarias, la debilidad de sectores tan seguros hasta

entonces como el del acero y el del automóvil y la competencia de los países que se recuperaban de la guerra, Alemania y Japón.

Transformada por los cambios internos que había experimentado el país, la realidad posbélica tampoco fue fácil para los que se encontraron ante la imposibilidad de recuperar el mundo por el que habían luchado, un universo en el que sus funciones como cabezas de familia y líderes de la sociedad estaban aseguradas. El ejército no pudo emplear a los más de 30 millones de hombres que, habiendo servido en sus filas, inundaron el mercado laboral, provocando paro y tensiones sociales. La vuelta a la vida civil de aquellos que habían asentado su masculinidad en los valores castrenses les hizo preguntarse por el significado de su identidad, lo que condujo a que muchos de los que se empeñaron en vivir en el pasado se vieran marginados, divorciados, encarcelados o en paro, con problemas mentales y de adicciones ante el nuevo contexto. Las alarmas volvieron a saltar debido a las diferencias entre el obligado optimismo del discurso oficial, “America, as a social and political organization, is committed to a cheerful view of life. It could not be otherwise” (Warshow 1962: 97), y el patente pesimismo de las calles, que se disparó ante lo que estaba sucediendo: “an increase in homosexual conduct among returning veterans” (Chopra-Gant 2006: 95), llegándose a convertir, según señala Warshow, en un tema de deber patriótico: “[I]t becomes an obligation of citizenship to be cheerful” (1962: 97).

Como no podía ser de otra manera, también en esta ocasión se responsabilizó a las mujeres de la infelicidad masculina: tanto por la endémica acusación de debilitamiento por sobreprotección maternal y de excesivo apego a las figuras femeninas—el fenómeno conocido como “*momism*”—como por cuestiones más reales como la competencia en el mundo laboral. Por lo que respecta a la primera, desde que en 1942 Philip Wylie, además de acuñar el término para describir la perniciosa influencia femenina, “domineering and over-protective mothers disrupted the Oedipal structure of the middle-class nuclear family by smothering their sons with ‘unnatural’ affection” (Corber 1993:197), arremetiera contra la sociedad norteamericana en su misógino *Generation of Vipers* se van a suceder los ejemplos en todos los tonos. Así, la publicación *Life* inició el año 1954 bromeando con el asunto del declive masculino en el artículo “The New American Domesticated Male”, pues lo explicaba en las excesivas comodidades del hogar que habían transformado al hombre en animal doméstico. Lejos

de frenarse la tendencia, Chopra-Gant sostiene que se mantuvo durante décadas, “the period from the end of the war until at least the mid 1970s [...] saw an enormous volume of writing about momism” (2006: 83), convirtiendo la vida familiar y las estructuras sociales en un lugar de debate sobre las funciones y labores de cada sexo y cayendo en contradicciones difíciles de solventar entre el consumismo capitalista y la pérdida de valores primitivos. En cuanto a la competencia laboral, el carácter obsesivo de la defensa hegemónica no supo entender, en opinión de Degler, el beneficio nacional obtenido con la entrada de la mano de obra femenina: “Entre 1941 y 1945, hubo alrededor de 6,5 millones de mujeres que consiguieron empleos, de ellas más de la mitad habían sido con anterioridad amas de casa sin sueldo. Cuando en mayo de 1945 acabó la guerra en Europa, el 57 por ciento de todos los obreros empleados en Estados Unidos estaba constituido por mujeres” (1986: 257). Hay que añadir que a ello contribuyó, sin duda, el bajo coste que esto suponía para los empresarios, dada la diferencia de sus sueldos con respecto a los de los hombres. La situación, sin embargo, era inamovible: la presión de los que sentían la obligación de volver al reparto tradicional de roles, se enfrentó a las reivindicaciones feministas y de los derechos civiles, que, de forma singular en las ciudades, impidieron que se regresara a la realidad anterior a la guerra. Es más, continuaron luchando para hacer extensivo a mujeres y a hombres de color los derechos obtenidos durante el conflicto bélico.

Sorprende poco descubrir que los veteranos, incapaces de más esfuerzos, no reconocieran la nueva sociedad como propia. Su ancestral ignorancia o desprecio por esos otros sujetos que habían asumido un papel secundario empezaba a chocar con una realidad cambiante. El final de la guerra supone también el del discurso optimista y unitario, que no tuvo que esperar tanto para venirse abajo, como se ha visto, cuando los héroes de guerra no pudieron superar las limitaciones de la mentalidad hegemónica en cuanto al “otro”. El progreso económico del país no había sino aumentado las diferencias entre grupos, y, durante esta época, las voces de rabia y dolor por la marginación y las vejaciones continuas se dejan oír. La transformación del sufrimiento en denuncia se produce, entre otros motivos, por la conciencia que adquirieron los hombres y mujeres de color sobre su decisiva aportación en la Segunda Guerra Mundial. Hay que decir, por otra parte, que dicho proceso de integración estuvo propiciado por el presidente Truman, quien, en 1946, instó a que el Committee on Civil

Rights recomendara medidas contra la discriminación en el trabajo y en las votaciones, y pusiera fin a los linchamientos, una serie de disposiciones seguidas en 1948 por la orden ejecutiva que acabó con el trato desfavorable en las Fuerzas Armadas.

El cambio a una actitud más agresiva de una minoría que comprobaba que la sociedad solo se acordaba de su pertenencia al país ante la necesidad provocó, tal y como destacan Howard y Louis, el estallido del conflicto racial, una lucha cuyas consecuencias, por desgracia, aún se viven: “Ningún hecho social de la historia norteamericana de posguerra fue [...] más importante que el movimiento por los derechos civiles” (1999: 276). Sus efectos legales a mediados de los años cincuenta, con el final por ley de la segregación en las escuelas (caso Brown 1954) y en el transporte público, tendrán repercusiones reales en la siguiente década. Fue entonces cuando, a pesar de que el salario de los afroamericanos continuó siendo un 61% más bajo que el de los blancos, se aprobó The Civil Rights Act (1964) y el Voting Rights Act (1965), hasta que en 1968 se ratificó el Housing Rights Act, y los golpes contra el racismo institucionalizado fueron rompiendo las barreras. No es una casualidad que todas estas medidas, que permitieron el acceso de las minorías al sistema, se tomaran ya en otro momento de necesidad, cuando la guerra de Vietnam volvió a ocasionar un vuelco en la sociedad estadounidense. Se seguían sintiendo las últimas consecuencias de la crisis posbélica cuando el supuesto miedo al avance del comunismo en tierras asiáticas llevó a los Estados Unidos a proteger sus intereses. El episodio que definitivamente dejó herido de muerte el sueño americano representa una nueva crisis para la masculinidad hegemónica, cuya imagen—alejada del éxito que le corresponde—se convierte en un símbolo de decadencia y derrota.

Tanto Michael Kimmel (1996) como Susan Jeffords (1994) o Susan Faludi (1991) coinciden en señalar el final de la década de los sesenta como el origen del cuestionamiento del modelo, ya que las críticas provenientes del movimiento por los derechos civiles y de las reivindicaciones feministas, unidas a las repercusiones de los cambios económicos que afectaron a las clases bajas y medias, impidieron el mantenimiento de la creencia a ciegas en la configuración sociopolítica de los Estados Unidos tal como estaba. Desde entonces, desde que las víctimas no son solo individuos de color o de sexo femenino, los miembros del grupo privilegiado se sienten en crisis. Eso sí, las periodizaciones y las crisis puntuales difieren de autor a autor: Michael

Kimmel habla de un fenómeno que va creciendo desde mediados de los setenta, “In the past two decades, masculinity has been seen increasingly as ‘in crisis’, a widespread confusion over the meaning of manhood” (1994: 261); Brian Baker prefiere subdividir los diferentes momentos históricos y culturales, “the late-1950s and early-1960s; the early-1970s; the 1990s” (2006: vii), para establecer la ruptura entre los dos elementos: “[...] the critical connection between the ideology of the nation-state and the ideologically sanctioned [...] form of masculinity at the time” (2006: VII); y Roger Horrocks decide dividir el siglo XX en dos mitades: “An historical change in the depiction of masculinity [...] the first half of the century [...] the upright white male, in control, dominating women and non-white males. The second half of the century has seen an increasing destitution and dereliction in the male image” (1995: 171).

2.2.3. Paradojas críticas

El objetivo, en cualquier caso, no ha de limitarse a considerar en abstracto la sucesión de crisis que definen la historia del siglo XX, en especial si se tiene en cuenta, como se ha afirmado, que es difícil hallar un momento en que la masculinidad hegemónica norteamericana no se encuentre en entredicho. Carla J. McDonough, por ejemplo, duda de la existencia real de un tiempo en que la masculinidad fuera algo que aportara tranquilidad al hombre, “the idea of a moment in the past in which American manhood was secure is itself a myth that generations of Americans as far back as the 1840s held about a previous time” (2006: 162). Dejando de lado los mitos, lo cierto es que la perspectiva histórica nos enseña que hablar de crisis de masculinidad no es nada original; es, más bien, el origen de su verdadero significado, y, por supuesto, el lógico resultado, dada su base elitista y autoritaria y que su privilegiada posición pasa por un complejo juego de equilibrios con las fuerzas sobre las que domina en una época, la moderna, cuyo principal apoyo es el discurso de la igualdad entre sus miembros. Esta paradoja, al tratarse de constructos interdependientes, explica que la misma jerarquía impuesta de manera arbitraria por el sistema de géneros conlleva la posibilidad constante de crisis, concebida como periodo de cuestionamiento o ruptura en la era contemporánea.

Al comprobar que ha estado así, en lo que, con MacInnes, denominaremos un vaivén constante, durante sus poco más de dos siglos de vida, “Since this invention of masculinity was essentially a holding operation, however, it has been in crisis ever since” (1998: 45), podemos apelar al carácter cíclico de la historia. Se trata de una hipótesis aceptada; y es que ninguna cronología de un proceso es lineal si por ello se entiende una trayectoria única avanzando con carácter permanente en la misma dirección, lo que, expresado en términos generales, significaría un determinismo social que excluye la posibilidad de intervención activa por parte del individuo. El caso del modelo hegemónico en los Estados Unidos es especialmente ilustrativo, “The history of masculinity, it should be abundantly clear, is not linear. There is no masterline of development to which all else is subordinate, no simple shift from ‘traditional’ to ‘modern’” (2005 [1995]: 198), puesto que, como subraya Connell, su historia se desarrolla como una sucesión de idas y venidas fácilmente asimilables a ciclos.

Acudir a esta repetición periódica justifica la idea de Rotundo de que efectivamente, aunque no esté escrita y mucho menos sea lineal, “Manhood has a history” (1993: 1). Además, conocer las vicisitudes de dicha historia nos permite reconocer que lo que se produce en las últimas décadas del siglo XX no es nuevo. Y no lo es, no solo porque en la época colonial y a finales del XIX hubiera aflorado ya una similar sensación de inseguridad, sino porque, tal y como insiste Rotundo, se establecieron las mismas causas, principalmente la feminización, y se pusieron los mismos remedios, “Exactly a century ago, thousands of American men were questing to reconnect with primitive roots of their maleness through ritual and writing” (1993: 2), una de las formas—tal y como se verá en el tercer capítulo de esta Tesis Doctoral—en que se reaccionó a la crisis actual.

J. Kegan Gardiner entiende la masculinidad como un estado ajeno a la historia, hasta el punto de que la define en estos términos: “Masculinity is a nostalgic formation, always missing, lost, or about to be lost, its ideal form located in a past that advances with each generation in order to recede just beyond its grasp” (2002: 10). La aproximación remarca el carácter retrógrado de una construcción cuya idea de seguridad *in illo tempore* es uno de los principales motivos por los que en vez de ayudar a crear una nueva realidad, cada crisis contribuye a refugiarse en ese mítico pasado, impidiendo el progreso. A tal respecto cabe acudir al saber popular, que reza: “no quedan ya

hombres como los de antes”; es decir, lo que queda de aquellos que solo han estado presentes en el imaginario colectivo y, por ende, nunca existieron es una construcción idealizada.

Además de confirmar su naturaleza cultural y puramente mental, la perspectiva propuesta aquí resalta su base ideológica, y al negar su existencia material en términos históricos, dirige el foco de atención al análisis de las consecuencias tanto de la masculinidad como de sus crisis, porque sus efectos son reales. Podría ser otra explicación más a la falta de una historia del hombre norteamericano que apuntaba Kimmel, ya que no puede haber una narración histórica de algo que no ha evolucionado porque no ha existido más que como ideología mitificada. Tanto si, como se ha dicho, se trata de ciclos que se repiten, o se prefiere hablar, con Kimmel, de una única crisis, “we have been anxious and restless for almost two centuries” (1994: 138), o, como propone McDonough de una sucesión de ellas, “this history as one crisis after the other” (2006: 11), lo cierto es que apenas se puede esgrimir un momento histórico en que la masculinidad hegemónica haya gozado de total inmunidad y una unanimidad social.

Sin embargo, hay que apuntar también, valiéndonos de la aportación de Emig, que el hecho de que la masculinidad norteamericana esté en permanente estado de crisis, “crises of masculinity are as old as the concept itself” (2000: 209), no ha supuesto ningún peligro para su pervivencia. Se puede pensar, por consiguiente, que tampoco la crisis es un objeto que exista más allá de sus consecuencias. De hecho, lo contrario sería imposible, puesto que “As a theoretical term ‘crisis’ presupposes a coherent system of some kind, which is destroyed or restored by the outcome of the crisis” (Connell 2005 [1995]: 84). Si el binomio masculinidad y crisis es, tal y como asegura Solomon-Godeau, un todo inseparable, “[...] I am uncomfortable with formulations that imply some utopic or normative masculinity outside crisis” (2012 [1995]: 70), la sinonimia de la que habla Edwards, “there is very little to endorse any overall masculinity in crisis thesis other than to say that masculinity is perhaps partially constituted as crisis” (2006: 21), nos obliga a centrar la atención no en una cuestión aritmética en torno al número sino en los intereses que justifican que se haya querido mantener ambos constructos y sus verdaderos efectos.

Para John MacInnes, quien interpreta el modelo hegemónico en clave de estrategia de defensa, “masculinity was an ideology produced by men as a result of the

threat posed to the survival of the patriarchal sexual division of labour by the rise of modernity” (1998: 45), la unión de masculinidad y crisis es el resultado de tres factores: por un lado, la imposibilidad de que se materialice de manera única, tratándose de cuestiones sociológicas, “the essence of masculinity can never be grasped or defined” (1998: 45); por otro, la simpleza con que se puede revertir el binomio masculinidad-feminidad por lo aleatorio de su división y su jerarquía; y, finalmente, dada su coincidencia temporal con la modernidad, la facilidad que muestra para estar sujeta al movimiento y a la transformación que la caracterizan. Sin duda, todos esos elementos contribuyen a que masculinidad y crisis vayan de la mano, pero además hay que entender que esa comunión no es ni fruto de una coincidencia fortuita ni es inofensiva. Muy al contrario, es posible hablar, como hace Modleski, de estrategia y de capacidad para renovar fuerzas: “male power is actually consolidated through cycles of crisis and resolution” (1991: 7).

Debe quedar claro que el producto resultante de cada una de esas crisis o de los distintos periodos de esa única larga crisis que es la historia de la masculinidad norteamericana es una versión de la anterior, influida por factores económicos y con una mejor defensa frente a las novedades sociales. Tal reajuste consigue que el modelo encaje en el sistema y que no se perturbe la paz social a la vez que asegura para la minoría selecta el poder. Su capacidad de supervivencia—basada más en la flexibilidad para amoldarse que en la oposición frontal—permite que se adapte a las circunstancias y que incluso los intentos de subversión pasen a formar parte del discurso hegemónico o, al menos, lo apoyen, como puede haber sido el caso de la entrada de la mujer en el mundo laboral, la incorporación de algunas de las otras reivindicaciones feministas o la bienvenida al sistema capitalista a individuos cuyo comportamiento sexual no sigue las pautas heteronormativas.

Evidentemente, se produce una crisis cuando las cualidades de seducción y los beneficios no están tan claros, y la autoridad de la clase dirigente se tambalea. En dicha situación, la supremacía busca nuevos medios con el mismo fin: subyugar a la colectividad. Consciente e inconscientemente, la visión androcéntrica del poder crea problemas y la estabilidad se alcanza con esfuerzos por preservar una posición que favorece a quienes sacrifican parte de su humanidad con el propósito de mantener sus privilegios. El precio que los individuos pagan por el bien del grupo ha ido

incrementando y las consecuencias en forma de desajustes psicológicos, como la ansiedad, las paranoias o la histeria, se encuentran entre las que se derivan de unos comportamientos movidos, en gran medida, por intereses materiales.

Es precisamente su capacidad para incorporar amenazas y convertirlas en apoyos lo que vincula el modelo hegemónico al sistema capitalista al que pertenece. La simbiosis entre ambos constructos se refuerza de esta manera en la secuencialización de momentos de esplendor con momentos de decadencia en lo que parece siempre un agónico ocaso, en palabras de Abigail Solomon-Godeau: “I would argue that masculinity, however defined, is, like capitalism, always in crisis” (2012 [1995]: 70). La filosofía basada en el resurgir de las propias cenizas ha dominado la mentalidad del éxito en la cultura norteamericana, y sus héroes ejemplifican esa narrativa de la supervivencia con todo en contra. No tan lejos de la utopía ficcional, los mecanismos ideológicos promueven las mitologías contemporáneas donde la herida y el trauma se erigen en catártica experiencia: un espectáculo colectivo alrededor de unos protagonistas que, acuciados por las circunstancias, renacen, al estar obligados a conocerse y en el proceso de descubrimiento personal transforman el dolor en autoayuda y emprenden sus cruzadas de autosalvación a través de la recuperación en la confianza en sí mismos. La conversión del problema en salvación es una de las fórmulas tan prototípicamente estadounidenses que pueden dar sentido a la manipulación ideológica para intentar explicar en tanto que realidad objetiva lo que no es más que la legitimación de los intereses de un grupo. Las estrategias discursivas para alcanzar el consenso y conciliar opuestos en espacios y tiempos donde lo contradictorio fluye y lo ambivalente representa la sociedad pluralista consiguen que la masculinidad hegemónica prevalezca en su versión más conservadora, a pesar de, o justamente por, optar por tener ese aspecto de movimiento que la aleja de lo estático. En otras palabras, bajo la supuesta tolerancia se esconden mecanismos de defensa a ultranza de sus valores e intereses que pasan, según afirma Kimmel, por haber sido los más relevantes en su historia: “efforts at self-control, reactive exclusion [...], and escape” (1993: viii).

Con todo ello en mente, puede concluirse que sus pseudorevoluciones alimentan—a través de las sucesivas crisis—un carácter en apariencia abierto al cambio y que puede justificar la lectura irónica de la aseveración de Kimmel: “America and American masculinity evolved together” (1996: 10). Cada crisis permite al sistema

sobrevivirse, siguiendo el dicho: “the more things change, the more things stay the same”. Hay que señalar, por otra parte, que las dudas puntuales se utilizan con el objetivo de volver a centrar y reforzar los privilegios, como reza la sabiduría popular: “plus ça change, plus c’est la même chose”. Además, la estabilidad del poder estructural patriarcal y capitalista se apuntala con la convergencia del imaginario colectivo y la realidad del modelo hegemónico, en el *motto* existencialista que resume la filosofía gattopardesca, “Se vogliamo che tutto rimanga come é, bisogna che tutto cambi” (Tomasi 1958: 41), cuya aplicación más directa a los estudios de masculinidad sería el determinismo de “*Boys will be boys*”.

2.3. Crisis de los años ochenta

2.3.1. Manifestaciones sintomatológicas de la crisis

Al aplicar todo lo anterior a la contemporaneidad y, más concretamente al periodo que se inicia en los años ochenta, debemos hacer el mismo ejercicio de reflexión ante la última de las crisis de masculinidad; esto es, analizar sus componentes ideológicos y los factores políticos, económicos y sociales que han llevado a los hombres estadounidenses a tener una sensación de pérdida de lugar, junto con unos condicionantes que afectaron de forma clara al país. Las primeras referencias científicas a esta nueva crisis se encuentran en el artículo de Arthur Schlesinger “The Crisis of American Masculinity” (1958), donde su respuesta a la pregunta, “What has happened to the American male?”, identificaba la cuestión a la perfección: “today men are more and more conscious of maleness not as a fact but as a problem” (2008 [1958]: 292). Unos años más tarde, en la *Psychoanalytic Review*, Joe Dubbert añadía claridad al problema desde el título de una de sus publicaciones: “Progressivism and the Masculinity Crisis” (1974). En ella habla de identidades divididas en el siglo XIX y de su reflejo en los textos de la época. Parece conveniente señalar aquí que, en apariencia, las consecuencias de esta crisis se mantienen hasta nuestros días y si John Beynon, en *Masculinities and Culture* (2002), sugería que se describiera el verano de 2000 como el “*masculinity-in-crisis-summer*”, hoy, señala Bret Carroll, no se puede decir que

hayamos superado ese peligro: “At the dawn of the twenty-first century, then, the meaning of American masculinity—or masculinities—is hotly contested. The masculinity-whiteness-heterosexuality-Americanism complex has eroded, generating a search for new ways to conceptualize the relation between manhood and American life” (2003: 4).

Los primeros textos destacaban la construcción sociocultural de la masculinidad e inauguraban una de las novedades de esta crisis: su tratamiento académico. Influidos por el ideario feminista y la búsqueda de nuevos modelos para hombres y mujeres, los Estudios de género van a expandirse para tratar la masculinidad, como se analizará de manera más extensa en el tercer capítulo de esta Tesis Doctoral. Este campo recogía el malestar de la calle, algo que de por sí no es novedoso, pero que, por primera vez, estaba derivando en la creación de un ingente número de obras que, al amparo del espíritu New Age (Nueva era) y su autoayuda, se volcaban en aportar soluciones para hacer sentir mejor a los hombres y en desarrollar fórmulas para que hombres y mujeres revirtiesen la situación, al tiempo que aprovechaban para comercializar el tema en clave de consumismo postmoderno. Por otro lado, el eterno conflicto entre hombres y mujeres servía de telón de fondo a la no menos larga lucha de clases y la crisis de la masculinidad iba a esconder, como apunta Robinson, una crisis de la clase media estadounidense: “[...] the crisis affecting the white middle class is also, and most forcefully, a crisis in masculinity” (2005: 3).

La naturaleza múltiple de las crisis de masculinidad insta a que desde las diferentes posturas se realice una lectura interesada y se radicalicen las divergencias entre quienes usan la situación crítica para intentar cambiar la realidad—feministas y estudiosos de la masculinidad que crean el New Man—y los que se sirvan de la popularidad del tema para recurrir al victimismo, llevar a cabo reajustes dentro del capitalismo o aprovechar su tirón mediático para fomentar el consumismo del New Lad. Aunque caben dudas acerca de si alguno de los dos existe al margen de sus sustentos académicos o comerciales, no se puede descartar ni uno ni otro, si bien para Tim Edwards está claro su origen: “often connected more to patterns of consumption and marketing, or the commodification of masculinities, than to second-wave feminism and sexual politics” (2006: 4).

Es incuestionable, en suma, que la masculinidad ha pasado a primer plano. En efecto, se ha visibilizado, como se verá más adelante, y con ello se ha roto una de sus defensas, “Privilege is invisible” (Kimmel 2007: 7). En cualquier caso, no ha desaparecido por completo un constructo que, por mucho que ya no pueda continuar representando al ser humano, sí sigue identificado con su grupo más poderoso. Y, en cuanto a su crisis, permanece vigente la que Segal considera la mayor de sus contradicciones, “Masculinity is structured through contradiction: the more it asserts itself, the more it calls itself into question” (1990: 123), así como su lógico contrario: cuanto más se cuestiona, más se reafirma.

Lastrado por la sensación del boxeador noqueado que no sabe por dónde le vienen los golpes, el hombre de finales del siglo XX es testigo del proceso de desgaste y depresión de la última generación de optimistas: la de los nacidos fruto del desenlace de la Segunda Guerra Mundial y a quienes se conoce más como “*baby boomers*”. El nombre se lo deben a su origen, paradójica unión de los discursos de muerte y vida, que tanta relevancia tiene para su conducta masculina. Al llegar a su crisis de la mediana edad, los miembros de la masculinidad hegemónica se encuentran cada vez con mayores trabas a la hora de desempeñar el modelo de proveedor, *breadwinner*, en términos idénticos a los que lo han hecho siempre y no entienden que su lucha por conseguirlo ya no les reporte los mismos privilegios socioeconómicos. La sensación de desorientación y de abandono ha dado lugar a una pérdida de identidad para un grupo de hombres que, viendo como lo prescrito se convierte en anormal, se sienten objeto de acosos, persecuciones y ataques.

Desde fuera, la figura masculina ha adquirido una connotación de debilidad que Faludi define en términos irónicamente positivos: “masculinity [is] a fragile flower—a house orchid in constant need of trellising and nourishment” (1991: 83). También existen aproximaciones negativas, llegando a la expresión de la que se vale Badinter, “hombre enfermo de los años 80” (1992: 171)—no como oxímoron sino redundancia. La equiparación del modelo hegemónico con una patología por parte de muchos especialistas supone una revolución, puesto que sustituye en esa equivalencia a la feminidad tradicional, que ha pasado a representar la racionalidad y el éxito en la cultura de la inteligencia emocional, y añade tensión entre los géneros a la ya provocada por las dificultades económicas, políticas y sociales, como se verá más adelante. El

estado de *shock*, mezcla de sorpresa, ira y desesperación, domina entre aquellos que no son capaces de integrar su significado de la masculinidad, que históricamente marcaba la identidad, guiaba la conducta y determinaba la moralidad de las acciones en una realidad externa cambiada. Esta gran contradicción, en un sistema que no se permite dudas, desemboca, tal y como argumenta Kimbrell, en una experiencia traumática: “Men face their current crisis in the midst of a fundamental confusion about their gender identity [...] they are locked into rigid stereotypes and financial responsibilities [...] men have been left confused, without a coherent or sustainable concept of their own masculinity” (1995: xiii). Para terminar, hay que subrayar que, ante tales problemas, el colectivo masculino reaccionó de diferentes maneras. Eso sí, una gran parte intentó reafirmar su masculinidad a través del sacrificio del bienestar de la mayoría por el interés de una minoría, lo que tuvo graves repercusiones de tipo conductual y que derivaron en una situación que Kimbrell tilda de insostenible: “The crisis undermining masculinity has now reached alarming proportions” (1995: 19).

Se pueden interpretar los más de cuarenta años de crisis como parte de esa eterna historia que se ha comentado y que mantiene constante su tendencia a la autoregeneración; en especial, desde finales del siglo XIX—periodo que coincide con el momento en el que se forjó la versión que todavía hoy se está poniendo en duda. Dada su duración y su falta de consecuencias terminales, es preferible dejar de lado el aspecto límite del significado del concepto “crisis”. Nos quedaremos, en cambio, con los recurrentes esfuerzos por legitimar una situación de privilegio que desde la modernidad es insostenible. Tal y como advierte Connell, lo más inteligente, ante el peligro de que se produzca su desaparición, es disfrazar el aspecto fálico autoritario y dominante del macho de las últimas décadas de la pasada centuria bajo ese barniz de consumidor satisfecho para saber responder a las fracturas económicas y sociales de un devenir histórico que, con carácter periódico, necesita que sus instituciones toquen fondo y se sometan a cambios estructurales para refundarse: “Given these circumstances [...] we should not be surprised to find among the men of the rich countries a widespread awareness of change in gender arrangements” (2005 [1995]: 201).

Antes de entrar más a fondo en la serie de factores políticos, económicos y de algún otro tipo que se encuentran en la base de este tramo de la crisis, sería bueno examinar con detenimiento la piedra angular en torno a la cual ha crecido la ideología

hegemónica y que ha sido objeto de numerosas críticas al final del siglo. El análisis de los elementos sobre los que se cimenta ese pilar central ha de incluir desde la concepción del género como naturaleza hasta la puesta al día del patriarcado, pasando por la revisión del modelo de masculinidad hegemónico.

2.3.2. Crisis del modelo esencialista

Lo más destacable en lo que respecta al estudio del género es, sin duda, el final de su concepción natural, inamovible y atemporal. Tal y como se vio en el primer capítulo de esta Tesis Doctoral, el paso de la visión esencialista a la construccionista conlleva la introducción de los vectores espacio y tiempo en el discurso de lo eterno ligado a la morfología corporal y a toda la narrativa vinculada. Compartimos con Kimmel la opinión de que no es solo la especificidad norteamericana, “The United States is not unique, but presents perhaps the least adulterated case of the pathological insecurity of the bourgeois man about his own masculinity” (1987b: 244), y su importancia en la historia nacional, “a cursory glance at U.S. history [...] reveals a marked national preoccupation with masculinity” (1987b: 238), sino que el caldo de cultivo del que nacen las crisis que aquí se consideran reside justamente en la irresoluble dialéctica entre el pretendido inmovilismo del modelo hegemónico y el inevitable transcurso del tiempo: “Manhood is neither static nor timeless; it is historical. Manhood is not the manifestation of an inner essence; it is socially constructed. Manhood does not bubble up to consciousness from our biological makeup; it is created in culture” (Kimmel 1994: 224).

El valor eterno del arquetipo de la masculinidad, construido sobre esquemas bipolares que pervierten su significado al ascribirlo solo a la ciencia, explica, en principio, su carácter universal y constante. El cuestionamiento de las implicaciones derivadas de tal concepción por parte del feminismo, por cuanto prescribe las relaciones de poder entre hombres y mujeres, llevó a la pensadora Donna Haraway (1986) a equiparar el lenguaje de la ciencia con el político y a distinguirlos solo por los medios en que se producen. No en vano, la biología del cuerpo se ha utilizado a lo largo de la historia para negar la igualdad política y social así como cualquier posibilidad de cambio, por lo que más que hechos objetivos se entablan debates morales cuya

verdadera naturaleza es política—en su etimológica acepción de convivencia social. Los límites de la ciencia constituyen todavía un obstáculo insalvable, obligándonos a tomar sus certezas como algo valioso, aunque lejos de poder explicar muchas realidades, sin insistir en que la variedad de los órganos sexuales hace que sea más realista hablar de un *continuum* en el que el cromosoma masculino—dadas sus dimensiones y su disfuncionalidad—no puede arrogarse el papel hegemónico que se le otorga.

La lucha por desacralizar los géneros y por llevar la igualdad a los salarios y a las oportunidades laborales o a la sexualidad, que los movimientos feministas habían emprendido en los años sesenta a través de grupos como National Organization for Women (NOW, por sus siglas en inglés), comienza por desmontar los papeles asignados y, según sostiene Arthur Brittan, por identificar la verdadera tragedia: “The real crisis of masculinity is that men have come to believe that the distinction between reason and desire, the intellect and the body, the masculine and the feminine, is not only real, but necessary as well” (1989: 204). La vinculación de lo masculino con la razón es un descubrimiento de la Grecia clásica que la Ilustración recoge y cuyos ecos han marcado de manera definitiva y radical el decurso histórico de las filosofías y teorías sociales de la modernidad occidental. El gran invento helénico ha orientado nuestro conocimiento de la realidad, imprimiendo en ella nuestra visión, de tal manera que la hemos creado a imagen y semejanza de nuestros límites. Primero nos hemos creído el constructo físico y metafísico que hemos denominado naturaleza y que está regentado por un orden que nos ha dado acceso a una esencia constitutiva que no es más que un conglomerado de neutrones y electrones. Esa energía al servicio del poder no debe llevarnos a pretender que nuestra naturaleza de animales racionales sirva para distinguir entre la capacidad intelectual masculina y la emocional femenina. Tampoco se explica su deriva en menosprecio, en un ejercicio de la sinrazón masculina, según Victor J. Seidler (2000), cuyos métodos favorecen la desigualdad y la explotación de la subordinación, de una forma racionalmente injusta.

Este ejemplo de la caracterización que hizo Einstein del siglo XX en cuanto a su perfección en los medios y su confusión en los fines muestra la manipulación del conocimiento y los peligros de los acercamientos esencialistas. Y es que, al negarse al cambio, dan lugar a etapas que se repiten en ciclos y que impiden romper con el pasado y avanzar en términos reales. Hay que decir, además, que la confianza ciega en la

ciencia del momento no puede justificar el intento de detener el tiempo. En ese sentido, cabe argumentar, con Riemer, que el modelo hegemónico no ha de permanecer inalterado cuando nuestras vidas han variado de manera tan dramática: “society’s predominant ideals of masculinity have changed over the past two centuries” (1987: 290). Esta afirmación apoya la diferencia que marcaba Clyde W. Franklin II entre ser varón y ser un hombre, “While the definition of male has undergone little change since 1630 [...] the definition of masculinity has undergone numerous changes” (2012 [1984]: 3). De ahí, de ese trecho que separa teoría y realidad, se deriva gran parte de la confusión contemporánea, hasta el punto de que es posible afirmar que la escasa capacidad para servir al hombre en su día a día reside en la rigidez del modelo, que, en palabras de Gilmore, tiene como principal obsesión: “the need to establish and defend boundaries” (1990: 77). La retórica discursiva participa del proceso de perpetuar las distancias establecidas y seguir utilizándolas, al transformarlas en naturales e inevitables, sin pensar que es justamente la falta de flexibilidad lo que multiplica el riesgo que apunta Stephen Greenblatt de bifrontismo, “any achieved identity contains within it the sign of its own subversion or loss” (1980: 9). Al margen de ese peligro, los movimientos sociales y la interacción humana hacen que nuestra identidad de género haya de amoldarse una y otra vez al contexto que le rodea y no al contrario. Así, nuestro concepto de hombría está todavía en deuda con las características que históricamente desembocaron en el esplendor del siglo XIX y su confianza en un progreso científico sin límites, unos logros en exploración y expansión territorial desconocidos hasta entonces y un discurso optimista y confiado que hoy sería irrepetible. El mantenimiento de parámetros que respondían a cuestiones puntuales y a concepciones de la vida del pasado sería incompatible con la idea del propio Gramsci, quien, cuando creó el concepto de hegemonía, no lo concibió estático, más bien siempre tuvo en cuenta las luchas sociales como origen del modelo para cada momento histórico.

A la conclusión diacrónica a la que llegan Cornwall y Lindisfarne, “Masculinity has multiple and ambiguous meanings which alter according to context over time” (1994: 12), habría que añadir la sincrónica, lo que terminaría de darnos una concepción de la masculinidad apartada por completo de la visión esencialista. Centrándonos en las últimas décadas del siglo XX estadounidense, otro motivo para que el modelo entrara en crisis—además de su anclaje en formatos decimonónicos—lo constituye la negativa a

aceptar la pluralidad y la complejidad de una realidad alejada del modelo de masculinidad blanca y heterosexual. El desfase entre el ideal social y la sociedad había aumentado desde finales de los años sesenta, cuando el presidente Richard Nixon denominó a la población blanca “*the silent majority*” con la idea de ofrecer resistencia frente a los movimientos por los derechos civiles en auge. El concepto de “*whiteness*” resurge en el momento en que los representantes de la identidad norteamericana ven peligrar un dominio que se debilitaba ante los grupos organizados en torno al orgullo racial y que hizo temblar, según señala Robinson, la norma: “the ‘silent majority’ emerges from its invisibility to compete for attention on the national scene” (2005: 16).

En lo referente a los esfuerzos invertidos por parte de los integrantes de la masculinidad hegemónica con el fin de reivindicar su espacio en la sociedad, hay que destacar que se prestan a una doble lectura: por un lado, la necesidad, que les llevó a romper su invisibilidad por primera vez, de luchar por su privilegiada situación; y, por otro, muy unido a la anterior, el recurso a una fantasía de pureza para enfrentarse a una realidad poco satisfactoria.

Dejando a un lado su proverbial individualismo, las políticas de identidad llegan también al colectivo hegemónico, cuyos miembros, alejados de mitos como el originario *melting pot* o el multiculturalismo postmoderno, empezaron a verse como una especie en peligro de extinción; es decir, comenzaron a sentir que su poder corría peligro. La amenaza tiene un componente irracional, del que puede decirse que roza la histeria colectiva, puesto que supone la conversión del grupo más poderoso en todo lo contrario: la idea del hombre blanco al mando y con el control de la situación se sustituye, argumenta Krimmer, por la del victimismo de ser perseguido y perjudicado por su condición: “Masculinity emerges as a concept under siege” (2000: 30). Desde el punto de vista social, la unión de masculinidad y blancura representa la hegemonía. Es más, los dos componentes se refuerzan mutuamente en un binomio cuyo único riesgo reside en no contar con la solidaridad entre sus miembros por su ambición y por carecer de otros elementos en común. Obviamente sus históricos privilegios se van a ir matizando ante la pujanza de otros colectivos que quisieron entrar en la sociedad del bienestar, recurriendo para ello al argumento de que llevaban años contribuyendo al crecimiento del país sin aprovechar sus ventajas.

En cualquier caso, la mejor explicación a tanta alarma la encontramos en el aspecto psicológico, que ayuda a entender la reacción a la ruptura de la monolítica representación mental de la masculinidad. Es esta dimensión individual la que reduce en un grado mayor el contacto con la realidad y dispara la imaginación. Por un lado, toda configuración genérica conlleva una carga de fantasía, que se manifiesta en una imagen mental que tenemos de nosotros mismos y que incluye los estereotipos y prejuicios recibidos desde nuestro nacimiento. En este caso y ante la sensación de acoso, crece exponencialmente el discurso casi “ario” sobre el color de la piel y sus connotaciones sociales y morales, retomando algo que había surgido en el siglo XVII cuando entre los colonos se produjo un cambio, que Jordan explica así: “From the initially most common term *Christian*, at mid-century there was a marked drift toward *English* and *free*. After about 1680, taking the colonies as a whole, a new term appeared—*white*” (1968: 95). A pesar de lo absurdo de abogar por la epidermis como factor social, lo cierto es que en los casos en que nuestro mundo se viene abajo, la tendencia más común consiste en refugiarse en valores innatos e imperecederos. Así, la búsqueda de verdades absolutas conduce a interpretar—en momentos en que no hay otros asideros—la pureza de un color en clave de distinción, “White men created the image of Black men as yet another contrast necessary for their own self-image” (Segal 1990: 169). Claro que este tipo de discurso sorprende si cabe más cuando científicamente hoy está probada la miscegenación de la inmensa mayoría de la población blanca estadounidense, “no one could ever be completely white and/or completely male” (DiPiero 2002: 4)—por lo que el miedo a la contaminación de la raza y a la corrupción de sus valores debería haberse perdido hace años.

La crisis de la masculinidad se podría confirmar en tanto en cuanto se prolonga la lucha por aceptar el final del constructo en su singularidad. La entrada en el espacio público de hombres de otras razas obliga a adaptar el concepto a algo más heterogéneo y a ampliarlo para dar cabida a mayor variación. A este respecto hay que decir que, en la medida en que las identidades se construyen siempre por negación, represión o exclusión, es inevitable que surjan choques en los casos en que esos “otros” adquieren un estatus distinto, obligándonos a replantearnos quiénes somos en las conocidas crisis. Si, como sostiene Kimmel, la pertenencia al grupo hegemónico en los Estados Unidos ha significado históricamente una serie de diferencias, “We come to know what it

means to be a man in our culture by setting our definitions in opposition to a set of ‘others’—racial minorities, sexual minorities, and, above all, women” (1994: 120), es lógico que se produzca una sensación de cambio al tener que lidiar con una nueva definición que impone una masculinidad esculpida más desde la realidad social y económica que desde el nacimiento. Como suele suceder, el lenguaje encuentra una fórmula para representar un estado de cosas alterado, y, en este caso, hace tiempo que, desde ciertos sectores, se ha empezado a hablar de masculinidades (Connell 2005 [1995]). Se reconoce así que la noción decimonónica en torno al discurso único se ha resquebrajado, hasta el punto de que ni la platónica arbitrariedad entre signo y objeto ni el convencionalismo social podían seguir permitiendo que se mantuviera la asociación unívoca entre modelo y realidad. La imposibilidad de quedarse en la ficción de prohibir la existencia de otras modalidades que no sean la blanca heterosexual obliga a asumir, señala Halberstam, que la masculinidad hegemónica ha de continuar rigiéndose por los mismos parámetros que la sustentan desde el inicio: “depends absolutely on the subordination of alternative masculinities” (1998: 1). La relación de interdependencia se convierte en algo, como apunta Mosse, incluso más definidor cuando a la necesidad de imponerse y dominarlos también toma a estas otras formas como referente negativo: “enemies against which the masculine ideal sharpened his image” (1996: 12). El carácter intrínseco del vínculo hace que los cambios de una afecten a la otra, y los movimientos de liberación gay organizados a partir de los disturbios de Stonewall en 1969 iban a suponer un refuerzo de todo el espíritu reivindicativo de la década, cuyos impulsores se negaron a preservar la medicalización puritana de la sexualidad y la demonización de la homosexualidad, logrando sacar a esta tendencia sexual de la lista de enfermedades mentales de la American Psychiatric Association en 1974.

La evidente función institucional y uniformizante de la heterosexualidad, “Homophobia is inevitable used to support the status quo” (Lehne 1976: 81), nacida a la par que cárceles, manicomios y otros centros de control y castigo, deriva, afirma Edwards, en la automática sinonimia con la masculinidad y la antonimia con lo femenino: “successful heterosexual and masculine identification psychologically and socially depends on the repudiation of both femininity and homosexuality” (2004: 96). El papel central que desempeña la mujer a la hora de entender lo que es un hombre, tal y como se apuntó en el primer capítulo, hace que lo femenino se declare como opuesto y,

por tanto, se hable, según se analizó en ese mismo capítulo inicial, tanto a nivel científico como popular de los homosexuales como “invertidos” por mostrar una ausencia del nivel apropiado de masculinidad y representar, por ello, el peligro de romper la división esencialista entre masculino y femenino.

Los avances logrados con los movimientos de liberación sexual y pro derechos hacia las otras sexualidades, “gay liberation’s critique of the Western taboo against male expression of intimacy and affection raised unresolved issues for all men, regardless of sexual orientation” (Pleck y Pleck 1980: 37), hicieron crecer, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la paranoia homofóbica en una América que Segal describe como no demasiado alejada de la caza de brujas: “male homosexuality has been severely controlled and policed [...] particularly in moments of panic over dominant forms of Western manhood [...] in the 1950s, and once again in the 1980s” (1990: 98). Si bien resulta siempre complicado, en términos sociales, mantener el nivel de alerta y, sobre todo, psicológicamente no es fácil borrar en su totalidad los vestigios de lo que pueda representar la debilidad femenina en un ejercicio de castración mental, “masculinity as a positive identification depends on a double, not single, negative dissociation” (Edwards 2004 62), la tensión, sugiere Beneke, se vuelve insoportable cuando la identidad cultural se fuerza tanto, “gender, rather than being an expression of nature, is a way of repressing what is natural to our being” (1997: 189).

La revisión de los conceptos asociados al patrón hegemónico hará que también se sometan a examen los prejuicios sobre la naturalidad de la heterosexualidad, conduciendo a que se hable de “contratos heterosexuales” (Monique Wittig, 1980) o de “heterosexualidad obligatoria” (Adrienne Rich, 1986 [1980]). A partir de los años ochenta la heteronormatividad se va a poner en tela de juicio en cuanto a su unicidad como modelo de salud y racionalidad y se convertirá en legítimo objeto de estudio dentro de trabajos que traten el género en tanto que categoría ideológica para denunciar el sistema hegemónico que se sustenta en la desestabilización de cualquier alternativa. Desde entonces las masculinidades, que aceptan la variación cultural y la variedad de prácticas y valores dependiendo de la raza, la etnia, la nacionalidad, la sexualidad, el género, la clase o la edad, suponen una seria amenaza para la conceptualización tradicional, siendo una fuente de problemas que desembocan en crisis.

2.3.3. Consecuencias de la hegemonía

Se ha hablado hasta ahora del modelo hegemónico de masculinidad siempre ligado al poder y a posiciones de dominio sobre el resto. En esta sección se pretende, en cambio, analizar el coste que el estatus tiene para sus propios integrantes con la intención de reflexionar sobre los daños y valorar así el significado real de ese patrón que, en principio, los hombres eligen autoimponerse en aras del triunfo y el éxito. Algunas causas de las cíclicas crisis, pero en concreto la de finales de siglo XX, también residen, dentro de la construcción de la masculinidad como tal, en la fórmula de prescripciones que engloba la noción y que contribuyen a reafirmar el sistema ideológico de poder a pesar de que cause—como advierte Beneke—estragos entre sus miembros: “Gender oppression applies to men as well as women” (1997: 189).

2.3.3.1. La otra cara del sistema

Según Connell (1987), tres de los aspectos que componen el conjunto del sistema de géneros son claramente identificables como proclives a entrar en crisis. El primero y más visible, el de las relaciones de poder, se ha empezado a producir, como veremos un poco más adelante en este capítulo, ante la insostenible situación de desigualdad entre géneros, a la que Connell se refiere así: “a historic collapse of the legitimacy of patriarchal power and a global movement for the emancipation of women” (2005 [1995]: 85); y, pese no haber terminado, la evolución ha hecho posible una nueva realidad gracias a las reivindicaciones feministas. El segundo, el de las relaciones de producción, también ha experimentado, en palabras de este mismo autor, una importante transformación, “Production relations have also been the site of massive institutional changes” (2005 [1995]: 85), que no se puede desvincular del todo de las relaciones de poder, puesto que fue, en parte, motivado por la incorporación de la mujer al mercado laboral tras la Segunda Guerra Mundial y, en parte, por otros cambios en el sistema económico estadounidense, como también se verá más adelante. Y, en tercer lugar, las relaciones sexuales, que, con la entrada de otras conductas, han ampliado, señala Connell, el espectro de posibilidades, “Relations of cathexis have visibly changed with the stabilization of lesbian and gay sexuality as a public alternative within the

heterosexual order” (2005 [1995]: 85), rompiendo la dualidad hombre-mujer y su sexualidad reproductiva como base del patriarcado donde se identifican categorías sexuales y genéricas para beneficio del hombre y de sus obsesiones, tal y como se estudiará en el cuarto y último capítulo del presente trabajo.

La evolución experimentada en estos tres ámbitos es motivo de tensiones que sacan a relucir puntos débiles del sistema o incluso, como se argumentaba al inicio de este capítulo, permiten afirmar que el modelo no está en crisis sino que es una crisis en sí mismo. Si bien, para Tim Edwards (2006) y para otros críticos, tales aspectos, que más tarde examinaremos en detalle, son los que distinguen la verdadera crisis de la masculinidad como paradigma de la supuesta crisis de los hombres en cuanto individuos, “In sum, what we are left with here is limited evidence for the perceived crisis of men and far more—yet entirely theoretical and purely conceptual—support for the notion of a crisis of masculinity” (2006: 20), este apartado no está dedicado a las connotaciones negativas que la masculinidad tiene en sí misma sino justamente en relación al individuo, que intenta seguir las directrices impuestas por el modelo. Por último y antes de adentrarnos en el análisis, cabe señalar que, con el objetivo de certificar esa dimensión individual de la crisis, se ofrecerán datos demostrables desde un punto de vista empírico.

Whitehead considera que la falta de homogeneidad en el grupo de los hombres provoca distinciones donde la clase, el origen o la cultura pueden negar la existencia de una crisis única para todos sus miembros, “This does not make crisis real in any absolute sense—though for some individual men anxieties concerning their sense of (masculine) identity may well be quite vivid” (2002: 58-59). De hecho, este autor considera que la crisis es más una cuestión que mezcla la retórica y la histeria a partes iguales, articulando un discurso que él deslegitima no tanto por ser algo que afecta a algunos particulares y que nunca debería generalizarse sino, sobre todo, por basarse en prejuicios erróneos y en implicaturas emocionales y subjetivas. De opinión similar es Tim Edwards, quien, en su *Cultures of Masculinity* (2006), distingue entre lo que denomina “*crisis from without*”, para describir todos los cambios que los hombres han experimentado en los últimos cincuenta años en relación al mundo laboral, familiar, educativo, sexual, sanitario o criminal, y “*crisis from within*”, que se refiere a la relación de los hombres consigo mismos y su masculinidad y la transformación vivida con

respecto a la manera en que estos han pasado de sentirse al mando a su nuevo estado: “a sense of powerlessness, meaninglessness or uncertainty” (2006: 17). Lo más interesante, además de la insistencia en la diferencia entre los datos y la sensación y en la distinción entre el sistema y los individuos, es la negación de la crisis, puesto que para él los problemas inducidos por la masculinidad no son ni novedosos ni puntuales; son, por el contrario, perennes y afectan a todas las esferas de la vida del hombre. Por último hemos de señalar que el mismo autor limita la aplicación del término crisis a la “*crisis from within*”, la percepción mental que en determinadas épocas determinados individuos tienen sobre una realidad que no varía.

Aceptando, con Edwards, que no se trata de nada nuevo, pero teniendo en cuenta su agudización en ciertos momentos debido a la psicosomatización del precio a pagar—atendiéndonos a los cánones hegemónicos—por ser un hombre, los Estudios de masculinidad han incidido en aproximarse a la crisis desde la desconfianza hacia el modelo único: rocoso, impenetrable e indestructible, que provoca el sacrificio personal. La identidad masculina entendida como una fuente de mutilación de la que los hombres comienzan a tomar conciencia, es lo que ha dado lugar, en opinión de Beneke, a posturas más críticas: “The first thing for men to notice [...] is what a catastrophe sexism and masculinity are for us” (1997: xii). Esta conclusión ha sido fruto del tiempo transcurrido desde que en las décadas de los sesenta y setenta se iniciara una búsqueda de nuevos estilos de vida que llevaran a una paz y tranquilidad internas en oposición al estereotipo de hombre de los cincuenta y su subordinación ciega al sistema. Como resultado, la certeza en la normalidad del modelo hegemónico se empezó a resquebrajar y los procesos individuales y sociales por los que configurar nuestra identidad se identificaron más con problemas que con rutas para acceder a la estabilidad personal. En ese sentido, Jack Nichols en 1978 apostó por un futuro mejor en que el hombre se liberara de las castraciones mentales: “A saner society will flower when men liberate themselves from contrived, socially fabricated prohibition, cultural straitjackets, and mental stereotypes that control and inhibit behaviour through arbitrary definitions of what it means to be a man” (1996 [1978]: 183).

El cambio, entonces, se veía posible. Ahora bien, el enfrentamiento entre esta utopía y la radicalización del sistema conservador capitalista a principios de los años ochenta contribuyó al choque que precipitó la crisis que aquí se estudia. La caída de la

venta de las ventajas tradicionales que supuso la publicación de J. Harrison en 1978, “Warning: the male sex role may be damaging to your health” en el *Journal of Social Issues*, puso los cimientos necesarios para que se empezase a interpretar la masculinidad como fenómeno psicológico tóxico. Roger Horrocks (1994), por ejemplo, lo denomina, en terminología psicoterapéutica, “*false self*” y aduce como motivo para su hallazgo que limita desde el exterior nuestro interior y lo fuerza a modo de máscara. Aclara su valor de la siguiente manera: “the masculine gender is a precarious and dangerous achievement and is highly damaging to men” (1994: 1). Por otro lado, comenzó también a verse como fenómeno sociológico, venenoso por su carácter prescriptivo y alejado de la realidad. Así lo entendió Pleck, quien sentencia lo siguiente: “Masculinity ideology directly creates trauma in male socialisation” (2008: 20).

Obviamente, cualquier identidad social somete la voluntad individual a la disciplina férrea de la identificación grupal. Flax lo explica con claridad: “Men and women are both prisoners of gender” (1986: 202). Sin llegar a constituir, por tanto, un problema en exclusividad, ya que su peso, además, es, como revela Egerton, un viejo prejuicio inevitable, “one is bound to look at life through the eyes of one’s sex” (1932: 58), lo cierto es que “The United States has been the archetypal male society” (Kimmel 1987b: 238). En virtud de ello, las expectativas que la sociedad tiene sobre los hombres instituyen unas normas que, más allá de describir cómo son, prescriben, señala McCall, cómo deberían ser: “hegemonic masculinity [...] also becomes institutionalized” (2001: 6). La imposibilidad de definir la masculinidad fuera de su contexto político, económico y social habla de la necesidad de contar con las reglas de un país que institucionaliza una manera específica de ser hombre, y a la que Kimmel se refiere en estos términos: “The United States has been trying to live up to the cowboy ideal ever since he appeared on the mythical historical stage” (1987b: 238).

La delimitación de la construcción cultural y su reproducción social marca la división entre lo permitido y lo prohibido; o, en otras palabras, entre el reconocimiento al hombre de verdad y el castigo al perdedor o al afeminado. La presión por responder al modelo ideal de hombre blanco heterosexual y de clase media obliga a una serie de concesiones, que, para expertos como Joel Ryce-Menuhin, atentan contra la salud mental del colectivo masculino, pues conllevan que sus integrantes se desprendan de una parte significativa de su humanidad: “Men [...] are experiencing a partial

psychological castration in a materialistic and rather barbaric civilization” (1996: 121). Estos procesos de alienación—fomentados y reforzados por un sistema con el que se relacionan desequilibradamente por la inestabilidad que supone vivir al margen—producen grandes satisfacciones a algunos: una minoría que interioriza la mutilación psicológica y actúa según mandatos sociales transformados en su identidad. A los demás, la mayoría, les provoca una serie de consecuencias de las que solo se pueden defender, según argumenta Kaufman, desde posiciones críticas: “Admitting and facing up to the limitations of our current definitions of masculinity becomes the first step in cracking the armour” (1993: 12). En relación con esto, habría que subrayar que la distancia de seguridad que el individuo pueda poner con respecto a la ideología hegemónica depende de los recursos naturales y culturales que se posean, desde los heredados hasta los adquiridos, sean psicológicos, económicos o de cualquier otra índole.

El mayor lastre que se le puede atribuir al modelo esencialista dominante en occidente es el de las limitaciones que impone a unos individuos presionados a actuar de una manera que, a pesar de ser contraria a sus creencias y sentimientos, les afecta a su desarrollo, sumando, en opinión de Levin, problemas: “Pathologies of the Self are pathologies of the individual will and are generated within it; but they are also pathologies collectively willed into being, produced by our institutions, customs, and practices” (1987: 5). En referencia a esas patologías, Beneke sostiene que el carácter colectivo de esta plaga agrava las repercusiones físicas y mentales de unos individuos que, si bien empiezan a ser conscientes del perjuicio que ocasiona, no controlan sus consecuencias: “manhood [...] is a much greater pain than most men even begin to know” (1997: 173). Para Segal, por su parte, lo más grave de la crisis es que, aunque equipara la conducta machista con un código ético inmoral, sus defensores recrudecen su daño al pretender ponerle freno redoblando sus esfuerzos por conservar el poder, a la vez que niegan la realidad en su estrategia de recurrir al mito: “it is the battle to preserve ‘masculinity’ itself which is undermining men today” (1997: xxxii). La obsesión por aparentar normalidad e indiferencia externas mientras por dentro sufren al comprobar la forma en que su constructo se desmorona no deja de ser una de sus más enraizadas tácticas de defensa. A dicha ofuscación suman la fuerza de la violencia, ejercida, asegura Segal, contra aquellos que ponen su sistema en peligro: “it is the search for

affirmations of ‘manhood’ which remains the cause of, rather than the solution to, men’s problems” (Segal 1997: xx), como se verá en los siguientes capítulos.

Joseph Pleck fue pionero en someter, en *The Myth of Masculinity* (1981), a juicio crítico la teoría de roles que sustenta la sociedad estadounidense hasta nuestros días. Con su denuncia por la normalización y naturalización de un desarrollo psicológico que, en su opinión, es justamente lo contrario, “The M[ale]S[ex]R[ole]I[dentity] paradigm is [...] a product of its culture” (1981: 7), expuso una serie de argumentos en contra de tal paradigma social (1981: 9). En términos generales, lo rechaza porque carece de consistencia y porque predispone a un estado mental disfuncional, si se cumple, o a la condena social, si no se hace, como sucede en muchos casos con consecuencias psicológicas también negativas, especialmente entre los hombres. Los estereotipos y las normas que definen su operatividad en todos los ámbitos chocan además con el paso del tiempo, y su estatismo, al margen de evidenciar la falta de existencia real, conduce a unas secuelas físicas y mentales dañinas, que él bautiza como “*S[ex]R[ole]S[train]*” y que Clyde W. Franklin II resume de la siguiente manera:

1. Aggressiveness and competitiveness cause men to put themselves in dangerous situations;
2. Emotional inexpressiveness causes psychosomatic and other health problems;
3. Men take greater risks;
4. Men’s jobs expose them to physical danger;
5. Men’s jobs expose them to psychological stress;
6. The male role socializes men to have personality characteristics associated with high mortality;
7. Responsibilities as family breadwinners expose men to psychological stress;
8. The male role encourages certain specific behaviours that endanger health, specifically tobacco smoking and alcohol consumption, and;
9. The male role psychologically discourages men from taking adequate medical care of themselves (2012 [1984]: 28).

Hay que destacar la relevancia del referido trabajo, cuyas conclusiones se han utilizado para estudiar, como ha hecho Segal, los conflictos que se derivan de las discrepancias entre realidad y modelo de masculinidad: “it is not men’s biology or psychology which creates the crisis of masculinity, but prescribed gender role expectations which are seen as restrictive, contradictory and confusing” (1997: xiii). De esta manera, se ha determinado que, desde la homofobia hasta la obsesión por el éxito y el poder, pasando por problemas de expresividad emocional o de salud, las repercusiones negativas tienen fundamentalmente cuatro dominios: el cognitivo, el

afectivo, el conductual y el inconsciente. James M. O'Neil (2008) sostiene que es en el marco de ese último dominio donde se produce el “*gender-role conflict*”, que este mismo autor sitúa en cuatro contextos: el causado por las transiciones en los roles, el intrapersonal, el interpersonal y el experimentado en otros dominios. El mismo autor, pocos años más tarde y en colaboración con Bryce Casper (O'Neil y Casper, 2011), estableció la correlación entre el conflicto y la mayoría de los trastornos que aquejan a los hombres, de manera especial los que tienen un coste psicológico; entre ellos, autoestima, depresión, ansiedad o estrés, relacionados con alcoholismo y drogas. Se vio también una correspondencia con el difícil trato de los hombres con respecto a las mujeres: machismo, relaciones sexuales, insatisfacción matrimonial o familia.

El conjunto de estos aspectos representa la base sobre la que se esculpe el verdadero rostro del retrato del hombre agresivo, racional, dominante, competitivo, práctico, independiente, disciplinado, silencioso e invulnerable, aristas que desde hace siglos conforma el estereotipo masculino. Este engloba papeles variopintos, de guerrero, de proveedor, de padre, de esposo y de amante, todos fundamentados en su superioridad física, en su arte en el combate y en su celo profesional, así como en su obsesión y en su capacidad para mantenerse distante y equilibrado o para conseguir una erección. Todo ello, sin mostrar el más mínimo síntoma de una emoción que pueda dar una ventaja a sus rivales, constituye, según afirma Buchbinder, la imagen perfecta del macho americano: “*aggressive, muscular, non-effeminate*” (1998: 127).

2.3.3.2. El coste del sistema en cifras

La masculinidad hegemónica conlleva una serie de consecuencias que se van a examinar a continuación con más detenimiento y que ponen de manifiesto su realidad, que Beneke descubre alertando lo siguiente: “All social identities are potential tyrannies; masculinity is one of the more dangerous” (1997: 176). Nos centraremos, en concreto, en los efectos adversos para los hombres, un hecho que, por desgracia, forma parte de un ideario muy reconocible y relacionado con su ideología, “Men internalize a draconian model of masculinity that is inherently masochistic” (Beneke 1997: 43), y cuyo éxito las estadísticas terminan de demostrar. Desde hace más de cuarenta años, la reflexión teórica y el análisis práctico sobre la masculinidad y la última de sus crisis

destacan las repercusiones negativas del modelo para el propio hombre, entre las que cabe señalar fundamentalmente el ignorar la naturaleza ideológica de una concepción del hombre que no diferencia entre la realidad y el deseo. Puede deducirse, con Bourdieu, que la opresión sexista es, por lo tanto, más amplia y nociva de lo que se presupone:

Le privilège masculin est aussi un piège et il trouve sa contrepartie dans la tension et la contention permanentes, parfois poussée jusqu'à l'absurde, qu'impose à chaque homme le devoir d'affirmer en toute circonstance sa virilité. La virilité, entendue comme capacité reproductive, sexuell et sociale, mais aussi comme aptitude au combat et à l'exercice de la violence (dans la vengeance notamment), est avant tout une *charge* (1998: 56-57).

El grado de peligrosidad que supone para las mujeres, un aspecto en el que ahondaremos más adelante, ya se había denunciado desde posiciones feministas décadas atrás. No obstante, la novedad consiste en estudiar su carácter dual (Pleck 1995: 10), que incluye, además, la tendencia autodestructiva del modelo, como advertía Jack Sawyer a mediados de los años setenta: “The popular image of a successful man combines dominance over women, in social relations, and over other men, in the occupational world. But being a master has its burdens” (1974: 171).

Sin olvidar sus supuestos beneficios, principal motivo que justifica la decisión de arriesgarse, resulta imprescindible abordar su lado negativo. A tal respecto, hay que llamar la atención, como hacen Levant y Pollock, sobre el hecho de que los ideales marcan una serie de pautas y normas de conducta que son fuente de problemas para la mayoría de aquellos que las siguen y también para sus víctimas: “Masculinity ideology also plays a part in the tendency of many men to persist in behaviors whose consequences are dysfunctional for themselves and for others” (2008: 20). La dificultad de distinguir tonalidades dentro de una construcción genérica cuyas luces y sombras se entrelazan sin demasiado orden hace que la fórmula eufemística, “The dark side of masculinity not only harms women but damages men's lives as well” (Brooks y Silverstein 2008: 280), palidezca frente a la nítida lucidez de la sentencia de Horrocks: “Patriarchal masculinity damages men” (1994: 182). Teniendo en cuenta que esto sucede con frecuencia—en los momentos en que la sensación de frustración y debilidad se adueña de aquellos que, reuniendo los requisitos para gozar del poder, no pueden hacerlo—el “*gender role conflict*” se convierte en la raíz del sufrimiento y multiplica

exponencialmente el sentimiento de rabia y desesperación. Y es esta emoción la que se traduce en la declaración manifiesta del estado de crisis, provocado tanto por la adscripción a la norma hegemónica opresiva como por la incapacidad para gestionarlo de manera diferente.

Dicha patología doble, la del modelo en sí y la de los individuos que no son capaces de seguirlo, se debe a los dos elementos, ya estudiados, que convergen en el sintagma masculinidad hegemónica; esto es, la configuración de una identidad basada en la negación del “otro” y la necesidad de subordinar a ese “otro”, un fenómeno que Messner aclara en estos términos: “The pursuit of this masculinity—rather than liberating men—tends to lock men into selfdestructive behaviors and into oppressive, hierarchical, and destructive relations with women and with other men” (1997: 79). En cuanto al primero, cabe incidir en que la comentada doble negatividad de la configuración genérica complica mucho, como resalta Kimmel, el significado exacto de ser hombre, “Masculine identity is born in the renunciation of the feminine, not in the direct affirmation of the masculine, which leaves masculine gender identity tenuous and fragile” (1994: 127). La explicación a esta complejidad la encontramos en el hecho de que lo que Brannon y David (1976) resumen en el primero de los cuatro imperativos de la masculinidad hegemónica tratados en el capítulo anterior de esta Tesis Doctoral, “*No Sissy Stuff*”, tiene dos efectos perjudiciales: la dificultad de ser un hombre y las insálubres implicaciones de serlo, evitando lo femenino a toda costa.

Antes de proseguir, nos parece conveniente detenernos un momento y destacar que una de las pruebas definitivas que se pueden aportar a fin de certificar el carácter cultural de la masculinidad hegemónica, “Like any human creation, manhood can be shaped and reshaped by the human imagination” (Rotundo 1993: 1), es que el modelo—entendido en tanto que mezcla de características innatas y valores adquiridos—permanece al margen de la naturalidad con que el sistema explica que los miembros del otro género llegan a ser mujeres por medio de un fenómeno biológico en el que es suficiente esperar a que la madre naturaleza termine de madurar el cuerpo femenino. Más específicamente, la condición física de las mujeres, revestida de un barniz cultural basado en el supuesto “instinto” maternal y en una capacidad reproductora, se vincula a la corporeidad de un físico capaz de acoger otro nuevo cuerpo; es decir, de engendrar vida y así perpetuar la especie. En el caso de los hombres, se trata de un proceso

complejo donde naturaleza y cultura establecen la identidad de género, de tal manera que para convertirse en patrón de poder el individuo no puede limitarse, sostiene Knights, a lo que posee por nacimiento: “masculinity and male identity have come to seem problematic rather than assumed and natural” (1999: 74). Si, siguiendo las principales denuncias feministas, tampoco el hombre nace, sino que, como sostienen Kimmel y Aronson, se hace, “To be a man is to participate in social life as a man, as a gendered being. Men are not born; they are made. And men make themselves, actively constructing their masculinities within a social and historical context” (2004: xxiii), el camino, desde el psicoanálisis de Chodorow (1998), se inicia partiendo de un duro proceso de separación de la madre, un momento que marca el resto de una vida dedicada consciente e inconscientemente a intentar reproducir esa traumática fusión uterina. Villalba defiende que de tan súbita y precoz crisis relacional se derivan tanto la infantil obsesión, entendida como madurez, por alejarse de la feminidad como el empeño por encontrar un sustituto artificial de esta carencia natural: “Men are often portrayed as big boys, differing from their younger selves only in the sums of money they spend on their toys” (1999: *en línea*).

Para Kimmel ambos estímulos se manifiestan en el proyecto gracias al cual el niño aprenderá a integrarse en la sociedad y que finalmente le otorgará la posibilidad de transformarse en hombre: “Over our two centuries of history, American manhood became less and less about an inner sense of self, and more and more about a possession that needed to be acquired. A chronically anxious, temperamentally restless manhood, a manhood that carries with it the constant burdens of proof” (1996: ix-x). La madurez biológica en que desemboca la niñez debe ir acompañada de ritos de iniciación donde los hombres comprueban y autorizan la entrada al grupo adulto, ya sea a través de pruebas físicas, sexuales o laborales, pero que en todos los casos han de servir para conocer el dolor y sobrevivir. Ser uno de ellos, participar de los elitistas códigos y las restringidas pautas de comportamiento que la masculinidad implica, es algo que solo los veteranos pueden mostrar a los más jóvenes. Así, mientras las mujeres traen al mundo niños, son otros hombres quienes los conducen a la edad adulta, introduciéndolos en la jerarquización y el éxito sociales; esto es, en su propio mundo. Por esta diferencia, casi la mitad de la humanidad nace siendo biológicamente un varón, pero la sociedad exige que empleen buena parte de su vida en llegar a ser un hombre y solo unos pocos están a

la altura del modelo hegemónico, lo que demuestra, según concluye Gilmore, una vez más la distancia entre lo biológico y lo cultural y evita la existencia de una categoría única, desbaratando la economía lingüística: “there is a constantly recurring notion that real manhood is different from simple anatomical maleness, that it is not a neutral condition that comes about spontaneously through biological maturation but rather is a precarious or artificial state that boys must win against powerful odds” (1990: 11).

Tal ejercicio sobrenatural equivale al proceso continuo de hacerse, deshacerse y rehacerse que constituye la individualidad masculina, aquello que Norman Mailer aclaró en su épica fórmula: “Masculinity is not something given to you, something you’re born with, but something you gain [...]. And you gain it by winning small battles with honor” (1966: 201). Frente a la feminidad como estado, la masculinidad resalta por su dificultad, al presentarse como proceso, y por la superioridad que eso le otorga—incluso desde su fragilidad, ante la facilidad con que puede perderse. Sin espacio para la variación o el matiz y sin tiempo para la rectificación, la rigidez del modelo termina de conferirle el grado máximo de complejidad, que reside en el hecho de saber que no es posible adquirirla en propiedad. En otras palabras, la masculinidad no se puede consolidar de por vida y esto termina por hacer de ella, como señala Kimmel, un proceso eterno: “American manhood became a relentless test, a constant, interminable demonstration” (2001: *en línea*). Son precisamente los obstáculos que es necesario sortear para alcanzarla y el reducido número de hombres que resultan beneficiarios de sus privilegios, “Such a model is [...] unrealizable for any man” (Kimmel 1994: 126), lo que le ha llevado a recibir el nombre de “*the Big Impossible*” (Gilmore 1990: 15) que agranda su carácter mítico, acercándola al Santo Grial. A lo anterior habría que añadir el atractivo por la imposibilidad de mantenerla, “masculinity is never fully possessed, but must be achieved, asserted and renegotiated” (Roper y Tosh 1991: 18), un imposible que aumenta sus dotes de seducción a ojos de quienes están dispuestos a sacrificar su día a día por lograr el poder—no ya a nivel individual sino colectivo: “achievement of masculinity is tenuous because power itself is in a continual process of contestation and transformation” (Roper y Tosh 1991: 18).

La aspiración a detentar el poder justifica el hecho de que la identidad genérica represente una preocupación más obsesiva entre los hombres que entre las mujeres. Es más, hay que decir que no solo explica que constituya un proyecto de vida sino que,

además, ofrece una segunda diferencia con respecto a la feminidad: su paradójico carácter limitado en el tiempo. Desde Rousseau (1979) sabemos que los hombres son masculinos en determinados periodos, mientras que las mujeres son femeninas siempre. Por otra parte, todo ello refuerza los argumentos utilizados por los construccionistas, entre ellos Kimmel, con el objetivo de negar su carácter innato: “[...] anything that was so biologically ‘natural’ wouldn’t need such relentless reassertion” (2007: viii). En efecto, la integración del individuo dentro del colectivo masculino, resultado “natural” e inmediato de su partida de nacimiento—tarda y es difícil de producirse, ya que implica una pertenencia basada en la superación permanente de pruebas para demostrar que se está a la altura. La ansiedad de los candidatos, conscientes de la dificultad de tal cometido, y la inseguridad por la escasa recompensa de los resultados obtenidos, “What makes the need to prove manhood compulsive is that it can never be satisfied; one is momentarily a man [...] you’re only as masculine as your last demonstration of masculinity” (Beneke 1997: 43), es de por sí un proceso traumático. No en vano, este implica que el individuo que aspire a participar de sus beneficios debe luchar contra uno mismo y contra los demás en una serie de batallas, anunciadas por Mailer, internas y externas, “Masculinities are not given but achieved through a constant struggle with countervailing tendencies” (Knights 1999: 1), de las que resulta difícil salir victorioso.

En nuestra clásica cultura del esfuerzo, el sufrimiento y el sacrificio, “Jésus dit: “Heureux l’homme qui s’est soumis à l’épreuve, il a trouvé la vie” (Gillabert, Bourgeois y Haas 1985: 6), dichas batallas, lejos de desalentar, han adquirido en el imaginario colectivo valores que, por encima de lo genérico, encuentran su espacio en las esferas más elevadas de la psicología humana: allí donde, una vez que se ha trascendido el ámbito de lo privado, el individuo se siente, en palabras de Gilmore, reconocido públicamente como un hombre de verdad: “true manhood is a precious and elusive status beyond mere maleness, a horatory image that men and boys aspire to and that their culture demands of them as a measure of belonging” (1990: 17). Por lo que respecta a las formas de mantener la masculinidad, hemos de señalar, con Dasgupta, que estas se explicitan en las tres principales pruebas que tradicionalmente ha de superar todo hombre: “Men legitimate their masculinity in a variety of public and private ways, with work, sex, and war being three major tests of manhood” (2015: *en línea*). El ideal colectivo, representado por el triunfo social y, por ende, un objetivo por el que se debe

competir y luchar, otorga, en opinión de Kimmel, a la masculinidad su lado más peligroso: la necesidad de demostrarla constantemente, “Proving manhood [...] has been and continues to be a dominant one in American life” (1996: ix). Timothy Beneke considera que este impulso, del que es imposible sustraerse, es el elemento principal de lo que él denomina “*compulsive masculinity*”, un comportamiento que explica en estos términos: “the compulsion or need to relate to, and at times create, stress and distress as a means of both proving manhood and conferring on boys and men superiority over women and other men” (Beneke 1997: 36).

Cabe apuntar, además, que el carácter estresante que define al modelo de masculinidad hegemónica lo convierte en una fuente de presión doble. Por un lado, ha de manifestarse, como señala Coleman, en público y por medio de referentes visibles y objetivos que la muestren muy vinculada al éxito: “the currency in which ‘the boys’ measure successful masculinity: high social circles, money, expensive tastes in wine and women, and sophisticated language” (1998: 47); pero, por otro, se presta a disimular la vulnerabilidad, la inseguridad y la inestabilidad emocional individual a golpes de masculinidad, algo común y dañino, que, para Pleck, provoca un círculo vicioso, “Men need to prove their manhood because men are socialized to believe that their masculinity is something they have to prove” (2008 [1995]: 27). Kimmel añade que el miedo al rechazo se traduce en actitudes arriesgadamente masculinas por medio de las cuales se oculta o se aleja de uno mismo la sensación de no ser lo suficientemente hombre: “The constant, relentless efforts by boys men to prove that they are ‘real men’ and not sissies or weak or gay is a dominant theme, especially in the lives of boys” (2001: *en línea*). Por lo tanto, mientras siga siendo una realidad el hecho de que todo adolescente a la búsqueda de su identidad genérica se somete a esta prueba para enfrentarse a sí mismo y a los demás, no se puede discutir que esta tendencia tiene un carácter nacional, como afirma Kimmel: “American masculinity is a relentless test” (1994: 126).

Si ya el psicoanálisis negó la posibilidad de ser completamente masculino y la sociología ha continuado afirmando que se trata de un estado difícil de alcanzar, “Masculinity is never something we can feel at ease with. It’s always something we have to be ready to prove and defend” (Seidler 1980: 9), una de las pioneras en los estudios sobre el hombre, Margaret Mead, insistió en el caso particular estadounidense:

“[M]aleness in America is not absolutely defined; it has to be kept and re-earned every day” (1971 [1949]: 289). Siendo así, la normalidad, el número y la gravedad de las pruebas de masculinidad aumenta en los periodos de crisis, durante los cuales se asocian con la causa principal de angustia y dolor entre los interesados y entre sus víctimas, porque el miedo a ser excluidos por su falta de masculinidad equivale a perder su identidad, lo que desemboca en trágicas consecuencias. Existe una relación estrecha entre el ideal imposible de llegar a ser hombre y la obligación de serlo evitando comportamientos que se asocien con la feminidad. En línea con la idea de Heather Formaini de que “Whatever masculinity is, it is very damaging to men” (1990: 13), hay que decir que el “*No Sissy Stuff*” está muy vinculado con una serie de datos que demuestran los efectos físicos y psicológicos devastadores, cuyas repercusiones se manifiestan en el desarrollo de enfermedades e incluso en la muerte. De ahí que pueda afirmarse que el deseo de los hombres de reafirmar su oposición a la feminidad, bien sea en una conducta considerada impropia de mujeres bien sea en una propia de homosexuales, se corresponde con una tendencia al riesgo y la temeridad: en ocasiones, un problema de vida o muerte; en otras, un riesgo de salud o laboral; y, en la mayoría, simplemente una causa añadida de estrés.

A la hora de cifrar el coste que tiene para el individuo su pertenencia al género masculino, las estadísticas médicas coinciden con el viejo *adagio*, “women get sicker, but men die quicker” (Lorber 1997: 14)—por lo menos en lo referente a las expectativas de vida de los estadounidenses: “In 1984, it [life expectancy] was 78.2 for women and 71.2 years for men (U.S. Department of Health and Human Resources, 1987)” (en Rowan 1997: 17). Este dato, común a los países desarrollados aunque algo más negativo para los hombres que en otros lugares, “Average life expectancy for men in the UK is approximately four years less than it is for women” (Gough y Robertson 2009: 2), permite inferir que la masculinidad acorta la esperanza de vida, y cabe pensar que no se debe, en exclusividad, al “instinto” femenino por la vida. El análisis de la evolución de esta diferencia ofrece motivos para la preocupación, ya que revela que la mejora de las condiciones de vida y laborales no ha traído consigo un acercamiento, “the gender gap in life span has been slowly growing over the past century; whereas women outlived men by about one year in 1920, they now outlive men by almost six years” (Kimmel 2007: 312). Resulta si cabe más interesante conocer que la correlación entre género y

muerte es tan vinculante que en la etapa donde es más apremiante demostrar la hombría, las divergencias, apunta Kimmel, se disparan, “Between the ages of eighteen and twenty-four, men are four to five times more likely to die than women” (2007: 110), y no es una casualidad que más de la mitad de esas muertes se deba a accidentes en la carretera, a lesiones causadas por otros motivos y a suicidios.

Teniendo en cuenta estas estadísticas, pero yendo más allá en su explicación, se puede considerar que el hecho de que los hombres tengan más posibilidades de ser víctimas de accidentes u homicidios es, en parte, consecuencia del modelo hegemónico—principal responsable de la conducta temeraria que provoca la mayoría de las muertes masculinas, sin contar con que también es la causa de buena parte de las femeninas. Desde la infancia, la pertenencia a su género lleva a los niños a correr muchos más riesgos que las niñas, tendencia que continúa a lo largo de la vida, según advierte Hearn: “accidents as a child, suicide and motor vehicles as young men, and the effects of diet, smoking, drinking and sexual habits later in life” (1999: *en línea*)—y sobre lo que volveremos más adelante.

Entre las causas de muerte o, más específicamente, de muerte prematura hay que incluir una de las actitudes que mejor define a los hombres: la de no subordinarse a las normas que rigen la convivencia en sociedad. Así, saltarse los límites marcados por la ley y seguir las propias reglas son dos de los factores que subyacen a la enorme diferencia que existe entre hombres y mujeres norteamericanos en cuanto a crímenes mortales, “Death by homicide also favors men, among those under 30, the male-to-female ratio is 8 to 1” (Kimbrell 1995: 5), o que pueden acabar en muerte: “men were being victimized by violent crime at a 63 per cent higher rate than women” (Kimbrell 1995: 5). La distancia entre los géneros es, en línea con los datos aportados hasta ahora, abismal por lo que respecta a la población carcelera. Los parámetros de conducta social ayudan a que los hombres con problemas de comportamiento, alentados por la permisividad hacia el *bad boy*, tengan ocho veces más posibilidades de acabar en prisión que las mujeres, las cuales están sujetas en mayor proporción a tratamiento psicológico, siguiendo la consigna de “*bad men and mad women*”. Esto se confirma con las estadísticas que manejan Evans y Wallace (2008) donde se eleva hasta el 90% el porcentaje de hombres en prisión, mientras que la mayoría de los diagnosticados por enfermedades mentales son mujeres (Ussher, 1991). Aunque han de tenerse en cuenta

otros elementos—igual o más importantes—y entre los que cabe destacar las condiciones económicas y laborales, es bueno recordar ahora a Dostoyevski y su idea de que las cárceles ofrecen un punto de referencia para conocer la civilización de un país.

Conviene asimismo tomar las estadísticas que Kimmel ofrece, “92 percent of all persons arrested for robbery; 87 percent for aggravated assault; 85 percent of other assaults; and 82 percent of disorderly conduct” (2007: 315), puesto que muestran parámetros de comportamiento diferente. La distinción entre la manera en que la sociedad lidia con sus ovejas descarriadas es todo un filón en lo que respecta al peligro que la cultura de la violencia aprendida desde jóvenes entre los hombres representa para una sociedad que sabe debe protegerse. Se añade, además, una de las características fundamentales del modelo hegemónico: el miedo de los hombres a mostrarse vulnerables y dependientes, lo que evita que acudan a recibir ayuda. A favor de esta última explicación, el hecho de que el peso de dicho modelo no sea tan importante durante la etapa infantil, lo que para Kimbrell explicaría el siguiente dato: “Boys in the United States are diagnosed and treated for a variety of behavioral and mental disorders far more frequently than girls” (1995: 7). Sin embargo, la interiorización del patrón hace que esa tendencia cambie, e incluso, en los casos en que solicitan tratamiento médico, sean capaces de evitar que sus problemas se vean con claridad—seguramente ocultando o simplemente contando con que para los especialistas también es difícil distinguir la normalidad de la anormalidad en determinadas enfermedades mentales: “men are chronically underdiagnosed for depression and other mental diseases” (Kimbrell 1995: 6).

Ese mismo convencimiento de que las leyes no están hechas para los hombres y de que sus límites solo los conocen ellos lleva a otros tipos de autodestrucción, consciente o inconsciente. En este caso, están relacionados con problemas de salud y con el abuso de un cuerpo que se erige en el mejor emblema de una masculinidad mal entendida, más preocupada por la apariencia que por el funcionamiento y obsesionada con ofrecer una imagen de poderío. En demasiadas ocasiones el final de un proyecto basado en buscar un imposible—a través del respeto y la obediencia de otros hombres y de la admiración y el favor de las mujeres—es el fracaso; e, incluso si se consigue el éxito, es a un precio demasiado alto, ya que es un modelo que promueve un estilo de vida que deriva en conductas de riesgo para la salud: sea en términos de tabaco, alcohol

y drogas, “twice as likely as women to be alcoholics and three times more likely to be drug addicts” (Garavaglia 2008: 205); sea en términos de estrés, deporte o dieta, donde han empezado a participar de su peor pesadilla: entrar en las estadísticas de enfermedades tildadas “de mujeres”, como revela Tarrant, “the first national study on eating disorders reveals that 25 percent of all anorexic, bulimic, and binge-eating adults are now male” (2013: 11).

Una vez más, la cifra no es exclusiva de los Estados Unidos, de acuerdo con lo que ponen de manifiesto las estadísticas de cualquier país avanzado. En cualquier caso y según explica Brett E. Carroll en *American Masculinities: A Historical Encyclopedia*, el prestigio social del alcohol como “a badge of honor” (2003: 22) y sobre todo su asociación con la masculinidad ha sido tan importante que se ha llegado a vincular con la fortaleza y el espíritu de conquista propios de aquellos que estaban arrebatando las tierras y sus riquezas a los que consideraban faltos de hombría: “Ironically, white advocates of western expansion ultimately pointed to the apparent inability of Native Americans to handle liquor consumption as a sign of weakness, and thus a justification of conquest” (Carroll, B. 2003: 22).

Cuando datos como los que maneja Clare constatan que en cuestión “de salud los hombres son el sexo débil” (Clare 2002: 114) y se añade una lista con los principales motivos, “disproportionality higher male rates of heart attacks, hypertension, ulcers, suicides, and early deaths (seven to eight years on average), as well as more subjectively felt dissatisfactions” (Brod 1987b: 272), los grupos y movimientos tradicionalistas y conservadores buscan explicaciones en la ética del esfuerzo, la responsabilidad o la dificultad por alcanzar el éxito. En ocasiones, como se verá en el tercer capítulo de esta Tesis Doctoral, aluden a la obsesiva paranoia maniaco-persecutoria que atormenta a los hombres por lo que respecta a las consecuencias de tener que sobrevivir a los ataques iniciados por parte de otros sectores de la sociedad que intentan perjudicarles. Sin embargo, tal vez debieran pensar que el máximo responsable de que “Men’s deaths exceed women’s across a number of serious diseases; for example, men are twice as likely than women to develop and die from the ten most common cancers affecting both sexes” (Men’s Health Forum 2004 en Gough y Robertson 2009: 2) y de que sean también los hombres quienes padecen más enfermedades causadas por el estrés (Evans y Wallace, 2008) sea el mismo modelo que establece que ser hombre es no ser mujer;

esto es, no cuidar el físico e ir al límite. En definitiva, atentar contra la vida, que en castellano tiene género femenino, y seguir pautas suicidas que los acercan a la muerte, que en tradición anglosajona se ha representado por medio de la figura del hombre.

Al significado de masculinidad enfrentado al de feminidad, analizado hasta ahora, hay que añadir la otra parte del binomio, hegemónica, en parte similar, pero que explicita, a través de los otros tres imperativos de Brannon, en mayor medida su verdadera naturaleza. En su escala de valores, siempre comparativa y siempre jerarquizada, uno de los principales peligros para la vida del hombre es, como ya se ha mencionado, la lucha por el poder: “*Be a Big Wheel*”. La mujer no es el único enemigo del hombre hegemónico, quien, para alcanzar tal condición, necesita subordinar al “otro”, sea quien sea. Así, el éxito reside en la capacidad para superar al resto y no hay mejor modo de lograr tal cometido que imponer un modelo basado en la subordinación de lo diferente—sea por género, raza u orientación sexual. Y es que ello hace imposible el beneficio para todos sus miembros y propicia, a juicio de Flood, la creación de categorías: “Men share very unequally in the fruits of male privilege, ‘being a man’ means different things among different groups and in different arenas, and some forms of manhood are dominant or ‘hegemonic’ while others are marginalised or subordinated” (2002 [1997]: *en línea*).

Atraídos y aturridos por los cantos de sirena del poder, Beneke advierte de que los miembros del grupo hegemónico podrían ser vistos como víctimas del sistema, “gender injures men and diminishes their humanity” (1997: 189), si no fuera porque es imposible esquivar la responsabilidad de nuestros actos, y, a pesar de suponer una visión política de la vida, es, insiste este mismo crítico, una elección personal: “men oppress men as men. Men [...] do not treat each other very well” (1997: 189). Asegurarse la superioridad implica, entonces, el daño del “otro” en un mundo regulado por la filosofía del ganador y el perdedor y con la competitividad como regla de oro de cada relación, aunque sea personal. La obsesión resultadista por los logros da lugar a una exagerada percepción de uno mismo, en términos de éxito laboral, y en el excesivo papel otorgado al trabajo como motor de nuestra identidad y de nuestra felicidad, derivando en el problema del *workaholic*, ya analizado en el primer capítulo de este trabajo. Sin llegar a tal extremo, la presión por triunfar es quizás el motivo por el que la calidad de vida del norteamericano medio no es todo lo buena que su situación

económica podría permitirle. En un intento por atajar los problemas suscitados por la ideología hegemónica, su estilo de vida y expectativas aumentan problemas reales individuales, añadiendo tensión a una carrera profesional fundada en la eficacia y cuyos beneficios redundan más en las empresas que en los trabajadores, entre los que puede repercutir en forma de estrés, depresiones y suicidios.

Bryan Sykes, el autor de *Adam's Curse: A Future without Men*, atribuye a esta filosofía de vida también consecuencias físicas; aunque, si nos atenemos a las estadísticas ofrecidas por Simon y Aleskovsky, los hombres tienen menos problemas médicos que las mujeres: "Male patients account for only 40 per cent of physicians' visits" (2000: 54). Esto se explica bien por los ya citados miedos a recibir ayuda bien por el masoquismo del modelo. A fin de ilustrar los riesgos implícitos en ese estilo de vida, Sykes aporta cifras sobre el recuento de concentración de espermatozoides y el descenso en la calidad del espermatozoide, concluyendo que trastornos como la infertilidad, la esterilidad o la impotencia son el paradójico resultado de la voluntad de poder masculina, lo que contribuiría, sugiere Andrew Kimbrell, a justificar su generalizada extensión: "Men are suffering an epidemic of sexual dysfunction [...] impotence [...] affecting more than 20 million American men" (1995: 5-8). Aun dudando de la relación directa causa-consecuencia en tan seminal cuestión, el camino del éxito si no estéril es al menos árido y solitario; y desde lo más alto solo se puede caer, por lo que la mezcla de narcisismo con masoquismo con vistas a marcar las distancias con el resto puede conducir a estados de ansiedad e inseguridad. El poder y la fuerza necesaria para mantenerlo aumentan la autoestima y confianza del hombre, pero ponen a prueba sus límites, conduciendo a la extenuación. Sentirse invencibles es el primer paso para ser derrotados y la inmortalidad de los éxitos significa, en muchos casos, la mortalidad, subraya Segal, de la persona, "Many—if not most—men suffer, at least in some ways, as they feel driven to deny their own vulnerabilities, to compete with each other individually, and to dominate more vulnerable groups of men" (1997: xix).

Los problemas se agravan ante la ausencia de una vía de salida a través de la cual encauzar las sensaciones, los sentimientos y los pensamientos que pudieran dar lugar a situaciones complicadas, tal y como expresa la tercera de las fórmulas de Brannon, "*Be a Sturdy Oak*". El autocontrol, la contención emocional y el estoicismo

tienen su origen en el empeño del hombre por permanecer distanciado de la “histeria” femenina, diagnosticada por Freud, y por equiparar la masculinidad a la racionalidad, de manera que se convierten en categorías mutuamente excluyentes. Y esto a pesar de que la crítica feminista y los acercamientos postmodernistas han echado por tierra con la falacia de un conocimiento racional masculino, fundamentalmente señalando sus limitaciones. En *La sinrazón masculina* (2000), Victor Seidler atestigua los esfuerzos invertidos a lo largo de los últimos doscientos años con el objetivo de reducir la masculinidad dominante a una racionalidad eficiente, haciendo del sujeto cartesiano un ser privado de emociones en sus procesos cognoscentes. Para Dasgupta el peligro de tanta restricción sentimental y de tanta insistencia en el autocontrol, la fortaleza y la dureza en aras de conseguir o mantener el poder, “toughness and domination are essential to man’s identity” (2015: *en línea*), es caer en el analfabetismo emocional y en el aislamiento, disfuncionalidades que pueden derivar en cuestiones si cabe graves. Por ello, cada vez más, la incapacidad de mostrar sentimientos, de empatizar o de compartir experiencias se identifica, tal y como hace Kilmartin, como un daño irreparable en la identidad masculina: “The person who is able to reveal his or her thoughts and feelings to others has the opportunity to express the self, receive social support, gain insight into the self, understand his or her emotional nuances, and form close relationships” (2007: 149).

Aquello que separa a los sexos por ser signo de debilidad femenina y motivo de castigo masculino sitúa al sujeto en una posición a la defensiva, contribuyendo a su inseguridad e imposibilitándole disfrutar del contacto, ya que, por miedo, se evita la intimidad. Por otro lado, esto le lleva a encerrarse en sí mismo y a desarrollar, en consecuencia, conductas antisociales así como a protagonizar explosiones descontroladas. Por lo que respecta a la primera, es un círculo íntimo que implica sentirse desprotegido y vulnerable al tener que desprenderse del escudo protector de los códigos de su grupo, y buscar una relación directa donde las cuestiones afectivas predominen sobre las racionales. De forma más específica, puede decirse que el hombre—educado hacia el exterior y lo público—sufre cuando su interior y su privacidad están en juego, lo que a menudo le hace sentir que los sentimientos son sospechosos al poder ser utilizados en su contra. Se trata del territorio femenino y, por lo tanto, el hombre debe evitarlo. En suma, poder e intimidad se perciben asociados en

una relación de exclusión, cuyo *modus operandi* implica que para asegurar el primero, se debe vetar la segunda. En cuanto a la otra consecuencia negativa, la insistencia en el autocontrol conduce a que, cuando la contención no es posible, se produzca la reacción desmesurada—ya sea en forma de violencia verbal o física. La incapacidad del hombre de controlar su interior en momentos difíciles transforma las emociones, que emergen traducidas en expresiones de rabia y agresividad. Estos arrebatos sin medida ponen al hombre al límite de su estabilidad psicológica y le alejan de su condición humana, acercándolo a un estado salvaje donde lo pasional descontrolado puede con lo racional y razonable.

Este y otros desórdenes promovidos por una ideología que Kimmel describe como sumamente rígida, “Masculinity is far more rigid a role construction than is femininity” (2007: 144), se entienden también como el motor de procesos de autodestrucción en los que, con la intención de vengarse de los demás, el sujeto se perjudica con síndromes adictivos y compulsivos, tales como la tendencia al abuso de alcohol y drogas, y que pueden finalmente conducir al caso extremo del suicidio. Los paliativos a la soledad, el aislamiento o la frustración y la sensación de fracaso multiplicados por el supuesto estoicismo masculino pueden ser una fórmula explosiva para explicar el dato de que en los Estados Unidos el género suicida sea, según revela Kimbrell, el masculino: “Over all men commit suicide at four times the rate of women” (1995: 6). Lo más preocupante de tan generalizada desproporción entre varones y hembras occidentales, “Por toda Norteamérica, Europa y Australia, los suicidios masculinos superan a los femeninos en una proporción de tres o cuatro, a uno” (Clare 2002: 12), es que lejos de ser un acto desesperado e irracional, contiene al menos dos de las pautas hegemónicas: por un lado, la incapacidad para manejarse en situaciones de conflicto interior por su falta de costumbre con el efecto desestabilizador que entraña y la obsesión por controlar hasta el último de los problemas; y, por otro, la agresividad y violencia de este tipo de conducta, con el atractivo de la transgresión social. Estas implicaciones podrían explicar, una vez más, su papel en momentos de poca madurez personal, en especial entre los hombres jóvenes, para quienes “[e]n muchas partes del mundo el suicidio es la segunda causa de muerte más común después del accidente [...]” (Clare 2002: 119), y su aumento, como destaca Cohen, en momentos de crisis:

“The Samaritans have reported an 80 per cent increase in male suicide in the last ten years” (1996: *en línea*).

Sin pretender ignorar que existe cierto grado de responsabilidad personal, pero teniendo en cuenta que resulta imposible separar lo psicológico de lo sociológico en la construcción masculina, puede afirmarse que el suicidio es un acto de violencia contra uno mismo. A tal respecto, no debería pasarse por alto que este es el cuarto y último atributo de los que Brannon habla, “*Give’em Hell*”, además de uno de los más polémicos en cuanto que responde a la creencia que une y a veces identifica la masculinidad con la violencia. Recordemos, con Evans y Wallace, algo que ya se ha visto en el primer capítulo de este trabajo y que se volverá a tratar en el cuarto: “Dominant forms and codes of masculinity can serve to legitimize violence, both towards others and the self, as a means of dealing with emotional pain, while talking about difficult feelings or asking for help would only leads to a loss of masculine power” (2008: 486). La antropología y el psicoanálisis se han encargado de poner de manifiesto que la violencia masculina es una realidad transcultural universal, un componente recurrente en el comportamiento del hombre, que, sin embargo, no hace de ello una vinculación directa causa-efecto. Tampoco la consideran inevitable, un hecho que apoyan los estudios científicos, incapaces de probar con datos que sea la testosterona la que provoque la agresividad—y menos en una época donde el comportamiento no debería estar dominado por las hormonas.

Es más, las formas y medidas de esta agresividad como elemento propio de los hombres dependen en su mayor parte del contexto cultural específico, así como de otros componentes históricos y sociológicos. Más que de los últimos vestigios de la atracción atávica por la violencia en su forma de supervivencia y ley de la selva, se trata de un problema sociocultural, que, pese a estar presente en la mayoría de las culturas, no repite las mismas características—si exceptuamos factores como la ideología hegemónica y el patriarcado. En efecto, obras de la antropología comparativa como *Societies at Peace* (1989) revelan que cuanto más permisivo es el modelo de masculinidad en materia de sentimientos, más bajo es el nivel de violencia en la sociedad. En ambos casos, se está hablando de poder y de patrones ideológicos que tienen en la desigualdad su base, por lo que no es de extrañar que recurran a esta reacción a menudo para proteger lo que de otra manera sería imposible de conseguir: la

subordinación de los demás sin motivo aparente. Pleck advierte de que el interés propio por mantener la situación hace que desde el inicio de los procesos de socialización se incentiven y promuevan actos violentos como camino a través del cual conseguir la masculinidad, en múltiples formas “as encouraging aggression in boys but not girls” (1981: 58). Desde esos primeros estadios y para el resto de sus vidas, “Reinforcement is the most intuitively obvious of the hypotheses accounting for the development of sex-typed characteristics” (Pleck 1981: 58), la violencia se convierte en el medio por excelencia para demostrar la hombría y marcar las relaciones entre hombres y entre hombres y mujeres en el campo profesional, pero también en el privado, incluyendo la sexualidad, y no ofrece, para Kimmel, dudas sobre su grado de discriminación, “violence as the chief demarcating line between women and men” (2007: 327).

Por lo que respecta a los Estados Unidos, la historia del país, pasada y presente, atestigua que en su cultura el binomio masculinidad-violencia se ha explotado de forma recurrente desde que se instituyera en el siglo XVIII, y no solo a la manera de retórica del guerrero, como se ha visto al inicio de este capítulo y se verá cuando se trate la política de su presidente Ronald Reagan. Ejemplos como la masacre de la población indígena, el mito de la frontera, la guerra civil o la cultura sureña revelan una civilización violenta, pero, por desgracia, no se puede afirmar que dicha agresividad sea exclusiva de estas “aventuras” del pasado. Parafraseando al psiquiatra James Gilligan, Kimmel y Aronson recuerdan lo siguiente: “the only two innate biological variables that are predictors of violence are youth and maleness” (2004: 811). Según insisten en resaltar estos dos mismos críticos, en los Estados Unidos esas variables se juntan y apoyan, “Young America men are the most violent group of people in the industrialized world” (2004: 810), hasta el punto de que, muy por encima de cualquier otra nación, “Our homicide rate is between five to twenty times higher than that of any other industrial democracy” (2004: 810). En años como por ejemplo 1992 los homicidios alcanzaron, de hecho, unos niveles incomparables con otros países avanzados, “more than sixty times greater than that of the same age group in England” (Kimmel y Aronson 2004: 810).

Especial atención merecen los asesinatos masivos, *mass murders*, aquellos que implican a más de tres víctimas en un solo episodio y cuya autoría es casi en exclusividad masculina, según James A. Fox y Jack Levin: “93.4 percent of mass killers

are male. This may be contrasted to homicide offenders more generally, who are 88.3 percent male” (2012: 140). Obviamente en ejercicios de odio colectivo como estos hay que preguntarse por factores que superen lo personal, y no puede ser casual que, junto con los dos parámetros ya apuntados y que son constantes, se dé una diferencia tan clara como la que señala Grant Duwe (2004) entre los 21 casos que ocurrieron en los años que van de 1900 a 1965 y los 95 acontecidos entre 1966 y 1999. Esto sin pensar en crisis económicas o de masculinidad como posibles variables que pudieran explicar tal grado de ensañamiento contra la cultura que, a partes iguales, les ha formado y deformado por parte de un colectivo, el de los jóvenes heterosexuales caucásicos de clase media, que con carácter desproporcional representa el grupo más elevado; de ahí que Gloria Steinem (1999) haya denominado a estos crímenes “*supremacy crimes*”.

El recurso a la violencia de género o a la violencia patriarcal, a la que se llega debido a un erróneo concepto de poder o a la resistencia a aceptar su ausencia, es otra lacra de la masculinidad occidental, que Kimmel identifica como especialmente seria en este país: “The United States has among the highest rates in the industrial world for rape, domestic violence, and spousal murder” (2012b: 187), donde, de los cuatro millones de víctimas asesinadas al año, casi la mitad lo son a manos de sus parejas, “nearly 40% of all women who are murdered are murdered by husbands or boyfriends” (2012b: 188). En relación a esto, hay que llamar la atención sobre el hecho de que se trata de una nación que hasta 1985 en más de la mitad de sus estados prohibía de forma expresa que se llevara a juicio a los maridos que mantuvieran relaciones sexuales no consentidas, puesto que las mujeres no tenían derecho a negárselas, seguramente también protegidos por la mala educación sexual, donde los limitados medios de expresar el deseo y el afecto restringen las opciones y llevan a criminales equívocos. A este dato habría que añadir que la violencia contra la mujer deja, como recoge de nuevo Kimmel, otras estadísticas: “every six minutes a woman in the United States is raped” (2012b: 188), que le ponen en cabeza de esa vergonzosa lista: “the United States has the highest rate of reported rape in the industrial world—about eighteen times higher than England’s” (2012b: 188).

Esta tragedia, que, según cifras oficiales referidas al año 1997, se traduce en que cada 18 segundos una mujer sufre maltrato físico (Kimmel 2007: 254), no distingue, tal y como subraya Kimmel en otra de sus publicaciones, ni clase social, ni raza, ni nivel

cultural (2012b: 195), y la razón, asegura Segal, parece clara: “The wider causes of men’s violence must be located in societies which construct ‘masculinity’ in terms of the assertion of heterosexual power” (1990: 252). Así, la impunidad que ha permitido emplear violencia contra los menos favorecidos sigue castigando, argumenta Kimmel, a las mujeres allí donde la desigualdad de género es mayor, “the less gender differentiation between women and men, the less likely will be gendered violence” (2007: 317). El factor del poder continúa, en efecto, ejerciendo un papel importante debido a que la situación socioeconómica es también un elemento determinante a la hora de predecir la aparición de violencia doméstica: pobreza y desempleo o el simple hecho de pertenecer a uno de los grupos subordinados al modelo hegemónico favorece que surjan estos problemas, ya sea entre Afro-americanos o entre miembros de las clases más bajas. Segal considera que todo ello se agrava cuando los integrantes del grupo hegemónico sienten que su posición privilegiada está en peligro e intentan compensar dicha amenaza con violencia de género: “rape [...] involves men attempting to establish their power and masculinity in situations where they have been deprived of more conventional means to express them” (1990: 247). El gran escollo lo representa, pues, el modelo de masculinidad, que Clare describe como “[e]l origen de tanta cólera, furia y violencia masculinas reside en el concepto que nos formamos de nosotros mismos como hombres y mujeres y en la forma en que superamos las dificultades y los obstáculos del amor y el odio humanos” (2002: 57) y contra el que poco pueden hacer medidas legales. En cualquier caso, eso no quita valor a los esfuerzos que, en un momento en que la crisis de masculinidad arreciaba, agosto de 1994, se diera el primer paso serio para atajar el problema: la aprobación de la Violence Against Women Act (VAWA, por sus siglas en inglés), que posteriormente ratificó Bill Clinton el 28 de octubre de 2000.

Los beneficiarios del modelo hegemónico, arrastrados por su crisis y las consecuencias de la inestabilidad financiera que ha definido la economía de los Estados Unidos desde los años setenta, no ven solución mejor que la de agarrarse a lo más característico de su credo; esto es, el uso de la violencia como mecanismo último para reconducir el estado de las cosas cuando la realidad y la legalidad no le ofrecen al hombre otras oportunidades. Esta estrategia de intimidación contra las mujeres es, lamentablemente, una compensación casi simbólica a falta de alternativas para volver a

sentirse poderosos y, con ello, hombres de verdad. Así, según denuncia Segal, se vengan en ellas de afrentas que sus reglas no pueden dejar pasar sin castigo: “Men will only stop displacing their fears about themselves into contempt for women, and antipathy and loathing for excluded and subordinated group of men, once they are able to recognise and accept their own multiple and conflicted identities, able constantly to question and complicate the notion of ‘masculinity’ itself” (1997: xxix). La infamia de estos comportamientos contra el “otro” es que encuentren en la ideología hegemónica los argumentos necesarios para creer en sus sueños de grandeza así como los instrumentos para combatir contra todo aquello que amenace su autoridad, unos medios que pueden obrar el milagro de devolverle su hombría y dejar de sentir vergüenza.

Por tanto, el sacrificio de vidas incluye las de aquellos que son víctimas de la opresión por parte de un modelo de vida que Mike Donaldson describe en estos términos: “exclusive, anxiety-provoking, internally and hierarchically differentiated, brutal, and violent. It is pseudo-natural, tough, contradictory, crisis-prone, rich, and socially sustained” (1993: 645-646). Si no fuera por el daño que produce, “The paradox of power: we have social power, but we... pay a devastating price for it” (Kaufman 1993: 8), sería infantilmente cómico y demasiado parecido al código de cualquier pandilla de niños que rechacen lo femenino y que busquen el triunfo y el reconocimiento a través del control de sus emociones y el uso de la violencia, pero, como recuerda Phillips, “The trouble with boys is that they must become men” (1994: 270).

2.3.4. Crisis Patriarcal

Una vez repasados aquellos aspectos del modelo que con el paso del tiempo resultan más difíciles de justificar, es necesario detenerse en otros cambios que afectan a la masculinidad hegemónica, y, en concreto, a sus dos mayores apoyos, que, según se argumentó en el primer capítulo de esta Tesis Doctoral, son el patriarcado y el capitalismo. No en vano estos son los que explicitan en términos reales la denuncia de Mary Hubbard en 1873: “The world is oppressed by masculinity” (Kimmel 1987d: 149).

De nuevo tenemos que distinguir, en el significado de crisis, la sensación de final provocado que muchos hombres sienten del final deseado que otros anhelan, aunque ninguno ha resultado ser definitivo. Y es que ni los que se quieren ver como víctimas ni los que se quieren ver como verdugos han conseguido todo lo que proponían: unos preservar el patriarcado y los otros acabar con esa forma de ideología abusiva, como la hemos llamado sirviéndonos de West: “It was a sense of crisis of masculinity, which, as also became clear, by no means implied the demise of masculine power” (2000: 13). Brod hace hincapié en el hecho de que cualquier reforma o crítica respecto a la masculinidad hegemónica repercute en el modelo patriarcal del que nace, “[...] these particular ‘crises’ of masculinity are but surface manifestations of a much deeper and broader phenomenon which I call the ‘general crisis of patriarchy’” (1996: 245). Hay que señalar, además, que la “naturalidad” de la división y la consiguiente jerarquización a la que conduce tal partición, “the symbolic equation of ‘masculinity’ with power, and ‘femininity’ with powerlessness” (Segal 2015 [1999]: 161), es un invento de la modernidad. Dicha concepción necesita pervivir en el tiempo protegida por una ideología en que, como dice Gilligan, “values were being taken as facts” (1982: xv) y por unas condiciones políticas y económicas que salvaguarden el dominio de unos sobre otros con un fin moral, lo que Brittan (1989) denomina “*masculinism*”; es decir, “the ideology that justifies and naturalizes male domination” (Brittan 1989: 4). Asimismo, el carácter discursivo y performativo del sistema patriarcal lo acerca mucho, según argumenta Tolson, a la masculinidad: “Patriarchy is a ‘general ideology’ substantially carried by codes of speech [...] and by inherited rituals and customs” (1977: 140).

Si bien para los más conservadores, los autoproclamados “*The Moral Majority*”, la responsabilidad de la crisis es de los movimientos feministas, gays y de liberación masculina, a los integrantes de dichos grupos les resulta extraño que sean los mayores beneficiarios del sistema los que demonicen a los colectivos más desfavorecidos. Desde posiciones esencialistas, se considera que la experiencia de la masculinidad identificada con el poder quedó tocada tras las críticas y las dudas surgidas durante los pesimistas años setenta. Esas denuncias aumentaron a medida que los discursos en su contra elevaron el tono, hasta hacerles sentir tan ajenos a su entorno que fueron incapaces de reconocer su pertenencia a su propia cultura, viéndose abandonados por el sistema

patriarcal—como más adelante en este capítulo se analizará. El grado de complicación de una situación que siempre había estado meridianamente clara en sus líneas divisorias causa desasosiego; una fatiga ideológica que no soporta la idea de la ruptura de la identificación del pene con el falo y, mucho menos, que detrás de esa metáfora esté la nada, un significante sin significado, lo que acaba, señala Brittan, con el consenso social: “The ‘crisis of masculinity’ then, is about the generalized feeling among men-in-general that they are no longer capable of fully controlling the world. They have lost their collective nerve, their self-assurance, their sense of certainty. They are ‘uncertain’ about their potency, their heterosexuality, their status-worthiness” (1989: 183).

Por el contrario, para quienes consideran que esta forma de masculinidad está obsoleta, caso este de Kaufman, es el discurso hegemónico el que oprime también al hombre por el precio que paga: “The source of men’s pain is none other than the patriarchal societies within which we have defined our power” (1993: 8). Esa raíz de la oposición entre las normas y nuestro bienestar, sin embargo, necesita de factores externos para que se pueda vislumbrar algún cambio real, como Tim Edwards enumera: “the emancipation of women; shifts in the worlds of technology and work are also seen to rupture stereotypical notions of gender divisions in employment, and the rise of gay and lesbian sexualities is also seen to undermine patriarchal dominance” (2004: 15). Por tanto, el patriarcado se resiente de la creciente liberación de la mujer que, primero, denunció la incompatibilidad entre los principios básicos de la modernidad, fundados, como nos recuerda Mill, sobre la igualdad de los seres humanos, “The principle which regulates the existing social relations between the two sexes—the legal subordination of one sex to the other—is wrong in itself, and now one of the chief hindrances to human improvement; and [...] it ought to be replaced by a principle of perfect equality, admitting no power or privilege on the one side, nor disability on the other” (1986 [1861]: 7), y, después, provocó cambios en la categoría genérica construida a partir de su definición. En consecuencia, no se pudo preservar de la forma en que se había entendido históricamente, “Masculinity and femininity, as is the case with any binary, exist only in relation to one another; we cannot change one without changing the other” (Wannemaker 2011: 3).

Reducir las dimensiones del hombre no fue uno de los primeros proyectos feministas, aunque Virginia Woolf denunciara esta falta de realismo, “Women have

served all these centuries as looking-glasses possessing the magic and delicious power of reflecting the figure of man twice its natural size” (1985 [1929]: 2004: 50). A la histórica desigualdad y su contradictoria visión del mundo cultural, “opposite to nature but also rooted in nature, reflecting natural laws” (Dollimore 1991: 115), la modernidad le impuso normalidad a través de la articulación del poder alrededor de dos esferas: la masculinización del lugar de trabajo y la feminización del hogar, auténtico descanso del guerrero y su refugio emocional. El carácter prioritario que se le atribuye a su rol de proveedor y su desaparición del nido familiar, “As early as the 1820s and 1830s, critics were complaining that men spent too little time at home” (Kimmel 2007: 131), sustituido por tecnología, con pérdida de su papel de padre ofrece la doble cara de un hecho que marcó el devenir del progreso económico del siglo XIX. El modelo, “declared natural—that is, both biologically inevitable and morally appropriate” (Kimmel 2007: 133), se considera el pilar contra el que el feminismo luchó, puesto que “[e]l poder del patriarcado [...] se basa en la creencia de que lo público prima sobre lo privado” (Clare 2002: 19), se exprese como se exprese:

Man for the field and woman for the hearth:
Man for the sword and for the needle she:
Man with the head and woman with the heart:
Man to command and woman to obey;
All else confusion (Tennyson 1847: 116).

Por paradójico que resulte, Carl Jung (1912) sostiene que es precisamente el desequilibrio entre las dos esferas el que mantiene la paz social durante mucho tiempo. En ese sentido, Jung tiene claro que la libido del hombre estadounidense, “está casi enteramente centrada en su trabajo [...]. Entrega todo el gobierno de su vida familiar a su esposa [...]. Esta es la razón de que sea tan amable y cortés en su casa y de que pueda luchar con tanto ahínco en su trabajo. Su auténtica vida está donde está su lucha” (en Clare 2002: 10).

La ruptura del *statu quo*, que se produce alrededor de 1920 con el sufragio femenino, terminó de legalizar la incorporación de la mujer a la vida pública y acabó, además, con la armonía, al suponer, nos recuerda Kimmel, el final de la separación entre trabajo doméstico femenino y el externo masculino: “a change in the private sphere will bring about dramatic changes in the public sphere” (2007: 174). La primera consecuencia de este nuevo orden social será la eliminación de la exclusividad

masculina para proveer y la segunda será la desaparición del centro de rehabilitación masculina que era el hogar (Clare 2002: 186-187). Ahora bien, lejos de conseguir la igualdad, la entrada femenina en la esfera masculina ha provocado malestar entre los defensores del puritanismo reaccionario. No en vano estos han identificado como prioridad absoluta la crisis del *American way of life*, lo que realmente se corresponde a la reacción masculina, que, por un lado, está al tanto de la situación y busca, señala Kimmel, defender su territorio: “Men have retreated into smaller and smaller pristine preserves of ‘pure’ masculinity that become increasingly hyperbolic in their assertions of the ‘true’ way to be a ‘real man’—and as the men themselves become increasingly anxious and defensive” (Kimmel 2007: 246); y, por otro, no es consciente del verdadero efecto: el ocaso de su estabilidad por no ser posible, en palabras de Giddens, conservar su relación con la mujer en los términos anteriores: “Their unconscious emotional reliance upon women was the mystery whose answer they sought in women themselves; and the quest for self-identity became concealed within this unacknowledged dependence” (1992: 60-61). Los temores del hombre, que ya no se ve a salvo ni en casa ni en el trabajo, se transforman poco a poco en algo real y con lo que tienen que convivir: la presencia femenina. Las mujeres, en efecto, reivindican sus derechos, critican el discurso patriarcal y desenmascaran la hegemonía que había sido invisible hasta entonces, “En el meollo de la crisis de la masculinidad está el problema de la reconciliación de lo público y lo privado, lo íntimo y lo impersonal, lo emocional y lo racional” (Clare 2002: 294).

Amparada por procesos de naturalización conservadora, la invisibilidad ha sido una de las estrategias más efectivas del poder, algo que Foucault denunció en estos términos: “[P]ower is tolerable only on condition that it mask a substantial part of itself. Its success is proportional to its ability to hide its own mechanisms” (1990 [1976]: 86). La imparcialidad del discurso pseudocientífico, que ha protegido la asociación de hombre blanco heterosexual de clase media con el ser humano, y los otros mecanismos disciplinarios de control y represión, incluida la naturaleza violenta del macho, han perpetuado la identificación del dominio masculino con el bienestar social, ofreciendo el escudo que ha posibilitado, argumenta Berg, la invisibilidad del privilegio: “Feminism, if it is to escape the phallogentric, or egocentric, appropriation of all representation, must be partial; more than that, it must be a continual reminder that there is nothing

imparcial” (1986: 220). Kimmel llama la atención sobre el hecho de que ni su complejidad estructural y funcional ni su interacción con otras categorías ha podido seguir ocultando una realidad que solo existía para ellos: “[...] men are the ‘invisible’ gender. Ubiquitous in positions of power everywhere, men are invisible to themselves” (1993: 29). El increíble hecho, ya percibido por Simone de Beauvoir, “Un homme ne commence pas jamais par se poser comme un individu d’un certain sex: qu’il sois homme cela va de soi” (1996 [1949]: I, 14), se basaba además en mantener el foco crítico en el “otro”, sometiéndolo a un escrutinio que iba a convertirlo en un monstruo. La opacidad de género, raza y sexualidad, “White male power has benefited enormously from keeping whiteness and masculinity in the dark” (Robinson 2005: 1), salta, sin embargo, en pedazos cuando la crítica feminista provoca el cuestionamiento de tal condición y la transforma, como resalta Robinson, en problemática: “one cannot question, let alone dismantle, what remains hidden from view” (2005: 1).

Los elementos que conforman el concepto de masculinidad se revisten de una visibilidad desconocida, hasta el punto de que Tim Edwards asegura lo siguiente: “we are aware of masculinity in the twenty-first century like never before” (2004: 1). Causa y consecuencia de esta diferencia de percepción son la incorporación de la mujer al ámbito laboral, al igual que la tendencia a la igualdad social y a una sexualidad paritaria que acaben con la esclavitud laboral y sexual—aunque no se pueda decir que sea una realidad: “En Estados Unidos [...] las mujeres de entre 25 y 34 años que trabajaban en horario de jornada completa ganaban en 1980, el 65 por ciento de lo que ganaban los hombres” (Clare 2002: 201). Todo ello en una época en la que las mujeres, además, empiezan a acudir en mayor número a la universidad y obtienen mejores resultados. Esto propicia la desintegración parcial de la economía fálica, protegida, eso sí, por el techo de cristal: “Un estudio de 1990 de las compañías Fortune 500 y Service 500 de los Estados Unidos reveló que las mujeres sólo representaban alrededor del 3 por ciento of de los altos cargos directivos y algo menos de un 6 por ciento de los directores de empresas” (Clare 2002: 136).

La negativa de la mujer a conservar el estereotipo femenino, al poner en duda, entre otros, el acceso exclusivamente masculino al mundo laboral y la unidad familiar tradicional, obliga al patriarcado a hacer los reajustes necesarios con la finalidad última de seguir detentando el poder. Aún siendo el siglo XX consecuencia directa del XIX y

repitiéndose en el tiempo las dos crisis finiseculares, el sistema patriarcal como patrón social experimenta un cambio a la hora de establecer la interacción entre individuo y sociedad. El convencimiento decimonónico de que el sometimiento del individuo a los dictámenes sociales reportaría el único contexto donde encontrar la felicidad se tambalea. Y ello fuerza a que la fusión entre el modelo patriarcal y la masculinidad hegemónica sufra transformaciones, dada la evolución, según señala Brod, del patriarcado desde una manifestación más individual a otra más colectiva, “The sense of crisis results from the simultaneous promulgation of two conflicting modes of patriarchal power, the earlier more personal and the later more institutional form” (1996: 245). Las nuevas circunstancias políticas y económicas acentúan la preocupación por las relaciones entre el estado capitalista y el modelo patriarcal: si en un principio el entendimiento fue total, el hombre contemporáneo llega a la conclusión más adelante de que su unión es incapaz de combinar lo que el capitalismo impone en los asuntos públicos con los valores necesarios en las relaciones personales dentro del patriarcado, “le rôle de l’État qui est venu ratifier et redoubler les prescriptions et les proscriptions du patriarcat privé par celles d’un patriarcat public, inscrit dans toutes les institutions chargeés de gérer et de régler l’existence quotidienne de l’unité domestique” (Bourdieu 1998: 120).

Kimmel defiende la idea de que la prevalencia de la forma más institucional hacia la que el capitalismo empuja al patriarcado acentúa la brecha entre la generalizada superioridad del grupo y la realidad de muchos individuos: “Men as a group are in power [...] but do not feel powerful” (1994: 105). Se trata de un sentimiento justificado en el sentido de que es la manifestación de una serie de cambios que Harry Brod resume de esta manera: “This crisis results from the increasing depersonalization of patriarchal power” (1996: 245). A este respecto hay que decir que la preponderancia de intereses colectivos, mayormente de tipo económico, impone una norma que perpetúa la idea de clase social y poder económico, por encima de cualquier otro criterio ideológico, una exigencia que demuestra, en opinión de Krimmer, la falta de materialidad al modelo hegemónico y el castigo a sus miembros menos afortunados: “new impersonal, corporate forms of domination—and mass lay-offs in their wake—have made it impossible for many men to live up to this ideal (2000: 31).

Las diferencias en lo que respecta al conjunto de privilegios obtenidos por los hombres de la cultura patriarcal por el mero hecho de serlo, lo que Connell denomina “*patriarchal dividend*” (2005 [1995]: 79), repercuten en las clases marginales, donde la exclusión del grupo de poder tiene doble valor: por ser hombre y por estar privados de su dividendo. La cada vez más elitista selección de los beneficiarios induce a que muchos hombres se sientan defraudados por el sistema del que se supone participan y al que han apoyado con su subordinación, preservándolo como modelo, a la vez que contribuyen al progresivo deterioro de sus circunstancias individuales. Todo ello redunda en la victimización de un número cada vez más elevado de individuos que no encuentran salida a su problemática al margen del sistema. Roger Horrocks sintetiza la situación con claridad: “Many men can identify with the rape experience, since they feel ‘raped’ by patriarchal culture” (1995: 50). El hombre, habituado a ser sujeto de opresión, no puede reprimir, al verse convertido en objeto, una terrible sensación de absurdo con respecto a sí mismo, a los otros hombres y a las mujeres. Esto, asegura Roberta Spark, es singularmente cierto en una época en la que la ideología imperante ha transformado su forma de expresión, hablándose incluso del final de una ideología que esclaviza si cabe más a hombres y mujeres con la protección de su invisibilidad: “comfortably ensconced within daily practices and conventions of both capitalism and patriarchy” (1997: *en línea*). Brittan revela la clave en la que reside el problema, “the crisis of masculinity is a problem of male psychology” (1989: 26), y es evidente que, cuando el individuo entra en crisis, peligra entonces su ideario y la seguridad en sus espacios cotidianos, desde la cama hasta la oficina.

La marginalización hace sentir al hombre la presión que caracteriza a un sistema tan rígido, de modo que se ve dominado por un estado de confusión identitaria que implica a toda su persona. Desprovisto de la capacidad para elegir su forma de vida y su destino, su individualismo, advierte Kimmel, no puede permitir algo que no siente: “Power is not something to be applied like a fashion accessory, it is both an inner confidence and security, as well as referring to a real hierarchical position. This kind of power American men still did not feel” (1996: 292). En ese sentido, el efecto más perjudicial de la crisis para el hombre es el hecho de que le priva de sus referencias y, con ello, de la percepción de sí mismo como hombre, lo que equivale al desconcierto sobre qué o quién es eso que no se considera un hombre de verdad. A raíz de esta

inseguridad, su hiperconsciencia se multiplica en público. Consideramos importante subrayar que dicho sentimiento se manifiesta en especial a la vista de otros hombres, no solo porque, como dice Kimmel, “Masculinity is a homosocial enactment” (1994: 129) en que la competitividad y el estatus vienen determinados por el éxito reconocido por los contrincantes, “A man should look, act and behave like other men—but be on top” (Hite 2011: 120), sino porque además: “ideologies of manhood have functioned primarily in relation to the gaze of male peers and male authority” (Leverenz 1991: 769). El escrutinio y la aprobación le otorgan un lugar entre ellos y le protegen de la rivalidad que conlleva el ser consciente de que su peor enemigo es otro hombre, y, por lo tanto, como defiende Kimmel, “This is the great secret of American manhood: we are afraid of other men” (1994: 131). El temor a que sean otros los que tengan el poder y el control sobre nosotros provoca el deseo de dominar, fuente de la desconfianza en las relaciones entre hombres y de la inseguridad personal. No hacerlo significaría caer en un comportamiento tachado de femenino, disparándose así el peor peligro: la homofobia; o, diciéndolo con Kimmel, el miedo a no estar a la altura, “Our fear is the fear of humiliation. We are ashamed to be afraid” (1994: 131).

Si uno es lo suficientemente hombre como para ser reconocido como tal por los otros hombres, las mujeres, en la medida en que respetan y admiran esa cualidad, complementan el poder masculino, hasta el punto de que se ofrecen como síntomas del triunfo. No es este el caso cuando los hombres carecen de tal “hombría”. Debido a que las mujeres son un ser subordinado, se complica la posibilidad de subordinar a otros seres, por lo que el estigma de no pertenecer al grupo hegemónico tiene también como consecuencia la falta de la reconstrucción emocional que la mujer otorga. En tanto en cuanto no constituyen una identidad social completa por no refrendar su orientación heterosexual y demostrar sus capacidades, los excluidos quedan, por ese motivo, privados de otra garantía de su masculinidad. Huelga decir que la mera probabilidad de que esos conflictos consigo mismo, con los otros hombres y con las mujeres se den basta para que se hable de crisis de masculinidad por la exclusión del dividendo patriarcal.

También se explican así, en ese contexto, las desmesuradas reacciones—por hacer gala de la hombría—de unos individuos que intentan recuperar el sentido de sus vidas a través de acciones desesperadas, rayanas en lo criminal. Como ejemplo de dicha

deseperación cabe referirse al espectacular incremento de la violencia de género en la década de los ochenta en lo que respecta a agresiones sexuales, violaciones y maltrato doméstico. Con ella se buscaba demostrar la masculinidad perdida y vengarse, seguramente, de quienes se consideran responsables de tal situación por sus éxitos sociales y laborales; si bien, atendiéndonos a las estadísticas del Humphrey Institute for Public Affairs, se trata de conclusiones erróneas: “While women make up half of the world’s population, they cover about two thirds of the total hours of work, and receive only one tenth of the total pay; besides, they own less than one per cent of the goods” (García Landa 1996: 33).

Una de las causas de la crisis que se desata en los años ochenta reside, por lo tanto, en la ruptura de la unidad de la narrativa de la masculinidad, que, como se ha comentado, tiende cada vez más hacia un modelo hegemónico dirigido a un grupo social unido solo en la ilusión de compartir sus beneficios, un sueño que agranda el conflicto entre el ideal y la realidad. Cuando Gramsci creó el concepto de hegemonía incluyó su manipulación, al señalar que lo que parecía al alcance de las masas, era, de hecho, algo a lo que solo una minoría tenía acceso. De ahí que sea necesario distinguir entre la traumática experiencia de muchos norteamericanos que por primera vez se sintieron desposeídos de su hombría y entre las relaciones estructurales de poder que siguen rigiendo entre los géneros, lo que demuestra la vigencia de la concepción de Hannah Arendt: “power is not the property of an individual; it belongs to a group” (1986: 64).

Para Kate Millet “patriarchy’s chief institution is the family” (1970: 33), por lo que sería impensable que la institución que Althusser incluyera entre los aparatos ideológicos del estado no sufriera las consecuencias de las reivindicaciones feministas y de la crisis patriarcal. La unidad familiar tradicional reproduce en su formato y en su configuración las relaciones de poder imperantes en su sociedad, asegurando, puesto que representa con fidelidad la mentalidad de la clase media, el mantenimiento del orden ideológico. En su perversa combinación de institución que protege a la humanidad de los peligros del mundo salvaje y de representación natural del orden cósmico, la familia es el sustrato sobre el que la sociedad se construye. Sobre él pivota el sistema de esferas que permitía al hombre preocuparse por todo lo referente a lo público, pues sabía que lo privado estaba asegurado. Y eso contribuyó, además, a que el *pater familias* sobrellevase los cambios que se producían en el exterior, al contar con la

opción, señalada por Lasch, de refugiarse en su pequeño dominio familiar donde recordar su parte más humana, “haven in a heartless world” (1977).

La interdependencia y el equilibrio se rompen a mediados del siglo XIX, cuando la separación total entre los dos universos los lleva a extremos enfrentados, que, además, con la incorporación de la mujer a la vida pública a principios de la pasada centuria, precipitan una crisis de la que la familia no se ha repuesto todavía. Brittan señala que sus efectos en la masculinidad son lógicamente recíprocos: “Masculinity only becomes problematic when changes in the social structure generate changes in institutions like the family” (1989: 180). Afecta, así, a las estrategias del capitalismo patriarcal, que no puede, asegura Kimmel, recuperarse de las transformaciones a las que se ha visto sometido: “Perhaps the greatest single shock the family has had to absorb has been the entry of women into the workplace” (2007: 145). Las dificultades para reconciliar las necesidades públicas y privadas del hombre han aumentado a partir de los años cincuenta, momento en que, como señala Kimmel, el modelo tradicional de núcleo familiar, “a legal lifelong sexually exclusive, heterosexual monogamous marriage, based on affection and companionship, in which there is a sharp division of labor with the female as full time housewife and the male as primary provider and ultimate authority” (2007: 127), se viene definitivamente abajo.

Su sustitución a partir de los años setenta por la tristemente famosa *disfunctional family* en el imaginario colectivo es prueba evidente del final de una configuración social que tenía, como revela Bourdieu, como máximo beneficiario al hombre: “les États modernes ont inscrit dans le droit de la famille, et tout spécialement dans les règles définissant l’état civil des citoyens, tous les principes fondamentaux de la vision androcentrique” (1998: 120). En consecuencia la manida crisis de la familia ha sido utilizada por los sectores conservadores para denunciar la decadencia o ausencia de los sistemas de control, que han dejado de funcionar como canal de gobierno de la identidad social y sexual masculina y como patrón a seguir para que los jóvenes entren en el sistema. El atractivo que cada vez más fueron adquiriendo otras alternativas al proveedor familiar, y que incluyen posiciones al margen del modelo social—como los *beatniks*—al margen de la ley—como los delincuentes—o al margen de la moral convencional—como los *playboys*—impulsa el declive de uno de los soportes de la ideología hegemónica: la relación paterno-filial. Con la desintegración de este vínculo,

que aseguraba la introducción del joven en el mundo de los adultos a través de los ritos de iniciación de una manera “natural”, se niega la perpetuación del modelo. Sea por desaparición o por incapacidad para ejercer de ejemplo, su pérdida es “una exploración de la insuficiencia masculina, del fracaso de los hombres como maridos y padres, del temor a las coacciones y cadenas de lo íntimo y lo doméstico, al compromiso personal y a los niños que, implacables, le recuerdan al hombre el paso del tiempo, el envejecimiento y la muerte—y a un terror incipiente y abrumador a perder el control” (Clare 2002: 285).

A falta de la sensación de seguridad que confiere la familia nuclear, el hogar pierde su valor protector y curativo. Y la pérdida acarrea otras consecuencias; así, dificulta el equilibrio entre lo público y lo privado y acentúa la crisis de masculinidad porque pone de relieve, nos recuerda Edwards, la imposibilidad de desarrollar una personalidad compensada: “successful public masculinity and private happiness cannot be combined as they are quite literally antithetical parts of masculine identity and practice” (2004: 17). Desde el punto de vista de la teoría feminista, se considera que el nexo entre lo personal y lo político no debe implicar la desaparición de uno dentro del otro, puesto que, tal y como subraya MacInnes, “The personal is not political; the personal is what makes the political possible” (1998: 134). Ambas, unidas por lazos de poder, se han visto alteradas. A ello han contribuido tanto los vertiginosos cambios culturales, sociales y económicos, que dejan obsoletos los bastiones tradicionales de autoridad, como la profunda desestabilización de la armonía en las relaciones entre hombres y mujeres, provocada, en gran parte, por el impacto de las ideas feministas. La mutua dependencia entre las dos categorías influye en la configuración de nuestra identidad, forjada psicológicamente en el primer centro de poder que es el seno familiar a través de procesos de identificación y negación, pero sin olvidar el entorno social, que sigue favoreciendo la distinción entre el mundo público, del hombre, y el doméstico, de la mujer.

Hay que tener en cuenta que el modelo tradicional nunca ha sido la realidad para todas las familias y que, como expresa Kimmel, “The ‘traditional’ family was an anachronism from the moment of its birth” (2007: 135). En cualquier caso, la pérdida del último refugio del hombre, “Home is the place where, when you go there / they have to take you in” (Frost 2002: 163), empeora el estado de cosas en la década siguiente,

según incide Segal: “In the United States in the early eighties: ‘the family’ as an institution is ‘eroding’” (1990: 157). La desilusión social, que, como afirma Kimmel, es el termómetro que indica la gravedad de la situación, “The crisis of the family appears less a crisis of form than a series of challenges to its content” (2007: 172), incluye el aumento del porcentaje de divorcios, de los hogares monoparentales y de los niños desatendidos, así como, en opinión de las mentes bienpensantes, la pretensión de los gays y lesbianas de equiparar sus derechos tanto al matrimonio como a la adopción.

En medio de tal caos, es el matrimonio convencional el que empezó a sufrir un serio deterioro a medida que se acercaron los años setenta. De hecho, el porcentaje de divorcios se duplicó entre 1966 y 1976, llegándose a casi una desunión por cada dos nupcias en el año 1975, según Wandersee (1988). El mismo Wandersee relaciona estas cifras con el aumento de la proporción de mujeres trabajadoras desde un 43,3 por ciento en 1970 hasta un 51,2 por ciento en 1980, ya que la independencia económica posibilita, como sugiere Kimmel, que el matrimonio no sea la única opción, “only two thirds of American women aged thirty-five to forty-five were legally married in 1998” (2007: 129), o que se intenten otras salidas: “Co-habitation (both prior to marriage and in lieu of marriage) has increased dramatically, from 1.1 million in 1977 to nearly 5 million in 1997” (Kimmel 2007: 129). Es precisamente entonces cuando se da el promedio de bodas más bajo en cuarenta años: algo más de 8 por 1000 habitantes. El poder del mito sigue vigente y a pesar de que casi el 40 por ciento de los casamientos siguen terminando en divorcio y de que, según cifras oficiales, “the number of divorced people more than quadrupled from 4.3 million in 1970 to 19.3 million in 1997. This represents 10 percent of all adults aged eighteen or over, up from 3 percent in 1970” (Kimmel 2007: 157), el modelo de familia tradicional, que en la realidad representa uno de cada diez hogares, se echa de menos.

La cultura del divorcio significa apostar por una vida familiar donde la figura paterna no es el centro. Sin entrar aquí a valorar el posible daño para las generaciones venideras, consideramos necesario subrayar que la primera víctima es el propio hombre, que había tenido siempre en el matrimonio una fórmula intermedia entre el sospechoso aislamiento y el reconocimiento social, y cuyo mayor activo, a añadir a los ya mencionados, había consistido en que apartaba al hombre de la competitividad por las mujeres y, además, justificaba la agresividad en la lucha por el trabajo, por el dinero y

por alcanzar el éxito social. Dicho de otro modo, el hombre, una vez satisfecho su instinto sexual, podía concentrar todos sus esfuerzos en servir al sistema con la disculpa perfecta del bienestar familiar. Sin esa referencia, el individuo, en soledad, descubre, dice McDonough, lo inconfesable, “Masculine dependency upon the complicity of women, on women’s participation in its fantasy, insure that masculinity is much more dependent, more fractured and precarious, than it wishes to appear” (2006 [1997]: 7). La sorpresa es mayor si se tiene en cuenta que pocas décadas antes Beauvoir, en *The Second Sex* (1953), comentaba el problema de que para las mujeres fuera necesario tener un hombre para sentirse completas mientras que los hombres eran socialmente independientes. Los importantes cambios que se produjeron a lo largo de la segunda mitad del siglo XX tienen como resultado esa percepción alterada, que interpreta que el divorcio posibilita, pero, según incide Kimmel, no determina: “Divorce is the outcome of the problem, not its cause” (2007: 160). La capacidad de evolución social y personal que permite el cese de la convivencia conyugal hace del divorcio un sustituto de lo que en otros tiempos significaban guerras, plagas u otras causas de muerte—transformando el panorama de una sociedad que en 1990 afirmaba de manera categórica: “the American family does not exist” (Footlick 1990: 15).

Más allá de las novedades que tanto la crisis de la masculinidad como la nueva mujer han propiciado, la preocupación fundamental es el futuro. Es decir, esas generaciones que ya no viven en las condiciones tradicionales: bien sea por el número de progenitores, “Today, only half of American children live in nuclear families with both parents” (Kimmel 2007 136), ya que el 36% de los niños crece sin su padre biológico; bien sea por los hogares donde el hombre sigue ejerciendo su autoridad económica, “dual-earner families and other family forms (including single-parent households and gay and lesbians families) comprise about 40 percent each” (Kimmel 2007: 137); o sea porque el número de niños nacidos de madres solteras alcance un tercio del total, 1,3 millones en 1999 (Kimmel 2007: 129).

En cualquier caso, lo más preocupante de este periodo fue que la crisis de la familia tradicional arrastrase en su caída el estado anímico de un país que venía de la época del *baby boom*, y que, con la llegada del Enovid—la píldora anticonceptiva de los años sesenta—y los constantes debates desde esa década sobre el aborto, veía peligrar su sistema: “Birthrates plummeted during the decade (reaching an all-time down),

divorce rates climbed dizzyingly, and the number of individuals living in ‘single households’ skyrocketed from 10.9 percent in 1964 to 23 percent in 1980” (Savran 1998: 166). Este debate, cuyo final aún no está escrito, ha de encuadrar los trastornos del hombre en un contexto más amplio, uno que comprenda todas sus dimensiones y su relación frente a las exigencias que el orden patriarcal impone.

La opresión a la que buena parte de sus miembros se ven sometidos ante la imposibilidad de determinar el momento en que lo personal se hace político, sin duda uno de los mayores logros del sistema, deja, tal y como subraya MacInnes, al individuo en una posición de debilidad e indefensión frente al modelo social: “perhaps the most important political battle of the contemporary era is that to defend personal and private space from politization and rationalization” (1998: 136). Sea como fuere, la absurda manipulación de aquellos que quieren, en palabras de Gates, victimizar al modelo hegemónico, “The white male is the most persecuted person in the United States” (1993: 51), y que se asustan ante hechos antes nunca experimentados, “some seen minorities and women of lesser competence pass them by” (Cose 1993: 54), es incapaz de evitar que los datos hablen por sí solos: “the racial and sexual distribution of senior corporate executives between 1979 and 1989 [...] the proportion of African Americans had increased from 0.2 to 0.6 percent, of Latinos from 0.1 to 0.4 percent, and of women from 0.5 to 3 percent of the total” (Cose 1993: 54).

Por el contrario, los que en la crisis quisieron ver una oportunidad para el cambio de modelo no pusieron en duda los beneficios materiales o institucionales del patriarcado, sino que denunciaron su legitimación. Los argumentos nuevos que añadieron a los clásicos feministas fueron los signos de deshumanización y los síntomas de destrucción que tal sistema había supuesto en aras de un crecimiento personal con el resultado de la exclusión social. Es decir, la sensación de sentirse, según la describe Horrocks, objeto pasivo, “[...] many men are haunted by feelings of emptiness, impotence and rage. They feel abused, unrecognised by modern society. While manhood offers compensations and prizes, it can also bring with it emotional autism, emptiness and despair” (1994: 1)—cuando ese sacrificio no tiene compensación. Aquello que da al hombre la identidad para ser la máxima autoridad es lo que también puede destruirle como entidad psicológica y social, por lo que se abren otras posibilidades, como afirma John MacInnes: “Their monopoly of power, resources and

status which they had previously been able to claim directly by virtue of their sex, they now had to assert was due to their socially constructed gender identity which expressed some undefined natural difference” (1998: 45).

2.3.5. Crisis capitalista

2.3.5.1. Introducción

Ninguno de los cambios que afectaron al patriarcado es ajeno al otro gran soporte básico del sistema: el capitalismo. Es, de hecho, la evolución de este régimen económico lo que ha provocado, según argumenta Hanisch, la mayoría de los reajustes que afectan a las vidas de los hombres: “It’s time men become boldly radical. Daring to go to the root of their own exploitation and seeing that it is not women or ‘sex roles’ or ‘society’ causing their unhappiness, but capitalists and capitalism. It’s time men dare to name and fight these, their real exploiters” (1978: 76). La tendencia norteamericana ha consistido en ignorar la relación entre la construcción de la identidad y los sistemas ideológicos, un proceso acentuado por las políticas de la identidad impulsadas desde los años sesenta y que sustituyeron los análisis marxistas basados en la economía por diferencias de raza, género o sexualidad. Ahora bien, el análisis de ese vínculo es necesario, primero, para entender, propone Segal, la masculinidad y sus problemas, “[...] you cannot separate out the problems of ‘masculinity’ from the problems of society” (2015 [1999]: 169), y, segundo, porque no puede dejar de tenerse en cuenta el carácter material de la sociedad y pretender situarse en un contexto al margen de la historia, la política o la economía sin recordar, con Kimmel, que “One’s social position is far more important than one’s gender” (2007: 91).

Para Edwards, la debatida crisis de la masculinidad vivida en los ochenta tiene en la falta de armonía entre su construcción y el régimen capitalista una de sus causas más evidentes en cuanto a quiénes afectó: “There is little real evidence of anything that might constitute a crisis of masculinity within the terms of how this is most commonly specified. [...] There is in all likelihood a growing set of concerns relating to some specific groups of men who have fallen victim to wider economic trends” (2004: 13). Cabe destacar, además, que el capitalismo y sus nuevas relaciones de dominio chocan

frontalmente con el sistema de poder hegemónico, lo que suscitó, como apunta Pleck, una toma de contacto con la realidad: “the false consciousness of privilege men get from sexism plays a critical role in reconciling men to their subordination in the larger political economy” (1995: 12). En el último tercio del siglo XX se producen una serie de transformaciones, a las que Herbert Marcuse se refiere como “global dominion of corporate capitalism”, en la realidad política y económica mundial. Estos cambios se caracterizan por el sometimiento del individuo al sistema, “its economic and military hold in the four continents, its neocolonial empire, and, most important, its unshaken capacity to subject the majority of the underlying population to its overwhelming productivity and force” (1969: vii), y obligan a retomar los vínculos que siempre han existido entre las condiciones históricas y el modelo de masculinidad y que derivan de las necesidades específicas de cada momento:

The inroads of feminism in various Western countries coupled with structural transformations of Western capitalism, as industry-based economies, appear to have produced a widespread crisis of masculine identity with the onset of high unemployment in previously male-dominated industrial sectors, and the increased participation of women in the professions and information sectors (West 2000: 13).

Por lo que se refiere a los Estados Unidos, la crisis tiene su propia idiosincrasia; unos rasgos característicos que comienzan a hacerse distintivos en la década de los setenta con la administración Nixon. Su gobierno marcó, en efecto, el inicio de la llamada *Age of Fracture* (Rodgers, 2011), cuando la economía pasa de industrial a financiera, las clases bajas sufren y el modelo familiar empieza a tambalearse.

Los escritos filosóficos y económicos que Marx publicó en 1844, en los que estudiaba la manera en que un sistema de dominio perjudica al grupo dominante, lo sitúan como pionero, al alertar ya entonces de la alienación a la que puede conducir la sustitución de los valores por la posesión de bienes: “All the physical and intellectual senses have been replaced by the simple alienation of all these senses; the sense of having” (Marx 2011: 268). En ese sentido, hay que destacar que la lucha por alcanzar una posición de dominio sigue las leyes de mercado del capitalismo, obligando—nos recuerda Schwalbe—a los individuos a superar diversos filtros hasta llegar a la cumbre: “While the gender composition of the ruling (capitalist) class is much the same as that of every other class, all but a few members of the power elite—which consists of those who occupy the highest echelons of the major political, economic, cultural, and military

institutions of society—are white males” (1996: 270). El capitalismo patriarcal es, por tanto, un régimen de poder donde a la estratificación en clases hay que añadir la jerarquía de los géneros. Así, la dimensión más contemporánea de la ideología hegemónica cuenta con el sistema capitalista para formar, junto al patriarcado, el triunvirato que domina—con los Estados Unidos a la cabeza—en los países occidentales, donde hombre, familia y economía se han unido y han dado origen a la mejor fórmula del desarrollo de la propiedad privada.

Ahora bien, el problema surge en el momento en que desde el feminismo se desmontan las relaciones de poder entre géneros y, además, la evolución natural del sistema afecta, tal y como subraya Brittan, a un número cada vez mayor de hombres: “It is capitalism, the mode production, the increasing fragmentation of social and economic life that overwhelms the individual male” (1989: 69). A pesar de constituir uno de los pilares fundamentales de la norma, Wittig reconoce que resulta complicado mantener el respeto a las jerarquías en aquellos contextos en los que las necesidades reales aprietan y en los que las diferencias genéricas corren el riesgo de desaparecer, “It is the class struggle between women and men which will abolish men and women” (1980: 108). Por otra parte, con ello se demuestra que, siendo importante, existen otras presiones económicas o de clase que requieren también atención. Y esto permite reconocer en la lucha feminista y en las transformaciones experimentadas por el capitalismo patriarcal las dos causas principales de la crisis de la masculinidad.

En los años ochenta surgió la necesidad de instaurar modelos nuevos donde el neocapitalismo tuviera un mayor y mejor mercado potencial y saliera, gracias al mecanismo de autorregulación que se está tratando en este capítulo, de su propia crisis, contribuyendo así al crecimiento. De forma más específica, cabría decir que el sistema, preocupado prioritariamente por el enriquecimiento y la productividad a corto plazo, se vio obligado a evolucionar, según señala Hansen, desde la concepción paternalista del estado hacia el liberalismo más absoluto, “gradually making way for the principle of laissez-faire, which exchanged the visible hand of government for the invisible hand of Adam Smith” (en Savran 1998: 264). Hay que señalar, además, que el lento proceso que dio lugar al imperio capitalista estadounidense de nuestros días encontró su religión, el pluralismo liberal, a mediados de la década de los setenta. Esta fórmula se plasmó en una serie de políticas cuyas consecuencias se vieron durante las administraciones

Reagan. En sus gobiernos se optó por sacrificar el estado de bienestar con el fin de ganar competitividad en el sector empresarial, bajando para ello impuestos y promocionando el libre mercado. Tal radicalización conllevó, como se ha mencionado con el patriarcado, la sustitución de un sistema basado en la persona a otro más corporativo e impersonal, para John MacInnes:

The development of modern capitalism to be the rise of the rules of offices not men [...] in two senses. Offices come to run people [...] men become less able to occupy the most powerful or rewarding offices by virtue of their sex [...] the rise of forces which encourage sexual equality, but also subordinate both men and women to the abstract rule of markets and the iron cage of bureaucracy (1998: 27; 5).

Cuando las oportunidades permitieron que muchas de las multinacionales trasladaran sus principales centros de producción a Sudamérica, Asia o África y en casa se disparó la competencia, la clase media sufrió y el sueño americano de la estabilidad y la prosperidad se hizo un poco menos realidad, en especial—aseguran Schiele y Stewart—entre quienes pensaban que por género y raza estaban a salvo: “blue collar white males and their families may have been particularly caught off guard” (2001: 261). En una época en que del más general, “The vast majority of men are being devastated by our socioeconomic system” (Kimbrell 1995: 3-4), se pasa a lo que Newman denomina “*Falling from Grace*” (1988), la caída produjo, además de sorpresa y daño, mucha ira y malestar. Y es que la corta visión privilegiada limita las defensas mentales necesarias para hacer frente a la frustración y la sensación de pérdida: “One can play by the rules, pay one’s dues, and still be evicted from the American dream” (Newman 1988: 229).

2.3.5.2. Crisis económica

Al afirmar que “[t]he contemporary crisis of masculinity has structural origins in changing global geopolitical and economic relations and in the changing dynamics and complexion of workplace” (1994: 261), Kimmel y Kaufman se refieren a la compleja realidad económica que sufrió la nación cuando tuvo que adaptarse, al final de su mejor momento tras la Segunda Guerra Mundial, “The ‘70s was a decade of crisis [...] Economically, it marked the end of the postwar boom and the beginning of a serious crisis in Western capitalism” (Savran 1998: 163-164), y afrontar en el año 1973 la crisis

del petróleo, durante la cual los países exportadores tomaron conciencia de su poder. La desaceleración provocó el estancamiento de la actividad económica mundial y tuvo otras consecuencias: el crecimiento del paro, el aumento de la inflación y el alza de las tasas de déficit en las balanzas de pagos de muchos estados, incluidos los Estados Unidos. Allí, el declive del modelo fordista y la transición de una economía industrial a otra de servicios significó, además del parón de la productividad en la industria y de la subida de la inflación, que en 1972, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, el país importara más de lo que exportaba y tuviera un descubierto de 10 billones de dólares en la balanza de pagos. Los datos, “the U.S. standard of living fell to fifth in the world” (Savran 1998: 164), empeoraron en el periodo comprendido entre 1973 y 1981 con la pérdida anual de un dos por ciento en los salarios. A ello hay que añadir que las cifras en negativo menoscabaron la confianza en la recuperación económica, según revela una encuesta del año 1979: “55 percent of all Americans believed that ‘next year will be worse than this year’” (Chafe 2003: 435).

Todo lo contrario a lo sucedido tras la contienda bélica, cuando el modelo había llegado a su máxima expresión con el 50% de la riqueza mundial. De forma más específica, el desarrollo del consumismo norteamericano transformó la vida cotidiana de los hogares en espacios tecnologizados y favoreció la aparición de un tipo de hombre confiado con el sistema y que aceptaba subordinar parte de sus necesidades individuales en favor de la política de empresa, el conocido como “*organization man*”. La realidad de un país dominado por los cambios en el sistema fiscal, la multiplicación de los gastos militares, la subida del déficit federal y la necesaria ralentización industrial obligó a dar la espalda al clima de confianza y reforzó la división social, radicalizándose las diferencias económicas. Las medidas proteccionistas no pudieron detener el declive, marcado por la crisis financiera y la estanflación y acompañado de un proceso inflacionario y el aumento del desempleo, la suma de todo lo cual hundió a los Estados Unidos en la recesión. Desde 1973 los trabajadores incrementan su producción en un 24% pero los salarios permanecen estables hasta 1978, cayendo un 11% a finales de siglo. Las empresas llegaron a despedir a más de 45 millones de empleados entre 1979 y 1995, alcanzándose, según recoge Clatterbaugh, el peor momento en la década de Reagan: “During the 1980s the number of men (twenty-two to fifty-eight years of age) who were working full-time, year-round declined by over 10 percent” (1997: 78).

El capitalismo enseñó los dientes. Es más, se volvió más competitivo, agresivo e implacable e impuso un mercado laboral entre cuyos reajustes para paliar la crisis se incluyó la contratación de mano de obra barata: mujeres y emigrantes. En opinión de Bret Carroll se aprovechaba así el desarrollo desde los años setenta de procesos de reconversión, “‘de-industrialization’, the increasing significance of white-collar and service occupations, the end of economic growth, and the decline of heavy industry (which meant a loss of jobs in previously male preserves) made the class distinctions and class-based notions of manhood generated by industrialization less meaningful” (2003: 98). Eso sí, estas medidas aumentaron el desconcierto masculino, con bajadas en términos absolutos del número de trabajadores, según ponen de manifiesto las cifras referidas por Hearn: “The twenty years from 1973 to 1993, the number of men in employment shrank from 13.1 million to 10.7 million” (1999: *en línea*). Ante un cambio histórico, “This generation has witnessed a dramatic drop in real wages for the average working man, while that of women has increased” (Kimbrell 1995: 8), la reacción masculina fue visceral, ya que los hombres se sintieron, podemos decir con Savran, humillados por lo que ellos veían como la causa principal de todos sus males:

During the 1980s, as men’s real wages shrank dramatically, they became increasingly anxious about gender roles. Many became enraged at what they perceived—incorrectly—to be women’s sensational economic and social success, and ‘sexual violence against women’, ranging from sexual harassment, to domestic violence, to rape, saw ‘a spectacular rise’ (1998: 191).

Los hombres no se pararon, pues, a pensar en la situación de partida o en que la decisión del cambio estaba motivada por la sencilla razón del capital de abaratar los costes de producción, una determinación que, por otra parte, explica que se dejaran de lado las diferencias de género o raza y se aprovecharon los avances en la igualdad de las minorías y las mujeres para llevar a cabo un reajuste salarial. He ahí la causa de que los hombres probaran algo a lo que no estaban acostumbrados: “In the first 5 years of the Nineties 44 percent of the male workforce experienced unemployment at some point” (Hearn 1999: *en línea*). El hecho de tener que competir por un empleo y compartir el espacio laboral, que, de centro de homosociabilidad, pasa a abrirse a la heterosociabilidad, se tomó como una amenaza contra la parcela que mejor define la masculinidad hegemónica: su capacidad de proveer a la familia. Y, claro, se pasó por alto que había hecho falta el Sex Discrimination Act de 1975 para declarar ilegal la

discriminación por sexo o estado civil, pero que las estadísticas iban a demostrar cual era su ámbito laboral: “81% of part-time workers are women. 53% of women in employment work in occupational groups in which more than 60% of workers are women—clerical/secretarial, service occupations and sales” (Storey y Wright 2001: 231).

A pesar de que Anthony Clare asegura que familia y matrimonio contribuyen mucho más a la felicidad del hombre que trabajo y dinero, porque “las principales fuentes de placer humano no pasan por el mercado” (2002: 143), el terror masculino a perder su condición y al desequilibrio en lo personal, por no tener acceso al estado de bienestar, desemboca en la vuelta a la más brutal lucha por la supervivencia. Esta realidad lleva también a comportamientos salvajes contra las que ocupaban los puestos, con independencia de que ganasen, tal y como revela Kimmel, casi un 30% menos que un hombre, “Today women’s wages are about 77 percent of men’s wages” (2007: 216), o contra los miembros de las minorías que se hacían con los trabajos más bajos. El dramatismo de la situación, “Most Americans born in the suburbs in the 1950s and 1960s will never earn enough to afford to buy the houses they grew up in [...] this generation may be the first in U.S. history that will leave its children poorer than itself” (Kimmel 1996: 299), y lo endémico de su ideología, que no puede con datos comparativos, “there are already more young women than young men in the 16-19 age range in employment” (Hearn 1999: *en línea*), impidió reconocer que las causas reales de sus males económicos estaban en un cambio de tendencia. Es decir, en nuevas formas del capitalismo más allá de sus fronteras, “Global economic trends augur poorly for the younger men’s ability to demonstrate manhood in traditional ways” (Kimmel 1996: 299), y en viejas tendencias autóctonas. Estas, favorecidas por el significado real de un neoliberalismo que aumentó el beneficio de las empresas norteamericanas antes de impuestos y multiplicó las rentas de sus accionistas—permitiendo que los trabajadores vieran mermados sus salarios—promovieron una época de contrastes. Se dispararon, en efecto, las distancias entre los más afortunados y el resto: “Economic inequality has been on the rise since the 1970s, and by 1995 the United States had become ‘the most economically stratified of industrial nations’ in which the wealthiest 1 percent of households ‘owns nearly 40 percent of the nation’s wealth’” (Savran 1998:

207). Y es que, por sorprendente que resulte, dicha brecha representa en los Estados Unidos la máxima diferencia de entre los países industrializados.

Se trata, pues, de un abuso ideológico y de una simplificación conceptual entender, como se ha hecho desde posiciones esencialistas, que el declive político, económico y social vivido en los Estados Unidos a partir de los años setenta se debe a las feministas; o, de forma más general, a las mujeres, que han entrado en el sistema debilitando al hombre en el clásico proceso de feminización—en este caso a través de la burocratización de la actividad laboral y la especialización en los puestos de menor cualificación, con el peligro de la automatización y la consiguiente alienación—y no, tal y como sostiene Kimmel, a las novedades del capitalismo tardío: “the contemporary crisis of masculinity has structural origins in changing global geopolitical and economic relations and in the changing dynamics and complexion of the workplace” (1994: 261). En cualquier caso, no habría que olvidar que, pese a las crisis que afectaron a los trabajadores, entre las que Andrew Tolson (1977) destaca la “*crisis of confidence*” con la gravedad de que, a la obsesión por triunfar en el campo laboral se contraponen la insatisfacción profesional que devuelve a muchos hombres a intereses patriarcales como la familia y el hogar, su hegemonía mundial—basada en un mundo empresarial que hace de los Estados Unidos el país más productivo del mundo, con los empleados que trabajan más horas y las empresas que mayores beneficios producen—no se alteró: “The United States still remains dominant in the global economy, and over a quarter of the 100 largest MNCs (Multi National Companies) are American owned” (Beardwell 2001: 631).

2.3.6. Crisis política: la administración Reagan

Tanto la crisis económica como su explicación y consecuencias tuvieron como máximo responsable al hombre que mejor encarna el espíritu de los ochenta en los Estados Unidos: Ronald Reagan, quien introduce otro de los elementos clave en el estudio de la masculinidad de la década, la política. Los mandatos de Reagan concuerdan con la visión que el historiador Richard Hofstadter (1948) tiene de la vertebración de los gobiernos norteamericanos; en concreto, en lo referente a su subordinación al sistema económico y al discurso patriótico—una relación de

dependencia a la que Hofstadter le atribuye repercusiones explícitas, “una incitación capitalista a la creación de enormes fortunas, junto a una pobreza desesperada; la aceptación nacionalista de la guerra y los preparativos para realizarla” (en Zinn 2005: 517), que justifican todas sus acciones.

Con Reagan el 4 de noviembre de 1980 llega al poder Wall Street; esto es, la economía de libre mercado y la plutocracia. Se desarrollaba así la tendencia de la que ya Jimmy Carter había advertido a sus compatriotas, quienes, ante el consumismo desaforado como mecanismo para tirar de la renqueante economía, corrían el riesgo de dejar de ser lo que hacían para pasar a ser lo que poseían. La figura de quien fue presidente de 1981 a 1989, el número cuarenta y uno, representa la perfecta simbiosis entre política y economía sobre la que se aposenta el sistema ideológico imperante. Desde mediados de los años setenta, los fracasos de las políticas de izquierdas habían provocado en el mundo anglosajón la aparición de la denominada New Right, que en el Reino Unido tuvo como principal exponente a Margaret Thatcher, en el poder desde 1979. Este momento del capitalismo opta por apostar por el individualismo como base de la mejora económica y por la desvinculación del estado como garante de los derechos y deberes del ciudadano—hecho que Reagan dejó claro en su discurso inaugural: “Government is not the solution to our problem; Government is the problem” (1981: *en línea*). Ponía con ello fin al modelo renano, del que el país participaba desde el New Deal, cuando Roosevelt, tras el *crack* del 29, decidió completar las iniciativas privadas con ayudas estatales.

Los procesos de desmitificación del estado, que incluyeron la venta de muchas empresas públicas, impulsaron al gobierno de Reagan, que decidió cambiar el keynesianismo, criticado por los conservadores—tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña. Su intención era la de que fuera el mercado el único criterio válido para regir una economía centrada en el desarrollo de la iniciativa privada que, prescindiendo de la protección gubernamental, adquiriría suficiente fuerza para disparar la inversión y reactivar el sistema financiero. Se seguía de este modo la teoría del *trickle down*, o goteo, de Andrew Mellon, que defiende que las medidas favorables para los más privilegiados impulsarían la economía del país y tirarían de los menos afortunados. La ley de la oferta y la demanda pasaba, pues, a regular el mercado, lo que suponía apostar por la competitividad y estimular la lucha individual. Una de las medidas para lograrlo

fue la rebaja de impuestos, dirigida a promover la eficacia y sentar las bases para la desaparición del estado intervencionista. Se entendía que este controlaba las actividades económicas del país en perjuicio de las reivindicaciones de los sindicatos o de cualquier tipo de legislación proteccionista, como atestiguan los despidos en masa de los controladores de tráfico aéreo, que se declararon en huelga con Reagan, o los pulsos que sostuvo Thatcher con los mineros y otros colectivos de la maltrecha economía británica.

Ante la delicada situación económica que heredó de la administración Carter, con un déficit de 60.000 millones de dólares, Reagan reformó la relación entre individuo y estado, gracias, principalmente, a lo que ha pasado a la historia como “*Reaganomics*”. El término hace referencia al conjunto de medidas—entre las que se incluyó el recorte del gasto federal, la reducción de la presión fiscal y también la regulación empresarial—fundamentadas en las tesis monetaristas de los cincuenta y por medio de las cuales se pretendió, con la idea de buscar beneficios a corto plazo, luchar contra los dos grandes problemas de la época: el déficit y la inflación. El resultado se tradujo en que la primacía de la Bolsa de Nueva York, que ejerció una supremacía indiscutible por medio del control de las redes económicas, fue aplastante, debido, en gran medida, a la potencia del dólar—la moneda de cambio usada en el 83% de las transacciones. Como botón de muestra habría que señalar que el parqué protagonizó subidas por encima del 1000%, desmantelando el modelo de economía clásico—sustentado en la agricultura y la industria—y sustituyéndolo por el dinamismo financiero.

Además, la economía de libre mercado favoreció, en opinión de expertos como Nelson N. Aldrich en su obra *Old Money: the Mythology of America's Upper Class* (1988), la presentación de una nueva actitud hacia la riqueza y hacia la forma de adquirirla y aumentarla. Para el autor de este trabajo, el presidente y los llamados “*self-made men*” que le rodeaban—entre los que cabe destacar a Donald Regan, secretario del Tesoro—propugnaban un prototipo de empresario sin tradición en los negocios, que, basándose en el modelo clásico de construirse a sí mismo con la narrativa nostálgica de los tranquilizantes años cincuenta, encontrará en el consumismo su felicidad de clase media; sin más preocupaciones sociales. La llegada de los nuevos empresarios, aquellos dispuestos a generar riqueza prácticamente de la nada, es decir, sin demasiada infraestructura, incentivó el nacimiento de negocios como los que poblaron Silicon

Valley. En ellos las oficinas solo necesitaban un ordenador y un cerebro; de resto, se confía en la capacidad emprendedora del empresario y en su conocimiento del mercado y se aprovecha la lejanía del estado, ajeno a quienes—ávidos de éxito y prosperidad—se convierten en sus propios héroes al encarnar el sueño americano: los *outsiders*, que, faltos de respeto al peso de la antigüedad, se crean sus propias oportunidades y apuestan por sí mismos. Entre estos epítomes del neoconservadurismo que intentó dejar todo a un lado, incluida la política, por tener la meta puesta en los beneficios personales y colectivos, sobresale la figura de Donald Trump, cuya ambición y ética del todo vale, le proponen como resumen de las dos cosas más importantes de los ochenta—independientemente del orden—ganar y hacer dinero.

El freno impuesto al intervencionismo del *Big Government* acabó, en un primer momento, con los grandes males de la economía y, por fin, se conseguía equilibrar el presupuesto estatal. Las drásticas reducciones de impuestos y la consiguiente limitación del gasto público reactivaron el tejido empresarial y produjeron un espectacular desarrollo económico—inaudito hasta entonces y solo superado por la era Clinton—masí como el aumento de los empleos estables. Sus efectos a corto plazo lograron cambiar el signo de la dinámica recesiva, que se prolongaba desde los años setenta. En efecto, la economía estadounidense repunta a finales del primer mandato de Reagan, y, lo que hasta 1982 era un balance negativo con una pérdida del 1,8% del PNB, a partir de 1983 se transforma en números positivos: + 3,7% en 1983 y + 6,8% en 1984. El tirón de las medidas reduce la inflación, que pasa del 10,4% en 1981 al 4,2% en 1984, y la tasa de paro, que disminuye del 10% en 1982 al 5,7% en 1988.

Sin embargo, más allá de estos primeros resultados, el análisis profundo de estas medidas revela consecuencias que, además de ofrecer cifras macroeconómicas, explican el panorama de la realidad de los años ochenta en los Estados Unidos. De ahí que, a medio plazo, se pueda hablar de repercusiones negativas—tanto económica como socialmente. El proceso comprenderá hasta 1992 con un crecimiento en torno al 0,7%, el porcentaje más bajo desde la Gran Depresión y que en 1987 había visto caer el último símbolo de la nueva economía norteamericana, Wall Street, poniendo punto y final a las grandes riquezas creadas de un día para otro. En el fondo fue un desequilibrante espejismo, producido por el pragmatismo de beneficios inmediatos y la mercadotecnia oficial, que dejó una profunda huella en el país hasta nuestros días. Tanto la bajada en la

recaudación estatal, motivada por la reducción de impuestos y que supuso dejar de ingresar unos 750 millones de dólares en cinco años, como la multiplicación de las partidas presupuestarias dedicadas a gastos militares hicieron que, al llegar, en 1988, al final de sus dos mandatos, se diera la paradoja de que la política restrictiva y de contención de Reagan se había traducido en 250.000 millones de dólares de déficit. Para Dallek este dato representa un récord negativo: “the accumulated debt of Reagan’s two terms exceeded all the federal government’s debt in its previous two hundred years” (1999 [1984]: xv).

En resumen, la reforma fiscal impulsada por Reagan creó la sensación de tener más dinero en el bolsillo y la necesidad del estado del bienestar liberal de fomentar la capacidad adquisitiva de los ciudadanos para mantener el elevado índice de consumo, pero dejó de gravar progresivamente sobre los salarios. El nuevo sistema regresivo establecía que las nóminas superiores a los 42.000 dólares anuales estuvieran exentas de su cuota a la Seguridad Social, por lo que pagaba los mismos impuestos el que ganaba 50.000 dólares al año que el que ganaba 500.000, rompiendo con el habitual carácter progresivo y reduciéndose, además, a los más ricos el IRPF un 50%. Por otro lado, esta bajada de los impuestos directos se vió compensada por la subida de los indirectos, por lo que el estado ingresaba gracias al consumismo que desataron unas medidas que disminuyeron en tres años un 25% los impuestos directos, que pasaron de una tasa del 70% al 50% en la primera reforma fiscal, y al 28% en la segunda, y que afectaron sobre todo a los salarios más altos. Como se ha visto, todo ello condujo a una radicalización de las diferencias entre los extremos de riqueza y pobreza, llegando a un 1% de la población que tenía tanto como el 95%. Así, frente a una minoría que no dejaba de ingresar cada vez más, la mayoría seguía perdiendo. Las cifras que aporta Zinn en referencia al último año en su puesto como presidente son muy reveladoras: “Mientras que en 1980 los altos ejecutivos de las corporaciones ganaban 40 veces más de lo que ganaba el obrero medio, en 1989 ganaban 93 veces más” (2005: 535).

La revolución neoconservadora hizo que los Estados Unidos pasara de ser el mayor prestamista global en el año 1981 a ser acreedor en 1985, un endeudamiento mayor que el de los países del tercer mundo. El déficit presupuestario y los abultados préstamos hasta 1984 son el motivo principal del periodo de recesión vivido en 1981 y 1982, si bien después la inflación fue descendiendo y hasta el final del mandato de

Reagan se produjo una etapa de despegue y crecimiento con creación de empleo. La situación negativa se intentó minimizar por medio de reajustes en los costes salariales, a través, por ejemplo, de la reducción de plantillas, y favoreciendo la tecnología, que ahorra mano de obra; también se promovió el traslado de los centros de producción fuera del país y la congelación de los salarios, una política de empresa que se prolongó hasta los últimos años del siglo, aunque en el caso de la mano de obra blanca ha de hablarse incluso de bajada de sueldo. La desregularización del empleo y el abaratamiento de los despidos gracias a la supuesta flexibilidad laboral no consiguieron, como revelan los datos que aporta Zinn, frenar la caída: “En los años de Reagan el desempleo creció. En 1982 hubo 30 millones de personas sin trabajo durante todo el año o parte del mismo” (2005: 532). En ese sentido, Zinn señala que este lastre tuvo una clara incidencia entre los más desfavorecidos: “El índice de desempleo entre jóvenes afroamericanos había sobrepasado el 50%” (2005: 564). El carácter engañoso de la reforma provocó, además de millones de desempleados, que los que trabajaban se encontraran peor, hasta el punto de que la deuda familiar creció tanto que muchas familias recurrieron a hipotecarse con préstamos y el número de personas en quiebra aumentó de manera desproporcional, llegándose a niveles desconocidos en mucho tiempo. Y lo más acuciante, tal y como incide en resaltar Kimmel, es que dicha tendencia no se ha podido revertir hasta el presente: “In 1970, 15 percent of all children under age eighteen were living in families defined as ‘poor’; today that number is closer to 25%” (2007: 136).

Parece conveniente señalar aquí que la acentuación de este problema se debe, en parte, a las reducciones de los programas sociales y a la disminución de la inversión pública en materia de educación, sanidad o transporte, que, como parte de su radical final al papel asistencial del estado, provocó la desaparición—justificada con el argumento de que fomentaban la relajación—de ayudas para derechos fundamentales tales como las subvenciones a la alimentación—las llamadas “*stamp food*”—a través de los cupones. Su expresión “*Cadillac-driving welfare queens*” se ha hecho célebre por describir su idea de los beneficios que las mujeres de color, que dependían del estado, tenían gracias, supuestamente, al duro trabajo de los hombres blancos. Por razones como estas los más necesitados, apunta Zinn, quedaron desatendidos: “[S]e privó a 350.000 personas de los beneficios de la seguridad social con incapacidad física o

mental” (2005: 532). Huelga decir que ello trajo un empeoramiento de los problemas sociales, con una repercusión enorme: desde el aumento de la delincuencia y la criminalidad hasta el consumo y tráfico de drogas, el alcoholismo o el agravamiento de las condiciones de vida de los menos privilegiados, quienes sufrieron discriminaciones raciales y genéricas mayores a las ya existentes.

Los costes sociales causados por dicha política se materializan en casos como el de Washington, donde el 42% de los jóvenes afroamericanos de edades comprendidas entre los 18 y los 35 años llegaron a estar en prisión o en libertad bajo fianza, donde la esperanza de vida de los miembros de este grupo era diez años menor que la de los blancos y donde la tasa de mortalidad de sus bebés excedía la de Jamaica o Costa Rica. La única respuesta de la administración Reagan a las consecuencias de su política fue la construcción de más cárceles y el aumento exponencial de los encarcelamientos, hasta conseguir un dudoso éxito, “[...] en 1994, Estados Unidos tenía en las cárceles a una proporción de la población más alta que ningún otro país del mundo: un millón de personas” (Zinn 2005: 613). A la salida les esperaba la calle, un espacio que, tal y como nos recuerda Kimmel, estaba habitado por cada vez más personas—en su mayoría hombres—que deambulaban sin rumbo, sin techo y sin trabajo: “2,5 million homeless Americans—nomads sleeping in public shelters, automobiles, bus stations, hospital emergency rooms, and beneath bridges, trying to keep warm under layers of cardboard” (2007: 6). Este panorama ofrecía la imagen de una sociedad donde violencia y muerte llenaron la cotidianidad de muchos enfermos mentales, que no recibían tratamiento y cuya desorbitante cantidad consiguió que el resto de la población se protegiera con un escudo de indiferencia y egoísmo.

Si queda claro quién pagó esa política interna, tampoco cabe duda a quién favorecía el credo de Reagan, que, no solo promovió la consolidación del capitalismo liberal como realidad hegemónica política, económica y militar, sino que, para ello, puso en marcha otras medidas—en el ámbito social y cultural—conservadoras. Estas hicieron, por ejemplo, que las mujeres padecieran los planteamientos antiabortistas que impedían a los médicos de las clínicas federales informar a sus pacientes sobre la posibilidad que tenían de interrumpir sus embarazos, algo que se aprobó en 1973 en el caso *Roe vs. Wade*. Conviene subrayar que fueron decisiones como esta las que propiciaron el nacimiento de un movimiento “pro-vida”, con muchos partidarios en

Washington, para acabar con los beneficios médicos a nivel federal que ayudaban a las mujeres pobres a costearse los abortos, frenando así parte de lo conseguido por las feministas. En la misma línea ideológica, las ayudas gubernamentales tuvieron una orientación clara y el dinero que se le negó a la National Coalition Against Domestic Violence por no aceptar excluir la palabra “*lesbian*” de sus folletos se destinó al grupo de Phyllis Schlafly, conocido por su antifeminismo.

Estas medidas populistas, en las que prevalecía un trasfondo de tradicionalismo moral, se vieron refrendadas por una transformación radical del sistema judicial. Dicha renovación supuso cambiar a más de la mitad de los 837 jueces federales durante los mandatos de Reagan y el de George Bush (1988-1992), haciendo que el Tribunal Supremo diera un giro conservador y aprobara la reinstauración de la pena de muerte y la reducción de los derechos de los presos. Se borraba con ello cualquier otra huella del liberalismo de los años sesenta y setenta, incluida la libertad de prensa, cuya calidad informativa quedó mermada por el veto presidencial a la *Fairness Rule*.

El legado que Reagan deja en 1989 es un país en plena recesión económica, que, además, se ha dejado vencer por su forma personalista a la hora de hacer política contra los vagos y enemigos de América, a los que responsabiliza, a modo de terapia para superar los miedos propios, del estancamiento. Tales aprensiones quedan ejemplificadas en su homófoba actitud contra el colectivo gay, auténtica bestia negra de la política interior, cuyos integrantes vieron como se les negaba la posibilidad de contraer matrimonio y como se decidía no aprobar los presupuestos necesarios para la investigación que pudiera poner fin a la plaga del sida. La idea de culpar de la recesión a los sectores más débiles, de quien se decía que intentaban aprovecharse del estado del bienestar conseguido con el esfuerzo de los ciudadanos, fue su buque insignia y la manera en que se ocultaron los malos resultados en política doméstica—además de intentar esconderlos bajo los supuestos éxitos que el gobierno cosechó en el exterior. Su otra gran aportación a la política norteamericana: el nacionalismo transcontinental, que tradujo el final de la conquista del oeste por el inicio de las andaduras hacia el este y que en la segunda mitad del siglo XX sufrió la obsesiva lucha contra el comunismo, lo que le llevó a su mayor desastre, Vietnam; para Reagan una noble causa, pero, casi con total seguridad, la herida más clara en la autopsia estadounidense.

Desde 1982 las partidas presupuestarias que la administración Reagan se ahorró en política interior se volcaron en los fondos del gobierno para el programa de investigación militar “Strategic Defense Initiative”, conocido popularmente como “*Star Wars*” y cuyo coste en los primeros años fue de 30.000 millones de dólares. Siguiendo con la cultura de represión política y el pánico moral de la era McCarthy, no se escatimaron gastos para hacer frente al terrible temor y a la inseguridad que producía el enemigo rojo comunista. Se trataba de la continuación del largo proceso por medio del cual se protegió la identidad nacional y la ideología capitalista y que suponía identificar a los Estados Unidos con la mayor potencia mundial y protectora de la paz en el mundo, “the beacon of freedom in a searching world” (1992: 79), según lo expresaba el presidente Bush en 1992. Frente al aparente respeto de los derechos humanos y de las libertades al que se plegó Jimmy Carter, Reagan buscó la confrontación directa con el bloque soviético e instauró la violencia verbal y militar, con la guerra como medio de diálogo y la comunicación de las bombas. Los esfuerzos por justificar la cantidad de dinero dedicado a la carrera armamentista desembocaron en la otra guerra de las galaxias, otra ficción que produjo más millones de beneficios para sus defensores que la dirigida por George Lucas: “marked by the worldwide spread of its capitalist business methods and its popular culture” (Nye 1997: 23)—aunque las dos se basaban en proyectar el pasado hacia el futuro con la fórmula de hacer del comunismo esa fuerza oscura del “Imperio del Mal”.

Su triunfo llevó a los Estados Unidos en el periodo comprendido entre 1989 y 1991 a ganar por *k.o.* la Guerra Fría, con la desintegración de la U.R.S.S. y la consiguiente caída del muro de Berlín, pero sin la desaparición de los misiles. Alegando intereses económicos, Reagan justificó todos y cada uno de los dólares que había costado el incremento del gasto en defensa, que, en teoría, sirvió para proteger el territorio norteamericano gracias a un “gran paraguas” que virtualmente impediría que un misil nuclear de largo alcance pudiera llegar, destruyéndolo antes en el aire. A pesar de que todas las pruebas del programa fueron un desastre, incluida la que el secretario de defensa Caspar Weinberger aprobó, sin importarle falsificar los resultados (Zinn 2005: 538) e ignorando la opinión pública que el 12 de junio de 1982 organizó la manifestación política más grande de la historia de los Estados Unidos, con cerca de un millón de personas, así como las cifras arrojadas por la encuesta Harris, donde el 79%

de la población manifestó su intención de parar la carrera armamentística (Zinn 2005: 558), el presidente—sobre el que hay dudas de si realmente creía en el proyecto—decidió continuar. Y, de esta manera, concluye Dallek, se enfrentó al teórico expansionismo comunista, por ser su principal responsable: “the broad decisions that produced on arms build-up and then arms reductions, the invasion of Grenada, the stationing of U.S. troops in Beirut, Lebanon, alterations in Soviet-American relations, the response to international terrorism, and especially Iran-contra seem to have been Reagan’s doing” (1999 [1984]: ix).

Es cierto que su coste constituye es en buena medida responsable del déficit de sus gobiernos. Ahora bien, lo que probablemente pagó la totalidad del pueblo americano fuera el precio por el hecho de que unos cuantos establecieran las bases de sus negocios de petróleo, venta de armas o tráfico de drogas. Los beneficios económicos obtenidos estuvieron en todo momento detrás del intervencionismo exterior—bajo la lucha por la moralidad y el bien—que el presidente compartió con William Casey y Al Haig, quienes, fieles creyentes, recibieron la ayuda de la providencia divina; esa misma predestinación había guiado el genocidio de Nagasaki y guía la agresiva política exterior norteamericana, a la que Clive Matson considera, directa o indirectamente, responsable de cincuenta millones de muertes desde 1950 (2002: 81-86). Tal mesiánica misión acompañó a los ejércitos norteamericanos en sus incursiones en América Latina con Panamá o El Salvador y Oriente Medio, bajo mandato de Reagan, para dar apoyo económico y armamentístico a quienes lucharan contra ideas filocomunistas. Las posibles explicaciones pseudopolíticas no pueden dar cuenta de los denodados esfuerzos y mucho menos de acciones como Granada (25 de octubre de 1983), demostraciones estratégicas que, en último término, eran de naturaleza más simbólica que real, puesto que el éxito estaba asegurado, a pesar de que muchos temieron un nuevo Vietnam. El deseo de mostrar el poderío de la nación, algo parecido al incidente de Mayaguez en mayo de 1975, es la auténtica razón, una motivación que pretendía, además, paliar los efectos de la herida abierta en Vietnam y para lo cual el uso intensivo de símbolos patrióticos y la extensiva descalificación del enemigo no resultaban nunca suficientes. El efecto sedante que produjeron los verdaderos logros se utilizó para el imposible objetivo de restaurar el orgullo de pertenecer a la primera potencia mundial y hacer olvidar los malos tiempos por los que muchos compatriotas estaban pasando en nombre

de esos ideales. El trauma de Vietnam y sus cifras referidas solo a uno de los bandos, “58,000 U.S. soldiers dead, some 120,000 of those who returned having committed suicide by 1990” (Boose 1993: 603), no deben exponerse más que como metáfora del país, con los cuerpos mutilados o las mentes destrozadas de los veteranos siendo la mejor imagen de la fragmentación política y social de la América de ese momento. El síndrome de Vietnam estaba muy presente en la época, tanto, como señala Kimbrell, por el número, “[o]ne in three American man is a veteran” (1995: 10), como por el calado en el interior de un pueblo que quedó dividido en dos, en defensores y detractores, aunque no hubiera vencedores.

Ante la imposibilidad de retroceder en el tiempo, Reagan participó en la reinención del episodio a través de películas y series de televisión que consiguieran la recuperación de la confianza y la fe en unos valores puestos en duda. Éxitos protagonizados por Sylvester Stallone exaltaron lo único que se podía: la acción individual que permitiera olvidar el fracaso colectivo, llegando a cambiar la historia y a mostrar hechos victoriosos donde hubo humillantes derrotas. Es significativo que las acciones, tal y como destaca Ross, son presentadas como “the desperate attempts, under Reagan, to reconstruct the institution of national heroism, more often than not in the form of white rogue outlaws for whom the liberal solution of ‘soft’ state-regulated law enforcement was presented as having failed” (1990: 33), puesto que esa forma de reaccionar, en solitario y utilizando la violencia, era un mensaje clave para la ciudadanía. La capacidad de apelar al espíritu patriótico, a través de cualquier medio, incluida la ficción, con la intención de recuperar el optimismo nacional es, sin duda, el mayor triunfo de un presidente que se vio en su papel de salvador de la patria y que usó todos los recursos a su alcance para restaurar la moral. El país, tal y como se encargó de resumir el propio Reagan en su discurso de despedida en enero de 1989, había estado marcado anímicamente por la decepción y el fracaso desde hacía tiempo, pero el síndrome de depresión se había acentuado durante la presidencia de Carter, “The way I see it, there were two great triumphs, two things that I’m proudest of. One is the economic recovery [...] the other is the recovery of our morale. America is respected again in the world and looked to for leadership” (Reagan 2004: 54). Sobre el éxito de la recuperación económica ya se ha hablado. Al margen de ello, Reagan intentó, hasta el último momento, ofrecer una imagen de triunfador para contagiar al pueblo

estadounidense, y a pesar de que hoy sepamos lo que esas aparentes conquistas supusieron realmente en la economía y la historia de su país, al menos creó un clima optimista.

Reagan apadrinó al movimiento de los llamados “*born again*”, que incluía un 31% de los norteamericanos en 1986, según las *Gallup polls*, y con su aparición en la convención de Dallas en 1980 les dio su apoyo para el proyecto de crear una minoría de personas nacidas a una nueva vida, en cuyo seno se sintió a la perfección tras el atentado que inauguró su presidencia. Para cumplir tal objetivo se valió, en gran medida, de lo que Robert Dallek ha denominado *The Politics of Symbolism*, según el cual: “His pronouncements on everything from abortion to welfare proved to be more symbolic than substantive” (Dallek 1999 [1984]: viii). Es complicado saber exactamente qué parte de su política de fantasías y sueños fue producto de su pasado en Hollywood y cuál fue consecuencia de las enfermedades mentales que fueron aflorando hacia el final de su mandato. En cualquier caso, el conjunto de su acción política, incluidas la dialéctica de una masculinidad bélica, la retórica de su política exterior anticomunista e, incluso, sus medidas económicas, “Reaganomics is more a symbolic than a substantive economic program” (Dallek 1999 [1984]: 65), tuvo, prosigue Dallek, la misma dirección: “a means of restoring traditional values to the center of American life and boosting the self-esteem of Reaganites” (1999 [1984]: xxv). Y hacia ella se caminó con una forma de gobierno basada en generar optimismo con gestos y actitud más que con grandes reformas reales.

Su pragmatismo de derechas se sirvió de medios tradicionales y de otros más novedosos. Entre los primeros, destaca su defensa de los valores y principios fundacionales, a lo que habría que añadir su encarnación del ideal del sueño americano, protagonizando la mejor de sus películas—escrita y dirigida por el mismo actor que, en lucha con el enemigo patrio número uno, salvaguardaba los intereses estadounidenses. Además de su parafernalia de ideología hegemónica, que se analizará en el siguiente capítulo de esta Tesis Doctoral y con la que quiso reconstruir el país a través de la exaltación del modelo de masculinidad, su manejo de los símbolos públicos y de la psicología de masas, con unas habilidades lingüísticas para comunicar más con mensajes viscerales que con argumentos sólidos, exudando la confianza y el carisma que le dieron el apelativo de “*the Great Communicator*”, es el primero de los recursos

que Reagan tomó de la capacidad ilusionante del séptimo arte, incluso usando parte de sus diálogos en sus actos públicos. Conocedor del papel que el cine había desempeñado en el imaginario colectivo a lo largo de siglo XX supo fomentar, como se ha dicho, las producciones más alejadas de la imagen derrotista y derrotada de la visión crítica del cine en los años setenta: “For many social theorists of the late 1970s, the political disasters of the 1970s coupled with the triumph of mass-mediated culture became symptomatic of a precipitous moral decline in the United States and an ominous disintegration of American civil society” (Savran 1998: 166). El presidente y la industria cinematográfica consiguieron hacer sentirse bien al ciudadano, quien aceptó de buen grado dejarse llevar por discursos de nostálgicos tonos conservadores que consolidan la cultura materialista y hedonista para enaltecer al individuo.

Paradójicamente, y aunque en lo más hondo de su ser el peso del pasado era enorme, Reagan supo sacar provecho al contexto cultural de dudas y a los medios de comunicación para reconstruir la sensación de poder y bienestar entre sus conciudadanos, haciendo verosímil que la prepotencia, la exaltación de valores castrenses y sus jaculatorios discursos ocultaran la sensación de miedo hacia la situación interior y exterior que había desembocado en una crisis social que Christopher Lasch denomina “*crisis in confidence*” y que es el resultado de varios elementos: “defeat in Vietnam, economic stagnation, and the impending exhaustion of natural resources” (1991 [1977]: xiii). Lejos de plantearse cambios en su política exterior o de dejar de justificar sus fracasos económicos por mantenerla y actuar en consecuencia, su prioridad fue algo tan moderno como la prioridad del estado de ánimo, aunque no lograra el *happy ending* deseado:

During Reagan’s second year the wide-ranging symbolic victories over government, which had given conservatives so much satisfaction, turned into substantive defeats for the whole country. Indeed, as the second year of the Reagan term revealed, symbolic politics may be a fine way to release psychic tensions and help people strengthen their self-esteem, but it is a poor way to overcome economic and social problems that afflict the nation and the world (Dallek 1999 [1984]: 93).

Ahora bien, su “feel-good conservatism [...] restoration of pride and prosperity, but with little concern for pressing social and economic problems” (Time-Life Editors 1999: 22), donde materialismo, conservadurismo y tradicionalismo le permitieron escapar de la realidad, se demostró insuficiente. A tal respecto, hay que decir que su

carrera terminó, en el exterior, con las tramas de venta de armas de los Estados Unidos al Irán de Jomeini a cambio de la liberación de los rehenes norteamericanos de Beirut, y, en el interior, con el escándalo de los ahorros y los préstamos, asuntos en que su honestidad o su capacidad para controlar a los senadores se pusieron en tela de juicio. Su evasivo final, “Mistakes were made” (1986: 168), pero, sobre todo, la acción de su vicepresidente y sucesor George Bush para cerrar todos los frentes críticos, dejó su memoria tranquila—aunque ni siquiera su galopante alzheimer pudo borrar un legado que iba a superar los límites de sus mandatos, hasta el punto que todavía Bush, en su discurso a la nación de 1992, declaraba su preocupación con estas palabras: “there’s a mood among us. People are worried. There has been talk of decline” (en Savran 2001: 210).

2.3.7. Crisis Existencial Postmoderna Finisecular

A la causa común de todas las crisis de masculinidad, la tensión entre el eterno ideal masculino y la específica realidad histórica y social de cada momento, hay que añadir la pérdida del sentido de control que experimenta el hombre de los ochenta, directamente relacionada con la compleja situación que hemos analizado y que Máirtín Mac an Ghaill resume así:

The new interest in the masculinity and sexuality of the gender majority is taking place within a broader context of the cumulative effects of the globalization of capital and communication systems, the changing nature of labour processes and new work technologies, the collapse of manufacturing and the accompanying suggested feminization of local labour markets, changing family forms and an increasing range of contradictory representation of men and masculinity (1996: 3).

Dichos factores contribuyen a la sensación de descolocación, agravada con la crisis de la postmodernidad. Ihab Hassan aclara que esta respuesta cultural, de rechazo al pensamiento totalitario y absolutista, “suffers from a certain *semantic* instability” (1993: 149) y ante esta inestabilidad opta por la constitución de la “pluralidad radical” (Welsch, 2002 [1988]) frente a la imposibilidad de mantener estados de certidumbre durante la segunda mitad del siglo XX, un impedimento de dimensiones aun mayores durante las décadas finiseculares.

La explosiva mezcla postmoderna de miedo, miedo al miedo, paso sin transición de la permanente tristeza a la euforia puntual e insostenible armonía entre incomprensión propia y pretendido dominio exterior se enciende más a partir de la década de los ochenta, al añadirse las angustias típicas de los finales de siglo, que, como ya aconteciera cien años antes, tienen—subraya Rosenberg—tintes apocalípticos: “The *fin-de-siècle* served as a type of the *fin-du-monde*” (2005: 76). En estos periodos aumenta la creencia en el peligro no solo para la madre naturaleza, siempre amenazada por catastróficas predicciones, sino también para la sociedad, al menos, sostiene O’Doherty, tal como se conoce hasta el momento: “we seem to be threatened with a collapse in those spatial and temporal boundaries, borders and coordinates that we have traditionally used to orientate ourselves” (2001: 207).

Si, además, como es el caso, al final de siglo se suma la llegada de un nuevo milenio y con él la turbación planetaria por terminar un ciclo con connotaciones milenaristas, no es difícil alargar la serie de causas de la crisis de la masculinidad hegemónica de los ochenta. La impresión de regresión mórbida que se atestiguó cuando se pasó del primer al segundo milenio de nuestra era, “the belief in the existence of degeneration, a theory that offered release to the generalized feelings of bafflement and disillusionment that characterized the turn of the century” (Greenslade 1994: 15), se ha vuelto a repetir al vincular el convencional transcurso del tiempo cronológico a planteamientos esotéricos que aprovechan la oportunidad para profundizar en las debilidades humanas. El desencanto ante el agotamiento de un periodo y la mezcla de temor y esperanza en el venidero hacen que la intranquilidad domine en una época en la que, a mayores, la situación política y económica—según hemos examinado en las secciones precedentes—no invitaba a la relajación. Y es que semejante estado de reposo parece difícil de mantener ante la crisis del keynesianismo, la crisis ecológica de Giddens en *Politics, Sociology and Social Theory: Encounters with Classical and Contemporary Social Thought* (1995) o el recordatorio del apocalipsis que había anunciado William Burroughs y que John Madziarczyk parafrasea así: “the political and social chaos we are seeing on every side reflects an underlying biological crisis: the end of the human line” (2008: *en línea*)—y otros que podrían sintetizarse aludiendo a la crisis de la autoridad y el orden.

Los últimos decenios de los siglos XIX y XX comparten, argumenta Kimmel, un paralelismo en la manera en que los cambios económicos y sociales en ambos influyen en la evolución de las relaciones de género, haciendo que la conciencia pública se centre en aspectos que hasta entonces habían pasado desapercibidos: “In many ways, the postwar era, and especially the 1980s, resembles the turn of the century, in which similar economic and social changes have structured individual men’s struggles and America’s national struggle, to appear heroic and masculine” (2012a: 101). En las décadas finales del siglo XX, cuando, tal y como se ha analizado, las diferencias entre hombres y mujeres y el significado de los roles sociales se cuestionan, vuelve a repetirse el patrón en virtud del cual se desarrolla una conciencia colectiva en torno a la crisis del modelo hegemónico. Si en las postrimerías del XIX la naturaleza se convertía en la enemiga del hombre que había de devolverle su hombría o matarlo, a finales del XX hay que sumar la propia sociedad que, una vez formado y deformado, deja desamparado al individuo y no le ofrece medios para defenderse, quedando así aislado y abandonado a una suerte que difícilmente acaba de ser suya, haciendo bueno el vaticinio de James Gilligan, “In the past, the primary threat to human survival was nature, now it is culture” (1996: 234). El apocalíptico peso del paso de milenio sobre los miedos colectivos aumentó la patología degenerativa y sus síntomas de deformidad, perversión y desarreglos emocionales, como veremos en el cuarto capítulo, aunque todo ello también fuera una forma de ampliar y pluralizar el monocorde tono de la visión del mundo que había predominado en los Estados Unidos en épocas precedentes.

En este sentido y dadas las posibilidades de mezcla y variedad que ofrece, la postmodernidad, sin entrar explícitamente en los problemas de la distinción de géneros, debe tenerse en cuenta como ingrediente de la crisis de la masculinidad. Y es que este movimiento significa la ruptura definitiva con los valores morales derivados de la concepción decimonónica y la desaparición de certezas absolutas tranquilizadoras, motivo por el cual Alan R. Petersen bautiza al postmodernismo como “*crisis of modernity*”: “involving a questioning of the grand synthesising of theories of the nineteenth century and the progressionist impulse of science” (1998: 21). Frente a la universalidad de la verdad objetiva del discurso modernista, el postmodernismo asume que el conocimiento de la realidad es una construcción bajo una marcada perspectiva que abre cualquier cuestión a un debate con interpretaciones alternativas. El

eclecticismo postmoderno le hace dudar de las ideologías que han construido el siglo XX, tratadas como metanarraciones, aunque su posicionamiento es irónico y autoparódico en respuesta a la falta de capacidad de autocrítica de la que adoleció el pensamiento moderno. El abandono del positivismo—el acercamiento más ortodoxo que había caracterizado la separación de lo racional y lo emocional en occidente—hiere de muerte a la modernidad y desemboca en otras formas de entender nuestro entorno, entre las que se incluyen la fenomenología, el construccionismo social, el pensamiento feminista o el ecologismo y en las que es complicado seguir manteniendo los parámetros anteriores, que pasan a verse casi en su faceta más defensivamente neurótica.

En el momento en que las consecuencias negativas de la norma empiezan a denunciarse a finales de los años sesenta, la experiencia diaria se ve invadida por la incertidumbre epistemológica y ontológica, que, ya desde la década anterior, formaba parte de la filosofía occidental. Fredric Jameson lo llamó la crisis de la representación, que viene a ser la etapa concluyente de un modelo o, en sus propias palabras, “an essentially realistic epistemology, which conceives of representation as the reproduction, for subjectivity, of an objectivity that lies outside it” (2006: 235). La duda existencialista va minando el yo cartesiano hasta dinamitarlo del todo y llegar a la disolución de la estabilidad de un mundo racional para dar la bienvenida al mundo del absurdo, que es la contestación a la sensación de fracaso de una sociedad basada en el optimismo ilustrado y la confianza tecnológica. Se acaba de esta manera con la firmeza de las estructuras inmóviles, y acercamientos como el feminismo y el postmodernismo comparten el derribo de las identidades unitarias sustituidas por distintas orientaciones, propensiones e intereses que conforman un ser fragmentado y fragmentario. Este ser problemático, en una aproximación postestructuralista, es el que reemplaza a aquel fundamentado en la identidad, sin que esto suponga la desaparición, como señala Butler, de su significado político: “the deconstruction of identity is not the deconstruction of politics; rather, it establishes as political the very terms through which identity is articulated” (1990: 148).

La desintegración del yo tradicional, con una sensación de pérdida tan aterradora que no reconoce siquiera su origen, y la confusión de la relativización se apoderan de todo, impidiendo la separación entre lo profundo y lo superficial, lo importante y lo

irrelevante. Desde la deconstrucción derridiana hasta el análisis lacaniano de las relaciones entre psicoanálisis y lingüística, pasando por las prácticas discursivas y sexuales de Foucault, que disgregaron la identidad sexual, se fomenta la negación de un conocimiento unitario y verdadero del yo; y, desde el yo, se convierte todo intento de verdad y seguridad en algo vano y ridículo, influyendo en los estudios de las ciencias sociales y las humanidades en Norteamérica acometidos durante los años ochenta y noventa. Tras esta desilusión existencialista donde, “post-modern truth is, then, necessarily fragmentary, discontinuous, and changing” (Rosenau 1992: 79), la postmodernidad añadirá un distanciamiento protector y una intencionalidad irónica que termina por despojar a la realidad humana de toda certeza para conducir a una explosión de juegos verbales. Es en el marco de dicho contexto donde el conocimiento se exterioriza como imagen mental representada por la palabra, aumentando, así, las implicaciones de la arbitrariedad del signo lingüístico que posibilita las contradicciones. Ideólogos de la postmodernidad como Jean-François Lyotard o Gianni Vattimo optan por el símbolo y la metáfora como único acercamiento válido a las diferentes realidades, y la palabra, cargada de convencionalismo social, se presenta como forma imperfecta de asumir dichas realidades.

En esta era de la ansiedad, que desprestigia la razón, y en la que la confianza en esta última se transforma en duda, el análisis de las limitaciones del modelo de masculinidad intenta ayudar a los individuos a paliar, argumenta Taylor, las patologías idiosincráticas de la modernidad: “a time when the main complaints centre around ‘ego loss’, or a sense of emptiness, flatness, futility, lack of purpose, or loss of self-esteem” (1989: 19). La pérdida de un horizonte en el capitalismo tardío—considerando el postmodernismo como respuesta especular a la alianza de los desarrollos tecnológicos, la cultura y la economía de capitales—explica los inútiles esfuerzos del hombre por salir de esta pesadilla en clave consumista, propia del *modus vivendi* contemporáneo; es decir, superficial, materialista e inmoral:

The process of seeking ego-reinforcement through the overfamiliar worldly trappings (rich cars, fast women), the quest for self-affirmation and the insistent search for transcendence over the boyhood wounds of weakness, fear and failure, serve only to mimic the original dysfunction and condemn the sufferer both to perpetuating in himself and inflicting on others the pains he suffered in honour of the rites of man (Miles 1992: 210).

Por tanto, el refugio en el discurso machista, con el que también se pretende hacer frente a la crisis de representación como modelo de perpetuación del hiperreal que Jean Baudrillard definió, “a real without origin or reality” (1994: 1), obedece a una radicalización del individualismo, un sistema que ha derivado en una explosión de narcisismo y egoísmo entre los hombres. De esta manera, se puede hablar de mal social generalizado. Sacudió a la sociedad estadounidense en un periodo conservador, donde el sueño americano, “that dream of a land in which life should be better and richer and fuller for everyone, with opportunity for each according to ability or achievement” (Adams 1931: 214-215), se reemplazó por la depresión, la esquizofrenia y otras formas de “narcissistic character disorder” (Nemiah, 1961). En términos generales, se puede decir, con Lasch, que todos estos trastornos son la consecuencia a la que se llega tras sustituir la ausencia de identidad por su configuración más exagerada: “competitive individualism, which in its decadence has carried the logic of individualism to the extreme of a war of all against all, the pursuit of happiness to the dead end of a narcissistic preoccupation with the self” (1991 [1979]: xv).

Ante la pérdida de sentido de cualquier construcción ideológica, que incluye tanto el patriotismo como el capitalismo y su análisis desde presupuestos políticos, que desenmascaren su dominación, “Postmodern questioning not only of white male power, but of whether masculinity and whiteness had any objective existence or meaning at all” (Carroll, B. 2003: 4), las teorías postestructuralistas consideran las identidades de género “as a discursive construct embedded in non-discursive practices” (West 2000: 11). Así, les confirieron la paradójica naturaleza de estar socialmente construidas y a la vez representar la más íntima identidad. Esta posición intermedia entre el mundo y el yo, donde la realidad es el universo descentrado derridiano, un cosmos indescifrable e incierto, permite, en tiempos de recesión, la aparición del “*Imperial self*”. Este ser, al que Christopher Lasch (1984: 15) caracteriza como narcisista, materialista y expansionista, es la contestación de la *me generation* a los fracasos de las políticas sociales de los años sesenta, que acabaron reforzando el *statu quo* y la crisis moral que sigue abasteciendo las consultas de los psiquiatras. La desorientación del yo en su variante imperial se evidencia en la desaparición del “otro” como objeto de deseo y su sustitución por el sujeto mismo que lo subordina al goce propio, de tal modo que sujeto y objeto quedan asimilados en este discurso de esterilidad. La permanente

insatisfacción, alimentada por el materialismo y el consumismo, así como la obsesión por la validación ajena minan cada vez más la autoestima de unos sujetos que, presos de ataques de ira y ansiedad, se vacían interiormente, perdiendo sus atributos humanos y quedando en la nada existencial, representada por lo que Lipovetsky llama la apatía de las masas: “L’indifférence, pas la détresse métaphysique” (1983: 41-42).

Los valores morales, intelectuales y espirituales individuales derivan de su contexto social en el que sus raíces se adentran para encontrar sentido a sus acciones y no sentir una alienación social en su interior que les lleve a la hostilidad y al enfrentamiento con los demás y consigo mismos. Esta conexión entre el individuo y su comunidad necesita una unidad y un sentido que rompan el absurdo y el nihilismo en un mundo expuesto al abismo de la muerte de dios, como anunció Nietzsche en su *Voluntad de Poder* (1901): “The end of the moral interpretation of the world, which no longer has any sanction after it has tried to escape into some beyond, leads to nihilism” (2011 [1901]: 7). Para Gianni Vattimo, el dios nietzscheano es el origen de todo lo que debe dar seguridad al hombre y de ahí que desaparezca, sustituido por la verdad científica y tecnológica; claro que su muerte es también “the end of metaphysics and the end of truth” (Caputo y Vattimo 2013: 92). El sujeto postmoderno, desequilibrado entre su riqueza material y su pobreza espiritual, intenta compensar con hedonismo lo que es hambre de lo que le aporte seguridad y le reduzca su grado de fragilidad ante la contingencia de una absurda vida donde la razón no puede explorar las profundidades de la existencia.

**REACCIONES A LA CRISIS:
MOVIMIENTOS Y GRUPOS DE HOMBRES**

“A man is not what he is, he is what he hides”

—André Malreaux

3.1. Introducción

La controvertida naturaleza de la última crisis del modelo de masculinidad, escindida entre la sensación, que Kimmel y Kaufman describen como algo irracional, “Many middle-class, white, middle-aged heterosexual men—among the most privileged groups in the history of the world—do not experience themselves as powerful” (1994: 262), y la fría realidad a la que alude Kimmel, “The current era, in which middle-class incomes seem to slip downward (in purchasing power), for the first time since World War II, makes pinning one’s proof of manhood on the capacity to succeed as a breadwinner and provider increasingly perilous” (1996: 330), conduce, señalaremos con Bret Carroll, a que su visibilidad alimente a las agencias de noticias: “By the 1990s the notion of a crisis of masculinity in contemporary life had begun to make news headlines” (2003: 118). Aunque no esté muy claro si su popularidad es, tal y como sugiere Dowling, cuestión pasajera, “Men are in [...] journalistic chaff is already filling newspapers and mags as the pendulum of fashion swings away from women” (1997: 9), o, como propone Brittan, apocalíptica, “There is a crisis of masculinity which threatens to blow the world apart” (1989: 69), los efectos colaterales—esos sí reales y presentes en el día a día—son más preocupantes por la gravedad que sus daños causan a nivel personal, pero también colectivo y nacional. La magia de la ideología hace que lo invisible se haya rodeado de un halo de inevitabilidad en la cotidianidad y que lo que se desconocía pase a ser reconocido como campo de estudio.

La configuración identitaria, “Identity is nothing more or less than our experience of continuity within change” (1995: 369), se resiente, señala Harrison, ante

la vorágine de cambios y se tambalea ante el adelgazamiento de sus puntos de apoyo: trabajo, familia y reconocimiento social; e, incapaz de seguir aportando tranquilidad y estabilidad a los interesados, pasa a ser, como subraya Kaufman, motivo de profunda reflexión: “Thousands, even millions, of men are now rethinking and reassessing their expectations of manhood” (1993: 3)—cuando no, si avanzamos con Kimmel un paso más allá, de inquietante inseguridad: “Masculinity in the United States is certain only in its uncertainty” (1987b: 240). Y es que, de alguna manera, dichos pilares han dejado de controlar su entorno. Aquello que empezó en los años sesenta criticando el modelo imperante que representaba el hombre de los cincuenta—el triunfador de la guerra y defensor de los valores de la sociedad capitalista burguesa—y poniendo en duda alguna de sus grandes verdades, se refuerza en el decenio siguiente. Se dan entonces los primeros ejemplos de oposición y rechazo totales ante una forma de vida que, poco a poco, iba amenazando la felicidad de quienes no quisieron continuar alimentando la deshumanización del sistema. Ante esta minoría de traidores del género, la mayoría de quienes reaccionaron a la crisis de la masculinidad lo hicieron desde posiciones conservadoras con el objetivo de recuperar el esplendor del hombre en los tiempos pasados. Los grupos antifeministas sumaron a los tradicionales movimientos antisistema los nuevos colectivos de hombres y padres divorciados, que lucharon en los tribunales por la igualdad de derechos en la custodia de los hijos. Las novedades más reseñables fueron los Promise Keepers, los Million Man March y Mythopoetics. El análisis de la ecléctica obra *Iron John: A Book about Men* (1990) centra la última parte de este capítulo.

3.2. Posicionamientos ante la crisis

En la década de los ochenta, la búsqueda del significado de ser hombre y, sobre todo, la necesidad de vincular su definición a otros parámetros derivan en el desarrollo de un virus que afecta a la mayoría, en el sentido de que se dificulta la posibilidad de ignorar lo que la masculinidad contemporánea es, según apunta Smith: “an ensemble of identificatory practices which are in constant formation and deformation in relation to at least three other similarly mobile ensembles: femininity, social regimes, and the

emergent marginal sexualities” (1997: 23). La continua lucha de las mujeres hasta consolidar su participación en la vida pública y la cada vez más manifiesta presencia de los “otros” hombres por raza, color o preferencia sexual en el panorama estadounidense—gracias a la visibilidad conquistada con movimientos y acciones sociales—ofrecen una profundización en las políticas de identidad individual y colectiva como mecanismo de lucha de clases, ocasionando cambios sociales y laborales en lo que constituye la denominada New Left.

Huelga decir que la reacción no fue ni unánime ni uniforme sino que, al igual que con otros muchos de los temas realmente importantes, produjo un enfrentamiento entre dos tendencias que extremaron sus posturas hasta límites insospechados. En esencia, la diferencia estriba en lo que separa a los que aceptaron la evolución de la especie en términos de justicia y paridad, pero asimismo de economía, política y conciencia, para entender que también el género debía ajustarse a los nuevos tiempos, y los que la negaron, buscando en el pasado soluciones en las que refugiarse, centrándose en el respeto a la tradición y a los valores sociales y morales que habían dado sentido a la realidad en otras épocas sin salir de la concepción esencialista. A pesar de las circunstancias, “It was a period when many received versions of masculinity and male identity were called into question at the level of overt gender debate or simply undermined by rapidly changing patterns of employment, among them the accelerated decline of the unilinear male career” (Knights 1999: 168), o precisamente por su evidencia, la respuesta no fue homogénea, sino que dividió a los estadounidenses entre los que se ampararon en la ceguera ideológica para no perder el poder y los que, sin llegar a disputárselo, al menos lo estudiaron, denunciaron y, en cierta medida, contribuyeron a establecer las bases de un futuro que discurriera, señala Edwards, por un camino menos señalado y conocido, el del feminismo: “The reaction of many men to second-wave feminism remained divided and in fact became even more split, a fracture that deepened during the 1980s and 1990s and led to the development of various men’s movements” (2006: 25).

El modelo “*Man-the-Impregnator-Protector-Provider*” (Gilmore 1990: 223), descrito con sus códigos estoicos de conducta física, social y sexual en beneficio de la sociedad, llega a su límite en la década de los ochenta, de modo que las connotaciones del comportamiento del hombre se tiñen de asociaciones negativas. Sea por el eterno

peligro de feminización, cuya amenaza reside en este caso en las transformaciones estructurales de la actividad profesional (en lo que se refiere a su implicación física), en el aumento del consumismo, en la obsesión por la moda o en el cuidado de la estética personal, que más tarde se asociará a la metrosexualidad—término acuñado por Mark Simpson en 1996 para bautizar la aceptación mercantilista por parte del sistema consumista de lo que en aras del narcisismo es casi una militancia antisistema: “Metrosexual man might prefer women, he might prefer men, but when all’s said and done nothing comes between him and his reflection” (1996: 227), y que Susan Faludi incluye en lo que denomina “*display culture*”, “constructed around celebrity and image, glamour and entertainment, marketing and consumerism” (1999: 35), con la consiguiente pérdida de valores esenciales de su significado hegemónico. Sea porque la masculinidad—entendida en sus términos de roles—no tiene ya sentido ni para los propios interesados ni para quienes los rodean y necesite, por tanto, un nuevo contenido, como sugiere Baker: “a redefinition of masculinity that was caused by changes in employment patterns, the loss of the ‘breadwinner’ hegemony and the high profile of feminized ‘New Man’ models, and particularly the loss of masculine ‘rights’” (2006: 67).

Los representantes de ambos lados emplearon la denominación de crisis para describir la situación, aunque con dos significados opuestos. Los neoconservadores, como señalan Kimmel y Kaufman, quisieron despolitizar la realidad—desde la política hasta la estructura social del género—y, para ello, exaltaron la serie de atributos individuales y denunciaron el estado de sitio al que el norteamericano blanco y heterosexual de clase media estaba sometido por las fuerzas reformistas, que amenazaban con derribar todas las categorías en que el mundo se erigía, por lo que respecta al hombre: “Essentialist assumption about gender distinctions, a contemporary diagnosis of feminization of American manhood, the search for lost fathers (and father figures), and a vision of retrieval of heroic archetypes as models for men” (1994: 263-264). Fue dicha oleada de cambios la causa que motivó el nacimiento de la “retórica de la decadencia” (Jenkins 2009 [1994]: 8) como base de la New Right, que, durante los años ochenta, se recreó en la visión pesimista de la historia reciente estadounidense, en continuo declive. Se alimentó, además, tanto del contexto político reaccionario de las administraciones Reagan y Bush como del económico—con prácticas revisionistas que

aprovecharon las modificaciones introducidas por el nuevo liberalismo de mercado libre, así como sus consecuencias, entre las que destaca el recorte en empleo—para recuperar viejos discursos sobre nacionalismos exaltados y religiosidades fundamentalistas. Estas narrativas dieron la bienvenida al modelo tradicional de masculinidad, defendido a nivel nacional a través de la dignificación y celebración del sufrimiento y la lucha del líder, como demuestra Susan Jeffords en *The Remasculinization of America: Gender and the Vietnam War* (1989), gracias, sobre todo, a la manipulación cultural.

Ante el arrinconamiento que las propuestas de estilos de vida alternativos recibieron por parte de la oficialidad, aquellos que no creían en esa *master narrative* de la decadencia del modelo hegemónico por acoso y derribo de sus enemigos se organizaron para demostrar el cambio de estado que habían experimentado el patriarcado y el capitalismo, que, siguiendo la “*ethic of we happy few*”, había superado los límites personales para priorizar los empresariales. Desmontar la retórica de la crisis y su sobredimensionado paso de la invisibilidad a la visibilidad total se convierte en el principal cometido de quienes desenmascararon las violentas reacciones que—en nombre del orden y la paz sociales—se llevaron a cabo por cuantos buscaban detener la historia para priorizar la nostalgia, manipular la ciencia para mantener la fe en el esencialismo, favorecer el consumismo como satisfacción inmediata de un malestar más profundo, simular el fracaso del liberalismo tradicional y la crisis política del capitalismo bajo la espectacular intervención en territorios ajenos, así como tamizar la pérdida del modelo familiar tradicional como única alternativa con amenazas catastrofistas sobre feminazis castradoras y demás peligros para la nación. A este respecto cabe recordar las palabras de Michael Douglas, uno de los símbolos del modelo hegemónico en la realidad y en la ficción, quien en defensa de la película *Fatal Attraction* (Lyne, 1987) y de su controvertida pero exitosa misoginia, declaró lo siguiente:

If you want to know, I'm really tired of feminists, sick of them. They've really dug themselves into their own grave. Any man would be a fool who didn't agree with equal rights and pay, but women, now, juggling with career, lover, children, wifehood, have spread themselves too thin and are very unhappy. It's time they looked at themselves and stopped attacking men. Guys are going through a terrible crisis right now because of women's unreasonable demands (en Faludi 1991: 150-151).

Al hilo de esta declaración de principios, se puede advertir el gran sinsentido que suponen los esfuerzos de reafirmación. En especial, en los casos en que tales tentativas se llevan a la práctica utilizando como sustento lo que más se pone en duda; es decir, la relación con uno mismo, dinamitando así el vínculo con el otro: la mujer, en este caso.

La falta de datos empíricos que permitan generalizar desde el punto de vista sociológico y la fácil universalización de complejos edípicos como explicación psicoterapéutica dejan sin argumentos a quienes obviamente se sintieron amenazados por un mundo que avanzaba hacia el multiculturalismo, que se llenaba de otros colores y razas, etnias y sexualidades, obligándoles a interrogarse por quiénes eran realmente ellos y por la razón de sus privilegios. En el difícil equilibrio entre la libertad y la autoridad, el interés político-económico necesitaba todo el apoyo del discurso hegemónico para mantener el orden dentro de lo privado y lo público, mientras, como denunció John MacInnes, “The personal is not political; the personal is what makes the political possible” (1998: 135), una filosofía que dio una nueva lectura al principio feminista.

Según se argumentó en el capítulo anterior, no es posible responsabilizar a la casualidad de las coincidencias entre los dos finales de siglo, XIX y XX, y es más aconsejable, en cambio, rastrear elementos compartidos en cuanto repetidos por la similitud del contexto. En este sentido, hay que señalar, con Kimmel, que la insistencia en la crisis de masculinidad que asoló a los estadounidenses en los años ochenta se corresponde con el semejante comportamiento ofrecido en ambos periodos:

The late-nineteenth-century crisis of masculinity revealed three important reactions to the perceived feminization of American culture. First, there was a considerable antifeminist backlash, which cast women as the source of men’s troubles and sought to reestablish a perceived erosion of male dominance. Second, a ‘promale’ backlash sought vigorously to reassert traditional masculinity, especially as a cultural and political ethos, against social and political trends of which feminism was but a symptom, not a cause. Finally, a small but important group of men openly embraced feminist ideas and ideals as the signposts pointing toward a radically different future (1987d: 143).

Salvadas las distancias en lo que respecta a los términos específicos en que se produjeron las respuestas, se puede reflexionar sobre la idéntica triple reacción casi cien años más tarde. Tal ejercicio invita a preguntarse por la impermeabilidad del sistema al cambio en ese eterno retorno a los mismos problemas o, más bien, por la cíclica

recurrencia con que la estructura del sistema se ajusta a la realidad para no quedar obsoleta—una tendencia apuntada también en el segundo capítulo.

Sobre la manera concreta en que la sociedad contesta, la mayoritaria resistencia a las novedades ejemplifica el instinto de conservación y subsistencia de sus integrantes, que ponen en duda los principios darwinistas, en los que, por supuesto, no creen. Si bien resulta más difícil comprender el apoyo de quienes no gozan de una posición hegemónica—salvo como reducto mental de que mientras exista esa categoría siempre hay posibilidad de formar parte de ella—las suspicacias de quienes conforman esa minoría ante cualquier variación de un sistema que les reporta grandes beneficios y les sitúa en la cima de la sociedad son lógicas e interesadas, y solo ante el riesgo de perderlo todo, su egoísmo permite una reestructuración controlada. Tan irreal como la creencia de que la permanencia sin alteraciones es posible y de que la desintegración de las relaciones tradicionales entre hombres y mujeres coincidiría con el fin del mundo es el convencimiento en que realmente del cuestionamiento de los prejuicios ideológicos pueda nacer una oportunidad de construir un mundo nuevo. Entre ambos extremos, aquellos que se reafirman en los modelos tradicionales de la masculinidad, negándose a mirar más allá, siguen alimentando una visión de género esencialista y descontextualizada.

La generalizada preocupación por la situación del hombre, sea cual sea su sesgo ideológico, tuvo dos consecuencias, que son las que representan la novedad de la crisis a finales del siglo XX: por un lado, la creación y consolidación de un campo de estudios inédito hasta entonces, el de los Estudios de masculinidad, que desde mediados de la década de los setenta aplica los presupuestos feministas al análisis de la masculinidad y de la conducta del hombre en la realidad y en la ficción; y, por otro, la configuración de colectivos masculinos de diferentes tipos, pero siempre con el expreso deseo de solucionar la problemática del hombre y el derivado desarrollo de literatura de autoayuda que aprovechó el malestar masculino para encontrar un nuevo público lector.

El *boom* de los *best sellers* de mejora personal—desde dietas alimenticias a sexuales—pasando por los que incitaban a regular la actitud social o el comportamiento moral, convirtió a estas obras en auténticas biblias para muchos norteamericanos, en especial aquellas escritas por los gurúes de los grupos, que, por su proyección mediática, consiguieron mayor éxito al organizar los movimientos de hombres de los

que se hablará más adelante. Su principal problema es que, en general, ofrecen soluciones conductistas demasiado específicas y cercanas a la mentalidad del norteamericano medio sin una estrategia emocional global, lo que conlleva una utilidad limitada en su campo de la acción, y prácticamente niega la posibilidad de reflexión, al recurrir a frases como las siguientes: “This book is designed to find the good life. [...] You want a life you will love. [...] They knew exactly what they wanted and they felt they were moving toward getting it. [...] *That’s* what makes like feel good: when it has direction, when you are headed straight for what you love” (Sher 1994: 1-2). Estos libros se valen, además, de una práctica engañosa en tanto que se centran sobre todo en la percepción exterior del problema; dicho de otro modo, tratan de buscar la manera de evitar que los demás puedan tener conocimiento de las dificultades internas en vez de resolverlas en su origen. Hay que decir, por otra parte, que gracias a estas publicaciones, el binomio masculinidad y crisis se ha popularizado, extendiéndose a todos los formatos y contextos: desde obras de ficción y no ficción hasta prensa general y especializada, programas de televisión, publicidad, música o política, las artes escénicas y plásticas, alimentando debates que han hecho de la situación del hombre un objeto de la interacción cotidiana.

La comercialización de todo lo que tiene que ver con la masculinidad desde los años noventa hasta nuestros días es un fenómeno que no se limita a territorio estadounidense. Muestra de ello es el hecho de que en el Reino Unido se distingue una doble variante del hombre que reacciona al mundo que el feminismo contemporáneo ha transformado—principalmente con diferente iconografía, creada, anunciada y vendida por las publicaciones que han logrado hacer de la masculinidad un objeto más de mercado. La distinción entre el moderno New Man y el tradicional New Lad, y su “*laddism*”, según Tim Edwards (2006: 34), fundados a partir del lanzamiento de la revista *Loaded* en 1994, se basa en establecer, por un lado, la imagen de un hombre capaz de sostener en sus brazos un bebé y mostrar sensibilidad y delicadeza, a la vez que se preocupa de su aspecto físico y deja claro su narcisismo, y, por otro, en la pervivencia algo bochornosa del espécimen que ignora lo sucedido a partir de 1950 y mantiene su visión de un mundo alrededor de sus obsesiones sexuales, deportivas y alcohólicas en el reducido espacio de la pornografía, los estadios o el bar.

Revistas, programas, series de televisión, películas y documentales mantienen vivo un negocio boyante que ha triplicado el número de publicaciones dedicadas al hombre en el Reino Unido, pasando de cuatro en 1990, con una circulación de 100.000 ejemplares para las más exitosas, a tiradas de más de 500.000 para las más populares, entre las que se encuentra la revista *FHM* (*For Him Magazine*), que es una de las más de doce que se lanzaban cuando el autor hizo su estudio para el que utilizó fuentes fiables del tipo Audit Bureau of Circulation (ABC) o National Readership Surveys (NRS), según recoge Edwards (2006: 34). Su meteórico ascenso ha hecho de este tipo de productos un fenómeno cultural que nutre y se nutre de la crisis. En otras palabras, de las dudas e incertidumbres de los miles de hombres que esperan encontrar en ellos la fórmula mágica para mejorar su físico, tranquilizar su mente, disfrutar más de su sexualidad o sentirse cómodos en su género; en definitiva, para obtener el éxito social. Paradójicamente, ello les encierra más en su homosociabilidad de obsesiva competitividad, aunque para algunos críticos tradicionales les acerca también a la temida homosexualidad, malinterpretada como aproximaciones a conductas consideradas femeninas.

3.2.1. Estudios de masculinidad

El crecimiento exponencial del interés no solo por hacer negocio de la identidad de género sino por controlar su desarrollo a través de la unificación de criterios, gustos y apetencias responde a la popularidad que, desde los sesenta, en los países nórdicos había ido adquiriendo el fenómeno social derivado de la crítica feminista de cuestionar la impasible dureza del macho y de sustituirlo por otro modelo emocional que Elisabeth Badinter (1992) denomina el “*soft male*”. Su ideario no tardó en expandirse por todos los países occidentales con tanto éxito que en 1977 la publicación americana *Psychology Today* llevó a cabo una encuesta entre sus 28.000 lectores con el resultado de que una mayoría “wanted to be more expressive, sweeter, more lovely, and [...] hated violence, competition, and sexual ‘conquests’” (en Segal 1990: 283).

Todo ello contribuyó a que el hombre, identificado como categoría separada del ser humano, pasase a ser objeto de estudio en el mundo académico: bien centrado, como señala Messner, en el estereotipo del New Man, “He is a white, college-educated

professional who is a highly involved and nurturant father, ‘in touch’ with and expressive of his feelings, and egalitarian in his dealings with women” (1994a: 202)—catalogado como icono de una nueva clase ideológica—bien adentrándose en la realidad o la ficción de los “otros” hombres. La reflexión en el contexto universitario, que a partir de los años setenta reúne a especialistas en antropología, psicología, sociología o humanidades, pero sin excluir a los que provienen de áreas como la economía, el derecho o las ciencias, con la biología a la cabeza, debate en torno a unas líneas de investigación concretas, que, bajo el nombre de “*Men’s Studies*” o, en español, “Estudios de masculinidad”, fueron definidas por Harry Brod de esta manera: “the study of masculinities and male experiences as specific and varying social-historical-cultural formations” (1987a: 2). Cabe resaltar que la definición hace hincapié en dos de los principales presupuestos de los Estudios de masculinidad: tanto el carácter cultural de la masculinidad como la consiguiente ruptura con su modelo único.

El acercamiento al hombre blanco heterosexual centra la que se considera la primera ola de los Estudios de masculinidad, poniendo en entredicho su categorización de patrón tradicional entendido como norma prescriptiva a seguir, y, en especial, sus dos aspectos más negativos: primero, la apelación a su idiosincrasia para justificar actitudes ofensivas, cuando no criminales, contra los demás, tales como la opresión de las mujeres y de los “otros” hombres; y, segundo, los ataques hacia la naturaleza, y contra sí mismos, al convertirse en motivo de infelicidad y permanente insatisfacción entre quienes creen en sus principios. Lo que hubiese sido impensable, como señala Beauvoir, tan solo veinte años antes, “Un homme n’aurait pas l’idée d’écrire un livre sur la situation singulière qu’occupent dans l’humanité les mâles” (1996 [1949]: I, 14), da origen, en la década de los setenta, a un nuevo campo: “The years 1971—to 1980 saw no less than thirty-eight English-language nonfiction books published that were wholly or mainly on this subject (about men, the male role, and masculinity)” (Carrigan, Connell y Lee 1987: 154). Carrigan, Connell y Lee explican que el enfoque se articula en cuatro cuestiones esenciales: “The first [...] is the evils of traditional masculinity and men’s discomfort in it [...] the second theme: men too need liberating [...] the ways in which masculinity has been formed and ways it may be reformed were the third main theme of genre [...] addressing the question of change in masculinity [...] this was its four main theme” (1987: 155-156). Estos cuatro puntos terminan de aclarar que, frente a

la concepción biológica-esencialista, la masculinidad es un constructo social, frente a su inmovilismo, se expresa de manera diferente en cada contexto, frente a su eternidad, se construye en cada momento, y frente a su universalidad, se vincula a cada cultura, como se vio con más detenimiento en el primer capítulo de esta Tesis Doctoral.

Los críticos, entre ellos Brod, reconocieron, desde el inicio, la deuda con las teorías feministas que echaron por tierra los fundamentos del patriarcado, “Like women’s studies, it too attempts to emasculate patriarchal ideology’s masquerade as knowledge” (2002: 88), y reclamaron cambios personales y sociales con visión política, como había hecho en los cincuenta la lucha por los derechos civiles, y como haría, nos recuerda Segal, a partir del 1969 el movimiento de liberación gay: “beneath and beyond the possibilities for personal change lies the whole web of interconnecting social, economic and social practices, public policies, welfare resources and understandings of sexuality which actually confer power upon men” (1990: 294). Desde estos tres frentes, feminismo, movimiento por los derechos civiles y colectivo gay, se estaba, en realidad, cuestionando el modelo hegemónico, en cada una de sus caras—género, raza, y sexualidad—para establecer la centralidad de la construcción identitaria.

Lo paradójico reside en que a finales del siglo XX todavía se tuviera que insistir en la necesidad de que los hombres se desvincularan del ideario tradicional y lucharan por la transformación, máxime cuando, ya a principios de siglo, se había dejado claro, como hizo Dell, lo siguiente: “feminism will make it possible for the first time for men to be free” (1914: 19). Autores como Robert Stoller con *Sex and Gender* (1969) o Joseph H. Pleck y Jack Sawyer en su *Men and Masculinity* (1974) fueron pioneros en acabar con la violencia de las categorías innatas e incuestionables—un sistema que impone no solo un dualismo reductor sino que propicia, además, la persistencia de jerarquías. En definitiva, se buscaba darle al constructo cultural un cuerpo menos angosto que el espacio del cerebro donde se aloja y mayor que la única forma corporal que el hombre reconoce como propia; donde haya lugar, dice Kimmel, para la pluralidad y la liberación masculina:

[E]ither we think of manhood as innate, residing in the particular anatomical organization of the human male, or we think of manhood as a transcendent tangible property that each man manifests in the world, the reward presented with great ceremony to a young novice by his elders for having successfully completed an arduous initiation ritual (1993: 6).

Por tanto, la nueva perspectiva considera la virilidad un mito social, normativo y apriorístico; es decir, la sitúa muy lejos de la verdad de unas biografías que siguen los presupuestos feministas y se incluyen en los trabajos que luchan contra las desigualdades, ofreciendo también a los lectores las ansiedades y los anhelos de sus autores. En sus textos, vida y obra constituyen un proyecto común. A este respecto hay que decir que en ellos la experiencia personal es parte de la base desde la que se desarrolla el progresismo masculino, que se presenta más complejo que la suma de los roles que la sociedad impone, y la realidad multiplica las formas de la construcción cultural. Se trata de un esfuerzo inverso al que tuvieron que hacer las feministas para demostrar el valor objetivo de sus experiencias, con el fin de que tuvieran el mismo peso que las masculinas, acabando con la supuesta objetividad masculina y la consiguiente subjetividad femenina, que, de manera invariable, primaba la cualidad de la primera sobre la segunda.

La novedad estriba en recuperar la emoción como razón para hacer reaccionar al hombre y lo que Peter Middleton (1992) y más tarde Victor J. Seidler (1994) acentuaron fue una de las ideas fundamentales de la Tesis Doctoral de Josep María Armengol Carrera (2006): la ruptura de la identificación de masculinidad con racionalidad y de feminidad con sentimiento, que tanto daño había causado en la sociedad en su concepción de sexos complementarios. El acabar con los reduccionismos conduce también, según argumenta Kimbrell, a criticar aquellos acercamientos que establecían el valor de la diferencia definiendo la masculinidad en términos propios y excluyentes, como antes lo habían hecho con la feminidad: “The masculine mystique is one of the principal influences on human behavior in our time [...] it is as destructive for men as the feminine mystique is for women” (1995: xiv).

De un análisis integrador, derivado de la toma de contacto con la realidad personal y social para evaluar la situación de forma completa, nace la mayor parte de las propuestas y reivindicaciones que se han llevado a cabo en las dos vertientes de la disciplina—surgidas con la intención de ayudar a los hombres sin perjudicar a las mujeres. Su campo de estudio distingue, por un lado, una labor teórica y académica que celebró congresos anuales locales desde 1972, hasta que el de la universidad de Tennessee en Knoxville en 1975, extendió el movimiento de liberación masculina a todo el territorio nacional y cuyas principales aportaciones se recogen en textos

fundacionales como los ya citados o la colección de Jon Snodgrass, *A Book of Readings: For Men Against Sexism* (1977); y, por otro, la práctica de concienciación social y de reclamos políticos que ha promovido el aumento de la percepción que los hombres tienen de su posición en la sociedad y de la importancia de suprimir los privilegios por el mero hecho de ser hombres, rompiendo así con las tesis que, desde contextos más conservadores, se enarbolan con exageración sobre la crisis del hombre amenazado por los movimientos feministas y demás enemigos, que victimizan a quien conserva una posición ventajosa y niegan la opresión por parte del sistema.

Partiendo de tales reivindicaciones básicas en respuesta a una situación social alarmante, el nexo de unión que los Estudios de masculinidad mantienen, según subraya Brod, con el pensamiento feminista, “men’s studies perspectives are not only compatible with, but are essential to, the academic and political projects entailed by the feminist reconstruction of knowledge initiated by women’s studies two decades ago” (1987b: 263), ha suscitado, en especial en los años ochenta, el desarrollo de diferentes intereses y grados de ruptura con el orden social, un fenómeno que se materializó a través de distintas actuaciones para conseguir los fines propuestos. En un principio y gracias, en gran parte, al clima antibelicista en contra de la participación de los Estados Unidos en conflictos bélicos, con Vietnam a la cabeza, existió una mayor convergencia entre la agenda académica y la política. Así lo atestigua la revisión de los planes de enseñanza en los años setenta y la entrada de los acercamientos feministas en las más destacadas universidades norteamericanas, lo que permitió la creación del primer programa de *Women’s Studies* (Estudios de la mujer) en 1972—un área que, a partir de que en 1976 la University of California en Berkeley incorporara los Estudios de género en su currículo, se convirtió en uno de los principales intereses de las investigaciones feministas.

En las siguientes décadas se llegó a más de doscientos departamentos de Estudios de masculinidad solo en los Estados Unidos (en Badinter 1992: 19), donde el número de cursos pasó de 30 en 1984 a unos 300 en 1993, y su estudio se internacionalizó con contribuciones importantes desde países como Canadá, con la McGill University en Montreal o la Mc Master University, el Reino Unido, con la Windsor University o la London University, Finlandia, con la universidad de Tempere, y en Noruega, Australia, Brasil o Israel. La explosión del interés sobre la temática

masculina, que según Lynne Segal (1997: xii) se tradujo en la aparición de más de 400 volúmenes, hizo peligrar la primacía de la mujer como objeto de análisis, “Are you aware, perhaps, that you are the most discussed animal in the universe?” (Woolf 1985 [1929]: 27). Sea como fuere, resultan especialmente significativas las publicaciones periódicas dedicadas con exclusividad al hombre, entre las que destacan *Journal of Men’s Studies* y *Men and Masculinities*, que han contribuido a ahondar en los problemas derivados del sistema de género y ha propiciado que las 600 entradas que se incluían en la primera edición de la bibliografía anotada de Eugene August en 1985 rebasaran 1000 en una década.

Además de su labor académica, hay que apuntar que en el marco de la educación superior se formaron centros como el Men’s Center en la universidad de Berkeley, inaugurado en 1970, donde se redactó un texto fundacional: *The Berkeley Men’s Center Manifesto*—toda una declaración de intenciones que iba mucho más allá de lo meramente universitario. El colectivo de hombres que luchaba por liberarse de los estereotipos de género y aspiraba a configurar una identidad en positivo, y no basada en la desigualdad, anhelaba recuperar su humanidad, que estaba amenazada por “an impossible oppressive masculine image—strong, silent, cool, handsome, unemotional, successful, master of women, leader of men, wealthy, brilliant, athletic, and ‘heavy’” (en Armengol Carrera 2010: 31). Su proyecto, partiendo de una fuerte carga emocional, “We want to love ourselves. We want to feel good about and experience our sensuality, emotions, intellect, and daily lives in an integrated way. We want to express our feelings completely and not bottle them up or repress in order to be ‘controlled’ or ‘respected’” (en Franklin 1988: 3), pretendía marcar un cauce por medio del cual desprenderse de la presión de su cometido como *breadwinners* y orientar, en cambio, sus energías a algo más que a producir beneficios empresariales para lo que ellos denominaban “*Human Liberation*”. En definitiva, representaba la esperanza de que un cambio social era posible, sin olvidar el personal: “understand who we are, how we got this way, and what we must do to be free” (en Franklin 1988: 4).

Planteamientos de este tipo o los que el psicólogo Jack Sawyer publicó en 1974 en su artículo “On Male Liberation”, aparecido en la revista *Liberation* y en el que se posicionaba en contra de la naturalidad y el beneficio de los roles, mostraron el carácter contradictorio e inconsistente de unos principios que solo favorecían a una minoría y

contribuyeron a la lucha por la liberación del hombre en campos como la psicología social académica. Ahora bien, también hay que decir que encontraron la resistencia de los profesionales, que los desestimaron por ser una versión reducida de las teorías de Freud: “The academic psychologists who founded the MSRI paradigm did all their work primarily with just three Freudian ideas: identification, psychosexual development, and homosexuality as a fixation in psychosexual development” (1981: 158). El psicoanálisis, recuperado ya como parte fundamental desde algunas escuelas feministas, aporta a los Estudios de masculinidad un pilar sólido no solo porque, como señala Connell, “The Freudian movement made the first serious attempt at scientific research on masculinity and explanation of its major patterns” (1994: 11), sino sobre todo, prosigue este crítico, por ser el primero en reconocer la distinción entre las categorías de sexo y género—a pesar de su posterior uso represor: “it has evolved into a medical technology of surveillance and conformity, acting as a gender police and a bulwark of conservative gender ideology” (1994: 11).

En lo referente a la sexualidad, sin embargo, Freud difumina la separación entre normalidad y anormalidad, “In the sphere of sexual life we are brought up against peculiar and, indeed, insoluble difficulties as soon as we try to draw a sharp line to distinguish mere variations within the range of what is physiological from pathological symptoms” (1975 [1962]: 26-27), y las repercusiones que el inconsciente y la represión tienen en la mente humana. Si bien es imposible que hubiese dedicado una obra completa a un campo que por entonces no existía, dejó claro tanto la confusión que en la ciencia había en torno a la masculinidad y la feminidad como la imposibilidad de encontrarlas en su estado puro—ni desde el punto de vista biológico ni psicológico en individuos; y, además, en algunos de sus escritos se aprecian, según resalta Connell, intuiciones muy valiosas: “The Wolf Man study and the theoretical reflections it spurred, but did not resolve, were the closest that Freud came to spelling out a theory of masculinity” (1994: 15). Todo ello en contraste con su idea de la configuración masculina a través de la amputación de la feminidad y la compleja relación con la madre, cuyo respeto significa una mutilación psicológica, y su cuanto menos equívoca postura con respecto a la homosexualidad en tanto que no es considerada una enfermedad, “he rejected the notion of qualitative difference between homosexual and heterosexual people” (Connell 1994: 17), aunque se asocia, en cierta medida, con un

problema evolutivo. Más precisamente, la entiende como un estadio menos avanzado en el desarrollo personal, una visión que ha dado origen a la paradoja entre considerar al médico vienés un defensor del patriarcado o verlo como el primero que superó el determinismo biológico y la supuesta naturaleza de formas masculinas y femeninas. De ahí, la contradictoria consideración que su figura ha tenido dentro de los feminismos, desde su condena en *Sexual Politics* de Kate Millett en 1969 a su salvación en *Psychoanalysis and Feminism* de Juliet Mitchell en 1974.

No menos entorpecedora es la exégesis que de su obra y de la de sus discípulos se ha hecho. A modo de ejemplo cabe referirse a Carl Jung, quien, si bien continuó negando la oposición absoluta entre hombres y mujeres, “No man is so entirely masculine that he has nothing feminine in him. The fact is, rather, that very masculine men have—carefully guarded and hidden—a very soft emotional life, often incorrectly described as ‘feminine’” (1966 [1929]: 189), fue utilizado por los Mythopoeists para justificar la necesidad de separarlos y, así, permitir que el hombre se reencontrara con su poder fálico. Aunque él tampoco dedicó ningún trabajo en exclusivo a la masculinidad, sus aportaciones han servido para reincidir en planteamientos retrógrados, como el mencionado caso de los Mythopoeists, que más tarde se examinará en detalle, y para inspirar a autores como Alfred Adler (1910). Este mantuvo la idea del ser humano como mezcla de actividad y pasividad en términos de fortaleza y debilidad, y conectó la ansiedad causada por la vulnerabilidad en el hombre con la exagerada compensación mediante la agresividad, denominándola “*masculine protest*”—entre cuyas consecuencias identifica su deseo de triunfo social y de dominación sobre las mujeres. Para él, la influencia de los factores sociales en la neurosis provocada por la constante aspiración al poder y su habitual ausencia marcará el estilo de vida.

En la misma línea de vincular el psicoanálisis y la sociedad, pero, en este caso, desde un punto de vista marxista, Wilhelm Reich reflexionó sobre la función social de la represión sexual, uniendo los varios agentes de control y especificando el momento y el lugar en que se da: “the interlacing of the socio-economic structure with the sexual structure of society and the structural reproduction of society take place in the first four or five years and in the authoritarian family” (1970 [1933]: 28). En deuda con el controvertido Reich, la Escuela de Francfort avanzó en la crítica a la pretendida racionalidad de la construcción social en la que el patriarcado basa la subordinación de

la mujer y el rechazo a los homosexuales, negando además el carácter necesario y universal que para Freud tenía la fórmula. En ese sentido, en *The Authoritarian Personality* de 1950, Theodor Adorno investigó los rasgos caracteriológicos de quienes habitan las sociedades burguesas e intentó aplicar un método empírico a la sociología— a la estela de la escuela norteamericana—para explicar el peligro de las instituciones por su ideología subyacente, y, aunque la tipología de las personalidades no tenía en la diferenciación genérica su único criterio, Connell le concede lo siguiente: “It provided the first detailed clinical picture of masculinity linked to the social and political setting in which it was constructed” (1994: 29). Además de relacionar masculinidad y contexto, Adorno fue de los primeros en descartar un modelo único de masculinidad, puesto que, de nuevo con Connell, “the research documented different types of masculinity” (1994: 29).

En esta rápida panorámica de la influencia del psicoanálisis sobre los Estudios de masculinidad a través del ideario feminista no se puede olvidar a personajes clave como Sartre, para quien la posibilidad de elección y el compromiso político caracterizan el psicoanálisis existencial, y, mucho más reconocida por las feministas, la obra de Simone de Beauvoir, quien abordó en *Le deuxième sexe* de 1949 el análisis de la condición femenina como concepto cultural alejado de la naturaleza biológica. Por último, el reconocimiento implícito a la labor iniciada por Freud alcanza su máxima expresión a través de los trabajos de Lacan. Su psicoanálisis estructuralista influye, en especial, en feministas europeas, sobre todo, por la relevancia que da al lenguaje y su función en la constitución de la identidad, ligando el poder fálico al orden social, e identificándolo con su importancia simbólica por encima de lo físico, según defendió más tarde Jane Gallop en *Feminism and Psychoanalysis* (1982). Nos parece conveniente subrayar que la idoneidad de aplicar el método psicoanalítico al estudio de la masculinidad reside fundamentalmente en entender la personalidad como resultado de un proceso costoso en que la aceptación de los conflictos deja espacio para lo contradictorio, lo anormal y lo enfermizo, donde siempre se permite la multiplicación de formas que la identidad genérica tiene, si bien, para Connell no debe constituir el principal sustento de la investigación: “Freud’s invention is an essential aid in understanding men’s gender and gender politics, but is never enough on its own. It is an instrument that needs to be used with precision” (1994: 34-35).

A esta primera ola, que durante los años ochenta enfrentó las posiciones más avanzadas de la academia y la lucha por cambiar al hombre blanco, heterosexual de clase media a las políticas retrógradas republicanas al rechazar el anhelo anacrónico de una verdad perdida del esencialismo del que abjuró John Stoltenberg en su *Refusing to Be a Man: Essays on Sex and Justice* (1989), le siguió un segundo momento en que quedó claro, según subrayan Kimmel y Aronson, que “the normatic definition of masculinity is not the right one, but it is the one that is dominant” (2003: xxii). Se le sumó, pues, el análisis de la pluralidad de caras que la masculinidad tiene en los Estados Unidos; es decir, las “otras” masculinidades, agudizado por las críticas postmodernistas y postestructuralistas a los valores tradicionales: “French theory eroded America’s most cherished values” (van de Bilt y Kardux 2001: 200). Además de perfilar los estudios en las cinco áreas que Harry Brod establece en 1989, trabajo y familia, violencia, salud, sexualidad y cultura, se introdujeron las nuevas perspectivas postcoloniales y *queer*, que, de la mano del feminismo lésbico y de color, acabaron con las exclusiones de los universalismos culturales.

Sus premisas ideológicas exploraron la pluralidad étnica y sexual y demostraron los cambios y las contradicciones dentro del modelo hegemónico, cuya única justificación es el mantenimiento de las jerarquías que aseguren el poder. El nacimiento del campo propio, a partir de los primeros años noventa, de los Queer Studies, conocidos en español como “Estudios queer”, va a reforzar el convencimiento en la necesidad de suprimir las categorías, incluida la del sujeto como entidad homogénea y coherente y, especialmente, con el binarismo de hombres y mujeres o heterosexualidad / homosexualidad, o cualquier otro: “The distinction between sex and gender turns out to be no distinction at all” (Butler 1990: 6). Desde el congreso de 1990 en la universidad de California en Santa Cruz, la posibilidad de elección sexual, al margen de un físico que la determine, y la acentuación de la carga política y social de un discurso basado en la resistencia a aceptar dos de los pilares de las sociedades occidentales, la homofobia y el heterosexismo, para acabar con los privilegios, teóricos y prácticos, que otorgan a los hombres y las mujeres que los conservan transforma la connotación despectiva que tenía la expresión “*queer*”, que pasa de una posición defensiva a poner en duda la naturaleza de todo el sistema patriarcal.

La sexualidad, categoría revolucionaria y transgresora, rechaza esencialismos y, en vez de separar a los individuos, aglutina a su alrededor intereses políticos alternativos. Convertida en manifestación de una actitud vital y académicamente rebelde a la búsqueda de expresiones de fantasía y riesgo, como las prácticas sadomasoquistas, se nutre de áreas de contacto y fluidez que permitan revertir las situaciones de opresión, haciendo evidente el uso instrumental que la conceptualización cerrada de la realidad en opuestos conlleva. Su uso como herramienta de control en los regímenes que legalizan y medicalizan la realidad, como demostró Foucault en referencia al siglo XIX, se agudiza en periodos de crisis del XX en forma de represión y castración de la naturaleza humana. En respuesta al conservadurismo republicano, “The dreary horrors of twelve years of Reagan-Bush, a nightmare era which, from the point of view of any feminist, might more accurately be dated from the first passage of the Hyde Amendment in 1977 to Bush’s veto of even a pityfully watered-down Family Leave Bill in 1991” (Pfeil 1995: 55), los Estudios *queer* han transformado la investigación sobre la masculinidad, llegando a poner en duda su propia existencia. Y es que no reconocen a hombres y mujeres por empobrecedora dualidad nacida de la exclusión de lo diferente. En la medida en que supone un desafío al sistema patriarcal, la transgresión postmodernista permite agrandar el espectro de un campo que profundiza en el análisis y la deconstrucción de las pautas y los modelos de los diferentes grupos, clases e instituciones—tanto del pasado como del presente—así como revolucionar unos estudios por medio de la inclusión de formas que permanecían ocultas tras la masculinidad hegemónica, y que amplían la propia articulación con la intención de reducir la distancia entre la variada realidad—sujeta a cambios estructurales locales y temporales—y el modelo universal y eterno. Se llega así, como destaca Murphy, a sorprendentes hechos: “In the United States gay studies dominate much of the work on masculinity” (1994: 5).

Los Estudios interculturales, donde los elementos étnicos y raciales pasan, desde el eclecticismo, a primer plano, contribuyen a que se pierda parte del respeto al androcentrismo y el eurocentrismo imperantes, demostrándose la falsedad de su pretendida universalidad y añadiéndose como causa de exclusión y subordinación con respecto a un modelo hegemónico. El análisis de los componentes sociales, tanto en los estudios históricos diacrónicos (*American Manhood: Transformations in Masculinity*

from the Revolution to the Modern Era de Anthony E. Rotundo, 1993) como en los sincrónicos (*Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity* de David D. Gilmore, 1990), adquiere cada vez más peso a la hora de construir las identidades genéricas a través de la violencia de las categorías. En la misma línea, demostrando que ninguna de las características que conforman la masculinidad es imperecedera, el relativismo de los Estudios culturales subraya la diversidad racial y sexual. En particular, describe una realidad integrada por múltiples expresiones de masculinidad (*Theorizing Masculinities* de Harry Brod y Michael Kaufman, 1994 o, *Masculinities* de R.W. Connell, 1995), un conjunto de formas que cohabitan en un mismo lugar al mismo tiempo, donde la hegemónica se impone a las cómplices, las subordinadas, las marginadas y las resistentes, intentando erigirse en única e indivisible frente a la pluralidad informe de una estereotipada diferencia. Se hace así cada vez más difícil hablar del hombre como noción universal unívoca, algo que ayuda, sin duda, la influencia de los Estudios étnicos, que desde los años setenta se desarrollan en los Estados Unidos (Michael Awkward, 1995; Robyn Wiegman, 1995; o Alfredo Mirande, 1997) e incluyen la raza como componente social y político imprescindible.

Durante los años noventa crece el área de investigación de los Estudios de masculinidad, que se expande a otros campos sociales y artísticos, afrontando la desigualdad en el contexto educativo y laboral o las relaciones con el mundo de la violencia, desde el punto de vista psicológico, con la conflictiva figura paterna, y sociológico, con la criminalidad y la delincuencia. Su carácter interdisciplinar, convertido en una de sus señas de identidad, se acentúa, arrojando luz sobre la complicada naturaleza de la conexión existente entre poder y sexismo (*Rethinking Masculinity: Philosophical Explorations in Light of Feminism* de Larry May y Robert Strikwerda, 1992 o *Masculinity and Morality* de Larry May, 1998), que amplían los temas de estudio a la vez que ofrecen interesantes perspectivas a materias como la ética contemporánea o la filosofía analista. La creciente complejidad con que el acercamiento ideológico se incorpora a todas las construcciones culturales obliga a un análisis multidisciplinar, que escape de conclusiones partidistas y reduccionistas a la hora de aportar explicaciones unidimensionales para cuestiones social y psicológicamente tan oscuras. En este sentido, los estudios sobre la masculinidad, señala Therborn, ofrecen una aproximación policromática y suficientemente abierta a una realidad donde

“different ideologies, however defined, not only coexist, compete, and clash, but also overlap, affect, and contaminate one another. This holds for relations both between class ideologies and between class and non-class ideologies” (1985: 79).

La mayor parte de estos estudios se hizo eco de la crisis de masculinidad derivada de la estructura patriarcal, un modelo que no contempla aceptar las diferentes realidades. Esta falta de amplitud de miras alimenta lo que Sedgwick define como “the indissectable girdle of incongruities under whose discomforting span, for most of a century, have unfolded both the most generative and the most murderous plots of our culture” (en Kekki 2003: 262) a la vez que limita, como señala Segal, las alternativas que mujeres y otros hombres puedan proponer como forma de paliar sus debilidades y justificar sus lagunas: “Men will only stop displacing their fears about themselves into contempt for women, and antipathy and loathing for excluded and subordinated groups of men, once they are able to recognise and accept their own multiple and conflicted identities, able constantly to question and complicate the notion of ‘masculinity’ itself” (1997: xxix). Tal capacidad de aceptación ayudaría a explorar muchos de los problemas del hombre contemporáneo, al tratarse, en palabras de Harry Brod, de “the surest foundation for the ability to oppose the pain men inflict” (1998: 205).

Lejos de llegar a ese punto, la proliferación de estudios, atestiguada en las más de diez ediciones de la bibliografía recogida por Michael Flood en *The Men's Bibliography* (1996a), en publicaciones exitosas como *American Men's Studies Association* (1991), *Journal of Men's Studies* (1992) o *Men and Masculinities* (1998) y también en aquellas de diversas materias, entre las que cabe citar *International Journal of Men's Health* o *Psychology of Men and Masculinity* y *Working With Men*, e, incluso, en las ya desaparecidas *Masculinities* y *IASOM Bulletin*, no ha logrado que su acercamiento ideológico tenga una aplicación práctica generalizada para contribuir así a la desaparición de un modelo fundado en el miedo y en la ocultación de este sentimiento bajo falsas apariencias de fortaleza y seguridad, que, cada vez más, se demuestran en tensión inestable. No obstante haberse erigido en heredero de los movimientos de liberación de mujeres y gays, “The central issues of the women's movement have been adopted politically” (Shiffman 1987: 295), fuera de la academia, donde si cuenta con numerosos apoyos, su papel es incomparablemente más reducido, a pesar, señala Shiffman, de su estructura: “The men's movement can be described structurally as

consisting of a national profeminist organization, a number of men's centers, networks of academics working on issues of masculinity, men's support groups, an annual national conference on men and masculinity, and various local and regional events" (1987: 297); e incluso, como se verá algo más adelante, muy inferior al de los grupos más tradicionales de hombres.

El progresivo avance en el ámbito académico ha hecho posible el paso en numerosos departamentos de los Women's Studies (Estudios de la mujer) a los Gender Studies (Estudios de género); primero en universidades como Indiana, Rutgers o UCLA y, posteriormente, en otras como Harvard—una integración no exenta de polémica en cuanto a la idoneidad de destinar parte de los abultados presupuestos por los que las feministas han luchado desde la década de los setenta para estudiar al “opresor”. En cualquier caso, se reconoce la base feminista en el planteamiento social y múltiple de la construcción de género así como la metodología empírica y los objetivos ideológicos igualitarios, y se incluyen la experiencia homosexual de gays y lesbianas. Se ofrece, además, la necesaria atención a los trabajos que tienen en cuenta varios parámetros a la hora de examinar ejemplos donde género, sexualidad y raza intervienen y se mezclan. A esta multiplicidad, se ha añadido la acentuación de su carácter interdisciplinar, donde sociología y psicología, antropología y filosofía, economía e historia pueden sumarse y enriquecer el análisis de manifestaciones, representaciones y expresiones culturales, aplicando su metodología a productos que van desde la literatura, el arte o la música hasta expresiones más populares, entre las que cabe incluir el cine, la televisión, el cómic o la publicidad.

La investigación de la masculinidad a través de imágenes y textos no es algo totalmente novedoso. El trabajo de Leslie A. Fiedler *Love and Death in the American Novel* (1960) es pionero en ese sentido y también había habido en la década de los ochenta varias incursiones en autores o periodos específicos. Tal es el caso del estudio de los cinco arquetipos, que aglutina desde el hombre de la frontera, el soldado y el experto hasta el proveedor y el señor, en la obra de Mark Garzon *A Choice of Heroes: The Changing Faces of American Manhood* (1982) o *Gender, Fantasy and Realism in American Literature* (Habegger, 1982) sobre las novelas de Henry James y William Dean Howells y, el más explícito, *Phallic Critiques: Masculinity and Twentieth-Century Literature* (1984), donde Peter Schwenger, al indagar en los textos de Mailer,

Mishima, and Hemingway afirma lo siguiente: “there is such a thing as masculine style” (1984: 12). Es, sin embargo, en los noventa cuando se produce el auge de de estos acercamientos a las masculinidades en la ficción, desde la creación *Masculine Desire: The Sexual Politics of Victorian Aestheticism* (1990) de Richard Dellamora a la crítica *Out of Bonds: Male Writers and Gender(ed) Criticism* (1990) y desde la literatura, *The Changing Fictions of Masculinity* (1993) de David Rosen, al cine: “the period from 1992 to 1994 was a kind of origin point for the study of screen masculinities” (Baker 2006: vii).

La imposibilidad de separar lo cultural de lo psicológico y lo sociológico en cualquier obra humana lleva a incluir la temática propiamente machista en expresiones culturales de diverso tipo. Y esto provoca numerosas cuestiones sobre los textos, los autores y el público y, no menos, acercamientos diferentes desde entonces hasta ahora. La relación entre los Estudios de masculinidad y el arte implica un enriquecimiento mutuo. Se da, por un lado, lo que James D. Riemer (1987: 291) ve como un vínculo basado en la lectura más rica de las obras a la luz de la cultura que las produce y ligadas al contexto del que nacen y, por otro, la opción de utilizar esos textos como ejemplos de lo que cada época entendía por el modelo de identidad genérica para hombres y mujeres. La complementariedad de los aspectos sociales con los artísticos es algo cuyo valor han demostrado los Estudios culturales, afirmando su conexión e, incluso, una dependencia con respecto al entorno social y económico necesaria para ilustrar la interpretación. Sin que sea esta ni objetivamente realista ni la única válida y, sobre todo, sin caer en lo que podría denominarse síndrome de Quijano por el que las lecturas se convierten en nuestra realidad más evidente, lo cierto es que, evitando hacer del arte un testimonio en exclusiva psicológico, sociológico o antropológico, y mucho menos otorgarle valor científico literal con una relación vinculante, ya que los análisis literarios “cannot be expected to give the whole ‘truth’ about manhood in relation to a particular social, economic, racial-ethnic environment” (Riemer 1987: 291), habría que conceptualizar las manifestaciones artísticas no solo como ventanas abiertas al mundo sino como uno de los medios más relevantes a la hora de ayudar a mantener el *statu quo*. No en vano reafirman los principios de cada sociedad y, por tanto, la manera de comprender una época desde la distancia.

De ahí que para los Estudios de género se abran dos importantes vías. Primero, la de comprobar la evolución en el tiempo de los conceptos de hombre y mujer a través de la revisión de sus retratos artísticos. Esta oportunidad incide en su antiesencialismo y acaba con el mito de la naturaleza en el sentido de que, pese a que hay características del patriarcado, como la violencia o la sexualidad, que se perpetúan en el tiempo, su expresión y significado varían según el contexto. Segundo, la contemporánea tendencia a ampliar los patrones ofrecidos en los diversos productos culturales, donde cada vez más sus protagonistas se alejan del modelo tradicional. Sin que la mimesis aristotélica pueda reducir toda la hermeneútica, el estudio de las conductas sociales y las posibilidades de explorar sus consecuencias ha llevado a múltiples relecturas y revisiones de obras del pasado, cuyos personajes y tramas describen una realidad social que documentan. Así, en opinión de Riemer, “they can offer valuable insights into areas for further, potentially corroborating research by sociologists, psychologists, and social anthropologists” (1987: 291).

Resulta, en efecto, muy fácil ayudarse de los testimonios literarios para entender las diferencias sociales en el tratamiento a hombres y mujeres. A la mencionada invisibilidad del modelo hegemónico—cuya preponderancia hace equiparar sus experiencias a las del ser humano sin ningún tipo de explicación ni acotación—se oponen los estereotipos femeninos, con un limitado espectro de posibilidades en sus papeles de ángel o demonio y de virgen o prostituta y su estrecho margen de actuación como reflejo de su postergación social. La asimetría sujeto / objeto, que está en la base del orden social alrededor del depósito central que Bourdieu denomina el “mercado del matrimonio”, se ratifica en las representaciones culturales, donde el sistema mítico amplifica la inferioridad de la mujer en las relaciones de producción y reproducción del capital simbólico: “[L]es femmes ne peuvent y apparaître qu’en tant qu’objets ou, mieux, en tant que symboles dont le sens est constitué en dehors d’elles et dont la fonction est de contribuer à la perpétuation ou à l’augmentation du capital symbolique détenu par les hommes” (Bourdieu 1998: 49). Sin necesidad de retrotraerse a Santo Tomás y su idea de que la mujer está sometida a las leyes de la naturaleza, a las leyes de las circunstancias y a la ley del hombre por su debilidad física y mental, ni comprobar la vigencia de su mensaje en la modernidad de Jean Jacques Rousseau, “La femme est faite pour céder à l’homme et pour supporter même son injustice. [...] la nature ne les

fit pas pour la tolérer” (1826: 98), parte de la tarea crítica de los Estudios de género es revisitar esos discursos y analizar los argumentos que alimentan la desigualdad entre hombres y mujeres. En ese sentido, cabe señalar que los mitos patriarcales han ahondado en la discriminación desde las ciencias; así, valiéndose del determinismo biológico o del cerebro uterino, se han recreado cuerpos mutilados y envidias de pene y se ha fantaseado con costillas de Adán, pecados originales y otras brujerías sobre la existencia del alma femenina, logrando que el apoyo entre el orden estructural y el simbólico sea ininterrumpido y recíproco—tal y como denunciara Kate Millet en su *Sexual Politics* (1970), donde examina la manera en que los escritores varones sirven los intereses patriarcales en la creación distorsionada de sus personajes femeninos.

En general, otro de los hallazgos importantes de la crítica feminista desde Virginia Woolf a Sandra M. Gilbert y Susan Gubar (1979) o Maggie Humm (1986) es reivindicar una lectura ideológica de los textos como campos fértiles para explorar los códigos artísticos y culturales que influyen en la construcción de los modelos de género como representaciones cuya forma y fondo están ideadas por y para el orden social. Tal aproximación, a pesar de no contar con el apoyo unánime de crítica, academia y lectores, es, en buena medida, la que, sustentada en la naturaleza semiótica abierta de la obra de arte, conforma la lectura de los Estudios de género. Desaparecida el aura sagrada de la obra y muerto el autor, es el receptor el que termina de conferir el significado a un mensaje que crece en la multiplicidad de sus resultados y de sus interpretaciones, aunque, huelga decir que, más que un acto libre e individual, se trata de un proceso de interacción entre el texto y los lectores, donde estos no se pueden desvincular con facilidad de los prejuicios educativos, culturales e ideológicos que se nos inculcan a través de todos aquellos elementos que son parte de la realidad social.

Ciertamente, los filtros de clase, raza y género, pero también de cultura, edad y sexualidad, nos sitúan delante de los textos con una actitud de la que es muy difícil desprenderse. Así lo ha explicado Elaine Showalter en “Critical Cross-Dressing: Male Feminist and the Woman of the Year” (1983), donde niega la viabilidad de un análisis puramente feminista por parte de los hombres, sobredimensionando con ello la biología. El escollo, al ser conscientes de nuestras limitaciones, puede superarse deseducando nuestra mirada y haciendo del feminismo un posicionamiento ideológico que deconstruya los estereotipos y transforme a hombres y mujeres en público que ofrezca

resistencia a las narrativas patriarcales que cuentan con lo que Laura Mulvey (1975) llamó “*male gaze*”; esto es, la perversa mirada controladora masculina que domina al cosificado “otro” femenino. La existencia de tales tendencias—por muy mayoritarias y “naturales” que sean—no debe, de nuevo, caer en el determinismo; de ahí que, para desmontar dicho axioma, los Estudios de género se encarguen de resaltar que ni toda recepción ni toda creación se hace con carácter exclusivo desde el género, como intenta demostrar Ben Knights (1999: 22) cuando sostiene la posibilidad de los “*estranged masculine readings*”, con los que busca escapar de la norma.

Al margen del género del crítico, los acercamientos feministas han insistido en la revisión de los textos desde nuevas perspectivas y han incorporado, con el objetivo de enriquecer su lectura, parámetros provenientes de otros contextos, entre los que cabe incluir crítica marxista, psicoanalítica o postestructuralista. Se incide así en la búsqueda de algo más que una trama narrativa a través de temas que se repiten en las tradiciones literarias o de las inadvertidas huellas del autor en prejuicios de clase o subconscientes y de la preponderancia de determinados géneros en periodos históricos que prácticamente los producen promoviendo su consumo por medio de una validación ideológica—en términos de orden, decoro y estabilidad—que resulta muy difícil de resistir por parte de autores y público. A estos ejemplos de lectura ideologizada hemos de añadir el cuestionamiento de todo esencialismo universalizador por parte del postestructuralismo, que niega la existencia de categorías de ningún tipo más allá de las prácticas lingüísticas y materiales que las sustentan, haciendo que el arte como representación adquiera un significado determinante a la hora de configurar las identidades genéricas—igualmente vistas como constructo basado en la performatividad. El controvertido legado de Foucault, rayano en un relativismo desconcertante que acentúa la naturaleza fragmentaria de la experiencia contemporánea, deja al lenguaje y a los demás convencionalismos sociales la capacidad creativa de una realidad limitada, que está condicionada y vista desde la mera percepción de un sujeto subordinado al discurso imperante.

De esta manera, los Estudios de género han recorrido un camino donde, como Perchuk y Posner en *The Masculine Masquerade* (1995), se utilizan los principios del postmodernismo para analizar la masculinidad en su serie de prácticas a través de sus representaciones artísticas, con aplicación a todo tipo de textos, incluidos los teatrales

estudiados por Carla McDonough (1997), David Savran (1992) o Bob Vorlicky (1995). En muchos de ellos el arte muestra una imagen de la masculinidad alejada del modelo hegemónico, creando lo que Nancy McCampbell Grace (1995) denomina “*the feminized male*” en una de las aportaciones del siglo XX al imaginario colectivo, *The Feminized Male Character in Twentieth-Century Literature*. El trabajo da cabida a personajes que van desde Leopold Bloom, como símbolo universal, a Sal Paradise, mucho más imbuido de la especificidad norteamericana, y que sustituyen las masculinas virtudes por algo menos reconocible, “the feminized male is gifted with characteristics which we categorize as feminine” (Grace 1995: 4), empezando por la pasividad y la emoción y acabando por la compasión o la intuición. Sin entrar ahora en lo acertado de considerar tales características como femeninas o lo adecuadas que resultan para definir a todos los personajes retratados, lo reseñable es la recreación de otras imágenes de hombres, lo que representa una alternativa a la habitual basada en su convergencia con el orden social.

La crítica al sistema a través de la incorporación de unos comportamientos alejados de lo heroico otorga al siglo XX el interés de recoger en sus manifestaciones artísticas descripciones de un hombre diferente y, en concreto, en los Estados Unidos, como se ha dicho en el segundo capítulo de este trabajo, desde finales del siglo XIX se desata una crisis que puede afirmarse que llega hasta nuestros días al unirse diversos elementos que confluyen y se suman, explotando en momentos como la década de los ochenta. Consecuencia de este desconcierto es también la aparición cada vez más frecuente, a partir de los años cincuenta, de personajes masculinos que, más que acercarse a modelos feminizados a la vez que se alejan de los héroes clásicos, muestran lo peor del ser humano, llenando las páginas de la literatura estadounidense de desclasados, desnortados, desnaturalizados y deshumanizados; es decir, de hombres que no solo no saben de qué manera encontrar su felicidad sino que infligen su dolor a los demás, en especial a los más débiles.

Esto pone de manifiesto que la literatura estadounidense se hace, a partir de la generación Beat, partícipe de la transformación que afecta al modelo hegemónico, que pasa de ser referencia ineludible para conseguir el éxito personal y social a ser sospechoso de provocar angustia, ansiedad e insatisfacción, sobrepasando a la mayoría. La tendencia se acentúa en los años setenta, cuya cultura mantiene un fuerte pulso con

el discurso oficial y demuestra las dificultades para preservar la distribución tradicional de roles tanto para las mujeres como para los hombres. La tensión entre ambos se traduce en juegos con la androginia y, además, en la interpretación de la especificidad racial y sexual para posibilitar ideales culturales particulares. La insistencia en mostrar la contradicción implícita en el hecho de pertenecer al grupo hegemónico y, aun así, o tal vez por eso, no sentirse tranquilo y, mucho menos, realizado conduce a la paradoja de empezar a explotar el lado femenino, el que sufre, y seguramente sea capaz de ser víctima y hombre a la vez. Ello lleva a explorar el masoquismo masculino de unos individuos que, torturados en su interior, se perciben superados por la carga de su masculinidad—un fenómeno que, como nos recuerda Rosen, no es novedoso, “In all ages under the burden of the fictions of manhood, men are restless, confused and grieved” (1993: xviii), pero que, en los ochenta, erigirá en héroes a quienes le dan una respuesta violenta. La tendencia llega hasta finales del siglo XX, representada en la escena cinematográfica, entre otros muchos, por Michael Douglas: “Douglas’s stardom depends on his capacity to project simultaneous strength and weakness. He is the victim as hero” (Hoberman 1995: 32-33).

Concluiremos esta sección adelantando que el análisis de personajes que, a raíz de las dudas planteadas en cuanto a la construcción de género, reflejan problemas en su identidad social es la piedra angular de la segunda parte del presente capítulo y del siguiente de esta Tesis Doctoral. Consideramos la reflexión necesaria debido a que atrae a numeroso público que puede verse embelesado por un comportamiento que debe hacer reflexionar sobre las consecuencias derivadas de las alarmas que se disparan en aquellos momentos en que la posición de fuerza se tambalea.

3.3. Grupos

Junto con las representaciones culturales, lo más novedoso de la crisis de la masculinidad estadounidense a finales del siglo XX es la creación de diferentes colectivos a los que el individuo acude para encontrar refugio y apoyo a sus preocupaciones. Fruto del activismo estadounidense, que desde los años sesenta cree en la posibilidad del cambio a través de acciones y protestas reivindicativas, es la

sorprendente expansión de la idea más allá de los grupos que, en principio, tienen una necesidad objetiva de solidarizarse y enfrentarse juntos a una situación problemática, con ejemplos como el de la población negra, las mujeres o los gays. En efecto, la confianza en dicha fuerza revolucionaria se extiende a los integrantes del modelo hegemónico; es decir, el de los hombres blancos heterosexuales de clase media. La sorpresa es doble al unirse, al sentimiento de protesta, la ruptura con el sintomático individualismo que está en la base de su competitivo y agresivo credo, como ya se ha visto, y al que muchos dejan de lado no solo por el sufrimiento y la frustración que experimentan, sino por el convencimiento generalizado de que no pueden luchar contra ello desde el aislamiento y necesitan sentirse parte de un colectivo.

Muy negativa debía ser la sensación y su conciencia de que como individuos habían perdido el poder de introducir cambios en la situación para que decidieran asociarse con la intención de sentirse mejor como hombres o muy presionados, amenazados y en peligro debían verse para llegar a la conclusión de que la manera de salir de ese escenario era la agrupación, en especial teniendo en cuenta de que se trata de un país que el senador Henry Clay definió en estos términos: “*a nation of self-made men*”. Es probable que ello explique la tardanza con que los hombres se organizaron a finales de los setenta, si bien llevaban sufriendo a causa de su condición genérica desde hacía un tiempo. Y es que, la decisión de instituir grupos conlleva un paso importante de concienciación ideológica de lo que representa el modelo hegemónico así como la identificación de la solución al problema, puesto que se pretende, más que otra historia de superación personal, un cambio colectivo.

Según fuera la percepción y la respuesta que se quisiera dar a la problemática masculina se conformaron grupos con una ideología basada, tal y como ya se ha señalado, en la división que la reacción de los hombres tuvo también a finales del siglo XIX, con la separación entre el pequeño número de varones que se acercó al feminismo para pelear por la renovación del sistema y la mayoría que se enfrentó a ese movimiento de reivindicación de la igualdad y se rebeló bien rechazándolo bien ignorándolo y que buscó reforzar la masculinidad—siempre dentro de los intereses patriarcales. David Savran en la clasificación que propone aúna estos grupos a los hombres de las minorías que seguían con la labor del pasado de lucha por sus demandas: “What passes for the men’s movement represents in fact several discrete movements [...] 1. the ‘mythopoetic’

sect (under Bly's aegis) committed to a renewal of 'spiritual values'; 2. the right-wind, overtly antifeminist camp; 3. the profeminist; 4. the gay men's movement; and 5. the African-American 'men's movement'" (1998: 170).

A pesar de que para parte de la crítica feminista cualquier organización de hombres—sin atender a diferencias internas—supone, según lo interpreta Spark, una mala noticia, “men's movements vary only in the degree of danger they present to women [...] men in men's movements are wolves in sheep's clothing” (1997: *en línea*), es necesario analizar por separado los grupos incluidos en el denominado “*Men's Movement*” y otros como los Mythopoeics, Promise Keepers o The Million Man March así como los Men's Rights y Fathers' Rights. Distanciados por actitudes ideológicas, se desarrollan incluso en distintos contextos: por ejemplo, el académico de los profeministas, que quieren acabar con las funciones de protector, proveedor y cabeza de familia del hombre, poco tiene que ver con el resto, mucho más reconocidos y populares entre hombres al margen de los círculos universitarios y que encuentran sus premisas teóricas en las estanterías de autoayuda para reafirmar al hombre en su género, en el caso de los Mythopoeics o Promise Keepers, y para arremeter contra la situación provocada por las feministas en el de los Men's Rights y Fathers' Rights.

La importancia de la crítica feminista para denunciar los efectos del patriarcado para las mujeres, primero, y, después, para los hombres explica la división existente entre quienes apoyan su auge con el fin de paliar el coste de la hegemonía y quienes achacan a su protagonismo la crisis del hombre, puesto que no renuncian a su dominio. En definitiva, puede afirmarse que los movimientos de mujeres y hombres siguen dinámicas relacionadas, aunque el primero por estar asociado a la promoción de las mujeres y el segundo por estarlo a la pérdida de poder.

3.3.1. Grupos Profeministas

Heredera de quienes en 1848 se adhirieron a la Seneca Falls Declaration of Sentiments and Resolutions, la primera ola de investigación académica centrada en el modelo hegemónico produjo las pioneras experiencias para intentar indagar en la igualdad a través de la deconstrucción de los privilegios del hombre. La corriente está integrada por individuos que, deseosos de unirse y apoyarse en esa tarea de cambiar y

cambiarse, empezaron a asociarse en los grupos profeministas que nacieron a ambos lados del Atlántico en los países anglosajones y si, según Segal (1990: 284), su número era de entre 20 y 30 en Reino Unido en 1975, esa cantidad no ha dejado de crecer hasta el punto de que, prácticamente, cada ciudad importante de occidente cuenta con uno de estos grupos, cualquiera que sea su denominación: feminista, profeminista o antisexista. Estos descriptores junto con la reducida cuota de miembros que los componen no han logrado, sostiene Connell, romper las barreras de la resistencia que oponen los grupos más tradicionales y la de aquellos que, a pesar de respaldar ciertas modificaciones, no consideran su labor cruzar los límites: “a fine line to tread between intruding on women’s business and sharing the work on common problems” (1987: xii).

La sospecha de traición estuvo presente desde el principio hasta que, como afirma Bartky, adquiere el grado de necesidad: “We need ‘gender traitors’” (1990: xii). En realidad, se podría hablar de una doble motivación para cuestionar los principios del grupo: por un lado, la resistencia a participar de sus consecuencias para con otras personas, por lo que sus orígenes son, para Brod, claros, “The history of male profeminist activism is an essential part of the history of feminism” (1987b: 269), y, como tal, comparten, según señala Shiffman, prioridades: “The central issues of the women’s movement have been adopted politically” (1987: 295); pero, por otro, el interés egoísta de querer sentirse mejor consigo mismos como hombres, en sus vidas y sus experiencias, siguiendo el trabajo de los estudios: “The subject matter of men’s studies is the study of masculinities and male experiences in their own right as specific and varying social, cultural, and historical formations” (Brod 1987b: 264). En ambos casos, tanto el cambio social como la transformación personal constituyen, afirma Shiffman, los objetivos de un movimiento reformista más que revolucionario de instituciones y personas, “the men’s movement challenges the separation of personal experience from conventional notions of politics. It redefines the personal as political and seeks to draw closer connections between the macropolitical sphere and personal life” (1987: 299). De acuerdo con Bartky, la batalla se centra en abandonar y hacer abandonar principios del modelo hegemónico que son parte integral de las injusticias y desigualdades y que victimizan a mujeres y hombres, provocando un daño, que, si bien no es igual, puede entenderse, “[t]he pain inflicted by masculinity is an ‘entirely comprehensible motive for their active support of the women’s movement’” (1990: xii),

porque representa la sumisión y la opresión. Su origen, prosigue Bartky, no son los avances feministas sino “the tightly wound ‘connection between masculinity and pain’ [...] dates back to the early modern period and is linked inextricably to the development of capitalism” (1990: 315; 320)—según se ha resaltado con anterioridad.

El activismo feminista de los hombres se ha centrado fundamentalmente en combatir la violencia como forma de relación entre hombres y mujeres, pero también como expresión de masculinidad en cuanto a su uso y significado. El trabajo para encontrar sustitutos, “The most dynamic component of the U.S. men’s movement is its antiviolence wing. Dozens of men’s groups are working with men who batter, rape, and commit other violent acts” (Brod 1987b: 269), se inicia, en opinión de Brod y Kaufman, con el conocimiento de las rutinas diarias, “the objects of analysis are our own lives as men” (1994: 3), para, poco a poco, ir pasando, subraya Segal, del terreno personal al social y al político: “beneath and beyond the possibilities for personal change lies the whole web of interconnecting social, economic and political practices, public policies, welfare resources and understandings of sexuality which actually confer power upon men” (1990: 294). Conscientes de que los hechos valen más que las palabras, actuar pasa a ser una prioridad y esa voluntad tiene su reflejo en la existencia de más de 100 grupos, que, de manera individual, en conjuntos locales como EMERGENCE en Boston, RAVEN en ST. Louis, AMEND en Denver, Men Overcoming Violence (MOVE) en San Francisco, Men Stopping Violence en Atlanta, Men’s Resource Centre en Massachusetts o Men Can Stop Rape en Washington, D.C., y, a nivel nacional, con organizaciones como Men Against Rape y Men’s Alternatives to Violence, movilizan a miles de voluntarios que llevan a cabo una labor educativa de prevención de violencia doméstica y agresión sexual y trabajan mano a mano con maltratadores.

Por proximidad geográfica, pero, de forma más específica, por compartir la misma problemática, en Canadá los grupos profeministas lideran el movimiento, de manera que nombres como White Ribbon Campaign (WRC)—apadrinado por Michael Kaufman—han traspasado sus fronteras. Constituida en 1991 y considerada la asociación de hombres contra la violencia más grande del mundo, recuerda del 25 de noviembre al 6 de diciembre la muerte el año anterior de 14 mujeres estudiantes de ingeniería en un instituto técnico de Quebec, en lo que se conoce como la masacre de Montreal, e invita a los hombres a ponerse una cinta blanca para protestar contra dicha

lacría social, cuya cruda realidad pone de manifiesto la resistencia masculina a aceptar la participación femenina en algunos sectores. Su éxito hizo que en solo seis semanas más de 100.000 hombres lucieran el lazo blanco en señal de rechazo, “a symbol of a personal pledge never to commit, condone, nor remain silent about violence against women” (White Ribbon 2003: *en línea*), un gesto que se ha expandido por 35 países de los cinco continentes, aumentando las cifras que en Canadá fueron de 250.000 en 2001 y 180.000 en 2002. Otras iniciativas aprovechan días como el del padre o San Valentín para promover el compromiso y las relaciones basadas en el cariño u organizar talleres en escuelas, centros de trabajo y comunidades contra la violencia en todas sus formas.

Programas como el Mentors in Violence Prevention (MVP) se han extendido por otros países con el objetivo de educar a los hombres para evitar que vinculen socialización con agresividad y para fomentar el rechazo a la violencia—culturalmente asociada a la masculinidad—a través de actividades rutinarias como el deporte. Exigen, asimismo, tolerancia cero por parte de testigos de episodios violentos. El Canadian Men’s Network for Change, por su parte, se ocupa de la violencia y, además, de la discriminación—sea sexista, racista u homofóbica, denunciando el aislamiento, la alienación y la brutalización del hombre, a quien ofrecen un espacio donde mostrar su apoyo a la liberación de la mujer. El movimiento tuvo especial acogida en Kingston donde las contribuciones económicas a los servicios de emergencia y a los centros de mujeres y la labor de concienciación en colegios e institutos fueron mayores. Por último, el Montreal Men Against Sexism es más radical en sus planteamientos feministas, al identificar masculinidad y violencia y reclamar reformas legales que mejoren las condiciones de custodia, solicitando que el acceso de los hombres separados a sus hijos ni perjudique a las madres ni se permita durante la tramitación del divorcio en caso de padres maltratadores. Las medidas incluyen, a mayores, la prohibición expresa de la publicación de los nombres de las víctimas de actos de violencia. Además de facilitar la difusión del feminismo, se oponen a la publicidad sexista, y se ocupan del cuidado de los niños en las reuniones de mujeres. Su radicalismo les lleva a autofinanciarse. Es más, no aceptan subvenciones estatales, hasta el punto de que son contrarios a los programas para reeducar a los violadores, los violentos y los pedófilos por considerarlo una pérdida de tiempo y de dinero (Dufresne, 1996). En esa misma línea cabe apuntar también que han presionado al gobierno de Quebec para que en vez

de estas ayudas, dedique todos sus esfuerzos en beneficio de las verdaderas víctimas: las mujeres (Montreal Men Against Sexism Brief, 1993). En el proceso se han enfrentado a grupos como el White Ribbon por victimizar al hombre, excusando su comportamiento y propiciando que se perpetúe al no reivindicar cambios políticos.

De la importancia de cambiar, como proclamaba el Men's Resource Centre en noviembre de 1999, "We call on all men to reject the masculine culture of violence and to work with us to create a culture of connection, of cooperation and of safety for women, for men and for children" (en Kimmel, Hearn y Connell 2004: 460), dialogaron 560 expertos de 46 países de junio a octubre de 2002, un evento organizado por el International Research and Training Institute for the Advancement of Women (INSTRAW) de las Naciones Unidas en el Virtual Seminar Series on Men's Roles and Responsibilities in Ending Gender-Based Violence. Por su parte, el Family Violence Prevention Fund estadounidense financió un evento similar en modalidad *online* de mayo a julio de 2003: el "Building Partnerships to End Men's Violence" (Kimmel, Hearn y Connell 2004: 460). Son, pues, numerosos los grupos que desde los años setenta comienzan a desarrollar una labor social. Alan E. Gross, Ronald Smith y Barbara Strudler Wallston (1983) datan en el año 1973 las primeras reuniones regionales, en las que, a través de varias redes y métodos de organización, los asistentes reclutaban a hombres unidos por el rechazo a la construcción ideológica en torno a la masculinidad. Estos mismos autores citan una encuesta entre el 13% de los participantes en el congreso nacional "Men and Masculinity" de 1979, confirmando tanto la información sobre el origen de sus intereses, "that 87% of the respondents had participated in small men's support groups and that 64% indicated that they participated for both personal and political reasons", como su perfil: "The typical participant in the men's movements is a youngish, college educated, middle class, straight, white male who is sympathetic to feminist demands to eliminate male dominance" (Gross, Smith y Wallston 1983: 75-76).

Con esa y otras finalidades en el horizonte, organizaciones como la National Organization for Changing Men (NOCM) llevan a cabo, destaca Brod, una tarea significativa, "the National Organization for Changing Men has a Men's Studies Task Group that has been instrumental in organizing men's studies activities since 1983" (1987b: 266), que, por medio de sus más de mil académicos y voluntarios, extiende su

influencia de la academia a la calle. Su campo de acción empieza a pequeña escala con reuniones locales y grupos regionales hasta alcanzar el nivel nacional, y un congreso anual en que, además de actualizar el archivo de los movimientos profeministas, los grupos de trabajo, identificados por la problemática dominante (Men and Aging, Battering and Domestic Violence, Consciousness Raising, Equal Rights Amendment, Fathering, Gay Rights, Homophobia, Men's Health Issues, Male-Female Relationships, Men and the Military Experience, Pornography, Rape and Sexual Violence, Reproductive Rights, Work and Job Satisfaction, Men's Culture, Sports and Men, Racism and Sex Roles, Media Images of Men, Sexual Harassment y Men's Studies), presentan sus novedades. Al igual que otras muchas asociaciones, su fundación y su ideario, descrito por Shiffman como "profeminist, gay affirmative, and male supportive" (1987: 297), no se pueden separar de la reacción que siguió a la formación del National Congress for Men, una organización antifeminista que impulsó los movimientos de los llamados "*men's rights*".

Prácticamente la misma dinámica serviría para describir el funcionamiento de las numerosas asociaciones que luchan por acabar con la violencia de género en territorio estadounidense, pero sería bueno resaltar que la organización con mayor presencia ha sido NOMAS, cuyo líder, "Kimmel leads in the USA the National Organization for Men Against Sexism (NOMAS)" (Armengol Carrera 2006: 316), ejemplifica la batalla que durante años se ha librado en los congresos anuales bajo el título de "Men and Masculinity". Desde el primer encuentro, celebrado en Tennessee en 1975, sus miembros defendieron un programa que, además de los puntos en común con el resto de organizaciones citadas, Schwalbe define de esta manera:

The profeminist branch of the men's movement, as represented by the National Organization for Men Against Sexism (NOMAS), is explicitly gay affirmative, seeing homophobia as linked to male supremacy and the perpetuation of sexism. NOMAS also sees the affirmation of gay relationships as linked to its goal of enhancing men's lives (1996: 201).

No hace falta decir que los sectores de la sociedad que mejor acogen el mensaje son aquellos más desahogados, "least affected by threats to their own social status as professional men" (Segal 1990: xxvii), que incluyen lo que Barbara Ehrenreich identifica como la novedad en los años ochenta: "Prototypical new males: from 25 to 40 years old, single, affluent and living in a city. There are 7.5 million men living alone

(twice as many as there were in 1970)” (1984: 37). La denuncia de los casos de violencia, la educación brindada a los hombres y el apoyo ofrecido a las reivindicaciones de los colectivos de mujeres no ha sido suficiente para que el movimiento, en general, y algunos grupos, en particular, eviten la crítica por parte de feministas que les acusan, mayormente, de falta de conciencia política. Y es que, bajo la apariencia de contar con programas de educación y financiación y con centros para mujeres maltratadas, no pretenden, en realidad, incentivar un cambio social a través de las demandas políticas sino ser solo una versión modernizada de los antiguos espacios homosociales, como los clubs de hombres (Motherson, 1979). Hay que apuntar en ese sentido que la mayoría no considera la violencia un problema de todos los hombres, tal y como denuncia Julia Wood: “WRC errs in assuming that violence is a problem only for a few men”, ya que, en su opinión, se trata de algo inherente a la masculinidad, “Violence is an essential component of normative masculinity” (2010: 89).

Tampoco han contado con el apoyo incondicional de las mujeres debido a los residuos de privilegios patriarcales que aún se detectan. Así, por ejemplo, la excesiva atención mediática que se le presta a su promoción, que, con Spark diremos que parece, en algunos casos, la motivación principal que guía su actividad: “they do so when they can claim media credit” (1997: *en línea*). De igual modo, no gusta la exagerada alabanza, en especial por parte de mujeres, y los fondos y ayudas públicas que consiguen, muchas veces por encima de lo asignado a los grupos feministas, y a los que no siempre destinan toda la ayuda. Tal es el caso de White Ribbon Campaign: “they provided Toronto’s women’s services with only two thousand of the hundreds of thousands of dollars they raised” (Spark 1997: *en línea*). Las sospechas sobre su interés real han aumentado debido a que excluyen a las mujeres de las reuniones, cuentan con una elevada participación homosexual—no responsable de la violencia—y por la escasa cantidad de asociados. En el caso del Montreal Men Against Sexism “eighty or so men have passed through their movement” (Spark 1997: *en línea*), a los que, como apunta de nuevo Spark, también se les puso en entredicho por el reducido número de ataques recibidos: “only one death threat in seventeen years only one death threat in seventeen years” (1997: *en línea*).

3.3.2. La revolución de Reagan: su persona, sus políticas y su modelo de cultura oficial

El movimiento de hombres profeministas tuvo que defenderse, desde su inicio, de los ataques de los sectores conservadores, igual que habían tenido que hacerlo los colectivos feministas en todas y cada una de sus reivindicaciones. En una época en que la lengua española consiguió internacionalizar una de sus palabras, “One of the most pejorative American slang terms to emerge in the 1980s was ‘macho’; used to describe men prone to combative posturing, relentless sexual conquest, and other compulsive displays of masculinity” (Coltrane 1997: 84), la recuperación de todo el contenido ideológico que conlleva dicho término trató de poner freno a los esfuerzos de los grupos feministas y profeministas por cambiar el estado de las relaciones de género en el sistema capitalista patriarcal.

Los Estados Unidos asistirán a la escisión en dos del país, según la alineación pro o anti feminismo, cuya militancia derivó en la creación de movimientos integrados por hombres que, junto con los ya estudiados, quisieron restablecer el estado de ánimo de unos individuos incapaces de salir por sí mismos. A la novedad en la forma militante y beligerante que la eterna batalla de los sexos tuvo a nivel nacional, hay que añadir el matiz cultural y simbólico que adquirió la masculinidad hegemónica—enarbolada por los grupos tradicionalistas. El rescate de la ética y la estética del “macho” por parte de quienes ostentan el poder, desde el presidente Reagan hasta el New Right y algunos de sus más exaltadas facciones, como los Patriots o los grupos de hombres que se analizarán a continuación, tendrá, como argumenta Savran, en el entusiasmo por los mitos y en la exploración de sus poderes en la ficción una de las vías más exitosas para luchar por la masculinidad hegemónica y por sus resonancias, en la explosiva mezcla ideológica de realidad y fantasía:

This is the new masculinity that takes Sylvester Stallone’s John J. Rambo as its preferred icon and whose bible is Robert Bly’s best-selling guidebook on how to become a real man, *Iron John* [...]. Moreover, this masculinity is not solely the property of fictional characters. As embodied by Timothy McVeigh and Patrick Buchanan, it is an identity to which partisans of the Patriot movement aspire (1998: 163).

Con el objetivo de entender mejor este “*new cultural fantasmatic*” (Savran 1998: 163)—el estilo dominante de masculinidad en la década de los ochenta—hay que recuperar la figura de Ronald Reagan y su obsesión por levantar el deprimido ánimo de los estadounidenses desde Vietnam y la crisis del petróleo, tal y como ya apuntamos en el capítulo precedente de esta Tesis Doctoral. Y es que no solo encarnó personalmente el máximo exponente del modelo que se ansiaba restablecer, sino que propició la expansión del ideal a toda la nación con su defensa de la ideología hegemónica a través de la política y la cultura oficial. Hay que decir, además, que la necesidad de un hombre fuerte para salir de la depresión, “Whether one attributes the national trauma of the mid-to late 1970s to the failure in Vietnam or to an impasse of American capitalism, or to both, one thing is clear: disillusionment, mistrust, and guilt came to constitute the dominant disposition in a nation whose days of unparalleled prosperity and unlimited growth were numbered” (Savran 1998: 192), se hizo patente en la victoria de Reagan.

Reagan, en efecto, supo canalizar la fuerza y el entusiasmo conservadores que la llamada “*Moral Majority*” del telepredicador baptista Jerry Falwell venía obteniendo desde finales de los años setenta. A ello hay que sumar que aprovechó el cambio del peso demográfico electoral a favor de los estados del sur y del oeste (*Sunbelt*, Cinturón del sol), tradicionalmente más conservadores, con respecto a los estados del este y el norte (*Frostbelt*, Cinturón de la escarcha), debido a su mayor índice de natalidad y por significativos movimientos migratorios en busca de trabajo y retiro, pasando de representar en 1970 el 48% de la población total al 52% en 1980, y el 55% en 1990. Dando, por otra parte, un nuevo matiz a la palabra “mayoría” por ser elegido por el 27 % del total de personas con derecho al voto la primera vez y por el 29% en la reelección—un hecho motivado, eso sí, por el bajo porcentaje de participación y el escaso margen sobre la candidatura de Carter—Reagan gobernó, y por primera vez en la historia de los Estados Unidos, se produjo, señala Brod, una evidente división entre hombres y mujeres a la hora de votar en 1980: “Closer analysis of voting patterns reveals that men have shifted to the right [...]. Men showed a significant shift to Reagan” (1987b: 267; 268).

El *gender gap* que le procuró, además, el control del Senado—en manos de los Demócratas desde 1952—explica el éxito del binomio ideal de masculinidad y política. Dicha combinación aseguraba la hegemonía para quienes no creían en la lucha de

clases, solo en la individualista, y confiaban la recuperación del prestigio norteamericano a la vuelta al orden y a las victorias en política internacional. Era un programa de “machos para machos” que aprovechó la retórica de la decadencia interior y el peligro exterior para detener el tiempo y borrar las huellas del avance social conseguido desde la Segunda Guerra Mundial. El presidente se esforzó, según argumenta Jeffords, por acercarse lo más posible a un héroe de Hollywood en quien se pudiera creer a ciegas: “Ronald Reagan became one of these sites of “national fantasy” in his ability to combine for many Americans the national and the individual, the public and the personal, the global and the local” (1994: 12)—añadiendo a su persona el valor del mito, que satisface los deseos humanos porque recrea la realidad a su conveniencia. A este respecto, cabe señalar que la versión momificada del modelo tradicional de hombre de mediados del siglo XX fue, sin duda, su mejor papel. Con él intentó salvar al hombre internamente dividido, masoquista e infeliz de los años sesenta y setenta, que se había visto desbordado por la temida feminización y frente a la que el principal objetivo de las presidencias de Reagan fue lo que Susan Jeffords denomina “*remasculinization of America*” (1989). El proceso implicaba retomar el modelo hegemónico en su propia persona, en su política y en la cultura oficial de la década e invitar a reencontrar el camino perdido: “As the president in the resurgently masculinist 1980s, former actor Ronald Reagan would promise one last swing in the saddle for the Western cowboy hero as president—and most Americans went happily along for the ride” (Kimmel 1996: 179).

En lo personal, su llegada al poder representa la vuelta de una generación que no es que estuviera anclada en el pasado, sino que formaba parte de él. Reagan nació en 1911, así que por biografía pertenecía a quienes habían disfrutado del espíritu triunfalista postbélico, y para él, trece años mayor que su antecesor, Jimmy Carter, e incluso mayor que el precursor de la modernización política, J. F. Kennedy, nacido en 1917, sus mandatos no debían ser sino el renacer de la América en la que había crecido, identificada maternalmente de esta manera: “I have heard more than one psychiatrist say that we imbibe our ideals from our mother’s milk. Then, I must say, my breast feeding was the home of the brave baby and the free bosom” (Reagan y Hubler 1965: 3). Lo que para el presidente no suponía un viaje en el tiempo sino una continuidad de su proyecto

de vida, significaba el regreso al modelo de hombre, de sociedad y de vida, que la modernidad había destrozado—en términos de presidentes—desde Nixon hasta Carter.

Para recobrar el bienestar conservador, Reagan recurre al patriarcado y apela a la figura paterna que su nación había echado de menos, ejerciendo una función que los presidentes del país han tenido en cuenta, en especial en momentos críticos. Lógico o casual, el atentado del 30 de marzo de 1981 en el que un perturbado mental llamado Hinckley disparó contra él en un intento desesperado de convencer a la actriz Jodie Foster de su hombría y, por tanto, ser merecedor de su amor, no hace mas que acentuar el papel del presidente como padre de la nación, en este imposible triángulo edípico. Su milagrosa salvación, tras preguntar a sus cirujanos si todos eran Republicanos y bromeando con Nancy, “Honey, I forgot to duck” (Dallek 1999 [1984]: xiv), resaltó no ya su masculinidad heroica sino su naturaleza divina y el sacrificio por sus compatriotas, o, al menos, sirvió para hacer hincapié en algo sobrenatural—como enseguida se verá.

Su rol de *pater familias* es singularmente significativo en un país donde todavía en ambientes conservadores se habla de ello como un problema. Por ejemplo, David Blankenhorn en *Fatherless America: Confronting Our Most Urgent Social Problem* (1995) critica a los padres contemporáneos que se comportan como madres y están condenados al fracaso por no apoyar el modelo patriarcal—idea que comparten algunas mujeres como Phyllis Schlafly. De modo más general, ya se ha apuntado que la crisis de masculinidad tiene entre sus motivos principales la desaparición de la figura paterna, pues los jóvenes—desde que las mujeres habían postergado a sus maridos a un lugar secundario—no tienen una referencia que les introduzca en el mundo adulto de los hombres. Esta falta de conexión entre generaciones, con nombres del tipo “*the Wound*” (J. Lee, 1991) o “*Father Hunger*” (Bly, 1991), ha sido objeto de estudio en cuanto que su impacto queda de por vida en el interior de quien no consigue curarla o satisfacerla. En la mitología New Age de la época incluso se le otorga protagonismo en obras como *E.T.* (1982), *Close Encounters of the Third Kind* (1977) y *Star Wars* (1977), continuando el tratamiento que Hollywood había iniciado de manera explícita con *Rebel Without a Cause* (Ray, 1955). Kimmel reconoce en ese papel la exitosa fórmula de los mandatos de Reagan, “This successful blend of patriarchy and paternalism—a father of fury and a father of compassion might be the key to Reagan’s popularity” (2012a: 238),

que dio nuevos tintes de divinidad a un personaje que encarnó a la perfección el modelo de paternidad que el país necesitaba en tiempos de inseguridad también por los desastres de Vietnam: “America [...] was castrated on the sexualized battlefield of Vietnam” (Bates 1996: 143).

Según las encuestas Gallup, fue el hombre más admirado en los Estados Unidos durante los ocho años que duró su presidencia (Jeffords 1994: 1) y Edmund Morris en su biografía oficial, *Dutch: A Memoir of Ronald Reagan* (1999), resalta como su principal misterio, su transparencia; esto es, el hecho de que sus conciudadanos creyeran en lo que veían y confiaran en lo que aparentaba, aunque su naturalidad bien pudiera haber sido un resto de su pasado en los grandes estudios—si nos atenemos a las palabras de su madre en su primera película: “That’s my boy. That’s my Dutch. That’s the way he is at home, he’s no Robert Taylor. He’s just himself” (Dallek 1999 [1984]: 10-11). Su capacidad para la interpretación le sirvió, por otra parte, para mostrar buena salud en público, cuando hoy se sabe que sufrió física y mentalmente un gran deterioro tras el atentado de 1981, y que pronto empezaron los síntomas de la enfermedad degenerativa que le llevó a la muerte en 2004. Nada de ello le impidió, sin embargo, interpretar a la perfección el sueño americano y convertirse en el hombre de los ochenta gracias a su recuperación de una masculinidad del pasado, “not to mention femininity—vide Nancy Reagan”, como afirman Carrigan, Connell y Lee (1987: 186).

Su particular regreso al futuro, como el éxito de Hollywood de 1985, volvió a popularizar los valores tradicionales de familia y religión, y, con ellos, un mundo, señala Savran, basado en la división clara de conceptos de antes de la guerra: “the postwar years bore witness to a return to conservative social and political values and to strictly enforced gender roles. McCarthyism aimed to police the body politic and the body sexual by demonizing and scapegoating alleged communists and homosexuals” (1998: 46). La vida en blanco y negro de los cincuenta debía volver a sustituir el gris que en los años sesenta y setenta había imposibilitado mantener las diferencias históricas que habían dividido a los americanos por su color, economía, ideología política, sexualidad, edad, lugar de nacimiento, grado de patriotismo y estado civil en estructuras binarias de blancos y negros, ricos y pobres, republicanos y demócratas, heterosexuales y homosexuales, hombres y niños, americanos e inmigrantes, patriotas y comunistas y casados y solteros, entre otros binarismos, sin admitir términos medios y

proporcionando felicidad, al menos al grupo hegemónico. La mirada nostálgica a esa década falseó el pasado, construyendo—sobre el sustrato de una estructura ideológica—un idealizado país a la vez que demonizaba la época de los hippies, el feminismo y el orgullo gay por desestabilizar el sistema, como Mary Caputi sostiene en su *A Kinder, Gentler America: Melancholia and the Mythical 1950s* de 2005. En él resume el discurso que las administraciones Reagan y Bush reivindicaron como modelo de identidad americana en la edénica imagen de “*prosperity, family, and fun*” (Caputi 2005: 2) fabricada a posteriori.

La retrospectiva conservadora, entendida como mejor receta para el porvenir, se hizo posible gracias a lo que Robert Dallek (1999 [1984]: viii), según se ha apuntado anteriormente, bautizó con el nombre de “política de símbolos” y a la compleja relación que estableció entre realidad y ficción, que él mismo representó en su persona/personaje. Respecto a dicho vínculo, en el que hizo prevalecer el prototipo de ideal de masculinidad, hay que decir, con Tarrant, que lo configuró como una mezcla de sus noticias y sus películas: “Standards of masculinity are a cultural ideal, not a reality. The images of ‘real men’ that public media show us do not correspond to the actual personalities of most men” (2013: 13). Ha de subrayarse además que el carácter sobrenatural de su personalidad, terminada de definir por las esperanzas que los ojos de sus conciudadanos necesitaban ver depositadas en él, se fundamentaba en erigirse en el héroe que el país anhelaba. Para ello acudió, sostiene Dallek, al repertorio del sueño americano, “His presidency has been a celebration of old values. [...] Autonomy, self-help, free enterprise, individualism, liberty, hard work, production, morality, religion, and patriotism” (1999 [1984]: 7), y—a pesar de no corresponderse con su realidad—“Anecdotes abound about his small capacity for work as president” (Dallek 1999 [1984]: 12), no dudó, prosigue Dallek, en transmitir sabiduría tradicional: “From his father Reagan learned that, ‘energy and hard work were the only ingredients needed for success’” (1999 [1984]: 4). El ejemplo ilustra hasta dónde la retórica y la fe de sus creyentes esculpieron un personaje a imagen y semejanza de la idea nacional.

En el transcurso de ese camino e impulsado por el tiempo que duró y por la popularidad que alcanzó su interpretación de un pasado noble, “Reagan is like a knight of the Age of Chivalry” (Dallek 1999 [1984]: 7), su papel devoró al actor y su parafernalia hegemónica no prescindió del mito más genuinamente americano,

desmintiendo al personaje de Jack Palance en *Monte Walsh* (Fraker, 1970) cuando dirigiéndose al de Lee Marvin le previene: “Nobody gets to be a cowboy forever” (Chet Rollins [Jack Palance] a Monte Walsh [Lee Marvin] en Loy 2004: 191). En su caso, su carrera política le dio lo que Hollywood le había arrebatado al amputarle las piernas en su mejor película *King’s Row* (1941). En la Casa Blanca encontró, en efecto, respuesta a la pregunta que le había concedido la posibilidad de firmar un contrato por un millón de dólares en siete años, “Where’s the rest of me?”, y llegó a ser un hombre completo, además con el apelativo de “the Country’s most obvious cowboy-president” (Kimmel 1987b: 247). Lo que no le había servido para pasar de ser un galán de segunda fila en una carrera que se prolongó de 1937 a 1964—el Errol Flynn de las películas de serie B—le bastó, en su opinión, para saber transmitir a través de masculinas alocuciones y actitudes posando a caballo o cortando leña en camisa de cuadros, una imagen que consolidara su poder más allá de sus medidas políticas. Fue así, propone Horrocks, como “Ronald Reagan [...] exploited his connections with Western iconography” (1995: 19), logrando ser el icono popular en que cualquier buen ciudadano quería verse reflejado.

Junto a la estética, el presidente, que ya desde su etapa de actor tenía claro, apunta Dallek, sus papeles, “It was extraordinarily important to Reagan that in most of his films he played the part of the successful hero” (1999 [1984]: 19), y solo en una de sus 53 películas interpretó el rol de villano, del que se arrepintió a lo largo de toda su vida, recreó en su mandato la más arquetípica trama del *western* clásico, “the story of the lone stranger who rides into a troubled town and cleans it up” (Wright en Baker 2006: 130). Así, en la mejor tradición de ese territorio, cuando la realidad no fue lo suficientemente atractiva, actuó en consecuencia: “This is the West, sir. When legend becomes fact, print the legend” (en Baker 2006: 132). La vuelta al espacio del Viejo Oeste—originario mito de la identidad norteamericana—demuestra, en opinión de Jeffords, hasta qué punto la administración Reagan trabajó con esmero para alcanzar el propósito principal de su dirigente: “restore national self-confidence to his countrymen” (1994: 3). El recurso a dicho universo constituye uno de los ejemplos más evidentes del abuso ideológico al que se somete a los mitos cuando se instrumentalizan.

Por un lado, el género que William S. Hart, uno de sus pioneros, asoció con “la esencia misma de nuestra vida nacional” (en Astre y Hoarau 1997: 22) es un relato

mítico de triunfo, éxito y gloria e identifica a los vaqueros como los primeros norteamericanos por su patriotismo—incorporado en el decálogo de Gene Autry, “a patriot (above all)” (en Cameron y Pye 1996: 33)—y por su individualismo, que Sergio Leone alababa: “un género universal porque habla del individualismo” (Leone en Clemente Fernández 2009: 194). Retomando su base épica de la leyenda artúrica, del estoicismo clásico del guerrero homérico y de las virtudes universales del mundo platónico, su inclusión en la mitología contemporánea—la que sustituye los relatos de reconocimiento por los de recuperación—lo aleja de la historia, si bien los críticos, entre ellos Kitses, enfatizan su carácter realista, “the western is American history” (1969: 8). Habría que interpretarlo, con Baker, desde la lectura menos inocente del mito, “‘myth’ [...] as an archetypal or symbolic narrative, informed by ideology” (2006: 126), donde por “ideología” Althusser entendía lo siguiente: “the imaginary relationship of individuals to their real conditions of existence” (2009 [1970]: 153).

El control que, por otro lado, ejerció en todo momento sobre la comunicación con sus electores, condujo a Reagan a restablecer una visión catártica de sus éxitos para reducir el contraste entre realidad y ficción a ojos de sus conciudadanos. Para Dyer, estos vieron en él una versión algo refinada de John Wayne, el vehículo que con mayor eficacia interpretó la polisemia de un físico: “John Wayne’s image draws together his bigness, his association with the West, his support for right-wing politics, his male independence of, yet courtliness towards, women—the elements are mutually reinforcing, legitimating a certain way of being a man in American society” (1999: 63-64). Tal modelo de hombre—como definición del héroe americano y que Greil Marcus aplica a John Wayne, “professional American, he wears the mantle of Manifest Destiny easily, happy to represent America to the world, to itself, to himself” (1995: 209)—simboliza los valores de los personajes a los que dio vida en la pantalla. De ellos destacan el sentido del honor, la osadía y la tenacidad, unas cualidades que, tal y como señala Thomas, se incorporan a su herramienta de trabajo, “the unyielding hardness and monumentality of Wayne’s body as bearer of moral absolutes” (1996: 76). Por último destacaremos el hecho de que su misión sagrada, dictada por mandato divino, coincide con la definición que Clint Eastwood otorga al género: “[...] alentar a los hombres para que intenten ser lo que siempre han querido ser, para que realicen aquello que les

interesa como individuos. Eso es el sueño americano” (en Clemente Fernández 2009: 279).

En lo político, consciente de lo que significaba recobrar la moral de su pueblo reintroduciendo la estética y la épica encarnadas por quien mejor las interpretó, “our number one tough guy, big-hearted, All-American Hollywood hero” (Westbrook 1990: 159), el presidente, además de mimetizarse con John Wayne, utilizando, por ejemplo, en la convención nacional republicana de 1984, clips de películas del oeste para comprobar la evolución de John Wayne, desde el demócrata Ringo Kid de *The Stagecoach* (Ford, 1939) al racista vengativo Ethan Edwards de *The Searchers* (Ford, 1956) para terminar en el fascista de los *The Green Berets* (Wayne, 1968), se fue acercando en su política, tanto la interna como la externa, a aquello que había atrapado a su público: “He had to have filled some need in his audience. [...] He stood for an America that people felt was disappearing or had disappeared—for a time ‘when men were men’” (en Silliman 2003: *en línea*). El recurso a los estereotipos masculinos le dieron el derecho al apelativo propuesto por John Orman “*the Quintessential macho president*” (1987: 18), cuyas características el propio Orman resume en siete cualidades “ejemplares”: “1. Competitive in politics and life 2. Sports-minded and athletic 3. Decisive, never wavering or uncertain 4. Unemotional, never revealing true emotions or feelings 5. Strong and aggressive, not weak or passive 6. Powerful 7. A ‘real man’, never ‘feminine’” (1987: 7-8). Estos siete puntos no interesan porque con ellos es posible identificar a Reagan con el código de masculinidad hegemónica analizado en el primer capítulo de este trabajo. A él, en concreto, le sirvieron, según afirma Dallek, para relanzar la propuesta inspirada en el protagonismo clásico, “The individual was, and should be the forever, the master of his destiny” (1999 [1984]: 26): la independencia, “his idealization of freedom, autonomy, and self-mastery and his antipathy toward, or belief in the need to overcome, totalitarianism, external control, and dependence on forces outside oneself” (Dallek 1999 [1984]: 14), y la violencia, “Boy, I saw Rambo last night... Now I know what to do the next time it happens” (en Jeffords 1994: 28), en respuesta a una crisis internacional con rehenes en Líbano en 1985.

Es complicado saber hasta qué punto se trata de un tema personal, donde su obsesión por no depender de nada ni de nadie era una reacción al alcoholismo de su padre, “out of unrecognized fears that he is like his father” (Dallek 1999 [1984]: 14), y

donde su conservadurismo se debía al matrimonio con Nancy, y si, en general, “politics has been a projective arena for personal feelings that are related only marginally to the external issues” (Dallek 1999 [1984]: 13), o tiene que ver, por el contrario, con la masculinización de la política estadounidense. Sea como fuere lo que sí parece cierto es que es esta una característica inherente al contexto norteamericano. Desde sus orígenes con *Magnalia Christi* de Cotton Matter se unió el destino privilegiado del país a grandes nombres y personajes, y más tarde lo hizo Benjamin Franklin, que escribiría su propia autobiografía en tono didáctico como prototipo. La tendencia llega hasta nuestros días cuando hace unos años Bush afirmaba lo siguiente: “I don’t care what the international lawyers say, we are going to kick some ass” (Scott 2008: 180). En definitiva, puede argumentarse que la mayoría de los presidentes ha usado la masculinidad como arma política. De hecho, es posible ir más lejos y aventurar, como hace Nagel, que han reforzado así su papel de héroes nacionales sobre los que modelar una idea de patria: “Masculinity and nationalism articulate well with one another, and the modern form of Western masculinity emerged at about the same time and place as modern nationalism” (2004: 401).

En algunos casos, como ya se ha comentado, roza el grado de obsesión, y así lo propone el matrimonio Pleck: “Roosevelt, more than any other public figure of his time, helped make possible the renewed quest for masculine fulfillment. [...] He was successfully rescuing the American male from a threat of too much femininity” (Pleck y Pleck 1980: 316); y, en ciertas situaciones: “Since the end of Second World War, the cult of masculinity in American politics has remained a dominant theme” (Kimmel 1987b: 245). Cabe afirmar, por lo tanto, que Republicanos y Demócratas comparten el ideario de masculinidad, “for our Presidents and policymakers, being tough, or at least looking tough, has been a primary goal in and of itself” (en Pleck y Pleck 1980: 384). A la dureza se añaden otros rasgos definitorios, entre ellos, el carácter ganador, “a winner or a loser—a successful good guy, as he wished to see himself in real life” (Dallek 1999 [1984]: 19), y la competitividad, que, en el caso de Kennedy, es “*almost compulsive competitiveness*” (Fasteau 1975: 163).

Evidente reflejo de una sociedad arquetípicamente masculina, “Masculinity, then, is clearly connected with the ideological imperatives of the American nation-state” (Baker 2006: 66), parece entendible que el grupo que detenta el poder en los Estados

Unidos se autoproclame modélico dentro de la sociedad patriarcal, el sistema capitalista y la moral cristiana, que tienen como elemento común el conservadurismo y la consolidación del poder masculino; derivando, así, en lo que Baker considera absurdas asociaciones: “To fail in producing hegemonic masculinity is to open the floodgates to communism” (2006: 66). Sin llegar a tales extremos, el modelo del político hipermasculino se echó en falta en la figura de Jimmy Carter, que fue atacado por su falta de carácter y señalado por su actitud demasiado blanda, aunque, a la muerte de Wayne lo reconociera como “[...] a symbol of many of the most basic qualities that made America great. The ruggedness, the tough independence, the sense of personal conviction and courage—on and off the screen—reflected the best of our national character” (Carter 1980: 1032). Tanto su política exterior, con el conflicto en Irán o la intervención soviética en Afganistán, como el estancamiento y la recesión de la economía doméstica se explicaron por su identificación con un nuevo modelo de masculinidad, el imperante en los años setenta, que optaba por mostrarse más dialogante, razonable, respetuoso y expresivo, e incluso, sensible: el *new man* o *wimp*. Se puede afirmar, casi con total seguridad, que esto le privó de la reelección. Se trataba del primer caso desde Hoover en 1933, y suponía que su mandato pasase de ser descrito un poder compasivo en 1976 a sufrir insultos por su impotencia, respondiendo a “A virtual Great American Wimp Hunt repudiated the ‘new man’ of the 1970s” (Kimmel 1996: 292).

La década de los ochenta atestiguó un cambio de mentalidad con el resultado político, según señala Brod, de la vuelta al conservadurismo de mano dura y de la acentuación de su nexo con el modelo de masculinidad. No en vano ambas concepciones comparten la negativa a afrontar la realidad y la tendencia a refugiarse en una edad de oro:

Men are generally nostalgic for a past perceived as embodying a more stable and secure masculine identity. This nostalgia tends to act in immobilizing and conservative ways, leading men to be less responsive to contemporary demands, since they believe themselves to be justifiably defending a uniform continuous tradition against unique assaults on that tradition (1987b: 267-268).

No puede sorprender, por tanto, que Ronald Reagan personalizara la política y se presentara como ejemplo de masculinidad, hasta tal punto que Susan Jeffords llega a

asegurar lo siguiente: “Reaganism depended on the successful reproduction of certain images and definitions of masculinity” (1994: 156).

A los efectos en parte provocados por esa política, tratados en el capítulo dos, entre los que destaca la práctica desintegración del estado como garante del bienestar—una situación que condujo a la polarización económica y social y al crecimiento del individualismo como fuente de bienestar nacional—habría que añadir ahora la implantación del patrón de hipermasculinidad. La medida pretendía, sin duda, combatir el peligro de la feminización; en este caso, no solo amenaza individual sino, sobre todo, nacional. En concreto, se buscaba, según argumenta Kimmel, favorecer a quienes rompieron esa dinámica de progresiva fragilidad personal y vulnerabilidad colectiva a las que los Estados Unidos y sus hombres parecían abocados, proponiendo un modelo que llevara al extremo los valores clásicos sobre los géneros y que derivara en la moderadora tipología de hipermasculinidad y ultrafeminidad: “The law of the excluded middle [...] women act like women, no matter where they are, and men act like men, no matter where they are” (2007: 11).

El conservadurismo social y moral de la América de Reagan, asociado a las crisis económicas y políticas del sistema, empuja al hombre a romper con la realidad, refugiándose en ideales tradicionales por medio de los cuales volver a sentirse independiente, fuerte y seguro de sí mismo. En relación con dicha tendencia, resulta significativo que las repercusiones adoptan tintes irónicos en tanto que excluyen la posibilidad de reconocer que precisamente es la exagerada presión por identificar el prototipo de masculinidad con la identidad normativa nacional la causa principal de la traumática situación. La crisis del hombre impuso el modelo hegemónico sobre otras formas de ser hombre u hombres de otras formas y provocó un aumento del poder político y económico de la clase media blanca, pero un descenso en el número de los hombres que ocupaban tales posiciones. Causó, además, la inseguridad generalizada por el acceso al poder, que no repercute en todos los sujetos de la misma manera y en la misma medida; y, en consecuencia, se produjo, concluye Kaufman, lo siguiente: “a strange combination of power and privilege, pain and powerlessness” (1999: 75). Este escenario conduce a comportamientos agresivos, que, bajo una forma de defensa de un bien común, esconden el ataque conservador a todo lo que signifique cambio u obligue

a un reajuste en la sociedad con demostraciones públicas y privadas donde raza, clase y sexualidad interactúan en un complejo sistema de opresión social.

Diremos, con Hare-Mustin, que el efecto más inmediato fue que la guerra de los sexos pasó por una de sus más atroces fases, debido, por un lado, a la relevancia que los movimientos feministas iban conquistando y, por otro, al apoyo y la popularidad del epítome de la ideología dominante: “the Reagan era of the 1980s promoted a conservative, pro-family ideology that saw women defined by their crucial role in the family, and this at a time when competing discourses centered on women’s independence and choice” (2013 [1997]: 557). En momentos en que se consideraba que la crisis de la masculinidad había adquirido proporciones alarmantes, y la necesidad de mostrar y marcar las diferencias genéricas para afianzar la fuerza de la masculinidad se manifiesta a través de todos los medios, desde los más “políticamente correctos” e incluso “evangélicamente” aplaudidos por los cristianos evangélicos, ese grupo de 40 millones de personas conservador y favorable a Reagan, hasta otros que no lo fueron tanto, por los ataques en general: “During the Reagan years, as antifeminist lobbying became more and more acceptable, attacks on women and feminism became an increasingly conspicuous part of male activism” (Savran 1998: 173); y por los más específicos, que pretendieron detener el tiempo atacando las dos victorias que los movimientos de mujeres habían conseguido: el ERA (Equal Right Amendment) y el derecho al aborto.

El intervencionismo gubernamental, en este caso, no parece que implicara atender contra el individualismo: en el manipulador discurso oficial, que a veces apelaba a lo colectivo, quebrantando la libertad de las mujeres, o en el ejemplo de la política exterior; y, otras, eran el individualismo y la ley de la oferta y la demanda los que debían regular el libre mercado, lo que califica las políticas de Reagan como esencialmente pragmáticas. En ocasiones, ni siquiera está clara la utilidad que hizo priorizar el absurdo programa “Strategic Defense Initiative” frente al bienestar de su pueblo, “The entrenchment of poverty and inequality in the world’s richest nation has occurred precisely to enable the US to spend ever-greater sums on ‘defence’ and to conduct aggressive interventions in Central America, the Caribbean, and the Middle East” (Segal 1990: 270-271)—si no es atendiendo a la ya citada “remasculinización de América” (Jeffords, 1989). Se trataba de un proyecto reaccionario y revisionista de la

historia a través de prácticas institucionales cuyo objetivo último era regenerar al hombre fracturado en Vietnam, “the soldier was now also coming to be perceived as a failed man” (Kimmel 2006: 174), teniendo en cuenta la idea de que el desastre nacional fue también achacado a los ataques procomunistas contra el modelo familiar y el bienestar social.

La insistencia en el nacionalismo exaltado, en consonancia con la doctrina Truman, está vinculada a una forma de entender las relaciones internacionales que también está marcada por una masculinidad compulsiva, que hace al hombre prisionero y se enfrenta al mal con la agonista voluntad de defender su honor y vencer al enemigo o morir con las botas puestas. Si bien contribuyó de manera decisiva a poner fin a la Guerra Fría, reforzando, señala Jeffords, su retórica de dureza patriótica, “Ronald Reagan stands then as an image of popular culture and as an emblem of American national identity” (1994: 6), rozó a la vez el ridículo en acciones de guerra como Granada o Panamá, que, como ya se ha mencionado, pretendieron robustecer la maltrecha imagen nacional en el mundo. A tal efecto, se extrapoló la ideología hegemónica, pero, en realidad, se consiguió, como afirma Kaufman, que el daño se expandiera: “Masculinity is a collective hallucination” (1993: 32).

La facilidad que mostró Reagan para recrear el universo de Hollywood en sus intervenciones en el exterior impulsó en mayor medida este estado de irrealidad, puesto que dejó de ser una influencia, “Ronald Reagan’s speeches, negotiations and policies were often shaped by Hollywood” (Jeffords 1994: 4), para pasar a ser un referente concreto de sus propuestas políticas. La misma persona que no acababa de estar convencida con su profesión de actor “only half a man [...] a semi-automaton ‘creating a character another had written’” (Dallek 1999 [1984]: 11), utilizó en un discurso sobre el conflicto con Irán partes del texto de *The Searchers* (Ford, 1956). El hecho sorprendió no porque tuviera muy presente el universo del oeste ni porque se acordara de una película que en 2008 sería declarada mejor *western* de toda la historia por el American Film Institute, sino porque suponía citar las palabras de Ethan Edwards—incapaz de saciar su sed de venganza y epítome del maníaco genocida, que serviría de antecedente al psicópata Travis de *Taxi Driver* (Scorsese, 1976) en su labor de limpieza del mundo. Aunque, en cualquier caso, la verdad puede residir en el testimonio de su jefe de campaña, John P. Sears, quien atestigua la falta de iniciativa que caracterizaba a

Reagan: “[...] like a performer waiting for a writer to feed him his lines and for a director to show him how to say them, he waited for others to advise him what to do” (Dallek 1999 [1984]: 12).

La vida fuera de Monument Valley no era tan sencilla, por mucho que el presidente se esforzara por seguir la filosofía de los personajes de John Wayne: “He likes his whiskey hard [...]. His women soft [...]. And his west all to himself” (McLaglen, 1963). El nuevo día que anunciaba no llegó, las tinieblas no desaparecieron y su empeño en fomentar el sueño americano, que en pantalla y al ritmo del “You can have it all” de *Flashdance* (Lyne, 1983) o embutido en la patriótica ropa interior azul y roja del *Superman* (Donner, 1978), funcionó a la perfección, no obtuvo los mismos resultados en el momento específico en que su negativa a mirar a la realidad a los ojos o “More disquieting than Reagan’s performance or prospects on any specific issue is a growing suspicion that the president has only a passing acquaintance with some of the most important decisions of his administration” (*The Washington Post* en Dallek 1999 [1984]: 12) dieron lugar a una situación que Moyers y Bly describen como alarmante: “the whole presidency in denial, and the result is we’ve got all the homeless sleeping on the vents, we’ve got what—a \$ 3 trillion deficit [...] that doesn’t speak well for our future” (1990: 6).

Es importante destacar que su política de simbolismo y de gestos impulsó una de las mejores armas ideológicas: los medios de comunicación, cuyo valor político se disparó en cada uno de sus productos. Consciente, como no podía ser menos tras casi 30 años en Hollywood de que “the right picture can win or lose a war”, según sostiene Clint Eastwood (2006), Reagan promociona lo más parecido a una cultura oficial basada en la repetición nazi de imágenes y contenidos. Por chocante que parezca, teniendo en cuenta su conservadurismo y su constante mirada hacia el pasado, el presidente recurrió a todo el peso de las nuevas tecnologías y del séptimo arte para defender sus medidas políticas en otra de las paradojas provocadas, argumenta Dallek, por su pragmatismo: “Reagan speaks for old values in current accents [...] he is a contradiction in terms—a hero of the consumer culture preaching the protestant ethic” (1999 [1984]: 3). Su recuperación de los valores tradicionales no impidió, pues, que llegara a ser un héroe de la sociedad de consumo. Es más, atendiendo a la explotación de su imagen y su puesta en escena, con las que alcanzó un grado de apoyo popular aún hoy no superados, Dallek

se refiere a él en los siguientes términos: “America’s first television president” (1999 [1984]: 12). Además, la necesidad de reactivar la economía le llevó a potenciar la sociedad consumista si bien las comodidades iban en contra de su mentalidad protestante y la capacidad de sacrificio o la fuerza de voluntad eran los motores de sus actos. Tampoco dudó a la hora de emplear los medios de comunicación y llevar a cabo campañas de mercadotecnia para su política. En ese sentido, Rosalyn Pollack Petchesky recuerda como en pleno debate sobre el derecho al aborto a mediados de los años ochenta, tras la decisión de la Corte Suprema de confirmar por dos veces el derecho de la mujer a elegir y con el Congreso incapaz de decantarse, influyó en la opinión pública, trasladando la batalla contra el aborto a los medios:

Beginning with the 1984 presidential campaign, the neoconservative Reagan administration and the Christian Right accelerated their use of television and video imagery to capture political discourse- and power. Along with a new series of “Ron and Nancy” commercials, the Reverend Pat Robertson’s “700 Club” (a kind of right-wing talk show), and a resurgence of Good versus Evil kiddie cartoons, American television and video viewers were bombarded with the newest “profile” propaganda piece, *The Silent Scream*. *The Silent Scream* marked a dramatic shift in the contest over abortion imagery (1996 [1987]: 362).

De ahí que no puedan sorprender las palabras de Robert Dallek al definirlo de esta manera: “a mix of traditionalist and calculating political operator or shrewd manipulator” (1999 [1984]: xvi).

Además de todo esto, Reagan es responsable de un fenómeno que no se daba con tanta claridad desde la edad dorada del cine norteamericano, y es que cine y política, o, dicho de otro modo, Hollywood y Washington, tuvieran, como señala Vineberg, un mismo marcado objetivo: “In the Reagan era every movie, whatever its genre, was supposed to be a feel-good movie, a logical extension of Reagan’s invocation to the American people to stand tall and feel great about our country” (1993: 9-10). No es casual, pues, que los críticos Gerald Mast y Bruce Kavin titulen el capítulo de su historia del cine dedicado a esta década “The Return of the Myths” (1996: 547), y describan sus producciones de la siguiente forma:

The new films self-consciously defined movies as both the repository for cultural myths and the contemporary medium for their dissemination. They saw the movies as myth machines. The new films viewed these myths and mysteries not with the jaded eye of adulthood but with the

hope and wonder of childhood; they set out to recapture or invent a kind of innocence (1996: 547).

Reagan, producto él mismo de esa maquinaria de sueños cuya principal función Christian Metz aclara diciendo que “fiction film enters into a functional competition with the daydream” (1982: 135), insistió en enajenar al ciudadano del contexto, apelando, para ello, a algo que, de acuerdo con Cohan y Hark, es propio de Hollywood: “American movies have always served as one of the primary sites through which the culture [...] has also exposed its working as a mythology” (1993: 3). El acercamiento mitológico prescinde del criterio de verdad o mentira fáctica, puesto que busca darle, como ya estableció Barthes, un sentido a la realidad más allá de lo particular con la intención de llegar a un conocimiento superior: “Myth does not deny things, on the contrary its function is to talk about them; simply it purifies them, it makes them innocent, it gives them a natural and eternal justification, it gives them a clarity which is not that of an explanation but of a statement of fact” (1972 [1957]: 143). En la medida en que el séptimo arte satisface nuestros deseos de un mundo mejor y lo hace, como afirma Stanley Cavell, “*automatically*” (1979: 39), su valor mítico reside, según señala Cavell, en su capacidad para obrar el milagro con relativa facilidad: “It means satisfying it without my having to do anything, satisfying it by wishing. In a word, magically [...] all the major arts arise in some way out of religion [...] movies arise out of magic; from below the world” (1979: 36).

Dicho origen pudiera explicar mejor la mirada infantil que inspira los títulos de los diferentes capítulos de *Star Wars*, *Superman* o de Indiana Jones, donde la identificación entre industria y público alcanza sus mayores cuotas, en cuanto todas ellas cumplían con las expectativas de la década, que junto con cualquier otra producción—con independencia del género al que se adscribiera—ofrecían, apunta Jeffords, un único contenido: “‘what audiences want to see’: spectacular narratives about characters who stand for individualism, liberty, militarism, and a mythic heroism” (1994: 16). El poder de la industria cultural, en expresión de Adorno, otorga un significado político a sus obras, en tanto que mitológico reflejo de las cualidades más populares y del mundo que Reagan representaba, en este caso: “The Reagan decade was a time when Americans began to return to the homespun values of an earlier time” (Vineberg 1993: 6). Los discursos socioculturales de estas épicas, en las que se optimiza

el componente narrativo, sirvieron para revalidar el orgullo nacional, al alimentar un universo de fantasía que propiciase el regreso del mundo onírico previo a las revoluciones de los años sesenta y setenta: “The Reagan eighties recalled the Eisenhower fifties, and nowhere was that comparison more strongly felt than in our movies, which seemed largely dedicated to the proposition of keeping the real world out” (Vineberg 1993: 113). Desde el gobierno se aportaron los medios humanos necesarios—técnicos y financieros—para que Hollywood fuera, en su aspecto, el mejor agente de prensa de su gabinete, naturalizando la forma y el fondo de las reformas que se estaban acometiendo; y, de esta manera, se hicieron desaparecer, dice Jeffords, las posibles oposiciones: “One of the reasons that Reagan was able to carry out these social, economic, and cultural changes was his link to one of the most pervasive and influential features of American culture, the Hollywood film industry” (1994: 3).

El presidente resucitó, como se ha visto, la estética y la ideología del *western*, en general, y de John Wayne, en particular, para ponerse, sostiene Jeffords, él mismo de ejemplo: “Ronald Reagan stands as an image of popular culture and as an emblem of American national identity” (1994: 6). Hizo así uso de una herramienta que ha estado presente durante todo el siglo XX, “Hollywood has always been the repository of our greatest fears, as well as the constant reflection of our preferred self-image of the moment” (Vineberg 1993: 130), aunque ha desempeñado un papel protagonista para diagnosticar motivos de identidad nacional en momentos de crisis y cambios a través de los géneros más populares. Tal es el caso del *western*, que ha funcionado de manera especular, recogiendo en imágenes el devenir de la nación.

Los esquemas mitológicos de las películas del oeste se han reproducido en otros géneros. Así, un número significativo de los nuevos superhéroes que van a poblar las producciones más exitosas se caracteriza por representar a un renovado Adán, civilizador y transformador de las lacras colectivas en ejemplos de ley y orden, o la épica de éxodos y fundaciones de paradigmas de democracia y libertad y, también, la violencia y la muerte como medio de purificación y precio a pagar por la misión de poner en marcha la génesis nacionalista del pueblo elegido. Los relatos basados en el principio de la victoria del bien sobre el mal indican un cambio en la sociedad que los produce y ofrecen lo que el público necesitaba. Sustituyen, además, al lúgubre y gris panorama que había retratado el cine de finales de los años sesenta y setenta, con un

punto de vista, en general, mucho más crítico con el sistema, *Easy Rider* (Hopper, 1969), unos planteamientos bastante más complejos, *The Deer Hunter* (Cimino, 1978), y una profunda carga de nihilismo, *Taxi Driver* (Scorsese, 1976). Tal situación afecta, en opinión de Kimmel, a unos personajes masculinos que se presentan más bien como antihéroes, “[By the mid-1970s] loneliness, emptiness—these became the dominant terms in the era’s cultural analyses of masculinity” (1996: 176), confirmando la visión pesimista que dominaba el país.

Valiéndonos de Mast y Kavin, podemos afirmar que la administración Reagan y los grandes estudios utilizan el poder de la iconografía cinematográfica y su valor para ilusionar al espectador con el fin de ayudar al norteamericano a liberarse de sus dudas y presiones y dejarse llevar por las diferentes recreaciones del sueño americano: “The new films self-consciously defined movies as both the repository for cultural myths and the contemporary medium for their dissemination” (1996: 547). No es ninguna casualidad, por tanto, que las películas de acción prevalecieran en las pantallas. Tampoco lo es el hecho de que constituyeran uno de los mayores pilares del ideario político republicano, “a conservatism associated with but not limited to the presidency of Ronald Reagan” (Mast y Kavin 1996: 549), a la hora de devolver el optimismo a la nación y mostrar el camino a seguir; esto es, la defensa a ultranza de la independencia individual y el uso de cualquier medio para alcanzar dicha libertad. No menos casual es, como denuncian los Estudios de masculinidad que tratan la explosión del género en la década de la crisis del modelo hegemónico, el protagonismo de determinado tipo de hombre: “the films that U.S. moviegoing audiences chose to see in large numbers during this period were largely and consistently concerned with portrayals of white male action heroes” (Jeffords 1994: 12). Las salas se llenan, en efecto, con el público que va a ver a los héroes de la testosterona: Steven Seagal, Sylvester Stallone, Jean-Claude Van Damme, Bruce Willis y, por supuesto, Arnold Schwarzenegger. Este elenco de actores reinstaura, como otras veces a lo largo de la historia del cine, la noción tradicional de hipermasculinidad para paliar los efectos de las amenazas que el hombre de entonces sentía.

En perfecto paralelismo con la exitosa carrera de su presidente, el país optó por el “*dream man*”, como lo define John Updike en *Rabbit at Rest* (1990: 62), y por su anestésico poder, consistente en ignorar la realidad y en hacer olvidar a sus compatriotas

el deterioro de la economía y de las condiciones de vida. Más concretamente, se busca recuperar el atractivo de las narraciones donde la naturaleza y naturalidad del héroe contribuyera a lidiar con los problemas, aunque solo fuera, como dice Connell, desconectando la acción física y directa, “the twentieth-century killer-heroes are cardboard cut-outs” (1987: 249), de la complejidad moral de la emoción. A tal fin se orienta al público masculino hacia las formas contemporáneas que constituyen el relevo moderno de otros mecanismos de ficción más tradicionales y cuyo objetivo último consiste en mantener la vigencia de los mitos, “Literature continues in society the tradition of myth-making” (Frye 1982: xxi), a través de sagas, baladas, poemas épicos o *westerns*. Desde Washington y Hollywood se promueve la alienante experiencia de la recreación de mitos ancestrales, “adventure has been the ritual of the religion of manliness [...]. Adventure experience was the sacramental ceremony of the cult of *manhood*” (Green 1984: 6), y se pretende paliar, tal y como sostiene Edwards, los efectos de la difícil situación: “the Rambo and Terminator films became metaphors for the symbolic resolution of wider social and political conflicts and crises” (2006: 127).

La equiparación de la crisis nacional a la crisis de la masculinidad así como la adopción de un enfoque conservador para superarlas explican buena parte de las celebradas explosiones de violencia para dirimir los conflictos de los planteamientos maniqueos que descongestionan la tensión y preocupación acumuladas entre quienes aplaudieron la “Rambomanía” (Zoglin, 1985). Quienes hicieron posible que el individualismo machista, rayano en una forma de nacionalismo fascista, fuera el gran éxito de 1982 (*First Blood*, Kotcheff), que la segunda parte (*Rambo: First Blood II*, Cosmatos, 1985) de dicho largometraje, con una recaudación de 32 millones de dólares en la primera semana, fuera el tercer mejor estreno de todos los tiempos, y que Stallone alcanzara el estatus de actor mejor pagado de la historia hasta entonces interpretando a tipos incapaces de articular palabra y con cuerpos esculpidos a modo de máquinas de matar, atestiguan, afirma Jeffords, que estas películas marcaron una época: “the Rambo trilogy seemed to tap into the zeitgeist of the decade brilliantly” (1994: 27). Teniendo presente lo que Mast y Kawin denominan la regla de oro de Hollywood, “The box office is never wrong” (1996: 4), el cine de acción de los años ochenta conectó con el imaginario colectivo y lo hizo a través del contenido mitológico de narrativas de regeneración de la violencia, emparentándose con el pasado del espíritu de la frontera y

el genuino sabor del viejo oeste. Sus cantos de sangrienta victoria permitieron que el descenso al infierno asiático, por ejemplo, con sus episodios de cautiverio en manos enemigas o sus refugios naturales a salvo de la civilización de burócratas que no sabe apreciar que es la última de una élite, cambiara por completo la visión sobre Vietnam. Para ello se prescindió, en palabras de Vineberg, de la realidad, “It manages not merely to falsify the past, but to render it completely irrelevant” (1993: 26), y se luchó en el proceso contra amenazas externas e internas.

La conducta que se pretendía ejemplar—a pesar de su práctico anarquismo dentro del marco institucional del ejército y de unas cualidades que se tornaron en la biblia de muchos norteamericanos, fomentando un individualismo por encima de la legalidad—promovió la supervivencia del modelo de masculinidad hegemónico, basado en la seguridad en uno mismo, la desconfianza hacia el “otro” y la fidelidad a los principios y valores que regulan el código de honor. Este enfrentamiento con el entorno tiene una doble lectura común a las situaciones vividas con la paranoica sensación de sentirse perseguido y atacado, y su aplicación al contexto de la época es, para Horrocks, evidente: “The action cinema, dominant in the American popular cinema of the 80s, can be interpreted as a ‘Reaganite’ conservative expression [...] eruption of ‘macho fascism’ [...] but ‘phallic panic’” (1995: 172). Creerse en pleno derecho para reaccionar con toda la fuerza y la violencia posibles—actitudes estas impulsadas por la constatación del decadente estado de la realidad—radicaliza las posiciones y lleva al extremo soluciones individualistas. Los subtextos, nada escondidos en la mayoría de las películas de la época, son explícitas referencias a cuestiones muy relevantes en la lucha de sexos—y eso, según advierten Mast y Kawin, a pesar de la simpleza de sus argumentos, “Most of the pro-myth films had little interest in politics [...] but some of them were aggressively opposed to the politics, and particularly the feminism, of the 1960s and 1970s. One example of the backlash against feminism was *Die Hard* (McTiernan, 1988)” (1996: 552; 553), donde el héroe se deshace del reloj que premiaba la carrera profesional de su esposa al tiempo que la salvaba y le devolvía su nombre de casada.

El deseo de destruir lo que pueda hacer sombra a los atributos universales en los que reside el atractivo del mito del héroe se traduce en peligrosa arma de aquellos productos que buscaban proteger a los jóvenes de los riesgos, “warning of the feminizing effects of deference on men and, conversely, the masculinizing effects of

ambition on women” (Traube 1989: 291). No en vano, la influencia de los años de la “*Reagan Revolution*” (Jeffords 1994: 3) se dejó notar en la forma de afrontar problemas en la realidad. A tal respecto hay que decir que el entusiasmo con que se acogieron las superproducciones más taquilleras de la época no oculta la sublimación de un ideal que no se conseguía en la realidad. Ello explica que la defensa de la masculinidad hegemónica, para el novelista Paul Theroux, “essentially right-wing, puritanical, cowardly, neurotic and fueled largely by a fear of women” (1986: 310), se aprecie, como sostiene Messner, en la cultura popular norteamericana, “American art documents crises of masculinity” (1994b: 1-9), y tal reflejo no puede más que dar la razón en este caso a uno de sus máximos impulsores, George Lucas: “I love films but it’s a 19th century invention” (en Romano 2002: 37).

3.3.3. Grupos antifeministas

En este contexto, el de la década de los ochenta, donde realidad y ficción llegan a mezclarse de forma ideológicamente interesada, el clima de poder y temor que alimentó la causa de Reagan fue el mismo que propició su ayuda a los grupos de hombres que se constituyeron en torno a la idea de recuperar la masculinidad hegemónica, que el feminismo había hecho desaparecer. Messner argumenta que, a tal efecto, reconstruyeron el papel que había detentado el hombre en tiempos pasados y defendieron planteamientos esencialistas sobre la relación entre sexos: “it is actually women who have the power and men who are most oppressed by the current gender arrangements” (1997: 41). La importancia que las feministas concedieron al género y a las conexiones entre las diferentes construcciones sociales provocaron la reacción entre los hombres. Desde los años setenta, bajo el epígrafe de “*male liberation*” y con las obras de autores como Warren Farrell, *The Liberated Man* (1974) y *The Myth of Male Power: Why Men Are the Disposable Sex* (1993), Marc Feigan Fasteau, *The Male Machine* (1975), Herb Goldberg, *The Hazards of Being Male* (1976), o Andrew Kimbrell en su *The Masculine Mystique* (1995) estos han victimizado a quienes, a pesar de ser hombres blancos heterosexuales de clase media, en su opinión, sufren también las consecuencias de una identidad de género restrictiva, limitada y que les condena a la inexpresividad emocional, el aislamiento y una lucha fratricida y suicida por el poder.

Al dolor que el modelo hegemónico produce, hay que añadir la persecución que sus miembros reciben por parte de los “Otros”, no solo en el día a día, donde han pasado a ser el sexo débil de “usar y tirar”, sino también en el mundo laboral y legal, en cuyo contexto son perjudicados y maltratados por el mero hecho de ser hombres, como afirma Warren Farrell al alertar sobre el abuso al que están sujetos los hombres en casos de acoso sexual o de abuso infantil o como se infiere de la denuncia de la película *Mrs. Doubtfire* (Columbus, 1993). A la ingente cantidad de material que alimentó una realidad enfrentada al mito del poder masculino con argumentos del tipo, según recoge Kammer, “nearly 100% of political assassinations have been of men” (1992: 70), y que, en palabras de Herb Goldberg, es casi una herejía, “By what perverse logic can the male continue to imagine himself ‘top dog’?” (2000 [1976]: 188), hemos de sumar los primeros colectivos de Men in Recovery y Men’s Equal Treatment.

En cuanto a su cometido, hay que decir que los integrantes de estos grupos se organizaron para ayudar a los hombres heridos por el sistema—una red que incluye familia, educación, trabajo y relaciones—verdadero responsable de su comportamiento por intentar destronar su hombría. Los sectores más conservadores son los llamados Men’s Rights y Fathers’ Rights, que llevan la igualdad por bandera para luchar en los juzgados—bajo la apariencia de su preocupación por el bienestar de los hijos y de la recuperación de su papel como padres, como ya denunciara Adorno y la Escuela de Frankfurt desde los años sesenta—contra el favoritismo hacia las mujeres en casos de derecho de familia. Su objetivo es, pues, como argumentan Williams y Williams, aplacar los logros de las feministas, desde la excesiva pensión a las trabas para que los padres vean a sus hijos, incluso permitiendo que las mujeres se desplacen: “[T]he FRM (Fathers’ Rights Movement) uses a particular interpretation of the ‘liberal feminist’ rhetoric of gender neutrality to construct a ‘movement frame’ that has the ironic consequence of privileging fathers’ claims to custody” (1995: 191).

Cuando en 1991 Susan Faludi publica su *Backlash: The Undeclared War against American Women* pretende llamar la atención sobre el hecho de que parte de la sociedad, resentida por el incremento en el número de divorcios y la reivindicación de los derechos de las mujeres, se estaba organizando para frenar los cambios que estas exigían, entre ellos el derecho al aborto que reunió en 1989 a 600.000 personas en Washington. En ese sentido, Faludi denuncia que el respaldo republicano a los

fundamentalistas católicos y protestantes fue público y notorio; o, dicho de otro modo, moral y económico. La intención de tan sólido apoyo era detener el deterioro del modelo tradicional de familia, que la revista *Newsweek* (Seligmann, 1990) reducía en 1988 a menos del 27%, ante la generalización de los divorcios, las mujeres trabajadoras, las familias monoparentales, los homosexuales y las guarderías. Se favorecían así otros patrones, que no eran aceptables para los más conservadores como los Free Men, que añaden a los Men's Rights, otras organizaciones del tipo de la National Coalition for Free Men o la NOM (National Organization of Men), y que participaban de lo que Kimmel describe como una opinión alarmista: “a change in the private sphere will bring about dramatic changes in the public sphere” (2007: 149).

Movidas por agendas y prioridades diferentes, lo cual les lleva a tensiones y discrepancias, el nexo común entre las distintas formaciones es la referencia al pasado y el control de la mujer a través de medios políticos, económicos, sexuales o físicos. Comparten, además, su ideología con grupos de hombres del resto de los países industrializados, incluso con los Blackshirt fascistas de Australia y Nueva Zelanda, aunque lo cierto es que la mayoría tiene un gran arraigo local. Así, por ejemplo, el estado de Washington obtuvo una dudosa primacía, puesto que acogió un gran número de estos grupos, y entre las razones está la presencia de Microsoft en Redmond y las luchas entre sus trabajadores masculinos y femeninos, que han derivado en la creación de redes como la MenWeb.org, con sede en Seattle, de la que dependen otras, entre las que cabe citar a Backlash.com o BatteredMen.com. Esta última ofrece una cifra aproximada de alrededor de 834.000 víctimas de violencia doméstica por año y son, en buena medida, sus casos los que nutren las publicaciones en papel y en línea, con anécdotas sobre arquetípicas narraciones misóginas que relatan el abuso que hombres de casi dos metros de altura y más de cien kilos de peso y con afición a la lucha libre sufren a manos de mujeres, aunque la inmensa mayoría de estos hombres, acorralados, atemorizados y torturados, insiste en el carácter emocional y psicológico por encima de lo físico. El resto de los contenidos, para desgracia de los pocos hombres que realmente sufren maltrato en casa, van desde avisos y advertencias copiados de revistas feministas y aplicados a los hombres, la reproducción de artículos de orientación feminista para asustar a los lectores y los que versan sobre la recuperación del modelo de antaño y sueñan con un mundo mítico de héroes desaparecidos. Excluyen casi todo lo referente a

temática y casuística homosexual, pero no rechazan los textos de mujeres violentas, aunque sea evidente que en ocasiones existe una motivación económica detrás de esos relatos para promocionar sus propias páginas web de pornografía.

Con Savran argumentaremos que la defensa de la masculinidad patriarcal es la causante de que la diferencia entre la realidad y la sensación que algunos hombres tienen aumente de una forma tan exagerada que la victimización se ha disparado: “the transformation of the white discontented white hipster (and, later, the rebellious hippie or political radical) into several variations upon the theme of the white male as victim: the angry white male, the sensitive male, the male searching for the Wild Man within, the white supremacist, the spiritual male” (1998: 5). Savran prosigue señalando que las mujeres y las personas de color son señaladas como las responsables de haber creado una nueva mayoría perseguida: los *new niggers*, es decir, “the so-called white male backlash of which the Patriot movement is only the most glaring example” (1998: 3-4). Esta etiqueta aúna a una gran variedad de grupos del llamado “*Patriot movement*”, desde la John Birch Society a los grupos armados con la White Aryan Resistance, el Ku Klux Klan y los Southern White Knights a la cabeza, pero sin olvidar al American Nazi Party, el Posse Comitatus o las milicias más radicales de Wisconsin o Montana, que completan, lo que en virtud de las cifras que aporta Kimmel, podemos denominar como un mapa del terror: “The Southern Poverty Law Center cites 676 active hate groups in the United States, including 109 Klan centers, 209 neo-Nazi groups, 43 racist skinheads groups, and 124 neo-Confederate groups, and more than 400 U.S.-based Web sites” (2015: 487). Su credo cristiano evangelista, antisemita, xenófobo y misógino agrupa a los más de cinco millones de hombres blancos heterosexuales de clase media baja y trabajadora que en los 50 estados comparten su tradicional conservadurismo, su religiosidad antifederalista y un fundamentalismo en su constitución para defenderse de lo que consideran un ataque internacional orquestado en su contra para destruir su libertad, acabar con su fe y manchar su sangre.

En vez de entender las causas reales de su situación, que Ehrenreich resume diciendo que la “[w]estern industry has displaced traditional crafts—female as well as male—and large-scale multinational-controlled agriculture has downgraded the independent farmer to the status of hired hand” (2004: 270), los miembros de estos grupos sienten que en los últimos 50 años el avance de los “Otros” (mujeres,

afroamericanos y gays) les ha privado de aquello que más les pertenece: la herencia de sus familias y de su país. De este modo, su más preciado tesoro ha sido usurpado por las feministas, que han invertido a hombres y mujeres, con el resultado de que frente a los “Otros” hombres hipermasculinos, como animales depredadores incapaces de controlarse, se encuentren los hipomasculinos, débiles afeminados, incapaces de sostener una familia: “All deploy ‘masculinity’ as a symbolic capital (a) as an ideological resource to understand and explicate their plight, (b) as a rhetorical device to problematize the identities of those against whom they believe themselves fighting, and (c) as a recruitment device to entice other, similarly situated young men to join them” (Kimmel 2015: 486). Estos adoradores de figuras heroicas—tanto las de dentro como las de fuera de la realidad y que incluyen a John Rambo o Timothy McVeigh (el responsable de fabricar un explosivo que acabó con la vida de 168 personas en 1995)—no reconocen la legitimidad del gobierno ni la heterogeneidad de la sociedad. Y es que en su opinión el “*Nanny State*” ha dejado de actuar en el interés del verdadero estadounidense: “That power has been both surrendered by white men (their fathers) and stolen from them by a federal government controlled and staffed by legions of the newly enfranchised minorities, women, and immigrants, all in service to the omnipotent Jews who control international economic and political life” (Kimmel 2015: 487). Por ello, “The enemy is the system—the system of international world dominance” (the Florida Interklan Report en Dobratz y Shanks-Meile 2001: 160) y sus acciones contra el gobierno son a favor de América en el sentido de que están motivadas por el deseo de desestabilizar las satánicas fuerzas que tienen a su país en estado de crisis: el New World Order, donde feministas, comunistas, ecologistas, multiculturalistas, homosexuales y anticristianos han puesto fin a su derecho biológico, moral, histórico y religioso a llevar las riendas de una nación que debe volver al patriarcado público y privado. En su visión, solo así harían desaparecer lo que Tex Marrs describe en los siguientes términos: “In the New Order, woman is finally on top. She is not a mere equal. She is Goddess” (1993: 28).

Por otro lado, Blee (1998) estudia la vertiente femenina de la corriente antifeminista y demuestra como alrededor de los dos principales momentos de lucha, las mujeres más tradicionalistas se organizaron, constituyendo, primero, The Antisuffrage Movement y National Association Opposed to Women’s Suffrage, que llegó a contar

con 350.000 miembros con el objetivo de privar a las mujeres del voto, la educación y el derecho a la propiedad—libertades que las apartarían de su naturaleza de madres y esposas. Más tarde, en los años setenta, Marabel Morgan impulsó el movimiento Total Woman y Helen Andelin fundó el Fascinating Womanhood. El primero insistía en la sexualización de la mujer para ser irresistibles para sus hombres y el segundo perseguía recuperar las enseñanzas bíblicas sobre el deber de la mujer de representar la pureza moral y su papel de subordinación a la voluntad masculina, lo que consiguió, según recoge Spark en “Men’s Movements: Wolves in Sleep’s Clothing”, que más de 400.000 mujeres pagaran por aprender a ser mujer de nuevo y unirse a sus hombres: “Traditional men turned into newly angry white males threatened by ‘femnazis’, that is, feminists who challenged the male culture of entitlement, privilege and special interests” (1997: *en línea*).

Posteriormente y tras otras experiencias del tipo del movimiento STOP ERA liderado por Phyllis Schlafly, quien viajó por todo el país (subvencionada por empresas y las clases adineradas) para prevenir a las mujeres de la amenaza del feminismo, que las masculiniza, los esfuerzos individuales y colectivos por borrar los vestigios del feminismo y obstaculizar la igualdad entre los sexos se han llevado a cabo principalmente desde los medios, que intentan crear un estado de opinión consciente de los peligros y problemas de la nueva mujer para ella misma y para su entorno familiar y social. En 1994, la revista *Backlash* anunció su principal objetivo de volver a la tradición y, en 1996, David Gelernter publicó “Why Mothers Should Stay Home”; y ya en el siglo XXI, obras como *The Surrendered Wife: A Practical Guide for Finding Intimacy, Passion, and Peace with Your Man* (Doyle, 2001) siguen aconsejando el alejamiento del modelo de igualdad a aquellas mujeres que quieran preservar la felicidad de sus matrimonios.

Susan Faludi en su *Backlash* (1991) subraya el contrasentido de los argumentos que los materiales de los últimos años daban, puesto que, por un lado, advierten del éxito profesional de la mujer como paso previo a su infelicidad personal, pero, por otro, hablan de unas condiciones inmejorables para la mujer de hoy en día que hace innecesaria la causa feminista. Es obvio que el desaforado deseo de acabar con el movimiento que pide la igualdad real conduce a estas irracionales conclusiones donde prevalece la aspiración de garantizar los privilegios masculinos, mantener la

subordinación femenina y perpetuar así las diferencias, y no el tratamiento igualitario que venden.

3.3.4. Grupos espirituales

Junto a los grupos nacidos alrededor de los movimientos feministas y antifeministas, se da una tercera vía: Men in Recovery, promovida por diferentes colectivos como Promise Keepers, Million Man March o Mythopoetics (Mitopoéticos). Estos tres grupos se caracterizan por ahondar en la problemática masculina y por responder con análisis y terapias con el objetivo último es ayudar al hombre a abandonar aquellos comportamientos que iban en contra de su bienestar—al margen de las mujeres y de su subordinación. En general, desarrollan aspectos emocionales que habían quedado relegados por la obsesión de cumplir con las expectativas de la sociedad y que pueden conducir a adicciones, trastornos de conducta, frustraciones, depresiones y otros traumas. Así, el sufrimiento que el hombre estadounidense padece a finales del siglo XX se enfoca desde programas, estancias, reuniones y materiales que ofrezcan dejar de sentirse mal por ser hombres, aportando paz interior, conexión con uno mismo y con otros hombres y felicidad. Desde unos presupuestos espirituales que otorgan un halo de simbolismo y religiosidad mística, muchas de las prácticas enfatizan la recuperación a través de lo sentimental y lo creativo, aspectos que suelen quedar ocultos bajo las rutinas diarias, y se postulan como alternativa a las máscaras de practicidad, eficiencia y eficacia que hay que llevar para triunfar en esta sociedad como hombres.

En definitiva, la búsqueda de un modelo de masculinidad más satisfactorio para el individuo, en cuanto contribuya a rebajar tensiones y favorezca la expresividad personal, es la prioridad de unos movimientos que trataban de concienciar a los norteamericanos de una realidad frustrante a la vez que sugerían soluciones. Las recetas iban desde los doce pasos que el predicador evangelista John Bradshaw aseguraba darían al desamparado *inner child* la posibilidad de encontrar el amor y la seguridad—purgándose del dolor de ser hombre—a la práctica de deportes o actividades artísticas, entre las que se incluían la poesía, el teatro, la música o la danza, que, con los efectos terapéuticos del ritual, liberan el lado oscuro de las cargas de la masculinidad herida. Sus simbólicos nombres y acercamientos al hombre ofrecen algo diferente a los grupos

misóginos y homofóbicos antifeministas surgidos al hilo del ambiente conservador de la década de los ochenta, pero tampoco se sitúan del lado de la revolución académica de los Estudios de masculinidad feministas, a cuyos integrantes los consideran incapaces de hacer frente a la mujer. La fortaleza y las reivindicaciones de esta se toman como motivo de desconcierto y desánimo para los hombres, lo que convierte a las mujeres en elemento externo que propicia la unión interna. Tal enfrentamiento—más o menos explícito según el autor o grupo consultado—es evidente porque las reuniones periódicas donde los hombres encuentran refugio se celebran aislándose de la sociedad que ellas representan y distanciándose de sus hogares, donde el colectivo femenino “reina”. Esta es la manera en que pueden ser ellos mismos y crear relaciones entre individuos donde no se ven obligados a competir para demostrar, frente a las mujeres, quién es más hombre o luchar por su atención y favor.

Una de las ideas comunes a estos grupos es la mirada hacia el pasado, motivada por la decidida voluntad de recuperar el lugar que el hombre ocupaba entonces en la sociedad. Se entiende que esto constituye un paso previo para reconquistar el terreno perdido y el poder que ostentaba al frente de familia, comunidad, empresa y país—según los roles hegemónicos—que supuestamente le corresponden por derecho natural y que la llegada de la modernidad le hizo perder. En este nuevo modelo de sociedad, las mujeres representan la unidad de medida, relegando al hombre a un papel negativo. Esto es, un resto del pasado incapaz de adaptarse a los tiempos que corren y que estos grupos se niegan a aceptar, creando lo que Michael Flood, editor de la publicación *X/Y*, denomina “*male-positive guideline*”: “[...] being male positive [is] to be affirming and optimistic about men; to believe that men can change; to support every man’s efforts at positive change” (en Lee, David y Naraval 2000: 11). Uno de los objetivos que guiaba estas reuniones era el de sentir la fuerza de la unión, una sensación que hasta entonces parecía patrimonio de la mujer, pero que también se quiere tener en recuerdo de la tradicional camaradería con la que el hombre reaccionaba en tiempos difíciles, cuando no se podía simular otra realidad ni negar la que existía: “Many—if not most—men suffer, at least in some ways, as they feel driven to deny their own vulnerabilities” y “to compete with each other individually” (Segal 1997: xix). En definitiva, tiempos de guerra como el presente, cuando la solidaridad masculina tenía la capacidad, asegura Flood, de salvar al individuo del peligro:

To be male-positive is to build close relations and supportive alliances among men. It is to acknowledge men's many acts of compassion and kindness. To be male-positive is to resist feeling hopeless about men and writing men off, and to reject the idea that men are somehow intrinsically bad, oppressive or sexist. To be male-positive is to realise that individual men are not responsible for, and can't be blamed for, social structures and values such as the social construction of masculinity or the history of women's oppression (1996b: *en línea*).

En cierta medida, estos grupos, tal y como señala Savran, también dieron respuesta a la necesidad generacional de satisfacer un deseo de trascendencia en su planteamiento de vida, "the new spirituality marks the somewhat belated triumph of the '60s counterculture" (1998: 293), que multiplicó las soluciones para encontrar la receta de felicidad. Así lo demuestra el extraordinario éxito comercial de este "Third Great Awakening", cuando "North Americans spent \$35 billion in 1993 on what she calls 'self-development'" (McDonald 1994: 46), erigiéndose en una de las industrias más florecientes. Lo hizo gracias a los productos y a los servicios prestados en nombre del renacimiento espiritual: desde la venta de libros, "In 1994 alone, books on spirituality accounted for one-quarter of the titles on the New York Times best-seller list" (Savran 1998: 293), hasta la organización de una gran variedad de actividades relacionadas con el desarrollo espiritual, que incluyeron opciones entre las que cabe mencionar los retiros de fin de semana y los centros de meditación, y, además, otros programas y reuniones en los que participaron millones de norteamericanos. En resumen, la acogida fue tal que puede afirmarse que fue el negocio de la década: "people in the merchandising business say spirituality is the buzzword of the Nineties" (Thompson en Savran 1998: 293).

3.3.4.1. Promise Keepers

Uno de los grupos que mejor representa el espíritu de dicha era es el de los Promise Keepers, cristianos evangelistas que agruparon a un número considerable de hombres en torno a la idea de la unión de religión y masculinidad. En realidad, el binomio se ha apoyado históricamente y la colaboración mutua ha reportado beneficios a ambos, consolidando sus fines políticos y dejando a un lado minorías mayoritarias que no encuentran un lugar bajo ninguna de estas dos pretendidas categorías universalizadoras. Estos "*Christian gentlemen*" difícilmente pueden ocultar sus ideales

hegemónicos, y más si se recuerda la manera en que el movimiento empezó cuando, según describe Kenneth Clatterbaugh (1997), en 1990 Bill McCartney—por aquel entonces responsable máximo del equipo de fútbol americano de la universidad de Colorado—y su íntimo Dave Wardell se dirigían a una convención de atletas cristianos en Pueblo, Colorado. En las tres horas de viaje en coche los dos amigos concibieron el proyecto de llenar estadios con hombres cristianos que recondujeran sus vidas hacia el camino que Dios había enseñado de oración y ayuno y juntos pudieran retomar las riendas de sus vidas y las responsabilidades que les correspondían como hombres en el reparto divino, “God-given division of labor between women and men” (Messner 1997: 30), pero que habían abandonado hacía tiempo.

Se asociaron 73 atletas y tras un primer intento en la universidad de Colorado en 1991, al que acudieron entre 5.000 y 20.000 hombres, su evangélico sueño de buenos esposos, padres y líderes de sus comunidades cristianas se hizo realidad, llenando el Folsom Field, de 50.000 localidades. A los dos años, unos 278.000 hombres se reunían en las siete sedes a rezar y comprometerse con la causa y más de dos millones al año asistían a los encuentros, talleres y congresos que se organizaban con una fórmula que unía religión, deporte y raza. Y es que, como demostraba su lema de 1996, “*Breaking Down the Walls*”, su idea era que en un espacio tan familiar como un estadio fuera más fácil borrar las barreras raciales. A pesar del predominio de hombres blancos, los esfuerzos por la reconciliación racial produjeron eventos como el “Racial Reconciliation Breakfast”, si bien hay que subrayar que la lectura bíblica de las relaciones justificaba la colonización y la esclavitud como parte del mensaje del vínculo entre patrones y siervos, basado en la maldición de Noah a su hijo Ham, de piel oscura, y a sus descendientes de servir a los blancos. Sus números no dejaron de crecer y alcanzaron los 726.890 en los años siguientes, con éxitos como la marcha en Washington D.C. del 4 de octubre de 1997. En ella congregaron entre 670.000 y un millón de personas, que inundaron las calles gracias al apoyo de organizaciones como Christian Coalition, Focus on the Family y el 700 Club. Su sede, en Denver, y sus 30 delegaciones empleaban a más de 100 personas, según Clatterbaugh (1997), y en años posteriores sobrepasaron las 400, haciendo evidente su éxito popular y mediático—explicado por esa mezcla de religión y deporte que permitía la expresión de la emoción y la excitación a la hora de celebrar. En estos eventos los rezos y los cantos hacían comulgar a todos los asistentes

en un clima de concordia donde los hombres se permitían llorar sin sentirse amenazados o abrazarse con otros hombres sin problemas homofóbicos o raciales.

La base evangélica fortalece, como subraya Messner, la figura masculina a imagen y semejanza de un Cristo Salvador: “By the early 1990s, this call for a remasculinized image of Jesus, and its concomitant call for men to retake leadership roles in families had become the central message of Promise Keepers” (1997: 26). Con dicha finalidad los participantes deben hacer siete promesas, que Julia Woods recoge de la siguiente manera:

1. To honor Jesus Christ through worship, prayer, and obedience to God’s word through the power of the Holy Spirit.
2. To pursue vital relationships with other men, understanding that they need brothers to help them keep their promises.
3. To practice spiritual, moral, ethical, and sexual purity.
4. To build strong marriages and families through love, protection, and Biblical values.
5. To support the mission of his church by honoring and praying for his pastor and by actively giving his time and resources.
6. To reach beyond any racial and denominational barriers to demonstrate the power of Biblical unity.
7. To influence his world for good, being obedient to the Great Commandment (see Mark 12:30-1) and the Great Commission (see Matthew 28:19-20) (2010: 109).

La referencia a las Sagradas Escrituras pretende insistir tanto en el mensaje evangélico—con los dos mandamientos, el primero, “Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas”, y el segundo, “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Marcos 12:30-31, Reina-Varela 1960: *en línea*)—como de proselitismo, en las últimas palabras de Jesús a sus discípulos antes de su ascensión: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mateo 28:19-20, Reina-Varela 1960: *en línea*). Y es también esa misma fuente la que promulga, tal y como aclara Clatterbaugh (1997: 178), la falta de igualdad entre hombres y mujeres, dada la superioridad que el Nuevo Testamento otorga a quienes no fueron creados para las mujeres, sino para quienes las mujeres fueron creadas (Corintios 11:2-16, Reina-Varela 1960: *en línea*), y a quienes las esposas deben servir (Efesios 5:22-33, Reina-Varela 1960: *en línea*).

La vuelta al patriarcado se hace evidente en la denominación del hombre como “cabeza de familia” y de las mujeres como “*helpmates*”, en una relación que se entiende

idónea para todas las partes, y que se fundamenta, según subraya Messner, en su planteamiento esencialista de las diferencias biológicas: “Promise Keepers rely entirely on a fundamental biblical interpretation of essentially fixed and categorically different natures of women and men” (1997: 27). Por lo tanto, el esfuerzo no es algo exclusivo de los hombres, “At Promise Keepers events, men (virtually all of whom are white) ‘promise’ to return to the home and assume their rightful place as the head of the household. They forswear alcohol, drugs, violence against women, and promise to be faithful husbands, capable and reliable breadwinners, and Christian gentlemen” (Kimmel 1998: 593), sino, más bien, de las mujeres, quienes han de estar dispuestas a aceptar su subordinación a la manera de la canción de Salomón, cuando la novia dice: “Atráeme; en pos de ti correremos” (Cantares 1:4, Reina-Varela 1960: *en línea*). La reapropiación del poder masculino a finales del siglo XX, sin consultar con la pareja, sorprende por el número de citas bíblicas y por las afirmaciones de algunas esposas, aunque no la de McCartney que se quejaba del poco tiempo que este le dedicaba—que manifestaron que sus matrimonios habían mejorado desde que los maridos se unieron al movimiento. Es, pues, llamativa porque prescinde de la igualdad, confiando en exclusividad en la protección física y moral del hombre sobre el sexo débil, por lo que su enfrentamiento, señala Clatterbaugh, con las corrientes que la reivindican es obvio: “‘feminism is a Godless movement’ that contributes to the Godlessness of society” (1997: 183).

La visión esencialista excluye a las mujeres de las reuniones fundamentándose, para ello, en el proverbio bíblico: “Hierro con hierro se aguza; Y así el hombre aguza el rostro de su amigo” (Proverbios 27:17, Reina-Varela 1960: *en línea*). Clatterbaugh llama asimismo la atención sobre el hecho de que en su modelo de unidad familiar tradicional, basada en la vida cristiana, tampoco existe espacio para la homosexualidad: “McCartney endorsed Colorado’s notorious Amendment 2, calling homosexuality ‘an abomination of Almighty God’” (1997: 191). De ahí que Messner lo identifique con sus fines políticos, “the antifeminist and antigay backlash potential of Promise Keepers is obvious” (1997: 32), así como con sus conexiones con los programas de organizaciones conservadoras, que lo condujeron a ser uno de los movimientos más peligrosos para los avances que los colectivos de minorías habían conseguido con la política de discriminación positiva. A pesar de que sus integrantes hicieron esfuerzos por edulcorar

la retórica de su discurso antifeminista y por abrirse a hombres de distintas razas, sus intereses crematísticos fueron demasiado evidentes y seleccionaron a sus miembros de forma “natural”. Su elitismo se reforzaba con entradas a más de 60 dólares, “Admission to a Promise Keepers event was \$69 in 2002” (en Woods 2010: 96), lo que aseguraba—con independencia de sus lemas de romper barreras—un público mayoritariamente de hombres blancos de clase media y alta y que estaba dispuesto a gastar dinero en las zonas de venta de artículos con camisetas (de 10 a 20 dólares), sudaderas (de 20 a 40 dólares) o gorras (15 dólares), además de libros, cintas y otros materiales audiovisuales para encontrar fuerza. Su hipocresía, la de los hombres que dirigían el movimiento, no les impidió explotar el mayor atractivo femenino y emplear a mujeres en esos puestos para dar la bienvenida o repartir publicidad en los eventos—poniendo de manifiesto el lugar en el mundo que les reservaban.

Como nota final añadiremos que la discriminación genérica, sexual o racial, ejercida de espaldas a la justicia social, y los esfuerzos que requerían a sus miembros para que controlaran su sexualidad y emprendieran misiones en nombre, según apunta Clatterbaugh, de la pureza, “holy war and disenfranchisement of gay men and lesbian women” (1997: 191), pero, sobre todo, la imposible aplicación de sus dudosos principios, supuestamente cristianos, a la realidad donde dos salarios por familia son necesarios, así como la monotonía y la falta de novedades en sus reuniones, una vez pasada la primera fase de sorpresa, hicieron que la explosión que experimentó en los años noventa, “their budget has increased from \$4 million and 22 full-time staff in 1993 to an estimated \$115 million and over 400 staff members” (Promise Keepers NET 1996: *en línea*), se tornara en declive al arrancar el siglo XXI.

3.3.4.2. Million Man March

Al hilo de las corrientes espirituales y muy vinculada a sus principios y a la más que probable intención de emular el éxito de los Promise Keepers, en otoño de 1995—cuando el movimiento evangelista estaba en su cima—el ministro Louis Farrakhan, líder de la controvertida Nation of Islam, y el reverendo Benjamin Chavis Jr. organizaron la primera marcha a la capital de la nación. La idea era que hombres de color de todas las clases sociales, edades, religiones y condición sexual se unieran y

tomaran pacíficamente las calles principales de Washington (es decir, el trazado que va del Capitolio al Monumento a Washington) como inicio de una transformación espiritual y de una serie de reivindicaciones políticas, que se repitieron en otras marchas. Estas incluyen las que tuvieron lugar en años posteriores: Million Woman March en Filadelfia, Million Youth March en Harlem, Million Mom March en Washington, y, más recientemente, en el año 2000, Million Family March.

El movimiento, aterrador para el gobierno, por temor a reivindicaciones de derechos civiles, y para los blancos, por asistir a una concentración negra, aglutinaba a una amplia variedad de hombres de color—como intenta reflejar Spike Lee en los 20 personajes de su película *Get on the Bus* (1996), que se estrenó un año más tarde con el evento de fondo y que mostraba las dificultades para encontrarse—y excluía a las mujeres, puesto que desde la comunidad musulmana se entendía que eran los varones quienes habían perdido el poder en sus hogares; único lugar, por otra parte, donde lo podían detentar. Con la misma actitud positiva de los Promise Keepers hacia una masculinidad que las mujeres habían transformado en negatividad, se les llamó, señala Kimmel, a que acudieran a Washington para afirmar su decisión de solucionar ese problema, para lo cual “their leaders exhorted them to take ‘our place’ at the ‘head of families’, to be the ‘maintainers’ of women and children” (1998: 593).

Varios son los puntos de comunión, como se ha visto, con el movimiento de McCartney. Entre los más importantes hay que destacar la insistencia en apartar a la mujer como parte del proceso de recuperación del patriarcado—más vinculado a la religión y la imitación del modelo hegemónico—una pretensión idealista por cuanto la abismal diferencia entre la hegemonía blanca y los hombres de color hace imposible su identificación. De hecho, los afroamericanos no se han sentido parte de los movimientos de los hombres blancos y, a pesar del propósito de diluir barreras de las reuniones de los Promise Keepers, muy pocos fueron los “Otros” hombres que se abrazaron y lloraron por los errores del pasado y rogaron y cantaron por un nuevo futuro; el motivo, casi con total seguridad, se explica porque sus historias no habían coincidido ni coincidirían.

Respecto a la figura paterna, o mejor dicho, respecto a su ausencia, hay que destacar que el colectivo afroamericano había protagonizado una larga lucha por hacer que los padres se responsabilizaran de sus cargas familiares y se ocuparan de la manutención y educación de su prole, como muestra Spike Lee en el personaje del

padre ausente, Evan (Thomas Jefferson Byrd), quien, para recuperar lo perdido cuando abandonó a su mujer y a su hijo Evan Jr., es obligado por la justicia a ir literalmente encadenado a su hijo. Otros problemas habían impedido ejercer el papel de guía a unos hombres castigados por la pobreza, el desempleo, las drogas o la violencia, en una diversidad reflejada en el sujeto colectivo de la película. Con el objetivo de paliar esa problemática situación, se convocaba a los hombres—cualquiera que fuese su condición—a unirse, obviando de lo que les separaba, para poder protestar mejor y a reivindicar cambios tanto en su propio comportamiento como en la percepción que la sociedad tenía para que la concienciación fuese mayor. La solución solidaria venía también aquí de que la participación supusiera comprometerse en la mejora de la vida familiar y comunitaria, con específico énfasis en varios aspectos: primero, la importancia del voto, como vehículo para sentirse parte de la comunidad; segundo, la guerra contra las drogas, para conseguir unas calles más limpias y sanas para las nuevas generaciones; y, tercero, una mayor implicación con sus iglesias locales. Ello incluía, además, la exigencia del derecho a un trabajo y a un trato igualitario con la esperanza de que todo ello redundara en unas relaciones mejores en el seno de la unidad familiar y la comunidad.

No se va a insistir mucho más en los peligros que conlleva el separar los reclamos y las soluciones a los problemas según los géneros. Mucho menos se determinará si la salida reside en centrarse en una solidaridad masculina que haga sentirse bien a los hombres en un comportamiento profundamente antifeminista. Y es que tal actitud subordina a las mujeres a la voluntad de los hombres por el mero hecho de su condición, agravando la marginación de las mujeres de color por su doble condición—históricamente excluidas del discurso blanco y del de los hombres de color por ser mujeres. De la misma manera que la tendencia a basar el sufrimiento en una cuestión racial es, como expresó Glenn Loury (1996), una forma de negar la lucha contra cualquier tipo de desigualdad, sea quien sea la víctima—puesto que, en este caso, la idea de hombre que se celebra es abiertamente conservadora y, a pesar de no explicitarse, prescinde de otros modelos. Puede, incluso, considerarse homofóbica, al apoyar el *statu quo* y reincidir en el empeoramiento de los problemas, en palabras de bell hooks en *Black Looks*: “There is a direct and abiding connection between the maintenance of white supremacist patriarchy in this society and the institutionalization

via mass media of specific images, representations of race, of blackness that support and maintain the oppression, exploitation, and overall domination of black people” (2014: 2).

La invitación extendida a finales del siglo XX a los hombres de color a expiar sus pecados y a reconciliarse con sus hermanos para demostrar la fuerza de la unión no deja de ser un planteamiento muy reduccionista—más propio de la comunidad musulmana que de un colectivo que ha sufrido y en la actualidad sigue sufriendo toda clase de vejaciones y humillaciones. El hecho de que en las últimas décadas del siglo XX no se hayan materializado las reivindicaciones que a mediados de dicha centuria habían costado vidas y sacrificios para lograr la igualdad de los derechos civiles sino que se ha permutado por la mera imitación de las soluciones que parte de la hegemonía blanca daba a sus problemas habla probablemente de la capacidad del sistema para ampliar su marco de actuación—extendiéndose desde el centro hasta la periferia. El movimiento Million March es una prueba de que la lucha de poder no distingue solo colores o sexos sino que supone la mezcla de varios discursos que hace que el hombre subordinado por su raza aparte a la mujer por su género, por no hablar de lo que ambos pueden sentir hacia los homosexuales y, así, sucesivamente. No olvidamos tampoco la influencia que el racismo ha podido ejercer en el comportamiento machista del hombre de color hacia las mujeres como única manera de demostrar cierto poder o justamente su ausencia, lo que persistiría en la aspiración del hombre a recuperar su puesto y la negativa a que la mujer le acompañara en ese viaje.

Por consiguiente, se hace necesaria una aproximación multidimensional que trate las interrelaciones entre los discursos de género, raza y sexualidad para poder abrir una grieta en un sistema que ha sabido sacar el mejor rendimiento a su articulación en diferentes planos y se ha encargado de dividir a los “otros” en su política de identidades, una posible explicación de que la obra de Spike Lee—tan temida como la propia marcha y que no encontró más ayuda para los \$2,4 millones de presupuesto que las donaciones de personalidades de la cultura afroamericana desde negras, incluyendo a celebridades como Danny Glover y a Will Smith, pasando por Wesley Snipes o Robert Guillaume, y el jugador de baloncesto Charles Smith o Johnnie Cochrane, el abogado de O. J. Simpson—terminara con la llegada del grupo a Washington. Ese final pretende transmitir la idea de que el final del trayecto en autobús desde Los Ángeles es solo el

inicio de un viaje aún por emprender y el destino lo menos importante, como en todas las *road movies*.

3.3.4.3. Mythopoetics (Mitopóéticos)

De igual modo que habían hecho los Million Man March, que intentaron aprovechar el éxito de los Promise Keepers, estos lo hicieron con los Mythopoetics (Mitopóéticos). Antes de ahondar en las particularidades de esta tercera corriente, parece conveniente apuntar que los tres movimientos tienen como origen en común una postura que, sin ser, como sugiere Edwards, antifeminista, pretende salvar al hombre del daño que el feminismo haya podido causarle, “[...] often implicitly and sometimes overtly opposed to the advancement of second-wave feminism, particularly in the United States in the wake of the rise of the mythopoetic and similar men’s movements” (2006: 22). Se deriva de ello, la concienciación de la masculinidad como identidad positiva, “As individuals they sought the therapeutic goals of selfacceptance, greater selfconfidence, and better knowledge of themselves as emotional beings. As a group they sought to revalue ‘man’ as a moral identity” (Schwalbe 1998: 566), un objetivo que lleva implícita la separación de la mujer para evitar la feminización.

Por lo que respecta a los Mitopóéticos, se trata del grupo que mayor repercusión ha tenido en la vía espiritual tradicionalista: “Mass mobilizations of men—the Million Man March, the Promise Keepers and the Mythopoetic movement [...] are directly concerned with saving men’s souls” (Kimmel 1998: 592); es decir, la que responde a la crisis de masculinidad refugiándose en la tendencia que hizo que en 1959 se alcanzasen unos niveles de asistencia al rito nunca antes vividos del 69% de la población (Mayo y Nohria 2005: 397). Hay que decir que este fervor religioso se alargó hasta finales de siglo, cuando una mayoría tiene conversaciones diarias con Dios, posiblemente porque, ante la falta de soluciones desde la ciencia o la filosofía como disciplinas institucionalizadas del saber, creen, afirma Savran, “in such unexplained phenomena as mysticism, miracles and celestial beings” (1998: 293). El ansia por satisfacer necesidades espirituales en una forma de sentimiento religioso secularizado hizo que los individuos se agrupasen en colectivos en cuyo seno encontraron fuerza y ayuda. Es más, el fenómeno se convirtió en un gran éxito comercial gracias a los productos y a los

servicios prestados en nombre de este renacimiento espiritual, que va desde la venta de libros, “In 1994 alone, books on spirituality accounted for one-quarter of the titles on the New York Times best-seller list” (Taylor 1994: 56), o la grabación que los monjes del monasterio de Silos hicieron de los cantos gregorianos en 1994, “one of the five most successful albums of all time” (Taylor 1994: 56), hasta todo tipo de actividades relacionadas: los retiros de fin de semana, los centros de meditación así como otros programas y actividades.

Ante el énfasis que los Promise Keepers y Million Man March pusieron en la vuelta a una ortodoxia en el ámbito doméstico, entendida como mecanismo para frenar—a través del *pater familias*, que ha de restaurar su poder—la erosión en su dimensión pública, el movimiento mitopoético buscó en espacios abiertos y lejos del hogar sus refugios de meditación y vida comunitaria entre hombres. A partir del año 1981, el laureado poeta, traductor y editor de la revista *The Sixties*, además de activista contra Vietnam, Robert Bly (1926), organizó encuentros de hombres durante los fines de semana en los que “by sharing diverse rituals, they would, he hoped, be able to get in touch with what he calls ‘the deep masculine’” (Savran 1998: 169). Este trascendentalista tardío de Madison (Minnesota), seguidor de Thoreau, admirador de Juan Ramón Jiménez y poeta narrativo fue también quien lideró el Mythopoetic Men’s Movement. De acuerdo con los datos que maneja Spark, ya desde el primer retiro espiritual en la comunidad de Lama, Nuevo Mexico, alcanzó cifras importantes de participantes: “Young argues that an estimated quarter of a million men have been to Mythopoetic workshops” (1997: *en línea*). Este logro estuvo acompañado en 1990 por la publicación de *Iron John: A Book about Men*, cuyo éxito le mantuvo a la cabeza de las listas del *The New York Times* durante 62 semanas (Savran 1998: 169): desde la primavera de 1990 al verano de 1991, vendiendo, destaca Messner, más de 500.000 copias, “the national nonfiction best-seller of the year” (1997: 2). Esto motivó, además, que la prensa se interesara por el guía espiritual de lo que se empezó a denominar “*the men’s movement*”, dándole abundante cobertura mediática.

El movimiento, subraya Kaufman, parte de la creencia de su fundador de que, a medida que las sociedades modernas se han ido desarrollando desde la revolución industrial, el hombre ha ido perdiendo su posición y ha entrado en crisis: “[...] men became increasingly estranged from manly pursuits and manly roles” (1993: 265). La

novedad consiste en alejar a los hombres del mundanal ruido y de las femeninas faldas para que dejen aflorar así la fuerza atávica que reside en el interior de cada cuerpo masculino a través de prácticas rituales y ejercicios de meditación y comunicación consigo mismos y con otros hombres. De forma más específica, se cuentan historias y se participa en la lectura de poemas, cuentos de hadas y otros textos, “[...] ancient stories are a good help, because they are free of modern psychological prejudices” (Bly 1990: 25). La posibilidad de desterrar los motivos del sufrimiento moderno—una circunstancia que les ha reducido a seres desválidos—debe servir, según le explicó en una entrevista el propio Bly a Moyers, para encontrar la fuerza necesaria para luchar por recuperar su felicidad “natural”: “You can always tell an American on the streets of Europe, because he’s smiling” (Moyers 1990: 14). Para Bly, el mayor problema del hombre reside en la pérdida de la homosociabilidad. Y es que sin contacto no puede haber apoyo de los otros: “Having no soul union with other men can be the most damaging wound of all” (1990: 33), al estar todos ocupados en alcanzar unas metas que son imposiciones sociales y no reportan beneficios personales, “Contemporary business life allows competitive relationship only, in which the major emotions are anxiety, tension, loneliness, rivalry, and fear” (Bly 1990: 33). El vacío espiritual—consecuencia de sus responsabilidades familiares y laborales en un mundo cada vez más competitivo y agresivo—impide que los hombres se relacionen emocionalmente entre sí, desencadenándose la crisis contemporánea; de ahí que agradecieran el descanso que les ofrecían los retiros mitopoéticos. El clima distendido invitaba a los hombres a romper el aislamiento y a encontrar la paz en la comunidad masculina, ya que contribuía a que se sintiesen partícipes de un grupo que no tiene nada de que avergonzarse y donde las faltas individuales compartidas y admitidas en público son la base sobre la que se construye un nuevo futuro: el sentimiento de *communitas*.

El antropólogo Victor Turner definió tanto las sensaciones como la manera de socializar entre individuos que participan de un modelo grupal homogéneo de la siguiente manera: “communitas is a relationship between concrete, historical, idiosyncratic individuals [...] not segmentalized into roles and statuses [...] direct, immediate, and total confirmation of human identities” (1969: 131). De su descripción se extrae que la igualdad incita a compartir sentimientos y a entender problemas y estos, como apunta Schwalbe, suscitan una respuesta emocional en el grupo que sirve de

terapia: “The changes they sought were greater awareness of their feelings, more clarity about them, and better ability to use those feelings constructively” (1998: 567-568). La amable, “These things that I gained [...] affirmed for me the value of mythopoetic men’s work” (Schwalbe 1996: 244), a la vez que muy completa revisión crítica que hace Michael Schwalbe del movimiento en *Unlocking the Iron Cage: The Men’s Movement, Gender Politics, and American Culture* (1996), basada en tres años de experiencias y conversaciones durante las 128 ocasiones en que acudió a retiros mitopoéticos de septiembre de 1990 a junio de 1993, ofrece un retrato unitario: “Nearly all of them were white, middle- or upper-class, between 35 and 60 years old, and self-identified as heterosexual” (1996: 19). Ello explica su notoriedad, “Bly’s wing has received far more attention in the press than any other, not just because of Bly’s showmanship and success with the mass media, but also because of the social and economic clout wielded by its followers” (Connell 1992: 32), a pesar de cumplir con los requisitos que hasta entonces habrían asegurado su invisibilidad social. Tanto los retiros como la biblia del grupo, *Iron John*, aclaran su público, y lo hacen tanto desde el punto de vista del género, “In this book I am talking about male initiation only” (1990: x), como de la sexualidad, “Most of the language in this book speaks to heterosexual men but does not exclude homosexual men” (1990: x). En cualquier caso, es evidente que la narración de los hermanos Grimm es, con toda claridad, una historia patriarcal del héroe y la princesa y otros autores como Robert Moore y Douglas Gillette en *King, Warrior, Magician, Lover: Rediscovering the Archetypes of the Mature Masculine* (1990) borran cualquier componente homoerótico de los mitos y leyendas que invocan, mientras que el tema parece incomodar a Bly, que se expresa en estos términos: “when gay topics come up, he tends to change the subject quickly” (Shewey 1993: 7).

En su descripción del grupo Schwalbe destaca que, siendo privilegiados, por haber obtenido éxito social y económico, en esos momentos se reúnen con el único punto en su agenda de sentirse bien compartiendo su estado interior, “feeling empty and dissatisfied. They found that the external trappings of success were not spiritually fulfilling [...] many of them felt isolated, cut off from other men” (1996: 72). Schwalbe recalca, además, que este cometido les hace acoger con entusiasmo los ritos por medio de los cuales reciben los beneficios de los abrazos así como otras manifestaciones afectuosas gracias a las cuales conectan con los demás: “many described mythopoetic

activity as part of an effort to create a community where they could interact with other men in a supportive, noncompetitive way” (1996: 72). El concepto de *communitas* y las prácticas rituales son un todo difícil de separar donde el grupo se afianza y retoma fuerzas gracias a ceremonias colectivas, que, a su vez, son expresión de la idea de unión que debe imperar. Los retiros mitopoéticos se caracterizan, según los describen Hondagneu-Sotelo y Messner, por recuperar ambos conceptos que hacen tomar conciencia al individuo de que forma parte de una entidad mayor y dan acceso al grupo y ayudan a crear una identidad colectiva unitaria: “Bly’s ‘male initiation’ rituals are intended to heal and reconstruct these masculine bonds” (2013: 505). La búsqueda de *communitas* no es una tarea fácil y mucho menos algo que se produzca de manera espontánea entre hombres que, para triunfar, han debido explotar su individualismo. Por lo tanto, actividades como tocar el tambor, “drumming was an activity that gave men who were strangers a way to quickly feel comfortable and familiar with each other [...] connecting with each other via nonverbal means” (Schwalbe 1996: 88), y otras muchas como las máscaras, los bailes, las canciones y los juegos iban enfocadas a propiciar el éxito de estos emplazamientos rurales de tres a cinco días. Más concretamente representan, con carácter simbólico, los valores, las creencias y los sentimientos que dominan en cada grupo, ya que su objetivo era exteriorizar lo que normalmente está sujeto al ámbito privado, una intimidad que, de tanto preservarla, permanece oculta para muchos hombres.

La clave para comprender la importancia de las actividades rituales reside en ver, por un lado, su simbiosis entre los presupuestos de psicología analítica de base jungiana con elementos místicos y míticos de arquetipos y, por otro, la pervivencia del acercamiento a la espiritualidad New Age, con sus programas de crecimiento personal: “The mythopoetic movement was a specialized movement, falling between neo-Jungian and New Age literature, that viewed masculinity as an archetype that had been hardwired into human biology and that romanticized male bonding” (Weir 2002: 66)—a pesar del rechazo a la debilidad, que el movimiento identifica en los llamados “*New Agers*”. Quien pasa por ser el mayor teórico de los Mitopoéticos, James Hillman (1926), parte de los arquetipos jungianos para extenderlos a imágenes del inconsciente, que llenan de un significado metafórico las experiencias más rutinarias. Este destacado discípulo de Jung siguió la concepción de su maestro con respecto a la parcelación

freudiana entre hombres y mujeres, manteniendo su visión sobre la inferioridad femenina, así como la importancia del imaginario colectivo, del que el individuo no es del todo consciente, pero que queda reflejado en la cultura e influye poderosamente a lo largo del tiempo. La división del grupo—una escisión que los ligaba a la biología entre los arquetipos masculinos (su imposición de un orden, la defensa del territorio y la provisión de todo lo necesario para la protección de la mujer), y los femeninos, más inclinados a percibir la conexión entre elementos, fomentar la intimidad y engendrar nueva vida en su amor hacia el hombre—contribuyó al establecimiento del esencialismo, que tanto interesaba a los Mitopoéticos. Además, a la hora de tratar la identidad, el psicólogo suizo (Jung, 1958) afirmó que todo hombre contiene un componente femenino y toda mujer uno masculino; él lo llama *anima*, vinculada a *eros* y a la capacidad de relacionarse en los sueños de los hombres, y *animus*, el aspecto lógico y racional de la psique femenina conectado con el *logos*, que representa la razón y la inteligencia, que sirven para ordenar el mundo.

Schwalbe sostiene que la construcción masculina, dada su complejidad, se estudia en mayor profundidad a través de símbolos e imágenes, “the emphasis on specific images grew out of Jungian psychology, according to which the psyche was best explored by working with emotionally evocative images” (1998 : 570), donde se vean los distintos aspectos representados. En tanto que herramienta para ayudar a alcanzar la madurez y el crecimiento personal, esta configuración simbólica se articula en relatos míticos que hacen referencia a guerreros, princesas, seres salvajes y toda una serie de personajes de cuentos de hadas y que se utilizan para afrontar temas de género y contribuir al inconsciente colectivo como síntesis de las creencias y su expresión mítica. De ahí, argumenta Spark, el nombre del movimiento, que hace alusión a la posibilidad de crear a través de los mitos y las fábulas: “the term ‘Mythopoetic’ comes from mythpoesis, referring to the re-mythologising of masculinity” (1997: *en línea*). Bly—compartiendo en su totalidad la propuesta jungiana del *anima* y el *animus*, “We know each man has a woman inside him, and each woman has a man inside her” (1990: 98)—se esfuerza por lograr que el hombre encuentre vías para recuperar su relación con ese equilibrio de fuerzas opuestas en su interior. Es decir, propone formas de canalizar dichas energías arquetípicas de lo masculino y de lo femenino y, para ello, utiliza la capacidad de los mitos, que Lévi-Strauss aclaró: “l’objet du mythe est de fournir un

modèle logique pour résoudre une contradiction” (1985: 227). Su uso de un pensamiento mítico para meditar y ser conscientes de las oposiciones de la realidad influye en la apropiación que hacen los Mitopoéticos a la hora de lidiar con la crisis de la masculinidad, con su mezcla de poder e infelicidad. Los mitos acuden al rescate del hombre para que este repare los vínculos con su parte más íntima; es decir, su masculinidad profunda. En definitiva, la función social de esta concepción es la de contribuir al restablecimiento de los pilares del sistema, participando, para ello, en la aceptación de la dominación masculina.

La catarsis ideológica propuesta por Bly va más allá del modelo de Lévi-Strauss en su idea de “tout mythe est une recherche du temps perdu” (1958: 225) y sintoniza con una lectura más concreta y práctica entroncada con la espiritualidad New Age. Este conglomerado de conceptos e intereses en torno a la recuperación de un humanismo en perfecta unión con el cosmos y de un ecologismo que se oponía a las pruebas nucleares es un movimiento deudor de la tradición de la contracultura de los años sesenta y de su búsqueda de alternativas a la religiosidad tradicional a través de la incorporación de prácticas y creencias provenientes de diferentes fuentes además de la psicología de Jung. Estas incluyen las siguientes: la meditación asiática, a través del yoga, el panteísmo indígena y la reencarnación, o la autoayuda norteamericana y la curación espiritual, así como la creencia en nuevos y viejos valores del ocultismo—la parapsicología, los poderes sobrenaturales y la vida extraterrestre—o la práctica de la medicina alternativa, la experimentación con drogas y las experiencias extracorporales, y la fe en materias científicas, como la astrología, y el descubrimiento de nuevos horizontes por medio de la física cuántica o la tecnología informática.

Sea, como afirma Sylvia Fraser en su *best seller* de la New Age, *The Book of Strange* (1992), una reacción en la que los *baby boomers* “are going back to the other prong of the revolution” (en Savran 1998: 294) por compensar los excesos sexuales de la década anterior o sea como consecuencia de que la obsesión por la recuperación económica y el materialismo propio de los años ochenta no reportaron la felicidad prometida, al no tener en cuenta las necesidades espirituales de los ciudadanos y derivaron en el pesimismo y la insatisfacción, el caso es que los programas de autoayuda en 12 pasos de la psicología *pop*, las psicoterapias colectivas, las prácticas rituales indígenas y otros métodos de crecimiento espiritual por medio de técnicas de

taller para los hombres triunfaron hasta mediados de los años noventa. Hasta entonces en estos retiros rurales la preocupación por la identidad se apoyaba con mucho incienso y poco LSD.

Su manera liberal de vivir el sentimiento religioso permite entender el encuentro de múltiples convenciones, que enriquecieron el potencial humano y amplificaron sus experiencias espirituales, lo que, por otra parte, evitó que cayeran en el reduccionismo teológico oficial. A la influencia del pensamiento oriental—en especial el Hinduismo y el Budismo, con su dicotomía entre la feminidad de la madre tierra, en torno a las fuerzas del Yin, y el orden y la actividad masculinos, en torno al Yang—que los New Agers retomaron a través del Transcendentalismo de Emerson y de su impronta en Jung, habría que sumar la recuperación de la religiosidad tradicional de los nativos americanos. Su visión metafísica del cosmos, con la armónica correspondencia animista entre lo particular y lo universal, lo ordinario y lo misterioso y lo práctico y lo ritual, marcó profundamente el cariz naturalista del movimiento, encuadrado en el sagrado territorio entre la madre tierra y el padre celestial. Por otro lado, la popularidad de la psicoterapia de las dinámicas de grupo motivó el interés en programas de crecimiento personal como el EST (Erhard Seminar Training), que Werner Erhard desarrolló en los años setenta para descubrir nuestra más auténtica identidad y así compartir, tal y como explica Peter N. Carroll, “a commitment to individual transcendence—the liberation of the self from the ego conflicts and institutional restraint as a way of attaining expanded consciousness” (1990: 246). A pesar de los comentarios que recoge Schwalbe, “This isn’t some kind of flaky, California New Age shit we’re into” (1996: 54), y que tienen que ver con la idea del hombre *soft*, que se rechaza en tanto que su producto, el mismo autor señala expresiones espirituales en común; así, por ejemplo, las provenientes de las filosofías Zen o Hare Krisna.

Schwalbe también hace hincapié en la influencia en las prácticas mitopoéticas de tradiciones como la sufí y su misticismo a través de imágenes simbólicas inducidas por medio de repeticiones hipnóticas o bailes rituales de claro signo New Age. El renacimiento de una espiritualidad donde mente, cuerpo y alma van de la mano en procesos de secularización de la experiencia religiosa es inconfundible en actividades tan relevantes como tocar el tambor, que se ha comentado anteriormente: “Drumming thus helped the men to do two other things that mythopoetic philosophy called for:

getting out of their heads and into feeling their bodies, and by-passing the rational ego that kept a lid on the archetypal masculine energies the men sought to tap” (Schwalbe 1998: 575). En cualquiera de sus manifestaciones—individual o en grupos de seis a 40 participantes—y con independencia del instrumento de percusión (congas, djembes, panderetas o cubos del revés) hay que destacar el significado especial de esta práctica: “I was really entranced just drumming and then all of a sudden I had this real powerful experience where I felt like I was on a hill, on some mountainside or some mountaintop, in some land far far away, in some time that was all time [...] mystical experiences where all of a sudden I felt planted in the community of men” (Schwalbe 1998: 575), cuyo origen proviene, según Schwalbe, del descubrimiento de su efecto hipnótico durante la visita de Michael Meade—un conferenciante que acompañaba rítmicamente sus narraciones folklóricas del tambor. A partir de entonces, ya sea como forma de recibimiento o como medio de comunicación y entendimiento, la percusión es parte de los rituales del grupo e incluso cuando es un ejercicio libre—desprovisto de dirección o supervisión que coharte la libertad individual—también se puede leer en clave New Age por mostrar los ritos de iniciación y la figura de los chamanes que los fundadores del movimiento tuvieron a la hora de exhibir su ascendencia sobre el grupo e inculcar su autoritaria impronta: “The physical props, the words and actions of the ritual leaders, and the sincere words and actions of some men evoked real feelings in others and drew them in” (Schwalbe 1998: 573).

3.3.4.3.1. *Iron John: A Book about Men*

Las teorías puestas en práctica por los integrantes del grupo Mythopoetic Men son las expresadas en *Iron John: A Book about Men* (1990), donde Robert Bly, su autor, sigue premisas jungianas así como el uso de la mitología para recuperar y reinterpretar uno de los cuentos de los Hermanos Grimm. El propio Bly lo traduce de *Grimms Märchen* (1946), a la manera en que interpreta Marie-Louise von Franz los cuentos de hadas como las mejores versiones del mito sobre el resultado del inconsciente colectivo, para estimular la imaginación de los hombres, en lo que se entiende como un rito de iniciación en ocho estadios. El relato, recogido a principios del siglo XIX por los hermanos Grimm basándose en temas y motivos que se retrotraen miles de años atrás, pero que ellos editan para que refleje la ideología hegemónica y exaltada de su época,

describe cómo un príncipe apadrinado por un hombre salvaje, Iron John, es capaz de aprender, madurar y llegar a ser feliz a la vez que obtener el reconocimiento de los demás, bajo la guía de su mentor, quien le permite entrar en contacto con su parte salvaje para defender lo que más quiere. En el proceso de crecimiento y maduración, cada aventura se considera un estadio de los ritos de iniciación, que comprenden las siguientes fases: 1: The Pillow and the Key; 2: When One Hair Turns Gold; 3: The Road of Ashes, Descent, and Grief; 4: The Hunger for the King in a Time with no Father; 5: The Meeting with the God-Woman in the Garden; 6: To Bring the Interior Warriors Back to Life; 7: Riding the Red, the White, and the Black Horses; y 8: The Wound by the King's Men.

Bly se detiene en cada uno de estos momentos a fin de aclarar la importancia y el significado de la unión y de la separación de la madre y del padre, de la ayuda del mentor, del aprendizaje en contacto con el *Wild Man* y del final feliz en matrimonio, que son las cinco etapas en que, tal y como afirma el propio Bly, se divide el relato: "The events of our story fit roughly into this model of classic initiation" (1990: 182). El autor, que en su falsa modestia solo reconoce una humilde tarea, "What I have done with the men; it's nothing but finding a couple of fairy stories that are useful" (Moyers 1990: 26), aprovecha para explicarlas e ilustrarlas profusamente con ejemplos tomados de las fuentes más variadas por su origen geográfico y temporal. Así, se pueden encontrar historias europeas (clásicas: griegas y romanas; y modernas: británicas, españolas, francesas, nórdicas y centroeuropeas), asiáticas (indias, especialmente) o americanas, del norte y el sur; y relativas a diversas materias: historia, literatura, psicología, folklore, religión, mitología, antropología—sin excluir las numerosas composiciones poéticas del mismo Bly. Todo esto, asegura Savran, contribuye a que sea un libro tremendamente difícil de clasificar: "Bly's Iron John is an extraordinarily disordered and eclectic text, part sociology, part anthropology, part pop psychology, part self-help manual, part holy writ" (1998: 170)—si bien es evidente que la labor y el fondo ideológico que persigue y consigue Bly no es muy diferente al de los hermanos Grimm.

Su punto de vista sobre las consecuencias del feminismo es el intercambio de roles que ha producido el *soft male*, que, además de no ser feliz, "Ironically, you often see these men with strong women who positively radiate energy" (Bly 1990: 3). El fortalecimiento, con el fin de evitar ser un juguete en manos de otros, a la vez que el

desarrollo de técnicas para ahondar en el conocimiento y la aceptación propia y con las que poder restablecer el equilibrio interior y el control sobre la vida perdida en busca del éxito social o sexual es lo que Bly pretende trabajar tanto en su obra escrita como en los retiros mitopoéticos. Y ello lo hace por medio de la recuperación de ritos iniciáticos, “Having abandoned initiation, our society has difficulty in leading boys toward manhood” (1990: 182), de la reactivación de la energía masculina, “The journey many American men have taken into softness, or receptivity, or ‘development of the feminine side’, has been an immensely valuable journey, but more travel lies ahead. No stage is the final stop” (1990: 4), y de la reapropiación de la masculinidad cual identidad positiva: “It’s important to be able to say the word masculine without imagining that we are saying a sexist word” (1990: 234).

Incidiremos una vez más en lo ya comentado sobre el ritual en tanto que mecanismo para crear un sentimiento de colectividad y solidaridad, resumido en el concepto de *communitas*. En el marco de dicho contexto se crea un espacio litúrgico donde la separación con respecto al resto del mundo identifica la diferencia marcada por un universo de los sentidos, en el que al entorno natural se añadía el intenso olor a incienso y el ritmo de los tambores. Además, cuando al entrar en esos lugares sagrados los participantes hundían sus manos en bidones de agua para limpiarse de todo lo que traían del mundo civilizado, llevaban a cabo un acto simbólico de purificación y se disponían a emprender un viaje donde les esperaban nuevas creencias, sensaciones y valores. La sustitución de su rutina diaria por el ritual externalizaba su voluntad de cambio y, a mayores, contribuía a ello liberando toda la energía psíquica que atenazaba su interior y les ponía en contacto con sus hermanos. En esa novedosa distribución, desnudos en ocasiones o vestidos con pieles y plumas y con máscaras, iban dejando atrás las limitaciones de la cultura que les hacía infelices y se preparaban para abrazar una nueva vida donde no solo iban a entrar en contacto con el dolor de una forma diferente sino que iban, revela Kaufman, a poder superarlo: “The real attraction of Robert Bly and the mythopoetic men’s movement has been that it allows men to start breaking down their emotional and spiritual isolation from one another” (1993: 8-9).

Para Bly, el sufrimiento, que, en soledad, es insoportable y, oculto bajo capas de éxito y agresividad, entierra en vida a quien lo padece, que termina por ignorarlo, “In this century, men have added another inattention: they characteristically failed to notice

their own suffering” (1990: 71), resurge en los retiros a través de ritos de iniciación. Estos, ya tratados por Bly en 1986 en *Men’s Initiation Rites*, sirven para dar por finalizada la infancia y aprender a afrontar el dolor, por lo que su desaparición obstaculiza el camino para los jóvenes, “Having abandoned initiation, our society has difficulty in leading boys toward manhood” (Bly 1990: 182), impidiendo su madurez, “a boy becomes a man only through ritual and effort” (Bly 1990: 15). Bly cree en los beneficios de la aflicción, que nos hace humanos, “The initiation then tells the young man what to do with wounds” (Bly 1990: 34), y nos devuelve a la realidad: “[I]nitation of boys begins with two events: the first is a clean break with the parents, after which the novice goes to the forest, desert or wilderness. The second is a wound that the older men give the boy” (Bly 1990: 28). Es más, considera que “[t]he recovery of some form of initiation is essential to the culture” (Bly 1990: 35) si se quiere detener el proceso degenerativo nacional, debido a que “The United States has undergone an unmistakable decline since 1950” (Bly 1990: 35).

El poeta de Minnesota identifica el origen del mayor problema del hombre, “We know that our society produces a plentiful supply of boys, but seems to produce fewer and fewer men” (Bly 1990: 180), aportando como razón principal la ausencia de la figura paterna. El bautismo que dé la bienvenida al mundo adulto es algo que solo el padre puede ofrecer, “You know, a woman can bring the boy from the foetus to be a boy, but she cannot move him from a boy to being a man. Only other men can do that” (Moyers 1990: 23), de ahí que su falta provoque desórdenes mentales y conductuales para el resto de la vida. Y es que se dificulta con ello el paso de la llamada “*Infantile Grandiosity*”—cuando nos creemos dioses en nuestra infancia—a la “*True Grandiosity*”. Sin el bautismo paternal no es posible superar la incapacidad para lidiar con el dolor, lo que lleva, señala Kaufman, a celebrar la masculinidad que ni siente ni padece: “The suppression of emotion is celebrated in our culture in the stoic hero” (1993: 50). Habría que subrayar que el tema no es exclusivo de los Mitopoéticos, “[...] to both Bly and the early Freud, the father was unquestionably the towering figure in the life of the child” (Herek 1987: 87), y el propio Bly menciona a Alexander Mitscherlich, autor de *Society without the Father*, para quien, “we’ve got a society without the father, period” (Moyers 1990: 15). Tanto su presencia, “[being] physically close to our father [...] gives the son a certain confidence, an awareness, a knowledge of what is to be a

man, what a man is” (Moyers 1990: 4), como su ausencia, “If you are not with your father at all times of the day [...] a hole will appear in the son’s psyche” (Moyers 1990: 15), provocan la conclusión de Bly tras los retiros: “There is not enough father” (1990: 92). Dada la relevancia del problema, arremete contra aquellas series de televisión o películas que juegan con el tema mostrando algo muy peligroso: “the men are—the fathers are completely ridiculous” (Moyers 1990: 18).

Los datos relativos a su desaparición total, “Twenty to thirty percent of boys now live in houses with no adult male present” (Bly 1990: 186), o parcial, “the average American father now spends ten minutes a day with a son” (Moyers 1990: 5), tienen una doble explicación para quien es posible que también sufriera con motivo del mismo problema, “My father was an alcoholic” (Moyers 1990: 5): por un lado, la revolución industrial y, por otro, el feminismo. En su entrevista con Moyers explicita que desde el inicio de dicha revolución hay una gran pérdida, “[the] love unit most damaged [...] has been the father-son bond” (1990: 8), causada por el final del modelo tradicional de vida en los Estados Unidos—una circunstancia que rompió la unión existente entre el hombre y la tierra así como entre trabajadores. Se trata, asegura, de un momento clave, “which sends the father out of the house to work” (Moyers 1990: 4), que, además, coincide con la crisis de la masculinidad.

Si al alejamiento del padre del hogar, se añade que, de forma simultánea al proceso de desintegración del núcleo familiar, se da un cambio en la mujer que reivindica una posición de igualdad y que, en opinión de Bly, extiende un sentir en contra del hombre, “My mother had tripod rage—the irresistible urge to kick anything with three legs” (1990: 32)—el máximo perjudicado es el hijo, que se describe víctima de “‘psychic incest’ [...]. The emphasis placed in recent decades on the inadequacy of men, and on the evil of the patriarchal system, encourages mothers to discount grown men” (1990: 186). Esta idea generalizada, “At the turn of the century, excessive mothering had been one of a cluster of social transformations creating concern” (Pleck 1987: 90), conduce, subraya Kimmel, al peligro de la feminización del hombre; esto es, la pérdida de la esencia de unos niños que, en ausencia de sus padres, solo aprenden de sus madres: “Bly, Keen, and the other leaders of the mythopoetic men’s movement tap into a deep current of malaise among American men. The fears of feminization” (1996: 321). Los Mitopoéticos pretenden hacer frente a dicho riesgo por medio de una

desvinculación desde la infancia, proponiendo, como hace Keen, que las madres que educan a sus hijos solas les manden a vivir con sus padres cuando cumplan 12 años para que rompan con su unión: “[M]en have an unconscious bond to women [...] viewed as a powerful Trinity—nurturing Mother and Matrix, spiritual Goddess, the Creatrix of life” (Spark 1997: *en línea*).

En la medida en que es imposible hacer lo que se lleva a cabo en algunas tribus de América o África, los retiros mitopoéticos pretenden reproducir, tal y como recoge Messner, un entorno privado de mujeres con un objetivo claro: “to create spiritually based homosocial rituals through which they can collectively recapture a lost or strayed true ‘manhood’” (1997: 17). La distancia física debe facilitar el salir del embrujo, “the feminist movement encouraged men to actually look at women, forcing them to become conscious of concerns and sufferings that the Fifties male labored to avoid” (Bly 1990: 2), alterando las prioridades de los jóvenes: “He’s a nice boy who pleases not only his mother but also the young woman he is living with” (Bly 1990: 2). Para ello han de servirse de todas las armas disponibles. Y esto incluye tanto las nuevas como las viejas, “the women of twenty years ago were definitely saying that they preferred the softer receptive male” (Bly 1990: 3), manipulando y recurriendo al chantaje para obtener lo que desean; en pocas palabras, hombres cobardes que ellas puedan dominar: “I remember a bumper sticker during the sixties that read ‘WOMEN SAY YES TO MEN WHO SAY NO’” (Bly 1990: 3).

Bly hace hincapié en las terribles consecuencias a las que conduce dicha manipulación, “The strong or life-giving women who graduated from the sixties [...] played an important part in producing this life-preserving, but not life-giving, man” (1990: 3). En su opinión, las repercusiones se pueden resumir en el modelo *soft man*, un tipo de hombre incapaz de luchar por sus necesidades: “That doesn’t imply that we need to build up the patriarchy again, but we need to understand that we are starving” (1990: 122). Las razones de esta falta de habilidad deben buscarse en la opresión que los hombres sienten individual y colectivamente frente a las mujeres, y, faltos del bautismo paterno, no saben reaccionar, lo que desencadena caminos destructivos y autodestructivos. Con el fin de poner los medios necesarios para evitar que los hombres caigan en ese ciclo, se crean los retiros y se llevan a cabo los ritos de iniciación, que ayudarán a recuperar el contacto con lo más profundo de la masculinidad: esas fuerzas

que se identifican en *Iron John* bajo el nombre de “*Wild Man*” y que, con la ayuda del grupo, se van a conocer, controlar y saber dirigir en la dirección correcta, evitando la agresividad y violencia y haciendo que el individuo se sienta bien, encuentre una estabilidad en su vida y fortalezca la seguridad en sí mismo. El objetivo último del proceso que pretende descubrir la relación con la parte salvaje interior del hombre es el desarrollo de una identidad masculina sana y fuerte, liberando la energía primitiva que se posee instintivamente y que se ha perdido: “the purportedly effeminizing culture of late capitalism has locked away in a cage” (Bly 1990: 8). El efecto de experimentar el dolor del bautismo a la masculinidad adulta, “With the men it’s more an area of grief, as opposed to pain [...]. I felt that grief is a door to male feeling” (1990: 5-6), devuelve, le explica Bly a Moyers, al hombre la capacidad de saber reaccionar al sufrimiento con entereza y, en grupo, la sensación se atenúa.

El resultado recuperaría las diferencias entre hombres y mujeres, lo que Moore y Gillette denominan “*cosmic, life-engendering phallus*”, para lo que Keen pide respeto, “phallic principle that gives man dignity [...] is worthy of worship” (en Savran 1998: 296)—un posicionamiento que, por otra parte, redundaría en el esencialismo por el que Bly aboga: “Geneticists have discovered recently that the genetic difference in DNA between men and women amounts to just over three percent. That isn’t much. However the difference exists in every cell of the body” (1990: 234). Se vuelve, pues, a la subordinación de la mujer, algo común a las culturas donde los niños pasan a ser hombres en dolorosos ritos. Bly conoce la doble posibilidad ante la naturaleza de la masculinidad: “So I think we have to say that the shame over the three percent and the pride over the three percent belong to all contemporary men, not just to some” (1990: 235), pero no el hecho en sí, de la misma manera que ve el modelo de hombre enfrentado al de mujer: “I am suggesting then that two contemporary trends have come together. One is the increasing emphasis in the America culture on the adult man’s inadequacy, even his absurdity, and the second is the woman’s increased awareness of her own interior emotional richness” (1990: 186). Despertar y acercarse al *Wild Man*; es decir, a lo indomable, a lo instintivo o, en suma, a aquello que la sociedad no puede controlar. De esta manera, la masculinidad formaría una esencia profunda, más allá de la cultura a la que ha de servir, como guía para apartarse de los miedos de la madre protectora o de la mujer controladora y entrar en contacto con lo atávico: “Every

modern male has [...] a primitive being covered with hair [...]. Making contact with this Wild Man is the step the Eighties male or the Nineties male has yet to take” (Bly 1990: 6). Bly fecha el sufrimiento de los participantes en sus retiros: “I have felt that the men have suffered a great deal in losing the wild man, which is a certain form of spontaneity connected with the wilderness itself. And they’ve suffered a great deal since the Second World War in losing the warrior” (Moyers 1990: 17).

La identificación del *Wild Man* con el *warrior* es uno de los puntos más controvertidos de la doctrina mitopoética, porque una cosa es naturalizar al primero, “the Wild Man *is* nature” (Bly 1990: 224), y atribuirle ecológicas virtudes, “The Wild Man is the male protector of the earth” (Bly 1990: 223), o incluso culturales, “Thoreau said, ‘In literature it is only the wild that attracts us’” (Bly 1990: 223), y otra muy distinta defender la naturalidad de una humanidad belicosa: “We could say that a third of each person’s brain is a warrior brain; a third of the instincts carried by our DNA relate to warrior behavior; a third of our thoughts—whether we like it or not—are warrior thoughts. That is a sobering idea” (Bly 1990: 150). Y, más grave si cabe es aseverar que “[t]o be a man means that you need to develop the warrior” (Moyers 1990: 15). Sobre todo si se tiene en cuenta que la definición que se aporta es poco tranquilizante, “The warrior in men is not always the one that’s out there killing people. That’s not it. It’s the one who is able to pursue a task until it’s finished” (Moyers 1990: 16), y que se centra en la anatomía para aclarar: “That attention to what is below encourages us to follow our own desires, which we know are not restricted to sexual desire, but include desires for the infinite” (Bly 1990: 224). Y no solo eso sino que, además, insiste en lo siguiente: “The Wild Man [...] represents the positive side of male sexuality” (Bly 1990: 223). Sumadas a estas lecturas, sus virtudes en otros campos también asustan, “The warrior is a defender of the boundaries” (Moyers 1990: 16), más cuando se acude a eufemismos tales como estos: “The patriarchy is a complicated structure. Mythologically, it is matriarchal on the inside” (Bly 1990: 98).

Obviamente, “[t]he Americans are very weak in the warrior now” (Moyers 1990: 16), al tratarse de un momento en que la sociedad, tal y como señala Bly, busca otro tipo de hombre: “Some women want a passive man if they want a man at all; the church wants a tamed man—they are called priest; the university wants a domesticated man—they are called tenure-track people; the corporation wants a team worker, and so on”

(1990: 61). Así, la capacidad “natural” de iniciativa masculina y la pasividad femenina, “Women, until recent times, have not been praised for their activity” (Bly 1990: 60), y la cultura de la modernidad se han intercambiado: “Women are coming out into activity just as the men are passing them going the other way round, into passivity” (Bly 1990: 60-61). La apuesta por la energía para decidir por uno mismo es la solución para Bly y sus seguidores y si bien se encuentra en el interior de cada hombre, el entorno natural contribuye a crear el ambiente, “Men do not learn except in ritual space [...] partly it’s done because no women are there, partly it’s done because it’s in the woods, partly because older men are there” (Moyers 1990: 20), donde el recibimiento con tambores o los bailes y las danzas no parezcan ridículos, ni la semidesnudez, vergonzante.

3.3.4.3.2. Conclusiones

La liberación de la parte más salvaje del hombre se produce dentro de la recuperación del primitivismo moderno que hace el movimiento con su énfasis en los ritos, “People need physical ritual, tribalism” (Vale y Juno 1989: 36). Y es que la vida contemporánea ha obligado a sacrificar una parte de nuestra naturaleza, que permanece encerrada por lo que Max Weber llamó “*iron cage*”; en otras palabras, la *jaula de hierro* del racionalismo de nuestra época. La represión que aliena a individuos y colectivos enteros propicia la apropiación de los rituales de los americanos nativos, que se confía sirvan para sentar las bases para participar de la comunión con la espiritualidad de la naturaleza y de su sentido de comunidad, que recibe el nombre de “*Redface*” por parte de Kimmel. Más específicamente, él lo considera una adopción emocional por parte del hombre blanco “to feel connected to themselves and to their lost male spirituality” (1996: 320); esto es, una forma de vuelta al *bon sauvage* de Rousseau (1754) y a lo primitivo como lo bueno.

Schwalbe denuncia la falsedad de esta recreación de lo que el hombre blanco entiende por la cultura de los nativos americanos: “a loud chorus of ‘Ho!’” (1996: 569). Se trata de un fenómeno semejante al de los cánticos de las películas del Oeste, con las distorsiones propias de Hollywood, “the idea of late twentieth-century white men enacting a Native American sweat lodge was absurd” (1996: 569), hasta tal punto de que “the men had to exaggerate their absorption in the ritual reality just to keep a grip on it” (1996: 573); de ahí que recibieran las críticas de los propios nativos: “First

Nation's people criticise the Mythopoetic men's movements' appropriation, trivialization, and dishonouring of their traditional rituals of drumming, chanting, dancing, vision quests, sweat lodges, and animal spirit walking" (Spark 1997: *en línea*). Connell también insiste en el fondo de la cuestión: "Aboriginal men are not real people to Bly [...] they are ciphers that fit into a particular slot in his imagination. When Bly's followers go to the woods to beat on drums, they are not respecting real African or Native American traditions. They are enacting a stereotyped, basically racist, notion of the primitive" (1995: 84-85).

Este estilo de vida, en contacto con la naturaleza, no es, por otra parte, de ninguna manera novedoso dentro del imaginario estadounidense, que tiene en el escapismo a lo salvaje uno de sus refugios mentales preferidos—desde el *Wild West* a las actividades de recreo, caza o pesca. Dicha mistificación es singularmente atractiva para el hombre, a quien se le anima a explorar las leyes de la naturaleza cual texto de sabiduría máxima. Albert Beveridge se sitúa entre quienes dirigieron a los jóvenes por tal camino: "avoid books, in fact to avoid all artificial learning, for the forefathers put America on the right path by learning from completely natural experience" (1906: *n. pág.*). A modo de ejemplo del éxito que cosecharon estas fórmulas cabe citar a Jack London en obras como *The Call of the Wild* (1903), en la que exalta valores atávicos y comportamientos salvajes masculinos soterrados bajo la civilización y que solo en circunstancias extremas salen a relucir. Así, la fortaleza y la resistencia física y mental, el control y el dominio del propio cuerpo y del entorno y el coraje y la violencia sirven para acometer proezas cuando se acude a la llamada de la naturaleza.

Ha de añadirse, asimismo, que la repetición de la misma mitología premoderna, con la retórica y la parafernalia primitivistas, entre los dos finales de siglo no es mera coincidencia. Es más, Rotundo establece que existe cierto grado de paralelismo entre los dos momentos históricos, una circunstancia que cabe atribuir a la similitud de los contextos sociales: "Both movements emerged during eras marked by material greed and self-seeking of an unusually intense sort. In gender terms, these phases of anxiety about manhood began while the male grip on power and privilege was under attack by women" (1993: 288). Todo ello explica la actitud defensiva adoptada para salir del estado de confusión, con un discurso de seguridad anclado, sentencia Schwenger, en la simplicidad nostálgica, "recurrent masculine nostalgia for the idea of the male that is

simpler, more physical, and larger than life” (1984: 102), y que culpa a la sociedad moderna y al feminismo—al verse como uno de sus productos—de los problemas psicológicos del individuo. Por último, habría que apuntar, con Schwalbe, que en el planteamiento mitopoético estos se “curan” con fórmulas del tipo, “Get undressed, stay quiet, keep your humility” (1996: 572), puesto que, tal y como admite Bly: “I think that men cannot mix words with feelings as well as women” (Moyers 1990: 25).

Lejos de ser una crítica, puede concebirse como una forma de exaltación del carácter indómito de los hombres norteamericanos, que se diferencian, en opinión de Kimmel, así del intelectualismo europeo: “[The] peculiar American relationship to nature—the twin myths of the limitless frontier and of inexhaustible resources—allows us to continue to see the New World as the state of nature, ruled by natural law, unrestrained by the historic obligation to civilization” (1987: 236). En su esfuerzo por cambiar la negatividad con la que se percibía al hombre en la época, “Part of what the mythopoetic men tried to do was to remake ‘man’ into a positive moral identity” (Schwalbe 1996: 108), el movimiento mitopoético ofrece un nuevo hombre, que, con la recuperación del contacto con su interior y gracias a la fuerza con la que se enfrenta al dolor de sus heridas, podrá volver a liderar la sociedad. A pesar de que Bly especifica, “The aim is not to be the Wild Man, but to be in touch with the Wild Man. No sane man in Greece would say, ‘I want to be Zeus’”, lo cierto es que existe un discurso de naturalización del poder masculino, que va desde el primer paso, “The king is described in Greek mythology [...] through the image of Zeus” (Moyers 1990: 21), a la idea de Bly sobre la restablecimiento que apela a la sabiduría de los antiguos griegos por encima de modernas interpretaciones:

There’s a general assumption now that every man in a position of power is or will soon be corrupt and oppressive. Yet the Greeks understood and praised a positive male energy that has accepted authority. They called it Zeus energy, which encompasses intelligence, robust health, compassionate decisiveness, good will, generous leadership. Zeus energy is male authority accepted for the sake of the community (Moyers 1990: 22).

El vínculo establecido entre el círculo familiar y el político, “The perceived absence of the father is actually the absence of the king” (Bly 1990: 122), redundante en la politización del discurso mitopoético, que argumenta la necesidad de un líder que devuelva al hombre y al país al lugar que les corresponde. La progresiva desaparición

de esta figura masculina fuerte y potente hace de los Estados Unidos una excepción e impide que se desarrolle: “All the great cultures except ours preserve and have lived with images of this positive male energy. Zeus energy has been steadily disintegrating decade after decade in the United States” (Bly 1990: 23). La obviedad de las funciones que Robert Moore y Douglas Gillette otorgan al hombre en su *King, Warrior, Magician, Lover* (1990) no deja lugar a dudas. En efecto y al margen de valores económicos, políticos o sociales, este superhéroe, que no pertenece a ninguna religión, “not anti-Christian but pre-Christian” (Bly 1990: 8), ni es antifeminista, porque es, señala Keen, independiente de las mujeres, “to love a woman, men must first leave WOMAN behind” (1991: 23), ni es antisocial, porque su fuerza individual le hace estar por encima de la sociedad, se presenta desde las palabras iniciales de Bly como sustituto de los gastados estereotipos: “[...] it is clear to men that the images of adult manhood given by the popular culture are worn out; a man can no longer depend on them” (1990: ix).

Bly llega a referirse de manera expresa a la situación política estadounidense para no solo hablar en general del tipo de persona que se precisa, “Leaders, then, need to be strong enough so that the young men can let them carry their inner king for a while” (1990: 111), sino que sitúa el final de la estirpe en un momento histórico concreto: “When forces in the United States opposed to any spiritual kingship killed the Kennedys and King in mid-career, it was a catastrophe for the men of that generation” (1990: 111). Por lo tanto, incide en la necesidad de que su proyecto se lleve a cabo lo antes posible: “Young men coming into adulthood during the Reagan and Bush administrations have a different problem—the difficulty of finding anyone who can carry their King” (1990: 111-112). Su descalificación del presidente, “as actor, played the part, but could not be honest” (Bly 1990: 112), no fue compartida por todos los seguidores del movimiento mitopoético, ya que según Kimmel y Kaufman: “Moore and Gillette venerate Ronald Reagan’s courage during the hostage crisis and vilify Jimmy Carter as a wimp” (1994: 270). En cualquier caso, y aunque no cabe una relación directa ni unívoca entre los ideales mitopoéticos y los defendidos por Reagan—al que Bly presenta como un resto del hombre de los cincuenta, “Reagan is a sort of mummified version of this dogged type” (Bly 1990: 1)—puede afirmarse que los dos responden a un mismo clima político e ideológico de cruzada religiosa para recuperar lo perdido ante los, o mejor, las infieles. Ambos asocian, además, de manera explícita la crisis de la

nación con la de la masculinidad y ven como salida la mirada al pasado, más cercano en el caso del presidente, más alejado en el tiempo para quien el modelo John Wayne no sirve para los hombres más allá de la treintena, y por eso propone “nuevas” imágenes como las tomadas de Ovidio, Homero, los hermanos Grimm, Geoffrey de Monmouth, Blake, Lawrence, Kafka, Rilke, Machado o Lorca.

Fue precisamente entre los integrantes de ese grupo, “most of whom are between forty-five and sixty” (Kimmel 1996: 321), donde el movimiento mitopoético triunfó, aportando cuantiosos beneficios económicos. Y es que los retiros a \$200 por cada uno de los más de 250.000 participantes que tomaron parte bastan para considerarlo un buen negocio—únicamente por detrás del fundado por los Promise Keepers. Si a ello se añade lo sumado por las cuotas a los cientos de grupos que se formaron a lo largo del país, las subscripciones a las publicaciones—como *MAN!*, con más de 3.500 miembros, o *Wingspan*, con más de 125.000 lectores—y la venta de material, entre el que se incluyen libros—algunos de ellos encumbrados a las listas de superventas, con *Iron John*, *Fire in the Belly* y *King, Warrior, Magician, Lover* a la cabeza—juegos de mesa y otra parafernalia, hay que inferir que funcionó muy bien desde el punto de vista financiero. Por otra parte, el respaldo del norteamericano medio a los retiros espirituales manifiesta, en opinión de Schwalbe, la necesidad existente: “The mythopoetic movement arose amidst an epidemic of spiritual malaise among middle-class men in the United States” (1996: 67). Es cierto que desde el punto de vista sociológico resulta sorprendente, pero indica, sobre todo, el significado real de una filosofía que supo sintonizar con el estado de ánimo de determinados hombres y que les ofreció una solución idónea cuando se sintieron amenazados en su línea de flotación. La sensación de peligro real y cercano para la base del grupo hegemónico provocó la atracción hacia un movimiento que no les pedía que renunciasen a ella sino que aprendieran a encontrarse mejor, trabajando en la creación de *communitas* y superando traumas infantiles. La coincidencia ideológica entre el modelo de masculinidad y el mitopoético es lo más llamativo de una corriente que transforma la insatisfacción de sus miembros en felicidad, por lo que no supone ninguna ruptura con su mentalidad; más bien lo contrario.

Sus objetivos, que, según apunta Schwalbe, permitirían a los hombres “[...]to retrieve their masculine essence, celebrate their inner warrior, and heal their wounds”

(1998: 593), constituyen un buen ejemplo de cómo conseguir que un número importante de estadounidenses retornaran a las formas en que habían sido criados. Entre las recetas propuestas se incluye la de reencontrarse con una pasión que les hubiera sacado de un estado depresivo. De ahí que la simple participación en los retiros se considerara un hecho diferencial que les situaba, como destaca Schwalbe, por encima de los demás: “Doing this stuff makes us special. If I didn’t do men’s work I’d be just a regular guy” (1996: 27)—corroborando los criterios de lo hegemónico. En especial, incidía en su principio de mantenerse alejados del mundo femenino para, de esta manera, sentirse bien haciendo algo que no les resultaba fácil: recuperar emociones olvidadas a través de actividades colectivas, con el añadido de que dicho ejercicio representa un elemento de riesgo por la vulnerabilidad que les producía el desnudarse en todos los sentidos delante de otros hombres. Ahora bien, eso mismo, asegura Turner, repercutía en fortalecer la solidaridad: “Danger is one of the chief ingredients in the productions of spontaneous communitas” (1995 [1969]: 154).

El despertar emocional era el baremo necesario para estos hombres, que seguían, afirma Schwalbe, viendo la vida en términos de éxitos y fracasos, “The success of the gathering was measured by the intensity of the emotion it evoked and the connections thereby established” (1998: 568), y refugiándose, como apunta Kimmel, en sus tradicionales espacios protegidos: “[T]hese homosocial preserves—single-sex colleges, fraternities, fraternal orders, men’s clubs—are as much about the protection of men’s privilege as they are the arenas to facilitate closeness among men” (1996: 315). Schwalbe concede que la única diferencia radicaba en que el grado de intimidad era mayor: “It’s just being with men in a way that’s very deep and powerful” (1998: 568). Esa energía, producida en la conexión, hacía complicada la vuelta a la normalidad del día a día, “coming down from an emotional high” (Schwalbe 1998: 568), pues sus reglas para revelar cualquier cosa—por trágica, vergonzante o desequilibrante que fuera—les reconfortaba en su individualismo terapéutico, “speak briefly, speak from the heart (i.e., focus on feelings), and speak to other men—who were supposed to listen intently, make no judgements, and give no advice” (Schwalbe 1998: 569); sin embargo, a la vez, los alejaba de la realidad.

La crítica que con mayor insistencia se ha vertido hacia el grupo es precisamente el desinterés que manifestaron sus integrantes por cuestionar e intentar modificar el

estado de las cosas más allá de lo que no fuera su preocupación narcisista por su disposición emocional. Si bien Schwalbe reconoce que “the mythopoetic teachers and most of the men were at odds with the neo-conservative political climate of the 1980s” (1996: 135), concluye lo siguiente: “The mythopoetic men did not want to engage in sociopolitical analysis [...]. The men did not want to argue about whose account of social reality was correct” (1996: 242). Y, a pesar de no ser apolíticos y apoyar a Clinton en el cambio político, no querían referirse a los problemas sociales, económicos y ecológicos como una situación causada por las instituciones—gobernadas, en su mayoría, por hombres—ni mucho menos emprender acciones colectivas contra un sistema del que se habían beneficiado. Esto explica que en los retiros nunca se hablara con seriedad de política y se evitara también entrar en discusiones que rompieran la paz del grupo. El resultado es que la artificialidad de tal armonía negaba la posibilidad de un acercamiento ideológico. Y es que se prefería, según apunta Hogan, el beneficio grupal por encima de la resolución de problemas reales: “[A]n attempt to deal with serious social and economic issues impacting on the community” (2000: 191), al no considerar relacionados el mundo exterior de la política y su mundo interior de sentimientos. La falta de profundidad en sus análisis y la inexistencia de programas de intervención en la realidad no pasó desapercibida: “[S]uch an approach politically is at best laughable, contradictory or suspect and at worst downright reactionary” (Edwards 2006: 28). Aunque en *White Guys: Studies in Postmodern Difference and Domination* (1995), Fred Pfeil también establece la conexión entre el movimiento y la política internacional en la guerra del golfo pérsico, el propio Bly se opuso de manera abierta.

Lo que es incuestionable es su peor significado ideológico. Esto es, el desprecio que, como recoge Kimmel, sentían por el feminismo: “[I]t offers a subterranean, if inadvertent political program that reproduces and reinforces the existing power imbalances between women and men” (1996: 321). El rechazo se manifiesta tanto por la mencionada ambigüedad sobre el patriarcado como por su exagerada fijación terapéutica, dirigida en exclusiva, como afirma Clatterbaugh, hacia el colectivo masculino: “The tendency to psychoanalyze everything and ignore the social reality of male power and privilege is specially irksome to those on the feminine side who have spent so much time and energy trying to combat this fact of patriarchy” (2000: 889). Por eso, cuando Bly afirma, “[t]here is a grief in men that has no cause” (1990: 229),

regodeándose en las expresiones poéticas que él encuentra para expresarse y, se supone, pensando en las consecuencias que ese problema sin causa reporta a su cuenta bancaria, es difícil creer que pudiera convencer a tantos hombres no ya de su gusto por las tradiciones mitológicas de la antigüedad y los ritos y las ceremonias tribales sino de que fueran las soluciones a sus vidas. A ese respecto cabe recordar a W. H. Auden, quien escribió: “No fairy story ever claimed to be a description of the external world and no sane child ever believed that it was” (2002: 392). Mucho menos creíble resulta que recurriese a su propia interpretación de la mitología y a su uso selectivo de la psicología, la historia y la antropología para hacer sociología.

Su falta de rigor académico raya en la ignorancia si no fuera porque la mezcla indiscriminada de cuentos de hadas con la espiritualidad New Age es el producto de diez años de experiencia trabajando en los retiros con hombres “to discover the truths about masculinity” (Bly 1990)—como se lee en la chaqueta de la edición leída. Hemos de señalar asimismo que su autor no sintió la necesidad de corregir una coma de sus vulgares generalizaciones, interpretaciones personales y lecturas superficiales de textos y hechos, que atraieron a tantos lectores que quisieron verse identificados o reconfortados en el retrato del hombre moderno pasivo, falto de confianza y desconectado del mundo natural y del de sus propios instintos—incapaz de oponerse a la mujer y penando por la ausencia paterna y la alargada sombra materna, en un ejercicio de lectura masoquista o sádica.

Cuando Bly, inspirándose en Antonio Machado, se pone en camino, “You walker, there are no roads / only wind trails on the sea” (1990: xi), promete evitar generalizaciones, “We talk a great deal about ‘the American man’, as if there were some constant quality that remained stable over decades, or even within a single decade” (Bly 1990: 1), pero el lector pronto descubre que, lejos de una interpretación social del hombre, el autor se propone ayudar al hombre norteamericano de 1990 con un texto alejado en el tiempo, y no solo anacrónico sino también acrónico: “Though it was first set down by the Grimm brothers around 1820, this story could be ten or twenty thousand years old” (Bly 1990: 5). Por lo que respecta al mensaje subyacente, el contenido pretende dar a conocer el método para devolver a sus interlocutores lo que han perdido, “But many of these men are not happy. You quickly notice the lack of energy in them” (Bly 1990: 3), y para ello, Bly apuesta por una lucha interior entre la

parte masculina y la femenina, y otra exterior contra la norma social de las buenas formas. Se trata, eso sí, de un sendero peligroso, donde la ambigüedad de tal ejercicio enérgico, “We know that more than one American today needs a sword to cut his adult soul away from his mother-bound soul” (Bly 1990: 165), no tranquiliza a quienes perciben la violencia de los avisos sobre posibles malas interpretaciones: “But showing a sword doesn’t necessarily mean fighting. It can also suggest a joyful decisiveness” (1990: 4). Y es que el recurso a ejemplos en los que se escuchan ecos de una retórica propia de la época de Reagan pone de manifiesto el fondo de sus arquetipos jungianos, parafraseados en la mezcla de filosofía oriental y la épica clásica: “We believe that the mythopoetic quest is misguided because it reproduces masculinity as a power relation—the power of men over women” (Kimmel y Kaufman 1994: 283). Teniendo esto en consideración, no es de extrañar que el esencialismo inmovilista—“[...] all men, simply by virtue of being male, were presumed to possess similar masculine energies and masculine ways of feeling” (Schwalbe 1998: 568), construido en oposición a la feminidad—alarmara a quienes en sus poéticos lamentos, que ignoraban el dolor ajeno, vieron, como señala Schwalbe, a los lobos bajo la piel de corderos:

“[M]odernizing” rather than truly changing masculinity; retreating from tough political realities into boyish play; unfairly blaming mothers and wives for men’s troubles; and reproducing sexism by using fairy tales and rituals from patriarchal cultures. Critics thus saw the mythopoetic movement as part of an antifeminist backlash, or as a New Age maneuver in the battle of the sexes (1996: 565).

Motivados por las nuevas condiciones de la mujer y por las reivindicaciones feministas, desde los años setenta se han dado textos de marcado conservadurismo, un fenómeno que Susan Faludi denunció en *Backlash* en 1991. Ejemplos de ello son la obra de Warren Farrell, *The Liberated Man* (1974), que lucha contra “*the emotional constipation*”, o *Sexual Suicide* de George Gilder (1973), que David Savran une al canto de las emociones perdidas de Bly: “*Sexual Suicide* remains an unambiguous precursor of *Iron John*” (1998: 173); si bien este se desmarca: “I want to make clear that this book does not seek to turn men against women [...]. The thought in this book does not constitute a challenge to the women’s movement. The two movements are related to each other, but each moves on a separate timetable” (1990: x). Sin llegar al dramatismo misógino y homófobo de Gilder, para quien el principal sueño feminista es, “the abolition of biological differences between men and women” (1973: 3), la convergencia

de sus planteamientos hace que pueda argumentarse que tienen una visión muy parecida sobre el feminismo, cuyo programa Gilder resume en estos términos: “the feminist program [...] usually consists of taking jobs and money away from men, while granting in return such uncoveted benefits as the right to cry” (1973: 13). Los Mitopoéticos también coinciden con Gilder en declarar el inicio del fin para el hombre en la Revolución Industrial, a la que este último se refirió así: “[P]erhaps the most cataclysmic event in history” (1973: 84). Para la propia Susan Faludi, “the true subject of Bly’s weekends, after all, is not love and sex, but power” (1991: 345), una obsesiva aversión hacia las mujeres que ya se percibía en la novela y la adaptación de *One Flew over the Cuckoo’s Nest* (Kesey, 1962), donde se las retrataba como usurpadoras no solo de la libertad sino de la masculinidad. Con Wandersee podemos afirmar que las dudas que el feminismo provocó en los Estados Unidos contribuyeron a que no se vieran sus demandas como algo parecido a la lucha contra el racismo en los años sesenta, ni por parte de los hombres, que negaban la discriminación, ni sorprendentemente por parte de las mujeres: “Indeed, one of the major tasks of feminists was to convince women themselves that they had a right to their freedom, and that women’s issues were justifiable political objectives” (1988: xv).

En los casos en que el silencio no es suficiente para mantener el *statu quo*, estos autores optan por el simbolismo, “present a new mythology to hide men” (Young 1993: 324), como mecanismo para expresar el papel victimista del hombre oprimido, puesto que, como aclara George Gilder, “women, in fact, possess enormous power over men” (1973: 14). La idea de los Mitopoéticos es oponer su movimiento al feminismo, por la generalizada crítica de su cometido: “sapping the masculine strength of the nation” (Kimmel 1987c: 281). Y, para ello, dan un giro copernicano en virtud del cual desestabilizan la tradicional asociación de naturaleza y feminidad versus cultura y masculinidad, que justificaba la subordinación de la mujer ante la primacía intelectual del hombre. Tras la ruptura de los binomios por parte feminista, el hombre quiere naturalizar la situación de desequilibrio, reivindicando la hegemonía como el estadio anterior a la perniciosa transformación que ha permitido a las mujeres domesticar al hombre.

La naturalización de los procesos culturales representa la dimensión más peligrosa del movimiento, al prescindir de referencias geográficas y temporales: “[A]n

imperialistic cross-culturalism” (Savran 1998: 173)—por no hablar de su falta de consideración hacia otros criterios como clase social, raza, color o sexualidad: “[A]ll of these highly significant cultural and historical variations into one singular conception of masculinity is simply nonsensical” (Edwards 2006: 32). En cuanto al objetivo último de esta concepción de la masculinidad como valor transhistórico y universal, Schwalbe afirma que busca recuperar la sensación de dominio, “Their search for and celebration of masculinity belied any disavowals about the greater value masculinity held for them” (1996: 69), un poderío sobre el que Bly no tiene ninguna duda: “And yet the structure at the bottom of the male psyche is still as firm as it was twenty thousand years ago” (1990: 230). Para Schwalbe someter las diferencias políticas y económicas, así como las injusticias que se derivan de dichas desigualdades, a meros mitos y arquetipos clásicos es pernicioso: “the main ideological effect of Jungian psychology was to depoliticize gender” (1996: 223); en especial, si se tiene en cuenta que esa pretensión se consigue, tal y como señala Schwalbe, insistiendo en el planteamiento más genuinamente americano con todas sus consecuencias: “[I]t was the practice of masculinist, American individualism that had left them isolated, distrustful of other men, and afraid to ask for help in coping” (1996: 218).

La lucha por restablecer la sensación de bienestar en los hombres, “I was tired of hearing from feminist that all men were rotten to the core” (Schwalbe 1996: 4)—puesto que es principalmente eso lo único que se ha perdido—pasa por reaccionar, pero no supone hacerlo ni contra el capitalismo ni contra el mercado laboral ni contra cualquier otra estructura real, sino contra quienes lo denuncian: “It is time for men—particularly men of Western civilization—to stop accepting the blame for everything that is wrong in the world” (Moore y Gillette 1990: 155-156). Así, pues, aspirar a un futuro entendido como vuelta al pasado en el tiempo significa recuperar los resortes mentales que nos trasladan a la moralidad de culpas y sacrificios propios de formas de poder antiguo que ofrecían sosiego y paz, en palabras de uno de los participantes: “For me this is like church” (Schwalbe 1996: 4). Aunque muchos no estuvieron de acuerdo en vincularlo a un discurso de la iglesia oficial, distanciándose del carácter colectivo de la organización, “many of the men rejected the label ‘movement’ for what they were doing” (Schwalbe 1998: 566), así como del endiosamiento de Robert Bly, “Most of the men knew that Bly could be obnoxious, that he tended to exaggerate, and that he liked to be the center of

attention” (Schwalbe 1998: 566), el trabajo de conocimiento personal y de autoayuda como terapia emocional para aceptarse y quererse más en su masculinidad como identidad moral fue posible gracias a una liturgia y una infraestructura que poco podían envidiar a las otras confesiones. De la misma manera, su propio estado desvalido, con todos esos ejercicios para elevar la autoestima, tiene algo de experiencia adolescente, que recuerda a un rebaño de feligreses si no descarriado, al menos desnortado. Por otra parte, a pesar del rechazo a formar parte de una colectividad o a la figura de un líder, Kimmel señala como curioso el hecho de que a su edad, siendo muchos ya padres, todavía se identifiquen con sus sueños infantiles en una búsqueda de la infancia perdida: “identify more with the son in the Iron John fable. Identification with the son, the prince” (1996: 321). Ello permite, para Kimmel, dos conclusiones evidentes: primero, la presuposición de su derecho natural al poder, “The prince, after all, is the rightful heir to power; he will be the king” (1996: 321), y, segundo, el reconocimiento de que no se sienten aún preparados: “Weekend warriors seem to believe themselves to be entitled to the power that is men’s privilege. But they do not feel it yet” (1996: 321).

El mismo Bly los trata como niños, esos “*puer aeternus*” en la terminología de Marie-Louise von Franz (1970), porque diagnostica que la infantilización es parte de la feminización a la que han estado sometidos. Para revertir la tendencia, intenta que se conviertan en hombres por medio de un proceso de aprendizaje que les enseñará a escuchar sus sentimientos más hondos. El mayor problema, además de la falta de originalidad y de que el infantilismo permita contradicciones, simplificaciones y olvidos graves, surge cuando a la atención exclusiva al androcentrismo inicial hay que añadir las referencias a la irracionalidad salvaje y a la exaltación de las pasiones de quienes no son lo suficientemente maduros para asumir lo que quieren y siguen confiando en que alguien les lleve de la mano para conseguirlo: “There seems to me to be, for years, an incredible lack of strong men, clear men, powerful men in this world. And Robert Bly is one of those men of power” (Moyers 1990: 25). Es oportuno, por otra parte, señalar que la exmujer de Bly califica esos retiros de “*frightening*” (C. Bly, 1989) por su retórica nazi basada en su “attraction to an old Germanic war mythology and [...] paranoid appeal to ‘recapture what is lost’” (en Savran 1998: 172). Y, para evitar suspicacias sobre cuestiones conyugales mezcladas con la crítica, baste el ejemplo que recoge Susan Faludi en relación a un seminario que tuvo lugar en el año 1987 y en el cual Bly, al

comentario de alguien del público señalando, “Robert, when we tell women our desires, they tell us we’re wrong! Bly instructed, ‘So, then you bust them in the mouth’” (1991: 345), y solo después de que otro asistente apuntara su marcada violencia contra las mujeres, corrigió, según recoge Faludi, su intervención: “Yes. I meant, hit those women verbally!” (1991: 345).

El hecho de contar con el honor de haber contribuido a extender la necesidad de someter la masculinidad a tratamiento y a análisis, corroborada por la popularidad de sus retiros, no justifica la falta de un planteamiento realista; tampoco excusa su esencialismo trasnochado y su tendencia a la generalización. Por otra parte, la confusión a la que se prestan sus planteamientos, por la aparente ausencia de pronunciamientos políticos, puede explicarse, según hace Edwards, como forma de aprovecharse del contexto norteamericano de los ochenta: “[A]s the outcome of a growing interaction of contingent social events such as the Reagan era with overarching archetypes typified in Jungian-informed perspectives” (2006: 31). La insistencia en que en sus manos los hombres tenían la posibilidad de cumplir sus deseos no consiguió, revela Kaufman, la felicidad masculina: “[I]t doesn’t get to the sources of men’s problems, which is this strange combination of power and pain” (1993: 9). Sus falsas premisas esencialistas, androcéntricas, individualistas y mitológicas naturalizan lo que la cultura ha creado y apoyan su mantenimiento con un único beneficiario, “there has been no major social reform benefiting women or oppressed peoples” (Spark 1997: *en línea*), y, para no incidir más en las mujeres, recordar, con Savran, que al movimiento se le ha denominado: “*White Mithology*” (1998: 196), por no hablar de su homofobia: “There is no room in *Iron John* for erotic desire between men” (Savran 1998: 196).

No sería justo centrarse en las carencias de este movimiento sin reconocer que, en su mayoría, las compartió con los otros intentos de superar la crisis de la masculinidad. Y es que ninguno de ellos, pese a proponerse tener al hombre como foco de sus estudios, supo afrontar la diversidad de la problemática de los hombres en la sociedad estadounidense de final de siglo. La falta de contacto con la realidad es una crítica que se puede hacer extensible a todos ellos, que responden con una reacción histórica a la pérdida relativa de parte del “dividendo patriarcal”—sea por cuestiones estructurales del sistema o por las relacionadas con las conquistas feministas, o, tal y como defiende Ehrenreich, por una mezcla de las dos: “[M]ales have lost traditional

status as farmers and breadwinners, women have been entering the market economy and gaining the marginal independence conferred even by a paltry wage” (2001: 37). Si bien, para Messner, el panorama no ha cambiado demasiado, “Most if not all contemporary societies are characterized by men’s institutional privilege” (1997: 5), cualquier amenaza supone la paralización del sistema patriarcal, que, ante el analfabetismo emocional de gran parte de sus miembros, se desmorona, suscitando, concluye Knights, un problema generalizado: “Equally worrying is that strand in the ‘men’s movement’ that seeks to colonise the role of victim” (1999: 1).

Por sorprendente que parezca, el aspecto victimista es el que mejor acogida ha tenido entre los estadounidenses, convirtiendo sus manuales de autoayuda en *best sellers* muy por encima del material que analiza y teoriza sobre el asunto desde el punto de vista feminista. A la hora de encontrar explicación a esta dimensión populista, hay que decir que se apoya en dos elementos básicos. En primer lugar, la fuerza del consumismo capitalista, que mercantiliza cualquier producto y se apropia de aquellos discursos con los que mejores beneficios puede obtener, como se ha visto en los casos de los Promise Keepers y los Mitopoéticos, auténticas máquinas de hacer dinero, cuya facturación no resolvió el caos existencial general, pero sí las economías de algunos de sus gurúes. A este narcisismo consumista habría que añadir, en segundo lugar, el conservadurismo estructural en que se sustenta la sociedad y las imágenes y narraciones que se derivan, conformando el imaginario colectivo de un país que quiso borrar la huella del feminismo para, subraya Kimmel, devolver la tranquilidad a sus hombres sin pensar en las consecuencias: “Men’s efforts to hold fast to traditional manhood in the wake of the powerful currents of change in the 1960s and 1970s precipitated the contemporary masculine malaise” (1996: 258).

El epígrafe que utiliza Messner para introducir a los Promise Keepers, “Taming Men with Patriarchal Bargains” (1997: 31), se presta a varias interpretaciones, pero lo cierto es que detrás de la dimensión económica que encierra el término “*bargain*” está también la connotación temporal, casi por encima del valor del artículo. La creencia de que es imperioso aprovechar el momento para adquirir algo a un precio inferior antes de que la mercancía desaparezca consiguió ampliar el mercado, a la vez que disminuyó, en palabras de Kimmel, el margen de beneficios sociales: “Gender inequality produced the ideology of separate spheres, and the ideology of separate spheres, in turn, lent

legitimacy to gender inequality” (2007: 343). Cuando Lynne Segal afirma que “[i]t is the search for affirmations of ‘manhood’ which remains the cause of, rather than the solution to, men’s problems” (1997: xx) es consciente de que perpetuar la dominación masculina y la subordinación femenina no puede ser la solución a la crisis de la masculinidad. Sea a través de la concepción cristiana de los Promise Keepers o de la pagana de los Mitopoéticos, la relación de desigualdad entre hombres y mujeres y la que, con Pleck, podemos llamar de falsa solidaridad masculina, “Male bonding is not a vehicle for male-male emotional relationships, but rather a substitute for them” (1981: 150), en que se basan, muestra la ceguera ante la pujanza de fuerzas mayores. Entre estas podemos mencionar la situación económica, que hace de los dobles ingresos una necesidad para cualquier hogar, imposibilitando la vuelta a los roles tradicionales. La separación de esferas tampoco ayudó a que los hombres superaran su endémico problema con las mujeres, a quienes responsabilizan de la mayoría de sus problemas—tanto por su tóxica presencia como por la amenaza de su ausencia, que en ambos casos derivan en la tendencia masculina a caer en adicciones y patologías autodestructivas.

La artificiosidad de las aproximaciones, que unían poca variación de contenidos y similar peligro para mujeres y hombres, produjo su declive al iniciarse el siglo XXI, cuando la cuota de participación en este tipo de reuniones descendió de forma escandalosa y la mayor parte de sus publicaciones desaparecieron—salvo en los casos donde la publicidad de encuentros y juguetes sexuales consiguió mantenerlos. Su moribundo estado se opone al vigor de los Estudios de masculinidad, si bien estos han tomado como modelo el sectarismo feminista que enfrenta en diferentes batallas a secciones que discrepan en cuanto al fondo y la forma para acabar con los desequilibrios de poder y no cuentan con el apoyo total de las feministas. Estas continúan mostrando una actitud de sospecha ante el peligro de volver a centrarse en el hombre, aunque solo sea para intentar cambiar su comportamiento. En definitiva, la lucha por la igualdad entre mujeres y hombres, que en los años sesenta contó con la intervención activa de ambos géneros en los grupos de la contracultura—removiendo las conciencias norteamericanas—está todavía lejos de recuperarse. Por último, cabe resaltar, valiéndonos de Kimmel, que, pese que las respuestas esencialistas no fueron las adecuadas, “The American Manhood of the future cannot be based on obsessive self-control, defensive exclusion, or frightened escape” (1996: 333), la pertinencia de su

problemática sigue vigente: sea a través de lo que Kimmel propone en *Manhood in America*, “Frankly, I’d prefer more Ironing Johns and fewer Iron Johns” (1996: 318), sea de una forma más general, “Only by fighting for equality, side by side, as equals [with women], can men realize the best of what it means to be a man” (Kimmel y Kaufman 1994: 286), se puede alcanzar la paridad que acabe con todas las víctimas, “Men are themselves victims of patriarchy and the heterosexual presumption” (Knights 1999: 6), y las victimistas posturas de quienes defienden el modelo hegemónico y para quien el mercantilismo capitalista encuentra sustitutos con los que restaurar sus fracturados egos.

**TESTAMENTOS HEGEMÓNICOS:
LA MASCULINIDAD COMO PSICOPATÍA**

Whatever happened to Gary Cooper, the strong, silent type? That was an American. He wasn't in touch with his feelings. He just did what he had to do. See, what they didn't know is that once they got Gary Cooper in touch with his feelings, they couldn't get him to shut up. It's dysfunction this, dysfunction that", Mafia boss Tony Soprano to his female psychiatrist in the first episode of the critically acclaimed *The Sopranos*.

—Jim McKay, Janine Mikosza y Brett Hutchins, "Gentlemen the Lunchbox Has Landed"

4.1. Introducción

Cuando el 13 de noviembre de 1984, la administración Reagan, que no cejó nunca en su empeño por desenmascarar la supuesta conspiración comunista que amenazaba al país, anuló la orden ejecutiva que el presidente Ford había firmado en 1976 contra la participación de los empleados de los Estados Unidos en asesinatos políticos, la prensa lo interpretó como una licencia para matar a cualquiera que el gobierno considerase un terrorista. Esta muestra de la presencia de la violencia—acompañada de sus neoconservadoras políticas económicas y sociales comentadas en anteriores capítulos—en el día a día norteamericano de la época configuró el marco donde todo artífice de fábulas llevó a cabo su práctica connatural de contar historias en el imaginario territorio entre la mimesis aristotélica y la tesis defendida por Greenblatt: "literature charges social discourses with aesthetic energies" (2007 [1990]: 157). De este modo tomaba parte de la construcción de lo que denominamos "nuestra realidad". Hay que decir que tal consideración realista imperó entre autores como Dickens o Balzac, quienes, a través de sus novelas, retrataron la sociedad moderna desde la experiencia personal. Con la intención de que el obsesivo cuidado por los detalles pudiera otorgar la credibilidad necesaria para transmitir las ilusiones más íntimas del

capitalismo naciente y los excesos burgueses y siguiendo a tal fin, entre otras, las teorías fisionómicas de Lavater para conectar lo fisiológico con lo psicológico, Balzac en *La Comedia Humana* vertebró “l’histoire et la critique de la Société, l’analyse de ses maux et la discussion de ses principes” (1971 [1853]: 32). Sin cambiar ni de época ni de preocupaciones, es necesario hacerse eco de la denuncia de Stendhal, con la que quiso clarificar la función de la literatura y sus responsabilidades:

Una novela es un espejo que se pasea por un ancho camino. Tan pronto refleja el azul del cielo ante vuestros ojos, como el barro de los barrizales que hay en el camino. ¡Y el hombre que lleva el espejo en su cuévano será acusado por ustedes de ser inmoral! Más justo sería acusar al largo camino donde está el barrizal y, más aún, al inspector de caminos que deja el agua estancarse y que se formen los barrizales (2005: 388).

Teniendo muy presente el proyecto de revisión de los textos que proponía para los Estudios de masculinidad James D. Riemer (1987: 289-299), al que ya se hizo referencia en el capítulo anterior, se pretende ahora analizar ciertas obras de la ficción norteamericana de finales del siglo XX—principalmente *American Psycho* de Bret Easton Ellis (1991)—con el objetivo de comprobar cómo se reflejó allí la crisis del hombre. Se prestaría especial atención a la figura del psicópata y su perversión obsesiva con los cuerpos—tanto el masculino como el femenino—valorando estos dos elementos como síntomas de la realidad.

4.2. Reaganismo cultural y Blank Generation

Desde su revolucionario acercamiento, Terry Eagleton (1981) propone la integración de la literatura en la sociedad por medio de una nueva forma de crítica, que, como él mismo defiende, “would dismantle the ruling concepts of ‘literature’, reinserting ‘literary’ texts into the whole field of cultural practices. It would strive to relate such ‘cultural’ practices to other forms of social activity” (1981: 98). De este modo, los aspectos estéticos del texto no lo alejarían de la realidad y se explorarían sus vinculaciones ideológicas, que lo relacionan con el contexto sociohistórico. El uso de la literatura y del arte en su versión documental social de una época atestigua, en este caso, el peso que las limitaciones del modelo hegemónico impusieron en unos personajes y

una tramas literarias y pone de manifiesto la relevancia de cuestionar la distinción tradicional entre arte y realidad a la manera que hizo la crítica marxista, “there is, in fact, no need to drag politics into literary theory [...] it has been there from the beginning” (Eagleton 1981: 194)—sin que ello signifique aportar la fórmula para resolver los problemas de la realidad. Así lo planteó Toni Morrison cuando identificó la función de la ficción: “It should have something in it that enlightens; something in it that opens the door and points the way. Something in it that suggests what the conflicts are, what the problems are. But it need not solve those problems because it is not a case study, it is not a recipe” (1984: 341).

En *Retorno a la historia literaria Norteamericana* (2014), su autor, Félix Martín Gutiérrez, analiza la reorientación que han sufrido las aproximaciones a la historia literaria norteamericana a partir de la introducción de cuestiones ideológicas que llaman “a conectar discurso y poder” (2014: 49) en una lectura, “entre texto y mundo, texto y sociedad, o entre texto e inconsciente” (2014: 287), que rearticule la nueva geopolítica cultural. Al margen de la novedad, hay que destacar con Martín Gutiérrez, que el enfoque resulta interesante porque presenta atractivas vías de investigación sobre la erosión a la que se ve sometida América: “un problema ideológicamente inabordable, controvertido e incómodo críticamente” (2014: 30). La crítica cultural de Fredric Jameson (1991), por su parte, intenta definir las conexiones entre sociedad y cultura reforzando el paralelismo entre los cambios sociales del último capitalismo y las inéditas respuestas del postmodernismo a la hora de encarar las jerarquías y los valores que las sustentan. En el ensayo publicado en *The New Left Review* (1984) constata asimismo la prioridad de la superficialidad del mundo presente, en su forma de fragmentario distanciamiento, como base de su denuncia. Si Marx trataba el capitalismo como un tema moral, Jameson afronta el estudio de las manifestaciones culturales como ejemplos del enfrentamiento a ese capitalismo alienante, una confrontación que añade el escepticismo burlón de la experiencia postmodernista, pero, en cualquier caso, sin prescindir de la cuestión señalada por el profesor Martín; es decir, del hecho de que “las normas políticas son inherentes a la construcción de la historia literaria” (2014: 37). Así lo habían propuesto ya Foucault y Althusser, e Eagleton acaba de formularlo, ya que entiende que, al no existir un pensamiento al margen de lo social, el vínculo entre

literatura e ideología se estrecha: “Literature is the most revealing mode of experiential access to ideology that we possess” (1976: 101).

Tampoco se ha olvidar que la novela, descrita por Knights como “the least formally pure of genres” (1999: 96), ha sido históricamente una sugerente simbiosis de ética aplicada y contenidos ideológicos fundamentados en valores burgueses y doctrina de clase media, y, como producto de tales fuerzas, en su análisis no puede faltar la relación e interpretación de los componentes construccionistas. Estos aparecen muchas veces tamizados bajo una supuesta naturaleza, que, en el caso concreto que nos ocupa, se refiere a las construcciones de género en torno al poder en las sociedades industriales capitalistas, y a una época, la contemporánea, singularmente convulsa, tal y como apunta Linda Hutcheon: “[...] we are living in a time of rapid and radical social change [...] such change will inevitably affect the nature of those disciplines that both reflect our society and help to shape it [...] this is nowhere more apparent than in the central field of what may, in general terms, be called literary studies” (1989: viii).

Este trabajo, por lo tanto, se quiere sumar a la labor de aquellos que sostienen que el análisis de las expresiones artísticas se enriquece teniendo en cuenta elementos e información proveniente de otros campos. Sin limitar su naturaleza, estas áreas de estudio allanan la tarea al convertirse en escenarios imaginarios de problemas reales. Más específicamente, pueden ejercer una gran influencia en la creación de los modelos de género, partiendo de la base ontológica postmodernista sobre el problemático nexo entre lo real y lo irreal así como de la construcción cultural del significado y la verdad de cualquier subjetividad identitaria—articulada en las relaciones de poder a través de códigos lingüísticos. Los textos, en efecto, son espacios donde es posible examinar el vínculo recíproco que auspiciaba Riemer, como recuerda Armengol Carrera para la literatura, pero perfectamente extensible a otras artes, entre ellas el cine: “Analyzing literary representations of masculinity helps understand the larger social working of masculinity, just as sociological and behavioral studies of masculinities become absolutely essential for a full understanding of the representations of manhood in American literature” (2006: 392).

La complementariedad de este acercamiento incide, además, en otros aspectos de la postmodernidad como la teoría de la hiperrealidad de Baudrillard (1981) en la que la diferencia entre el original y la copia desaparece, por lo que la cultura del simulacro

establece una copia idéntica sin original o, dicho con otras palabras, un significante sin significado, que amenaza con disolver la oposición entre verdadero y falso o entre real e imaginario. Aplicada al ámbito de las representaciones de la realidad, “they affect and produce the reality that they mediate” (Fiske 1994: xv), no solo la mezcla de realidad y ficción, entre “*world*” y “*word*”, nos traslada a la delgada línea postmodernista entre ficción y no ficción, novela y autobiografía o literatura y crítica—como ejemplo del derrumbamiento de los géneros literarios—sino que, en una visión más general, redundante en la ruptura de las dualidades excluyentes, una cuestión que afecta a la visión sobre la identidad de género. En dicho contexto, la imposibilidad de limitar el porcentaje entre hechos e interpretaciones muestra toda su atractiva peligrosidad.

La incierta naturaleza de la masculinidad, que con Mitchell podemos describir a medio camino entre la realidad y el mito, “[it is] not simply a blunt biological fact [...] but is as well a cultural fiction that must be created, then re-created” (1996: 154-155), se sustenta también en representaciones artísticas, textos literarios y fílmicos, que retratan unos personajes que abordan y se ven desbordados por la problemática supervivencia de unos ideales que los condenan a la cárcel, la psicopatía o la muerte. La narratividad de la ideología sirve al objeto de crear imágenes y tramas que reflejen un sistema cuya uniformidad y estandarización se parodia en el postmodernismo, definido en la antología editada por Norton de la siguiente manera: “a new cultural sensibility as a response to an altered world” (Geyh, Leebron y Levy 1998: xi). Similar concepción mantienen los miembros de la *Blank Generation*, que, sin tanto propósito subversivo como otras vanguardias hacia el sistema, recogen muestras de la angustia vital provocada por el capitalismo y su insaciable consumismo—con dolorosas consecuencias expresadas a través de sus personajes: “[...] it strikes me profoundly that the world is more often than not a bad and cruel place” (Ellis 1991: 162)—y ahondan en la intención última de toda manifestación artística de ayudar a transformar el mundo con el objetivo de mejorarlo.

Los que apostaron por tal actitud se enfrentaron a los valores y las formas del mensaje propagandístico del presidente Reagan sobre el poder estadounidense y a su extensión a través de los *best sellers* y *blockbuster* propios de la época—caracterizados, como ya se ha visto, por su tratamiento superficial de la realidad y sus problemas, un enfoque criticado por David Greven en estos términos: “By the 1980s, family

entertainment, goofy comedy, and cartoonishly hypermasculine stars and action films were beginning to rule the day, a reign that endures” (2013: 14). La insistencia en el mantenimiento del *statu quo* con la exaltación del patriotismo panfletario, con la representación de un modelo social dominado por el conservadurismo, “By identifying himself and his policies with traditions, values and circumstances that had great appeal, Reagan guaranteed the popularity of his administration” (Dilys y Williams 1990: 17), y con una masculinidad individualista y agresiva perpetúa la retórica vacía de contenido y el planteamiento de “*politics of symbolism*” de Robert Dallek (1999), examinadas en los tres capítulos precedentes. Los mandatos de Reagan, de forma inconsciente e irresponsable, no hicieron frente a la realidad, y, en palabras de Joseph Dewey, “began with the conviction that we had reached a critical point of exhaustion—that we needed a break, we needed to play” (1999: 9). Es más, la invitación a la diversión y el ocio hizo de los Estados Unidos un enorme parque temático—en lo que podría describirse como una versión de Disneyworld—en el sentido de que la concentración en obtener placer escondía los intereses monetarios de una economía que se hundía y que necesitaba reactivar los hábitos consumistas de los ciudadanos. Era también, a la vez, una forma de vivir de espaldas a la realidad o, dicho con el lenguaje propio de la factoría de sueños, en el reino de la fantasía; esto es, refugiados en el escapismo de un mundo paralelo: la América de Reagan, donde el *quid pro quo* de la suspensión de incredulidad de Coleridge (1817) ratifica el pacto de creer todo lo representado a cambio de una promesa de entretenimiento y felicidad—con independencia de que fuera pasajera. Fundamentado en la carismática fotogenia del secundario de Hollywood y en sus sueños de recuperar la hegemonía global en cuanto Mijaíl Gorbachov observara la vida en las zonas residenciales (aunque se tratara de una simple visión desde el aire) porque estaba convencido de que con carácter inmediato renunciaría a su comunismo, el modelo americano vivió la contradictoria experiencia de la política New Right. Esta buscaba la unidad nacional frente al enemigo común exterior como salida a la crisis mientras en el interior se construía un país cada vez más dividido entre ricos y pobres, donde la visibilidad de las demostraciones de lujo y opulencia contrastaba con las miserias de los pobres y los sin techo, que deambulaban por avenidas y calles.

La decadencia moral se tradujo en la “Reaganización” de la cultura oficial, en cuyo marco la industria cultural desempeñó un papel clave en la desaparición de la

lucha por la igualdad de derechos—tanto los civiles como los de las mujeres—que había caracterizado las décadas anteriores—y volvió a situar el protagonismo en el hombre blanco heterosexual de clase media. En ese sentido, cabe referirse a Kaja Silverman (1992), quien, valiéndose de la teoría althusseriana de la interpelación ideológica, estudia las conexiones entre la identidad y la ideología y establece como nexo recíproco la construcción de la “*dominant fiction*”, que ella define así: “the dominant fiction consists of the images and stories through which a society figures consensus; images and stories which cinema, fiction, popular culture, and other forms of mass representation presumably both draw upon and help to shape” (1992: 30). Esta realidad existe únicamente en su forma de práctica discursiva y se mantiene por pura y arbitraria conveniencia a nivel consciente, pero se alimenta asimismo desde el inconsciente y de su interacción con el individuo se deriva la ayuda que todo sujeto necesita para convivir con las contradicciones de nuestras identidades y del mundo que nos rodea. En una época como la década de los ochenta, el discurso dominante, que, con insistencia y pesadez, invadió la vida de unos ciudadanos que interactuaron con las narrativas más populares, sirvió para mantener la ecuación fálica con el pene, lo que contribuyó a disfrazar una desigualdad entre los sexos que no hizo sino aumentar su ya prioritario espacio, aunque no pudo ocultar su crisis como afirma Stefan Brandt:

[...] the ideological element is many times privileged in favour of the goal of creating a (more “imagined” than “real”) cultural consensus. In an era determined by concepts of role reversal and sexual “indeterminacy” [...] it seems to be important for a culture to draw the line between chaos and order, between sexual anarchy and the imagined well-functioning structure of social practice and “real life”. No wonder that this element of “crisis” can be easily detected in many popular depictions of masculinity (2000: 79).

La dinámica entre literatura e ideología—no limitada, evidentemente, a una causalidad directa—se desarrolló entre quienes, conscientes de que, como afirma Terry Eagleton, “Literature [...] is vitally engaged with the living situations of men and women” (2011 [1983]: 171), usaron los mismos medios para deconstruir los mitos que la cultura había ayudado a crear—oponiéndose con ello a la ideología dominante. Fueron Elizabeth Young y Graham Caveny (1992) quienes bautizaron a cierta forma de escribir surgida a mediados de los años ochenta alrededor de la ciudad de Nueva York con el nombre de “Blank Generation”, que retrataba su aparente ausencia de

implicación con una realidad de la que se sentían ajenos. Por otra parte, el canadiense Douglas Coupland insistió en que la pertenencia a una generación no se reducía a haber nacido entre 1960 y 1970; en sus palabras “not a chronological age but a way of looking at the world” (1995: 72). Él fue el autor del texto que iba a considerarse la biblia de un grupo de imposible uniformidad y que tituló *Generation X: Tales for an Accelerated Culture*. En el persistía en la ausencia, “We have the same group over here and it’s just as large, but it doesn’t have a name—an X generation—purposefully hiding itself” (1991: 56), como valor generacional que representa la pluralidad que aleja a sus integrantes de la coherencia unitaria convencional—aunque para Coupland la carencia más relevante era la de ataduras:

The book’s title came [...] from the final chapter of a funny sociological book on American class struggle titled *Class*, by Paul Fussell. In his final chapter, Fussell named an “X” category of people who wanted to hop off the merry-go-round of status, money, and social climbing that so often frames modern existence. The citizens of X had much in common with my own socially disengaged characters; hence the title. The book’s title also allowed Claire, Andy, and Dag to remain enigmatic individuals while at the same time making them feel a part of the larger whole (1995: 72).

Otras características, por ejemplo, el interés que, a consecuencia de la indiferencia ante la vulgaridad de las preocupaciones mortales, tenían por los aspectos más oscuros de la vida moderna, “Crime, drugs, sexual excess, media overload, consumer, madness, inner-city decay and fashion-crazed nightlife” (Young y Caveney 1992: vi), marcan a unos personajes unidos por su hastío vital, que desemboca en lo que Young y Caveney describen con estas palabras, “dazed consumers, urban deviants, middle-class bohemians, sexual outcasts and other disconsolate riff-raff” (1992: vii), y que les sirve como mecanismo para anesthesiarse ante el impacto del contacto con la caótica realidad en la que viven inmersos. En un grupo de escritores constituido según Young y Caveney por los iniciales nombres de Kathy Acker, Dennis Cooper o Lynne Tillman, al que se incorporaron, desde el éxito, Bret Easton Ellis, Jay McInnerney y Tana Janowitz, y a los que se añadieron más tarde Susanna Moore, Douglas Coupland, Mark Leyner, Ray Shell y Evelyn Lau, ninguno de ellos encontró sentido al sueño americano. Es esta, por cierto, otra de las señas identitarias del postmodernismo señalada en la antología de Norton: “mainstream frustration and cynicism regarding the American Dream” (Geyh, Leebron y Andrew 1998: xiv). Ridiculizaron, además, su

precio, por ejemplo en el personaje de Tobias en el texto fundacional de Coupland, al que los protagonistas del libro identifican con las obsesiones de su sociedad: “He embodies to me all of the people of my own generation who used all that was good in themselves just to make money; who use their votes for short-term gain” (1991: 81). Tampoco pudieron ofrecer nada en su lugar, puesto que la epistemología de su incógnita búsqueda quedó en una forma de hueco vacío existencial. No pudo, en efecto, traducirse en ninguna reivindicación política ni actividad social que les sacara de sus necesidades biográficas de clase media y eso ha influido en su fama de apáticos materialistas carentes de objetivos en la vida y profundamente irresponsables—cuando simplemente desconfiaban de las seguridades al uso. Se inscriben así en la coyuntura postmodernista descrita por los editores de la antología Norton: “questioning of any belief system that claims universality or transcendence” (Geyh, Leebron y Andrew 1998: xx).

Su idiosincrasia cultural—conformada a base de la ecléctica mezcla proveniente de la alta cultura y de la cultura popular, siguiendo el precepto postmodernista, “erasing the gap between high and low culture” (Geyh, Leebron y Andrew 1998: xvii), y del derrumbamiento de las fronteras entre el discurso literario y otros para constituir el irónico pastiche o el fragmentario *collage* de unas voces que respondan con carácter exclusivo a criterios postmodernistas, según esta misma antología, “skepticism toward the ‘grand narrative’ of modernity” (Geyh, Leebron y Andrew 1998: xx)—produce un resultado entre el estilo literario y el cinematográfico. En él ni la narración establece jerarquías ni la descripción iguala. Si además añadimos el contraste entre la cercanía de una prosa en primera persona y en presente con el distanciamiento de un tono plano, monótono, anodino y falto de compromiso y pasión se puede identificar la experiencia traumáticamente reveladora para unos lectores que reconocían mejor en las páginas lo que no eran capaces de entender del todo en sus vidas, problemas que enumera Chuck Palahniuk: “bash each other and gripe about their empty lives, their hollow careers, their absent fathers” (2005: 228).

4.3. Individuo y sociedad

La cuestión generacional de unos individuos que Palahniuk retrata diciendo de ellos que eran “bored bad boys who’d try anything to feel alive” (2005: 213) es una preocupación prioritaria en uno de los miembros más polémicos de la época: Bret Easton Ellis. Él definió el universo juvenil desde su alabada primera obra, *Less Than Zero* (1985), descrita por Michico Kakutani como “an extraordinarily accomplished first novel” (1985: 32). Ciertamente, en ella ya era evidente un marcado interés por reflejar su mundo, del que Kakutani se hace eco con estas palabras: “It possesses an unnerving air of documentary reality” (1985: 32). Además de continuar la labor en *The Rules of Attraction* (1987), trató el contexto aparentemente adulto en *American Psycho* (1991) con una epigráfica cita preliminar de Dostoyevski tomada de *Notes from Underground* (1864), donde se resalta lo siguiente: “He represents a generation”. La vinculación entre ambos textos va mucho más allá del posible paralelismo entre el San Peterburgo de 1860 y Manhattan en los años ochenta, puesto que al acercarse al escritor más complicado de todos los tiempos para Emil Cioran—en especial por su exploración de la relación entre el bien y el mal—Ellis se vincula a una escritura que penetra en la psique humana. Al hacerlo se adentra, en consecuencia, en la figura del antihéroe, “una novela necesita de un héroe, y aquí parece que se han recogido de propósito todos los rasgos de un antihéroe” (Dostoyevski 2000: 14), que hace frente a los problemas derivados de la identidad social y que reacciona con desmesura a las presiones por ser un hombre de éxito; esto es, un ejemplar del grupo hegemónico.

Dostoyevski retrata así el verdadero significado de una configuración de género que impulsa al exceso, al desequilibrio y a las monstruosidades transgresoras propias de cada época. Y es que las obsesiones paranoicas por conservar una posición central en la sociedad patriarcal a través de signos externos reconocibles, la ansiedad por construir un personaje de cara al exterior que represente el éxito y el miedo a caer en la marginalidad del fracaso, el anonimato y la invisibilidad rompen la salud mental de quien es incapaz de sostener la naturaleza dialógica con el discurso social y se muestra demasiado permeable a la visión que los demás tienen de él. Dicho desequilibrio le lleva a procesos de parálisis mental y a comportamientos agresivos que buscan la venganza en los

elementos más débiles de la sociedad—de forma especial, la mujer—con el objetivo de intentar encontrarse con su identidad perdida.

Al consabido enfrentamiento decimonónico entre el individuo y la sociedad, se añade el conflicto interno; es decir, el cuestionamiento de la subjetividad como su consecuencia, que deriva en la enfermedad mental. Dostoyevski la describe como “el deleite provenía precisamente de que tenía conciencia demasiado clara de mi propia degradación; de que tenía la sensación de haber llegado hasta el último límite” (2000: 22) y Bajtin la analiza en los siguientes términos: “interference, voices interrupting one other, penetrate his entire body, depriving him of self-sufficiency and unambiguousness” (1984: 235). Su posición de observador solitario permite una revisión del pensamiento y de las estructuras de poder de la sociedad que va más allá de lo individual. Esta visionaria perspectiva antecede tanto las críticas al positivismo del progreso científico de la Ilustración—desde posturas críticas—como a los vaticinios de Freud, expresados en sus dudas, “¿Y de dónde sacan todos esos sabios que los deseos del hombre deben ser normales y ventajosos? ¿Cómo se les ocurre pensar que el hombre necesita inevitablemente lo racional y provechoso?” (Dostoyevski 2000: 40), y en sus respuestas: “Hay cosas que hasta teme revelarse a sí mismo, y todo hombre honrado cobija en su mente bastantes cosas de este género. Podría incluso decirse que cuanto más honrado es un hombre, mayor es el número de cosas de esa especie que deposita en su mente” (Dostoyevski 2000: 53). Y lo interesante es que da entrada a otros elementos menos socialmente “saludables” con nuevas dudas: “¿No es posible que al hombre le guste otra cosa además del bienestar? ¿No es posible que le guste igualmente el sufrimiento, que el sufrimiento sea quizá tan ventajoso para él como el bienestar?” (Dostoyevski 2000: 48).

Si todo ello tiene en el autor ruso una mezcla de sociología y psicología enmarcadas en parámetros económicos y políticos, es indudable, como afirma Ben Knights, que ahí subyace el discurso patriarcal que alimenta las consecuencias de sentirse excluido de lo que se cree que corresponde por nacimiento; es decir, el derecho a ocupar la posición central. Por ese motivo, el texto se presenta en tanto que “a critique of the imperialism of ‘normal’ masculinity” (Knights 1999: 122), una crítica entendida en clave de racionalidad—algo que ya no le sirve al protagonista: “Porque el hombre, quienquiera que sea, siempre y en todas partes, prefiere hacer lo que le da la gana a lo

que le aconsejan la razón y el interés” (Dostoyevski 2000: 40). Dostoyevski inicia así las narrativas de la exclusión, que llegan hasta nuestros días y que son propias de un sistema que castiga lo diferente y que no perdona a quien no se somete al discurso de la mayoría, en palabras del propio autor: “Todo hombre honorable de nuestra época es y debe ser cobarde y servil” (2000: 61). Empieza, por tanto, el retrato de un monstruo que tiene claros: primero, el origen, que explica admitiendo lo siguiente: “Si yo hubiese tenido familia en mi niñez, no sería lo que soy ahora [...]. Pero yo me crié sin familia; y ésa es probablemente la causa de que sea como soy [...] un hombre sin sentimientos” (2000: 110); segundo, los síntomas, descritos así,

Mis mezquinas pasiones eran siempre agudas y ardientes a causa de mi continua y morbosa irritabilidad. Mis arrebatos eran histéricos, acompañados de lágrimas y convulsiones [...] no había en mi entorno nada que pudiera inspirarme respeto o que pudiera atraerme [...] una angustia me abrasaba: sentía una sed insaciable de conflictos y contrastes y me lanzaba a la depravación más vil [...]. Me entregaba a mis viles diversiones en la soledad, de noche, en secreto, medrosamente, suciamente [...] llevaba el subsuelo en el alma (2000: 65);

y, por último, también las consecuencias, cuyas repercusiones achaca a “mi infinita vanidad y, por ende, de mi morbosa sensibilidad en todo lo tocante a mi persona, solía observarme a mí mismo con un feroz disgusto rayano en asco, y por ello tendía a atribuir a los demás mi propio estado de ánimo” (2000: 59-60).

La suma del origen, los síntomas y las consecuencias desencadena la violencia de pensamiento contra el camarero del restaurante, la violencia física contra su mayordomo y la violencia sexual y de género contra la prostituta, Liza, por ser testigo de su insuficiente humanidad: “Pero sólo de pensarlo me ponía tan furioso que creía poder aplastar a la ‘maldita’ Liza si por casualidad estuviese junto a mí en ese momento. La habría insultado, la habría escupido, la habría arrojado de allí, la habría maltratado” (2000: 128). Tan claro es el planteamiento en torno a su masculinidad que el anónimo protagonista reconoce esto: “nuestros papeles se habían trocado por completo, que ella era ahora la heroína y yo era exactamente igual a aquella criatura humillada y degradada que ella había sido ante mí aquella noche, cuatro días antes [...]. No puedo vivir sin dominar y tiranizar a alguien” (2000: 141). Lejos de sus sueños de grandeza y dominio, él culpa primero a Liza, “‘Ella es la causa de todo’, me dije” (2000: 137), y, después, a la sociedad: “‘¡No me dejan... no puedo ser... bueno!’—logré articular” (2000: 141).

Ante ello, solo puede defenderse disfrazándose, “Inventaba una vida para poder vivir de algún modo [...] aquello era representar un papel” (2000: 31), y su peor temor, “Miedo de la realidad. Miedo” (2000: 85), le supera hasta el grado de que prefiere el mundo de la ficción: “Tan divorciados estamos de la vida que a veces sentimos una especie de repugnancia ante la ‘vida real’ y por ello no toleramos que nos la recuerden [...] todos estamos íntimamente de acuerdo en que la vida resulta mucho mejor en los libros” (2000: 146-147)—paliativo a la peligrosa falta de atractivo de la realidad: “La ociosidad fatal que [...] es la madre de todos los vicios” (2000: 47).

En la tradición literaria victoriana, el género de lo fantástico, y, en concreto, la figura del monstruo que cuestiona la realidad traumáticamente represiva, fue el único reducto que las estrecheces mentales del siglo XIX permitieron para encontrar un equilibrio entre el control social y la libertad individual. Así lo entiende Robin Wood, quien, siguiendo la teoría del arte freudiana, define el verdadero sujeto del género en estos términos: “the struggle for recognition of all that our civilization represses or oppresses” (1986: 75). Con sus tramas de fusión y fisión en torno al *doppelgänger* a partir de otra *novella* de Dostoyevski, *El doble: poema de Petersburgo* (1846), y de *William Wilson* de Edgar Allan Poe (1839), los dualismos entre el yo y el otro, lo consciente y lo inconsciente, lo masculino y lo femenino y lo racional y lo irracional quedaron al margen del canon realista de la alta tradición de las grandes narrativas, que no quisieron participar de estos cuentos de seducción y rechazo que condensaban la naturaleza conflictiva del ser humano en el juego de opuestos. En cualquier caso, algunas de sus características—principalmente, la incapacidad para distinguir entre realidad e imaginación en lo referido a obsesiones del hombre como el poder, la sexualidad o la muerte—se trasladan a las mejores expresiones artísticas del siglo XX. Aquello que antes había quedado limitado por la confluencia del mundo gótico con el espacio fantástico se desarrolla en literatura y cine, de modo que se explora y cuestiona la normalidad del hombre a través de la creación del psicópata contemporáneo—al que la sociedad continúa necesitando para preservar el orden y la jerarquización entre sus miembros, como queda reflejado en *Fight Club* (Palahniuk, 1996). La conflictiva naturaleza de la identidad social y sexual se percibe también en el protagonista de *American Psycho*, a quien Philip L. Simpson identifica en este sentido: “heavily influenced by, and pays obvious textual homage to, the popular horror/Gothic narratives

of genres past” (2000: 149)—por cuanto sus problemas de ego y de libido siguen las pautas analizadas en el modelo de Dostoyevski. No obstante, para ser justos con la obra de Ellis, hay que señalar que en el paso del anónimo antihéroe a Patrick Bateman debemos detenernos en una parada intermedia: el cine de Alfred Hitchcock.

4.3.1. La perversión de la mirada

Si el elemento visual, presente en la etimología tanto de “fantástico” como de “monstruo” en cuanto que visualizaciones del peligro, ya anunciaba la amenaza de la literalidad de lo que Laplanche y Pontalis explicaban como “*mise-en-scène of desire*” (Cowie 1997: 133), el *unheimliche* freudiano encontró el vehículo idóneo en el lenguaje cinematográfico, donde, en palabras de André Bazin: “the image is evaluated not according to what it adds to reality but what it reveals of it” (1984 [1967]: 28). El uso del psicoanálisis como *lingua franca* de lo fantástico—en lo que se refiere al conflicto entre la fascinación inconsciente hacia lo prohibido y la repulsión consciente—adquiere una dimensión novedosa en la pantalla, en la que la satisfacción *voyeurística* de nuestras necesidades sádicas se controla, señala Kawin, desde el terreno seguro de la superioridad espectral: “a visit to the land of the dead, with the difference that this Charon will eventually take you home, or at least drop you off at the borders of the underworld” (2003: 325). De la misma manera, se trata de un viaje que, a pesar de ser sin retorno para la bella que conoce a la bestia en la mayoría de las historias góticas, los espectadores están dispuestos a emprender con renovadas fuerzas con la llegada del cine, como explica Dorota Wisniewska: “Gothic reliance on visual imagery transferred the vitality of the fictional murderer to the present cinema-dominated age. The character of the multiple murderer flourished in the new medium” (2013: 146).

Lo real y lo imaginario se mezclan de forma muy personal en la filmografía de Hitchcock, acusado por críticos de la talla de Bazin (1967) de una falta de realismo que atenta contra el primer mito del cine: su representación de la realidad. Ahora bien, a él lo que le interesaba era crear y no imitar, dando así vida a su monstruo, hecho de piezas arrancadas con la cámara y juntadas en la sala de montaje con su mujer, Alma Reville. Con ella es capaz de darle la vuelta a la principal ley del género fantástico para Bradbury, “To make the extraordinary seem ordinary, and cause the ordinary to seem

extraordinary” (1966: 41), al tener como tema de la mayoría de sus películas “el hombre corriente envuelto en aventuras extraordinarias” (Truffaut 2003: 42). Así, el cine alcanza en sus obras una madurez artística que permite hacer disfrutar a los espectadores de la posibilidad de ver proyectadas sobre la pantalla imágenes que hasta entonces habían permanecido en su interior. De esta manera, a decir de Christian Metz, en la edad del cine, que es la nuestra, “the fiction film enters into a functional competition with the daydream” (1982: 136).

Hitchcock, al igual que Poe, aprendió su arte en Alemania y desde el expresionismo cultivado en los estudios UFA supo visualizar los estados mentales y anímicos de sus personajes sin necesidad de palabras. El director del primer sonoro inglés, *Blackmail* (1929), desestimó, según afirma Truffaut, el realismo como fuente de sus películas: “No filmo nunca un trozo de vida porque eso la gente puede encontrarlo muy bien en su casa o en la calle” (2003: 78); eso sí, tampoco fue amigo del género fantástico, “[...] rechazo también los productos de pura fantasía, porque es importante que el público pueda reconocerse en los personajes” (2003: 78). En un terreno indefinido entre ambos extremos, el británico contribuyó a la historia del cine abriendo su obra al espectador. Su técnica consistía en envolverle a través de su participación activa en el suspense, al otorgarle más información que a los propios protagonistas y manipulándole con esporádicos *MacGuffins* o con permanentes desencuentros entre imagen y sonido; esto es, con lo que muestran los diálogos, por un lado, y lo que significan las historias visuales, por otro. La perversidad de su mirada—propia de un hombre que reconocía no tener sueños eróticos (Truffaut 2003: 199) y para quien la palabra “amor” era sospechosa (Truffaut 2003: 218)—deriva en su condición de esteta total: “Mi amor por el cine es más importante para mí que cualquier moral” (Truffaut 2003: 244). Y, por lo tanto, lo lleva al terreno de los transgresores en cuanto a la brutalidad de su actitud *voyeur*, que reconoció Truffaut: “Hitchcock no participa en la vida, la mira” (2003: 20).

Bret Easton Ellis cuenta la manera en que decidió el título de su obra más icónica y, reconociendo su peaje postmodernista a medias, afirma que cuando ya tenía redactado más de la mitad de un texto todavía sin título salió a despejarse una tarde con un programa doble de cine, donde las dos películas, *American Anthem* y *Psycho III*, anunciadas en la marquesina se juntaron (Castilla 2006: 50). La vinculación con el

mundo del cine como parte fundamental de la cultura popular de la que se nutre su generación y la suya en especial con Hitchcock—auténtica obsesión intertextual como trataremos de demostrar en este capítulo—así como su intención de recrear un discurso nacional—aunque sea diametralmente opuesto al del panfleto patriótico de *American Anthem* (Magnoli, 1986) con la épica del gimnasta roto por su padre que encuentra nuevas alas en el amor para defender a su país en los juegos olímpicos—pueden estar detrás de esta anécdota, que sirve para comprender parte del pastiche intertextual que es *American Psycho*. Siguiendo con cuestiones personales, tampoco parece casual que el autor tenga como película favorita *Vertigo* (Hitchcock, 1958), y que, por encima de las siguientes del mismo autor *Psycho* (1960) y *The Birds* (1963), establezca como máximo valor: “I love that it’s a movie about movies. That’s what’s so fascinating about *Vertigo*” (Ryan 2013: *en línea*). Esto reafirma su obsesión metanarrativa, a lo que habría que añadir su interés por una historia de amor basada en un relato de Pierre Boileau y Thomas Narcejac titulado *D’entre les morts* (1954) y donde la necrofilia es el eje central de la psicosexualidad en conexión con su concepción existencialista: “Masochism is characterized as a species of vertigo, vertigo not before a precipice of rock and earth but before the abyss of the Other’s subjectivity” (Sartre 2001: 242); si bien Ellis prefiere ironizar una vez más: “And it’s also the most crushing movie ever made about romantic obsession, and how we constantly relive our obsessions over and over and we’re hopeless in the face of them” (Ryan 2013: *en línea*).

El *voyeurismo*, “it’s a movie about watching things” (Ryan 2013: *en línea*), es precisamente uno de los temas que entroncan el lenguaje cinematográfico, en general, y el hitchcockiano, en particular, con las tesis clásicas de Laura Mulvey (1975) y de buena parte de la crítica feminista de aquella época, que tildó al director de misógino. Más recientemente, David Greven en “Making a Meal of Manhood” (2012) y en *Psycho-Sexual: Male Desire in Hitchcock, De Palma, Scorsese, and Friedkin* (2013) ha insistido, entre otros, en no demonizar su mirada sobre las mujeres, recuperando la visión del crítico Robin Wood (2002 [1965]), quien desde los años sesenta ha tratado de acercarse a la complejidad de la obra de Hitchcock sin planteamientos maniqueos y atendiendo a la subversión en sus mensajes. Antes que acusarle de misógino, habría que limitarse a reconocer su misantropía, aunque es cierto que ambas están conectadas en el

sentido de que rechazan las concepciones tradicionales de la vida y de sus actores, donde la mujer tiene un papel asignado tan claro.

Más relevante si cabe es entender la focalización cinematográfica y su uso perverso, compartido en la obra de Hitchcock y Ellis, sobre el modelo de masculinidad. Por un lado, la prioridad narrativa del cineasta, pues según él, “Rodar películas, para mí, quiere decir, en primer lugar y ante todo, contar una historia” (Truffaut 2003: 78), debe ser matizada por el principio que Bordwell sostiene y que explica así: “[T]here is no narrative without a narrator” (1985: 12). La norma clásica de Hollywood explota la focalización externa como bastión que otorga consistencia visual, pero, sobre todo, coherencia narrativa al discurso fílmico a través de completar las técnicas de óptica y fotografía con todo lo que ayude a conferir a los saltos en el tiempo y en el espacio y a la relación sujeto-objeto y causa-efecto entre los distintos segmentos la necesaria sensación orgánica, a la vez que hace desaparecer cualquier marca de artificio de la natural fluidez narrativa. Dominando esta premisa a la perfección Hitchcock, por otro lado, buscó a lo largo de toda su carrera que el mecanicismo artesanal del cine no impidiera el poder creativo del arte y, con esa finalidad, encontró la manera de aumentar su capacidad de expresión hasta transformarla en lenguaje propiamente dicho. De forma más específica, sustituye a los narradores orales por el verdadero recreador: la cámara, dando un nuevo significado a la focalización estudiada por Gérard Genette (1972). Si Goethe prioriza la visión, “Das Auge hat sein Dasein dem Licht zu danken” [“El órgano con que yo he comprendido el mundo es el ojo”] (1982: 323), el director de cine ahonda en la semántica de su mirada más mental que física para asegurarse de que, a la vez que él, el público también entienda el mundo que le rodea, pero no desde la ignorancia de la superficialidad sino desde la profundidad del análisis crítico y de la interpretación psicoanalítica de la imagen. Nunca antes y es posible que nunca después de él se haya logrado un uso tan controvertido del papel de la focalización como instrumento de mediación narrativa y es posible también que sea uno de los mayores responsables de refrendar la afirmación de Bordwell: “To give every film a narrator or implied author is to indulge in an anthropomorphic fiction” (1985: 62). Y es que lleva la ironía dramática a través de una perspectiva objetiva y distante suficiente para hacer partícipe al espectador del conocimiento que necesita para involucrarse dramáticamente en el suspense de la trama.

Al elemento diegético, Hitchcock añade, aparentemente, lo que Laura Mulvey (1975: 6-18) explicó como representaciones fálicas en la narrativa cinematográfica, distinguiendo entre el sujeto activo masculino del espectador y el objeto pasivo femenino de la imagen, que reflejan las desequilibradas relaciones de poder en la realidad. Por medio de la parafernalia y nomenclatura del psicoanálisis lacaniano, a Hitchcock se le asocia con el macho dominante controlador que, desde su *voyeurismo* fetichista y escopofílica cosificación, contradice el origen del séptimo arte de dar vida a lo inanimado para adoptar la postura de un asesino múltiple que descuartiza los cuerpos femeninos. Sin descartar del todo la posibilidad de que el cine, al igual que las otras artes, mantenga la obsesión masculina por dominar a la mujer y sabiendo que habría que tenerla muy presente para entender a otros muchos directores, en el caso que nos ocupa se demuestra insuficiente. Si bien su uso de la focalización y el montaje podrían interpretarse como extensiones de las filias masculinas en tanto que respuestas a cuanto afirma Stoltenberg, “[...] sexual objectification in and of itself is considered the norm of male sexuality” (2005 [1989]: 36), su sadismo artístico no obedece de forma prioritaria ni a deseos edípicos ni a miedos a la castración. Tiene, en cambio, más que ver con su intención de controlar el contenido que envía al espectador para hacerle ver una nueva realidad en la que el modelo de masculinidad se cuestiona, puesto que, en opinión de Greven, “Hitchcock not only refuses but also actively critiques heterosexual hegemony” (2012: 1), y, por ende, el bienestar social se tambalea, como explica Dellolio: “his larger purpose of questioning the superficial appearance of decency and moral health” (2005: *en línea*). A esas críticas contra su trato vejatorio hacia la mujer, en palabras de Tania Modleski, “In my feminist view, what’s really dangerous is the lethal misogyny often apparent in the director’s work” (2015: 126), y a las otras por la lectura fascista de sus valores, la superficialidad de sus tramas y el uso de clichés a la hora de crear sus personajes, que críticos como Raymond Durgnat habían esparcido (1974), se ha comenzado a reaccionar diferenciado lo mostrado en pantalla de su verdadero significado. Ahora se resalta el valor metafórico de sus polisémicas imágenes y se analiza la manera en que su estilo es su más contundente mensaje.

Su autoría artística sirvió para desnudar la realidad estadounidense y su *American way of life* desde la más británica de sus armas, el *understatement*, que incluye la perversión de una perspectiva que rara vez afirma o niega lo que se ve en la

pantalla sin tener una segunda intención, menos clara, más significativa. En el artículo mencionado de Greven (2012), su autor resalta que, lejos de sostener los estereotipos, películas como *Rope* (1948) demuestran lo contrario: “one aspect of Hitchcock’s larger critical deconstruction of the heterosexual couple and, especially, normative models of American masculinity” (2012: 2). En esta ocasión, en pleno apogeo del Production Code, Hitchcock adapta una obra de teatro *Rope’s End* del británico Patrick Hamilton (1929) inspirada en unos hechos acaecidos en 1924 cuando dos homosexuales, Leopold y Loeb, mataron a un compañero de universidad sin motivos aparentes. La presencia de estos candidatos al grupo que Raymond Durnat denomina “*psychopathic Peter Pan*” (1974: 228), alimentados por las malas enseñanzas del maestro que había hecho una interpretación fascista de la filosofía de Nietzsche y por el hecho de que querían demostrar su capacidad para cometer el asesinato perfecto, constituye una mezcla de la ética del superhombre y del esteticismo decadentista de la obra de Thomas de Quincey, *On Murder Considered as One of the Fine Arts* (1827). El trabajo atestigua la crisis de la masculinidad en los años de la postguerra, al retratar, en palabras de Greven, “the normative American male’s intensifying fear of loss of self” (2012: 4), y termina de confirmar la opinión de Peter J. Dellolio: “*Rope* is possibly one of the most disconcerting films ever made” (2005: *en línea*).

El contenido radical de la obra de Hitchcock estriba en transmitir dudas y criticar un sistema fundamentado en el orden patriarcal impuesto al individuo sin ningún resquicio para la variación alternativa. Con tal cometido en mente ofrece en sus películas lo que Greven describe así: “an assaultive counter-mirror held up to the social order—to its essential violence [...] beginning with its program of compulsory heterosexuality” (2012: 1). La celebración irracional, primero, del asesinato, después, de la fiesta sacrificial y, finalmente, de la confesión, es una demencial demostración de fuerza de unos personajes que, más allá de su condición sexual, se presentan como lo más selecto de la sociedad en cuanto a capacidad intelectual, educación y modales. Su egocéntrica interpretación del poder desconcierta a los espectadores, tal y como recoge Bauso: “[Hitchcock’s] central achievement in viewer disorientation is his simultaneous provoking of his audience to regard the crime with horror and his implicating of that audience in the performance of the crime. More than anything else, this complex process accounts for the unpleasant sensations that *Rope* seems to produce in many of

its viewers” (1991: 232). Hay que decir que parte de esa reacción reside en que, en su maestría para manipularnos, consigue la mezcla de atracción y repulsión, que, en una primera lectura superficial, se explicaría por la homosexualidad, pero que, según la opinión de Greven, se debe más a una recreación del *doppelgänger* gótico: “the indistinguishability of normative manhood and queer manhood in Hitchcock informs *Rope*” (2012: 6). Puede afirmarse, por lo tanto, que existe, como bien señala Richard Allen, una voluntad más ambiciosa: la de desmontar la seguridad del orden social a través de las manifestaciones de esplendor y gloria—ejemplificadas, a lo largo de la historia del arte, en el triunfo de las tramas amorosas como alegoría del éxito de la ley y el orden; sin embargo, en la irónica mente hitchcockiana, ese ideal se derrumba: “what defines Hitchcock’s presentation of heterosexual romance as an ideal is the manner in which it is entwined with its opposite—human perversity” (2007: 11).

Conocido como el mejor director de melodramas, fue, en realidad, quien hizo que este género girara hacia el más actual psicodrama—según atestigua el famoso descubrimiento de Truffaut: “Era imposible no ver que todas las secuencias de amor estaban filmadas como secuencias de asesinato y todas las secuencias de asesinato, como secuencias de amor [...] hacer el amor y morir eran la misma cosa” (2003: 270). Este elemento conduce, en efecto, al verdadero meollo de cualquier cuestión relacionada con el cine de Hitchcock: las formas—tanto las cinematográficas, en opinión de Eric Rohmer y Claude Chabrol, “uno de los más grandes inventores de formas de toda la historia del cine [...] la forma aquí no adorna el contenido, lo crea” (en Truffaut 2003: 14), como las sociales, para Greven: “Perversity in Hitchcock is not merely a matter of ‘kinky sex’, but rather a realm of desires, affiliations, fears, and energies that have been actively curtailed by culture” (2012: 14-15). A pesar del rechazo de su autor, “Actualmente, cuando pienso en ella, me doy cuenta de que era completamente estúpido” (Truffaut 2003: 135), cuyo objetivo principal era explorar en los límites del modelo narrativo clásico sustituyendo la invisibilidad en aras de la narratividad por un manierista ejercicio masturbatorio en torno al montaje analítico y al plano secuencia para jugar así con el tiempo real y el espacio teatral al servicio de la focalización cinematográfica, las críticas sobre el efecto no pudieron ser mejores.

En relación con esto último, hay que decir que se destacó, sobre todo, la frialdad del resultado final, así como la extrañeza del producto, que derivaba en el aburrimiento

y en la consideración, en general, de que era una obra menor y fallida. Sin embargo, el protagonismo del estilo y la hipertrofia formal, como autoconsciente perversión del canon, puede y debe hacernos reflexionar sobre su original transcendencia como artificio transgresor con la intención de romper la seguridad en las fórmulas tradicionales. La sensación de fracaso al traicionar una de sus herramientas favoritas para firmar sus obras de manera reconocible y desechar el montaje como parte de su escritura en esta ocasión—pero incapaz de eliminarla del todo por cuestiones puramente técnicas debido a la insuficiente duración de los rollos de película en la época—nos devuelve a un Hitchcock que está entre dos mundos. Ni los argumentos que D. A. Miller dio a favor de su interpretación homófoba, “the anus is a cut, and vice-versa” (2013 [1990]: 134), ni los de Greven postulando una revisión *queer* de tal decisión, “The monstrously emphasized and visible cut in *Rope* challenges the viewer’s sense of total mastery over the visual scene” (2012: 9), son lo suficientemente convincentes para decantarse por una u otra. Eso sí, no es casual que ambas se detengan sobre lo que el director pretendía llamar la atención: su intervención en la realidad fílmica.

En este sentido, el sentir general ante la obra redundaba en la conclusión de Greven, quien la califica como “so plagently queer a film” (2012: 15). En cuanto al término elegido para su descripción, hay que señalar que no solo expresa una postura que critica una sociedad homófoba y destapa la falsedad de sus argumentos—en un subtexto lleno de doble entendidos y connotaciones que evidencia la ausencia de todo ápice de normalidad en la apacible vida estadounidense—sino que rechaza el propio concepto de “normal” en tanto que parámetro desde la concepción derridiana de romper con los binomios y sus jerarquías impuestas. El mismo devenir de la narración pasa a ser objeto de reflexión al mostrar el ímpetu con el que la luz del día recoge el homicidio. Ahora bien, la seguridad se va perdiendo paulatinamente hasta reducirse a un estéril suicidio cuando llega el ocaso. La lectura se puede aplicar a la ritualización formalista de las relaciones sociales, donde el sacrificio humano acompañado de la fiesta, lejos de atraer el favor de los dioses, propicia su castigo, que acaba con la claustrofóbica atmósfera a base de disparos para que el exterior entre en forma de sonido a poner fin a esa tragedia en miniatura. El final no puede servir de catarsis para unos espectadores que han asistido a la muerte de un inocente, se han visto obligados a identificarse con la pareja asesina y su sentimiento de culpa no puede más que aumentar cuando la

reparación imposible del crimen deriva de la actuación del primer responsable de todo lo allí sucedido.

El héroe de guerra, en su personaje de Rupert Cadell y, en la realidad, como brigadier general en la fuerza aérea de los Estados Unidos, es quien, desde su posición de autoridad pedagógica, no solo ha introducido a esos jóvenes en el elitismo exterminador—como mera diversión y demostración de superioridad de una raza sobre aquellos que se considera que solo ocupan espacio en este mundo—sino que ha llegado a conocerles tanto que ni el mismo Hitchcock es capaz de hacer desaparecer todos los indicios del proceso de degeneración educativa. Y es que ha pervertido a sus discípulos además de en el sentido social, en el sexual. El dolor que Greven denomina “*queer anguish*” (2012: 2), y del que Rupert Cadell no puede ser ajeno, vuelve a unir en la obra de Hitchcock las dos identidades: la transgresora de los asesinos y la del observador pasivo, que es forzada a intervenir. De ahí que, cuando Greven proclama que “Rupert re-establishes patriarchal, heterosexual, gendered order” (2012: 14) no lo dice con la satisfacción del deber cumplido del mundo militar. Por el contrario, está describiendo la única salida que le queda a él como testigo del asesinato en riesgo de perder la vida; pero, sobre todo, como mecanismo de depurar responsabilidades con respecto a lo acontecido y de eludir un posible castigo, lo que le convierte en un “*attack queer*” (Greven 2012: 15). Lo relevante es que este ser viene a aumentar el espectro de los monstruos de Hitchcock por ser capaz de erigirse en salvador entregando hipócritamente a quienes habían sido producto de su propia cosecha. La ambigüedad y dualidad del personaje de James Stewart es palpable desde su presentación y a lo largo de todo el metraje; de hecho, su presencia, sus intervenciones y su actuación ponen en entredicho el sentido y la oportunidad de esa reunión social. No en vano, como subraya Delloio, “Rupert merely questions the conventions of polite society” (2005: en línea).

El paso del asesinato decimonónico como arte al arte como asesinato se da en el Shakespeare de la gran pantalla con su pasmosa facilidad para engendrar monstruosos cuya presencia autoritaria se inclina, casi siempre, de su lado más oscuro; en palabras de Greven, “Hitchcock’s identification with his queer personae, while conflicted and ambivalent, is a powerful, recurring dimension of his work” (2012: 2). Esta realidad obliga a interrogarse por la moralidad al margen de planteamientos maniqueos. Sin necesidad de anunciarlo y, mucho menos, de subrayarlo, la mayoría de sus psicópatas

recibe un protagonismo que ya de por sí les otorga la atención y el beneficio de la duda por parte del espectador, quien, desde su complicidad—en tanto que *voyeur* dependiente de la mirada en primera persona del autor—no puede tomar distancia crítica de aquello a lo que asiste. Al ampliar el número de participantes en el juego de la ficción, que incluye al espectador en la relación entre el autor y su obra, la participación visual como testigo empuja a una involucración mayor, que desconcierta y provoca malestar a la vez que obliga a una reflexión y un examen si no de nuestro comportamiento al menos de nuestros pensamientos en términos de sadismo. Los personajes de *Rope*, por ejemplo, dejan en entredicho una de las figuras más prestigiosas del imaginario británico, el “*gentleman*”, por el que Pip, el protagonista de *Great Expectations* (1861) de Dickens sacrifica su vida, pero su ejemplaridad se empezará a cuestionar de manera directa con el dandismo del decadentismo finisecular. Las nuevas dimensiones adquiridas—su esteticismo y su ambigüedad moral y sexual—son precisamente los elementos que añaden más atractivo a lo que para Greven son los individuos que integran el “*Hitchcock gentleman*” (2012: 15), ya que, según sostiene Richard Allen, su perversidad mantiene el interés: “staging the performance of a gentlemanliness beneath which the darkest secrets are harbored in a manner that renders them alluring and often sympathetic” (2007: 128).

Hemos de subrayar que los herederos de la “*gentilezza*” renacentista—en su calidad de virtud máxima del modelo de masculinidad de la época, el “*cortigiano*”—son, en el fondo, los predecesores de la teoría de la performatividad de Judith Butler. No en vano, la ya por entonces revolucionaria concepción de la nobleza de espíritu y acción por encima de la de sangre se puede considerar el origen de la distinción entre los planteamientos esencialistas y los construccionistas. La complejidad con la que Hitchcock se acerca a las identidades genéricas y sexuales, asimiladas por Greven, por cuanto, en su opinión, “homosexuality plays a key cultural role as an imitative copy to a straight original” (2013: 17), permite su representación como un simulacro baudrilliano donde no existe tal original, ni mucho menos forma parte de un cuerpo o persona en concreto. Así lo defiende fundamentalmente Butler, quien afirma lo siguiente: “gender is always a doing, though not a doing by the subject who might be said to preexist the deed [...] there is no gender identity behind the expressions of gender; that identity is performatively constituted by the very ‘expressions’ that are said to be its results”

(1990: 33). Hay que decir que esta lectura existencialista de los actos de habla de Austin (1962) aleja la posibilidad de esencias universales y eternas para centrarse, según apunta de nuevo Butler, en lo que cada cultura establece como manera de adquirir, mantener y demostrar la identidad de género: “a regulatory ideal whose materialization is compelled, and this materialization takes place (or fails to take place) through certain highly regulated practices” (1993: 1). El cumplir con las expectativas grupales a través del comportamiento implica, de manera muy especial, el lenguaje corporal y, más en general, todo aquello que tenga que ver con el cuerpo como significante de la configuración del género.

El modo en que este (inter)actúa con otros cuerpos en los contextos en que, con carácter reiterado, se desarrollan sus acciones va constituyendo, para Kimmel, la máscara que los demás reconocen: “Gender is a performance, a form of drag, by which, through the successful manipulation of props, signs, symbols, behaviours, and emotions, we attempt to convince others of our successful acquisition of masculinity or femininity” (2007: 119). La escalada de fuerza y el incremento de la presión pueden disparar la exageración de esa paródica amplificación de un original que no existe y derivar en una conducta psicopatológica. De ahí que el peligro de los asesinatos en serie resida tanto en su componente de elemento que pertenece a la ideología hegemónica como en la necesidad de control, la búsqueda de autoridad y poder y la recurrencia a la violencia sobre todo en los casos en que el hombre se ve acorralado o piensa que no hay otra salida al sentirse insultado en su masculinidad, un comportamiento que Madfis atestigua y explica así: “By one last catastrophic show of force, entitled but continually emasculated men feel homicidal violence on a massive scale will regain lost feelings of masculinity, superiority, and power” (2014: 78).

El cine, que ya de por sí es un medio en esencia performativo, se presta mejor que ninguna otra arte a mostrar el comportamiento enfermizo. Así se ha hecho con personajes como Norman Bates de *Psycho*, donde se alcanza la cima de lo propuesto por Greven: “the “attraction” side of Hitchcock’s representation of queer characters, often his most interesting, magnetic, sympathetic, and enigmatic” (2013: 21). Con él se dejan atrás los vestigios del buen gusto británico y se penetra, al adaptar la novela homónima de Robert Bloch (1959), inspirada en el desequilibrado Ed Gein, en la realidad estadounidense. Como se ha visto, no es el primer psicópata de Hitchcock pero

sí el más famoso y, por tanto, merece atención. La relevancia de Bates se explica por el hecho de que representa con exactitud lo *queer*, que si en una primera lectura superficial sirve para que el gran público demonice sus peculiaridades viéndolo como algo ajeno, en la interpretación más profunda, que se está siguiendo aquí, se ha descrito en su capacidad de alejarse de los binarismos reductores. Para Noël Carroll tal sistema binario en este caso se multiplica: “Norman’s status as interstitial, ‘neither man nor woman but both’, ‘son and mother’ alike, ‘both victim and victimizer’” (1990: 39). Este estado del protagonista, que, en opinión de Raymond Bellour, se caracteriza por medio de su propio nombre, “Norman [...] he who is neither woman... nor man” (2009: 357), confirma la teoría de Greven (2012) sobre la falta de diferenciación entre homosexualidad y heterosexualidad en Hitchcock—como ya hiciera Freud, para quien el deseo no tenía objeto definido—y ayuda a entender la manera en que los males que retratan sus películas son aplicables a todos los hombres—con independencia de su condición sexual. Es más, se puede intuir una intencionada crítica ante la necesidad social de establecer diferencias entre los diversos grupos, y más apelando a la naturalidad de la normativa en perjuicio de otras. En *Psycho-Sexual*, su autor subraya la recreación de la masculinidad en la obra de Hitchcock a través de lo que denomina “the triumvirate of male sexual anxieties—voyeurism, pornography and homosexuality” (Greven 2013: 11), y utiliza a Norman para ejemplificarla, puesto que la película, junto con *Peeping Tom* de Michael Powell (1960), consolidó esa mirada dentro del circuito comercial del cine, a pesar, o precisamente por, su naturaleza: “Psycho is undoubtedly the most obscure of Hitchcock’s films” (Bellour 2009: 341).

En poco tiempo, ya no iba a hacer falta desviarse, como en el caso de Marion, para llegar al territorio de Norman. Y es que el perverso desvío pasa, con los años, a transformarse en una autopista por donde circulan los psicópatas reales y ficticios, hasta alcanzar a Patrick Bateman—el protagonista de la novela que nos ocupa y el descendiente bastardo con el que Ellis aporta a su obra taras propias de la endogamia del género. El cine y la cultura popular retratan la realidad político-social y el estado psicológico de la nación en que se producen, como dejó claro hace mucho tiempo Siegfried Kracauer en su fundacional *From Caligary to Hitler: A Psychological History of German Film* (1947), y las fantasías y ansiedades colectivas de la segunda mitad del siglo XX encuentran espacio en soportes como los medios de masas. Desde que el terror

de Hitchcock sublimara la infinitud desasosegante de nuestro interés por lo que no vemos y se impusiera como una amenaza que nos recuerda nuestra propia finitud, la evolución del medio ha ido incluyendo ese fuera de campo al mostrar de forma cada vez más explícita los cuerpos y cadáveres en sus pasos por el *gore* desde *Blood Feast* (Lewis, 1963), un recorrido propiciado por el levantamiento de la censura del código Hays, y por otros subgéneros derivados. Estos incluyen el *slasher* de *Halloween* (Carpenter, 1978), donde la serialización de la mezcla de sexualidad y violencia, en todas sus variantes escatológicas y pornográficas, desemboca en *American Psycho*.

La intención de Ellis es la puesta al día de la saga de monstruos de la masculinidad que cualquier sociedad produce como consecuencia del establecimiento de pautas de comportamiento y normas de socialización rígidas. Tales estándares deshumanizan a quienes no tienen la fortaleza suficiente como para calibrar el alcance del éxito y la felicidad derivados del desarrollo del hedonismo narcisista, que los mitos y modelos prometen, y son incapaces de tomar en consideración la verdadera realidad que subyace a la atractiva visibilidad externa en forma de baja autoestima, miedo al fracaso o analfabetismo emocional—como el propio escritor acabó por admitir: “*American Psycho* is a book about becoming the man you feel you have to be, the man who is cool, slick, handsome, effortlessly moving through the world modeling suits in *Esquire*, having babes on his arm” (Goulian 2012: *en línea*). Desde el reconocimiento explícito a Dostoyevski y Hitchcock, el autor de *American Psycho* recurre a un ejercicio donde se suman la intertextualidad y la traducción intersemiótica, pasadas por el filtro de la ironía postmodernista, con el objetivo de mostrar las equivalencias del mito del monstruo y el modelo de masculinidad hegemónica. Más que un individuo, Bateman representa una tipología generacional, según la cita preliminar mencionada, cuyo calado supo alabar Norman Mailer: “The first novel to come along in years that takes on deep and Dostoyevskian themes” (1991: 221). Sin embargo, la crítica de la época no supo, en general, verlo y denostó la obra, entre otras muchas razones, por la ausencia de información sobre el personaje principal y por la ausencia de explicaciones para su comportamiento, en palabras de Mailer: “The failure of this book [...] is that by the end we know no more about Bateman’s need to dismember others than we know about the inner workings in the mind of a wooden-faced actor who swings a broadax in an exploitation film” (1991: 221).

Las dificultades para apreciar el significado de la novela partieron del insulto de algunas críticas, que no fueron más allá de la literalidad de la obra. Así, por ejemplo, el *Washington Post* publicó “[a] dirty book by a dirty writer” (Yardley 1991: *en línea*) para derivar en la manipulación demagógica que hacía un ataque injusto, como el vertido desde la publicación *Spy*: “Not much could be more sickening than the misogynist barbarism of this novel, but almost as repellent will be Ellis’s callow cynicism as he justifies it” (Stiles 1990: 43). Con el paso del tiempo, el distanciamiento crítico y la evolución de la propia sociedad estadounidense aquellos que pedían su cabeza, entre ellos Roger Rosenblatt, que llegó a exclamar lo siguiente, “Snuff this book! Will Bret Easton Ellis Get Away with Murder?” (1990: 3), tuvieron que resignarse con el descenso de su polémica fama y algo de autocastigo ético y drogodependiente, que finalmente, en otra pirueta postmoderna, se aclaró gracias a la adaptación que hizo Mary Harron en el año 2000: “it had a skewed and critical look at male behavior, macho behavior, that we’d never seen before, and it should fit into a feminist line” (Weber 1999: *en línea*). En cualquier caso, también ella tuvo problemas para obtener los permisos para rodar en Toronto, donde los colectivos en defensa de las víctimas de violencia de género tenían todavía presente el caso de Paul Bernardo—el asesino en serie que tan solo cinco años antes había atemorizado a sus habitantes y a quien se le confiscó una copia de la novela, que guardaba en su mesilla de noche.

Sin disposición a cooperar para disipar las dudas respecto al origen de su escritura, el autor californiano se ha atrevido a hacer afirmaciones como esta: “Ah, Patrick Bateman c’est moi” (Hilton *s.f.*: *en línea*); y, no satisfecho, se ha reafirmado, afirmando lo siguiente: “You write novels for very personal reasons” (Amerika y Laurence 1994: *en línea*). En cuanto a las motivaciones detrás de las razones, solo las explica a medias: “On a certain level, I was that man, too” (Gouliau 2012: *en línea*). Algo más de interés literario que el que arrojan estas declaraciones de quien ha confesado aspirar a ser una estrella de rock—ambición que sí le acerca a la psicología de su protagonista—denota su identificación con el género de la sátira y su finalidad moralizante: “*American Psycho* is a “moral indictment” of a certain type of shallow, narcissistic, American male” (Gouliau 2012: *en línea*). Con el peligro de dejarnos llevar por las tácticas de mercadotecnia del autor siempre presente, parece lógico atribuir su caricatura de la sociedad de su época a una motivación que va más allá de lo individual

para situarse en un terreno entre la sátira y la parodia contando con la ironía postmoderna, como ya supieron ver algunos de sus críticos: “it’s a satire, a hilarious, repulsive, boring, seductive, deadpan satire [...]. Ellis is, first and last, a moralist” (Bean 1991: *en línea*).

A pesar de que desde su origen mismo géneros como la sátira y la parodia se han utilizado a modo de como herramienta crítica para defenderse, salvaguardando el sistema, de quienes han pretendido extender los límites sociales y morales e innovar tanto en las formas como en el fondo de sus comportamientos, ha existido también una corriente subversiva, que, en paralelo, ha celebrado el cambio y la discrepancia con la autoridad. Esta interpretación bakhtiniana ataca el discurso oficial y se burla de sus intocables principios, demostrando lo ridículos que son en su empeñamiento y terquedad a aceptar cualquier tipo de modernización, y, en opinión de Simon Dentith, caracteriza nuestra época: “Parody is everywhere in contemporary modern culture” (2000: ix). En efecto, con la llegada de la modernidad, el respeto a la distancia que separa a los poderosos del resto se ha ido perdiendo y la sacralización del poder ha dado paso a una nueva etapa donde no se justifica el pretender vivir de espaldas a la realidad y donde el humor inteligente ha sido elemento transgresor que desmonta todo atisbo de esencialismo atemporal. Sin poder asignar a priori ninguna intención política o social predominante, la multivalencia de la parodia permite la entrada de múltiples críticas, debido a que lo único que no puede ser es neutral. Su poderío descansa, además, en la popularidad de sus argumentos y en la extensión de sus consecuencias: y es que a mayor capacidad para ampliar sus dominios, mayor éxito en descomponer el objeto de análisis.

El postmodernismo no ha respetado ninguna categoría—ni real ni ficticia—pudiendo hablarse de una actitud casi nihilista en su deconstrucción de las mayores verdades. Cualquier síntoma de debilidad es suficiente para cargar las tintas y la estabilidad y las jerarquías han sido objetivos prioritarios y predilectos. En la ficción moderna desde la obra de Cervantes y Sterne la división entre lo real y lo inventado se pierde de manera definitiva, llevada por la necesidad de conseguir el efecto más contundente posible en una herramienta que llega a poner en duda los propios géneros literarios en su versión de las antinovelas que no respetan las convenciones que supuestamente deben gobernar su buen desarrollo, como ya el modernismo de Joyce demostró. En los años ochenta, la corrección política se adueñó del occidente y, en

especial, en los Estados Unidos se erigió en un arma política de doble sentido: si, por un lado, evitó el insulto y la agresión verbal, también propició la defensa a ultranza de las apariencias y el tratamiento superficial pretendidamente respetuoso, pero, en realidad, conservador y cobarde.

Es sintomático que las primeras reacciones ante *American Psycho* fueran tan negativas; se dirigieron justamente contra el mal gusto, por lo explícito de su contenido y por lo políticamente incorrectas que son sus descripciones anatómicas de los descuartizamientos de los cuerpos femeninos—sin saber apreciar la parodia postmodernista que se escondía detrás como una de las claves de la novela. Las lecturas más cercanas percibieron el irónico posicionamiento respecto a la tecnología como elemento revolucionario que demostraba estatus y modernidad, ilustrado con innovaciones como la llamada en espera y los contestadores automáticos, la constante presencia de la televisión o el pretencioso acercamiento musical a los éxitos del momento: “There is some very funny parody of 80s culture” (Jackson 1991: 4). La crítica alcanza a todos los valores de la época y aunque el autor no quiera arrogarse funciones sociales, “I don’t think it’s a novelist’s job to give little moral lessons” (Morris, A. 1990: *en línea*), lo cierto es que su obra ofrece una asombrosa capacidad para penetrar en el interior de las miserias de una sociedad llena de problemas de la forma más cruda posible y sin volver la vista hacia ningún otro lado. La forma bakhtiniana dialógica en que el narrador en primera persona resta autoridad al narrador—a la manera que ocurría en los *Apuntes* de Dostoyevski—contribuye a dificultar la percepción de la finalidad si no moralizante al menos de denuncia manifiesta de lo que podría ser parte del “pastiche” de Jameson: “Pastiche is, like parody, the imitation of a peculiar or unique, idiosyncratic style, the wearing of a linguistic mask, speech in a dead language. But it is a neutral practice of such mimicry, without any of parody’s ulterior motives, amputated of the satiric impulse, devoid of laughter” (1991: 17). Mientras que la acercaría a la sátira, tanto en sus preocupaciones sociales y sus finalidades regenerativas—propias de lo que Steven Weisenberg (1995: 12–19) denomina sátira generativa—como de la más propia del siglo XX, tildada de degenerativa y que representa el giro postmoderno hacia una subversión de los valores morales y literarios. Así lo indica La Berge al utilizar esa clasificación en su interpretación de *American Psycho* como una relectura de *The Bonfire of the Vanities*:

“its intertextual connections to Tom Wolfe’s 1987 novel *The Bonfire of the Vanities*” (2010: 274)—con la que ciertamente comparte muchos rasgos, tal y como se irá viendo a lo largo de este capítulo.

Su naturaleza grotesca fue más ostensible, según testimonian las críticas, “It’s is a black comedy played to extremes” (Jackson 1991: 4), y ahí se reconoce su autor, quien ha afirmado a este respecto lo siguiente: “My impulses as a writer stem from being a satirist, and they stem from looking around and seeing what disgusts me in culture and creating a novel out of that, or creating a character out of that” (Klein 1999: *en línea*). La directora canadiense que llevó el texto al cine unos años más tarde también lo entendió. Explotó, por ello, el lado más humorístico e irónico de esta sátira del modelo de masculinidad de la década, marcado por la explosiva mezcla de su machismo y narcisismo. En consonancia con la sátira clásica, donde el género se centraba en una clase o en una profesión, uno de los objetivos fundamentales aquí es el ridiculizar la sociedad de consumo en la América de Reagan, que erige a su protagonista para representar lo más elevado y apreciado, exagerando sus características *ad nauseam*—nunca mejor dicho si se tiene en cuenta la usual reacción de muchos lectores—en opinión del autor: “a big metaphor for a ton of stuff, and a launching pad for anything you want to say was wrong about the 80’s: consumerism, yuppiedom, greed, serial killer chic, etc.” (Amerika y Lawrence 1994: *en línea*). El tono cómicamente surrealista de la voz narrativa no puede ocultar las intenciones realistas de la novela, un rasgo que comparte con el resto de la producción literaria de la década a la que pertenece tanto por su fecha de redacción, “I started *Glamorama* in December of 1989, right after I completed the final draft of *American Psycho*” (Mandelsohn 1999: *en línea*), como por el mundo que describe pormenorizadamente a través del repaso detallista al fragmento de la vida de su protagonista. Lo hace en un tono periodístico, elegido por el autor con la clara intención de ampliar los presupuestos realistas de la narrativa norteamericana de los ochenta destacados por Malcolm Bradbury: “The new writing of the present may have moved closer to realism” (1983: 282).

El alejamiento de la experimentación formal postmoderna extrema incide en acercarse al contexto sociocultural del que nace—aunque en el caso de Ellis el juego constante entre la realidad y la ficción nos recuerde el paradigma cultural de la

postmodernidad y ensombrezca algo su manifiesta vocación testimonial, como su autor confiesa con desgana:

I guess if they say something about that decade in some way, well, that's a by-product of what my intentions were, which were basically just to write stories and novels about the things that interested me, whether it was youth culture in L.A., or my college experience, or moving to New York in the '80s and seeing a city warped by yuppie values. So I guess in a way, yeah, they're about the '80s, but that was accidental [...]. I think the '80s created me (Klein 1999: *en línea*).

La representación de su época y sus inquietudes a través de rasgos fictivos es una de las características que une a *American Psycho* con las intenciones realistas de otras novelas coetáneas. El retrato generacional viene a ser, por un lado, la respuesta de la *Blank Generation* al clima político autoritario y reaccionario de los ochenta que Larry McCaffery describe de este modo: “Signaled by the election of Ronald Reagan in 1980, the American public's renewed faith in the old-fashioned, simplistic answer and assurances of militarism, patriotism, consumerism, and religion was a predictable outcome of this widespread national sense of bewilderment and uncertainty” (1988: 1163). Y también a sus repercusiones en la cultura que soporta, en palabras de Joe David Bellamy en “On the New Fiction” (1985), un “*downpour of literary Republicanism*” (en McCaffery 1988: 1161). Malcolm Bradbury explica algo más esta relación entre realidad y ficción:

But though the American novel as it developed from the Seventies and into the Nineties may have grown less dominated by a clear aesthetic attitude, it has certainly been dominated by clear tendencies, they mostly arising from the deep changes that have been reordering an American society which has been more conservative in its mood and less certain than before in its direction and future (1983: 273).

Por otro lado, cuando Tom Wolfe publica su “Stalking the Billion-Footed Beast: A Literary Manifesto for the New Social Novel” (1989) aboga por una vuelta al realismo, puesto que, según señala Bradbury, para él “the future of the fictional novel would be in a highly detailed realism based on reporting, a realism more thorough than any currently being attempted [...]” (1983: 262). En concreto, apuesta por la descripción de la vida en las ciudades aplicando los métodos periodísticos de Balzac o Thackeray en el siglo XIX—autor predilecto de Wolfe, quien nunca ocultó su pretensión de hacer de Nueva York su gran tema y repetir lo que *Vanity Fair* (1847-48) de William Thackeray había hecho con la Inglaterra del siglo XIX. Así su objetivo era conseguir la

sincronía de la ficción con el entorno donde se desarrollaba y, con el mismo estilo metropolitano, ofrecer un documento en clave paródica sobre los usos y modales, las *manners*, de las que se habla también en las notas preliminares de *American Psycho*, y que para Jerome Klinkowitz (1986) bautizarían este tipo de narrativa como “*New American novel of manners*”.

La concepción de escritor como notario que da fe de lo acontecido en una sociedad con la intención de destapar sus hipocresías y vanidades comparte con la labor del periodista de investigación la entrada de material tomado de la vida real. Y es que su actitud, tanto en la búsqueda y el análisis previos a la redacción como en el intento de recoger en sus obras el espíritu de una época a través de pormenorizadas descripciones pretendidamente objetivas y distanciadas del día a día en unos espacios geográficos norteamericanos muy bien delimitados, da lugar a una literatura estrechamente ligada a la realidad social local, retratando partes específicas no solo del Manhattan de Wolfe, sino también de la zona noroeste del Pacífico en Raymond Carver y Tobias Wolff, el Kentucky rural de Bobbie Ann Mason, el Pittsburgh en Michael Chabon o el Nueva York en Tama Janowitz y Jay McInerney. En todos ellos, como en el conjunto de escritores que ha contribuido a lo que se ha denominado ficción minimalista o nuevo realismo, una corriente también conocida como “*new naturalism*”, “*regionalism*” o “*dirty realism*”, que es la expresión que Bill Buford (1983) acuñó en la revista *Granta*, y que Wolfe llamó “*K-mart realism*”; incluso se ha hablado de “*pop realism*”, “*Whitetrash fiction*”, “*Post-Alcoholic Blue Collar Minimalist Hyperrealism*”, “*Photo Realism*”, “*Ironic Realism*”, “*Around-the-house-and-in-the-yard Fiction*”; “*High TechFiction*”, “*Designer Realism*” y “*Post-post-Modernist*”. Según se fije la atención en sus autores, sus técnicas de escritura, su tono, su contenido o sus obsesiones, se hace referencia a una forma de escribir plana, con multitud de detalles y muy consciente del discurso social. Su método de trabajo es captar en los retales de vida un significado, aunque sea justamente el de su ausencia en las vidas contemporáneas—una tarea creativa que Bradbury enfatiza con estas palabras: “is not to leave the rude beast, the material, also known as life around us, but to do what journalists do, or are supposed to do, which is wrestle the beast and bring it to terms” (1983: 262). En definitiva, se trata de reflejar la lucha del hombre moderno en la gran ciudad y, en concreto, los problemas diarios y la cotidianidad de una existencia definida por un ritmo de vida vertiginoso y

marcada, por ende, por el estrés, la información y el poder mediático que se impone al individuo en su relación de amor/odio con el capitalismo más salvaje. Esto le impide detenerse ante fracasos personales, despidos laborales, la enfermedad o la muerte; y es que la maquinaria infernal del sistema avanza y lo devora todo sin dejar espacio al sentimiento o la pausa reflexiva.

Esta versión renovada de la lucha entre el individuo y el entorno, que tan fructífera resultó en el siglo XIX, sigue poniendo a prueba el determinismo. Se aplica ahora a testimoniar de forma especular una nueva realidad social y étnica; de manera más específica, una expresión más variada y plural del Nueva York más duro y deshumanizado de la era de Reagan. Sin duda, un escenario ideal para describir el triunfo de la violencia y sus conflictivas consecuencias: “As a satirist I was more interested in milieu and behaviour and skewering the times I live in and identifying certain attitudes that I thought were prevalent in society” (Mandelsohn 1999: *en línea*). El espacio en este tipo de novelas pertenecientes a una cultura cada vez más dominada por la lógica espacial—prácticamente en una reinvención del regionalismo norteamericano del siglo XIX—marca también a Ellis, quien tiene muy localizado el centro de sus novelas:

Creo que está más en el lugar que en los personajes, y en la influencia que ejerce ese lugar. En realidad, creo que todos mis libros parten de un fuerte sentido de situación de entorno, sea Nueva York o Los Ángeles, y retratan los problemas de la cultura americana. Creo que el lugar determina al personaje, que el ambiente decide la personalidad, y que en la sociedad en la que vivimos es muy difícil ser un individuo (Martínez de Pisón 1994: 10)

El apego de Bret Easton Ellis a las claves realistas—tan ligadas a su contexto social y contemporáneo—se manifiesta a través no solo de la inclusión temática de las que son las obsesiones de la década, como pueden ser la batalla entre sexos, las luchas entre el individuo y la sociedad, la violencia, la homosexualidad, las drogas o la preocupación por el cuerpo, sino también en el tono falto de soluciones y de sentido que la escritura toma de la realidad en su obsesiva atención a la cotidianidad y su cercanía a narradores clásicos: “An extremely traditional and very serious American novelist [...] counting among his parents Ernest Hemingway, F. Scott Fitzgerald, Nathaniel West and Joan Didion” (See 1994: *en línea*). Esto no ha librado a Bret Easton Ellis de ser considerado un autor postmoderno, con las características que Laura E. Tanner señala:

“The novel’s lack of closure, characterization, and plot make it archetypally postmodern” (1994: 112). A estas se podrían añadir la mezcla de lo real con lo fictivo, la autorreflexividad solipsista (sin principio ni fin), la fracturación de los géneros convencionales o la imitación paródica en su anárquica estilística tras el derrumbamiento de la significación y a ello la ruptura de cualquier tipo de convencionalismo establecido además de la entrada de material proveniente de otros campos—en su gran mayoría artísticos, tales como la pintura, el cine o la música—y de otras disciplinas, entre ellas la historia, la economía y la política. La suma enriquece su heteroglósica configuración para representar la jerarquización social. Una vez más el testimonio del autor no sirve más que para mantener la contradicción en su justa medida y si, por un lado, le confesó a Rose que la detallada documentación de las escenas de violencia sexual la había obtenido de un manual de pruebas de acceso al FBI, como recoge Laura E. Tanner en la monografía antes referida, “the horrific descriptions of torture, rape and mutilation [...] are taken directly from the testimony of serial killers and from public records of their actions (1994: 113), por otro lado, en Klein aparece citado el fragmento de otra entrevista en que Ellis afirmaba lo siguiente: “I’ve never written a single scene that I can say took place, I’ve never written a line of dialogue that I’ve heard someone say or that I have said” (Klein 1999: *en línea*).

En definitiva, la ficción de Bret E. Ellis ha de analizarse en la encrucijada entre el realismo minimalista y el fabulismo postmodernista. Esta combinación encajó a la perfección con el inconsciente colectivo dentro de la cultura popular, hasta el punto de que se hizo de él un mito, lo cual, a su vez, demuestra que el estado de ánimo que su autor ponía como base, descrito en la cita que aquí se reproduce, no era un caso aislado:

American Psycho was, for me, an autobiographical novel. Not because I went around chopping up prostitutes, not because I worked on Wall Street, but because the tone of the book accurately reflects how I was feeling when I was writing it. If I was a well-adjusted happy person doing the writing of that book, it would have been a much different book. It would have been a lot less violent and bitter (Amerika y Laurence 1994: *en línea*).

Y, por lo tanto, Ramón de España estaba en lo cierto cuando reflexionó sobre su éxito y sugirió lo siguiente: “Si esto es un best-seller, es señal de que mucha gente se siente retratada en ‘ello’” (1987: 3). Partiendo de dicha premisa, consideramos que una de las claves para comprender la reacción del lector pasa por ahondar en el ejemplo de Patrick

Bateman, cuyas tensiones y ambivalencias responden a la construcción de la masculinidad en la época con un realismo brutal—propio de los mejores videos de la MTV.

La obra de Ellis ha de encuadrarse en la literatura de finales del siglo XX que probablemente, de forma más acentuada que en otras ocasiones, represente la aventura interior en la que el hombre se busca a sí mismo, en un proceso donde la ratificación de su existencia humana cuestiona su esencia masculina. Si bien el tema no es novedoso, ya que, según Peter Ferry, se encontraría entre los principales de la novela americana desde su origen y de entre los cuales el autor destaca estos seis, “the role of the novel in American society; the individual and (urban) society; the archetypal image of the absent and/or patriarchal father; the impact of homosocial relations on the everyday performance of masculinity; male sexuality; and the male individual and globalization” (2015: i), y son numerosos los críticos que testimonian su importancia, como Middleton, “Manhood fascinates modern men writers” (1992: 3), o Carla J. McDonough, “Manhood—its norms and limitations—is the central, universal issue within American drama” (2006 [1997]: 168), el acercamiento al sufrimiento masculino, donde antes existían con exclusividad manifestaciones de poder, merece que se le preste atención. En especial, si se tiene en cuenta, como afirma Timothy Beneke, que es un *topos* de atractiva pérdida: “American masculinity has become a disenchanted symbol” (1997: 31).

En 1992 Elisabeth Badinter reflexionaba abiertamente sobre el estado anímico de los personajes masculinos, asegurando lo siguiente:

Basta con leer la literatura masculina europea y norteamericana de los últimos quince años para darse cuenta de la amplia gama de sentimientos que les acechan: la rabia, la angustia, el miedo a las mujeres, la impotencia, la pérdida de referencias, el odio a sí mismos y a los demás, etc. Hay una característica común a todos esos textos: el hombre llora (1992: 57).

A la luz de sus palabras es posible, afirmar, pues, que, desde finales de los años setenta, la identidad masculina exhibe su carga negativa, contradiciendo, primero, su presunta invisibilidad y, segundo, la supuesta naturalidad con que sus miembros deben participar de ella; es decir, no manifestando la más mínima duda sobre sus efectos beneficiosos. La amplia gama de sentimientos considerados con anterioridad femeninos, como concluye Susan Faludi, “men of the late twentieth century are falling into a status oddly

similar to that of women at mid-century” (1999: 39), refleja la falta de sentido de un mundo donde muchos hombres no sienten en sus manos el poder. Es quizás esa naturaleza decadente, obsoleta y anticuada de una crisis que, cuanto mayor sea, mayor poder de atracción ejercerá entre los autores—quienes verán en ella un ejemplo de algo intangible, frágil, provisional, en amenaza de desaparición o incluso, algo extinguido y, por consiguiente, imposible de recuperar—lo que confiere a la masculinidad un valor artístico a finales del siglo XX. Se erige, entonces, en un tema recurrente, a veces, incluso, una obsesión por transformar su significado real entre sus lectores, en palabras de Knights:

Many male novelists of the period engaged with this turmoil, and their work does not simply reflect the crisis of masculinity, but contributes to the debate [...] in the search for new narratives and new ways of thinking and experiencing masculinity... invite us to take part in enacting new patterns, thinking out masculinity and male roles at the level of discourse as much as at the level of referent (1999: 168).

Por su fundamental aportación a la configuración de la identidad individual y a la personalidad social, analizada en el primer capítulo de esta Tesis Doctoral, la masculinidad es ineludible como tema de ficción. Ahora bien, cuando pasa de ser un sinónimo de estabilidad en la cultura a girar en torno a los síntomas de su ocaso y a simbolizar todo aquello en crisis, el examen insistente en su naturaleza repercute en la acentuación de sus males. No en vano, aumenta la preocupación no solo por un modelo que ha dejado de verse como positivo para los propios hombres, en lo que McConnell entiende como una pretensión esquizofrénica, “pressured to be masculine in a culture that no longer valued traditional codes of manhood” (2000: 352), sino también porque se asume que el derrumbamiento de la principal construcción del sistema patriarcal constituye un reflejo de la situación crítica de la sociedad norteamericana; de ahí que pueda decirse que la traumática experiencia masculina se establece en tanto que metáfora del país, según se colige de las palabras de Carla J. McDonough sobre la escena estadounidense: “The overt masculinity of plays by Sam Shepard, David Mamet; and David Rabe [...] their fondness for male-cost plays [...] they are most often critically presented as universal American voices” (2006 [1997]: 1-2).

El paso de héroe a antihéroe no se había dado antes de forma tan clara—si bien en la transición entre los siglos XIX y XX en muchos de los títulos de Lawrence, Joyce, Faulkner o Hemingway ya se había retratado al hombre herido en su masculinidad,

coincidiendo con una de sus crisis. Sea como fuere, Barbara Creed celebra esta posibilidad: “It is refreshing to note the increasing tendency in contemporary texts to play with the notion of manhood” (1987: 65). Hay que decir, por otra parte, que solo las grandes narrativas en ficción popular continúan creando mitos y leyendas para mantener un prototipo de héroe asociado con hombres como los que representan los actores Sylvester Stallone y Arnold Schwarzenegger—viva encarnación de figuras fálicas con músculo en la actitud y que Susan Jeffords describe así, “While eighties men may have muscled their way into our hearts killing anyone who got in their way” (1993: 198)—con el objetivo de restablecer la seguridad perdida como parte de la política de recuperación moral de Reagan, tal y como explica Stefan Brandt: “A strong revival of archaic male figures since the mid 1980s [...] to sound the bell for a new round of (re-)masculinization in American culture” (2000: 79).

El resto de los personajes masculinos de novelas y películas difícilmente pueden seguir considerándose una figura modélica en la medida en que en los textos abundan ahora ejemplos con los que se lucha por redefinir los nuevos papeles del hombre y la mujer en la sociedad. Muchos hacen gala de conductas alejadas de la heroicidad clásica y sus retratos ofrecen la imagen de hombres derrotados ante la realidad; esto es, físicamente exhaustos, psicológicamente débiles, socialmente inseguros, sexualmente impotentes y, de manera generalizada, dóciles y pasivos frente a un mundo ajeno a sus necesidades y que ya no les pertenece. La presencia del hombre herido, incapaz de mantener los estereotipos hegemónicos, domina las narraciones hasta nuestros días. De forma más concreta, su comportamiento—inmaduro, deshonesto, egoísta o insensible—busca refugio en los cambios económicos, políticos y sociales, lo que le lleva a protagonizar actuaciones y discursos inapropiados, cuando no directamente descontextualizados y ridículos. La causa radica en que estos hombres están fundamentados en parámetros ideológicos que describían un mundo diferente, en el que—aunque tampoco podían contar con el apoyo de otros hombres—al menos su desorientación no aumentaba, al no existir la negativa femenina para mantener los estereotipos de género. La mentira y la manipulación hacia los demás y hacia sí mismos por ser incapaces de afrontar las consecuencias de sus acciones y la mujer liberada han terminado por separar para siempre las esferas de los mundos masculinos y femeninos, enfrentadas en cuanto a la oposición exterior e interior, trabajo y familia, producción y

reproducción, remunerados y no remunerados, competitivos y cooperativos, duros y suaves, etc.

El nuevo antihéroe es el pervertido neurótico que impide que el lector y el espectador se enamoren de él y que es responsable de que sus ojos se separen de la página o la pantalla, donde, si miran bien, descubren, sin embargo, algo muy familiar, cercano y perturbadoramente atractivo. El tratamiento ficcional de la figura masculina puede deberse a un intento de retratar la quimera de la que habla Ferdinando Camon en su obra *La Malattia Chiamata Uomo* (1981), en la que empieza recordando al hombre enfermo de Dostoyevski en *Apuntes del subsuelo* y termina con la conclusión de que si bien es difícil ser mujer, es imposible ser hombre. Perdido entre su actitud defensiva y ofensiva en un territorio que da igual que explore y colonice u observe y disfrute, pocas salidas se le ofrecen si no el camino de la locura. Este se abre ante él como solución a la duda que ha sustituido a su amor propio: la tortura muda, cuando las palabras no expresan realidades. Lejos de la mirada complaciente y empática de otras épocas, al hombre se le examina, ridiculiza y condena, y se le reduce a objeto de crítica por no ser capaz de mantener un trabajo, una familia o una erección. El paso de la admiración al menosprecio ha poblado la ficción norteamericana de seres tan vulgares que no pueden ser desdeñables, tan bajos que no llegan a ser ni ruines, tan amorales que no merecen el apelativo de inmorales, tan vacíos que no alcanzan a ser superficiales, tan reales que ya no son verosímiles. Así describió el actor Christian Bale a su personaje en la adaptación de *American Psycho*, trabajo en el que, según afirmó él mismo, tuvo que enfrentarse a lo que definió como “*an empty shell*”, por su falta de cualquier tipo de centro o de alma, recordando con ello una realidad:

If you go back and look at the magazines of the 80's, the advertising, the stories about what a real man is, what a winner is, where power comes from, Bateman has this image of himself stolen from those magazines. While he's emotionally vacant, the whole persona is an act for himself, so I'm really playing somebody who's acting the whole time, but he's acting without having anybody in his life who, when he shuts the door he can go, “Whew, done that, this is me” (Weber 1999: *en línea*).

Esta excelente puesta en práctica de la concepción de Judith Butler sobre la identidad de género como acto performativo viene a corroborar el significado o, mejor dicho, su ausencia en el personaje que creó Bret Easton Ellis. Se puede, además,

interpretar como juego postmoderno de unión de contrarios, puesto que, continuando con la noción gótica del doble, en especial en su versión hitchcockiana, “everything in Psycho seems immediately doubled” (Bellour 2009: 357), en su persona—etimológicamente entendida como máscara—se van a encontrar las dos caras del hombre de la década de los ochenta: el epítome del triunfador y la fotografía de las consecuencias reales de intentar llegar a serlo, en otro ejemplo más de los trastornos de personalidad múltiple que derivan en esquizofrenias y paranoias agudas. La suma de lo que provocó las críticas más lacerantes y violentas por parte de los grupos feministas—que pidieron un boicot a la novela y la censura para las escenas de violencia pornográfica supuestamente gratuitas—pero que para el autor son de cuestionable naturaleza en el sentido de que nos hace dudar al describirlas, “the pages in which Patrick Bateman kills women, or fantasizes about killing women” (Goulian 2012: *en línea*), es justamente lo que refleja con nitidez el retrato del modelo hegemónico. Y es que, en palabras de su autor a la cadena BBC, *American Psycho* es: “a book about a misogynist” and the patriarchal society of which he is a product” (Aftab 2005: *en línea*).

La sátira de Ellis es una crítica a su país—de ahí el título—y, más específicamente, a una cultura que ha permitido que el individuo enfermo se transforme en condición general que describa la realidad de un pueblo, al menos en la década a la que pertenece: “Patrick Bateman from *American Psycho* who I can look at as a stylized villain or a big metaphor for a ton of stuff, and a launching pad for anything you want to say was wrong about the 80’s: consumerism, yuppiedom, greed serial killer chic, etc.” (Amerika y Laurence 1994: *en línea*). Su aristocrático nombre, entre los patricios clásicos y los superhéroes—aunque también recuerde al Norman Bates de Hitchcock—y su pertenencia a ese cogollo de hombres que incorporaron los mejores valores del capitalismo patriarcal por el que abogaba el presidente Reagan le elevan a la categoría de figura representativa del “reaganismo”—la ideología conservadora que imperó en la década. Si bien Reagan no aparece de forma continuada a lo largo de la novela, la pretensión del autor de enmarcar la acción en sus años de esplendor es evidente. No en vano, introduce, en boca de Patrick, un discurso totalmente reconocible en el ideario de Reagan al inicio de la novela (1991: 15-16), donde se pueden leer, a la manera de titulares, los principales puntos de la política de Reagan. Más concretamente, hay referencias a política exterior, “Ensure a strong national, prevent the spread of

communism in Central America [...]. We have to ensure that America is a respected world power” (1991: 15), a economía, “We have to make America the leader in new technology” (1991: 15), y a política social: “But we can’t ignore our social needs either. We have to stop people from abusing the welfare system [...] change the abortion laws to protect the right to life [...]. We also have to control the influx of ilegal immigrants. We have to encourage a return to traditional moral values” (1991: 16). Hay que señalar, además, que la novela, al igual que las narrativas cinematográficas clásicas, cierra con los mismos personajes, Patrick y Tim Price, escuchando un mensaje televisivo del presidente y es su amigo el encargado de denunciar que esos discursos están llenos de mentiras: “How can he lie like that? How can he pull that shit?” (1991: 396). Es asimismo evidente que los paralelismos entre Patrick Bateman y Ronald Reagan van más allá de compartir una retórica vacía de contenido y reducida a eslóganes, “Most importantly we have to promote general social concern and less materialism in young people” (1991: 16), o a emerger de vez en cuando como telón de fondo—en especial ligado a sus apariciones televisivas, por ejemplo: “The TV is tuned to a press conference Reagan’s giving but there’s a lot of static and no one pays attention, except for me” (1991: 142), para más tarde insistir, “Reagan still on the television set” (1991: 148). Sea como fuere, habría que dejar claro que la crítica fundamental en la novela es al modelo representado por ambos en tanto que encarnación del poder y el espíritu estadounidense en la configuración de la concepción de la masculinidad.

Si sumamos toda la información, que ya se ha dado, acerca del presidente y la condición psicológica de Patrick, reconocida desde el inicio de la novela por él mismo, “I’m a fucking evil psychopath” (1991: 20), no debería ser complicado entender que el principal punto de encuentro entre ambos estriba en su incapacidad para distinguir entre la realidad y la fantasía: “This is my reality. Everything outside of this is like some movie I once saw” (1991: 345). Se percibe, pues, la relación con el proceso en virtud del cual el modelo de masculinidad hegemónica permanece inalterable a pesar del paso del tiempo y de los cambios que se le presuponen a este. Esto es así tanto en la comentada huida hacia un mundo más parecido al siempre influyente Disneyworld, en palabras de Steven Watt, “Disney played a key role in defining the American way of life in the modern era” (1997: xix), como en las dos principales consecuencias de tal escapismo, definido por Coupland en estos términos: “Bambification: the mental

conversion of flesh and blood living creatures into cartoon characters possessing bourgeois Judeo-Christian attitudes and morals” (1991: 48). En ambas tendencias se observa la interpretación maniquea de la realidad y el mantenimiento del *statu quo* patriarcal, clasista, sexista y racista, por un lado, así como, por otro, la equiparación de la felicidad con el consumismo como fórmula mágica, un recurso sobre el que llama la atención Henry Giroux en su obra, *The Mouse that Roared*, donde ahonda en lo que Disney vende de verdad: “[...] largely aimed at teaching young people to be consumers” (1999: 3).

La vida de espaldas a la realidad y en un decorado cinematográfico conlleva una infantilización hedonista. El peligro de tal actitud vital es que aletarga los verdaderos sueños de los individuos, quienes corren el riesgo de dejarse llevar por el efecto sedante de la mitología del séptimo arte. Tal posibilidad ya se denunció desde que el lenguaje fílmico fuera identificado con las producciones de Hollywood, convirtiéndose en lo que Parker Tyler (1950) denomina “*a Universal Church*” y que John Updike explica a través de su antihéroe preferido:

Rabbit liked Reagan [...] the way he floated above the facts, knowing there was more to government than facts, and the way he could change direction while saying he was going straight ahead [...] the world became a better place under him. The Communists fell apart, except for in Nicaragua, and even there he put them on the defensive. The guy had a magic touch. He was a dream man. Harry dares say, ‘Under Reagan, you know, it was like anaesthesia (1990: 62).

Por el pasado del presidente y el futuro que desea Patrick Bateman la vida puede ser un anuncio publicitario donde se disfruta eternamente en fragmentos de 20 a 30 segundos y donde todo, así lo demuestran los infinitos “*Like in a movie*” que aparecen en el texto, está diseñado y controlado para ofrecer el máximo esplendor y confort a fin de conquistar a quienes lo vean. Los simulacra de Baudrillard (1978) ya no parecen tanto una metafísica postmodernista. Son, en cambio, la irrealidad de la vida de la imagen con su carga ideológica y sus efectos a la hora de imposibilitar distinguir entre real e imaginario, que dan la razón a Adorno y Horkheimer cuando proclamaban: “Real life is becoming undistinguishable from the movies” (1979: 9).

La equiparación epistemológica y pragmática entre la fantasía y la realidad es un síntoma de psicopatía en el sentido de que constituye una maniobra perversa con el objetivo de extender el dominio de la voluntad individual sin ningún tipo de limitación.

En efecto, el endiosamiento que conlleva construir un mundo propio se puede leer en términos psicoanalíticos, tal y como hace Janine Chosseguet-Smirgel, quien afirma en *Creativity and Perversion* lo siguiente: “The pervert is trying to free himself from the paternal universe and the constraints of the law. He wants to create a new kind of reality and to dethrone God the Father” (1984: 187). Ahora bien, también se presta a una interpretación política, como se aprecia en el recuerdo que Harry, el conejo de Updike, conserva del añorado Reagan incluso cuando reconoce su vacío: “[...] he was dignified, and had that dream distance; the powerful thing about him as President was that you never knew how much he knew, nothing or everything, he was like God that way, you had to do a lot of it yourself” (1990: 295). Una sensación muy similar a la del poder de los dioses es la que sintieron los representantes más exitosos del espíritu de los años ochenta, quienes, bajo el acrónimo de Young Urban Professional, o, más popularmente, *yuppies*, protagonizaron la novedad de un materialismo que abandonaba el calvinismo oscuro y humilde para desplegar todo el lujo y la ostentación posibles que ocultaran su vacío interior. Así lo percibe Tim Price, el mejor maestro de Patrick en su presentación de la primera página, “I’m resourceful [...] I’m creative, I’m young, unscrupulous, highly motivated, highly skilled. In essence what I’m saying is that society cannot afford to lose me. I’m an *asset*” (1991: 3), pues es también el primer ejemplo de deshumanización al identificarse con un activo empresarial.

La importancia de la actividad laboral es una característica del hombre como se analizó en el primer capítulo, pero para Patrick significa algo más como se aprecia en el ejemplo en que hace de ello su carta de presentación hasta para hablar con las indiferentes prostitutas, “Well, I work on Wall Street. At Pierce & Pierce” (1991: 171); de igual manera que la identidad personal y la profesional tienden a aproximar sus perfiles, lo que de forma exagerada anima a Sherman McCoy, el protagonista también perteneciente al mundo de Wall Street de *The Bonfire of the Vanities*, a incluirse entre los “*Masters of the Universe*” (Wolfe, 1987). Ese mismo recurso permite a Patrick Bateman pensar en el medio más apropiado para referirse a su persona: “King, I’m thinking. King, Evelyn. I want you to call me king” (1991: 339). Además de la obsesión por las jerarquías, es significativo que una vez más Reagan y Patrick vuelvan a unirse en la irreal imagen de trabajadores ejemplares cuando, a lo ya comentado sobre la escasa capacidad del presidente a pesar de sus constantes mensajes sobre la herencia paterna de

la ética del trabajo, se suma la nula actividad laboral que muestra Patrick a lo largo de la novela, con una sola mención a algo que se le parezca, “I have two files I should go over” (1991: 161)—a pesar de que fue ese momento histórico el que creó el vocabulario que aparece en la novela, “How’ve you been? Workaholic, I suppose” (1991: 186).

Más allá de mantener una doble vida, una pública y otra privada, un aspecto que será analizado más adelante, el paralelismo entre el presidente y el protagonista de *American Psycho* reside en el obsesivo empecinamiento en transmitir la imagen de ganador, hasta el punto de establecer el triunfo individual—por medio de la exaltación de la valía personal—por encima de cualquier moralidad social. Se trata del viejo mito del *self-made man* que tanto arraigo tiene en los Estados Unidos y que, en este caso, se identifica con los personajes que supieron aprovecharse de las posibilidades que el desaforado capitalismo en manos de las administraciones Reagan y su liberalismo ofreció para hacerse con grandes fortunas en los mercados de valores. Estamos ante otra muestra más, quizás la más perversa, del ejercicio de especulación entre la realidad y la fantasía que supone supeditar cualquier tipo de humanidad al éxito en los negocios. Gordon Gekko parece tenerlo claro en *Wall Street* (Stone, 1987) cuando afirma: “Capitalism at its finest [...]. It’s the free market”. El materialismo de la década de los ochenta hace desaparecer la reglamentación ética en la economía financiera y convierte Wall Street en una jungla con la ley del más fuerte como único código, en palabras de Gekko: “Gimme guys who are poor, smart and hungry. You win some, you lose some, but you keep on fighting [...] and if you need a friend, get a dog” (Stone, 1987). No es casual, pues, la insistencia en mucha de la ficción de la época en unir el dominio absoluto de esa mentalidad con el discurso oficial de Ronald Reagan. Updike, por ejemplo, señala: “After eight years of Reagan I would have thought more people would have been sore than were [...]. But people want to think rich. That’s the genius of the capitalist system: either you’re rich, or you want to be, or you think you ought to be” (1990: 62).

El precio que se paga por los sueños, un peaje que está muy relacionado con la valiosa enseñanza que Michael Eisner, directivo de la compañía Disney, manifestó en un documento interno en 1981, “We have no obligation to make history. We have no obligation to make art. We have no obligation to make a statement. To make money is our only objective” (en Sun y Picker 2001), no es tan solo social o económico sino

también personal. Y es que el hombre—pocas mujeres había en ese mundo que no fueran secretarías—que dedicó su vida a alcanzar el éxito no pudo disfrutar de haber contribuido profesionalmente a crear algo, sino más bien lo contrario, según Gekko: “I create nothing”, admitiendo que “I am not a destroyer of companies [...]. I am a liberator of them” (Stone, 1987). Ellis subraya en su análisis cultural del capitalismo la violencia implícita en las operaciones bursátiles que juegan con la vida de las personas y con la explícita, que domina el lenguaje, la actitud y las aptitudes de quienes las llevan a cabo. Así queda ejemplificado en el momento en que Patrick reconoce a lo que se dedica, “I’m into, oh, murders and executions mostly. It depends” (1991: 206), para referirse al departamento de “*mergers and acquisitions*” en el que trabaja, haciendo imposible conocer si es una confesión sobre sus actividades en la oficina o fuera de ella. Leigh Claire La Berge demuestra en su artículo “The Men Who Make the Killings: American Psycho, Financial Masculinity, and 1980s Financial Print Culture” (2010) el vínculo existente entre la novela de Ellis y el mundo financiero, “*American Psycho*, then, is a collection of what might be categorized as realist and autobiographical modes of financial representation” (2010: 274), respecto de la cual afirma que en la relación intertextual que existe entre la novela de Ellis y la de Tom Wolfe *The Bonfire of the Vanities* se aprecia un paso más en la crítica al sistema: “Ellis chooses a postmodern mode to represent the financial world for which Wolfe had earlier chosen a realist one” (2010: 277). Si en la historia de Sherman McCoy se diferenciaba entre la actividad principal y el incidente nocturno que va a conducirlo a la cárcel, como se encarga de aclararle Maria—según se ve en la cita referida a continuación—nada de eso existe en *American Psycho*:

Sherman, let me tell you something. There’s two kinds a jungle. Wall Street is a jungle [...]. You know how to handle yourself in that jungle [...]. And then there’s the other jungle. That’s the one we got lost in the other night, in the Bronx. And you fought, Sherman! You were wonderful!’ [...]. But you don’t live in that jungle, Sherman, and you never have. You know what’s in that jungle? People who are all the time crossing back and forth, back and forth, from this side of the law to the other side, from this side to the other side. You don’t know what that’s like. You had a good upbringing. Laws weren’t any kind of a threat to you. They were your laws, Sherman, people like you and your family’s [...]. Right there on the line everybody’s an animal—the police, the judges, the criminals, everybody (Wolfe 1987: 297).

La Berge identifica los procesos textuales que unen y separan a las dos novelas: “Ellis’s serial-killer protagonist, Patrick Bateman, reverses a series of references to financiers who were metaphorically linked to violence by literalizing the metaphor” (2010: 279), y, por medio de tal mecanismo, se pasa del intento de realismo en Wolfe a la vuelta de tuerca surrealista de Ellis. Este, llevando al extremo el significado último de la lógica financiera contemporánea—condensada en las palabras de Gekko, “greed, for lack of a better word, is good. Greed is right, greed works. Greed clarifies, cuts through, and captures the essence of the evolutionary spirit” (Stone, 1987)—equipara ambas actividades: la de agente de bolsa y la de asesino en serie. No en vano, como afirma La Berge: “*American Psycho* suggests that finance cannot be narrated outside of violence” (2010: 282)—una imposibilidad que da cuenta de los devastadores efectos que supuso una crisis del tipo de la que tuvo lugar en el Dow Jones el 20 de octubre de 1987. El propio autor ayuda a aclarar su intención, al asegurar lo siguiente: “[...] the novel, therefore, is not about violence but about the dangers of the materialistic ethic which that violence signifies” (Tanner 1994: 113). La naturaleza especulativa de las transacciones en bolsa, que arruinó—igual que sigue haciéndolo hoy en día—a miles de familias entonces, se traduce en la imagen de los órganos, vísceras y líquidos de los cuerpos, en especial los de los miembros más desfavorecidos de la sociedad (sean estos mendigos de color, prostitutas, mujeres o niños). Patrick Bateman los somete a torturas, violaciones y mutilaciones y, una vez destrozados, los conserva en algunos casos por ser trofeos de sus éxitos laborales, de los que su masculinidad financiera—en expresión de La Berge (2010: 277)—se enorgullece.

Esta lectura corporal del dolor social que se da en la novela responde al propósito sarcástico de mostrar las consecuencias de una ideología y de hacerlo de una manera tan visible que sea evidente la necesidad de reconducir las prioridades del grupo hegemónico. Lo elemental del razonamiento y su carácter gráfico devolvería la trama a un mundo medieval y, de esta manera, retomaría fuerza la imagen de un distante dios: Reagan. Su figura emerge en tanto que responsable último de las dantescas condiciones de vida de la población que observa Patrick y a cuyos integrantes describe en estos términos: “Walking down Fifth Avenue around four o’clock in the afternoon, everyone on the street looks sad, the air is full of decay, bodies lie on the cold pavement, miles of it, some are moving, most are not. History is sinking and only a very few seem dimly

aware that things are getting bad” (Ellis 1991: 385). Las referencias medievales facilitarían la comprensión tanto de la sangrienta imaginería gótica como de sus posibles connotaciones morales, e incluso, religiosas. El componente grotescamente ético a lo largo de toda la obra de Ellis permite, en efecto, leer esta novela con tal clave en mente; por otra parte, es algo que él mismo admite: “I already think that I tread the line on being too obvious a satirist at times [...]. I don’t mean to glorify anything, and I’m definitely not celebrating the yuppie lifestyle or the lives of serial killers. It’s so... thunderingly obvious” (Klein 1999: *en línea*).

No debería sorprender, por tanto, la apreciación de Henry Bean, quien sostiene que “Ellis is, first and last, a moralist” (Bean 1991: *en línea*)—a no ser que nos fijemos en la fecha en que apareció en la prensa, es decir, muy poco tiempo después de la publicación de la novela, o que conozcamos la demonización a la que fueron sometidos el libro, el mensaje y el autor. El crítico fue de los pocos que reconoció el significado social de una obra donde el comportamiento de su protagonista no se entiende de forma individual: “[...] he has, does and is everything the children of Reagan were promised they could have, do and be” (Bean 1991: *en línea*). En su interpretación del texto supo vincular, de hecho, los conceptos y las valoraciones morales con las coordenadas políticas de una era, iniciada con Nixon y que alcanzó hasta las presidencias de los Bush, relacionándolas de forma prácticamente causal: “*American Psycho* tells of the greed and soullessness to which we have all yielded in our way and that leads inexorably to gratuitous murder, to murder as our final expression of disgust and plea for judgment” (Bean 1991: *en línea*).

Años más tarde, críticos como Lentricchia y McAuliffe mantienen la identificación del protagonista de *American Psycho* con la América de la época que ellos denominan como “Waste Land according to Reagan” (2003: 65), y, en su seno, sitúan al psicópata: “Bateman is Deregulated Man, and Ellis’s novel is the full-blown realization of a vision of America [...]: a place where one can commit ax murders with impunity” (2003: 65). Se trata de una visión muy presente a lo largo de toda la obra de Ellis y cuyo alcance queda condensado en esta frase de Bateman: “We should all be allowed to do exactly what we *want* to do” (1991: 74). Respecto al contenido de la afirmación, hay que hacer hincapié en que responde a la política de desregularización que se impuso desde el gobierno para priorizar el desarrollo económico por encima de

cualquier tipo de legalidad o moralidad. El análisis de las prioridades del Reaganismo llevadas hasta sus últimas consecuencias es también la base de la lectura que acomete Thomas Heise sobre la novela, “*American Psycho* translates for readers the massive social costs of neoliberal economics into a terrifyingly intimate experience of violence” (2011: 135). Claro que ese ejercicio de traducción encierra el peligro de confundir la libertad individual con el escaso margen de movimiento que resta para los más desprotegidos, los “otros”, que son castigados por lo que se considera una negativa voluntaria a participar plenamente del sistema mientras que los miembros hegemónicos tienen carta blanca para hacer realidad sus sueños a cualquier precio. La interpretación económica que ofrece Heise de Bateman y que expresa como “‘Ellis’ fantasy of the quintessential neoliberal subject” (2011: 144) coincide plenamente con la visión que quiso dar el propio autor del personaje cuando años más tarde, al incluirlo en su novela *Lunar Park*, lo describió de la siguiente manera: “a young, wealthy, alienated Wall Street yuppie named Patrick Bateman who also appeared to be a serial killer filled with vast apathy during the height of the Reagan eighties” (Ellis 2005: 12). Esto es, Ellis identifica la violencia individual y la del sistema, que castigó a millones de estadounidenses.

4.4. De las corporaciones a las corporalidades

A fin de desentrañar en mayor profundidad el significado de la obra de Ellis y comprender el uso de la violencia y la abundancia de cuerpos y cadáveres habría que acudir a fuentes anteriores a Wolfe y remontarse a textos más cercanos al panorama que se describe en *American Psycho*. Se podría llegar así a Dante Alighieri y su *La Divina Commedia* (1472). En este compendio del mundo medieval, Dante recurrió al poder retórico de la alegoría para transmitir visualmente aquello que le pesaba hasta tal punto en su interior—el dolor y la pesadumbre de su imperfección—que le llevó a emprender un viaje en el que exploró los reinos de ultratumba. Su crisis espiritual y existencial de hombre de mediana edad provoca el *itinerarium mentis* que le conducirá a la salvación. El recurso al doble sentido del viaje—el literal y el metafórico—como mecanismo para plasmar la experiencia catártica permite el juego literario entre lo físico y lo mental,

entre lo corporal y lo espiritual, entre lo político y lo religioso, entre la vida y la muerte. La sorpresa del peregrino que inicia un camino que en vida solo habían recorrido antes San Pablo y Eneas es compartida por los lectores, quienes intuyen la importancia de su testimonio sobre lo que ve y escucha al cruzar la puerta de entrada al infierno. En esa antesala lee el mensaje que recibía a los pecadores en el mundo del averno en los primeros nueve versos del canto III: “LASCiate OGNI SPERANZA, VOI CH’ ENTRATE” (Alighieri 1975 [1309-1320]: 30). Al introducirse en su interior, Dante se adentra en un espacio demasiado familiar; de hecho allí va a descubrir que muchos de los personajes que encontrará no son tales, sino personas reales de la ciudad de Florencia, lo que provocó, cuando la obra se dio a conocer, el pánico entre sus habitantes.

La ya mencionada polémica moral y publicitaria que envolvió el lanzamiento de la novela de Ellis también tiene en su origen la compleja relación entre realidad y ficción. Sin poder asegurarlo—es, sin duda, difícil pensar que Ellis estuviera pensando en esa coincidencia cuando decidió empezar su novela (provocando la ira de buena parte del público) con esa misma fórmula de recibimiento al infierno de otra ciudad, el Nueva York de finales de los años 80—resulta innegable que, igual que el uso confesional de la novedosa primera persona de Dante (utilizada para reconocer su perversa pérdida: “che la diritta via era smarrita” (1975: I, 3), la selva oscura por la que Patrick se mueve es empleada por Ellis para identificar una topografía mental que tiene mucho que ver con la cosmografía del fiorentino, como supo ver Norman Mailer nada más publicarse la obra: “Bateman is living in a hell where no hell is external to ourselves and so all our existence is hell” (1991: 158). Y, evidentemente, tampoco es una casualidad que esta vez el texto esté escrito en un cajero automático situado a las puertas de una entidad bancaria. Ahora bien, más allá de la lectura ideológica de la primera línea de la novela en la que aparece la referencia, “*blood red*” (1991: 3), con la que Ellis pretende hacer una denuncia clara del sacrificio humano que supone el capitalismo, la inicial advertencia dantesca sirve al mismo tiempo para advertir al lector de la necesidad de que sea consciente de la carga simbólica de la narración que ahí comienza.

Aunque la lectura alegórica medieval pueda parecer algo alejada en el tiempo y del espíritu de la novela de Ellis, los paralelismos entre las dos obras indican que la

comuni3n entre ellas excede el marco de la cita inicial. Con la virgiliana ayuda de Tim Price, este viaje que emprende Patrick Bateman comparte con el de Dante no solo su car3cter transgresor e inaudito sino, adem3s, un mismo esquema de representaci3n art3stica de la realidad en clave ambigua o, dicho con otras palabras, en un terreno a medio camino entre lo f3sico y lo mental. De forma m3s espec3fica, puede argumentarse que la concepci3n cristiana del mundo del m3s all3 y la configuraci3n de su infierno son objeto de una relectura postmoderna en la que se abordan las cuestiones morales y sociales que Dante identifica con los pecados y que, aludiendo al poder m3gico que en la Edad Media se atribu3a al n3mero tres, el autor explicaba en el canto XI de su *Inferno*. El repaso a su clasificaci3n del tr3o de posibles violaciones de los preceptos religiosos, que se3ala por incontinencia a quienes no supieron poner freno a los instintos naturales, por violencia a los homicidas y usureros, quienes tambi3n fueron contra natura, y, finalmente, por fraude a quienes con su comportamiento de seductores y ladrones quisieron engañar y ocultar la verdad, vale para confirmar que los males que apunta Dante son pr3cticamente las cr3ticas que Ellis acomete con respecto a su protagonista.

El reconocimiento expl3cito por parte de los dos autores del momento cr3tico de sus vidas en el que nacieron sus respectivas obras, en el caso de Dante desde los primeros tercetos de su poema y en el de Ellis en las innumerables ocasiones en que ha tenido que dar cuenta de ello en entrevistas, por ejemplo, “I had everything a young man could possibly want to be ‘happy’ and yet I wasn’t” (Goulian 2012: *en l3nea*), junto con la 3poca hist3rica en que una y otra salieron a la luz, justificar3a la relaci3n entre textos y crisis. Eso s3, as3 como Dante ahonda en una situaci3n que tiene que ver fundamentalmente con cuestiones del ser humano en ese periodo de transici3n de la Edad Media al Renacimiento, en *American Psycho* el protagonismo recae en un asunto m3s de g3nero que de especie. Todo aquello que evoca Patrick Bateman y que se refiere al grupo de los “*Big Swinging Dicks*” (en La Berge 2010: 277)—tal y como, seg3n admite Michael Lewis en su biograf3a, se autodenominaban en la entidad bancaria Salomon Brothers—tiene como lectura 3ltima el retrato del modelo de masculinidad hegem3nica que representaban los integrantes de dicho grupo. Se explicar3a as3 la referencia sartriana con la que Ellis cierra *American Psycho*, “THIS IS NOT AN EXIT” (1991: 199), y que sit3a a la novela como la desviaci3n definitiva del camino de Dante y

de su salvación. Dentro de los juegos postmodernos literarios que Ellis pone en marcha en este texto, su ruptura final ha de leerse como la denuncia por parte del autor del infierno que implica el hecho de ser hombre, tal y como lo interpretaban los epítomes de la masculinidad: “I am purposely exaggerating the way yuppie men treat women” (Cohen 1991: 13). Hay que añadir a esto que la aberración de un comportamiento inhumano no puede seguir los pasos de uno de los creadores del significado de “hombre moderno” y su alejamiento de dicha senda tiene mucho en relación a la incapacidad para encontrar y relacionarse con una Beatrice que le ayude a elevar su mirada hacia lo menos material, y, por lo tanto, más humano de nuestra naturaleza.

Cuando el lector llega a leer ese final, precedido unas páginas antes de la no menos terrible, “[...] and coming face-to-face with these truths, there is no catharsis. I gain no deeper knowledge about myself, no new understanding can be extracted from my telling. There has been no reason for me to tell you any of this. This confession has meant nothing” (Ellis 1991: 377), se plantea la literalidad del inicio de estos pensamientos: “. . . there is an idea of a Patrick Bateman, some kind of abstraction, but there is no real me, only an entity, something illusory, and though I can hide my cold gaze and you can shake my hand and feel flesh gripping yours and maybe you can even sense our lifestyles are probably comparable: I *simply am not there*” (Ellis 1991: 376-377). Ante tal revelación, puede decantarse por releer la novela como un texto *postmortem* en la línea de los relatos góticos de los que tanto ha aprehendido. Sea como fuere, resulta más interesante interpretar esa muerte como ausencia de vida—al menos de la vida humana en el sentido en que se empezó a delinear con Dante—del modelo que Patrick representa, y que, en palabras de Storey, equivale a lo siguiente: “[H]e is the ultimate cliché of the 1980’s male” (2005: 60). La muerte física de Patrick permitiría entender que, a diferencia de Dante, su visita al infierno no la hace en su condición de persona viva sino ya como cadáver y que desde la primera página de la novela su confesión es un testamento, una *testatio mentis* según la cual su última voluntad—como la de cualquier muerto del mundo gótico—es regresar a la vida a través del sacrificio de otras personas vivas o conseguir que su muerte lo inunde todo. Sin necesidad de analizar el carácter material o espiritual de su muerte, o directamente identificarlo con un muerto viviente más del género, lo cierto es que su herencia es el valor real del

significado de la masculinidad hegemónica, además de un excelente testimonio de su crisis.

4.4.1. Imágenes y/o cuerpos: imágenes como cuerpos y cuerpos como imágenes

El carácter colectivo que se transmite ya desde el propio título de la obra pretende hacer hincapié en la normalidad de un comportamiento en lugar de resaltar su excepcionalidad. Representa así el intento de Ellis por acercarse al mito del arte como forma de realismo integral, una pretensión que subyace a la historia del arte, pero que se acentúa en el siglo XIX y que se ha interpretado como uno de los orígenes del cine—según explicó el teórico francés André Bazin:

The guiding myth, then, inspiring the invention of cinema, is the accomplishment of that which dominated in a more or less vague fashion all the techniques of the mechanical reproduction of reality in the nineteenth century, from photography to phonograph, namely an integral realism, a recreation of the world in its own image, an image unburdened by the freedom of interpretation of the artist or the irreversibility of time (1984 [1946]: 21).

A lo largo de este capítulo se han ido señalando los trasvases que entre el cine y la literatura han contribuido a perfilar la monstruosa figura del psicópata, por lo que no debería sorprender la voluntad del autor por plasmar la realidad a través de medios cinematográficos. Puede, sin embargo, causar mayor estupor comprobar que en la novela se da un valor ontológico a ese acercamiento cinematográfico a la realidad, puesto que el juego entre el mundo real y la fantasía se complica con el uso de la mezcla de lenguajes literarios y cinematográficos. Este recurso, que puede considerarse una extrapolación del concepto de la “traducción intersemiótica” de Jakobson (1959), le sirve a Ellis para analizar, a través del texto, la problemática condición masculina. Gran parte de la crítica se ha centrado en la superficialidad del mundo de Bateman, reflejo fiel de la sociedad de consumo—más interesada en todo lo que tenga que ver con la visibilidad y la imagen que con buscar un significado profundo, transcendente. Así resume el propio Bateman dicha actitud: “Surface, surface, surface was all that anyone found meaning in . . . this was civilization as I saw it” (1991: 375).

Resulta crucial para comprender el burlón acercamiento postmoderno a la masculinidad representada por Patrick afrontar el papel de la imagen y el dominio del

lenguaje visual a lo largo del siglo XX, ya que, en su avance, ha llegado a desplazar a la cultura logocéntrica tradicional y ha provocado que novelas postmodernas como *American Psycho* puedan entenderse mejor si las vemos a la luz de la definición que propone David Seed de la obra de Ellis: “[T]he novel as a film in prose” (2014 284). Son múltiples los niveles a los que alcanza la equiparación de este texto literario al mundo visual; desde su participación en el contexto de la postmodernidad como imposibilidad epistemológica hasta la consideración de la identidad masculina en su superficial acceso al mundo corporal—tanto masculino como femenino—pasando por su construcción a través de la apropiación de discursos dominantes, entre ellos los del cine, según nos recuerda Seed: “*American Psycho* is constructed throughout on cinematic models, some suggested by Hitchcock” (2014: 291). Cuando Peter Brooks asevera, “The postmodern age is intensely visual, defined by film, video, dance, performance art, blockbuster museum shows” (1993: 278), está reconociendo el poder de las aportaciones de este medio a la vez que sus limitaciones; y así se viene reflexionando desde que, en los años treinta, se introdujera el término que define una era que va más allá de lo meramente temporal, tal y como expresa el título que le dio toda su dimensión al comenzar la década de los ochenta: *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge* de Jean-François Lyotard (1988 [1979]). La novedad técnica, primero, y, más tarde, la profundización y el aprovechamiento de sus posibilidades ha hecho del siglo XX un periodo donde la preocupación por lo visual ha invadido hasta el último de nuestros rincones mentales y culturales. El progreso tecnológico y su potencial artístico han permitido su expansión desde una visión meramente física hasta servir de herramienta al psicoanálisis, convirtiéndose en una clase de discurso dominante muy ligado a la modernidad y a la postmodernidad. Estas corrientes ven en la visibilidad una forma revolucionaria de enfrentarse a problemas epistemológicos de esencia y existencia de la identidad y lo visual pasa así a constituirse en determinante a la hora de constituir los modos en que se construyen las diferencias en razón de clase, sexo o raza.

En este contexto, la teoría semiótica de los *simulacra* y la hiperrealidad de Baudrillard explora la preponderancia de la cultura de la imagen y la sustitución del objeto real por su representación simbólica. Lo que Baudrillard propone es más radical que la simple imitación o la reduplicación. No en vano, supone la desaparición de la

diferencia entre el original y la copia o la realidad y su reproducción, poniendo los medios para que la imagen deje de ejercer de signo y pase a ser entidad en sí misma:

Today abstraction is no longer that of the map, the double, the mirror, or the concept. Simulation is no longer that of a territory, a referential being or substance. It is the generation by models of a real without origin or reality: A hyperreal. The territory no longer precedes the map, nor does it survive it. It is nevertheless the map that precedes the territory—precession of simulacra—that engenders the territory (1988 [1981]: 166).

Sus análisis de la contemporaneidad se centran en aplicar su teoría, que Chris Horrocks resume afirmando que “[s]igns now construct the real as simulations” (2012: 103), al predominio cultural de los Estados Unidos. En concreto, enfatiza la identificación del país con la fantasía del mundo temático de Disneyland, sugiriendo la superación del criterio gnoseológico de verdadero o falso para sustituirlo por el de la satisfacción de nuestros deseos. Estos procesos de desubstancialización de la realidad son algo propio de la cultura de masas en la segunda mitad del siglo XX y constituyen la mejor definición del territorio habitado por Bateman, donde, según argumenta Storey: “Ellis increasingly blurs the line between reality and unreality as the novel progresses, to the point where neither Bateman nor the reader know what is or is not ‘real’” (2005: 59). El paso de dejar atrás las construcciones binarias implica la deconstrucción derridiana y permite la instauración del texto de Ellis en la ficción de mejor tradición postmoderna de la época, como testimonia la película de Cronenberg, *Videodrome* (1983), en el transcurso de la cual se escucha lo siguiente: “There is nothing real outside our perception of reality, is there?”

La perversión de la que es objeto la realidad percibida a través del simulacro radica en que acaba por perder cualquier relación con el original y deriva, por ende, en la transformación de los medios, que ya no la reproducen, sino que la producen, en palabras de John Fiske: “[T]hey affect and produce the reality that they mediate” (1994: xv). La pérdida de la noción esencialista de lo real forma parte del proyecto postmoderno, que niega, por tanto, la existencia también de un sujeto real que perciba la realidad y busca así proclamar la muerte de las grandes narrativas y su “mágica” resolución de los problemas para, a través del final de la subjetividad humana, enfrentarse heurísticamente en sus narraciones a lo que Bukatman, para las narrativas de ciencia ficción, define con estas palabras: “the dissolution of the very ontological

structures that we usually take for granted” (1993: 56). La muerte del sujeto, consecuencia ineludible de la muerte del autor de Barthes (1967) y de cualquier pretendida trascendencia en el origen del texto, supone el nacimiento del lector y el espectador en su papel de creador. Hitchcock ya lo intuyó y Ellis lo asume a la hora de crear textos donde el significado de la historia alcanza su máxima expresión solo al ser recibido e interpretado. La novedad de tal recurso literario es relativa. No en vano, podría interpretarse en la línea del modernismo innovador de Hemingway y su famosa teoría del iceberg o teoría de la omisión, que incluye en *Death in the Afternoon*:

If a writer of prose knows enough of what he is writing about he may omit things that he knows and the reader, if the writer is writing truly enough, will have a feeling of those things as strongly as though the writer had stated them. The dignity of movement of an ice-berg is due to only one-eighth of it being above water. A writer who omits things because he does not know them only makes hollow places in his writing (1932: 192).

Al ir un paso más allá en su narrativa postmoderna, Ellis no necesita omitir información para revelar el vacío que domina el interior de sus personajes huecos. Inunda, por el contrario, a su lector con innumerables muestras en las que se evidencia la construcción cultural de Patrick Bateman y lo que David Seed interpreta como el principio de su conversión en una abstracción: “His status as subject, precarious from the very beginning, attenuates further as he dematerializes into an “idea”” (2014: 293). De esta manera ayuda a verlo en tanto que retrato del constructo de masculinidad, puesto que lejos de estar sometido a la tradicional estructura de las narrativas de los asesinos en serie—marcadas por el individual trastorno psicológico, origen de sus actos—su conciencia es social, casi insultantemente colectiva. En compensación a su falta de humanidad personal, el personaje se compone a través de discursos sociales y políticos. En relación con esto, ya se ha visto la manera en que Bateman se presenta en calidad de *alter ego* del presidente Reagan, para lo cual recurre a eslóganes como el siguiente: “I just want everybody to know that I’m pro-family and anti-drug” (Ellis 1991: 157).

Completan el retrato generacional el *collage* de discursos provenientes de los medios de comunicación masiva, en especial la televisión—con su exitoso *Patty Winters Show*, el sensacionalista formato de *talk show*—y las revistas de música y ocio en Nueva York, que sacian las necesidades elitistas de Bateman, así como la publicidad

y la pornografía. Muchas veces se juntan varios de ellos, y así, por ejemplo, su programa preferido aborda temas que tienen que ver con el Reaganismo, “On the T.V. in Harry’s is the Patty Winters Show [...] today’s topic is Does Economic Success Equal Happiness? The answer in Harry’s this afternoon, is a roar of resounding “Definitely”” (Ellis 1991: 396), la sexualidad, “Beautiful Teenage Lesbians” (Ellis 1991: 360) o “Men Who’ve Been Raped by Women” (Ellis 1991: 362), música, “a feature on the lead singer of the rock band Guns n’ Roses, Axl Rose” (Ellis 1991: 363) o psicópatas, “Patty reading letters Ted, the mass murderer, had written to his fiancée” (Ellis 1991: 364). Otras veces los asuntos tratados versan sobre invenciones macabras, “a machine that lets people talk to the dead” (Ellis 1991: 326), y alucinaciones “a Cheerio sat in a very small chair and was interviewed for close to an hour” (Ellis 1991: 386), pues a medida que Patrick va perdiendo el control de sí mismo, los programas le acompañan en sus delirios.

También habría que añadir que, a pesar de lo expuesto por Heise, “he is a discursively produced matrix of verbal utterances which have coagulated into the shape of a person, more a corpus of words than corporeal” (2011: 151), su principal unidad mínima de significado no es la palabra sino la imagen. A ese respecto, cabe señalar que su mente funciona como una cámara de cine y la mayoría de sus referencias tienen que ver más con la visualización que con la verbalización; valga la siguiente cita a modo de ejemplo: “[...] all of that fades and in what seems like time-lapse photography—but in slow motion, like a movie—the sun goes down, the city gets darker and all I can see is the red Lamborghini” (Ellis 1991: 114). Es más, puede argumentarse que el lenguaje verbal pierde sentido para él y se subsume dentro del visual, algo que él mismo reconoce: “The conversation follows its own rolling accord—no real structure or topic or internal logic or feeling; except, of course, for its own hidden, conspirational one. Just words, and like in a movie, but one that has been transcribed improperly, most of it overlaps” (Ellis 1991: 395). Como parte de ese proceso deja finalmente de representar una cualidad humana para mostrar la locura del protagonista: “I’m having a sort of hard time paying attention because my automated teller has started talking to me [...] and I was freaked out by the park bench that follow me for six blocks last Monday evening and it spoke to me” (Ellis 1991: 395).

El pastiche de discursos le otorga a Bateman una identidad basada en la cultura popular y cercana, además, a la de muchos estadounidenses. Estos llegaron a verse tan próximos a él que lo adoptaron como uno de los disfraces recurrentes de las fiestas de Halloween de Nueva York. Es más, el muñeco todavía puede comprarse a través de Internet y el autor, por su parte, ha entrado a formar parte del lenguaje de los jóvenes: “People still stay [*sic*] I had one of those ‘Brett Easton Ellis’ nights” (Hilton *s.f.*: *en línea*). En relación con esto, habría que apuntar que una de las razones más importantes por las que Ellis escribió su novela es precisamente la normalización de todo lo que representa el personaje, pues según afirma él mismo: “American society in general, and his own twentysomething generation in particular, were ‘basically unshockable’—hence the need to render an extreme portrayal of violence” (Ionnone 1991: 52). El éxito de su protagonista más de 25 años después de su creación pone de manifiesto, por un lado, que la percepción del mundo en las dos dimensiones de una imagen no ha pasado de moda y sigue impactando. Ahora bien, por otro, la manera en que se prefiere conservar el aspecto más grotesco de un ser cuya identidad está construida a base de retales culturales en explicación de Laura E. Tanner, “Bateman’s ‘personality’ exists only as an assemblage of the properties of the world around him [...] the demands of capitalism to accommodate the objectification of subjects and the abstraction of objects” (1994: 105), es suficientemente explícita del poco calado que entre los integrantes de la sociedad norteamericana ha podido tener la crítica de la novela hacia unos valores que, en su mayoría, permanecen vigentes.

La ausencia de profundidad que caracteriza al formato de las imágenes es una propiedad distintiva de la obra de Ellis, a la que es posible atribuir diferentes significados y aplicaciones. Igual que sirve para definir a sus personajes en tanto en cuanto pertenecientes al espíritu postmoderno, refleja asimismo el momento histórico en que ser hombre era cuestión de pura imagen. En lo que respecta a la primera cuestión, la incapacidad de Patrick para ir más allá de las formas externas, nos parece oportuno recoger aquí las palabras de Alex E. Blazer, quien la describe con acierto: “[H]e cannot differentiate between products and people, consumption and affect: he’s flat, superficial, and ultimately unfathomable” (2002: *en línea*). Las relaciones entre la superficialidad y el consumismo subrayan la facilidad con la que en la época de Reagan se consideraron los signos de riqueza por encima de la realidad que representaban, en un fenómeno del

que, además, hay que decir que supuso la transformación del significante en significado. Los accesorios externos pasaron, en efecto, a ser la expresión desesperada por intentar adoptar lo más parecido a una identidad social en la sociedad narcisista de ese momento. A este respecto, cabe apuntar que cuando Baudrillard denuncia el consumo como la base del orden social, establece con claridad el acceso exclusivo que los símbolos tienen para estratificar la sociedad. Y es que hacen de la visibilidad del poder la principal causa de los estilos de vida—marcados por las ropas y los objetos de diseño o por los restaurantes y locales exclusivos así como por cualquier otro signo que se pueda apreciar a simple vista. El capitalismo feroz no se ruboriza ante la ostentación y la opulencia; y, por tanto, tampoco ante el estatus social, una posición donde los privilegios y el elitismo son los indicadores por medio de los cuales se demuestra la prosperidad.

Los escritores de la *Blank Generation* denunciaron, ridiculizándola, esta sobreabundancia. Tal es el caso de *American Psycho*, donde adquiere el grado de *leitmotif* a través de la descripción obsesiva de todo objeto y, sobre todo, de la referencia a la marca y el precio, que es lo que de verdad resalta su rédito dentro de las coordenadas de la cultura narcisista y exhibicionista del capitalismo tardío. Así lo interpretó Annesley al abordar su doble significado, que, si, por un lado, expresa poder, por otro, revela mucho más: “the ways in which the commodity can be used in an expressive and communicative way” (1998: 92). El consumismo pretende acabar con las limitaciones humanas y lo hace transfigurando a su portador en imagen de una serie de valores que la sociedad prioriza; estos incluyen la belleza, la juventud, la energía o la preparación física. El denominador común a todos ellos es que hacen del cuerpo el mejor estandarte para poder disfrutar de la vida desde una posición económica privilegiada, abriendo la posibilidad de romper la conexión entre realidad y fantasía, según le explica Patrick a su secretaria: “Appearances *can* be deceiving [...] Sometimes, Jean”, I explain, “the lines separating appearances—what you see—and reality—what you don’t—become, well, blurred” (1991: 378).

Una de las principales consecuencias de un sistema consumista como el que propugnó el presidente Reagan es el aumento social de las diferencias entre ricos y pobres. En cuanto a la manera concreta en que se origina dicha división, tiene, en buena medida, su causa en la preponderancia de la economía, que se entiende como la piedra

angular de una cultura donde el dinero habla por sí mismo. El resultado más inmediato de tal concepción es que se convierte a las personas en víctimas de la comercialización de su identidad, al permitir la penetración del capital en todas las esferas de la vida. En palabras de Ellis, “I guess the book is an expression of my feelings of how I felt the 1980s went awry, went astray, went crazy [...] the consumerist excess. The total compulsive fascination with surfaces. How everyone was defined by what they wore, what they bought, rather than who they were” (Sion 1991: *no pág.*). Así Patrick Bateman pierde su naturaleza humana y pasa a existir como ser cosificado en el momento en que no es más que un portador de todo aquello que signifique pertenencia a la élite. Es más, en su persona se materializa el proceso que Guy Debord explica de este modo: “the image has become the final form of commodity reification” (en Jameson 1991: 18); y es que lleva su condición de juez de la moda y el buen gusto a extremos de crueldad física y mental para los demás y hacia sí mismo. Se trata de un hecho destructivo ya denunciado por James Annesley, quien apuntó lo siguiente: “[T]he madness of Patrick Bateman is the natural product of a society in which rampant consumerism intersects with the hyperreality of a media society” (1998: 19).

La única salida a estos procesos de deshumanización es la cosificación; es decir, la transformación en un objeto rodeado de otros objetos. La mutación da como resultado un ser alienado, pero que encuentra en dicha alienación la manera de relacionarse con los demás y consigo mismo. El proceso le lleva a ser un fetiche a los ojos ajenos. Eso sí, él devuelve la misma mirada de deseo insatisfecho hacia lo que no distingue entre personas y objetos. De otra parte, desde el punto de vista psicológico, la presión aumenta de manera desproporcional. No en vano, la aparente democratización del lujo, más referida al disfrute de la imagen que lo representa que al objeto mismo, redundando en que se priorice lo que facilite el acceso a esos artículos, provocando que el consumismo afecte a todos los órdenes sociales—en especial a los aspectos morales y a la ética del trabajo. En el momento en que la imagen sustituye a la vida real—escenificado en la pantalla a través del muñeco Teddy respondiendo a la pregunta sobre la realidad, “Nobody knows what ‘real’ really means” (Spielberg, 2001)—la pesadilla de la hiperrealidad postmoderna se apodera de mentes como la de Patrick Bateman, a quien Lasch describe así:

[A] double consumer, of both objects and images that shape his behaviour. He is in a way the result of the logic of consumer culture:

he represents all that is favoured by consumer culture, while he detests--on some occasions to the point of killing—everything consumer culture tries to hide. This logic of consumer culture is also the logic of the narcissist, who divides society into two groups: the rich, the great and famous on the one hand, the common herd on the other (1991 [1979]: 84).

Cabe señalar, además, que el perfil psicológico de Patrick Bateman ilustra con realismo los peligros del consumismo. Esto es, la realidad de un sistema donde la doble naturaleza del signo hace que su valor venga dado por sus relaciones estructurales con los demás y que fluctúe en tal medida que se constituye en elemento de presión para el individuo, a quien no se le permite ni sosiego interior ni satisfacción personal. Al desequilibrio que genera la sustitución de una identidad individual por unas señales externas, hay que añadir, por tanto, la desestabilización provocada por la renovación y actualización constante de las mismas. Esto fragmenta la seguridad en uno mismo en el sentido de que supone el sometimiento a una rueda sin freno de cara al exterior—pero también tiene repercusiones de carácter interno. La competitividad que define al sistema capitalista encuentra una nueva trampa en la manipulación consumista, que, lejos de tranquilizar, dispara los ataques de ansiedad ante la imposibilidad de demostrar de manera reiterada y continuada la pertenencia al grupo privilegiado, y así lo explica el autor de la novela:

Consumerist success was really the embodiment of what it meant to be a cool guy—money, trophy girlfriends, nice clothes, and cool cars. It all seemed extremely shallow tone. Yet at the same time you have an urge to conform. You want to be part of the group. You don't want to be shunned. So when I was writing that book as a young man, I was having this battle with conforming to what was the yuppiedom—the yuppie lifestyle—going to restaurants and trying to fit in. I think *American Psycho* was ultimately my argument about this (Coreno 2011: *en línea*).

En tanto en cuanto comparte con el resto de miembros de su generación la preocupación por un mundo reducido a la mercadotecnia de un centro comercial, Ellis testimonia la necesidad de escapar de la canibalización empresarial referida a las personas, y se une, de este modo, a lo que Coupland denomina “*emallgration*”, así definido: “migration toward lower-tech, lower-information environments containing a lessened emphasis on consumerism” (1991: 173). Consumidos por el consumismo, los personajes de Ellis reflejan las leyes de una lógica que pasa de utópica fuente de bienestar racional a

irracional condena de esclavitud, de acuerdo con la descripción que ofrece el sociólogo Zygmunt Bauman: “Consumer society thrives as long as it manages to render the nonsatisfaction of its members” (2007: 47). Estas sociedades reducen, en efecto, al sujeto a objeto del sistema, un proceso que contribuye a su insatisfacción personal. Por lo que respecta a Patrick, en su caso, al que su autor describe, “Patrick Bateman is the extreme embodiment of that dissatisfaction. Nothing fulfills him, the more he acquires, the emptier he feels” (Goulian 2012: en línea), redundará en disparar sus psicopatías y en pasar de ser un consumidor compulsivo, y, por tanto, condenado a la frustración, a dirigir esa ira hacia la maquinación de asesinatos en serie, tal y como ha resumido Heise: “His act of cannibalism is capitalist consumerism reductio ad absurdum” (2011: 147).

La centralidad de la pérdida del sujeto cartesiano en la postmodernidad es básica para entender la definición que de ese acercamiento crítico da Eagleton: “a style of culture which reflects something of this epochal change, in a depthless, decentred, ungrounded, self-reflexive, playful, derivative, eclectic, pluralistic art” (1996: vii). Dada la desaparición de la realidad, que se ha intercambiado por su representación, no puede sorprender que la existencia se convierta en verse y ser visto, en el ideario de Patrick Bateman: “the happiest song I know [...] ‘Brilliant Disguise’ by Bruce Springsteen” (Ellis 1991: 371). Una personalidad constituida a través de la imagen, es decir, proyectada y alimentada por los estímulos visuales de otros seres a quienes se les ha reducido a puntos de comparación y contraste, conduce a la incapacidad epistemológica para distinguir entre la identidad y el superficial formato externo. Abrumados por la ininterrumpida sucesión de hiperrealidad a la que estamos expuestos, nos vemos obligados a disfrazar nuestra vacuidad existencial, lo que entierra la posibilidad de una existencia real—evidente en el ejemplo de *American Psycho*: “‘He presents himself as a harmless old codger. But inside...’ He stops [...] ‘But inside...’ Price can’t finish the sentence, can’t add the last two words he needs: *doesn’t matter*” (1991: 397). El absurdo postmoderno se alimenta ciertamente de la multiplicación de las fuentes proporcionadas por el consumismo, cuyo cometido es sostener el falso conocimiento a través de la percepción exclusiva y excluyente de cualquier otra cosa que no sea el envoltorio—que termina por representar lo real en las operaciones comerciales. Estas, en palabras de Lasch, “create a world of mirrors, insubstantial images, illusions

increasingly indistinguishable from reality” (1984: 30) y desechan, además, todo intento de realidad, excepto aquel que sobrepone nuevas máscaras a las ya existentes. Se refuerzan con ello los infinitos niveles de superficialidad y se ponen trabas a la posibilidad de alcanzar mayor profundidad que el de las etiquetas. Es más, es posible asegurar que la marca de la ropa suplanta a unos dueños que han sido poseídos metonímicamente. En el caso de Bateman es tal el bombardeo que la imagen así como los medios que la proyectan llegan a reemplazar su conciencia, en una forma de diálogo con las pantallas ya comentada en este capítulo y que demuestra la internalización del lenguaje publicitario. De manera más específica, esto provoca la tergiversada interpretación literal de la información que de allí procede, hasta el punto que el eslogan publicitario “*Just Do It*” es la inspiración para perpetrar los atroces asaltos contra sus víctimas.

4.4.2. Superficies corporales fragmentadas

El carácter paródico—un elemento ya analizado por Jameson (1984) en su vinculación con la entrada del capitalismo tardío en la ficción postmoderna—con el que Ellis presenta los acontecimientos que narra y la inmoralidad del pastiche de los discursos por medio de los cuales incide en el grado de ridiculez de la sociedad no deben hacer olvidar la intención del autor, que él mismo dijo ser esta: “I was writing about a society in which the surface became the only thing [...]. So I wrote a book that is all surface action [...]. I used comedy to get at the absolute banality of the violence of a perverse decade” (Cohen 1991: *en línea*). De sus palabras se extrae que el lenguaje visual contribuye a una forma de conocimiento epidérmica. Conviene a este respecto recordar que dicho modelo epistemológico se ha identificado con una contemporaneidad marcada por la superficialidad de los planteamientos postmodernistas. Y es que estos, con sus consecuentes procesos de cosificación y comercialización, tienen una carga ideológica considerable a la hora de fundamentar parte del discurso de la violencia que sustenta la novela en lo que a la constitución de la identidad masculina a través de la diferencia se refiere. En el mundo postindustrial de unas sociedades sin jerarquías culturales aparentes, Jameson usa su concepto de “*waning of affect*” (1984) para caracterizar el modo en que el arte se relaciona con la realidad sin pretender—por

primera vez en su historia—el acceso a la profundidad de un mundo que solo puede aprehenderse de manera fragmentada.

En este sentido, *American Psycho* se presenta—tanto en la forma como en el fondo—en su ostensible naturaleza fragmentaria, un aspecto formal que se erige en instrumento para el conocimiento parcial, dado el relativismo epistemológico. Hay que destacar también su tono paródico y su autoconsciencia metaliteraria—características todas ellas propias de las obras postmodernas, y de las que Ellis se vale para que el lector acceda a su novela a través de signos corporales y de una saturación de imágenes violentas. Con ello pone de manifiesto las principales limitaciones del modelo de masculinidad hegemónica, que, como ya se ha argumentado, tienen su origen en su monolítica rigidez y en sus sobrenaturales exigencias, la suma de todo lo cual redundaba en sus recurrentes crisis, la última desde los años ochenta. La lectura feminista de *American Psycho* se basa en la centralidad de la búsqueda desenfrenada y violenta por responder a aquello que la sociedad considera ser un hombre, que es lo que su autor satiriza y lo que impulsó a Mary Harron, la directora de su adaptación, a plantear una (re)escritura en el año 2000: “Although many scenes are excruciatingly violent, it was intended as a critique of male misogyny, not an endorsement of it” (2000: *en línea*).

Los presupuestos de la crítica de los Estudios de masculinidad muestran, con ejemplos como el de *Proving Manhood: Reflections on Men and Sexism* de Tim Beneke (1997), los esfuerzos que durante años se han llevado a cabo para desenmascarar el chauvinismo masculino. De forma consciente e inconsciente este elemento irracional se encuentra en la raíz del poder masculino, pero también en las crisis de identidad y ansiedad de muchos hombres—provocadas por el ya comentado fenómeno de origen múltiple “*compulsive masculinity*”. Dicha concepción del género impulsa al hombre desde su infancia hasta la madurez a demostrar su masculinidad, en particular en el caso de tener dudas sobre ella, y a ocupar una posición hegemónica con la única justificación del omnipresente y omnipotente “*BIRGing*”—el acrónimo que utiliza Beneke. Su significado, que él explica así, “basking in reflected glory, feeling that ‘we’ are better than ‘they’ by our association with an institution” (1997: 69), indica el grado de sexismo, misoginia y homofobia implicado en esta construcción ideológica. Cualquier cambio que afecte a lo que desde acercamientos esencialistas se considera un derecho

adquirido provoca turbulencias en el sistema y una reacción si cabe más peligrosa por su intento de desestabilizar la hegemonía patriarcal heterosexual, en palabras de Kimmel:

North American men are bewildered by the sea changes in their culture besieged by forces of reform, bereft by the emotional impoverishment of their lives. For straight, white, middle-class men, a virtual siege mentality has set in. The frontier is gone, and competition in the global marketplace is keener than ever. The current era [...] makes pinning one's proof of manhood on the capacity to succeed as a breadwinner and provider increasingly perilous (1996: 330).

Thomas B. Byers (1995) ha bautizado como “*pomophobia*” al fenómeno que afecta a la crisis de identidad del sujeto masculino, definiéndolo de la siguiente forma: “[the] convergence of fears of late capitalism, fears of feminism, fears of any swerving from the path of ‘straight’ sexuality” (1995: 7). Cuando Mark Storey (2005) retoma el vocablo y el concepto para aplicarlo al análisis de *American Psycho* juega en el título de su artículo, “And as Things Fell Apart”, con los vínculos entre el significado “*falling apart*” del neologismo de Byers y los dos versos de una canción del grupo preferido de Patrick Bateman, Talking Heads, que anteceden a la narración: “And as things fell apart / Nobody paid much attention”—presagio del mundo que se va a describir y que, a la vez, sirve para alejar al lector de la posible asociación del protagonista con la banda solo por las connotaciones góticas de su nombre. El papel de la masculinidad en la novela de Ellis es evidente para Storey: “The murderous insanity of Bateman is merely the ultimate realization of normative masculinity’s internal logic” (2005: 62-63), una lógica interna que, si bien Ellis, en su crítica, lleva al extremo, tiene la voluntad de desmontar los discursos ideológicos que sostienen la construcción.

La identidad de Patrick, como ya se ha mencionado, es la suma, apilada de forma caótica, de todo aquello que se supone que hace que una persona del sexo masculino sea un hombre, una ecuación que hemos analizado en el primer capítulo de esta Tesis Doctoral valiéndonos de la clasificación de Brannon (1976). Como recordaremos, esta incluía los famosos cuatro mandamientos, “*No Sissy Stuff*”, “*Be a Big Wheel*”, “*Be a Sturdy Oak*” y “*Give’em Hell*”, y que, según hemos señalado también, su prevelancia entre los integrantes del grupo de los *yuppies* no hace sino añadir más éxito a su figura. No en vano, se asocian con la representación del sueño americano si no fuera por sus ataques, reales o inventados, contra diferentes víctimas—en su mayoría mujeres. Su incorporación al espíritu postmodernista obliga, sin embargo,

a considerar su identidad, escindida aparentemente entre el trabajador de Wall Street y el asesino en serie, como un subtexto; e incluso, en homenaje a la paternal figura de su inventor, un *MacGuffin* hitchcockiano, en cuanto que es muy difícil distinguir con nitidez los dos oficios y sobre todo, el elemento *gore* es una distracción cuya relevancia es más simbólica que literal porque aleja al lector de lo que en realidad importa en la obra: el retrato de la crisis de la masculinidad hegemónica. Dado lo paradójico de su caso, resulta difícil decantarse por la idoneidad de uno de los dos modelos que de manera tradicional se han utilizado para estudiar al hombre. Y es que ni el esencialismo ni el construccionismo social pueden ofrecer aspectos positivos sobre su condición de género. El planteamiento que proponemos consiste, una vez más, en la recuperación del mundo gótico a través de todos los espectros y fantasmas que asolan la mente de uno de sus miembros más respetados. Sus fobias no son más terribles que sus filias y todo en él rezuma a muerte y descomposición de un modelo que se somete a la crítica deconstruccionista y no deja, literalmente, títere con cabeza. Aplazaremos por el momento el análisis referente al grado de cumplimiento con respecto al primer mandamiento, es decir, el de la eliminación de cualquier vestigio de feminidad, para empezar antes por aquello que apunta, con carácter innegable, a su pertenencia al grupo de los hombres: su éxito profesional.

Dinero, estatus y reconocimiento social así como el triunfo del poder acompañan a sus óptimos resultados en Pierce & Pierce, la agencia cuyo nombre comparte con la del protagonista de *The Bonfire of the Vanities*. Sin embargo, bajo la apariencia de perfección, existen dos aspectos que rompen la fotografía del éxito. Por un lado, a pesar de que uno de los elementos que más contribuye a la estabilidad de la identidad es la actividad laboral, “dominant cultural definitions of masculinity are strongly related to the place of men and men’s practices at work” (Collinson y Hearn 2005: 299), en este caso, y pese a no existir ninguna necesidad, ya que el texto lo explicita, “You practically own that damn company” (Ellis 1991: 221), Patrick tiene muy claros sus sentimientos hacia su actividad profesional: “‘I just don’t want to talk about...’ I stop. ‘About work’ [...]. ‘Because I hate it’” (Ellis 1991: 237). Por lo demás, no se trata de algo especialmente individual, como no lo es nada en el protagonista de la novela, porque desde el inicio, su maestro Price, expresa su relación con el mundo laboral de la misma forma: “I mean the fact remains that no one gives a shit about their work, everybody

hates their job, I hate my job, you've told me you hate yours" (1991: 3). Por otro lado, hay que decir que el odio al trabajo no impide al empleado de Wall Street reconocer la función primordial de tener un empleo en una sociedad como la estadounidense. Así, ante la pregunta de la razón por la cual no descarta un *modus vivendi* que no le satisface, su respuesta, "'Because' I say, staring directly at her, 'I... want... to... fit... in'" (Ellis 1991: 237), permite aclarar varias cuestiones acerca de su personalidad; en concreto, su sensación de marginado social y su decisión de mantener algo que odia.

En cuanto a la primera, el miedo a la exclusión, cabría señalar que refleja un primer síntoma de debilidad de carácter, una fragilidad que Patrick trata de esconder bajo su identidad laboral. Puede sorprender el desesperado intento de quien lo tiene todo por pertenecer a una colectividad, una situación que recuerda al momento en *The Elephant Man* (Lynch, 1980) cuando, acorralado por la muchedumbre, John Merrick grita: "I'm not an elephant! I'm not an animal! I'm a human being!". No hace falta insistir demasiado en que la aparición de este *leitmotif* de las narrativas fantásticas que denuncian la fuerza—normalmente negativa—de la sociedad hacia el diferente dista de ser casual. Por lo que respecta al tema de la otredad y al de la felicidad que acompaña a la incorporación en el grupo, se trata de un asunto que está presente, de forma paródica, en la base del origen cinematográfico de muchas de estas tramas; tal es el caso de la escena de la boda en *Freaks* (Browning, 1932) en la que el grupo de monstruos recibe a la novia "normal" con gritos de bienvenida: "*You are one of us*". En el caso de Patrick, su necesidad de sentirse normal es una evidente señal de su monstruosidad, a la que se añade el hecho de que para alguien que representa el individualismo en su máximo esplendor, no puede haber sensación de triunfo sin el aplauso y reconocimiento social. La normalidad establecida por los parámetros sociales y morales es, en efecto, una de las obsesiones más reconocidas por el protagonista de la novela, a quien se retrata como una referencia del buen gusto y la elegancia, hasta el punto de que es a él a quien sus compañeros de trabajo preguntan sus dudas sobre el protocolo y la idoneidad de la etiqueta prácticamente a diario. La superficial atención al orden y la estética que viste el éxito conducen a la segunda cuestión planteada a la hora de continuar una actividad que se detesta, y puede decirse que implica una inserción social a costa de un sacrificio en la renuncia al bienestar personal. En el caso de *American Psycho*, la importancia de la actividad laboral se constata en la aceptación de convivir con algo que se aborrece. La

decisión responde, más específicamente, al sentimiento masoquista de recrearse en el dolor de buscar una identidad a través de lo que nos obliga a sufrir y explica al lector parte de la paradoja que vive Bateman: encerrado entre la necesidad de ser aceptado como miembro de un grupo y el sufrimiento y la frustración de dedicarse a una actividad con la que no se siente realizado.

Se podría pensar en el trabajo que lleva a cabo como la fuente de ese dolor. Sin duda, el hecho de dedicarse a una actividad tan lucrativa y que se supone estéril—aunque no hay ninguna mención explícita a ello a lo largo de la novela—desde el punto de vista humano tiene que pasar factura en su interior, ya que no le da la oportunidad de crear ni de que esa creación le permita erigirse en un personaje admirado por la sociedad. El concepto “*careerism*”, definido por la disposición a priorizar la carrera profesional por encima de cualquier cuestión moral o personal, se puede aplicar en este caso a quien sacrifica su felicidad ejerciendo en Wall Street. De hecho, el trabajo finalmente define a Bateman, y lo hace no en el sentido tradicional sino en el más enfermizo de ser incapaz de ser alguien; es decir, de hacer algo que contribuya en positivo y que le permita así crecer como persona. Una de las características de su labor es la de asociarlo al grupo de compañeros que conforman su único círculo de vida social; sin embargo, la incapacidad para distinguirse de ellos—evidenciada en los frecuentes errores de reconocimiento físico que se producen—aporta la información precisa para concluir que el trabajo no solo le quita humanidad, sino que le frustra en su masculinidad. En principio debería ser lo contrario, si se tiene en cuenta que su actividad presupone una serie de cualidades que la equipararían a un modelo de masculinidad en cuanto a la dureza requerida para tomar decisiones crueles en ocasiones, la frialdad para hacerlo en cuestión de segundos, la agresividad para sobrevivir entre los tiburones y la lógica calculadora que aleje cualquier atisbo de sentimentalismo. Otros aspectos que acompañan serían la ambición, la juventud y la fuerza necesarias para ejercer una profesión que transmuta héroes en villanos en un solo *click* de ordenador.

Por todo ello el mundo financiero es un mundo fundamentalmente masculino y donde la testosterona alimenta y se alimenta de la adrenalina y demás sustancias producidas o ingeridas por el cuerpo, uniéndose para mantener el clima de tensión y violencia. El contraste entre la estabilidad y la inestabilidad, la seguridad y la

inseguridad y, en definitiva, entre la realidad y la ficción es el complicado terreno en que se ejerce una profesión considerada espejo de masculinidad, como explica La Berge: “the grandiose though ultimately uncertain and phantasmatic masculinity of the financier (as Mary Harron’s film so persuasively argues); or the extravagant consumption that both reflects and makes possible a culture of finance; or the all too real and simultaneously obfuscated social violence of a financial order” (2010: 293). Allí donde la economía representa más que nunca un estado de ánimo y, por tanto, está sujeta a que toda la información y el conocimiento se subordinen a la intuición y a aprovechar las oportunidades que el mercado ofrece a quien está preparado para saber reconocerlas en las frías cifras que se manejan es donde se aprecian las virtudes del hombre de negocios. Los egocentrismos y los paranoicos delirios de grandeza consecuentes están a la orden del día en un mundo que produjo una cantidad de biografías y autobiografías que se incluyen en el texto de La Berge como orígenes de *American Psycho*: “a series of memoirs by financiers and moguls including Ivan Boesky’s 1985 *Merger Mania*, Donald Trump’s 1987 *The Art of the Deal*, and T. Boone Pickens’ 1987 *Boone*” (2010: 274). La misma autora atestigua el hecho que ya el periodismo financiero de la década reflejó: ese mundo macho que incluye un lenguaje propio, “First reporting in 1982 on a new category of businessmen, the corporate raiders, the New York Times noted that “they have even developed their own language laced with images of aggression and sexual conquest” (2010: 274), que ayuda a entender mejor sus actividades: “the men who make the killings” (2010: 274). No debe sorprender, en consecuencia, que la ejemplaridad de sus vidas y obras, que pretendían enseñar la fórmula del éxito moviéndose—como se ha comprobado después—entre la legalidad y la ilegalidad no solo a la hora de recabar información sino también de utilizarla en operaciones de dudosa naturaleza haya acabado con muchos de ellos entre rejas.

Es precisamente la hombría que se supone necesaria para ejercer tales trabajos la que puede suponer un esfuerzo añadido para Patrick Bateman. Las dificultades y los peajes derivados de nadar en semejante océano de tiburones pretendiendo destacar por un comportamiento muy masculino conlleva una serie de consecuencias, que, según denuncia Michael Schwalbe, consisten en atribuir virtudes y poderes específicos a cada género siguiendo parámetros esencialistas: “Thinking about gender in these ways breeds

chauvinism, fosters misunderstanding, perpetuates inequality, and keeps us from recognizing the full range of human capacities in every one” (1996: 245). La reflexión que a tal respecto despierta la novela es uno de los puntos de interés de Ellis, quien, en una entrevista, se mostró sorprendido ante la escasez de textos literarios críticos con un sistema que fomentaba la desigualdad y la injusticia:

el mensaje que repite esta sociedad una y otra vez es el de la ambición, pero una ambición muy pobre: llegar a tener éxito, a ser rico, y ser guapo, rubio, estar bronceado y en forma. Eso es lo que la sociedad norteamericana valora: cómo eres y cuánto tienes. Y lo que me sorprende es que no haya más escritores que critiquen esto, que los únicos que lo estén haciendo sean escritores negros o hispanos. (Martínez de Pisón 1994: n. pág.).

El desprecio que los miembros de la Generación X mostraron hacia esa forma de vida es evidente en la alusión irónica a la popularidad de los manuales de autoayuda de la época. Esa crítica se subraya en el texto que aquí nos ocupa a través de la mención explícita a la que pasa por ser la verdadera fórmula del éxito profesional y que Patrick revela de forma abierta en el despacho: “Reading a new best-seller about office management called *Why It Works to Be a Jerk*” (Ellis 1991: 383). Hace con ello referencia a la autobiografía de un magnate financiero, en este caso Al Neuharth, cuyo título, *Confessions of a S.O.B.* (1989), es autoexplicativo y, por otra parte, somete la receta a juicio crítico. En efecto, incide en el hecho de que la falta de moral de estos especuladores multimillonarios radica, primero, en que alcanzaron la gloria con la única “golden rule” del principio bíblico de esperar de los demás el mismo trato que se les ha dado convertido en la seguridad de que un día u otro alguien nos pagará con la correspondiente moneda y, segundo, en que se lucraron explicando el proceso empleado.

La interpretación financiera de la palabra de Dios introduce el mayor pecado que cometieron quienes quisieron escalar a las alturas sin ponerse límites de ningún tipo. Así lo entiende Ellis, quien, en un ejemplo de auténtica justicia poética, castiga al sufrimiento a quien no comprende el mensaje escrito en el pronaos del templo de Delfos, “Conócete a ti mismo”, y desoye el aviso de los dioses sobre la distancia que les separa de los mortales. En *American Psycho*, en efecto, las leyes del Olimpo demuestran su superioridad sobre las leyes de la lógica del mercado y del consumo y el penar de Patrick Bateman es la versión postmoderna del pago del *hybris* clásico que las obras de

Sófocles y Homero hicieron tributar a sus héroes. Recordemos en ese sentido que el corolario a la inscripción en el templo de Apolo, que resume con acierto la sabiduría antigua, avisaba al hombre del peligro de olvidar su condición de mortal y lo establecía como base de la convivencia social pacífica. Es ese el principio que Patrick y quienes pertenecen a su mismo grupo han pasado por alto. A este respecto, cabe apuntar que la desorbitada persecución del poder y la insistencia en una actitud vital encerrada en el egocentrismo derivan en el neologismo con el que Coupland satiriza el mundo *yuppie*: “*Me-ism*”, un comportamiento definido por estas actitudes: “a search by an individual, in the absence of training in traditional religious tenets, to formulate a personally tailored religion by himself. Most frequently a mishmash of reincarnation, personal dialogue with a nebulously defined god figure, naturalism, and karmic eye-for-eye attitudes” (1991: 126).

La relectura de los mitos clásicos para reconocer la importancia de los mitos como fundamentación de la cohesión social es el valor principal que se les otorga en la concepción jungiana a los arquetipos. La interpretación contemporánea insiste en la lección de detallar las consecuencias de un sistema que invitaba a la insolente soberbia de disfrutar del poder divino. El freno a las formas de vida que desde nuevas enseñanzas, entre las que se incluyen el epicureísmo y el estoicismo, priorizaban la base individualista en función del placer y el bienestar propios como medios hedonistas de alcanzar una felicidad práctica y sustitutiva de las inquietudes metafísicas queda reflejada en estos textos de finales del siglo XX. En ellos, la magia de la economía de mercado genera el nacimiento de estos seres privilegiados que pierden, a causa de su hedonismo, la perspectiva de la realidad. Así se aprecia con recurrencia en *American Psycho*, donde, sin llegar al asesinato, se percibe el testimonio extremo del alejamiento pretendido. En cuanto a este proceso de diferenciación, hemos de señalar que en el contexto en que viven sirve como contrapunto para resaltar todos sus valores: “It struck me that I was infinitely better-looking, more successful and richer than this poor bastard would ever be” (Ellis 1991: 138). Concibiendo lo que representa su mundo como un refugio mental, Patrick se protege en él, “I feel naked, tiny [...]. But I’m left with one comforting thought: I am rich—millions are not” (Ellis 1991: 392), en el pasaje en que, desposeído de sus preciadas posesiones—su Rolex, su cartera y sus gafas de sol Wayfarers—es desnudado de su personalidad. Reducido a un estado de muerto en vida,

cuando amenaza por dos veces a Abdullah, el taxista que le roba para vengar el asesinato de su compañero, con la frase “You’re a dead man” (Ellis 1991: 394), este le responde: “Yeah? And you’re a yuppie scumbag. Which is worse?” (Ellis 1991: 394). Este contacto con la realidad demuestra el falso endiosamiento de unos seres que, si bien es cierto no habitaban este planeta, tenían que pagar por ese privilegio con su vida real de la manera que lo expresa también la obra de Coupland cuando Tobias, el aspirante a *yuppie*, se muestra incapaz de contestar a la pregunta, “what’s like to be alive on this planet” (1991: 91), y ante su silencio, Elvissa le delata: “Fake yuppie experiences that you had to spend money on, like white water rafting or elephant rides in Thailand don’t count. I want to hear some small moment from your life that *proves you’re alive*” (1991: 91).

La única prueba de vida que son capaces de producir los *yuppies* está impresa en sus tarjetas de presentación, que constituyen, de hecho, una de las partes más famosas de la novela de Ellis, o en sus tarjetas de crédito, según se subraya en el texto por medio de la siguiente afirmación: “I need to show the dim-witted bastard that I in fact *do* own a platinum American Express card” (Ellis 1991: 139). El énfasis con que la pronuncia Patrick incide en resaltar el valor de estos significantes convertidos en significados. Sin cuestionar esto, hemos de añadir que si hay algo que revela el aserto, es el precio de la infelicidad a la que están condenados quienes equiparen la gloria con el éxito. Patrick lo expresa en estos términos, “feeling better having an even five hundred in my wallet” (Ellis 1991: 128), considerándolo eximente de su inmoralidad: “When I tell them what my annual income is, believe me, my behavior couldn’t matter less” (Ellis 1991: 53). Se trata de una concepción de la que ya advirtieron Adorno y Horkheimer, quienes denunciaron que el sistema prioriza el motor económico como mecanismo mantenedor del estado de bienestar de unos pocos a costa de una mayoría: “[T]he deceived masses are today captivated by the myth of success even more than the successful are. Immovably, they insist on the very ideology which enslaves them” (1979: 10). En lo que respecta a este universo de las fantasías financieras visto como la configuración de los sueños hedonistas masculinos, cabe señalar que es el último ejemplo del significado del espacio laboral en tanto que santuario del hombre. Dentro de los contornos que definen ese mundo, el hombre busca la máxima expresión de la confirmación de sus virtudes y lo hace de la forma en que aparece en las obras de la época; por ejemplo, en

Mamet, según destaca McDonough: “David Mamet’s men try to find their masculine frontier in the realm of business” (2006 [1997]: 71). Con el objeto de delimitar los márgenes de dicha frontera de lo masculino, McDonough analiza las obras de Mamet, asegurando que son representativas de la manera en que los hombres asocian el ambiente profesional al aislamiento con respecto a la mujer, a quien se considera en el mejor de los casos una distracción cuando no una ofensa: “The idea of masculine space in Mamet’s work is always made dependent on the destruction or exclusion of female subjectivity in order to glorify male independence or strength” (2006 [1997]: 72).

Por lo que respecta a los hombres como Patrick, hay que decir, en primer lugar, que en su entorno laboral carecen de contacto con mujeres más allá del que mantienen con sus secretarias en la oficina y, en segundo lugar, que esta ausencia de elementos femeninos al nivel de los gallos del corral incide en la sensación de planeta alejado de la tierra. En consecuencia, la vida o, mejor, la actividad de estos hombres, cuya productividad se concentra en los balances, se enfoca solo hacia los apuntes económicos y los beneficios financieros. Al ser auténticos representantes del *self-made man*, no quieren reconocer ningún pasado; se desvinculan así de posibles herencias genéticas y de linajes de otro tipo que pudieran servir para explicar quiénes son y cómo han llegado al éxito—un resultado que, en su concepción de la vida, se fundamenta de manera exclusiva en el esfuerzo y la voluntad de superación de las propias limitaciones. El camino que ha de recorrerse hasta alcanzar dicha meta, resumida en el lema “We don’t want just to survive; we want to succeed”, reproducido en una de las películas que con mayor acierto abordó el fenómeno, *They Live* (Carpenter, 1988), lleva por derroteros que con frecuencia mantienen conexiones con el ya comentado proceso de endiosamiento: el freudiano tema de matar al padre. Se trata, sin duda, de una de las cuestiones que más dolor causa entre los estadounidenses y así lo presentaron los mitopoéticos y otros grupos pro y antifeministas en los momentos en que la crisis de la masculinidad hizo reflexionar sobre las fuentes de la desazón—cuando no de la locura por la que atravesaron los hombres en los años ochenta. Sin pretender abordar una cuestión tan compleja en tan breve espacio, nos limitaremos a subrayar aquí el carácter antinatural de unos hombres que buscaron construirse destruyendo los signos de vida real que hubiera a su alrededor, lo que incluía mujeres y familia, en especial la figura paterna.

El tema aparece en la ficción de la Generación X, y Ellis no es una excepción. Si bien es cierto que en *American Psycho* es más reseñable su ausencia—tan solo se alude a él en un par de ocasiones—los sentimientos de dolorosa y macabra percepción siguen presentes al recordarlo:

The photograph of my father, when he was a much younger man, on my mother's bedside table, next to a photograph of Sean and me when we were teenagers, wearing tuxedos, neither of us smiling. In the photograph of my father [...] he's standing next to one of the topiary animals a long time ago at his father's state in Connecticut and there's something the matter with his eyes (Ellis 1991: 366).

Bien se trate de genética bien se trate de dolor adquirido por la falta de felicidad en su niñez, con Saint-Exupéry podemos afirmar que es innegable que “[s]omos nuestra infancia”. El peso de la ruptura familiar se da por hecho en Patrick, quien pide comprensión y paciencia por representar a un colectivo que ha crecido en el dolor: “Hey, I’m a child of divorce. Give me a break” (Ellis 1991: 215). Sin pretender encontrar en ese apunte biográfico una explicación única a la psicopatía, es obvio que los traumas infantiles y el modelo de familia desestructurado no contribuyen a la estabilidad emocional de un personaje con semejante tendencia a la destrucción, como se percibe en uno de los pocos pasajes con familiares que se encuentran en la novela:

My mother and I are sitting in her private room at Sandstone where she is now a permanent resident. Heavily sedated, she has her sunglasses on and keeps touching her hair and I keep looking at my hands, pretty sure that they’re shaking. She tries to smile when she asks what I want for Christmas [...] ‘I don’t know. I just want to have a nice Christmas’ [...]. ‘You look unhappy’ she says suddenly. ‘I’m not,’ I tell her [...]. ‘You look unhappy’, she says [...]. ‘Well, you do too’, I say slowly, hoping that she won’t say anything else (Ellis 1991: 365).

Hay que añadir a esto que artículos como el de Blazer, “American Psycho, Hamlet, and Existential Psychosis” (2011), van en esa línea y se ha vinculado la ausencia de figuras paternas en la novela con la obsesión por mostrar de manera violenta su masculinidad. Ellis ha jugado siempre con la posibilidad de la lectura en clave biográfica de sus obras, y ha hecho público, además, el mal divorcio de sus padres, así como el hecho, según revela Julian Murphet, de que “his father continued to exert a mostly negative influence” (2002: 11), una influencia negativa que ha repercutido en su obsesión con el estatus y la etiqueta. En ese sentido, Ellis ha llegado a describir *American Psycho* de una manera daliniana, en una cita incluida en Murphet: “my send off to my dad, my way of saying, ‘I’m going to escape your grasp somehow’” (2002: 11-12).

En cualquier caso, no se trata de un hecho individual sino, de nuevo, generacional y la pertenencia de los integrantes de dicha generación al país de las familias monoparentales no puede pasar desapercibida a la hora de entender a muchos de estos personajes. Incluso, es posible asociar ese dato sociológico al empeño por parte de los *yuppies* en buscar romper con la ley del padre freudiana, o mejor lacaniana, para erigirse en dioses de su mundo; esto es, sin respeto a ninguna autoridad que no sea su propia voluntad. La importancia que le otorga, desde el punto de vista de la configuración de la identidad de género, Lacan al hecho de posicionarse en una postura de enfrentamiento tiene múltiples repercusiones: desde psicológicas hasta sexuales, pasando por las lingüísticas, pero en todas ellas forma parte de una toma de poder que, en este caso específico, contribuye a la pretensión por parte del colectivo financiero de rehuir de cualquier tipo de determinismo biológico o social y representar una negación de lo establecido. Todo ello complica y dificulta el proceso natural de matar al padre, sin que sea necesario transformarlo en algo traumático, violento y peligroso. Una de las repercusiones de esta lucha edípica clásica se puede apreciar en la ya citada película de Oliver Stone *Wall Street*, donde Gekko inicia a Bud en el mundo financiero y, en contra de su filosofía, su relación va más allá de lo profesional. De hecho, prácticamente lo adopta como hijo, por lo que al sentirse traicionado al final apela a ese vínculo tan importante por escaso en esos círculos: “I gave you your manhood, I gave you everything!”.

4.4.2.1. Cuerpo masculino

La obsesión por aproximar la masculinidad al todo está presente en esta última cita en la que también se encuentra una referencia implícita al factor genético como hecho biológico en la relación paterno-filial. Se apela con ella a la mejor representación de la masculinidad, el cuerpo, en una invocación al lenguaje, a la retórica y, sobre todo, a la pragmática masculina por antonomasia. Sugiere Rosi Braidotti, desde sus postulados postestructuralistas y sus creencias feministas, la corporización del sujeto: “The body or the embodiment of the subject is to be understood as neither a biological nor a sociological category, but rather as a point of overlapping between the physical, the symbolic, and the sociological” (2011 [1994]: 25). Entender la naturaleza múltiple

del cuerpo como significante, como significado, como significante del significado y como significado del significante necesita un acercamiento a un código aún no resuelto, pero que debería ofrecer alguna luz sobre quiénes somos. Contando con su biología e insistiendo, a la vez, en su fisiología y, en especial, en su concepción discursiva, la energía corporal se ha convertido en un valioso tema de debate, además de de deseo. Su complejo sistema de significados—mezcla de lo representativo, lo significativo y lo simbólico—ha sido estudiado por parte de la crítica feminista, que ha identificado las diferentes maneras en que la sociedad lo ha transformado en un objeto a controlar, sometiénolo a normas jurídicas, obligaciones sociales e intercambio sexual. Por todo ello, constituye el constructo ideológico por excelencia.

Desde Nietzsche sabemos de la importancia del cuerpo en la modernidad para explicar al ser humano, ya que es lo único a lo que se puede agarrar tras la muerte de Dios. Se trata de una concepción compartida por los fenomenologistas, quienes consideraban, según el principio formulado por Maurice Merleau-Ponty: “Je suis donc mon corps [...]. Je ne suis pas devant mon corps, je suis dans mon corps, ou plutôt je suis mon corps” (1945: 175), que no se puede tratar al cuerpo como algo ajeno. Y es que el cuerpo es justamente lo que define lo humano para Heidegger, según lo explica David M. Levin:

[T]he body must be a material, objective, physical, worldly substance, a living, animal nature that *somehow* is *also* human, ensouled, spiritual. And the so-called “problematic of the body” must then refer to the question of the *relationship* between our animal nature and our human nature, our animal being (as a physical body) and our human being (as a spiritual being endowed with reason and speech) (1999: 126).

Al aceptar el materialismo y trascender el dualismo cartesiano cuerpo-mente, el cuerpo ha alcanzado su primigenio lugar como origen de la vida y de la civilización. Su posición se refuerza con su papel en la construcción de la identidad, una función destacada por Freud, “the ego is first and foremost a bodily ego” (1961 [1923]: 26), y por Lacan a la hora de configurar la identidad masculina. En su Tesis Doctoral, Charles W. Bonner resume la visión lacaniana así: “Whereas the formation of the unified body image and ego identity had functioned to quell the anxiety of fragmented body images in the mirror phase, these fragmented body images in turn function to incite both the castration anxiety in and the symbolic transformation of the Oedipal child” (1993: 26). Sea un conocimiento parcial o falso, lo cierto es que tanto para la escuela peripatética de

Aristóteles, compendiada en el axioma de Santo Tomás de Aquino: “Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu” (1259), como para el feminismo contemporáneo, en opinión de Elizabeth Grosz: “Philosophy has established itself on the foundations of a profound somatophobia [...] the body has been regarded as a source of interference in, and a danger to, the operations of reason” (1994: 5) no hay acceso al significado del mundo sin contar con el cuerpo. Por todo ello, se entiende que para Wittgenstein “[t]he human body is the best picture of the human soul” (1953: I, 178).

Si el cuerpo es, por tanto, el encargado de gritar silenciosamente quiénes somos, el arte, singularmente el del siglo XX, se ha centrado en mostrar la experiencia humana como fusión de la parte material y de la parte espiritual, y lo ha hecho a través de los medios tradicionales. Ahora bien, también ha usado novedades como la fotografía, el cine y las demás innovaciones, por medio de las cuales se han explorado y explotado algunos de los misterios del ser que Foucault concretiza alrededor de dos concepciones fundamentales del cuerpo que se dan desde el siglo XVII:

One of these poles-the first to be formed, it seems-centered on the body as a machine: its disciplining, the optimization of its capabilities, the extortion of its forces, the parallel increase of its usefulness and its docility, its integration into systems of efficient and economic controls, all this was ensured by the procedures of power that characterized the disciplines: an anatomo-politics of the human body. The second, formed somewhat later, focused on the species body, the body imbued with the mechanics of life and serving as the basis of the biological processes: propagation, births and mortality, the level of health, life expectancy and longevity, with all the conditions that can cause these to vary. Their supervision was effected through an entire series of interventions and regulatory controls: a biopolitics of the population. The disciplines of the body and the regulations of the population constituted the two poles around which the organization of power over life was deployed (1990 [1976]: 139).

Establecida la importancia del cuerpo, en su unión de naturaleza y cultura, para crear la identidad, habría que entender también su significado como discurso histórico y como signo primario. La sociología y semántica del cuerpo están presentes en la cultura occidental desde los clásicos con su representación de sus héroes con carácter divino y la popular *sententia*: “Mens sana in corpore sano”. Desde entonces hasta la contemporaneidad, el cuerpo ha conservado su estatus de pertenencia al individuo y al estado para mostrar quiénes somos, para identificar lo que deseamos y lo que tememos, pero también para recibir castigos. El capitalismo burgués, en efecto, ha impuesto una

estricta disciplina estatal para que los cuerpos, que para Foucault representan la clase: “There is little question that one of the primordial forms of class consciousness is the affirmation of the body” (1990 [1976]: 126), pudieran ser divididos, distinguidos, clasificados, alimentados, preparados y esculpidos. Se ha invertido así su papel con el alma—concebida en el pasado como la que tiraba del cuerpo y la que lo aligeraba con los buenos pensamientos e intenciones—y se ha intentado que sea el cuerpo el que tire del alma ahora, no ya desde el punto de vista moral, sino social, pues para Foucault:

The emphasis on the body should undoubtedly be linked to the process of growth and establishment of bourgeois hegemony: not, however, because of the market value assumed by labor capacity, but because of what the ‘cultivation’ of its own body could represent politically, economically, and historically for the present and the future of the bourgeoisie (1990 [1976]: 125).

A finales del siglo XX, burguesía y cuerpo se unen en los Estados Unidos para tratar de salvar un modelo de sociedad patriarcal donde el capital corporal acentúa su carácter ineludiblemente político a través de una dominación simbólica. La búsqueda individual y colectiva de todo un pueblo al proyectar una imagen de fuerza física como símbolo de dureza mental, económica y política se convierte en un *topos* de la América reaganista como asegura Susan Jeffords: “The depiction of the indefatigable, muscular, and invincible masculine body became the linchpin of the Reagan imaginary; this hardened male form became the emblem not only for the Reagan presidency but for its ideologies and economies as well” (1994: 25). Esta concepción divide a los estadounidenses entre “*soft bodies*” y “*hard bodies*”, una escisión que implica, además de lo físico, valores sociales, sociológicos, psicológicos, morales y sexuales y resuelve milagrosamente cualquier tensión o problema de identidad.

Se establece, por lo tanto, la importancia de los cuerpos y, como corolario, su vinculación a la idea de género; en concreto, a la de masculinidad. Cabe apuntar aquí la opinión de Messner de que la imagen corporal es la carta de presentación y puesta en escena de la identidad masculina, un argumento que explica así: “men’s bodies allow them to demonstrate the socially valuable characteristics of toughness, competitiveness, and ability” (1992: 92). Es relevante destacar, además, con George L. Mosse, que el hombre, que desde Galeno se sentía más identificado con el alma mientras despreciaba la fisicidad de la mujer, parece acordarse de la masculinidad de su cuerpo principalmente en tiempos de crisis: “Proper looks and comportment had provided proof

of true manhood: the correspondence between the appearance of the body and the quality of the soul furnishes the essence of any stereotype” (1998: 192). En ese sentido, puede afirmarse que reafirmar el estatus demostrando una superioridad física implica ponerse en forma—una moda que asoló, en palabras de Ehrenreich, el país: “In the United States the extraordinary rate at which male executives were keeling over with cardiac arrest led to American middle-class men becoming obsessed with physical fitness” (en Brittan 1989: 185). Practicar deporte es, por cierto, una de las rutinas del obsesivo Patrick Bateman, quien siempre dispuesto a pavonearse, se ve obligado a reconocer que la actividad física cumple en su caso una función terapéutica: “I had an anxiety attack in Dean & DeLuca which I worked off at Xclusive” (Ellis 1991: 200). Ahora bien, según la novela avanza y su estado mental empeora cada vez necesita invertir más tiempo en el gimnasio de cara a obtener unos buenos resultados: “Two thousand abdominal crunches and thirty minutes of rope-jumping in the living room, the Wurlitzer jukebox blasting ‘The Lion Sleeps Tonight’ over and over, even though I worked out in the gym today for close to two hours” (Ellis 1991:161). Y, de hecho, la preparación física acaba siendo su único estímulo en el día a día: “All I seem to want to do now is work out, lifting weights, mostly” (Ellis 1991: 300).

El vínculo entre masculinidad y físico no es novedoso. Sin embargo, el significado del deporte en la cultura estadounidense ha ido evolucionando en sus matices a lo largo del tiempo hasta el punto de que el mantenimiento del cuerpo se ha equiparado a un símbolo fálico de poder, llegando a niveles de culturismo. En cuanto a la interpretación que cabe a esta concepción, hay que decir que significa incorporar en sentido literal unos valores tradicionales que insisten en la oposición de los ideales corporales para hombres y mujeres para que sea visible su desigualdad y no haya lugar a la paridad, tal y como se afirma en el artículo “The Embodiment of Masculinity: Cultural, Psychological, and Behavioral Dimensions”: “[...] may be a reaction against sexual equality, an expression of a wish to preserve some semblance of traditional male-female differences [...] a growing cultural trend, attributable to increased emphasis on self-determination of health and the ambiguity of current male and female sex roles” (1987: 46-47). El peaje psicológico que los hombres se muestran dispuestos a pagar a fin de ampliar la diferencia entre hombres y mujeres o entre distintos hombres de forma artificial y sin ningún motivo que lo haga necesario tiene su origen en querer compensar

algo que peligra en la realidad; o que directamente ha desaparecido. Ahora bien, lejos de constituir una solución, la energía que mueve esa voluntad supone simplemente incidir, primero, en una concepción del hombre basada en un físico alto, fuerte y poderoso y, segundo, en época de crisis, es, en palabras de Kimmel, un pobre ejemplo de intentar salvar las carencias masculinas: “Men’s bodies provide another masculine testing ground. Millions of American men participate in the current health and fitness craze [...]. When our real work fails to confirm manhood, we ‘work out’” (*Manhood* 1996: 310). Así lo muestran los numerosos ejemplos de anatomía que aparecen en *The Bonfire of the Vanities*:

He didn’t have to worry about his triceps and his deltoids and his lats deflating. Andriutti liked the fact that when he reached around behind one of his mighty arms with the other hand, it made the widest muscles of his back, the lats, the latissima dorsae, fan out until they practically split his shirt, and his pectorals hardened into a couple of mountains of pure muscle. Kramer and Andriutti were of the new generation, in which the terms triceps, deltoids, latissima dorsae, and pectoralis major were better known than the names of the major planets. Andriutti rubbed his triceps a hundred and twenty times a day, on the average (1987: 118).

Además de entender que cuánto más débil se siente uno por dentro, más fuerte pretende aparentar por fuera, también se ha interpretado el fenómeno en términos postmodernistas. Por un lado, por ser una muestra de construcción y diseño de un yo que se reescribe por encima de lo natural, y, por otro, por su superficial acercamiento capitalista al ser humano, tal y como afirma Kenneth Mackinnon: “The body-builder has been taken as an image of aspects of a late-capitalist consumer society, especially in so far as that society evinces concern with the outside, ‘with surface rather than depth’, and with visibility. The Sylvester Stallone of *Rambo: First Blood* Part ii epitomises those aspects of that version of masculinity” (1997: 39).

Esta lectura postmoderna encajaría a la perfección con el furor que el culturismo causó entre los *yuppies*, quienes, estimulados por la competitividad y el control que ejercían sobre su cuerpo, hicieron del gimnasio su segunda casa o, mejor dicho, su segunda oficina. A tal respecto, hemos de decir que Bateman representa el cuerpo como símbolo del poder para construirse una identidad a medida; es más, todos sus hábitos—el ejercicio, el gimnasio, la dieta y el sexo—tienen como finalidad última el culto a sí mismo, un comportamiento que caracteriza al *yuppy* en cuanto narcisista patológico. Su

cuidado y el lucimiento de su perfección física, que necesita ser mirada y admirada, ejemplifica la enfermedad de nuestra era—bautizada por Christopher Lasch en *The Culture of Narcissism: American Life in an Age of Diminishing Expectations* (1991). Esta patología afecta a quienes, como Narciso, carecen de una imagen de sí mismos, un tipo de persona que, en opinión de Lasch, “lives in a state of restless, perpetually unsatisfied desire” (1991: 23) y “depends on others to validate his self-esteem” (1991: 38). Su inseguridad les lleva a estar en permanente estado de alerta y hace que sus miedos se disparen al verse delante de una mirada ajena o de un espejo, en especial si detectan signos de desaprobación o si sospechan que existe el riesgo de que se descubran sus imperfecciones. Sus trabajados cuerpos y sus cincelados rostros son frágiles como el cristal, y, al igual que este, dejan ver el vacío de su interior—una comunicación no-verbal que los hiperindividualistas no pueden soportar por ofrecer algo que ellos desconocen y que no pueden controlar. Este arquetípico desorden emocional del capitalismo tardío comparte con su época lo que Joel Kovel denomina “*neurosis of consumption*” (1981); esto es, el imparable proceso que sigue la lógica capitalista de producción y comercialización *ad infinitum*. La perpetuación del deseo insatisfecho por la novedad caracteriza la codificación del cuerpo como artículo de consumo y espectáculo visual, de modo que, poco a poco, sujeto y objeto intercambian su naturaleza y los cuerpos asumen su papel de perchas donde colgar los hábitos y complementos que nos dan la identidad deseada y adecuada; en definitiva, la perfecta construcción. En el momento en que el cuerpo pierde su significado de capacidad de trabajo físico, nuevos universales imponen sus valores de clase, belleza y sexualidad, para mantener así el capital en movimiento gracias a la fetichización de la imagen artificial.

La ropa y los complementos que adornan el cuerpo humano pasan a expresar el espíritu de la época: el modelo a seguir, según la propia etimología de la palabra “moda” y de la forma de hacer, que está también en el origen del “*fashion*” inglés. El valor abstracto de la moda se une al material para completar un fenómeno psíquico que deja atrás sus primitivos motivos de protección física, sexual y moral para sumar a estas funciones sociales y personales. Se trata de aspectos que caracterizan al mundo contemporáneo, más proclive a la visualización del poder, la riqueza y la autoridad y la identidad personal a través del cuerpo. Si bien la imagen no formaba parte del

imaginario colectivo sobre el hombre y mucho menos el excesivo cuidado de la belleza física, que solo podía significar afectación, desviación y perversión sexual, desde la segunda mitad del siglo XVIII, la cultura europea se empieza a preocupar por el aspecto físico y, fundamentalmente, las apariencias adquieren mayor relevancia como forma simbólica también para el caballero—según explica Mosse: “Modern masculinity was to define itself through an ideal of manly beauty that symbolized virtue” (1996: 5).

En la cultura del simulacro postmoderno se crean así nuevas expectativas sobre el universo de las apariencias, alimentadas, además, por la industria farmacéutica y cosmética, todo lo cual contribuyó a que el sector de la moda se nutriera de la necesidad de tener un cuerpo escultural como condición para pertenecer a ese nuevo país que se estaba levantando para reconquistar el mundo. La década venderá eslóganes como “*dressing for success*”, “*the power look*” o “*clothes make the man*”, que, por un lado, insisten en el poder, pero, por otro, asumen que sea una cuestión de formas más que de fondo, lo que incide en la caracterización de la masculinidad como un atributo externo. Esto es, algo que se puede llevar puesto, un adorno, en el que confluyen masculinidad hegemónica, capitalismo y consumismo. Se trata de lo que Ellis define así: “Everything meaningful wiped away in favor of surfaces, in favor of looking good, having money, having six-pack abs, dating the hottest porn star, going to the hottest clubs” (Goulian 2012: *en línea*). El tiempo, la energía y el dinero empleados en enfatizar la dimensión menos interior forman parte de la contemporaneidad así como de una época que desarrolla los aspectos mercantilistas y comerciales del mundo de fantasía consumista para reforzar los estereotipos sociales y el *statu quo*—claro que lo hace a costa de la identidad individual y de los principios éticos, algo que Ellis señala en su entrevista con Coreno: “Patrick Bateman seems to embody something about masculinity that was blooming at a certain point in the late ‘80s to early ‘90s [...] this obsession with male narcissism and beauty” (Coreno 2011: *en línea*). El dominio de la imagen une el narcisismo con el nihilismo, ya que la conversión del aspecto perfecto en icono de éxito supone confirmar las dificultades para sentir el poder de una manera más segura y permanente. Parafraseando a Baudrillard (1998), se ha encuadrado esta idea dentro de la problemática situación del hombre contemporáneo: “the postmodern crisis of masculinity appears to be a crisis of displacement because in postmodern culture representations of gender have been largely commodified and turned out to be

narcissistic investments, the major capital of the commodity fetishism in disguise of manifestations of gendered identities” (Pangorselkultur 2012: *en línea*). La transformación de la esencia del hombre en el estilismo de unas hombreras y el diseño italiano de unos trajes atestiguan a qué estado ha quedado relegada la masculinidad, en palabras de Kimmel: “If manhood does not come from within, perhaps it can be worn” (1996: 310). Aquello que los accesorios de la moda no pueden evitar es que el acto de disfrazar las debilidades no funcione más que de cara al exterior, aunque es evidente que tanto lo relacionado con la moda como, en general, los esfuerzos por sobredimensionar el significado de cuestiones corporales extiende una lapidaria sentencia de muerte sobre el hombre. Así lo argumenta Loic Wacquant: “The making of the body over into a temple of worship of muscularity results in turning it into a tomb of the self” (1994: 84).

La mercantilización que cosifica y comercializa al hombre es un proceso que de forma paradójica lo equipara a la condición femenina en cuanto a sus parámetros normativos. En ese contexto, la sustituye quizás por saturación del mercado enfocado con exclusividad hacia la mujer, reafirmando la consideración postmodernista de la construcción de género representada por la performatividad de Judith Butler. En este caso, cuando las prácticas consumistas definen la identidad, puede resumirse en la descripción de Peter Lehman: “Masculinity is itself a masquerade” (1993: 9). Una confesión tan visible de su debilidad repercute en cuestiones de fondo que contrastan con el clima de aparente control y dominio. En buena lógica, tuvo, además, consecuencias tales como el refuerzo de la retórica de la testosterona en vena y el uso de la fuerza y la violencia, tan cercanas históricamente al hombre que le identifican según Neroni, “Violence operates ‘as a signifier of masculinity’” (2000: 256). Hay que subrayar que esa retórica marcó una época en un país donde desde los discursos de su presidente hasta las acciones bélicas de su gobierno fomentaron el hecho de que la agresividad y la agresión se convirtieran en norma—tal y como el cine, la música y la literatura, entre otras expresiones culturales, reflejan en personajes como Tyler Durden en *Fight Club*. Otro ejemplo lo constituye Sherman McCoy en *Bonfire of the Vanities*, quien una vez descubre esa otra jungla, “In that instant Sherman realized he would truly have to do something, no matter what, or else be stripped of all manhood. The male battle!” (Wolfe 1987: 301), atraviesa por un proceso de formación en el que siente en

sus carnes una subida de adrenalina más fuerte que la del sexo o el dinero al traspasar la frontera de la fantasía de la regeneración a través de la violencia, perfectamente identificada en *The Bonfire of the Vanities*: “... the elemental physical violence...” (1987: 694), y restaurar su virilidad y que termina al producir su actitud el efecto deseado, “His *expression*—frightened! Now!—Again!—drive a fist into his belly, mash his nose into a pulp, ram a heel into his eye!” (Wolfe 1987: 725-726).

Una de las consecuencias de que los verdaderos hombres sean capaces de sobrevivir en cualquier jungla es que la violencia alcanzaba en la época un récord escandaloso del que se hace eco Jenkins: “En torno a 1980 había ya 20.000 asesinatos al año, y a principios de los noventa se aproximaban a 25.000” (2005: 356). James Gilligan aporta la explicación más convincente al reflexionar sobre la raíz de todo acto de violencia: “All violence is an attempt to achieve justice. The attempt to achieve and maintain justice, or to undo or prevent injustice, is the one and only universal cause of violence” (1997: 11-12). El autor, al especificar su origen psicológico, “The emotion of shame is the primary or ultimate cause of all violence” (1997: 110), identifica también el secreto de la capacidad de supervivencia de los hombres en entornos hostiles, una habilidad que depende de saber expresarse a través de la violencia: “[...] nothing is more shameful than to feel ashamed” (1997: 111). En cuanto al objetivo último, no es otro más allá del de ocultar su vulnerabilidad—un propósito que les hace perder lo que Gilligan señala con estas palabras: “[...] the total loss of honor, prestige, respect, and status—the desintegration of identity, especially their adult, masculine, heterosexual identity; their selfhood, personhood, rationality, and sanity” (1997: 112). El modelo de masculinidad, que establece la violencia en tanto que prioridad absoluta así como las formas que le corresponden, es también el responsable de impedir que el hombre opte por otros medios para verbalizar su interior, de tal manera que Michael Kaufman pasa a definirla de este modo: “Men’s violence is the most dramatic display of the destructive potential of the hallucination of masculinity set in a real patriarchal world” (1993: 160).

Michael Kimmel critica un modelo que entiende la masculinidad en los siguientes términos: “a defence against the perceived threat of humiliation and emasculation in the eyes of other men” (1994: 135). Y es que es probable que sea la permisividad social para con los medios violentos en que la masculinidad se expresa una de las causas principales que explique el recurso a ella ante todo aquello que la

cuestiona o la pone a prueba. Cuando la violencia se erige en el único método en que un hombre puede solucionar sus problemas—en particular aquellos que entienda son derivados de una falta de respeto a su condición—alimenta el círculo vicioso entre ambas, intentando sustituir la vergüenza por el orgullo. Sin embargo, lo único que se consigue como resultado es redundar en el problema y destruir lo poco que quede de autoridad moral. El intento de salida de emergencia ante una situación crítica busca resolver su confusión a base de golpes, reafirmando con vigor la masculinidad—al más puro estilo tradicional. Ahora bien, detrás de dicho comportamiento primitivo se oculta la evidente imagen que transmite Terry Smith: “The quintessential image of modern man: muscular, masculine, and yet obviously defenceless” (1997: 15). En ese sentido Daniel Coleman defiende que, lejos de devolver a la masculinidad su poder, la fuerza física confirma su sensación de pérdida y la hace pública de una manera alarmante: “Men’s aggressive over-compensation for inner self-doubt mobilizes Western capitalism” (1994: 80). En el apoyo que las varias formas de poder se prestan, un hecho que genera inseguridad e impotencia entre sus miembros, se puede vislumbrar la presencia de lo que se esconde detrás de la cultura narcisista; es decir, la necesidad de ocultar el miedo y la vergüenza, añadiendo el poder del dinero, que para el psiquiatra Robert Gould representa: “pretty insecure peg on which to hang a masculine image” (1973). Del mismo modo en que la realidad detrás de tanta obsesión por la apariencia es el pánico a la imperfección, como signo de envejecimiento, enfermedad o cercanía de la muerte, la hiperconsciencia de masculinidad deja ver a las claras la necesidad de demostrar la masculinidad y el miedo a ser excluido por no ser capaz de estar a la altura.

La frustración se apodera de Patrick Bateman, quien a lo largo de toda la narración describe con insistencia sus estados de ánimo. Tal es la profusión de adjetivos y la recurrencia de fórmulas para expresar que no encuentra paz interior que se le puede diagnosticar como un caso de histeria masculina, y eso a pesar de sus esfuerzos por aplacar sus sensaciones: “I feel very sad at this moment for some reason, listening to Armstrong and a lump forms in my throat but I swallow and take a sip from my corona and the emotion passes” (Ellis 1991: 139). La tensión, la furia y la irritación le embargan ante una realidad que le supera y le hace pasar de un estado a otro en muy breve espacio de tiempo: “I mildly irritated [...]. I stammer angrily [...] suddenly upset” (Ellis 1991: 154-155). Sus adicciones, “I did a line of coke [...] and [...]. I took an

Halcion to get rid of the edge from the cocaine” (Ellis 1991: 249), no logran liberarle de los constantes ataques de ansiedad y pánico, “As usual this fails to soothe my fear, and it fills me with a nameless dread” (Ellis 1991: 115), y el ejercicio físico se muestra, como ya se señalado con anterioridad, cada vez menos efectivo. Muy lejos del estoicismo que se le presupone, Patrick pierde el control en numerosas ocasiones, “I feel sick and broken, tortured, really on the brink” (Ellis 1991: 233), hasta el punto de que su mundo le resulta desconocido: “I’m so nervous the words and even the prices look like hieroglyphics and I’m completely at a loss” (Ellis 1991: 260). Respecto a su inestabilidad emocional, hay que decir que radica, en buena medida, en su inseguridad personal, que se dispara con su miedo al rechazo. Y es su incapacidad para controlarse la que le conduce a estados de paranoia antisocial, “The living room and dining room are already crowded with people I don’t really want to talk to” (Ellis 1991: 181), y episodios de alucinaciones psicóticas en que, en su peor pesadilla, pierde el control de su destino, “All frontiers, if there had been any, seem suddenly detachable and have been removed, a feeling that others are creating my fate will not leave me for the rest of the day. This... is... not... a... game, I want to shout, but I can’t catch my breath” (Ellis 1991: 370), o acaba privado de todo sentimiento: “I feel empty” (Ellis 1991: 300).

Peter Ferry estudia *American Psycho* en el capítulo cuarto de *Masculinity in Contemporary New York Fiction*, titulado “‘Because I Want to Fit in’: The influence of the Male Peer Group in Bret Easton Ellis’ *American Psycho*” (2015: 77-112), donde establece como razón principal para el estado mental de Patrick la obsesión por ganarse el aprecio entre sus compañeros; en sus palabras: “the crux of this problematic obsession, however, lies in the fact that Patrick believes that his masculine status can be affirmed only in the eyes of his peers” (2015: 80). Sin compartir del todo tal afirmación, habría que decir que en efecto se trata de uno de los temas centrales de la novela, un aspecto que la une, de nuevo, al texto de Dostoyevski *Apuntes del subsuelo*. Recordemos que el anónimo protagonista de esta *novella* no puede soportar la exclusión del grupo de sus compañeros y eso le lleva a pensamientos oscuros y a la sed de venganza hacia la sociedad que le rechaza. En relación con esto, hemos de recordar en este punto que la masculinidad, entendida como fórmula de reconocimiento de los otros hombres, es uno de los sustentos del modelo hegemónico, según se argumentó en el primer capítulo, y, además, se ha convertido en un clásico de la literatura

estadounidense. Tal es la opinión de Peter Ferry, quien lo incluye entre los principales temas que definen la novela americana desde sus orígenes: “the impact of homosocial relations on the everyday performance of masculinity” (2015: 6). En un mundo que gira principalmente en torno a una realidad donde la mujer no ocupa una posición crucial, otorgándole un matiz que Leslie A. Fiedler subraya, “Our fiction is essentially and at its best nonrealistic, even antirealistic” (1960: xxiv), y donde el principal objeto de deseo está situado en el poder, es lógico que los protagonistas se muevan en círculos masculinos y así sucede en *American Psycho* para Ferry: “As a novel about status, and the affirmation of masculinity in homosocial relations [...]. It is Patrick’s need to be accepted within the masculinity-affirming environment of Manhattan that is the main narrative-drive of the novel” (2015: 80).

El mayor problema de Patrick será, por lo tanto, proyectar una imagen que pueda romper con la que los demás hombres tienen de él: “He’s the boy next-door” (Ellis 1991: 18). Se trata de una afirmación que se repite en varias ocasiones incluso pese a que él hace lo imposible por evitar una opinión, puesto que esa es su peor angustia existencial en tanto en cuanto lo anula como hombre. Su apariencia de autoconfianza y seguridad oculta su pánico a ser descubierto en su debilidad, que es simplemente la de su anonimato; es decir, la de no ser ni tener nada que le identifique como un miembro del grupo hegemónico más allá de su revestimiento de lujo físico. De hecho, todos sus intentos por impresionar a su público masculino repitiendo de manera incansable episodios y hechos relacionados con los asesinos en serie terminan por provocar el hartazgo, “‘Wasn’t he a serial killer?’ McDermott asks suspiciously, then moans. ‘Don’t tell me he was another serial killer, Bateman. *Not* another serial killer’” (Ellis 1991: 153), y, aunque él lo niegue en este caso, su amigo continúa: “‘But you always bring them up,’ McDermott complains” (Ellis 1991: 153). La obsesión por estos personajes sórdidos de la cultura norteamericana, solo equiparable, y no por casualidad, a otra molesta recurrencia que identifica a sus protagonistas, “Not Donald Trump again. O god [...]. This obsession has got to end!” (Ellis 1991: 194), no impide que, tras la confesión de sus supuestos crímenes, nada cambie en cuanto a la consideración que de él tiene el resto: “I am not one to bad-mouth anyone, your joke was amusing. But come on, man, you had one fatal flaw: Bateman’s such a bloody ass-kisser, such a brown-

nosing goody-goody, that I couldn't fully appreciate it. Otherwise it was amusing" (Ellis 1991: 387).

El rechazo que los otros hombres manifiestan a la hora de verle como un hombre de verdad y su aislamiento social le destrozan. Es más, estos dos factores están entre las motivaciones que le empujan a sus pensamientos homicidas: "Yes I'm a total psychopathic murderer, oh yes I am, I like to kill people, oh yes I do, honey, little sweetie pie, yes I do" (Ellis 1991: 221). Ya se ha mencionado el vínculo entre ambos, por lo que no debería sorprender la respuesta de Rosalind Miles a las preguntas sobre la violencia: "What makes a man violent? That which makes him a man. What do the child abuser, sadist, sexual murderer, serial killer have in common? Masculinity" (1992: 267). Ello, a su vez, confirma la idea de J. Gilligan: "Violence is primarily men's work [...] and it is about the maintenance of 'manhood'" (1997: 16-17). Hemos de recordar, asimismo, que, a lo largo de la novela, Patrick comete o, mejor, piensa que lo hace, siete asesinatos contra hombres y otros siete contra mujeres, una forma de actuar a la que Dennis Cooper (1991)—en referencia al protagonista de su propia novela *Frisk*—señala como la normalidad de los sueños actuales: "It's about a guy who fantasizes about killing people [...] he's just a daydreamer" (Laurence 1995: *en línea*). A la luz de esta afirmación, resulta imprescindible, antes de entrar a analizar las distintas formas en que se describen esos 14 asesinatos totales, reconocer la primera causa: la necesidad de destacar, expresada por J. Gilligan: "How is a man to make himself visible? One answer to that question [...] is by means of violence" (1997: 201).

4.4.2.2. Diferencia e igualdad

En lo que respecta a sus asesinatos contra hombres, destacar que son ejemplos de la mezcla psicópata de clasismo, racismo y homofobia que alimenta el sistema capitalista patriarcal. A tenor de las reglas que impone el capitalismo, la diferencia se penaliza y castiga—si bien normalmente con una muerte más lenta y cruel que la que obtiene "lo Otro" a manos del representante de este modelo económico en la novela, Patrick. La otredad es, sin duda, el precio por el que pagan los mendigos, negros y homosexuales a los que victimiza el protagonista—claro que la inclusión de estos últimos en el colectivo gay es obvia solo para él; y es que es en esos tres colectivos en

los que Patrick vuelca su rabia e ira por la falta de reconocimiento, un hecho que no es capaz de asumir. Lo más destacado en estos episodios es la eficiencia y rapidez con la que se llevan a cabo los supuestos homicidios, así como la frialdad y el distanciamiento con los que actúa quien está acostumbrado a destrozar vidas de personas que él considera meras cifras en un ordenador o en una calle de Nueva York, y de las que se encuentra a millones de kilómetros de distancia en todas las cuestiones importantes para él; léase, aspecto físico y capacidad adquisitiva. A esa misma conclusión llega en las numerosas comparaciones que hace, “[...] it struck me that I was infinitely better-looking, more successful and richer than this por bastard would ever be” (Ellis 1991: 138), porque, como reconoce su secretaria, esos son su mejor, por no decir único, contacto con la realidad: “‘A lot of people seem to have...’ She stops, continues hesitantly, ‘lost touch with life’” (Ellis 1991: 375). Sobre las implicaciones homófobas, sobre todo en relación a Luis Carruthers o Paul Owen, es evidente el desprecio de Patrick por lo que él identifica como “*Faggots*” en numerosas ocasiones y a los que dedica una reflexión general en la descripción del Gay Pride Parade. Específica desde la primera reacción física, “which made my stomach turn” (Ellis 1991: 139), hasta la más intelectual, “[...] watched with a certain traumatized fascination, my mind reeling with the concept that a human being, a *man*, could feel pride over sodomizing another man” (Ellis 1991: 139), lo que le provoca su clásica reacción: “I sprinted over to Sixth Avenue, decided to be late for the office and took a cab back to my apartment where I put on a new suit (by Cerrutti 1881), gave myself a pedicure and tortured to death a small dog” (Ellis 1991: 139).

En lo que se refiere a su relación con dos de sus rivales en el trabajo, Paul Owen y Luis Carruthers, la mezcla de sentimientos va desde la envidia por las cuentas que les han sido asignadas a estos o por su apariencia física a algo más (in)clasificable—un sentimiento que Patrick rechaza hasta el punto de querer acabar con sus vidas, quizás con la intención de soterrar sus instintos homosexuales y que reproduce una reacción paralela a la del protagonista de la *novella* de Dostoyevski cuando este se vuelve loco al ser despreciado con la ignorancia por su querido oficial. En el caso de Paul Owen, el discurso gay es un subtexto evidente. Desde que se inicia la cita, en un bar donde sabe que no va a haber conocidos, se manifiesta tan feliz que le da propina a un mendigo negro, “he’s Bob Hope’s younger brother, No Hope” (Ellis 1991: 214). Además, al

percibir el aspecto del camarero, “a not-bad-looking faggot” (Ellis 1991: 215), pide para beber, “‘J&B, *straight*,’ I stress” (Ellis 1991: 215), y describe el lugar en estos términos: “‘This place is hot, *very* hot’” (Ellis 1991: 215). Tras mantener una conversación en la que se entrecruzan referencias a salones de belleza y puros, acaban en casa de Patrick, y allí: “The ax hits him midsentence, straight in the face, its thick blade chopping sideways into his open mouth, shutting him up” (Ellis 1991: 217).

El encuentro con Luis, “Confronted by Faggot” (Ellis 1991: 291), entra dentro de las ensoñaciones de Patrick y ahí el elemento gay ocupa toda la escena:

I can’t be positive, as if I’m being followed, as if someone has been tracking me throughout Barney’s. Luis Carruthers is, I suppose, incognito [...] suddenly I imagine Luis at some horrible party [...] now he’s holding a flower, now he has a feather boa draped around his neck, now the pianist bangs out something from *Les Miz*, darling [...] Luis Carruthers appears, suddenly, without warning, from behind his column [...] I [...] then awkwardly move away from him... in dire need of a Xanax, a Valium, a Halcion, a Frozfruit, anything. I don’t, can’t look at him, but I sense he’s moved closer to me (Ellis 1991: 292).

El intercambio sobre sentimientos y la imposibilidad de hacerlos realidad acaba con Patrick confesando la razón por la que no pueden estar juntos, “‘Because I... don’t [...] find you... sexually attractive’” (Ellis 1991: 294), y tras la petición de Luis, “‘Oh just kill me [...]. If I can’t have you, I don’t want to live. I want to *die*’” (Ellis 1991: 295), y la respuesta de Patrick, “‘Listen, you *want* to *die*? I’ll do it, Luis. I’ve done it before and I will fucking *gut* you, *rip* your fucking stomach open and cram your intestines down your fucking faggot throat until you *choke* on them’” (Ellis 1991: 295), se vuelve a la realidad: “‘Just, you know, have the guts to face, uh, reality,’ I tell him” (Ellis 1991: 296). Esta unión de sueño homosexual y de violencia psicópata recuerda al origen del término “psicópata”. A este respecto, hay que decir que llegó un momento en que la palabra, al ser intercambiable según Freedman, con crímenes sexuales, perversiones y homosexualidad y provocar tensiones, “the question of whether ‘psychopath’ served in part as a code for ‘homosexual’ at a time of heightened public consciousness of homosexuality” (2006: 136), se convirtió en un elemento regulatorio de la sexualidad masculina bajo la amenaza de lo que pudiera pasar si se perdía el valor de la virilidad y sus atributos, en especial, el control y la búsqueda del poder así como el desprecio hacia el mundo de los sentimientos.

El juego entre la homofobia y la homosexualidad, que en la adaptación cinematográfica se extiende a la descalificación que Patrick lanza contra Paul Allen, “He was probably a closet homosexual who did a lot of cocaine... That Yale thing”, cuando es interrogado por el detective Donald Kimball, es una confirmación de la ulterior interpretación de la obra de Ellis. Hay que decir que ello ejemplifica con fidelidad la idea de Michael Kaufman: “The racism, sexism, and heterosexism that have been institutionalized in our societies are socially regulated acts of violence” (1987: 5). Esta forma de violencia de estado o, por lo menos, amparada bajo la legalidad obedece a una decisión de la colectividad para preservar, entre otras cosas, el mantenimiento del modelo de masculinidad moderno y, por eso, J. Gilligan lo ve como un círculo vicioso del que es muy complicado salir: “American violence is the result of our collective ‘moral choice’ to maintain those social policies that in turn maintain our uniquely high level of violence” (1996: 23). Y es que, en efecto, los crímenes contra esas leyes se castigan con los mismos medios. La única diferencia residen en que esta vez lo que para Leyton es la razón prototípica de los asesinatos múltiples de quien alejado de comodidad y confort de la burguesía se transforma en alguien diferente, “excluded individual wreaking vengeance on the symbol and source of his excommunication” (Leyton 1992 [1986]: 311), se da bajo el nombre de la moralidad y la justicia.

4.4.2.3. Búsqueda estéril

A la lista de enemigos de la masculinidad hegemónica como baluarte de la sociedad, hay que añadir a la mujer, puesto que para Storey: “The one group who presents the biggest threat to normative masculinity in the postmodern era, and the group toward whom Bateman concentrates much of his hostility, is women” (2005: 65). A la hora de sustentar la visión de este crítico sobre *American Psycho*, “[Ellis] critiques traditional masculinity in the most intense way possible” (Storey 2005: 71), basta con leer la definición que se da en la novela en lo que respecta al significado de lo que implica tener una buena personalidad en el caso de las mujeres: “A good personality [...] consists of a chick who has a little hardbody and who will satisfy all sexual demands without being too slutty about things and who will essentially keep her dumb

fucking mouth *shut*” (Ellis 1991: 91). A partir de ahí, es fácil comprender la oposición de los grupos feministas a la obra y su reclamación de retirarla del mercado.

Sin embargo, como en el caso de las películas de Hitchcock y de tantos otros cineastas y escritores, habría que ir un poco más allá en la lectura de los textos a fin de desbrozar el mensaje en toda su intencionalidad. Ellis critica el sistema, tal y como se desprende de sus propias palabras, “the work is a cultural analysis of ‘80s capitalism that uses violence only as a metaphor; the novel, therefore is not about violence but about the dangers of the materialistic ethic which that violence signifies” (Tanner 1994: 113). En cuanto a la interpretación de lo que él etiqueta como violencia cultural, habría que destacar que el estudio de los actos violentos cometidos contra la mujer supone una aportación crucial. En su artículo fundacional, “Men’s Power With Women, Other Men and Society: A Men’s Movement Analysis” (1974), Joseph Pleck, al preguntarse por las razones que hay detrás de la opresión de las mujeres, da una doble respuesta: la primera, por el interés egoísta de mantener el poder, “because it is in their rational self-interest to do so [...]. Having power, it is rational to want to keep it” (1995: 5), y la segunda por tartar de superar una relación traumática, “because of deep-lying psychological needs in male personality. Free themselves from or prevent their domination by women [...]. Men oppress women as adults because they experienced women as oppressing them as children” (1995: 6). En relación con esto, es difícil saber si se trata de una explicación o de una justificación más—de las muchas que existen—fundamentada en el manido recurso a culpar a la víctima de ser la causante de sufrir en sus carnes lo que ella ha provocado con anterioridad. Tal y como pone de manifiesto William Ryan en su obra *Blaming the Victim* (1970) se trata de una estratagema recurrente entre los hombres. El mismo Pleck continúa su análisis resumiendo en dos los poderes que el hombre teme en la mujer, “The first power that men perceive women having over them is expressive power, the power to express emotions” (1995: 7).

Años más tarde, Bertold Schoene-Harwood estudia *American Psycho* con el objeto de ejemplificar el modelo de masculinidad, un patrón que, según defiende este autor, da lugar a patologías enfermizas: “a type of male subjectivity that displays conspicuous similarities to Asperger’s Syndrome and high-functioning autism” (2008: 379). Hemos de subrayar que tal patologización de la masculinidad contemporánea no se limita a la expresión de sentimientos; es más, incluye, en otro orden de cosas, la

capacidad de verbalizar y comunicar realidades. Además, Pleck añade un factor más: “A second form of power that men attribute to women is masculinity-validating power” (1995: 7). Este es, con toda probabilidad, el poder más peligroso, puesto que subordina al hombre a la constante validación de sus acciones, de tal manera que el sujeto pasa a depender de una aprobación ajena. Pleck analiza, en concreto, el poder que ejerce la figura materna por ser fundamental en la primera etapa del niño. En este sentido, cabe apuntar que lo es, tanto por lo que denomina “*Mother socialisation*”, explicado en sus palabras, “the major route by which boys learn masculinity is through their mothers rewarding masculine behavior” (Pleck 1995: 6), cuya vigencia queda testimoniada en la novela de Palahniuk, “What you see at fight club is a generation of men raised by women” (1996: 50), como por el miedo a la “*Mother identification theory*”, que define así: “men develop a ‘feminine’ psychological identification and they fear this internal feminine part of themselves, seeking to control it by controlling those who actually are feminine” (1995: 6). Por lo tanto, a modo de resumen podemos afirmar, con Pleck, que la reacción de miedo será idéntica en ambos casos según Pleck: “The first, men fear women because women make men feminine, and the second, men fear women because women make men masculine” (1995: 6). Hay que decir, por otra parte, que estos procesos en los que las mujeres validan a los hombres van mucho más allá de la presencia maternal. Es más, se repiten cada vez que un hombre se relaciona con el sexo opuesto, un momento en el que, para evitar sufrir la feminización, han de actuar de forma muy agresiva e impresionarlas. Así lo hace, por ejemplo, Sherman McCoy, el salvador de la dama en peligro:

In fact—he was a man. Tonight, with nothing but his hands and his nerve he had fought the elemental enemy, the hunter, the predator, and he had prevailed. He had fought his way out of an ambush on the nightmare terrain, and he had prevailed. He had saved a woman. The time had come to act like a man, and he had acted and prevailed. He was not merely a Master of the Universe; he was more; he was a man (Wolfe 1987: 115),

Y esto se puede oponer a las reticencias que muestran los personajes de *American Psycho* a creer las hazañas de Bateman: ““What are you talking about? Bateman is what?” “Oh good god, man. Why else would Evelyn Richards dump him? You know really. He could barely pick up an escort girl, let alone... What was it you said he did to her? [...]. Oh yes, ‘chop her up’” (Ellis 1991: 388). De acuerdo con lo que se argumentó

en el primer capítulo de esta Tesis Doctoral, el hombre ha de reprimir, en su duro camino hacia la masculinidad, cualquier vestigio de feminidad para poder ser considerado como tal por los otros hombres y ha de dejárselo claro a las mujeres para que ellas también le consideren un hombre, hasta el extremo de que estas llegan a enamorarse de asesinos en serie. Este es, en efecto, el caso de las mujeres entrevistadas para la obra periodística *Women Who Love Men Who Kill* de Sheila Isenberg, que la editorial Simon & Schuster decidió publicar el mismo año que rechazaba *American Psycho*.

La reacción de los hombres ante ese poder es, con frecuencia, el uso violento de la autoridad, un comportamiento que se achaca, en la mayoría de los casos, más a carencias propias que a factores externos. Así Terry A. Kupers, valiéndose de la teorías del poder de Kenneth Boulding, examina las relaciones hombre-mujer a través de una de las formas, “Threat power is the kind that permits one to get one’s way in the face of challenges from others. This is that narrow sense of power, the ability to force opponents to give in for fear of unpleasant consequences” (Kupers 1993: 178), puesto que los hombres son conscientes de no tener nada que ofrecer a cambio en el “*exchange power*” y de que tampoco tienen capacidad para conseguirlo a través de una forma cariñosa en el “*integrative power*” (Kupers 1993: 178). Algo más positivo se muestra Dworkin, para quien existen siete expresiones principales del poder del hombre sobre la mujer. Estas van desde formas elevadas “‘metaphysical assertion of self’” o “the powers of ‘naming’, ‘owning’, ‘honey’”, hasta las prácticas más cotidianas, “‘physical strength’, ‘capacity to terrorize’ [...] and ‘sex’” (1981: 13-24). En cualquier caso, el hombre es consciente de que para dominar a las mujeres lo mejor es contar con su consentimiento y de que los tiempos han cambiado, con lo cual es fácil coincidir con Giddens cuando afirma: “In so far as male power is based on the compliance of women, and the economic and emotional services which women provide, it is under threat” (1992: 132); por tanto, era de esperar que la psicología masculina reaccione con la voluntad de subordinar y humillar a la mujer para mantener la situación el mayor tiempo posible.

Dentro de la complejidad de los actos violentos, descritos por Kaufman como “[t]he act of violence is many things at once” (1987: 4), Ellis recupera el tipo de violencia que Hitchcock explotó: la violencia sexual. En lo que a ella respecta, hay que tener en cuenta la violencia de una sociedad autoritaria, jerarquizada y la ritualización

de las relaciones de poder entre hombres y mujeres así como el concepto de “*surplus repression*”, creado por Herbert Marcuse en *Eros and Civilization: A Philosophical Inquiry into Freud* (1955). En este texto, donde intenta conjugar a Marx con Freud, establece la lucha entre el deseo instintivo y las normas sociales y revela las formas en que el progreso de la sociedad se da a costa de la felicidad individual de los más desfavorecidos. En la línea que Leslie A. Fiedler marca para la novela estadounidense, “Our great novelists [...] tend to avoid treating the passionate encounter of a man and a woman, which we expect at the center of a novel” (1960: xix), y además siguiendo su idea de entenderla como un reflejo de la realidad, “Perhaps the whole odd shape of American fiction arises simply [...] because there is no real sexuality in America life and therefore there cannot very well be any in American art” (Fiedler 1960: xxv), *American Psycho* es otro ejemplo de “the great refusal of genital maturity” (Fiedler 1960: 342). En el texto no solo no aparecen retratos femeninos creíbles y completos a consecuencia de que se prescinde de su presencia—en su cualidad de personas—en el mundo que se describe, sino que se sustituye la narración tradicional de trama romántica por la propia de los *yuppies*: “As he leaves I’m wondering and not wondering what happens in the world of Tim Price, which is really the world of most of us: big ideas, guy stuff, boy meets the world, boy gets it” (Ellis 1991: 384). La brutal prosa del modelo hegemónico muestra las frustraciones de quien proyecta contra la mujer todo aquello que la sociedad le impide ser: un hombre feliz. En soledad, Patrick Bateman—igual que otros psicópatas desde que el protagonista de *Apuntes del subsuelo*, llevado por su aislamiento, rozara el salvajismo y encontrara placer en la sangre—desnuda su vacuidad existencial e intenta acceder a la visibilidad de una existencia social a través de unos actos que, como el propio protagonista, perpetúan lo más destacable de la tradición patria en opinión de Fiedler: “Duplicity is the most notable, perhaps the essential characteristic of the greatest American novelists” (1960: 553).

Su confesión escrita es la última de sus llamadas de atención sobre las consecuencias que tiene la imposibilidad de alcanzar lo inalcanzable en la contemporaneidad; esto es, ser un hombre. La naturaleza ideológica de la masculinidad unida a la versión surrealista de la hiperrealidad postmoderna se aplican a un personaje que representa al grupo hegemónico, pero que, justamente por ello, es incapaz de soportar la presión de lo que significa y no puede distinguir entre realidad y fantasía,

entre violencia corporativa y corporal, entre pornografía y necrofilia, entre homicidio y suicidio. Patrick es, en ese sentido, uno de los antihéroes finiseculares que mejor ilustra la crisis de la masculinidad hegemónica en lo que respecta a la quimera de mantener el poder, algo que solo se puede realizar desde la pérdida de humanidad y este es, sin duda, un precio excesivo por llegar a ser un hombre. El extremismo satírico de su retrato y la carencia de rasgos individualizadores permiten identificar una tipología concreta dentro del contexto sociohistórico; Patrick repite y se repite las mismas mentiras, “‘I’m in a movie. I’m an actor,’ I tell him. ‘A model’” (Ellis 1991: 391), con la intención de que la visión de sí mismo como modelo de masculinidad le haga percibirse superior, una característica que explícita la desaparición de la frontera entre psicología y sociología cuando el retrato es generacional y nacional.

Su conciencia de actor ejemplifica a las mil maravillas a qué queda reducida la identidad de género y entronca, por otra parte, con la concepción de Judith Butler, quien ha afirmado que “gender is always a doing” (1990: 25). En su caso, la esencia masculina desaparece para dar paso a una sucesión interminable de repeticiones performativas; esto es, actos, ritos y ceremonias con los que trata de recuperar alguna parcela del significado perdido. Imbuido en la dinámica de eterna insatisfacción postmoderna, la necesidad de Patrick por demostrar hombría, no tiene fin y la masculinidad—en tanto en cuanto se ve como un asidero—es una línea de flotación a la que se agarra desesperadamente, porque, en palabras de Beneke, “Masculinity equals self-esteem” (1997: 141). Además del significado, ya analizado, que se puede extraer acerca de su rutina diaria—dedicada a satisfacer su narcisismo—hay que destacar que empieza a complementarse con sacrificios humanos. Estos están consagrados a calmar el conglomerado de sentimientos que le superan y que están siempre presentes en este tipo de actos, un fenómeno al que se refirió Georges Bataille: “Human violence is the result not of a cold calculation but of emotional states: anger, fear or desire” (1986 [1957]: 64). A los comentados siete asesinatos de hombres, añade siete más de mujeres, unidos todos ellos por la pseudo-satisfacción de unas necesidades que la violencia cubre a medias, según explican Leonore Loeb Adler y Florence L. Denmark: “Violent behavior can give people an illusion of power they do not have” (1995: xvi). El atractivo aspecto psicológico revierte en que cuanto menos poder tenga el hombre, más violento será su comportamiento sin que por ello haya que considerarlo siempre un

síntoma de locura, como afirma James Gilligan: “Murder is the symbolic representation of a paranoid thought, but by means of actions rather than words, in people who are not necessarily delusional, psychotic, or insane” (1997: 75). Al intentar conseguir con esos actos lo que no son capaces de otra manera, es decir, la seguridad en sí mismos como hombres—siguiendo la idea de Kaufman, “The potent mixture of men’s pain and men’s power nurtures aggression and, all too often encourages that aggression to be expressed in acts of violence” (1993: 161)—juntan su sentimiento de impotencia con la rabia que les produce. La mezcla es explosiva, pues James Gilligan considera que: “The most dangerous men on earth are those who are afraid that they are wimps” (1997: 66).

En su rechazo a la igualdad entre hombres y mujeres, Bateman transforma su impotencia en violencia, y, así, cuando escucha que su amiga Bethany posee su misma tarjeta American Express Platinum, solo sabe reaccionar con una respuesta física: “Violent convulsions seem close at hand if I do not get up. ‘The women’s movement. Wow’” (Ellis 1991: 242). Incapaz de olvidar esta ofensa, que se suma al comentario posterior sobre el cuadro de Patrick que está colgado al revés, al poco tiempo, tras haberla emborrachado, golpeado y torturado, este contempla en su mano su lengua, “[...] warm and still bleeding, seeming so much smaller than in her mouth” (Ellis 1991: 246), antes de completar la restauración del orden con sus ritos: “Then I fuck her in the mouth” (Ellis 1991: 246). La obviedad del episodio deja al margen la importancia de si es real o no; al igual que ese aspecto queda fuera de cuestión en todos los otros casos en los que el protagonista repite la mezcla de la genética expresada por Osteen: “For better or worse, Patrick Bateman is a child of Norman Bates” (2014: xxxii)—con su habitual forma de no distinguir en su vida lo que aprende de las pantallas. Estos aprendizajes incluyen, por ejemplo, los tomados de la película de Brian De Palma *Body Double* (1984), y redunda en los sangrantes datos de la realidad de los Estados Unidos hasta nuestros días, donde han incrementado las cifras, algunas ya ofrecidas, referidas a crimen y violencia machista, y a las que se podrían añadir las aportadas por la National Domestic Violence Hotline: “Approximately 33 million or 15% of all U.S. adults, admit that they were a victim of domestic violence. Furthermore, 6 in 10 adults claim that they know someone personally who has experienced domestic violence” (Harris Interactive 2006: *en línea*).

La descripción pormenorizada de las largas ceremonias de sacrificios femeninos, cuya detallada narración constituye la principal diferencia con respecto a los asesinatos de los hombres, da cuenta del intento de crear una narrativa masculina entre la pornografía y la violencia como mecanismo para vengar el poder del cuerpo femenino sobre la mente masculina, un recurso que Beneke explica de esta manera: “Men’s sexual violence and harrasment of women are in part grounded in a psychically corrupt pain that enables men to see themselves as victimized by women’s attractiveness” (1997: 173). A este respecto habría que decir que las mujeres—vistas históricamente desde la perspectiva misógina que las percibe como origen del mal masculino—soportan, y en especial lo hacen sus cuerpos, a finales del siglo XX las consecuencias de los avances sociales logrados. Cabe incidir en el hecho de que en la novela es evidente el significado cultural de unas superficies que tienen que sufrir para que el poder pueda producir el placer masculino, acentuando un hecho que Storey recalca de este modo, “Women’s bodies are, therefore, the ultimate threat to men, the location of their downfall” (2005: 66), y que en esa década se disparó con la plaga del SIDA, una pandemia de la que *American Psycho* se hace eco, identificándola con la enfermedad y la muerte: “There’s this theory out now that if you can catch the AIDS virus through having *sex* with someone who is infected then you can also catch *anything*, whether it’s a virus per se or not [...] you can get dyslexia from *pussy*” (Ellis 1991: 5). Desde el momento en que la penetración se convierte en un enfrentamiento con la imperfección y muerte, el hombre pone en funcionamiento su batería de medidas que superan la valoración de Butler, “The body is a site where regimes of discourse and power inscribe themselves, a nodal point or nexus for relations of juridical and productive power” (1999b: 307). El paso de la construcción cultural de la sexualidad como cuerpo social de los sistemas de poder a la destrucción del significado de esa cultura, por entenderse que atenta contra la autoridad del hombre, es la aportación de la crisis de la masculinidad a la larga historia de humillaciones, constricciones y aberraciones para limitar los traumas del hombre ante el mensaje básico de vida que transmite un cuerpo femenino.

El planteamiento esencialista, que une masculinidad y potencia sexual y que equipara el pene al falo en un solo acto de erección y eyaculación, una asociación que Beneke explica afirmando que “sex is less about pleasure and more about proving manhood and asserting power” (1997: 1), queda superado por el abismo que se

vislumbra en el significado metafórico y metonímico de lo que sucede en el oscuro continente de la sexualidad masculina. En ese dominio, hay situaciones en las que lo natural se convierte en algo más parecido a lo primitivo que a la cultura evolucionada que se supone representa; en palabras de Gary R. Brooks: “[...] that we are sexual is determined by a biological imperative toward reproduction, but how we are sexual, where, when, how often, with whom, and why has to do with cultural learning and with how meaning is transmitted by a cultural setting” (1995: 98-99). El comportamiento sexual del hombre ofrece una información muy valiosa acerca de su papel en la sociedad, que excede el debate en torno al traslado a la cama de los problemas de la oficina o de forma inversa, la violencia social por la insatisfacción sexual. Dicha información demuestra que la sexualidad no está separada del resto del día a día— aunque solo sea por el verdadero placer que se obtiene al compartirlo con el grupo de hombres al día siguiente entre otras cosas para bloquear los posibles deseos homoeróticos. Aun así, si la sexualidad masculina se vuelve una imagen reaslista del sujeto, es porque los parámetros de la ideología hegemónica llevan a interiorizar en lo más profundo del cerebro y del cuerpo la idea de que ser un hombre consiste en no mostrar ningún tipo de signo que revele sentimientos por cuanto eso supone destapar la vulnerabilidad y, por tanto, quedar expuesto a que dicha debilidad se utilice como arma; de ahí que cada paso que se da esté regido por esa norma, que Beneke aclara de este modo:

[...] it follows what Hochschild calls *feel-ing rules*: don’t feel fear, don’t feel grief, don’t feel sad, remain cool under stress. And cultural forms of masculinity require following these rules. Learning to walk, talk, sit, stand, and act like a man means learning to work on your emotions until you have achieved a degree of inhibition so that such emotion work is no longer consciously necessary (1997: 66).

Alejándose de lo corporal en cuanto sensitivo e instintivo, el individuo logra hacerse hombre, el proceso implica pues un recorrido en virtud del cual se concibe el cuerpo propio más como un medio para mostrar virilidad que algo que lo constituye. En relación con esto Jane Gallop afirma en *Thinking through the Body* que aquel que consiga transitar por este camino será capaz de imponerse a otros cuerpos: “men have their masculine identity to gain by being estranged from their bodies and dominating the bodies of others” (1990: 7). De esta forma, el cuerpo se erige en un signo más: un nuevo significante fálico que define su presencia por la ausencia del objeto que representa.

Una vez que el significante sustituye al significado, es decir, que el cuerpo representa al hombre pero, a la vez, adquiere su hieratismo y pierde su expresividad originaria, el hombre se transforma en alguien invulnerable—eso sí, carente de vida emocional o sensitiva, tal y como exige la ideología. La diferencia entre el individuo normal y el psicópata siempre se ha establecido en la incapacidad del último para sentir o empatizar con sus víctimas—obsesionados como están con el dolor que sienten y el deseo de venganza y de extenderlo al resto de la sociedad. Y esta es, como no, una característica presente en Patrick: “My pain is constant and sharp and I do not hope for a better world for anyone. In fact I want my pain to be inflicted on others. I want no one to escape” (Ellis 1991: 377).

El camino está muy claro para quien sabe lo que quiere en la búsqueda de compartir el dolor propio con los demás. Así, el objetivo último de los castigos y las torturas que imponen a sus víctimas reside simple y llanamente en comunicar; es decir, en encontrar interlocutores a los que hacer partícipes de lo que hasta ese momento se ha presentado en forma de monólogo. El diálogo intenta, además, recuperar la parte de la vida que el dolor no ha matado para reanimar, con ello, aquello que la sociedad ha destripado hasta reducirlo a un trozo de carne encarcelado que ni siente ni padece. Según lo explica James Gilligan, el dolor representa la única forma de humanidad que estos individuos poseen, una razón que les lleva a comportamientos autolesivos: “Over the years, innumerable inmates have told me that the experience of physical pain is preferable to feeling nothing. Self-mutilating people typically do not feel physical pain at the time of injuring themselves, but only later, when their bodies start to heal” (1997: 39). En términos similares se expresa Elaine Scarry al hacer hincapié en el valor del dolor como experiencia humanizante y personal, “To have pain is to have certainty” (1985: 13), una sensación que solo se aprecia cuando falta el resto de lo que normalmente se asocia con la vida. Esto tiene su correlato en la experiencia del protagonista de *The Bonfire of the Vanities*: “Even in the midst of the storm, Sherman felt strangely unmoved by what was happening. His thoughts told him it was something dreadful, but he didn’t feel it. Since I’m already dead” (1987: 533). La entrada en prisión, al igual que para la protagonista de *Moll Flanders* en el siglo XVIII, significa su muerte, un estado que necesita una resurrección: “They had closed in for the kill, and they hurt him and humiliated him, but they could not reach his inviolable self, Sherman

McCoy, inside the brass crucible of his mind. They closed in for the kill. And then they killed him [...]. But by the time he left the building [...] he had died and been reborn” (1987: 547). Chuck Palahniuk, por su parte, menciona procesos vitales parecidos a la hora explicar el mundo de los jóvenes de su generación, que pueblan sus escritos, igual que los de Ellis, y los describe de la siguiente forma: “bored bad boys who’d try anything to feel alive” (2005: 213). Hay que destacar a este respecto que al acercamiento de estos individuos al mundo se produce, sin embargo, a través del simulacro de las imágenes con las que controlan lo que tiene lugar delante de sus objetivos o en las pantallas. Se trata de un modo de actuar idéntico al que protagoniza Patrick cuando ejerce de director de las películas que él mismo rueda con sus víctimas.

Sea como fuere, lo relevante es que el fetichismo se demuestra insuficiente a la hora de satisfacer las carencias que el ojo masculino intenta superar desde su lugar intermedio—un terreno entre lo externo y lo interno y entre lo físico y lo mental; de ahí que los resultados no sean, señala Glicksberg, los esperados: “Sex is used recurrently as a symbol of the search for meaning and fulfilment all men engage in” (1971: 135). En el momento en que la cosificación de los cuerpos femeninos y el consiguiente poder que se ejerce sobre ellos al verlos en términos exclusivamente pornográficos pierden el impulso inicial, el interés del psicópata se dispara hacia territorios ignotos, inexplorados e invisibles. Los cinco elementos que Gary R. Brooks denomina “*Centerfold Syndrome*”, “(a) voyeurism, (b) objectification, (c) the need for validation, (d) trophism, and (e) the fear of true intimacy” (1995: 2), no son suficientes para quien no se da por satisfecho con hacer lo normal y se siente forzado a ir siempre un paso por delante. En ese sentido, cabe incidir en el hecho de que el espacio de la transgresión se vincula, en efecto, con la voluntad de ir más allá en un recorrido sádico que no respeta fronteras, adentrándose allí donde los mecanismos represivos no suelen poner límites. La innata atracción por lo prohibido, “*Nitimur in vetitum semper cupimusque negata*” (Ovidio 1969: III, iv, 17), un poder de sugestión que ha alimentado siempre el lado oscuro de la estructura patriarcal, se materializa en revertir las características físicas y conseguir que el interior pase a ser algo visible; esto es, un nuevo espectáculo para el *voyeur*. El deseo por conocer como forma de dominio busca en el interior de los cuerpos femeninos el placer de satisfacer el origen de todos los miedos masculinos: la amenaza de la castración, representada por los genitales femeninos. El fetichismo freudiano que

hace coincidir fobias y filias libidinosas en torno a ese objeto y la capacidad para someterlo al poder masculino ha de llevar al hombre a sentirse sujeto, aunque sea a costa de la destrucción de un organismo con capacidad para engendrar vida. Las perversiones masculinas alcanzan su cúspide cuando, incapaces de crear algo, sustituyen esa incapacidad por la capacidad de destruir, tal y como había anunciado el psicópata en la película *Rope* de Hitchcock: “The power to kill can be just as satisfying as the power to create”.

El proyecto epistemofílico pasa de conocer el cuerpo a hacerlo a través de él. Así, todas y cada una de las escenas en que Patrick descuartiza corporeidades femeninas—una acción que lleva a cabo recurriendo a repetitivas y teatrales gestos exagerados—tienen como objeto el conocimiento del lenguaje del dolor para poder controlarlo. Su pretensión es, pues, obtener poder sobre él con la misma intención que tenía el Marqués de Sade en sus libertinos escritos: descubrir la excitación que conecta la sexualidad con la muerte. Arrastrada por el hipnotismo de lo abyecto, que Kristeva define de esta manera: “what disturbs identity, system, order. What does not respect border, position, rules” (1982: 4), la violencia psicópata, que supone acceder a lo que ontológicamente representan los líquidos y demás secreciones femeninas en su manifestación de vida, necesita romper con las dualidades que la excluyen de lo que está vivo, y, entre vísceras y coágulos, rastrea un camino que le permita alcanzar un estadio superior: el nivel en el que se inicia la vida. La fascinación mística, que Simon Reynolds y Joy Press resumen en: “this idea of transcendence-through-abasement” (1995: 94), explica la voluntad del psicópata por lograr una unidad que podría equipararse a la del cuerpo y el alma—perfecta simbiosis que se alcanza al romper los límites de la anatomía. En la concepción de Wittgenstein, “Body as the best image of the soul” (1953: iv), por lo que es posible percibir en el deseo de mirar e indagar en el interior de los cuerpos el verdadero mensaje que subyace a *American Psycho*. Se trata de una lectura que su propio autor invitaba a descubrir años más tarde, “What’s left to say about *American Psycho* that hasn’t already been said?” (Ellis 2005: 12), y que propugna la necesidad de encontrar un espacio donde el verbo se hace carne; esto es, entre la imagen vacía que poseía el poder igualatorio de la muerte en otros tiempos y el constructo hueco de la masculinidad hegemónica.

La condición de la novela, a la que Naomi Mandel se refiere como “[...] easily one of the most controversial novels of the twentieth century” (2011: 1), se presta a una interpretación que, además de denunciar la violencia y la falta de sensibilidad social, satirice los ideales que mejor representan dicha manera de entender la vida; es decir, el capitalismo y el patriarcado. Estos, según se ha argumentado con insistencia en este trabajo, son los que sustentan un ideal de masculinidad sobrehumano. Así lo advierte también el propio Ellis, al afirmar lo siguiente: “No one can really live up to these ideals, so there’s an immense amount of dissatisfaction roiling through the collective male psyche” (Goulian 2012: *en línea*). Patrick se convierte, de este modo, en ese ser no existente y psicópata que recoge el absurdo de la realidad y lo filtra a través de sus actividades criminales, entre las que incluye—como propuso Jonathan Swift—el canibalismo como solución a los problemas del modelo del hombre norteamericano, en clave satírica, según Storey: “Normative masculinity’s objectification and fear of women’s bodies achieves its ultimate expression in Bateman’s fantasy of turning them into meat” (2005: 66). Sin embargo, la genuina comunión se produce al reconocer que este personaje sin pasado reconocido, “‘The past isn’t real. It’s just a dream,’ I say. ‘Don’t mention the past’” (Ellis 1991: 340), con miedo a recordar, “‘I mean I wasn’t Casper the Ghost or anything was I?’” (Ellis 1991: 236), y con solo una idea de futuro, “a new era of possibilities and what’s in it for me [...] how to take more and remember less” (Ellis 1991: 390), realmente se está comiendo a sí mismo. Tras la mutilación de todas aquellas partes del cuerpo femenino que indican pertenencia al género para destruir el sentimiento de vergüenza por pertenecer al otro, la identificación entre el cuerpo femenino y la mente masculina igualmente fragmentados es un hecho metonímico que se da en todos los ejemplos de ficción de este tipo, como describe Carol Clover: “Body, tortured, maimed, destroyed in so many ‘slasher’ films, and opened up in the occult horror film [...] is precisely that which the male viewer seeks out as a symbol of himself” (1992, Cap. 1). El sacrificio humano tiene como sacerdote y víctima el mismo cuerpo, en un ejemplo del narcisismo de la época. Sea como fuere, aún es más significativo que se trata de una forma de contactar con un dios que es también el propio personaje—que es como Patrick se ve a sí mismo a lo largo de toda la obra. La trinidad de padre, hijo y espíritu santo identifica un proceso común entre los psicópatas que Jeffrey Dahmer aclaró en una entrevista televisada para Inside Edition, Weekend en

febrero de 1993 al justificar sus 17 víctimas asesinadas y descuartizadas con un único motivo: “to possess them permanently” (en Harter 1996: 66).

American Psycho es un ejemplo claro de un género que Georg Lukács definió en estos términos: “the epic of a world forsaken by God” (*The Theory of the Novel* [*Die Theorie des Romans*, Berlin, 1920], 84). Era, sin duda, esperable que así fuera si recordamos una vez más la cita dantesca con la que abre la novela. En la entrevista que concedió para la revista *Paris Review* el autor aclara el contenido de su obra, aportando esta apreciación: “pretty much 385 pages of a young man in a society he doesn’t believe in and yet wants to be part of” (Goulian 2012: en línea). Es esa dualidad la que explica que su cuerpo sea una sinécdoque del sistema en la concepción corporal de Judith Butler. La muerte del psicópata es un clásico del género que evita así ser devuelto a la sociedad que lo creó, pero, sobre todo, es una reacción a la anagnórisis que le devuelve su imagen real en un mundo donde dios nunca fue nada más que su propio simulacro y su muerte representa la crisis de los “*grands récits*” (Lyotard, 1979), que no pueden evitar mostrar que, por dentro, todos somos iguales.

CONCLUSIONES

“‘You know how European literature begins?’ [...] ‘With a quarrel. All of European literature springs from a fight’ [...] *The Iliad* [...] ‘Begin where they first quarrelled, Agamemnon, the king of men, and great Achilles’. And what are they quarrelling about, these two violent, mighty souls? It’s as basic as a barroom brawl. They are quarrelling over a woman. A girl, really. A girl stolen from her father”.

—Philip Roth, *The Human Stain*.

Seguimos habitando el lacaniano discurso del amo. Esto es, un mundo donde la dialéctica hegeliana del principio marxista que concibe el conflicto como principal motor de la historia conlleva el protagonismo de la violencia. Es más, su defensa es la seña de identidad del sistema, del que cabe decir que la unitaria homogeneización que propugna en torno al beneficio de los privilegiados ha transformado a la masculinidad en un acto performativo de dominio. Ha encumbrado así la ideología de la supremacía a la vez que ha favorecido el desarrollo de pautas y normas ritualizadas abocadas a marcar la muerte del sujeto. Y es que, asimilado a las estructuras y relaciones de poder y en aras del refuerzo del *statu quo*, el ejemplar miembro del grupo hegemónico ha sacrificado su identidad individual por alcanzar a ser el “*complete umblushing male in America*” del que habla Goffman (1963), una forma de vida que en esta Tesis Doctoral se presenta como un suicidio. Sin embargo, el aspecto más negativo del complejo acto suicida es que se convierta en guerra santa y, por tanto, que, auspiciado por un sistema protector, se acompañe de un reguero de víctimas en su camino al infierno—un estado mental, producto de la inestabilidad emocional que provoca la inseguridad contemporánea de no estar a la altura del significado de ser hombre. A este respecto, hay que decir con Bataille (1957) y con la vista puesta en las principales causas que este crítico aporta para explicar cualquier acto violento, entre las que incluye la rabia, el miedo y el deseo, en este caso expresadas a través de la agresividad aprendida, que la

violencia cultural es una de las más comunes respuestas del individuo al discurso capitalista patriarcal.

Hay quien habla de sentencia de muerte al oír: “Ha sido un niño”; y es que el género, al igual que pasaba en la antigua Esparta con las niñas o como es el caso todavía hoy en la moderna China, se sigue utilizando como razón suficiente para explicitar el destino del recién nacido. Sin embargo, lo peor es que en nuestros días la causa de que los hombres estén abocados a vagar por el infierno de un mundo sin paraíso no tiene su origen en una muerte natural sino cultural. El empeño de la modernidad por la categorización y por la división de la realidad en compartimentos estancos abstractos en los que intentar contener la vida desde el punto de vista material se ha demostrado un sueño; o mejor, una pesadilla. Las diferencias esencialistas entre hombres y mujeres son ciertamente los peores enemigos del individuo, porque tiranizan entre la superficial representación de su identidad de género y la profunda herida abierta por las connotaciones de su simbología. Estas van desde la exactitud racional de la línea masculina hasta la analogía instintiva de la esfera femenina, de manera que el análisis cartesiano del largo plazo marcado por los hombres se enfrenta a la sintética capacidad de supervivencia del corto plazo de las mujeres. En ese sentido, hay que decir que el mundo en que vivimos opone el discurso concreto a la intuición caótica y el de la competitividad a la cooperación, consiguiendo que la lectura del universo masculino impere sobre aquella que se le permite hacer a una mujer, suponiendo que sea posible mantener tales categorías.

Frente a la oposición frontal entre la cantidad y la calidad o lo productivo y lo reproductivo nada pueden la equivalencia o la reciprocidad de la equipotencia. No en vano, la habilidad del dominio del concepto sobre su símbolo insiste en la diferencia y condena la complementariedad. Se pone así fin al proyecto humanista que Harold Bloom identifica con Shakespeare en *The Invention of the Human* (1998) y el canon occidental sigue creciendo con títulos que más que a la “ansiedad de la influencia” sucumben a los ataques de pánico, como los del protagonista de *American Psycho* ante la tiranía del género—quizás no tan alejada de la teoría freudiana de la influencia poética de los ancestros, que Bloom situaba en el centro de la tradición occidental. La prosa de la masculinidad finisecular es incapaz de absorber el mensaje contenido en las obras de Shakespeare; de ahí que el sufrimiento masculino se convierta en la tragedia

que transforma el dolor humano en muerte. Según se ha argumentado a lo largo de esta Tesis Doctoral, dicho sufrimiento brota de la confianza ciega en el lenguaje oficial, articulado en torno a la superioridad del hombre y responsable de alimentar la desconfianza de los individuos en sí mismos y la performatividad psicópata llevada a cabo bajo los efectos de un régimen que regula las diferencias de género. Hay que destacar, en ese sentido, que la forma coercitiva de jerarquizar a los individuos se transforma en la aparentemente simplificada bidimensionalidad de un personaje de dibujo animado como Patrick Bateman, sin rastro de vida interior emocionalmente compleja, que aun así es el ser más atractivo de una novela que retrata un mundo de singular dureza y aridez. En el tono satírico que impera en el texto, el símbolo parece reducirse al grado de ideograma; es la imagen de la egoísta preocupación del protagonista por sí mismo, única expresión de identidad con quien el lector ha de identificarse, porque Patrick lleva el peso total de la focalización narrativa, y también aliarse y disfrutar, siguiendo la técnica argumental establecida por Hitchcock, según la cual el valor de una obra estaba en relación directa con el atractivo del personaje malvado.

No obstante, la perversa mirada de Ellis no ha aprendido a transformar la violencia sexual en sexualidad violenta únicamente del maestro del cine. De hecho, a la hora de transmitir la sensación de ruina moral retratada por las obsesiones del psicópata, Ellis enfrenta a Patrick, por oposición o paralelismo, a algunas de las mejores personalidades creadas por Shakespeare. La alienación exterior que debilita a Patrick ante las fuerzas del capitalismo consumista, permitiendo que los objetos dominen al sujeto y llevando al extremo la opresión sobre su existencia humana, es solo comparable a la radical alienación interior de Hamlet en su uso indeciso de la libertad como baile de contrarios—además de la ya comentada venganza paterna, que funciona por contraste entre ellos, aunque los haga igualmente infelices. En cuanto al abismo al que vive permanentemente asomado Patrick, y que recuerda al de Lou Mannheim en *Wall Street* (1987): “Man looks in the abyss. There’s nothin’ staring back at him. At that moment, man finds his character. And that is what keeps him out of the abyss”, es un precipicio conocido por la soledad del rey Lear en su debate existencial entre el poder y la nada. La maldad de Yago, derivada de su hiperactividad mental desprovista de sustento moral, inclina a este nuevo Prometeo a cometer actos transgresores a expensas de Otelo, como

representante del poder de los dioses. Sin su existencia, Yago representaría lo más cercano a la nada y en su estético y sádico nihilismo Patrick se refleja—sin llegar, eso sí, a su terrible grandeza. Sea como fuere, es quizás la locura alucinógena de Macbeth el referente más preciso, por ser una máquina de matar y a la vez de fantasear y por tener alucinaciones con las barbaridades cometidas. La mezcla de una ambición sin límites y una falta total de voluntad le hacen pagar el precio de su incapacidad para escribir su destino, siendo víctima de su incertidumbre. El mundo de la noche y el obsesivo tiempo presente que domina la acción, así como la atracción de la exuberancia de energía y sangre, marcan un tono en el que Patrick Bateman se movería como en casa: el freudiano universo de las pesadillas.

El poder de Shakespeare para atrapar al espectador en los espacios creados a través de la mirada de sus personajes se humaniza más que nunca con la figura del dios mortal que representa Falstaff. El antiguo caballero y fiel servidor de las causas de su señor, convertido en víctima del poder, personifica el destino del protagonista de *American Psycho*, ya que ambos aprenden el mensaje que se deriva de la servidumbre a unos ideales en un mundo definido por Macbeth: “a tale told by an idiot, full of sound and fury, signifying nothing” (Shakespeare 1987: 1025; Acto V, Escena 5). Por otra parte, la locura y la obsesiva conciencia de ese estado psicológico es algo que comparten los personajes de Shakespeare y Ellis con el nihilismo del siglo XIX del Dostoyevski de *Notas del subsuelo* o de la obra de Nietzsche, a quienes envuelven cronológicamente. Sin embargo, a diferencia de los anteriores, el carácter nacional y de género en la novela de Ellis anima a usarla como referente de la crisis de la masculinidad, y de ahí que cause mayor impresión entre los lectores, quienes también aquí corren el peligro de sentirse asesinos, violadores y torturadores.

La proximidad entre el texto y el lector masculino se promueve desde una concepción del poder que simboliza el estado del hombre a finales del siglo XX. La transgresión de la lectura de los horrores ofrece al lector la posibilidad de comprobar la certidumbre de sus valores y la solidez de sus pensamientos. El ejercicio de purificación catártica es el mismo que el que hace el protagonista de la novela al imaginar sus actos y procesos mentales más transgresores; pues, en última instancia, se trata de juegos de poder en los que la identidad masculina se encuentra escindida en dos y pueden tomarse como ejemplo de masoquismo en cuanto plasman la escisión del poder en extremos

opuestos. Hay que decir, por otra parte, que dicho ejercicio, que encuentra su reflejo en Freud, describe el comportamiento de personajes reales y ficticios propios de la época; en concreto, refleja las actitudes de una serie de individuos que intentaron fortalecer su poder a través de un paseo por el mundo espectral del dolor, uniendo el narcisismo patológico con la violencia como forma de placer—ambos recursos característicos del sistema capitalista. Tal y como se ha querido poner de manifiesto con este trabajo, la famosa crisis de la masculinidad hegemónica brinda una oportunidad idónea para participar de los dos escenarios: por un lado, se encuentra la seguridad del poder falocéntrico, que aporta la tranquilidad y estabilidad necesarias, y, por otro, el castigo físico, que provee un nuevo acceso al placer desde la capacidad de soportar el dolor como un hombre. Lo que los personajes de las figuras del celuloide como Sylvester Stallone o Arnold Schwarzenegger padecen en sus propias carnes, es decir, la lucha contra la presión social para que no se comporten como los héroes que son, se traslada a *American Psycho*. Aquí los rituales de dolor se efectúan a través de los cuerpos femeninos, con cuyo significado social de obsesiva perfección física se identifica Patrick, y se convierten en su otro yo: el que sufre el dolor de las heridas, torturas y amputaciones. Este flirteo con la muerte entre una parte activa y violenta y otra pasiva y humillada escenifica la conciencia de crisis por parte de quienes se consideraban a la vez verdugos y víctimas. A este respecto, hay que decir que Patrick consigue visualmente apreciar el dolor físico solo en otras personas y ese es el primer paso para tomar conciencia del sufrimiento propio.

La dialéctica entre dos partes se une con la idea mítica junguiana del *anima* y el *animus* en cuanto componentes femenino y masculino del ser humano, una combinación que está presente en el éxito de los Mitopoéticos y que explicaría, en parte, la traumática opresión interna como la causa del dolor del hombre que debe ser curado a través de la liberación de toda la energía masculina para no exponerse a la castración e impotencia. En sus retiros se enseñaba que en vez de correr el riesgo de seguir autolesionándose en su infelicidad haciendo felices a aquellas mujeres que lo rodean, el hombre debe nacer de nuevo sin miedo a romper y rasgar el cordón umbilical que le ha proporcionado alimento, pero que le impide abandonar su estadio infantil. Y es que el saber llevar las heridas manifiesta el éxito del rito de paso que convierte al niño en hombre y le deja crecer como individuo independiente. En definitiva, puede afirmarse que la tensión

entre lo masculino y lo femenino, lo exterior y lo interior, la naturaleza y la cultura tiene el eco de las luchas edípicas como fuente de crecimiento ante algo que nos obliga a oscilar entre la sumisión y la rebeldía.

Las violentas batallas de poder que para los seguidores de Bly se producen en el interior del hombre no se alejan demasiado de las prácticas sadomasoquistas que en esa época salen del circuito alternativo y gay para entrar a formar parte de la vida pública gracias a la visibilidad de su parafernalia. Esta va desde la ropa interior hasta los vídeos de Madonna, donde la erotización del poder se junta con el axioma de una cultura alternativa que reza “*bottom rules*” y que escenifica, más allá del desprecio de las mentes bienpensantes, la diferencia entre las apariencias y la realidad en un equilibrio entre los procesos de degradación y poder. Sin embargo, hay que subrayar que en la mayoría de los casos la importancia de los discursos subversivos se limitó a tomar esos elementos decorativos y a insinuar una transgresión que no sirvió más que para intranquilizar algo a los sectores más conservadores: primero, porque no existía ningún interés por colectivizar o hacer públicas prácticas sexuales que pusieran en peligro las construcciones culturales hegemónicas tras los desastres del movimiento *hippie*; y, segundo, porque incluso en las versiones más radicales de subjetividades marginales el dominio de la cultura oficial permanecía en el mantenimiento de los mismos binarismos y planteamientos de dualidades enfrentadas que los constituían. Por lo tanto, sería más acertado hablar más de (re)escritura que de revolución propiamente dicha.

Se dieron también situaciones pintorescas en las que lo aparentemente transgresivo escondía un mensaje conservador. En contextos más importantes, como el político, donde sorprende el reconocido éxito que obtuvo la candidatura de Reagan entre grupos homosexuales. En concreto, entre una mayoría de *leathermen* que le apoyaron más que a Carter, el *soft man*, priorizando la estética vaquera del ex-actor de *westerns* con el que les unía la aspereza del cuero o simplemente castigando al candidato demócrata por no responder a sus expectativas de dureza; en cualquier caso, se demostraba la compleja centralidad de la sexualidad como forma de expresión de la identidad.

La descripción de los actos de opresión, explotación y humillación que ejecuta el protagonista de la novela con su lado femenino a través de los cuerpos de mujeres, a los que tortura y mata, es una expresión sincera de su deseo de íntima asociación con lo

sagrado. Patrick ejecuta la naturaleza simbólica del sacrificio corporal de Jesús, y con ello busca la misma respuesta que el cristiano en la comunión—comer el cuerpo de Cristo como unión con la vida y resurrección—y por tanto, el significado de sus acciones no se puede limitar a un ejemplo de canibalismo necrófilo y necrófago contra la abyecta naturaleza del cuerpo femenino (mezcla oximorónica de deseo y odio), como podrían sugerir fragmentos del tipo:

This is my reality. Everything outside of this is like some movie I once saw. In the kitchen I try to make meat loaf out of the girl [...]. I decide to use whatever is left of her for a sausage of some kind [...] though it does sporadically penetrate how unacceptable some of what I'm doing actually is, I just remind myself that this thing, this girl, this meat, is nothing, is shit (Ellis 1991: 345).

Tales escenas llevan al extremo el componente político de la sexualidad, puesto que explican la dimensión más trastornada y paranoide de la crisis de la masculinidad, que, arrastrada por los vínculos entre el lenguaje político y el sexual, se ve en esa doble posición de fortaleza y sumisión que viola los límites de las leyes naturales. El victimismo, evidente en Patrick cuando se justifica: “I just want to be loved” (Ellis 1991: 345), es propio de los grupos de hombres que tuvieron mayor éxito e hicieron un uso perverso de la transformación del dolor en placer. Y es que, en el caso de estos últimos, se recurrió a él como mecanismo para mantener el dominio. Dicho objetivo se alcanzó a través del sufrimiento de otras personas, algo similar a lo que, como se ha visto en el segundo capítulo de esta Tesis Doctoral, pedía el Presidente cuando llamaba a hacer un esfuerzo para volver a recuperar el protagonismo perdido y, en realidad, estaba condenando a muerte a los más desfavorecidos para que los privilegiados vivieran mejor.

El espacio del cuerpo y el lenguaje del dolor rememoran la filosofía culturista resumida en: “*no pain, no gain*”, e, igual que en ese contexto, el modelo hegemónico pretendía volver a valorar la cultura del esfuerzo como medio de acceso a la felicidad. No obstante, de la misma manera que la aparente musculatura del cuerpo del culturista no es prueba real de fortaleza, tampoco en la realidad el simulacro del dolor supuso un fortalecimiento de la masculinidad. Así, los castigos que inflige Patrick para mostrar su masculinidad solo son sintomáticos de su propia debilidad, según las enseñanzas de Hannah Arendt (1986) sobre la oposición entre poder y violencia. La desorientación existencial y la subordinación de todo deseo a la ambición de poder reduce al

protagonista a la categoría de objeto movido por el odio, donde la violencia cultural manifiesta su revolucionaria patología como mecanismo epidemiológico instrumental. La omnipresencia del sacrificio del cuerpo femenino como vía de comunicación masculina se convierte en el más completo retrato del ideal regulatorio que Foucault estableció como normativo para la sexualidad como base del sistema ideológico contemporáneo y que entraña la carga política que se esconde tras cada acto supuestamente sexual. El uso y abuso del cuerpo como nueva construcción y eterna destrucción de la subjetividad en la bio-política de Foucault es el escenario idóneo para la polisemia de la violencia como redefinición de la fuerza erótica del poder. La ficción de carne y hueso apuntala la reconstrucción de un sistema donde la transferencia erótica de poder recrea un órgano fantasmático que pretende responder a las demandas del sistema sometiendo el nihilismo esquizofrénico y autodestructivo de los sujetos a una versión pornográfica de la mujer objeto como abstracción de sus más salvajes perversiones.

La multiplicidad del discurso de la violencia hace del mundo del arte el mejor espejo del descentrado universo derridiano, en virtud del cual el *homo violens* pasa a *homo necans*. Se trata de una entidad indescifrable e incierta, donde los desórdenes narcisistas hacen de las patologías del ego y de su incapacidad para satisfacer las necesidades identitarias del sujeto un campo fértil para que la *acerbitas mortis* transforme los miedos ancestrales de omnipotencia en un ataque de impotencia y esterilidad. La masculinidad en crisis en su sangrienta huida hacia delante es la mejor representación del fracaso del proyecto cultural y ha derivado en formas de primitivismo moderno cultural que Freud definía como compensación por su renuncia a la gratificación instintiva; es decir, como actividad que sostiene el orden universal, compensando al ser humano por haber elegido el camino hacia la civilización. Miedos, obsesiones y tabúes vuelven a aparecer en las expresiones artísticas, pero esta vez no como forma compensatoria inofensiva para el orden social, sino como pornográfica desnudez de la espiral extremista del hiperrealismo de la época. La posibilidad de experimentar sensaciones a través de cuerpos ajenos, en un proceso similar al de una sala de lectura o de cine, produce una aparente sensación de bienestar. Ahora bien, en realidad, solo sirve para entender que con el fin de salvar el género se corre el peligro de extinguir la especie. La condena a la infelicidad eterna, que en la novela que ha servido

de eje para el análisis aquí propuesto es un ejemplo de justicia poética sin rescate cinematográfico de último minuto, debería leerse en el contexto del mundo real en la buena lógica de que el final del lenguaje humano reducido a actos primitivos como espejo de una psicología trastornada ha de conllevar el final de un mito y acabar con un modelo de poder que consolida su fuerza adentrándose en las narrativas de la destrucción y la nada.

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, James Truslow 1931. *The Epic of America*. Santa Barbara, CA: Greenwood Press.
- Adler, Alfred 1910. “Der psychische Hermaphroditismus im Leben und in der Neurose”. *Fortschritte der Medizin*, 28, 486-493.
- Adler, Leonore Loeb y Denmark, Florence L. (eds.) 1995. *Violence and the Prevention of Violence*. Westport: Praeger.
- Adorno, Theodor *et. al.* 1950. *The Authoritarian Personality*. Nueva York: Harper & Row.
- y Horkheimer, Max 1979. *The Dialectic of Enlightenment*. Londres: Verso
- Aftab, Kalem 2005. “Bret Easton Ellis Interview”. *BBC*. [Web]. Consultado el 20/12/09 y disponible en: <http://www.bbc.co.uk/dna/collective/A6127427>
- Aldrich, Nelson N. 1988. *Old Money: the Mythology of America's Upper Class*. Nueva York: A. Knopf.
- Alighieri, Dante 1975 [1309-1320]. *La Divina Commedia*. Florencia: La Nuova Italia.
- Allen, Richard 2007. *Hitchcock's Romantic Irony*. Nueva York: Columbia UP.
- Althusser, Louis 2009 [1970]. “Ideology and Ideological State Apparatuses (Notes towards an Investigation)”. En Aradhana Sharma y Anil Gupta (eds.), *The Anthropology of the State: A Reader*. Oxford: Blackwell, 86-111.
- Amerika, Mark y Laurence, Alexander 1994. “Interview with Bret Easton Ellis”. *The Write Stuff*. [Web]. Consultado el 11/19/15 y disponible en: <http://www.altx.com/interviews/bret.easton.ellis.html>
- Annesley, James 1998. *Blank Fictions: Consumerism, Culture, and the Contemporary American Novel*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Aquino, Santo Tomás 1259. “Quaestiones disputatae De Veritate”, q. 2, art. 3, arg. 19.
- Arendt, Hannah 1986. *On Violence*. Nueva York: New York UP.
- Argullol Murgadas, Rafael 1990. *El héroe y el único*. Barcelona: Ediciones Destino.
- Armengol Carrera, Josep María 2006. “Gendering Men: Theorizing Masculinities in American Culture and Literature”. [Tesis Doctoral]. Directora: Àngels Carabí Ribera. Universitat de Barcelona.
- Armstrong, Nancy y Tennenhouse, Leonard. 1987. “The Literature of Conduct, the Conduct of Literature, and the Politics of Desire: An Introduction”. En Nancy

- Armstrong y Leonard Tennenhouse (eds.), *The Ideology of Conduct: Essays on Literature and the History of Sexuality*. Nueva York y Londres: Methuen, 1-24.
- 2010. *Richard Ford and the Fiction of Masculinities*. Nueva York: Peter Lang.
- Astre, Georges Albert y Hoarau, A. Patrick 1997. *El universo del western*. Trad. Marta Fernández Muro. Madrid: Fundamentos.
- Auden, W. H. 2002. *The Complete Works of W. H. Auden: Prose 1939-1948*. Ed. Edward Mendelson. New Jersey: Princeton UP.
- August, Eugene R. 1985. *Men's Studies: A Selected and Annotated Interdisciplinary Bibliography*. Littleton, CO: Libraries Unlimited.
- Austin, John Langshaw 1962. *How To Do Things with Words?* Oxford: Clarendon Press.
- Awkward, Michael 1995. *Negotiating Difference: Race, Gender and the Politics of Positionality*. Chicago: Chicago UP.
- Badinter, Elisabeth 1992. *XY: La identidad masculina*. Trad. Montserrat Casals. Madrid: Alianza Editorial.
- Bajtin, Mijail M. 1984. *Problems of Dostoevsky's Poetics*. Ed. y trad. Caryl Emerson-Manchester: Manchester UP.
- Baker, Brian 2006. *Masculinity in Fiction and Film: Representing Men in Popular Genres, 1945-2000*. Londres y Nueva York: Continuum.
- Balzac, Honoré de 1971 [1853]. "Avant-Propos". En Honoré de Balzac. Tomo I. *Scènes de la vie privée*. París: Alexandre Houssiaux, 17-32.
- Barnet, Richard J. 1971. "The Game of Nations". *Harper's*, 53-59.
- Barthes, Roland 1972 [1957]. *Mythologies*. Londres: Paladin.
- Bartky, Sandra 1990. *Femininity and Domination: Studies in the Phenomenology of Oppression*. Nueva York: Routledge.
- Bataille, Georges 1986 [1957]. *Erotism: Death and Sensuality*. San Francisco: City Lights Books.
- Bates, Milton 1996. *The Wars We Took to Vietnam: Cultural Conflict and Storytelling*. Berkeley: California UP.
- Baudrillard, Jean 1978. *Cultura y simulacro*. Trad. Pedro Rovira. Barcelona: Kairós.
- 1994 [1981]. *Simulacra and Simulation*. Trad. Sheila Faria Glaser. Ann Arbor: Michigan UP.

- Bauman, Zygmunt 2007. *Consuming Life*. Londres: Polity Press.
- Bauso, Thomas M. 1991. "Rope: Hitchcock's Unkindest Cut". En Walter Raubicheck y Walter Srebnick (eds.), *Hitchcock's Re-leased Films: From Rope to Vertigo*. Detroit, MI: Wayne State UP, 226-239.
- Bazin, Andre 1984 [1967]. *What's Cinema*. Trad. Hugh Gray. Berkeley, CA: California UP.
- Bean, Henry 1991. "Slayground: American Psycho By Bret Easton Ellis". *Los Angeles Times*. [Web]. Consultado el 17/10/15 y disponible en: http://articles.latimes.com/1991-03-17/books/bk-622_1_bret-easton-ellis
- Beardwell, Ian y Holden, Len 2001. "Introduction to Part 5". En Ian Beardwell y Len Holden (eds.), *Human Resource Management: A Contemporary Approach*. Harlow: Prentice Hall, 631-632.
- Beauvoir, Simone 1996 [1949]. *La Deuxième Sexe*. Vol. I y II. París: Gallimard.
- Bellour, Raymond 2009. "Psychosis, Neurosis, Perversion". En Marshall Deutelbaum y Leland Poague (eds.), *A Hitchcock Reader*. Trad. Nancy Huston. Londres: Wiley-Blackwell, 341-360.
- Beneke, Timothy 1993. "Deep Masculinity as Social Control: Foucault, Bly, and Masculinity". *Masculinities*, Vol. 1, 13-19.
- 1997. *Proving Manhood: Reflections on Men and Sexism*. Berkeley, CA: California UP.
- Benjamin, Jessica 1988. *The Bonds of Love: Psychoanalysis, Feminism and the Problem of Domination*. Nueva York: Pantheon Books.
- Berg, Elizabeth 1986. "Iconoclastic Moments: Reading the *Sonnets for Helene*, Writing the *Portuguese Letters*". En Nancy K. Miller (ed.), *The Poetics of Gender*. Nueva York: Columbia UP, 208-221.
- Berger, Maurice, Vallis, Brian y Watson Simon (eds.) 1995. *Constructing Masculinity*. Nueva York: Routledge.
- Bersani, Leo 1995. "¿Es el recto una tumba?" En Ricardo Llamas (ed.), *Construyendo identidades*. Madrid: Siglo XXI, 79-115.
- Beveridge, Albert 1906. *The Young Man and the World*. Nueva York: Appleton.
- Beynon, John 2002. *Masculinities and Culture*. Buckingham y Filadelfia: Open UP.

- Blankenhorn, David 1995. *Fatherless America: Confronting Our Most Urgent Social Problem*. Nueva York: Basic Books.
- Blazer, Alex E. 2002. "Chasms of Reality, Aberrations of Identity: Defining the Postmodern through Bret Easton Ellis's *American Psycho*". *Americana: The Journal of American Popular Culture (1900-present)*, Vol. 1(2) (fall). [Web]. Consultado el 20/10/15 y disponible en: http://www.americanpopularculture.com/journal/articles/fall_2002/blazer.htm
- 2011. "American Psycho, Hamlet, and Existential Psychosis". En Naomi Mandel (ed.), *Bret Easton Ellis: American Psycho, Glamorama, Lunar Park*. Londres: Continuum.
- Blee, Kathleen M. 1998. "Antifeminism". En Wilma P. Mankiller, Gwendolyn Mink, Marysa Navarro, et. al. (eds.), *Readers Companion to U.S. Women's History*. Boston: Houghton Mifflin, 31-33.
- Bloch, Robert 1959. *Psycho*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Bloom, Harold 1998. *The Invention of the Human*. Nueva York: Riverhead Books.
- Bly, Carol 1989. "The Danger in Men's Groups". *Utne Reader*.
- Bly, Robert 1986. *Men's Initiation Rites*. St. Paul, Minn.: Ally Press Center.
- 1990. *Iron John: A Book About Men*. Reading, MA: Addison-Wesley Publishing Company, Inc.
- 1991. "Father Hunger in Men". En Keith Thompson (ed.), *To Be a Man: In Search of the Deep Masculine*. Los Angeles: Tarcher, 189-192.
- Bohan, Janis S. 1997. "Regarding Gender: Essentialism, Constructionism and Feminist Psychology". En Mary M. Gergen y Sara N. Davis (eds.), *Toward a New Psychology of Gender*. Nueva York: Routledge, 31-47.
- Boileau, Pierre y Narcejac, Thomas 1954. *D'entre les morts*. París: Denoël.
- Bonner, Charles W. 1993. "An Existential-Phenomenological Investigation of Identity Confusion as Exemplified by Adolescent Suicide Attempts". [Tesis Doctoral]. Director: Rolf von Eckartsberg. Duquesne University.
- Boose, Lynda 1993. "Techno-Muscularity and the 'Boy Eternal': From the Quagmire to the Gulf". En Amy Kaplan y Donald E. Pease (eds.), *Cultures of United States Imperialism*. Durham y Londres: Duke University Press, 581-616.
- Bordwell, David 1985. *Narration in the Fiction Film*. Madison: Wisconsin UP.

- Bourdieu, Pierre 1998. *La domination masculine*. París: Seuil.
- Bradbury, Malcom 1983. *The Modern American Novel*. Oxford: Oxford UP.
- Bradbury, Ray 1966. "A Happy Writer Sees His Novel". *San Francisco Chronicle*, 22, 41.
- Braidotti, Rosi 2011 [1994]. *Nomadic Subjects: Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminist Theory*. Nueva York: Columbia UP.
- Brandt, Stefan 2000. "American Culture X: Identity, Homosexuality and the Search for a New American Hero". En West, Russell y Frank Lay (eds.), *Subverting Masculinity: Hegemonic and Alternative Versions of Masculinity in Contemporary Culture*. Ámsterdam; Atlanta, GA: Rodopi, 67-93.
- Brannon, Robert 1976. "The Male Sex Role and What It's Done for Us Lately". En Robert Brannon y Deborah David (eds.), *The Forty-nine Percent Majority*, Reading, MA: Addison-Wesley, 1-40.
- Braudillard, Jean 1988 [1981]. "Simulacres et simulation". En Mark Poster (ed.), *Selected Writings*. Standford: Standford UP, 166-184.
- 1998. *Consumer Society: Myths and Structures*. Londres: SAGE.
- Brittan, Arthur 1989. *Masculinity and Power*. Oxford y Nueva York: Basil Blackwell.
- Brizendine, Louann 2006. *The Female Brain*. Nueva York: Morgan Road Books.
- 2010. *The Male Brain*. Nueva York: Broadway Books.
- Brod, Harry 1987a. "Introduction: Themes and Theses of Men's Studies". En Harry Brod (ed.), *The Making of Masculinities: The New Men's Studies*. Boston, MA: Allen & Unwin, 1-20.
- 1987b. "A Case for Men's Studies". En Michael S. Kimmel (ed.), *Changing Men: New Directions in Research on Men and Masculinity*. Newbury Park: SAGE, 263-277.
- 1992. "The Mythopoetic Men's Movement: a Political Critique". En Christopher Harding (ed.), *Wingspan: Inside the Men's Movement*. Nueva York: St. Martin's, 232-236.
- 1996. "Pornography and the Alienation of Male Sexuality". En Larry May, Robert Strikwerda y Patrick D. Hopkins (eds.), *Rethinking Masculinity: Philosophical Explorations in Light of Feminism*. Lahman, MD: Rowman & Littlefield, 237-254.

- 1998. "To Be a Man, or Not to Be a Man: That Is the Feminist Question". En Tom Digby (ed.), *Men Doing Feminism*. Nueva York y Londres: Routledge, 197-212.
- 2002. "Harry Brod: Excerpts from 'The Case for Men's Studies'". En Iain Borden, Barbara Penner y Jane Rendell (eds.), *Gender Space Architecture: An Interdisciplinary Introduction*. Londres y Nueva York: Routledge, 88-95.
- y Kaufman, Michael 1994. "Introduction". En Harry Brod y Michael Kaufman (eds.), *Theorizing Masculinities*. Thousand Oaks, CA: SAGE, 1-10.
- Brooks, Gary R. 1995. *The Centerfold Syndrome: How Men Can Overcome Objectification and Achieve Intimacy with Women*. San Francisco: Jossey-Bass Publishers.
- y Silverstein, Louise B. 2008. "Understanding the Dark Side of Masculinity: An Interactive Systems Model". En Ronald F. Levant y William S. Pollack (eds.), *A New Psychology of Men*. Nueva York: Basic Books, 280-333.
- Brooks, Peter 1993. *Body Work: Objects of Desire in Modern Narrative*. Cambridge: Harvard UP.
- Browning, Tod 1932. *Freaks*. Estados Unidos: Metro-Goldwyn-Mayer.
- Buchbinder, David 1998. *Performance Anxieties: Reproducing Masculinity*. Australia: Allen & Urwin.
- Buford, Bill 1983. "Dirty Realism: New Writing from America". *Granta Books*, 252.
- Bukatman, Scott 1993. *Terminal Identity: The Virtual Subject in Postmodern Science Fiction*. Durham y Londres: Duke UP.
- Burton, Robert 1621. *Anatomy of Melancholy*. Oxford: John Lichfield & James Short for Henry Cripps.
- Buscombe, Edward (ed.) 1993. *The BFI Companion to the Western*. Londres: BFI.
- Bush, George 1992. *Public Papers of the Presidents of the United States: George Bush, 1991*. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- Butler, Judith 1990. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Nueva York: Routledge.
- 1993. *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of Sex*. Nueva York: Routledge.
- 1999a. "Bodily Inscriptions, Performative Subversions". En Janet Price y Margaret Shildrick (eds.), *Feminist Theory and the Body: A Reader*. Nueva York: Routledge, 416-422.

- 1999b. "Foucault and the Paradox of Bodily Inscriptions". En Donn Welton (ed.), *The Body*. Gran Bretaña: Blackwell, 307-313.
- Byers, Thomas B. 1995. "Terminating the Postmodern: Masculinity and Pomophobia". *Modern Fiction Studies*, Vol. 41(1), 5-33.
- Cameron, Ian Alexander y Pye, Douglas (eds.) 1996. *The Book of Westerns*. Nueva York: Continuum.
- Camon, Ferdinando 1981. *La Malattia Chiamata Uomo*. Milan: Garzanti.
- Caputi, Mary 2005. *A Kinder, Gentler America: Melancholia and the Mythical 1950s*. Minneapolis: Minnesota UP.
- Caputo, John D. y Vattimo, Gianni 2013. *After the Death of God*. Ed. Jeffrey W. Robbins. Nueva York: Columbia UP.
- Carpenter, John 1978. *Halloween*. Estados Unidos: Compass International Pictures.
- 1988. *They Live*. Estados Unidos: Universal Pictures.
- Carrigan, Tim, Connell, Bob y Lee, John 1987 [1985]. "Toward a New Sociology of Masculinity". En Harry Brod (ed.), *The Making of Masculinities: The New Men's Studies*. Nueva York: Routledge, 63-100.
- 1987. "Hard and Heavy: Toward a New Sociology of Masculinity". En Michael Kaufman (ed.), *Beyond Patriarchy: Essays by Men on Pleasure, Power, and Change*. Toronto: Oxford UP, 139-192.
- Carroll, Bret E. (ed.) 2003. *American Masculinities: A Historical Encyclopedia*. Nueva York: The Moschovitis Group.
- Carroll, Noël 1990. *The Philosophy of Horror or Paradoxes of the Heart*. Nueva York: Routledge.
- Carroll, Peter N. 1990. *It Seemed Like Nothing Happened: America in the 1970s*. New Brunswick, NJ: Rutgers UP.
- Carter, Jimmy 1980. *Public Papers of the Presidents of the United States, Jimmy Carter, 1980-81*, Book 2. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- Castilla, Amelia 2006. "Bret Easton Ellis mezcla el terror y la memoria en su novela 'Lunar Park'". *El País*, 15 de marzo, 50.
- Cavell, Stanley 1979. *The World Viewed*. Cambridge, MA: Harvard UP.
- Chafe, William Henry 2003. *The Unfinished Journey: America since World War II*. Nueva York: Oxford UP.

- Chandler, Raymond 1944. "The Simple Art of Murder". *The Atlantic Monthly*, 174, 53-59.
- Chodorow, Nancy J. 1978. *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. Berkeley, CA: California UP.
- 1989. *Feminism and Psychoanalytic Theory*. New Haven, CT: Yale UP.
- 1998. "The Enemy Outside". *Journal for the Psychoanalysis of Culture and Society*, 3(1), 25-38.
- 1999 [1978]. *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. Berkeley, CA: California UP.
- Chopra-Gant, Mike 2006. *Hollywood Genres and Post-war America: Masculinity, Family and Nation in Popular Movies and Film Noir*. Londres y Nueva York: I. B. Tauris.
- Chossegut-Smirgel, Janine 1984. *Creativity and Perversion*. Nueva York: Norton.
- Cimino, Michael 1978. *The Deer Hunter*. Estados Unidos: Universal Pictures.
- Clare, Anthony 2002. *Hombres: La masculinidad en crisis*. Trad. Irene Cifuentes. Madrid: Taurus.
- Claridge, Laura y Langland, Elizabeth (eds.) 1990. *Out of Bonds: Male Writers and Gender(ed) Criticism*. Amherst: Massachusetts UP.
- Clatterbaugh, Kenneth C. 1997. *Contemporary Perspectives on Masculinity: Men, Women, and Politics in Modern Society*. Boulder, CO: Westview Press.
- 2000. "Review Essay: Literature of the U.S. Men's Movement". *Signs*, 25(3), 883-894.
- Clemente Fernández, María Dolores 2009. *El héroe del western: América vista por sí misma*. Madrid: Complutense Ediciones.
- Clover, Carol 1992. *Men, Women and Chainsaw: Gender in Modern Horror Film*. Londres: BFI.
- Cohan, Steve 1997. *Masked Men: Masculinity and the Movies in the Fifties*. Bloomington: Indiana UP.
- y Hark, Ina Rae 1993. "Introduction". En Steven Cohan and Ina Rae Hark (eds.), *Screening the Male: Exploring Masculinities in Hollywood Cinema*. Londres: Routledge, 1-8.
- Cohen, David 1996. "It's a Guy Thing". *The Guardian Weekend*, 26-30.

- Cohen, Roger 1991. "Bret Easton Ellis Answers Critics of 'American Psycho'". *The New York Times*. [Web]. Consultado el 21/10/15 y disponible en: <http://www.nytimes.com/1991/03/06/books/bret-easton-ellis-answers-critics-of-american-psycho.html>
- Coleman, Daniel 1994. "Hustling Status, Scamming Manhood: Race, Performance, and Masculinity in Austin Clark Fiction". *Masculinities: Interdisciplinary Studies on Gender*, Vol. 2(1), 74-88.
- 1998. *Masculine Migrations: Reading the Postcolonial Male in "New Canadian" Narratives*. Toronto: Toronto UP.
- Coleridge, Samuel Taylor 1975 [1817]. *Biographia Literaria; or, Biographical Sketches of My Life and Opinions*. Ed. George Watson. Nueva York: Dutton.
- Collin, Audrey 2001. "Human Resource Management in Context". En Ian Beardwell y Len Holden (eds.), *Human Resource Management: A Contemporary Approach*. Harlow: Prentice Hall, 32-63.
- Collinson, David L. y Hearn, Jeff 2005. "Men and Masculinities in Work, Organizations and Management". En Michael Kimmel, Jeff Hearn y Raewyn Connell (eds.), *Handbook of Studies on Men & Masculinities*. California: SAGE, 289-312.
- Coltrane, Scott 1997. *Family Man: Fatherhood, Housework, and Gender Equity*. Nueva York: Oxford UP.
- Columbus, Chris. 1993. *Mrs. Doubtfire*. Estados Unidos: Twentieth Century Fox.
- Connell, Robert / Raewyn W. 1983. *Which Way is Up? Essays on Sex, Class and Culture*. Sydney: George Allen & Unwin.
- 1987. *Gender and Power: Society, the Person, and Sexual Politics*. Stanford, CA: Stanford UP.
- 1992. "Drumming Up the Wrong Tree". *Tikkun*, 7, No. 1, 31-32.
- 1993. "The Big Picture: Masculinities in Recent World History". *Theory and Society*, 22 (5), 597-623.
- 1994. "Psychoanalysis on Masculinity". En Harry Brod y Michael Kaufman (eds.), *Theorizing Masculinities*. Thousand Oaks, CA: SAGE, 11-38.
- 1995. "Men at Bay: The Men's Movement and Its Newest Best-sellers". En Michael S. Kimmel (ed.), *The Politics of Manhood: Pro-feminist Men Respond to the*

- Mythopoetic Men's Movement (and the Mythopoetic Leaders Answer)*.
Filadelfia: Temple University Press, 75-88.
- 2005 [1995]. *Masculinities*. Cambridge: Polity Press.
- Cooper, Denis 1991. *Frisk*. Nueva York: Grove Press.
- Cooper, James Fenimore 1958 [1826]. *The Last of the Mohicans: A Narrative of 1757*.
Boston: Houghton Mifflin.
- Corber, Robert J. 1993. *In the Name of National Security: Hitchcock, Homophobia, and
the Political Construction of Gender in Postwar America*. Durham: Duke UP.
- Coreno, Annie 2011. "'American Psycho' at 20: Catching Up with Bret Easton Ellis".
Publishers Weekly. [Web]. Consultado el 20/10/15 y disponible en:
<http://www.publishersweekly.com/pw/by-topic/authors/interviews/article/47587-american-psycho-at-20-catching-up-with-bret-easton-ellis.html>
- Cornwall, Andrea y Lindisfarne, Nancy 1994. "Dislocating Masculinity: Gender, Power
and Anthropology". En Andrea Cornwall y Nancy Lindisfarne (eds.),
Dislocating Masculinity: Comparative Ethnographies. Londres y Nueva York:
Routledge, 11-47.
- Cose, Ellis 1993. "To the Victors, Few Spoils". *Newsweek*, March 29, 54.
- Cosmatos, George P. 1985. *Rambo: First Blood II*. Estados Unidos: Anabasis N.V.
- Coupland, Douglas 1991. *Generation X: Tales for an Accelerated Culture*. Nueva York:
St. Martin's Press.
- 1995. "Generation X'd". *Details*, 72.
- Cowie, Elizabeth 1997. *Representing the Women: Cinema and Psychoanalysis*.
Minneapolis: Minnesota UP.
- Craig, Steve 1992. "Considering Men and the Media". En Steve Craig (ed.), *Men,
Masculinity, and the Media*. Newbury Park: SAGE, 1-8.
- Creed, Barbara 1987. "From Here to Modernity: Feminism and Postmodernism".
Screen, 28(2), 47-67.
- Crenshaw, Kimberlé 1989. "Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black
Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and
Antiracial Politics". *The University of Chicago Legal Forum*, 140, 139-167.
- Crevecoeur, Hector St. Jean de 1981 [1782]. *Letters from an American Farmer and
Sketches of Eighteenth-Century America*. Nueva York: Penguin Classics.

- Cronenberg, David 1983. *Videodrome*. Estados Unidos: Canadian Film Development Corporation.
- Cushman, Jackie G. (ed.) 2010. *The Essential American: 25 Documents and Speeches Every American Should Own*. Washington, D.C.: Regnery.
- Dalleck, Robert 1999 [1984]. *Ronald Reagan: The Politics of Symbolism: With a New Preface*. Cambridge, MA: Harvard UP.
- Dasgupta, Ratula 2015. “*Fight Club* and *High Fidelity*: An Examination of Toxic Masculinity and Its Representation in Film and Literature”. [Web]. Consultado el 30/07/15 y disponible en: <http://www.athabascau.ca/courses/engl/591/essays/toxic1.html>
- De Quincey, Thomas 1827. “On Murder Considered as One of the Fine Arts”. *Blackwood's Magazine*.
- Degler, Carl N. et. al (eds.) 1986. *Historia de Estados Unidos*. Barcelona: Ariel.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix 1980. *Mille Plateaux. Capitalisme et schizophrénie II*. París: Éditions de Minuit.
- 1983. *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia*. Trad. Robert Hurley, Seem Mark y Helen R. Lane. Minneapolis: Minnesota UP.
- Dell, Floyd 1914. “Feminism for Men”. *The Masses*, 5(20), 19-20.
- Dellamora, Richard 1990. *Masculine Desire: The Sexual Politics of Victorian Aestheticism*. Chapel Hill, NC: North Carolina UP.
- Delloio, Peter J. 2005. “Filmic Space and Real Time in Alfred Hitchcock's *Rope*”. *Flickhead*. [Web]. Consultado el 10/10/15 y disponible en: <http://home.comcast.net/~flickhead/RopeOne.html>
- Demetrakis, Z. Demetriou 2001. “Connell's Concept of Hegemonic Masculinity: A Critique”. *Theory and Practice* 30(3), 337-361.
- Dentith, Simon 2000. *Parody*. Londres: Routledge.
- DePalma, Brian 1984. *Body Double*. Estados Unidos: Columbia Pictures.
- Derrida, Jacques 1978. *Writing and Difference*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Descartes, René 1998 [1637 y 1641]. *Discourse on Method and Meditations on First Philosophy*. Trad. Donald A. Crass. Indianapolis y Cambridge: Hackett Publishing.

- Dewey, Joseph 1999. *Novels from Reagan's America: A New Realism*. Gainesville: Florida UP.
- Diamond, Jed 2004. *The Irritable Mal Syndrome: Managing the Four Key Causes of Depression and Aggression*. Estados Unidos: Rodale.
- Dibbert, Joe 1974. "Progressivism and the Masculinity Crisis". *The Psychoanalytic Review*, 61(3), 443-455.
- Dilys, Hill M. y Williams, Phil 1990. "Introduction: The Reagan Presidency: Style and Substance". En Hill M. Dilys, Raymond A. Moore y Phil Williams (eds.), *The Reagan Presidency: An Incomplete Revolution*. Londres: Macmillan in association with the Centre for International Policy Studies, University of Southampton.
- DiPiero, Thomas 2002. *White Men Aren't*. Durham, NC: Duke UP.
- Dobratz, Betty A. y Shanks-Meile, Stephanie L. 2001. *The White Separatist Movement in the United States*. Baltimore: Johns Hopkins UP.
- Dod, John y Cleaver, Robert 1630 [1603]. *A Godly Forme of Householde Gouvernment*. Londres: Eliot's Court Press.
- Dollimore, Jonathan 1991. *Sexual Dissidence: Augustine to Wilde, Freud to Foucault*. Oxford: Clarendon Press.
- Donaldson, Mike 1993. "What is Hegemonic Masculinity?" *Theory & Society*, 22(5), 643-657.
- Donner, Richard 1978. *Superman*. Estados Unidos: Warner Bros.
- Dostoyevski, Fyodor 2000. *Apuntes del subsuelo*. Trad. Juan López-Morillas. Madrid: Alianza Editorial.
- 2005 [1846]. *El doble: poema de Petersburgo*. Trad. Juan López-Morillas. Madrid: Alianza Editorial.
- Dowling, Bary 1997. "Why Men are the Marrying Kind." *The Sunday Age Agenda*: Review of Don Edgar, *Men, Mateship and Marriage*, octubre, 9.
- Doyle, Laura 2001. *The Surrendered Wife: A Practical Guide for Finding Intimacy, Passion, and Peace with Your Man*. Old Tappan, NJ: Fireside Books.
- Duczek, Stefanie 1988. "Gender". En David Hicks (ed.), *Education for Peace: Issues, Principles, and Practice in the Classroom*. Londres y Nueva York: Routledge, 168-182.

- Dufresne, Martin 1996. *Limits and Risks of 'Programs' for Wife Batterers*. Montreal: Montreal Men Against Sexism.
- Durnat, Raymond 1978. *The Strange Case of Alfred Hitchcock or the Plain Man's Hitchcock*. Londres: Faber.
- Duwe, Grant 2004. "The Patterns and Prevalence of Mass Murder in Twentieth-century America". *Justice Quarterly*, 21, 729-761.
- Dworkin, Andrea 1981. *Pornography: Men Possessing Women*. Londres: The Women's Press.
- Dyer, Richard 1999. *Stars*. Londres: British Film Institute.
- Eagleton, Terry 1976. *Criticism and Ideology*. Londres: New Left Books.
- 1981. *Walter Benjamin or Towards a Revolutionary Criticism*. Londres: New Left Books.
- 1991. *Ideology: An Introduction*. Londres y Nueva York: Verso.
- 1996. *The Illusions of Postmodernism*. Cambridge, MA: Blackwell Publishers.
- 2011 [1983]. *Literary Theory: An Introduction*. Oxford: Blackwell.
- Eastwood, Clint 2006. *Flags of Our Fathers*. Estados Unidos: Dreamworks.
- Edwards, Tim 2004. "Queering the Pitch? Gay Masculinities". En Michael S. Kimmel, Jeff, R. W. Connell (eds.), *Handbook of Studies on Men and Masculinities*. Thousand Oaks: SAGE, 51-68.
- 2006. *Cultures of Masculinity*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Egerton, George 1932. "A Keynote to Keynotes". En John Gawsorth (ed.), *Ten Contemporaries: Notes Towards Their Definitive Bibliography*. Londres: Ernest Benn Ltd., 59-60.
- Ehrenreich, Barbara 1990 [1984]. "A Feminist View of the New Man". *New York Times Magazine*, May 20, 36-48.
- 2001. "Veiled Threat". *Los Angeles Times*, November.
- 2004. "The Mystery of Misogyny". En Laura Flanders (ed.), *The W Effect: Bush's War on Women*. Nueva York: Feminist, 268-271.
- Eisenstein, Zillah R. 1979. *The Radical Future of Liberal Feminism*. Nueva York: Longman.
- Elias, Norbert 2000 [1939]. *The Civilizing Process: Sociogenetic and Psychogenetic Investigations*. Trad. Edmund Jephcott. Oxford: Blackwell.

- Ellis, Bret Easton 1985. *Less Than Zero*. Nueva York: Simon and Schuster.
- 1987. *The Rules of Attraction*. Nueva York: Simon and Schuster.
- 1991. *American Psycho*. Nueva York: Vintage.
- 2005. *Lunar Park*. Londres: Picador.
- Emerson, Ralph Waldo 1883. *The Works of Ralph Waldo Emerson: Lectures and Biographical Sketches*. Boston: Houghton Mifflin.
- Emig, Rainer 2000. "Queering the Straights: Straightening Queers: Commodified Sexualities and Hegemonic Masculinity". En Russell West y Frank Lay (eds.), *Subverting Masculinity: Hegemonic and Alternate Versions of Masculinity in Contemporary Culture*. Ámsterdam y Atlanta, GA: Rodopi, 207-246.
- España, Ramón de. 1987. "El escombros adolescente". *Babelia*, 15 de enero, Sec. Libro 3.
- Evans, Tony y Wallace, Patti 2008. "A Prison within a Prison? The Masculinity Narratives of Male Prisoners". *Men and Masculinities*, 10(4), 484-507.
- Faludi, Susan 1991. *Backlash: The Undeclared War against American Women*. Nueva York: Crown.
- 1999. *Stiffed: The Betrayal of the American Man*. Nueva York: William Morrow and Company.
- Fanon, Frantz 1967. *Black Skin, White Masks*. Trad. Charles Lam Markmann. Nueva York: Grove Press.
- Farrell, Warren 1974. *The Liberated Man*. Nueva York: Random House.
- 1993. *The Myth of Male Power: Why Men Are the Disposable Sex*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Fasteau, Marc Feigan 1975. *The Male Machine*. Nueva York: Dell.
- Fausto-Sterling, Anne 1993. "The Five Sexes: Why Male and Female Are Not Enough". *The Sciences*, 33, 20-25.
- Ferry, Peter 2015. *Masculinity in Contemporary New York Fiction*. Nueva York: Routledge.
- Fiedler, Leslie A. 1960. *Love and Death in the American Novel*. Nueva York: Dell Publishing.
- Firestone, Shulamith 1970. *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution*. Nueva York: William Morrow.

- Fiske, John 1994. *Media Matters: Everyday Culture and Political Change*. Minneapolis: Minnesota UP.
- Flax, Jane 1986. "Gender as a Problem: In and For Feminist Theory". *Amerikastudien/American Studies*, 31, 193-213.
- Flood, Michael 1996a. *The Men's Bibliography: A Comprehensive Bibliography of Writing on Men, Masculinities and Sexualities*.
- 1996b "Anti-male (Nor XY, nor Pro-feminist Men's Politics, Are Anti-male)". *XY Magazine*, 6(2). [Web]. Consultado el 08/07/15 y disponible en: <http://www.chebucto.ns.ca/CommunitySupport/Men4Change/not.html>
- 2002 [1997]. "Frequently Asked Questions about Pro-feminist Men and Pro-feminist Men's Politics". *XY: Men, Masculinities and Gender Politics*. [Web]. Consultado el 04/08/15 y disponible en: <http://xyonline.net/content/frequently-asked-questions-about-pro-feminist-men-and-pro-feminist-mens-politics>
- Footlick, Jerrold K. 1990. "What Happened to the Family?" *Newsweek Special Edition*, Winter/Spring, 14-34.
- Ford, John 1939. *The Stagecoach*. Estados Unidos: Walter Wanger.
- 1956. *The Searches*. Estados Unidos: Warner Bros.
- 1962. *The Man Who Shot Liberty Valance*. Estados Unidos: Paramount Pictures.
- Formaini, Heather 1990. *Men: The Darker Continent*. Londres: Heinemann.
- Foucault, Michel 1966. *Le mots et les choses*. París: Gallimard.
- 1980. *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings*. Trad. Colin Gordon. Nueva York: Pantheon.
- 1987. *The Use of Pleasure: The History of Sexuality*. Vol 2. Trad. Robert Hurley. Londres: Penguin.
- 1990 [1976]. *The History of Sexuality: An Introduction*. Vol 1. Trad. Robert Hurley. Nueva York: Vintage Books.
- 1988 [1980]. "Power, Moral Values, and the Intellectual. An Interview with Michel Foucault by Michael Bess", *History of the Present*, 4, Spring.
- Fouque, Antoinette 2008. *Hay Dos Sexos*. Méjico: Siglo XXI.
- Fox, James A. y Levin, Jack 2012. *Extreme Killing: Understanding Serial and Mass Murder*. Thousand Oaks, CA: SAGE.
- Fraker, William A. 1970. *Monte Walsh*. Estados Unidos: Cinema Center Films.

- Franklin II, Clyde W. 2012. *The Changing Definition of Masculinity*. Nueva York: Plenum Press.
- Franklin, Clyde W. 1988. *Men and Society*. Chicago: Nelson-Hall.
- Franz, Marie-Louise von 1981. *Puer Aeternus*. Boston, MA: Sigo Press.
- Fraser, Sylvia 1992. *The Book of Strange*. Toronto: Doubleday.
- Freedman, Estelle B. 2006. *Feminism, Sexuality, and Politics: Essays by Estelle B. Freedman*. Chapel Hill: North Carolina UP.
- Freud, Sigmund 1961 [1923]. "The Ego and the Id". En James Strachey (trad. y ed.), *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*. Londres: Hogarth, 3-66.
- 1975 [1962]. *Three Essays on the Theory of Sexuality*. Trad. James Strachey. Nueva York: Basic Books.
- 1991. *Introductory Lectures on Psychoanalysis*. Trad. James Strachey. Londres: Penguin.
- Frost, Robert 2002. *Robert Frost's Poems*. Nueva York: St. Martin's.
- Frye, Northrop 1982. *The Great Code: The Bible and Literature*. San Diego: Harvest Book.
- Gallop, Jane 1982. *The Daughter's Seduction: Feminism and Psychoanalysis*. Londres: Macmillan.
- 1990. *Thinking through the Body*. Nueva York: Columbia UP.
- Galtung, Johan 2003. *Paz por medios pacíficos: paz y conflicto, desarrollo y civilización*. Trad. Teresa Toda Iglesia. Bilbao: Gernika Gogoratuz.
- Garavaglia, Jan 2008. *How Not to Die: Surprising Lessons on Living Longer, Safer, and Healthier*. Nueva York: Crown Publishers.
- García Landa, José Ángel 1996. "Gender, I-deology and Addictive Representation: The Film of Familiarity". En Chantal Cornut-Gentile, D'Arcy y José Ángel García Landa (eds.), *Gender, I-deology Essays on Theory, Film and Fiction*. Ámsterdam y Atlanta, GA: Rodopi, 13-54.
- Gardiner, Kegan J. 2002. "Introduction". En J. Kegan Gardiner (ed.), *Masculinity Studies and Feminist Theory*. Nueva York: Columbia UP, 1-29.
- Gary, Lawrence E. 1987. "Predicting Interpersonal Conflict between Men and Women: The Case of Black Men". En Michael S. Kimmel (ed.), *Changing Men: New*

- Directions in Research on Men and Masculinity*. Newbury Park: SAGE, 232-243.
- Garzon, Mark 1982. *A Choice of Heroes: The Changing Faces of American Manhood*. Boston: Houghton Mifflin Co.
- Gates, David 1993. "White Male Paranoia". *Newsweek*, March.
- Gelernter, David 1999. "Why Mothers Should Stay Home". *Commentary*, February, 25-28.
- Genette, Gérard 1972. "Frontières du récit". *Communications*. N° 8. París: Seuil.
- Geyh, Paula, Leebron, Fred. G y Levy Andrew (eds.) 1998. "Introduction". *Postmodern American Fiction: A Norton Anthology*. Nueva York: W. W. Norton, ix-xxx.
- Giddens, Anthony 1991. *Modernity and Self-Identity: Self and Society in the Late Modern Age*. Stanford, CA: Stanford UP.
- 1992. *The Transformation of Intimacy: Sexuality, Love and, Eroticism in Modern Societies*. Stanford, CA: Stanford UP.
- 1995. *Politics, Sociology and Social Theory: Encounters with Classical and Contemporary Social Thought*. Cambridge: Polity Press.
- Gilbert, Sandra M. y Gubar, Susan 1979. *Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination*. New Haven, CT., y Londres: Yale UP.
- Gilder, George 1973. *Sexual Suicide*. Nueva York: Quadrangle Books.
- Gillabert, Emile, Bourgeois, Pierre y Haas, Yves 1985. "L'Évangile selon Thomas". *Dervy Livres Paris*. [Web]. Consultado el 30/07/15 y disponible en: <http://home.scarlet.be/yogaraaphael/PDF/evangile%20de%20Thomas.pdf>
- Gilligan, Carol 1982. *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*. Cambridge, MA: Harvard UP.
- Gilligan, James 1996. *Violence: Our Deadly Epidemic and Its Causes*. Nueva York: Grosset/Putnam.
- 1997. *Violence: Reflections on a National Epidemic*. Nueva York: Vintage Books-
- Gilmore, David D. 1990. *Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity*. New Haven y Londres: Yale UP.
- Giroux, Henry A. 1999. *The Mouse that Roared: Disney and the End of Innocence*. Lanham, MD: Rowman and Littlefield.

- Glicksberg, Charles I. 1971. *The Sexual Revolution in Modern American literature*. La Haya: Martinus Nijhoff.
- Goethe, Johann Wolfgang 1982. *Goethes Werke, Hamburger Ausgabe*. Vol. XIII. Munich: C. H. Beck.
- Goffman, Erving 1963. *Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Goldberg, Herb 2000 [1976]. *The Hazards of Being Male: Surviving the Myth of Masculine Privilege*. Nueva York: Nash.
- Goldberg, Steven 1975. *The Inevitability of Patriarchy*. Nueva York: William Morrow & Co.
- 1986. "Reaffirming the Obvious". *Society*, 23, 4-7.
- Goldner, Virginia, Penn, Peggy, Sheinberg, Marcia y Walker, Gillian 2013 [1997]. "Love and Violence: Gender Paradoxes in Volatile Attachments". En Mary M. Gergen y Sara N. Davis (eds.), *Toward a New Psychology of Gender: A Reader*. Nueva York: Routledge, 575-604.
- Gough, Brendan y Robertson, Steve 2009. "Introduction". En Brendan Gough y Steve Robertson (eds.), *Men, Masculinities and Health: Critical Perspectives*. Basingstoke: Palgrave, 1-7.
- Gould, Robert E. 1984 "Measuring Masculinity by the Size of a Paycheck". *Ms.*, 18FF.
- Goulian, Jon-Jon 2012. "Bret Easton Ellis, The Art of Fiction No. 216". *The Paris Review*. [Web]. Consultado el 30/07/14 y disponible en: <http://www.theparisreview.org/interviews/6127/the-art-of-fiction-no-216-bret-easton-ellis>
- Grace, Nancy McCampbell 1995. *The Feminized Male Character in Twentieth-Century Literature*. Lewiston: Edwin Meller Press.
- Gray, John 1992. *Men Are from Mars, Women Are from Venus*. Nueva York: HarperCollins.
- Green, Martin 1984. *The Great American Adventure*. Boston: Beacon Press.
- Greenblatt, Stephen 1980. *Renaissance Self-Fashioning from More to Shakespeare*. Chicago: Chicago UP.
- 2007 [1990]. *Learning to Curse: Essays in Early Modern Culture*. Londres: Harvard UP.

- Greenslade, William 1994. *Degeneration, Culture, and the Novel, 1880-1940*. Cambridge: Cambridge UP.
- Greer, Germaine 1999. *The Whole Woman*. Londres: Doubleday.
- Greven David 2012. "Making a Meal of Manhood: Revisiting Rope and the Question of Hitchcock's Homophobia". *Genders OnLine Journal*, 56, Fall.
- 2013. *Psycho-Sexual: Male Desire in Hitchcock, De Palma, Scorsese, and Friedkin*. Austin: Texas UP.
- Grim, Patrick 1996. "Sex and Social Roles: How to Deal with the Data". En Larry May, Robert Strikwerda y Patrick D. Hopkins (eds.), *Rethinking Masculinity: Philosophical Explorations in Light of Feminism*. Lahman, MD: Rowman & Littlefield, 3-20.
- Grimm, Jakob y Grimm, Wilhelm 1946. *Grimms Märchen*. Zurich: Manesse Verlag.
- Gross, Alan E., Smith, Ronald y Wallston, Barbara Strudler 1983. "The Men's Movement: Personal versus Political". En J. Freeman (ed.), *Social Movements of the Sixties and Seventies*. Nueva York: Longman, 71-81.
- Grosz, Elizabeth 1994. *Volatile Bodies: Toward a Corporeal Feminism*. Bloomington y Indianapolis: Indiana UP.
- Gutterman, David S. 1994. "Postmodernism and the Interrogation of Masculinity". En Harry Brod y Michael Kaufman (eds.), *Research on Men and Masculinities Series: Theorizing Masculinities*. Thousand Oaks, CA: SAGE, 219-239.
- Habegger, Alfred 1982. *Gender, Fantasy and Realism in American Literature*. Nueva York: Columbia UP.
- Halberstam, Judith 1998. *Female Masculinity*. Durham: Duke UP.
- Hamilton, Patrick 1929. *Rope's End*. Londres: Constable.
- Hanisch, Carol 1970. "The Personal Is Political". En Shulamith Firestone y Anne Koedt (eds.), *Notes from the Second Year*. Nueva York: Radical Feminism, 76-78.
- 1978. "Men's Liberation". En Kathie Sarachild (ed.), *Feminist Revolution—An Abridged Edition with Additional Writings*. Nueva York: Random House,
- Haraway, Donna J. 1984. "Manifiesto para cyborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX". En *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Trad. Manuel Talens. Madrid: Cátedra, 251-311.

- 1986. "Primatology is Politics by Other Means: Women's Place Is in the Jungle". En Ruth Bleier (ed.), *Feminist Approaches to Science*. Nueva York: Pergamon, 77-118.
- Hare-Mustin, Rachel T. 2013 [1997]. "Discourse in the Mirrored Room: A Postmodern Analysis of Therapy". En Mary M. Gergen y Sara N. Davis (eds.), *Toward a New Psychology of Gender: A Reader*. Nueva York: Routledge, 553-574.
- Harman, Tom 2011. "The Crisis of Masculinity as Deleuzian Event". *Culture, Society & Masculinities*, 3(1), 26-39.
- Harper, Shaun R. y Harris III, Frank (eds.), 2010. *College Men and Masculinities: Theory, Research, and Implications for Practice*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Harris Interactive 2006. "Over Thirty Million Adults Claim to Be Victims of Domestic Violence". *Newswire Association LLC*. [Web]. Consultado el 26/10/15 y disponible en: <http://www.ncdsv.org/images/Over33MillionAdultsClaimtobeVictimDV.pdf>
- Harrison, James 1978. "Warning: The Male Sex Role May Be Damaging to Your Health". *Journal of Social Issues*, 34, 65-86.
- 1995. "Roles, Identities, and Sexual Orientation: Homosexuality, Heterosexuality, and Bisexuality". En Ronald F. Levant y William S. Pollack (eds.), *A New Psychology of Men*. Nueva York: Basic Books, 359-382.
- Harron, Mary 2000. "FILM; The Risky Territory Of 'American Psycho'". *The New York Times*. [Web]. Consultado el 01/10/14 y disponible en: <http://www.nytimes.com/2000/04/09/movies/film-the-risky-territory-of-american-psycho.html>
- 2000. *American Psycho*. Estados Unidos: Am Psycho Productions.
- Harter, Deborah A. 1996. *Bodies in Pieces: Fantastic Narrative and the Poetics of the Fragment*. Stanford, CA: Stanford UP.
- Hassan, Ihab 1993. "Toward a Concept of Postmodernism". *Postmodernism: A Reader*. Ed. Thomas Docherty. Nueva York: Harvester Wheatsheaf, 146-156.
- Hearn, Jeff 1999. "A Crisis in Masculinity, or New Agendas for Men?". *Cromenet*. [Web]. Consultado el 30/07/15 y disponible en: [http://www.cromenet.org/crome/crome.nsf/resources/75095872feac8d90c2256b84004161f7/\\$file/32en_mas.htm](http://www.cromenet.org/crome/crome.nsf/resources/75095872feac8d90c2256b84004161f7/$file/32en_mas.htm)

- Heise, Thomas 2011. "American Psycho: Neoliberal Fantasies and the Death of Downtown". *The Arizona Quarterly*, Vol. 67(1), Spring, 135-160.
- Hemingway, Ernest 1932. *Death in the Afternoon*. Nueva York: Charles Scribner's Son.
- Herbrechter, Stefan 2000. "From *Trainspotting* to *Filth*—Masculinity and Cultural Politics in Irvine Welsh's Writings". En Russell West y Frank Lay (eds.), *Subverting Masculinity: Hegemonic and Alternate Versions of Masculinity in Contemporary Culture*. Ámsterdam y Atlanta, GA: Rodopi, 109-127.
- Herek, Gregory M. 1987. "On Heterosexual Masculinity: Some Psychical Consequences of the Social Construction of Gender and Sexuality". En Michael S. Kimmel (ed.), *Changing Men: New Directions in Research on Men and Masculinity*. Newbury Park: SAGE, 68-82.
- Hilton, Phil s. f. "The Bret Easton Ellis Interview". *ShortList.com*. [Web]. Consultado el 01/10/15 y disponible en: <http://www.shortlist.com/entertainment/the-bret-easton-ellis-interview>
- Hitchcock, Alfred J. 1929. *Blackmail*. Reino Unido: British International Pictures.
- 1948. *Rope*. Estados Unidos: Warner Bros.
- 1958. *Vertigo*. Estados Unidos: Alfred H. Hitchcock Productions.
- 1960. *Psycho*. Estados Unidos: Shamley Productions.
- 1963. *The Birds*. Estados Unidos: Alfred H. Hitchcock Productions.
- Hite, Shere 2011. *The Shere Hite Reader: New and Selected Writings on Sex, Globalization, and Private Life*. Nueva York: Seven Stories Press.
- Hoberman, J. 1995. "Victim Victorious: Well-Fed Yuppie Michael Douglas Leads the Charge for Resentful White Men". *Village Voice*, 7, 31-33.
- Hofstadter, Richard 1948. *The American Political Tradition: And the Men Who Made It*. Nueva York: A. Knopf.
- Hogan, Eleanor 2000. "'Manhood', 'Boyhood' and Reading the Melbourne Weekend Papers: The My(th)op(oet)ic Consumption of Family Life". En Russell West y Frank Lay (eds.), *Subverting Masculinity: Hegemonic and Alternative Versions of Masculinity in Contemporary Culture*. Ámsterdam y Atlanta, GA: Rodopi, 189-206.

- Hondagneu-Sotelo, Pierrette y Messner, Michael A. 2013. "Gender Displays and Men's Power: The 'New Man'". En Mary M. Gergen y Sara N. Davis (eds.), *Toward a New Psychology of Gender*. Nueva York: Routledge, 503-520.
- hooks, bell 1981. *Ain't I a Woman?: Black Women and Feminism*. Boston, MA: South End Press.
- 1984. "Black Women: Shaping Feminist Theory". En *Feminist Theory: From Margin to Center*. Boston, MA: South End Press, 1-15.
- 2014. *Black Looks: Race and Representation*. Boston, MA: South End.
- Hopper, Dennis 1969. *Easy Rider*. Estados Unidos: Columbia Pictures.
- Horowitz, Gad y Kaufman, Michael 1987. "Male Sexuality: Toward a Theory of Liberation". En Michael Kaufman (ed.), *Beyond Patriarchy: Essays by Men on Pleasure, Power, and Change*. Toronto: Oxford UP, 81-102.
- Horrocks, Chris 2012. *Introducing Baudrillard: A Graphic Guide*. Londres: Icon Books.
- Horrocks, Roger 1994. *Masculinity in Crisis: Myths, Fantasies and Realities*. Nueva York: St. Martin's Press.
- 1995. *Male Myths and Icons: Masculinity in Popular Culture*. Basingstoke: Macmillan.
- Howard, Michael y Louis, Roger W. (eds.) 1999. *Historia Oxford del siglo XX*. Trad. Cristina Pagès y Víctor Alba. Barcelona: Planeta.
- Howell, Signe y Willis, Roy (eds.) 1989. *Societies at Peace: Anthropological Perspectives*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Humm, Maggie 1986. "Feminist Literary Criticism in America and England". En Moira Monteith (ed.), *Women's Writing: A Challenge to Theory*. Brighton: Harvester.
- Hutcheon, Linda 1989. *The Politics of Postmodernism*. Londres: Methuen.
- Iannone, Carol 1991. "PC & the Ellis Affair". *Commentary* 92(1), 52.
- Inckle, Kay 2014. "Strong and Silent: Men, Masculinity, and Self-injury". *Men and Masculinities* 17(1), 3-21.
- Isaksen, Judy L. 2011. "'Word Up': Hip Hoppers' Smart Pose Outwits Masculine Scripts". En Annette Wannamaker (ed.), *Mediated Boyhoods: Boys, Teens, and Young Men in Popular Media and Culture*. Nueva York, Peter Lang, 145-164.
- Isenberg, Sheila 2000. *Women Who Love Men Who Kill*. iUniverse.

- Jackson, Bill 1991. "American Psycho More than It Seems". *The Tech*, Tuesday, 9th April, 4.
- Jakobson, Roman 1959. "On Linguistic Aspects of Translation". En Reuben A. Brower (ed.), *On Translation*. Cambridge, MA: Harvard UP, 132-139.
- Jameson, Fredric 1984. "Postmodernism, or, the Cultural Logic of Late Capitalism". *The New Left Review* 146, 53-92.
- 1991. *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Londres: Verso.
- 2006. "Foreword". En Victor E. Taylor y Gregg Lambert (eds.), *Jean François Lyotard: Politics and History of Philosophy*. Londres: Routledge, 234-246.
- Jeffords, Susan 1989. *The Remasculinization of America. Gender and the Vietnam War*. Bloomington: Indiana UP.
- 1993. "The Big Switch: Hollywood Masculinity in the Nineties". En Jim Collins, Hilary Radner y Ava Preacher Collins (eds.), *Film Theory Goes to the Movies*. Nueva York y Londres: Routledge, 196-208.
- 1994. *Hard Bodies: Hollywood Masculinity in the Reagan Era*. New Brunswick, NJ: Rutgers UP.
- Jenkins, Philip 2005. *Breve Historia de los Estados Unidos*. Trad. Guillermo Villaverde. Madrid: Alianza.
- 2009 [1994]. *Using Murder: The Social Construction of Serial Homicide*. New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.
- Johnson, Michael P. 1995. "Patriarchal Terrorism and Common Couple Violence: Two Forms of Violence against Women". *Journal of Marriage and the Family* 57, 283-294.
- Jordan, Winthrop 1968. *White Over Black*. Baltimore: Penguin Books.
- Jung, Carl 1912. "America Facing Its Most Tragic Moment". *New York Times*, 19 de septiembre.
- 1966 [1929]. *The Collected Works of C. G. Jung: Two Essays on Analytical Psychology*. Trans. R. F. C Hull. Nueva York: Pantheon Books.
- 1969 [1958]. *Psychology and Religion: West and East*. Trad. R. F. C. Hull. Nueva York: Princeton UP.
- 1978. *The Collected Works of C. G. Jung: Civilization in Transition*. Vol. 10. Princeton: Princeton UP.

- Kakutani, Michiko 1985. "Less Than Zero". *New York Times* 8.
- Kammer, Jack 1992. "'Male' Is Not a Four Letter Word". *Wingspan, Inside the Men's Movement*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Katz, Jackson 2006. *Macho Paradox: Why Some Men Hurt Women and How All Men Can Help*. Naperville, IL: Sourcebooks.
- Kaufman, Michael 1987. "Beyond Patriarchy: Essays of Power". En Harry Brod y Michael Kaufman (ed.), *Theorizing Masculinities*. Londres: SAGE, 142-164.
- 1993. *Cracking the Armour: Power, Pain and the Lives of Men*. Toronto: Viking.
- 1999. "Men, Feminism and Men's Contradictory Experiences of Power". En J. A. Kuypers (ed.), *Men and Power*. Amherst, Nueva York: Prometheus Books, 75-103.
- Kawin, Bruce 2003. "Children of the Light". En Barry Keith Grant (ed.), *Film Genre Reader III*. Austin: Texas UP, 324-345.
- Keen, Sam 1991. *Fire in the Belly: On Being a Man*. Nueva York: Bantam Books.
- Kekki, Lasse 2003. *From Gay to Queer: Gay Male Identity in Selected Fiction by David Leavitt and in Tony Kushner's Play 'Angels in America I-II'*. Berlín: Peter Lang.
- Kesey, Ken 1962. *One Flew over the Cuckoo's Nest*. Nueva York: Viking Press.
- Kilmartin, Christopher 2007. *The Masculine Self*. Cornwall-on-Hudson: Sloan Publishing.
- Kimball, Donald 1987. "The Construction of Masculinity and the Triad of Men's Violence". En Michael Kaufman (ed.), *Beyond Patriarchy: Essays by Men on Pleasure, Power and Change*. Toronto: Oxford UP, 1-29.
- Kimbrell, Andrew 1995. *The Masculine Mystique: The Politics of Masculinity*. Nueva York: Ballantine Books.
- Kimmel, Michael S. 1987a. "Rethinking 'Masculinity': New Directions in Research". En Michael S. Kimmel (ed.), *Changing Men: New Directions in Research on Men and Masculinity*. Newbury Park: SAGE, 9-24.
- 1987b. "The Cult of Masculinity: American Social Character and the Legacy of the Cowboy". En Michael Kaufman (ed.), *Beyond Patriarchy: Essays by Men on Pleasure, Power, and Change*. Toronto: Oxford UP, 235-249.

- 1987c. "Teaching a Course on Men: *Masculinist Reaction or 'Gentlemen's Auxiliary'?*". En Michael S. Kimmel (ed.), *Changing Men: New Directions in Research on Men and Masculinity*. Newbury Park: SAGE, 278-294.
- 1987d. "The Contemporary 'Crisis' of Masculinity in Historical Perspective". En Harry Brod (ed.), *The Making of Masculinities: The New Men's Studies*. Boston, MA: Allen & Unwin, 121-154.
- 1993. "Invisible Masculinity". *Society* 30(6), 28-35.
- 1994. "Masculinity as Homophobia: Fear, Shame, and Silence in the Construction of Gender Identity". En Harry Brod y Michael Kaufman (eds.), *Theorizing Masculinities: Research on Men and Masculinities*. Nueva York: SAGE, 119-141.
- 1996. *Manhood in America: A Cultural History*. Nueva York: Free Press.
- 1998. "The Struggle for Men's Souls". En Michael S. Kimmel y Michael A. Messner (eds.), *Men's Lives*. Boston, MA: Allyn and Bacon, 592-594.
- 2001. "Gender Equality: Not for Women Only". *Europrofen*. [Web]. Consultado el 30/07/14 y disponible en: http://www.europrofem.org/audio/ep_kimmel/kimmel.htm
- 2007. *The Gendered Society*. Nueva York: Oxford UP.
- 2008. *Guyland: The Perilous World Where Boys Become Men*. Nueva York: Harper Collins.
- 2012a. *The History of Men: Essays on the History of American and British Masculinities*. Albany: State University of New York Press.
- 2012b. *The Gender of Desire: Essays on Male Sexuality*. Albany: State University of New York Press.
- 2015. "Globalization and Its (Mal)contents: The Gendered Moral and Political Economy of Terrorism". En Margaret L. Andersen y Patricia Hill Collins (eds.), *Race, Class & Gender: An Anthology*. Belmont, CA: Wadsworth, 485-493.
- y Aronson, Amy (eds.) 2004. *Men & Masculinities: A Social, Cultural, and Historical Encyclopedia*. Santa Barbara, CA: ABC Clio.
- y Hearn, Jeff y Connell, Robert W. (eds.) 2004. *Handbook of Studies on Men and Masculinities*. Thousand Oaks, CA: SAGE.

- y Kaufman, Michael 1994. "Weekend Warriors: The New Men's Movement". En Harry Brod y Michael Kaufman (eds.), *Theorizing Masculinities: Research on Men and Masculinities*. Nueva York: SAGE, 259-288.
- y Messner, Michael A. (eds.) 2007. *Men's Lives*. Boston, MA: Allyn and Bacon.
- y Davis, Tracy 2011. "Mapping Guyland in College". En Jason A. Laker y Tracy Davis (eds.), *Masculinities in Higher Education: Theoretical and Practical Considerations*. Nueva York: Routledge, 3-15.
- Kitses, Jim 1969. *Horizons West: Anthony Mann, Budd Boetticher, Sam Peckinpah—Studies of Authorship within the Western*. Bloomington: Indiana UP.
- Klein, Joshua 1999. "Bret Easton Ellis". *A.V. Club*. [Web]. Consultado el 11/10/15 y disponible en: <http://www.avclub.com/article/bret-easton-ellis-13586>
- Klinkowtiz, Jerome 1986. *The New American Novel of Manners: The Fiction of Richard Yates, Dan Wakefield, and Thomas McGuane*. Athens: Georgia UP.
- Knights, Ben 1999. *Writing Masculinities: Male Narratives in Twentieth-Century Fiction*. Londres: Macmillan Press.
- Kotcheff, Ted 1982. *First Blood*. Estados Unidos: Anabasis N.V.
- Kovel, Joel 1981. *The Age of Desire: Reflections of a Radical Psychoanalyst*. Nueva York: Pantheon Books.
- Kracauer, Siegfried 1947. *From Caligary to Hitler: A Psychological History of German Film*. Princeton, NJ: Princeton UP.
- Krimmer, Elisabeth 2000. "Nobody Wants to Be A Man Anymore? Cross-Dressing in American Movies of the 90's". En Russell West y Frank Lay (eds.), *Subverting Masculinity: Hegemonic and Alternative Versions of Masculinity in Contemporary Culture*. Ámsterdam y Atlanta, GA: Rodopi, 29-43.
- Kristeva, Julia 1982. *Powers of Horror: An essay on Abjection*. Trad. Leon S. Roudiez. Nueva York: Columbia UP.
- Kupers, Terry A. 1993. *Revisioning Men's Lives: Gender, Intimacy, and Power*. Nueva York y Londres: The Guilford Press.
- La Berge, Leigh Clare 2010. "The Men Who Make the Killings: American Psycho, Financial Masculinity, and 1980s Financial Print Culture". *Studies in American Fiction*, Vol. 37 (2), Fall, 273-296.

- Laker, Jason A. y Davis, Tracy 2011. *Masculinities in Higher Education: Theoretical and Practical Considerations*. Nueva York: Routledge.
- Lancaster, Roger N. y Di Leonardo, Micaela (eds.) 1997. *The Gender/Sexuality Reader: Culture, History, Political Economy*. Nueva York: Routledge.
- Laqueur, Thomas 1990. *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*. Cambridge, MA: Harvard UP.
- Lasch, Christopher 1977. *Haven in a Heartless World: The Family Besieged*. Nueva York: Basic Books.
- 1984. *The Minimal Self: Psychic Survival in Troubled Times*. Nueva York: Norton.
- 1991 [1979]. *The Culture of Narcissism: American Life in an Age of Diminishing Expectations*. Nueva York: W. W. Norton and Company.
- Laurence, Alexander 1995. "The Write Stuff: Interview with Dennis Cooper". [Web]. Consultado el 25/10/14 y disponible en: <http://www.altx.com/int2/dennis.cooper.html>
- Lee, John H. 1991. *At My Father's Wedding: Reclaiming Our True Masculinity*. Nueva York: Bantam Books.
- Lee, Romeo B., David, Fely y Naraval, Camilo 2000. *Filipino Men and Domestic Violence*. Manila: Social Development Research Center.
- Lee, Spike 1996. *Get on the Bus*. Estados Unidos: Columbia Pictures.
- Lehman, Peter 1993. *Running Sacred: Masculinity and the Representation of the Male Body*. Filadelfia: Temple UP.
- Lehne, Gregory 1976. "Homophobia among Men". En D. David y R. Brannon (eds.), *The Forty-nine Percent Majority: The Male Sex Role*. Reading, MA: Addison-Wesley, 66-88.
- Lentricchia, Frank y McAuliffe, Jody 2003. *Crimes of Art and Terror*. Chicago: Chicago UP.
- Lerner, Gerda 1986. *The Creation of Patriarchy*, Vol. 1: *Women and History*. Nueva York y Oxford: Oxford UP.
- Leverenz, David 1989. *Manhood and the American Renaissance*. Ithaca, NY: Cornell UP.
- 1991. "The Last Real Man in America: From Natty Bumppo to Batman". *American Literary Review* 3/4, 753-781.

- 1994. "The Last Real Man in America: From Natty Bumppo to Batman". En Peter F. Murphy (ed.), *Fictions of Masculinity*. Nueva York y Londres: Nueva York UP, 21-53.
- Levin, Jack y MacDevitt, Jack 2013 [1993]. *Hate Crimes: The Rising Tide of Bigotry and Bloodshed*. Nueva York: Plenum Press.
- Levin, Michael David 1987. "Introduction". En David Michael Levin (ed.), *Pathologies of the Modern Self: Postmodern Studies on Narcissism*. Nueva York: New York UP, 1-17.
- 1999. "The Ontological Dimension of Embodiment: Heidegger's Thinking of Being". En Donn Welton (ed.), *The Body: Classic and Contemporary Readings*. Cornwall: Blackwell Publishers Ltd.
- Lévi-Strauss, Claude 1958. *Anthropologie structurale*. París: Plon.
- 1985. *La Potière jalouse*. París: Plon.
- Leyton, Elliott 1992 [1986]. *Hunting Humans: Inside the Minds of Mass Murderers*. Nueva York: Pocket Books.
- Lewis, Herschell Gordon 1963. *Blood Feast*. Estados Unidos: Friedman-Lewis Productions.
- Life 1954. "The New American Domesticated Male". *Life*, 4, 42-45.
- Lipovetsky, Gilles 1983. *L'ère du vide: Essais sur l'individualisme contemporain*. París: Gallimard.
- Locke, John 1956 [1690]. *An Essay Concerning Human Understanding*. Chicago: Gateway.
- London, Jack 1903. *The Call of the Wild*. Nueva York y Londres: Macmillan.
- Lorber, Judith 1997. *Gender and the Social Construction of Illness*. Thousand Oaks, CA: SAGE.
- Loury, Glenn C. 1996. "The Divided Society and the Democratic Ideal". *Lecture*. Boston University.
- Loy, Philip R. 2004. *Westerns in a Changing America, 1955-2000*. Jefferson, NC: McFarland & Co.
- Lucas, George 1977. *Star Wars*. Estados Unidos: Twentieth Century Fox Film Corporation.
- Lynch, David (1980). *The Elephant Man*. Estados Unidos: Paramount Pictures.

- Lyne, Adrian 1983. *Flashdance*. Estados Unidos: Paramount Pictures.
- 1987. *Fatal Attraction*. Estados Unidos: Paramount Pictures.
- Lyotard, Jean-François 1988 [1979]. *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*. Trad. Geoffrey Bennington. Minneapolis: Minnesota UP.
- Mac an Ghaill, Máirtín (ed.) 1996. *Understanding Masculinities*. Buckingham: Open UP.
- MacInnes, John 1998. *The End of Masculinity: The Confusion of Sexual Genesis and Sexual Difference in Modern Society*. Buckingham y Filadelfia: Open UP.
- MacKinnon, Kenneth 1997. *Uneasy Pleasures: The Male as Erotic Object*. Londres: Cygnus Arts.
- Madfis, Eric 2014. "Triple Entitlement and Homocidal Anger: An Exploration of the Intersectional Identities of American Mass Murderers". *Men and Masculinities* 17(1), 67-86.
- Madziarczyk, John 2008. "Dinosaurs by William S. Burroughs". *Lost Highway Times... Paths in Oblivion*. [Web]. Consultado el 05/10/14 y disponible en: <http://www.losthighwaytimes.com/2008/08/dinosaurs-by-william-s-burroughs.html>
- Magnoli, Albert 1986. *American Anthem*. Estados Unidos: Lorimar Productions.
- Mailer, Norman 1966. *Cannibals and Christians*. Nueva York: The Dial Press.
- 1991. "Children on the Pied Piper: A Review of *American Psycho*". *Vanity Fair*, March, 154-221.
- Mandelsohn, Daniel 1999. "Bret Easton Ellis". *Whisky, Beat & Poésie*. [Web]. Consultado el 31/10/14 y disponible en: <http://aubry.free.fr/Bretglam.htm>
- Marcus, Greil 1995. *The Dustbin of History*. Cambridge, MA: Harvard UP.
- Marcuse, Herbert 1955. *Eros and Civilization: A Philosophical Inquiry into Freud*. Boston: Beacon Press.
- 1969. *An Essay on Liberation*. Boston: Beacon Press.
- Marrs, Tex 1993. *Big Sister Is Watching You: Hillary Clinton and the White House Feminists Who Now Control America—And Tell the President What To Do*. Austin, TX: Living Truth Publishers.
- Martín Gutiérrez, Félix 2014. *Retorno a la Historia Literaria Norteamericana*. Valencia: Universitat de València: Servei de Publicacions.

- Martínez de Pisón, Javier 1994. “‘Soy un sentimental’: el frío sarcasmo del norteamericano Bret Easton Ellis”. *Babelia*.
- Marx, Karl 2011. “Karl Marx”. En Oliver A. Johnson y Andrews Reath (eds.), *Ethics : Selections from Classics and Contemporary Writers*. Boston, MA: Wadsworth, 259-270.
- Mast, Gerald y Kavin, Bruce F. 1996. *The Movies: A Short History*. Needham Heights, MA: Allyn and Bacon.
- Matson, Clive 2002. *Towers Down*. San Francisco: Eidolon Editions
- Matter, Cotton 1702. *Magnalia Christi: Or The Ecclesiastical History*. London: Thomas Parkhurst.
- May, Larry 1998. *Masculinity and Morality*. Ithaca, NY: Cornell UP.
- y Strikwerda, Robert (eds.) 1992. *Rethinking Masculinity: Philosophical Explorations in Light of Feminism*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield.
- Mayer, Ruth 2000. “The White Hunter: Edgar Rice Burroughs, Ernest Hemingway, Clint Eastwood, and the Art of Acting Male in Africa”. En Russell West y Frank Lay (eds.), *Subverting Masculinity: Hegemonic and Alternative Versions of Masculinity in Contemporary Culture*. Ámsterdam y Atlanta, GA: Rodopi, 247-265.
- Mayo, Anthony J. y Nohria, Nitin 2005. *In Their Time: The Greatest Business Leaders of the Twentieth Century*. Boston, MA: Harvard Business School Press.
- McCaffery, Larry 1988. “The Fictions of the Present”. En Emory Elliott, Martha Banta y Houston A. Baker (eds.), *The Columbia Literary History of the United States*. Nueva York: Columbia UP, 1161-1177.
- McCall, Laura 2001. “Introduction”. En Matthew Basso, Laura McCall y Dee Garceau (eds.), *Across the Great Divide: Cultures of Manhood in the American West*. Nueva York: Routledge, 1-24.
- McConnell, Tandy 2000. *American Decades: 1990-1999*. Detroit: Macmillan Reference.
- McDonald, Marci 1994. “The New Spirituality: Mainstream North American Is on a Massive Search for Meaning in Life”. *Maclean's*, 107, 44-48.
- McDonough, Carla J. 2006 [1997]. *Staging Masculinity: Male Identity in Contemporary American Drama*. Jefferson, NC: McFarland.

- McLaglen, Andrew V. 1963. *McLintock!* Estados Unidos: Batjac Productions.
- McTiernan, John 1988. *Die Hard*. Estados Unidos: Twentieth Century Fox.
- Mead, Margaret 1963 [1935]. *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*. Nueva York: William Morrow.
- 1971 [1949]. *Male and Female: A Study of the Sexes in the Changing World*. Hardmodsworth: Penguin Meyer.
- Merleau-Ponty, Maurice 1945. *Phénoménologie de la perception*. París: Gallimard.
- Messerschmidt, James W. 2004. *Flesh and Blood: Adolescent Gender Diversity and Violence*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- Messner, Michael A. 1992. *Power at Play: Sports and the Problem of Masculinity*. Boston, MA: Beacon Press.
- 1994a. "Gender Displays and Men's Power: The 'New Man' and the Mexican Immigrant". En Harry Brod y Michael Kaufman (eds.), *Theorizing Masculinities: Research on Men and Masculinities*. Nueva York: SAGE, 200-218.
- 1994b. "The Fall of Patriarchy in the Winter of Our Discontent". *Masculinities* 2, 1-9.
- 1997. *Politics of Masculinities: Men in Movements*. London: SAGE.
- Metz, Christian 1982. *The Imaginary Signifier. Psychoanalysis and the Cinema*. Trad. Celia Britton, Annwyl Williams, Ben Brewster y Alfred Guzzetti. Bloomington: Indiana UP.
- Middleton, Peter 1992. *The Inward Gaze: Masculinity and Subjectivity in Modern Culture*. Londres: Routledge.
- Miles, Rosalind 1992. *The Rites of Man: Love, Sex and Death in the Making of the Male*. Londres: Paladin.
- Mill, John Stuart 1869. *The Subjection of Women*. CW. Vol. XXI, 261-340.
- Miller, David A. 2013 [1990]. "Anal Rope". En Diana Fuss (ed.), *Inside/Out: Lesbian Theories, Gay Theories*. Nueva York y Londres: Routledge, 119-141
- Miller, Henry 1956. *The Time of the Assassins: A Study of Rimbaud*. Nueva York: New Directions.
- Millet, Kate 1970. *Sexual Politics*. Garden City, NY: Doubleday.
- Mills, C. Wright 1956. *The Power Elite*. Nueva York: Oxford UP.

- Mirande, Alfredo 1997. *Hombres y Machos: Masculinity and Latino Culture*. Boulder, CO: Westview Press.
- Mishkind, Marc E., Rodin, Judith, Silberstein Lisa R. y Striegel-Moore, Ruth H. 1987. "The Embodiment of Masculinity: Cultural, Psychological, and Behavioral Dimensions" En Michael S. Kimmel (ed.), *Changing Men: New Directions in Research on Men and Masculinity*. Thousand Oaks, CA: SAGE, 1987, 37-52.
- Mitchell, Juliet 1974. *Psychoanalysis and Feminism: A Radical Reassessment of Freudian Psychoanalysis*. Harmondsworth: Penguin.
- Mitchell, Lee Clark 1996. *Westerns: Making the Man in Fiction and Film*. Chicago: University of Chicago Press.
- Mitscherlich, Alexander 1969. *Society without a Father*. Trad. Eric Mosbacher. Nueva York: Harcourt, Brace and World.
- Modleski, Tania 1991. *Feminism without Women: Culture and Criticism in a "Postfeminist" Age*. Nueva York: Routledge.
- 2015. *The Women Who Knew Too Much: Hitchcock and Feminist Theory*. Nueva York: Routledge.
- Moore, Robert y Gillette, Douglas 1990. *King, Warrior, Magician, Lover: Rediscovering the Archetypes of the Mature Masculine*. Nueva York: Harper Collins.
- Morgan, David 2004. "Class and Masculinity". En Michael Kimmel, Jeff Hearn y R.W. Connell (eds.), *Handbook of Studies on Men and Masculinities*. Thousand Oaks, CA: SAGE, 165-177.
- Morris, Ann 1990. "Book Lovers to 'American Psycho' Author: Bret, Get A Life". *Greensboro.com*. [Web]. Consultado el 01/10/15 y disponible en: http://www.greensboro.com/book-lovers-to-american-psycho-author-bret-get-a-life/article_c0afa4f4-a38e-5320-b676-164b016969d4.html
- Morris, Edmund 1999. *Dutch: A Memoir of Ronald Reagan*. Nueva York: Random House.
- Morris, Jeffrey B., Nevins, Allan y Commanger, Henry Steele (eds.) 1992. *A Pocket History of the United States*. Nueva York: Pocket Books.
- Morris, Larry A. 1996. *The Male Heterosexual: Lust in His Loins, Sin in His Soul?* Londres: SAGE.

- Morrison, Toni 1984. "Rootedness: The Ancestor as Foundation". En Mari Evans (ed.), *Black Women Writers (1950-1980): A Critical Evaluation*. Nueva York: Anchor Books, 339-345.
- Mosse, George L. 1998. *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity*. Nueva York: Oxford UP.
- Motherson, Keith 1979. "Developing Our Power". *Anti-Sexist Men's Newsletter*, 5.
- Moyers. Bill D. 1990. *A Gathering of Men with Bill Moyers and Robert Bly*. Nueva York: Public Affairs Television, Inc.
- Mulvey, Laura 1975. "Visual Pleasure and Narrative Cinema". *Screen* 16(3), 6-18.
- Murphet, Julian 2002. *Bret Easton Ellis's American Psycho: A Reader's Guide*. Nueva York: Continuum.
- Murphy, Peter F. 1994. "Introduction: Literature and Masculinity". En Peter F. Murphy (ed.), *Fictions of Masculinity: Crossing Cultures, Crossing Sexualities*. Nueva York y Londres: New York UP, 1-20.
- Nagel, Joane 1998. "Masculinity and Nationalism: Gender and Sexuality in the Making of Nations". *Ethnic and Racial Studies*, 21 (2), 242-269.
- 2004. "Nation". En Michael S. Kimmel, Jeff Hearn y Robert W. Connel (eds.), *Handbook of Studies on Men & Masculinities*. Thousand Oaks, CA: SAGE, 397-413.
- Neff van Aertselaer, JoAnne 2008. "A Penis: A Mind of Its Own". En Ana Antón-Pacheco, et. al. (eds.), *Sites of Female Terror: En torno a la mujer y el terror*. Navarra: Editorial Aranzadi, 313-322.
- Nemiah, John C. 1961. *Foundations of Psychopathology*. New York: Oxford UP.
- Neroni, Hilary 2000. "The Men of Columbine: Violence and Masculinity in American Culture and Film". *Journal of Psychoanalysis of Culture and Society*, 5(2), 256-263.
- Neuharth, Allen E. 1989. *Confessions of an SOB*. Nueva York> Doubleday Business.
- Newman, Katherine S. 1988. *Falling from Grace: Downward Mobility in the Age of Affluence*. Berkeley, CA: California UP.
- Nichols, Jack 1996 [1978]. *The Gay Agenda: Talking Back to the Fundamentalists*. Nueva York: Prometheus Books.

- Nietzsche, Friedrich 2011 [1901]. *The Will to Power*. Trad. Walter Kaufman y R. J. Hollingdale. Nueva York: Vintage.
- Nozick, Robert 1974. *Anarchy, State and Utopia*. Nueva York: Basic Books.
- Nungesser, Lonnie G. 1979. *Homophobic Prejudice in Homosexual Males*. [Tesis Doctoral]. Stanford University.
- Nye, David E. 1997. *Contemporary American Society*. Copenhagen: Akademisk Forlag.
- O'Doherty, Damian 2001. "Job Design: Signs, Symbols and Re-Signations". En Ian Beardwell y Len Holden (eds.), *Human Resource Management: A Contemporary Approach*. Harlow: Prentice Hall, 177-224.
- O'Neil, James M. 1981. "Patterns of Gender-role Conflict and Strain: Sexism and Fear of Femininity in Men's Lives". *Personnel and Guidance Journal* 60, 203-210.
- y Casper Bryce 2011. "Using the Psychology of Men and Gender Role Conflict Theory to Promote Comprehensive Service Delivery for College Men: A Call to Action". En Jason A. Laker y Tracy Davis (eds.), *Masculinities in Higher Education: Theoretical and Practical Considerations*. Nueva York: Routledge, 16-49.
- O'Sullivan, John L. 1839. "The Great Nation of Futurity". *United States Magazine and Democratic Review* 23, 426-430.
- Orman, John 1987. *Comparing Presidential Behavior: Carter, Reagan, and the Macho Presidential Style*. Nueva York: Greenwood Press.
- Osteen, Mark 2014. "Introduction: Hitchcock and Adaptation". En Mark Osteen (ed.), *Hitchcock Adaptation: On the Page and Screen*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield.
- Ovidio 1969. *Los amores: El arte de amar; El remedio del amor; Los cosméticos*. Madrid: Edaf.
- Palahniuk, Chuck 1996. *Fight Club*. Nueva York: Norton.
- 2005. *Nonfiction*. Londres: Vintage.
- Pangorselkultur 2012. "Palahniuk's Desperate Men and Gender Angst of Generation X". *Murat Goc*. [Web]. Consultado el 01/10/15 y disponible en: <https://muratgoc.wordpress.com/2012/07/01/palahniuks-desperate-men-and-gender-angst-of-generation-x/>
- Penn, Sean 2007. *Into the Wild*. Estados Unidos: Paramount Vantage.

- Perchuk, Andrew y Posner, Helaine (eds.) 1995. *The Masculine Masquerade: Masculinity and Representation*. Cambridge, MA: MIT List Visual Arts Center.
- Petchesky, Rosalind Pollock 1996 [1987]. "Fetal Images: The Power of Visual Culture in the Politics of Reproduction". *Feminist Studies*, Vol. 13(2), 361-390.
- Petersen, Alan R. 1998. *Unmasking the Masculine: "Men" and "Identity" in a Skeptical Age*. Londres: SAGE.
- Pfeil, Fred 1995. *White Guys: Studies in Postmodern Domination and Difference*. Nueva York y Londres: Verso.
- Philipps, Angela M. 1994. *The Trouble with Boys: A Wise and Sympathetic Guide to the Risky Business of Raising Sons*. Nueva York: Basic Books.
- Pleck, Joseph H. 1981. *The Myth of Masculinity*. Cambridge, MA: MIT Press.
- 1987. "'Men in Domestic Settings': American Fathering in Historical Perspective". En Michael S. Kimmel (ed.), *Changing Men: New Directions in Research on Men and Masculinity*. Newbury Park: SAGE, 83-97.
- 1995. "Men's Power with Women, Other Men, and Society: a Men's Movement Analysis". En Michael S. Kimmel and Michael A. Messner (eds.), *Men's Lives*. Boston, MA: Allyn & Bacon, 5-12.
- 2008 [1995]. "The Gender Role Strain Paradigm: An Update". En Ronald F. Levant y William S. Pollack (eds.), *A New Psychology of Men*. Nueva York: Basic Books, 11-32.
- y Pleck, Elizabeth H. 1980. "Introduction". En Elizabeth H. Pleck y Joseph H. Pleck (eds.), *The American Man*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall, 1-49.
- y Pleck, Elizabeth H. (eds) 1980. *The American Man*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- y Sawyer, Jack (eds.) 1974. *Men and Masculinity*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice Hall.
- Poe, Edgar Allan 1839. "William Wilson". *Burton's Gentleman's Magazine*.
- Pollack, William 1988. *Real Boys: Rescuing our Sons from the Myths of Boyhood*. Nueva York: Henry Holt.
- Powell, Michael 1960. *Peeping Tom*. Reino Unido: Anglo-Amalgamated Film Distributors.

- Promise Keepers NET 1996. "PK". [Web]. Consultado el 27/09/15 y disponible en:
<https://promisekeepers.org/>
- Ray, Nicholas 1955. *Rebel Without a Cause*. Estados Unidos: Warner Bros.
- Reagan, Ronald 1981. "Inaugural Address". [Web]. Consultado el 30/07/15 y disponible en: <http://reagan.utexas.edu/archives/speeches/1981/12081a.htm>
- 1986. *Public Papers of the Presidents of the United States*. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- 2004. *Tear Down This Wall: The Reagan Revolution—A National Review History*. Nueva York: Continuum.
- y Hubler, Richard G. 1965. *Where Is the Rest of Me?* Nueva York: Duell, Sloan and Pearce.
- Reich, Wilhelm 1970 [1933]. *The Mass Psychology of Fascism*. Trad. Mary Higgins. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux.
- Reina-Varela 1960. *Biblia Reina Varela 1960*. BibleGateway.com. [Web]. Consultado el 27/09/15 y disponible en: <https://www.biblegateway.com/versions/Reina-Valera-1960-RVR1960-Biblia/#vinfo>
- Reinisch, June M. 1990. *The Kinsey Institute New Report on Sex: What You Must Know to Be Sexually Literate*. Nueva York: St. Jerome.
- 1991. "With Ruth Beasley". En Debra Kent (ed.), *The Kinsey Institute New Report on Sex*. Londres: Penguin.
- Reynolds, Simon y Press, Joy 1995. *The Sex Revolts: Gender, Rebellion, and Rock'n Roll*. Cambridge, MA: Harvard UP.
- Rich, Adrienne C. 1986 [1980]. "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence". En *Blood, Bread, and Poetry: Selected Prose 1979-1985*. Nueva York: W. W. Norton & Company.
- Riemer James D. 1987. "Rereading American Literature from a Men's Studies Perspective: Some Implications". En Harry Brod (ed.), *The Making of Masculinities: The New Men's Studies*. Boston: Allen and Unwin, 289-299
- Risman, Barbara J. 1998. *Gender Vertigo: American Families in Transition*. New Haven: Yale UP.
- Robinson, Sally 2005. *Marked Men: White Masculinity in Crisis*. Nueva York: Columbia UP.

- Rodgers, Daniel T. 2011. *Age of Fracture*. Londres y Cambridge, MA: Harvard UP.
- Romano, S. 2002. "DLP: A Report from the Trenches". *Boxoffice* 138(2), 36-37.
- Rondo, Flavio 1994. "The Essential Representation of Woman". *Art Journal* 50, 48-52.
- Roosevelt, Theodore 1889-1896. *The Winning of the West*. Nueva York: Putnam.
- Roper, Michael y Tosh, John (eds.) 1991. *Manful Assertions: Masculinities in Britain since 1800*. Londres: Routledge.
- Rosen, David 1993. *The Changing Fictions of Masculinity*. Urbana: Illinois UP.
- Rosenau, Pauline Marie 1992. *Post-Modernism and the Social Sciences: Insights, Inroads, and Intrusions*. Princeton, NJ: Princeton UP.
- Rosenberg, John D. 2005. *Elegy for an Age: The Presence of the Past in Victorian Literature*. Wimbledon: Anthem Press.
- Rosenblatt, Roger 1990. "Snuff This Book! Will Bret Easton Ellis Get Away with Murder?". *New York Times Book Renew* (diciembre), 3.
- Ross, Andrew 1990. "Ballots, Bullets, or Batman: Can Cultural Studies Do the Right Thing". *Screen* 21(1), 26-44.
- Roth, Phillip 2000. *The Human Stain*. Nueva York: Houghton Mifflin.
- Rotundo, E. Anthony 1993. *American Manhood: Transformations in Masculinity from the Revolution to the Modern Era*. Nueva York: Basic Books.
- Rousseau, Jean-Jacques 1826. *Oeuvres complètes de J. J. Rousseau: Émile ou De l'éducation*. París: Dalibon.
- 1979. *Emilio o la educación*. Trad. F. L. Cardona. Barcelona: Bruguera.
- (1985) [1754]. *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes*. París: Bordas.
- Rowan, John 1997. *Healing the Male Psyche: Therapy as Initiation*. Londres: Routledge.
- Rubin, Gayle 1975. "The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex". En Rayna R. Reiter (ed.), *Toward an Anthropology of Women*. Londres y Nueva York: Monthly Review Press, 157-210.
- Ryan, Tim 2013. "Five Favorite Films with Bret Easton Ellis". *Rotten Tomatoes*. [Web]. Consultado el 01/10/15 y disponible en: http://www.rottentomatoes.com/m/the_canyons_2013/news/1928117/comments/five_favorite_films_with_bret_easton_ellis/
- Ryam, William 1970. *Blaming the Victim*. Nueva York: Pantheon.

- Ryce-Menuhim, Joel 1996. *Naked and Erected: Male Sexuality and Feeling*. Wilmette, Ill: Chiron Pub.
- Salecl, Renata 2004. *On Anxiety*. Londres: Routledge.
- Sartre, Jean-Paul 2001. *Jean-Paul Sartre: Basic Writings*. Ed. Stephen Priest. Nueva York: Routledge.
- Savran, David 1992. *Communists, Cowboys, and Queers: The Politics of Masculinity in the Work of Arthur Miller and Tennessee Williams*. Minneapolis: Minnesota UP.
- 1998. *Taking It Like a Man: White Masculinity, Masochism, and Contemporary American Culture*. New Jersey: Princeton UP.
- 2001. "Queering the Nation". En Jeffrey D. Mason y J. Ellen Gainor (eds.), *Performing America: Cultural Nationalism in American Theater*. Ann Arbor: Michigan UP, 210-229.
- Sawyer, Jack 1974. "On Male Liberation". En Joseph H. Pleck and Jack Sawyer (eds.), *Men and Masculinity*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 170-173.
- Scarry, Elaine 1985. *The Body in Pain: The Making and Unmaking of the World*. Nueva York: Oxford UP.
- Schiele, Jerome H. y Stewart, Ron 2001. "When White Boys Kill: An Afrocentric Analysis". *Journal of Human Behavior in the Social Environment*, 4, 253-273.
- Schlesinger, Arthur, Jr. 1958. "The Crisis of American Masculinity". *Esquire*, 63-65.
- 2008 [1958]. *The Politics of Hope; and The Bitter Heritage: American Liberalism in the 1960s*. Princeton, NJ: Princeton UP.
- Schoene-Harwood, Berthold 2008. "Serial Masculinity: Psychopathology and Oedipal Violence in Bret Easton Ellis's *American Psycho*". *MFS: Modern Fiction Studies*, Vol. 54(2), 378-397.
- Schüssler Fiorenza, Elisabeth 1992. *But She Said: Feminist Practices of Biblical Interpretation*. Boston, MA: Beacon Press.
- Schwalbe, Michael 1996. *Unlocking the Iron Cage: The Men's Movement, Gender Politics, and American Culture*. Nueva York: Oxford UP.
- 1998. "Mythopoetic Men's Work as a Search for Communitas". En Michael S. Kimmel y Michael A. Messner (eds.), *Men's Lives*. Boston, MA: Allyn and Bacon, 565-577.

- Schwenger, Peter 1984. *Phallic Critiques: Masculinity and Twentieth-Century Literature*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Scorsese, Martin 1976. *Taxi Driver*. Estados Unidos: Columbia Pictures.
- Scott, Peter D. 2008. *The Road to 9/11*. Londres: California UP.
- See, Carolyn 1994. "The Informers". *The Washington Post*. [Web]. Consultado el 08/02/13 y disponible en: <https://www.washingtonpost.com/archive/lifestyle/1994/08/12/book-world/68a48cbf-bab8-4157-a00f-d00a5fa06573/>
- Seed, David 2014. "The Culture of the Spectacle in *American Psycho*". En Mark Osteen (ed.), *Hitchcock and Adaptation: On the Page and Screen*. Ianham, MD: Rowman & Littlefield, 279-296.
- Segal, Lynne 1990. *Slow Motion: Changing Masculinities, Changing Man*. Brunswick, N.J.: Rutgers UP.
- 1997. "New Introduction to the 1997 Edition". *Slow Motion: Changing Masculinities, Changing Man*. Londres: Virago, ix-xxxii.
- 2006. "Men at Bay: The Contemporary 'Crisis' of Masculinity". En Stephan M. Whitehead (ed.), *Men and Masculinities: Critical Concepts in Sociology*. Londres: Routledge.
- 2015 [1999]. *Why Feminism: Gender, Psychology, Politics*. Cambridge: Polity Press.
- Seidler, Victor J. 1980 "Raging Bull". *Achilles Heel*, 5, 9.
- 1994. *Unreasonable Men: Masculinity and Social Theory*. Londres: Routledge.
- 2000. *La sinrazón masculina: Masculinidad y teoría social*. Méjico: Paidós.
- 2003 [1989]. *Rediscovering Masculinity: Reason, Language and Sexuality*. Nueva York: Routledge.
- Seligmann, Jean 1990. "A New Survey on Sex". *Newsweek*, September, 58, 72.
- Shakespeare, William 1987. *The Complete Works of Shakespeare*. Ed. Peter Alexander. Londres y Glasgow: Collins.
- Sher, Barbara 1994. *I Could Do Anything If I Only Knew What it Was: How To Discover What You Really Want and How To Get It*. Nueva York: A Dell Trade Paperback.
- Shewey, Don 1993. "Stepbrothers: Gays and the Men's Movement". *Sun*, May, 7.

- Shiffman, Michael 1987. "The Men's Movement: An Exploratory Empirical Investigation". En Michael S. Kimmel (ed.), *Changing Men: New Directions in Research on Men and Masculinity*. Londres: SAGE, 295-314.
- Showalter, Elaine 1983. "Critical Cross-Dressing: Male Feminist and the Woman of the Year". *Raritan*, 130-149.
- Silliman, Barbara 2003. "The John Wayne Syndrome: Jung, the Hero Archetype, and the American Hero". *Jungian Society for Scholarly Studies (JSSS)*. [Web]. Consultado el 26/09/15 y disponible en: <http://jungiansociety.org/index.php/the-john-wayne-syndrome-jung-the-hero-archetype-and-the-american-hero>
- Silverman, Kaja 1992. *Male Subjectivity at the Margins*. Nueva York: Routledge.
- Simon, Robert M. y Aleskovsky, Ruth 2000. *The Repetitive Strain Injury Handbook: An 8-Step Recovery and Prevention Plan*. Nueva York: Owl.
- Simpson, Mark 1996. *It's a Queer World*. Londres: Vintage.
- Simpson, Philip L. 2002. *Psycho Paths: Tracking the Serial Killer through Contemporary American Film and Fiction*. Carbondale y Edwardsville: Southern Illinois UP.
- Sion, Michael 1991. "American Psycho Is Just a Book about the 1980s, Author Says". *Reno-Gazette-Journal*, March.
- Slotkin, Richard 1992. *Gunfighter Nation: The Myth of the Frontier in Twentieth-century America*. Nueva York: Atheneum.
- Smith, Terry 1997. *In Visible Touch: Modernism and Masculinity*. Chicago: Chicago UP.
- Snodgrass, Jon (ed.) 1977. *A Book of Readings: For Men Against Sexism*. Albion, CA: Times Change Press.
- Solomon-Godeau, Abigail 2012 [1995]. "Male Trouble". En Maurice Berger, Brian Williams y Simon Watson (eds.), *Constructing Masculinity*. Nueva York: Routledge, 69-76.
- Spark, Roberta 1997: "Men's Movements: Wolves in Sleep's Clothing". [Web]. Consultado el 12/07/15 y disponible en: <http://www.members.shaw.ca/sparkspeaks/thesis2.html>.
- Spielberg, Steven 1977. *Close Encounters of the Third Kind*. Estados Unidos: Columbia Pictures Corporation.

- 1982. *E.T. the Extra-Terrestrial*. Estados Unidos: Universal Pictures.
- 2001. *Artificial Intelligence: A. I.* Estados Unidos: Warner Bros.
- Spivak, Gayatri C. 1988. *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*. Nueva York: Routledge.
- Steinem, Gloria 1999. "Supremacy Crimes". *Ms. Magazine*. [Web]. Consultado el 08/02/13 y disponible en: <http://www.peaceworkmagazine.org/pwork/0106/010618.htm>.
- Stendhal 2005. *Rojo y Negro*. Trad. Hernando Valencia Goelkel. Quito: Libresa.
- Stiles, Todd 1990. "How Bret Ellis Turned Michael Korda into Larry Flynt". *Spy*, 43.
- Stoller, Robert J. 1968. *Sex and Gender*. Nueva York: Science House.
- 1994. *Sex and Gender: The Development of Masculinity and Femininity*. Londres: Karnac.
- Stoltenberg, John 2005 [1989]. *Refusing to Be a Man: Essays on Sex and Justice*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Stone, Oliver 1987. *Wall Street*. Estados Unidos: 20th Century Fox.
- Storey, Julie y Wright, Mary 2001. "Recruitment and Selection". En Ian Beardwell y Len Holden (eds.), *Human Resource Management: A Contemporary Approach*. Harlow: Prentice Hall, 225-271.
- Storey, Mark 2005. "'And as Things Fell Apart': The Crisis of Postmodern Masculinity in Bret Easton Ellis's *American Psycho* and Dennis Cooper's *Frisk*". *Critique: Studies in Contemporary Fiction*, Vol. 47(1), 57-72.
- Strikwerda, Robert y May, Larry 1996. "Male Friendship and Intimacy". En Larry May, Robert Strikwerda y Patrick D. Hopkins (eds.), *Rethinking Masculinity: Philosophical Explorations in Light of Feminism*. Lahman, MD: Rowman & Littlefield, 79-94.
- Sun, Chyng y Picker, Miguel 2001. *Mickey Mouse Monopoly: Disney, Childhood, and Corporate Power*. Northampton, MA: Media Education Foundation.
- Sykes, Bryan 2003. *Adam's Curse: A Future without Men*. Londres: Bantam Press.
- Tanner, Laura E. 1994. *Intimate Violence: Reading Rape and Torture in Twentieth-Century Fiction*. Bloomington: Indiana UP.
- Tarrant, Shira 2013. *Men Speak Out: Views on Gender, Sex and Power*. Nueva York: Routledge.

- y Katz, Jackson 2008. *Men Speak Out: Views on Gender, Sex and Power*. Nueva York: Routledge/Taylor & Francis.
- Taylor, Charles 1989. *Sources of the Self: The Making of the Modern Identity*. Cambridge, MA: Harvard UP.
- Taylor, Eugene 1994. "Desperately Seeking Spirituality". *Psychology Today*, November/December, 55-68.
- Tennyson, Alfred 1847. "The Princess: A Medley". Londres: Moxon.
- Terman, Lewis M. y Miles, Catherine C. 1936. *Sex and Personality: Studies in Masculinity and Feminity*. Nueva York: McGraw Hill.
- Thackeray, William Makepeace 1917 [1847-48]. *Vanity Fair*. Nueva York: P. F. Collier and Son.
- Therborn, Göran 1985. *The Ideology of Power and the Power of Ideology*. Londres: Verso.
- Theroux, Paul 1986. *Sunrise with Seamonsters*. Harmondsworth: Penguin.
- Thomas, Deborah 1996. "John Wayne's Body". En Ian Alexander Cameron y Douglas Pye (eds.), *The Book of Westerns*. Nueva York: Continuum, 75-87.
- Thompson, Edward H. y Pleck, Joseph H. 1987. "The Structure of Male Role Norms". En Michael S. Kimmel (ed.), *Changing Men: New Directions in Research on Men and Masculinity*. Newbury Park: SAGE, 25-36.
- Time-Life Editors 1999. *Pride and Prosperity: The 80s (Our American Century)*. Nueva York: Time-Life Books.
- Tocqueville, Alexis de 1840. *Democracy in America. Part the Second, the Social Influence of Democracy*. Trad. Henry Reeve. Nueva York: J. & H.G. Langley.
- Tolson, Andrew 1977. *The Limits of Masculinity*. Londres: Tavistock Publications.
- Tomasi di Lampedusa, Giuseppe 1958. *Il Gattopardo*. Milán: Feltrinelli.
- Traube, Elizabeth G. 1989. "Secrets of Success in Postmodern Society". *Cultural Anthropology*, 4(2), 273-300.
- Trivers, Robert 1972. "Parental Investment and Sexual Selection". En Bernard Campbell (ed.), *Sexual Selection and the Descent of Man*. Chicago: Aldine Publishers, 136-179.
- Truffaut, François 2003 [1966]. *El cine según Hitchcock*. Trad. Ramón G. Redondo. Barcelona: Círculo de Lectores.

- Trump, Donald J. y Schwartz, Tony 2009. *Trump: The Art of the Deal*. Nueva York: Random House.
- Turner, Frederick J. 1963 [1893]. *The Significance of the Frontier in American History*. Nueva York: Ungar.
- 2011. *The Frontier in American History*. Bremen: Outlook.
- Tuner, Victor 1995 [1969]. *The Ritual Process*. Ithaca, NY: Cornell.
- Tyler, Parker 1950. "Hollywood as a Universal Church". *American Quarterly*, 165-176.
- Updike, John 1990. *Rabbit at Rest*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Ussher, Jane 1991. *Women's Madness: Misogyny or Mental Illness?* London: Harvester Wheatsheaf.
- Vale, V. y Juno, Andrea (eds.) 1989. *Modern Primitives: An Investigation of Contemporary Adornment and Ritual*. San Francisco: Re/Search Publications.
- van de Bilt, Eduard y Kardux Johanna C. 2001. "From the Reagan Era to the Present". En Mary Kupiec Cayton y Peter W. Williams (eds.), *Encyclopedia of American Cultural and Intellectual History*. Nueva York: Scribner, 195-203.
- Villalba, Constanza 1999. "The Seven Stages of Man". *The New York Times*. [Web]. Consultado el 15/07/15 y disponible en: <http://www.nytimes.com/1999/02/17/health/the-seven-stages-of-man.html>
- Vineberg, Steve 1993. *No Surprises, Please: Movies in the Reagan Decade*. Nueva York: Macmillan.
- Von Franz, Marie-Louise 1970. *The Problem of the Puer Aeternus*. Zurich: Spring Publications.
- Vorlicky, Bob 1995. *Act Like a Man: Challenging Masculinities in American Drama*. Ann Arbor: Michigan UP.
- Wacquant, Loic 1994. "A Body Too Big to Feel". *Masculinities: Interdisciplinary Studies on Gender*, Vol. 2(1), 78-86.
- Wandersee, Winifred D. 1988. *On The Move: American Women in the 1970s*. Boston, MA: G.K. Hall.
- Wannemaker, Annette 2011. "Introduction: Media about Boys, for Boys and by Boys". En Annette Wannemaker (ed.), *Mediated Boyhoods: Boys, Teens, and Young Men in Popular Media and Culture*. Nueva York: Peter Lang, 1-12.

- Warshow, Robert 1962. *The Immediate Experience: Movies, Comics, Theatre & Other Aspects of Popular Culture*. Garden City, NY: Doubleday.
- Watt, Steven 1997. *The Magic Kingdom: Walt Disney and the American Way of Life*. Missouri: Missouri UP.
- Waugh, Patricia 1989. *Feminine Fictions: Revisiting the Postmodern*. Londres: Routledge.
- Wayne, John. 1968. *The Green Berets*. Estados Unidos: Batjac Productions.
- Weber, Bruce 1999. "FILM; Digging Out the Humor in Serial Killer's Tale". *New York Times*. [Web]. Consultado el 31/10/15 y disponible en: <http://www.nytimes.com/1999/04/04/movies/film-digging-out-the-humor-in-a-serial-killer-s-tale.html?pagewanted=all>
- Weber, Max 1905. "Die protestantische Ethik und der 'Geist' des Kapitalismus, II. Die Berufsidee des asketischen Protestantismus". *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* 21, 1-10.
- Weeks, Jeffrey 1991. *Against Nature: Essays on History, Sexuality and Identity*. Londres: Rivers Oram Press.
- Weir, Deborah H. 2002. "An Odyssey of Sexual/Gender Evolution: An Autoethnographical Study of the United States from the 1950s to the Present". [Tesis Doctoral]. Maimonides University.
- Weisenberg, Steven 1995. *Fables of Subversion: Satire and the American Novel, 1930-1980*. Atenas: Georgia UP.
- Welsch, Wolfgang 2002 [1988]. *Unsere postmoderne Moderne*. Berlín: Akademie-Verlag.
- West, Russell 2000. "Men, the Market and Models of Masculinity in Contemporary Culture: Introduction". En Russell West y Frank Lay (eds.), *Subverting Masculinity: Hegemonic and Alternate Versions of Masculinity in Contemporary Culture*. Ámsterdam y Atlanta, GA: Rodopi, 7-26.
- Westbrook, Max 1990. "The Night John Wayne Danced with Shirley Temple". *Western American Literature*, 25(2), 157-169.
- Wetherell, Margaret 1997. "Linguistic Repertoires and Literary Criticism: New Directions for a Social Psychology of Gender". En Mary M. Gergen y Sara N.

- Davis (eds.), *Toward a New Psychology of Gender*. Nueva York: Routledge, 149-167.
- White Ribbon 2003. "White Ribbon Campaign (WRC)". *White Ribbon*. [Web]. Consultado el 05/09/15 y disponible en: <http://www.whiteribbon.ca/>
- Whitehead, Stephen M. 2002. *Men and Masculinities: Key Themes and New Directions*. Cambridge: Polity Press.
- Wiegman, Robyn 1995. "Unmaking: Men and Masculinity in Feminist Theory". En Judith Kegan Gardiner (ed.), *Masculinity Studies and Feminist Theory: New Directions*. Nueva York: Columbia UP, 30-59.
- Williams, Raymond 1977. *Marxism and Literature*. Oxford: Oxford UP.
- Williams, Gwyneth I. y Williams, Rhys H. 1995. "All We Want is Equality": Rhetorical Framing in the Fathers' Rights Movement". En Joel Best (ed.), *Images of Issues: Typifying Contemporary Social Problems*. Hawthorne, NY: Aldine de Gruyter, 191-212.
- Wilson, Edward O. 1976. *Sociobiology: The New Synthesis*. Cambridge, MA: Harvard UP.
- Wisniewska, Dorota 2013. "Men, Women and Fame: Generating Serial Killers in American Pop Culture". En Edyta Just y Marck M. Wojtaszek (eds.), *Esthetic Experiments: Interdisciplinary Challenges in American Studies*. Cambridge: Cambridge Scholars Publishing, 139-154.
- Wittgenstein, Ludwig 1953. *Philosophical Investigations*. Trad. G. E. M. Anscombe. Oxford: Blackwell.
- Wittig, Monique 1980. "The Straight Mind". *Feminist Issues*, 1(1), 103-110.
- 1981. "One Is Not Born a Woman". *Feminist Issues* 1(2), 47-54.
- 1986. "The Mark of Gender". En Nancy K. Miller (ed.), *The Poetics of Gender*. Nueva York: Columbia UP, 63-73.
- 2000. "The Category of Sex". En Kelly Oliver (ed.), *French Feminism Reader*. Nueva York: Rowman & Littlefield, 123-127.
- Wolfe, Tom 1989. "Stalking the Billion-Footed Beast: A Literary Manifesto for the New Social Novel". *Harper's Magazine*, 45-56.
- Woolf, Virginia 1985 [1929]. *A Room of One's Own*. Harmondsworth: Penguin
- Wolfe, Tom 1987. *The Bonfire of the Vanities*. Londres: Picador.

- Wood, Robin 2002 [1965]. *Hitchcock Films Revisited*. Nueva York: Columbia UP.
- 1986. *Hollywood from Vietnam to Reagan*. Nueva York: Columbia UP.
- Wood, Sam 1941. *Kings Row*. Estados Unidos: Warner Bros.
- Woods, Julia 2010. *Gendered Lives: Communication, Gender and Culture*. Boston, MA: Wadsworth/Cengage.
- Wylie, Philip 1942. *Generation of Vipers*. Nueva York: Farrar & Rinehart.
- Yardley, Jonathan 1991. "A Dirty Book by a Dirty Writer". *The Washington Post*. [Web]. Consultado el 11/10/15 y disponible en: <https://www.washingtonpost.com/archive/lifestyle/1991/02/27/american-psycho-essence-of-trash/f60e7dc2-dfc6-44c9-8e4c-3cf2af1ec785/>
- Young, Bert 1993. "Feminism and Masculinism: A Backlash Response". En Tony Haddad (ed.), *Men and Masculinities: A Critical Anthology*. Toronto: Canadian Scholars' Press.
- Young, Elizabeth y Caveney, Graham (eds.) 1992. *Shopping in Space: Essays on America's Blank Generation Fiction*. Nueva York: Grove Press.
- 1994. "Introduction". En Elizabeth Young y Graham Caveney (eds.), *Shopping in Space: Essays on America's Blank Generation Fiction*. Nueva York: Grove Press, v-vii.
- Zinn, Howard 2005. *La otra historia de los Estados Unidos (Desde 1942 hasta hoy)*. Trad. Toni Struble. Hondarribia: Hiru.
- Žižek, Slavoj 1989. *The Sublime Object of Ideology*. Nueva York: Verso.
- Zoglin, Richard 1985. "An Outbreak of Rambomania". *Time* 24, June, 72-73.